

Retorno a la guerrilla



Héctor Béjar

Retorno a la guerrilla

ACHEBE
Ediciones



Retorno a la guerrilla

© AcHeBe Ediciones

Edificio Los Olmos 1403 Residencial San Felipe. Jesús María.
www.hectorbejar.com / hecbejar@gmail.com

Primera edición, Lima, agosto de 2015.

Tiraje: 500 ejemplares

Autor: Héctor Béjar Rivera

Editor: Alejandro Salazar Rodríguez

Ilustración de Carátula: Heber

El derecho de Héctor Béjar a ser identificado como autor de este trabajo ha sido inscrito de acuerdo con las leyes peruanas de derechos de autor. Está autorizada la transcripción parcial siempre que se haga referencia al autor y a esta edición.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca
Nacional del Perú No 2015-11946

ISBN: 978-612-46290-1-3

Impreso en Visual Press S.A.C
Bartolomé Herrera 667. Lima 17, Perú

En agradecimiento a
Ana María Miranda
Carlos Zegarra González
Alfredo Battilana
Zuño Burnstein
Ricardo Tello
Pedro Calenzani
Beatriz Calenzani
Gustavo Valcárcel
Violeta Carnero Hoke
Desirée Lieven
Guillermo Carnero Hoke

*A la memoria de
Javier Heraud
Edgardo Tello
Gonzalo Manrique
Manuel Gurrionero
Jorge Toque Apaza
José Pareja
Fortunato Silva Sánchez
Lucio Galván
Juan Pablo Chang Navarro
Guillermo Mercado León
Pedro Alluque
Moisés Valiente
Luis Zapata Bodero
Juan Morales
Nemesio Junco
Edwin García
Constantino Valencia
Celestino Valencia
Gualberto Berrocal
Abel Ccayanchira
Alejandro Gómez Condori
Victor Livio Valencia
Pedro Jaway Junco
Alejandro Acuña
Julio Oscco
Victor Serrano
Hilario Jaicuri
Gregorio Palomino
Máximo Jaicuri Morales
Guillermo Lobatón Milla
Hugo Ricra
José Cabrera Flores*

A los cubanos que dieron sus vidas por la libertad de América

*A las mujeres que los amaron
A las niñas y niños que los esperan
A los padres, madres, hijos, hermanas
y hermanos que los vieron partir y se niegan a aceptar que
desaparecieron.
A todos quienes los acompañan en todas partes del mundo.*

I

Las Fuerzas Armadas han asumido el gobierno para poner orden en el país, para impedir que caiga en manos de la secta aprista. Aprismo es comunismo, comunismo es robo. Clamaba el editorial de El Comercio el 28 de octubre de 1948 al día siguiente del golpe militar del 27 de octubre.

Era la tradición que venía desde los años treinta. *El comunismo y el aprismo son iguales en principios y en doctrina, no tienen Patria, religión, Dios ni ley, pretenden destruir la nacionalidad y la civilización actual haciendo regresar al mundo a la barbarie... el soldado peruano debe combatir resuelta y enérgicamente al comunismo y al aprismo que son hermanos gemelos, quienes pretenden destruir la Patria, el Estado, la Nación, el Ejército, la Religión, la Propiedad, establecer el trabajo compulsorio y la lucha de clases y finalmente negar a Dios¹. ¡Soldado! El comunismo es la maldición del siglo sobre la vida de la Humanidad².*

En *El Comercio* a dos columnas: relación de subversivos profesores apristas subrogados. *Ni un solo maestro aprista debe quedar en las universidades, en los colegios, en las escuelas, pues hay que evitar que sigan pervirtiendo a nuestra niñez y a nuestra juventud. Hay el deber de separarlos en el día de los cargos que desempeñan³.* En la lista nombre del padre. Eso significaba el hambre de la casa. Pero sobre todo el silencio, la monotonía, la obediencia de nuevo, el gris de los días. La obediencia, Bernardo, la desesperanza, el aburrimiento.

Esa mañana Zoila Rosa se levantó temprano, encendió la pesada plancha de hierro plumizo que llenó de carbón desde la noche anterior, agitó las brasas con el soplador de pajas entrecruzadas, limpió la ceniza esparcida y se dispuso a planchar el traje recién comprado de Bernardo, igual como, durante años, había limpiado con bencina, había planchado y acomodado el único terno gris del papá, Mariano, con mucho cuidado para que no ponga el grito en el cielo como acostumbraba hacer en sus

1 Instrucciones para el soldado del Ejército Nacional, 30 de abril de 1932.

2 Ministerio de Gobierno y Policía. Campaña contra el comunismo.

3 La Prensa, 30 de octubre de 1948.

arrebatos de ira cuando no encontraba las cosas como debían ser en el lugar en que debían estar. Antes había sido el marido, ahora era el hijo el objeto de esos cuidados, de ese amor por los detalles.

Bernardo. Primer día de la Universidad. Culminación de años de trabajo, desde la escuela primaria que ella dirigía en el pueblito campesino de Ricardo Palma en las estribaciones de los Andes junto al Rimac de aguas claras y tumultuosas, con riberas pobladas de claveles y manzanas, al borde de la carretera que empezaba a empinarse hacia las cumbres, allí donde murieron por cientos, víctimas de paludismo y verruga, los indios y chinos que abrieron la azul serpiente de asfalto que subía y subía hacia la helada Oroya a 4,000 metros sobre el nivel del mar.

Desde el departamentito de El Porvenir cerca de La Parada, donde Lima se abría a las primeras golondrinas de la invasión provinciana, (un día los indios bajarán de los Andes, profetizó Luis E. Valcárcel), Bernardo tomó su ómnibus azul con carrocería de madera y en diez minutos de recorrido por un par de anchas y nuevas avenidas de asfalto reluciente, la Bolívar y la Abancay, estaba en el Parque Universitario.

Cuerpito flaco, andar tímido, encerrado en esa tela planchada por la mamá para la ocasión, boina azul para que los otros chicos no lo asalten y le corten el pelo a la fuerza como se les hacía a todos los que ingresaban a la Universidad por ser recién llegados, encaminó sus pasos dudosos por los patios rodeados de arcos, sombreados de árboles, donde tartamudeaban, más que murmuraban, unas cuantas fuentes de agua que funcionaban a veces. Dio vueltas desorientadas bajo esas arquerías. Nadie, nadie.

—Estás buscando lo mismo que yo, dijo Li Chong, no lo vas a encontrar porque eres un recién venido como yo, un extraño, no hay clases todavía, ¿no ves? allí están las vitrinas descoloridas con avisos del año pasado, míralas bien bisoño, ahí está lo que debes saber por el momento. Con el tiempo, tú serás también una página amarillenta, secada por el tiempo, como somos nosotros ahora.

Se encontró con quien iba a ser su primer amigo, el chinito recién llegado de Ica.

—Já, já. Ni siquiera tienes quince años compadre, este no es tu lugar ¿qué haces aquí? No naciste todavía. Demasiado ingenuo, prematuro, para este mundo de malicia.

No era Li Chong, el chico iqueño de su primera amistad en ese mundo nuevo, era el fantasma de Li Chong. No era él, Bernardo, era la sombra de Bernardo, aquella que recorría los espacios ahora fantasmales de la casona. El retorno de quienes no pueden irse porque algo los sujeta todavía a este mundo, al mundo de aquí. Una tragedia para ellos porque están en el mundo de aquí pero lo ven desde el mundo de allá, el mundo de los fantasmas.

¿Cuántos años pasaron? Li Chong veía todo con actitud pacífica y filosófica. Su espíritu sobrevivió al tiempo tempestuoso que pasó a su lado. Huelgas, bombas, prisiones, debates. *Mira bien las cosas Bernardo, acéptalas como son, deja pasar, nada podrás hacer.*

Sesenta años después, el fantasma de Li Chong seguía pensando igual que su dueño de otrora. Y el fantasma de Bernardo seguía tratando de comprender, de formular preguntas que no tenían respuesta.

—¿A qué preocuparse, tonto? ¡No tienen respuesta! ¿Por qué conviertes la vida en pregunta y demandas respuestas para todo? La vida es la vida, nada más, no busques explicaciones. Vive la vida, valora cada minuto, cada segundo. Es la vida lo que vale, no la razón. La razón es el peor invento humano.

No era Li Chong, era el fantasma de Li Chong. No era Bernardo, era el fantasma de Bernardo. Y allí estaban, de nuevo, como en los viejos tiempos.

—¿No te decía? Nada cambió. Los de arriba siguen estando arriba y los de abajo siguen estando abajo. El gran rebaño sigue aceptando sin chistar. Y además hay gente afuera, que no está ni arriba ni abajo. Dijo Li Chong. Tú y yo somos dos páginas amarillas y resecaadas por los años. Ya no preguntes por qué.

—¿Tú crees? Pero hicimos algo. La acción tiene valor en sí misma, no te guíes por los resultados inmediatos. Además, una buena parte de lo que postulamos lo conseguimos. Y en la otra parte logramos cosas que no nos propusimos.

—Eso es pura justificación, dijo Li Chong.

—Ese es un argumento cristiano, dijo Samuel, apareciendo con una armónica. Es el argumento de la gradualidad y la paciencia. ¿Tú eres cristiano ahora? Ustedes decían que son los resultados revolucionarios lo que importa, no los medios. Y ahora nos vienes con el valor intrínseco de la acción. Ustedes querían resultados, cambios profundos. Acepta, fracasaron desde el punto de vista que ustedes mismos planteaban, como tenía que ser. Lo que lograron, lo consiguieron como una consecuencia inesperada, no planeada. Y ni siquiera eso tiene importancia. Pero fueron buenos en un mundo de maldad y pagaron el precio.

—Nunca fuimos cartesianos. No estuvimos con la lógica aristotélica. Estuvimos con Nietzsche, con Rosa Luxemburgo, con lo espontáneo de la vida y de la muerte.

—Pero la vida está llena de resultados no planeados. Solo la racionalidad cartesiana exige el éxito inmediato, la coherencia entre lo que te propones y lo que logras. La lógica cartesiana solo existió en la cabeza de Descartes. Es la espontaneidad, el fluir de las cosas lo que forma la vida. Y tú no vas a controlar ese fluir.

Empezar de nuevo, pasados los años, discusión sin término, sin solución. Ahora las sombras de los tres, Bernardo el angustiado, Li Chong el conformista y Samuel el cristiano, eran más refinadas que sus dueños de carne y hueso otrora, se deslizaban discretamente por los patios vacíos.

Después de Li Chong fue Samuel y después Marcial Escarrachí y después fue María Luisa y después fue María Cristina. Las sombras se reunieron y recordaron, y recordaron.

Samuel tenía una armónica. Vivía en uno de los techos terrosos del Jirón Puno en el centro de Lima a unas cuadras de la Universidad.

Estás en mi corazón...
Y en mi amarga soledad
Siempre está en mi corazón
El recuerdo de tu amor...

Tocaba su pequeño instrumento deleitando al grupo con sus conciertos tristes, nostálgicos, románticos, sus notas alargadas sobre un techo polvoriento en homenaje a una mujer alojada en su mente a la que amaba sin ser correspondido. Gozaba con el sufrimiento romántico y lo llenaba de música, de la música triste y nostálgica de una armónica. María Luisa, habitaba en una casa de Surquillo, el barrio más pobre y alejado, frente al rico Miraflores, con su madre tuberculosa. Samuel, el cristiano, leía a Herman Hesse, María Luisa la dulce provincianita, hablaba con vocecita suave, labios finos y acento ancashino, volteando la cabeza a un lado como una gatita curiosa. A Marcial le gustaba discursar sobre la trascendencia de la vida poniéndose rígido, solemne. Marcial leía a Tolstoy, a Gandhi, Samuel leía a Vallejo y la Biblia. Una nube de preocupación y angustia los rodeaba a veces, una manera de ser, una manera de trascender su vida limitada, estaban rodeados de sentimientos e ideas. María Cristina no leía nada, rebosaba curvas, labios carnosos, caderas, el rostro moreno y redondo, los ojos negros y profundos, el cabello coposo, puro eros, pura selva.

María Cristina me quiere gobernar
y yo le sigo le sigo la corriente
porque no quiero que diga la gente
que María Cristina me quiere gobernar

—¿Qué decirte María Cristina? Ignorabas tu propio ego, los deseos que despertabas alrededor de tu perfume de diosa de la selva. Éramos tus adoradores tímidos, silenciosos, mirándote sin que te des cuenta.

—Y qué quieres que te diga. *Perdóname por mis senos turgentes, mi negro pelo perfumado. ¿Tenía yo la culpa de tus deseos reprimidos, tu cohibida adolescencia torturada por el amanecer del sexo? Ustedes filosofan, se angustian. La vida es mejor y mejor. Ahora viajas en avión, no*

*en barco, tienes internet, el mundo se te abrió y abrió y se sigue abriendo.
Aprécialo, gózalo, usa la esperanza, navega junto con la ola.*

San Marcos, lugar de formación de cachorros de las familias terratenientes, luego centro de conspiración liberal, foco de revueltas de las levantiscas clases medias y provincianas, frontera entre el estudio y la revolución.

*Titina, tina, tontina
la de la voz argentina
y el aliento de jazmín*

Larga como un cáñamo, naricita levantada en un mohín de fastidio, Ivonne recitó los versos de Leonidas Yerovi en la clase de Ugarte Chamorro. Bajito y chato como el corcho de una botella, el profesor la miraba cachaciento desde su gastado pupitre. Ugarte era un apasionado del teatro. Levantando la naricita, Ivonne transgredía la presión de Abraham, el rudo habitante de algún cuarto de callejón, empapado de marxismo: «libérate de la poesía burguesa, la literatura debe tener un sentido, un mensaje, una misión». Abraham la hartó con sus historias del compromiso revolucionario y el mensaje social. Oh, por favor Abraham, déjame tranquila con mis cositas burguesas ¿Acaso no te gustan? ¿Qué te has creído Abraham?

*Sal a tu ventana ingrata
y oye la mandolinata
que te doy en el jardín*

—Chúpate esa, Abraham. Eso no es poesía comprometida con otra cosa que no sea la musiquita de sus propias palabras. Me encanta esa musiquita. ¿Así que me querías manejar a mí, a mí, a la Titina tina tontina?

Bernardo ha reparado finalmente en que la vida palpita aún en la historia que ahora empieza; si no fuese así, sus incidencias y personajes no lo habrían atormentado a través de los años, importunándolo con sus idas y venidas, poniéndose detrás de él, vigilantes, protegiéndolo como dioses tutelares, amándolo, increpándole sus debilidades y errores, golpeando su hombro, llamándolo al orden. Fantasmas que se niegan a morir, que van esfumándose en el recuerdo de una generación que se va y luchan por retornar a la vida para increparnos con sus rostros amarillentos, borrosos pero exigentes. No todo ha terminado. Hay tareas que cumplir. ¿O están viviendo aún con nosotros? ¿Por qué no se van de una vez y dejan de torturarlo a uno con su sombra prolongada, que se arrastra sinuosa por las llanuras del tiempo? Por eso, cuando empezó a ponerla en el papel revisando sus viejos apuntes, estrujando las circunvoluciones de su cerebro o aventurándose en los vericuetos de su memoria que ya se desvanece, Bernardo encontró que su diario empezaba así, cuando decidió escribir este libro:

Han pasado cincuenta años y ya nacieron, florecieron y agonizaron. Todo se ha ido. El tiempo ha decantado la vida, ha deshecho lo más sólido, sus arrugas se han profundizado y expandido por todas partes y han penetrado apergaminando el fondo del corazón. La estúpida realidad ha hecho su lento trabajo de mandrágora, invadiendo los antes hermosos espacios de la locura. Nada es ahora posible y lo imposible ha desaparecido. Una monocorde línea horizontal de muerte, de paz eterna que pesa como una lápida, ha uniformado todos los latidos. Solo un zumbido sordo se mueve desde mi corazón hasta mis oídos en este mundo uniformado por la resignación, por el aburrimiento del hartazgo o el desconsuelo del hambre. Ahora estoy solo. Nada veo, nada siento. Soy un extranjero, estoy de espaldas a un espacio que no me pertenece y al que no pertenezco porque también estoy velado y desconocido. Los que no se fueron ya piensan en irse. Único habitante en una gran casa de fantasmas, ser al que a veces se ve pero por lo general se ignora, me dispongo a evocar a las sombras que me importunan, llamándolas en torno a mí. Hermanos, no terminamos lo que debimos hacer, perdónanos. Perdóname mis pecados, mis deudas, los vacíos en que habito. La vida pasa y acaba, no retorna, los humanos nacen y mueren, las pasiones, las virtudes, los errores y traiciones no tardan en ser sepultados y desaparecen bajo el polvo o detrás de la niebla del tiempo. ¿Fuimos protagonistas, instrumentos o víctimas? ¿Jugaron con nosotros o jugamos el juego? Solo algunos sobrevivimos como prolongación de lo que ya fue, inútiles ya, espíritus incapaces de pactar con el presente, estériles para unirnos al coro, sobramos, hemos llegado al final de nuestro tiempo que no es el tiempo de los otros, para descubrir que la única aventura que vale es la que uno realiza hacia el fondo de sí mismo. Nuestra llama, aquella chispa que danzaba en muchas pupilas y que ahora parece desvanecerse agonizando entre la multitud satisfecha o hipnotizada, nació de nuestros estómagos semi-vacíos, de los oscuros cuartos de pensión, del plato ralo del comedor de estudiantes, de las imágenes maravillosas, países lejanos y felices, revolución total prometida, rostros tersos en el aire, primaverales, sonriendo al viento nuevo entre banderas flotantes, en muchedumbre bulliciosa, desde las lustrosas fotos y desde la vida, yendo y viniendo de la imaginación a la conciencia, a veces maquillaje, a veces certidumbre colorida de lo que debía ser y no era. Stalin, Lenin. Ilia Ehrenburg. Era la primavera en Europa. Fue la esperanza de postguerra aquella que coincidió con nuestra adolescencia. Sueños, ilusiones, anhelos subterráneos en América entre la penumbra de las dictaduras, poemas en los exilios, prisiones, hambre de luz expandida en las oscuras pensiones del Parque Universitario, en los calabozos, en las lecturas a escondidas. Heroísmo imaginario, muerte imaginaria, entrega a una sociedad imaginada que se transformó en muerte de verdad. Con nosotros estaba la pobreza. Con nosotros estaba el rencor. Con nosotros vive todavía el paraíso. Rencor, no mueras, eres necesario. Ilusión,

no te vayas. Y hoy, todas esas flores se marchitaron. Las primaveras son ya lejanas, amarillentas, descoloridas, las flores son de papel y el mundo de cartón. Los rostros que sonreían entre las banderas, son ahora momias maquilladas de dientes gastados, obras de taxidermia, almas que se pudren en los cuerpos, joyas del tiempo a punto de convertirse en polvo mientras el nuevo color que ya no es color, el polvo gris del cementerio cubre el mundo. Hemos perdido para siempre las hermosas imágenes. ¿Hemos perdido? ¿Será que sólo quedan mentiras, explicaciones, tiempo derrotado por el tiempo?.

Tres años desde la Revolución Restauradora de Arequipa que el General Manuel A. Odría encabezó el 27 de octubre de 1948 contra el gobierno democrático de José Luis Bustamante y Rivero.

Y un año desde que Francisco Mostajo lideró el levantamiento de la ciudad del sur contra la nueva dictadura.

—¿Por qué rechazabas la obediencia? Dijo Li Chong. Nada te costaba que las cosas pasen. Nada podías hacer ¿A qué perder el tiempo? Las sociedades necesitan de las jerarquías y tú luchabas por cambiar una jerarquía por otra por más que sintieras y dijeras otras cosas. Estamos hechos de tal forma que los más deben obedecer a los menos. No hay salida a este problema, a no ser que los humanos dejemos de serlo.

—Además Odría no era tan malo, dijo María Cristina. Hubo tranquilidad, construyó unidades escolares, hospitales. Claro, ponía en orden a los revoltosos como ustedes.

—Las garantías constitucionales no deben ser violadas. Ningún gobierno puede suspender las garantías individuales más de treinta días.

Clase de Derecho Constitucional con el ex Fiscal Velasco. Ex acusador de Mamoru Shimitzu, el japonés que mató a golpes a toda su familia por motivos desconocidos al final de la segunda guerra, Velasco fue el primer Fiscal en el caso del asesinato de Francisco Graña Garland, víctima de un pistolero desconocido en el verano de 1947.

Melocotón con pelusa

Quítate eso que no se usa

Le dijeron las chicas del barrio a ese hombre metido dentro de un sobretodo en pleno calor del enero limeño, el hombre que esperaba a Graña en la cuadra 11 de la Avenida Perú para encajarle unos cuantos balazos de su revólver calibre 38. Industrial joven, Graña se oponía desde *La Prensa*, diario de su propiedad, a la entrega de la provincia de Sechura a

la International Petroleum Company. Nunca se supo quién era el melocotón con pelusa. Después de su muerte, los terratenientes de la costa, los «barones» del algodón y del azúcar, amigos de la IPC, controlaron el diario y apoyaron al general Odría para que dé un golpe de estado y les entregue los dólares de las exportaciones mediante el libre cambio. Tarea cumplida, melocotón con pelusa.

Nadie será perseguido por razón de sus ideas.

Nadie puede ser detenido sino por mandamiento escrito y motivado de juez competente.

El domicilio es inviolable.

Carece de valor toda declaración obtenida por la violencia.

Frases, frases, frases. Una Constitución que nunca fue cumplida, decía el Fiscal Velasco en clase.

Los soplones de Mier y Terán como antes los de Mústiga en la época de Leguía, rompían las puertas de los domicilios, cortaban colchones, requisaban libros para mostrarlos como pruebas del delito de estar contra el gobierno, de profesar ideas marxistas o apristas. Cientos en la cárcel, decenas confinados en apartados pueblos de provincia, deportados en México, Santiago y Buenos Aires. Era el Perú de los cincuenta, el Perú del silencio, de la obediencia.

¡Soldado! Piensa que los que te imbuyen ideas comunistas son unos cobardes; no hacen sino empujarte al sacrificio mientras ellos huyen para seguir percibiendo el sueldo que les paga un gobierno extranjero, para entregar más hombres a los presidios y a la muerte⁴.

—Bueno ¿y qué? ¿Qué tenía que ver contigo? Todos ellos salieron de las prisiones y cuando tuvieron poder hicieron aquello contra lo que decían que luchaban. Y el mundo siguió andando. Era el Perú de ahora, dijo el fantasma de Li Chong. Déjate de cosas, Bernardo. Todo pasa, nada pasa. Todo cambia, nada cambia. Ahora también te pueden matar y torturar, mejor es que te mantengas al margen. Porque están los marginales amargados, pero también los marginales ignorantes, aquellos que no saben en qué mundo están. Ellos son felices, mejor no te enteres. Y estamos los marginales orgullosos, ignorados por el rebaño, pero libres.

...y el hombre pobre, pobre, vuelve los ojos locos

como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada...

Marcial recitaba a Vallejo, Bernardo leía a Vallejo, Samuel leía *El lobo estepario* de Herman Hesse, Bernardo escuchaba y escuchaba. Era un lobezno estepario. No estaba dispuesto a obedecer. Estaba al margen de la manada.

⁴ Ministerio de Gobierno y Policía. Campaña contra el comunismo.

—Tú no estabas dispuesto a obedecer. Miles estaban dispuestos a seguir obedeciendo. Millones de buenas ovejas siguen obedeciendo hoy día, y no se dan cuenta de que los lobos se han disfrazado de pastores. Nuestros fantasmas están demás. No sé para qué nos llamaste, qué sentido tiene esta conversación, Bernardo. Eres un tonto como siempre. El mismo, no cambias. Todo empeoró ¿Por qué me haces regresar?

—Siguen con la gastada y triste canción de que todo empeoró, almas torturadas. Ustedes son ciegos, miren alrededor. Todo mejoró. La gente es dueña de sí misma, puede comprar, viajar, aprender, emprender. Dijo María Cristina sonriendo con sus labios carnosos.

Odría sustituyó al fiscal Velasco por César Augusto Lengua. Lengua acusó al diputado aprista Alfredo Tello Salavarría y a Héctor Pretell, de haber asesinado a Graña. Bajito, colorado, gordinflón, Tello fue uno de los cabecillas de la revolución de Trujillo de 1932, se la tenían jurada. Pretell no tenía nada que ver en el asunto pero igual tuvo que pasar diecisiete años entre las paredes de ladrillos de la Penitenciaría. No había pruebas suficientes contra ellos, todo eran indicios, igual fueron condenados, alguien tenía que estar entre rejas. Velasco no quería ser instrumento de la dictadura para condenar a dos personas que probablemente eran inocentes. A raíz de eso se convirtió en un tenaz crítico de Odría, limitaba su curso a las garantías constitucionales. Garantías. Garantías. Las repetía en cada clase.

Antes de Odría, otra revolución había fracasado pero era de los de abajo: la marinería del Callao se levantó la madrugada del 3 de octubre de 1948 contra Bustamante, liderada por el Capitán de Corbeta José Mosto y Mosto y el Teniente Segundo Juan Manuel Ontaneda. Ambos fueron acribillados por la tropa mientras esperaban el apoyo de las células apristas en Lima y Callao; una contraorden del Jefe del Partido Haya de la Torre los dejó abandonados en el puerto. Nadie salió a las calles aquella mañana, los dejaron solos. José Fonkén, hijo del héroe obrero de las ocho horas que se suicidó en los años cuarenta con su amada en un hotel del norte, esperaba el amanecer para tomar la Radio Central donde leía las noticias. Nada, nada. En la comisaría de La Victoria los policías apristas esperaban la orden. Nada. En las casas apristas ya estaban reunidas las milicias armadas para salir a controlar las calles. Nada. En el puerto, los buques de la Armada que declararon la insurrección fueron bombardeados por la FAP. A última hora, el Comité Nacional de Acción, leal a Haya, se negó a dar la orden de salir a la revolución, el compañero Jefe que había dicho sí ahora decía no, le daba miedo o había transado con alguien. No estaba el compañero Jefe, se había esfumado a la hora de la verdad.

—Entonces ¿por qué había gritado, amenazado a Bustamante y la oligarquía desde su tribuna de espectacular orador de masas?

¡No nos provoquen!, decía bajo los reflectores, ¡no nos provoquen!

¡Apra sí, Apra sí!

¡Haya o no Haya, Haya será!

¡Fe, unión, disciplina y acción!

—Haya tenía que navegar en un mar de contradicciones, debía satisfacer las expectativas de la gente que demandaba justicia y a la vez mostrar a sus enemigos que tenía poder. Nada más que eso. Y a veces las cosas se le iban de las manos. Es el drama del líder que tiene que responder favorablemente a los instintos de sus seguidores.

—Era un preso de sí mismo, dijo Samuel, el teólogo, limpiando su armónica con un pequeño pañuelo. Era preso de la imagen que él se había fabricado para dominar a los demás. Es el castigo que la vida les tiene reservados a los que quieren ser grandes hombres. Los mediocres no tienen, nunca tendrán, ese problema. Sé humilde, no pretendas la grandeza, porque es falsa.

—Grandeza, de qué me sirves sino para que me obligues a depender de los pequeños. Eres grande porque estás rodeado de minúsculos, eres singular porque estás rodeado de mediocres.

El Comando Revolucionario de Hernán Boggio Allende trató de actuar por su cuenta pero solo generó más confusión. Meses antes, el auto Buick verde del ingeniero Boggio fue señalado como aquél en que había fugado el asesino de Graña, el hombre del sobretodo con las solapas levantadas que le tapaban el rostro, el melocotón con pelusa.

¿Conocía Boggio al melocotón con pelusa? ¿Estaban implicados los radicales del Apra en el asesinato de Graña? ¿Había Haya autorizado el asesinato?

A las pocas semanas de la fracasada sublevación marinera, Odría se hizo del poder y dictó la Ley de Seguridad Interior prohibiendo a los partidos aprista y comunista. Cayó el manto de la cotidianeidad sobre la masa carneril de los mediocres que sostienen la sociedad de todos los días, trabajar, comer, reproducirse, trabajar, comer, dormir, defecar, obedecer, trabajar, comer. Obedecer, no mirar, no pensar. Mirar pero no ver. Volver los ojos a otro costado. No ver, prohibido ver. No ver, no oír, no hablar. No pensar, obedecer. No más gente gritando consignas en las plazas, no más peleas políticas callejeras. Tranquilidad, paz.

13 de julio de 1952, Bernardo ya estaba en la Universidad. Una Corte de Guerra dictó 238 sentencias contra los responsables de la sublevación del Callao condenando a muerte al Teniente Segundo Domingo

Castañón; y al resto de sublevados a un total de 500 años de prisión. Todo bien, todo tranquilo. Nadie se acordaba de ellos.

—*La paz de los cementerios...comentó el fantasma de Bernardo. En esa paz vivió el Perú todo el resto del siglo.*

—*Sigues siendo un iluso, Bernardo. ¿Quién se acuerda ahora de Domingo Castañón, José Mosto y Mosto y Juan Manuel Ontaneda? ¿Por qué tenían que acordarse de ellos? ¿Dónde los enterraron? ¿Alguien les rindió homenaje? Se hicieron polvo, se esfumaron como yo. Yo me esfumé y me convertí en fantasma sin tanto dramatismo, viví mi vida tranquilo, no pasé por el susto de la cárcel y el fusilamiento. Ellos vagan en el espacio buscando quién los recuerde ¿Cuántos hay como ellos? ¿Cuántos miles, millones, esperan el homenaje del rebaño? Pero el rebaño sigue caminando silencioso, siguiendo a sus lobos disfrazados de pastores.*

La política fue al receso, los periódicos independientes quedaron clausurados. Alfonso Tealdo, editorialista de La Prensa de Pedro Beltrán y antiguo falangista partidario de Franco, asaltó la imprenta del diario democrático *Jornada*, mientras eran apresados los redactores auténticos, los jóvenes que apoyaban a Bustamante, e hizo imprimir una edición falsa respaldando el golpe de estado contra la anarquía, las bandas organizadas de los búfalos apristas y el peligro comunista financiado por el oro de Moscú. El local de *La Tribuna*, el diario aprista, una vieja casa de la calle Belén cerca de la Plaza San Martín, fue atacado por los soplones, sus ediciones requisadas, sus cajas de plomo empasteladas y fundidas. Solo tres diarios continuaron saliendo: *El Comercio* de los Miró Quesada, *La Prensa* de los terratenientes de Pedro Beltrán y *La Crónica* de los Prado. Tres familias, tres intereses distintos, pero solo un Dios verdadero: la plata Bernardo, la plata. Se guiaban por la versión oficial y eran por unanimidad anti apristas y anticomunistas. Decían lo mismo, ocultaban lo mismo. Nunca asomaron a sus columnas los rostros morenos del pueblo. Sólo estaban las señoras y las niñas de sus páginas sociales. A las diez de la noche, los sonos marciales de la marcha de Tarapacá, tararará tararará, tarará, tocados por la Banda de la Guardia Republicana, interrumpían a todas las emisoras del país que entraban en cadena obligatoria con Radio Nacional para propalar la voz militar y engolada de un locutor que leía el Noticiero Nacional del Perú. En el silencio general, una sola verdad para todo el país.

—*Era nuestro mundo, dijo Bernardo. El mundo del silencio. No podía soportarlo.*

—*Era nuestro mundo, dijo Li Chong. Era uno solo. ¿Y qué te importaba? ¿Para qué más mundos?*

—Ese era el problema de ustedes, dijo María Cristina. La gente estaba tranquila y feliz.

El rector del período 1945 – 1948, Luis Alberto Sánchez, debió retornar a su exilio de Chile y Argentina donde había estado deportado en los años cuarenta. En la casona de los fantasmas todo era media voz mientras en el centro del Parque Universitario el reloj prusiano regalado por los alemanes en 1921 para el primer centenario de la independencia, tocaba sus campanadas cada hora. Unos cuantos ómnibus y colectivos Ford T de los años treinta, aquellos de las películas de gánsteres, hacían la ruta Victoria Viterbo por la Avenida Abancay que recién se estaba abriendo al soñoliento progreso urbano. Avisos apergaminados por el sol veraniego se exhibían en las vitrinas de los patios de letras y derecho. El Salón General de madera en el Patio de los Naranjos hacía de sala de lectura de la Biblioteca a la que los alumnos concurrían en el tiempo que mediaba entre clase y clase. Dos galerías corridas a lo largo de una gran habitación en forma de herradura, asientos comunes en declive organizados frente a frente. Los crujidos de las tablas sin engrasar o las risitas de los chistosos amenizaban de vez en cuando la penumbra.

—Mira, ¿no te parece linda? dijo Marcial.

Con un cuerpito dibujado por su cintura estrecha y sus caderas anchas algo huesudas, atravesaba el Jirón Azángaro María Luisa, cabecita inclinada como las gatitas observadoras, labios precisados por líneas definidas, blusita blanca, traje sastre, brochecito con una flor roja en el cuello de encaje, perfume a lavanda, percal bien planchado y almidonado. Toda candor, toda pudor, toda provincia. «Tengo que caerle, dijo Marcial, tengo que caerle».

—Sí, en efecto. Desde el colegio Santa Isabel de Huancayo, Marcial se conmovía con Tolstoi, se torturaba con la trascendencia del espíritu, clamaba contra el sinsentido de la vida. Buscaba al amor. Víctima de la depresión, de Tolstoi, y de sí mismo, acabó suicidándose en algún pueblo de su tierra. Fue una muerte ignorada, lejana. Nunca más supimos de Marcial, nunca supimos por qué desapareció y cómo hizo para acabar con su propia angustia cuyo origen no podía explicar. Su fantasma no acudió a nuestra cita del Patio de los Naranjos, vagaba por los pueblos del Mantaro.

—Solo yo supe, dijo Marcial desde lo lejos, fantasma de otros fantasmas. Me fui porque esta vida no tenía sentido para mí. Todo iba a seguir igual. ¿Acaso no tuve la razón? No valía la pena vivir. ¿A qué perder el tiempo? Hice bien, tomé el atajo hacia la otra vida, la de los fantasmas. No como ustedes que no hicieron otra cosa que dar vueltas y enredarse. El mundo es uno solo, presente y pasado. Nada se puede cambiar, nada cambiará.

Ingresaron aquel año luego de dar un examen escrito y oral, el oral con un jurado de cuatro catedráticos en la casa de la Calle Padre Jerónimo que había sido el Colegio Universitario en la época del rector Sánchez, de acuerdo a un cuestionario.

—Eso era la Universidad, cuando el universitario era un personaje respetado por la sociedad, dijo el fantasma de Li Chong, ahora la cosa es diferente, en eso sí hemos cambiado para mal. Cuando el pueblo se apoderó de la universidad, la universidad empezó a valer lo mismo que el pueblo, es decir nada. Los lobos disfrazados de pastores, los que mandan el rebaño, se retiraron, hicieron cabaña aparte de esa chusma. No se arregló nada, todo se complicó.

Concurando para ser locutor, un día Bernardo fue aceptado en una radio que salía recién al aire, la Radio Restauración. Tenía buena voz, le encantaba leer avisos y noticias, narrar las radionovelas en las que Carmen Valdez, la gran actriz del cine argentino importada a precio de oro por la radio, hacía derramar lágrimas a las amas de casa limeñas. Temperamental, irascible, Carmen fue contratada para esa radio nueva que al mismo tiempo necesitaba gente joven. Bernardo anunciaba los discos de 45 revoluciones con los boleros de Los Tres Diamantes y Toña la Negra, sensación del momento. Y allí se conocieron con José Fonkén, el que había intentado tomar la Radio Central para propalar los comunicados de los marineros sublevados del 3 de octubre. Y se fue a leer las noticias en la Radio Central, la que estaba *en su receptor y en todas partes, Radio Central, la emisora más popular*. Entonces en las noches eran las orquestas, Teresita Arce la Purificación Chauca, la doña Caro y sus hijas con los libretos de Jorge Rivarola, el Jilguero del Huascarán, Eloisa Angulo la criollita, el Gancho Arciniega, el mejor cajonero del Perú, las radionovelas de Elvira Travesí, las bandas norteamericanas que llegaban de vez en cuando, *Chatanooga choo choo*, con la música gringa de los cuarenta. Mundo de luces, de ilusión, aquella nube creada por las ondas y los micrófonos que invadía los hogares de los barrios limeños con las aventuras de Tarzán, las historias del Monje Loco, las narraciones de Las Mil y una Noches, la Marcha del Tiempo con la voz engolada de Hugo Guerrero y los concursos de preguntas y respuestas *bajo las luces de Kolynos* de Pepe Muñoz. Bernardo leía las noticias de la mañana, leía *La voz y la pluma* de Alfonso Tealdo al atardecer, pasaba los comerciales en los shows, estaba encantado con los reflectores y los aplausos.

Avena Quaker

cada día

para fuerza

y energía

Mejor mejora Mejoral con ácido acetilsalicílico y fenacetina

—Use Jabón del Prado para un baño delicioso y reparador. Único en calidad, único para realzar su belleza. Dijo Nelson Arrunátegui el anunciador de Teresita Arce, la Chola Purificación, allá por los años cuarenta.

—Ni con todo el Jabón Prado se podrá borrar la mancha del 79, comentó Teresita riéndose. Pensó que estaba haciendo el chiste del año, pero esa noche durmió en Santo Tomás, la cárcel de mujeres, por insultar al presidente de la república Manuel Prado, nieto de Mariano Ignacio Prado, que fugó del país apenas declarada la guerra con Chile produciendo la mancha del 79, la que no se podía borrar con jabón Prado.

—No se olvide: limpieza, calidad, belleza, Jabón Ross.

Dijo Fidel Ramírez Lazo. Cerró el interruptor del micrófono y comentó a un amigo que estaba en la cabina de locución.

—Yo no usaría este jabón ni para lavarme el culo.

No sabía que el interruptor estaba malogrado, el comentario salió al aire. Esa tarde Fidel perdió su licencia por varios años. La Dirección de Radiodifusión del Ministerio de Gobierno controlaba todo lo que se decía a todas horas en las emisoras.

Un día Bernardo conoció a Ana María. Recién llegaba como locutora practicante y vio su rostro a través de los cristales de la cabina de locución.

—Y ahora van a escuchar el ay-ay-ay de Pérez Freire, anunció Ana María, locutora bisoña.

Bernardo rio al otro lado del cristal. No es el ay-ay-y. ¡Es el ayayay!

Pequeñita, pelo coposo, apasionada, con un tic de tensión en el rostro rectangular y los labios pintados de un rojo bermellón, una nube de perfume rodeándola, actriz de radio novelas y locutora, Bernardo fue a partir de ese momento la obsesión de Ana María, su fijo objetivo, su tragedia y comedia, bolero y tango, ciega confianza en lo que Bernardo decía y hacía, amor y acoso, romance y pasión, presión emocional, todo a la vez. Ana María vivía una radionovela. En ella Bernardo era, a la vez que galán acusado de frialdad e infidelidad, un objeto a poseer y conquistar mediante la humillación personal para despertar sus sentimientos de culpa. Ella era la víctima, él era el culpable. Bernardo vivía el mundo de Pablo Neruda, Nazim Hikmet, Paul Eluard, Jorge Amado. Un mundo aparte del mundo. Dos mundos distintos y, sin embargo, complementarios en el erotismo, en la novedad del sexo para Bernardo, en el furor de un romance apasionado hasta la violencia y la tragicomedia.

—Y por esa artista me dejaste, reprochó el fantasma de María Luisa. Yo no acosaba, no podía hacerlo, era apenas una flor del campo trasplantada a Lima.

—¿Qué dice tu artista? Preguntaba en San Marcos Olga, en son de reproche, cuando las columnas de chismes de la radio que publicaba La Prensa aludían al romance de Bernardo.

—Perdonemos, dijo finalmente María Luisa, la provincianita. Ella te amó mucho, Bernardo. Porque te amó mucho, el cielo debe haberle abierto sus puertas.

—No hay nada que perdonar porque no hay culpables. Todos somos victimarios y víctimas al mismo tiempo sin quererlo y sin saberlo. Son las trampas que la naturaleza nos pone en el camino para que nos reproduzcamos, nada más que eso, dijo Li Chong.

—Puede ser, somos complejos, pero sin ese amor aun enredado con los instintos, el mundo no podría existir. El amor es el motor del mundo, dijo Samuel el cristiano.

—Y bueno, si el amor se te presenta en el camino, gózalo sin complejos, dijo María Cristina.

En la Universidad no había preguntas; a veces se podía abordar a los profesores en la puerta del aula. Las «copias», apuntes que tomaban alumnos diligentes que después vendían mal redactadas y peor mimeografiadas para comer, servían de preparación cuando se estudiaba a última hora para dar los exámenes.

—Los estudiantes tachamos al profesor Porras Barrenechea porque hace una permanente apología de los españoles que saquearon nuestro país, los conquistadores aniquilaron la gran civilización inca donde no había propiedad privada ni explotación del hombre por el hombre sino solidaridad e intercambio, ellos esclavizaron a los indios, son los indios no los españoles lo que debemos destacar y estudiar, dijo el comunista Manuel en la sesión del Centro Federado de Letras durante la huelga en apoyo de los trabajadores tranviarios en solidaridad obrero estudiantil. Tachar era censurar, profesor censurado por los estudiantes, profesor despedido. Había que despedir a Porras. Querían imponer el derecho de tacha, una de las conquistas de la reforma universitaria de Córdoba, acabar con los profesores idealistas, conservadores, hispanistas, poner a los revolucionarios que formaron parte del Grupo Rojo Vanguardia en los años treinta. Pero esos eran ahora tranquilos académicos, no estaban dispuestos a seguir moviendo el ambiente.

En la huelga estudiantil, todos los odios se desencadenaban.

—¿Y por qué tenemos que censurarlo? El profesor Porras Barrenechea es nuestro primer investigador sobre los cronistas, el pasado colonial, el virreinato, dijo desde una carpeta del fondo Pablo Macera. Además no tenemos por qué oponer las dos vetas raciales que formaron lo que somos, incluyendo a quien ha hablado.

Porras tenía un equipo de los mejores estudiantes que fichaban los libros de su biblioteca en su casa de Miraflores.

Sufrimiento de los runas, desaire de los mistis. Un día los indios descenderán de las montañas para tomar las ciudades. Sólo esperan su Lenin había dicho Luis Valcárcel.

De las tumbas saldrán los gérmenes de la Nueva Edad. Es el avatar de la Raza.

No ha de ser una Resurrección de El Inkario con todas sus exteriores pompas. No coronaremos al Señor de Señores en el templo del Sol. No vestiremos el unku ni cubriráse la trasquilada cabeza con el llautu, ni calzaránse los desnudos pies con la usuta. Dejaremos tranquila a la elegante llama servicial. No serán momificados nuestros cuerpos miserandos. No adoraremos siquiera al Sol, supremo benefactor. Habremos olvidado para siempre el kipu: no intentaremos reanimar instituciones desaparecidas definitivamente.

...La Raza, en el nuevo ciclo que se adivina, reaparecerá esplendente, nimbada por sus eternos valores, con paso firme hacia un futuro de glorias ciertas. Es el avatar, la incesante transformación, ley suprema que todo lo rige, desde el curso de los mundos estelares hasta el proceso de estas otras grandes estrellas que son las razas que pululan por el globo, erráticas dentro de un sistema: es el avatar que marca la reaparición de los pueblos andinos en el escenario de las culturas. Los Hombres de la Nueva Edad habrán enriquecido su acervo con las conquistas de la ciencia occidental y la sabiduría de los maestros de oriente. El instrumento y la herramienta, la máquina, el libro y el arma, nos darán el dominio de la naturaleza: la filosofía-clave-metapsíquica hará penetrante nuestra mirada en el mundo del espíritu.

Las razas. Las palabras de Valcárcel encarnaban el sentimiento provinciano. Los nietos, bisnietos, tataranietos de esos indios, de esas indias violadas por blancos y mestizos, estaban ahora en la Universidad.

Indio solo ten fe en ti mismo había dicho González Prada. Al indio no se le predique humildad y resignación, sino orgullo y rebeldía. ¿Qué ha ganado con trescientos o cuatrocientos años de conformidad y paciencia? Mientras menos autoridades sufra, de mayores daños se liberta. Hay un hecho revelador: reina mayor bienestar en las comarcas más distantes de las grandes haciendas, se disfruta de más orden y tranquilidad en los pueblos menos frecuentados por las autoridades.

En resumen: el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es, más o menos, un Pizarro, un Valverde o un Areche.

En la casa de Bernardo, Mariano el padre escribía artículos sobre la música de los incas y narraba su infancia con los indios. Los yaravíes sonaban en las noches en aquel hogar pleno de violines, guitarras y mandolinas con un retrato de Beethoven presidiendo la pequeña sala, donde

el padre exigía silencio absoluto cuando tocaba las czardas, las danzas húngaras, cuando el metrónomo tac, tac, tac, marcaba los compases para que sus dedos presionen las cuerdas y el arco se deslice creando melodías maravillosas, mundos de sonidos. En las noches, Mariano narraba los cuentos de las haciendas de su infancia en Ayaviri, soledades nocturnas, viajes a caballo, distancias, fantasmas, aparecidos, hacendados e indios, montoneras, quechua, aimara y castellano alternados.

Indigenistas e hispanistas se enfrentaban en una controversia que no tenía cuándo acabar. Venía de los años veinte cuando los provincianos vencieron con su presencia la discriminación de los limeños.

—La Universidad masificada no había nacido, San Marcos era una escuela grande. Los departamentos no existían, solo las Facultades. Íbamos creciendo juntos en edad, conocimientos, idilios, decepciones, proyectos de vida.

—Describa cómo establece usted una violación sexual a partir de la comprobación del tipo de rasgado del himen de la víctima.

Ivonne enrojecía sentada en la primera fila del aula de madera escalonada, en un nivel más bajo que el estrado del profesor, tartamudeaba con voz inaudible. «Hable más fuerte, examinanda, hable más fuerte. ¿Cuántas posiciones puede tener la rasgadura del himen después de una violación?». La mirada fija del profesor encima de ella y el resto de los alumnos sentados en galería, la empequeñecía como acusada en un juicio. El profesor de medicina legal se ensañaba con las mujeres, una mujer abogada le parecía algo antinatural, fuera de lugar, nada tenía que hacer allí.

A los pocos años, el Salón Blanco de la calle Azángaro se convirtió en centro de conversación y escenario de fugaces romances. Evalina y Liovanna eran las diosas. Se decía que Alfonso Barrantes, un cajamarquino aprista eterno estudiante de derecho, presidía el Club de Admiradores de Evalina. Liovanna, imponente en su belleza italiana; y Evalina, encantadora con su cálida y modesta hermosura huanuqueña, ponían de vuelta y media a los varones. El olor a pan recién salido del horno se expandía los mediodías desde la Pastelería de Huérfanos o el Café Palermo que poco después, cuando la democracia regresó, se convirtió en bohemio lugar de borrachitos, vagos y aspirantes a poetas.

—Camaradas, Stalin es nuestro hermano mayor, el padre de los trabajadores del mundo, el vencedor de los nazis.

El camarada Bayona hablaba en la célula del partido. Calvito, eterna vestimenta gris, pequeño, barrigón, se iba emocionando a medida que hablaba. Era el informe internacional con el que cada célula debía abrir la sesión luego de cumplir con el minuto conspirativo, debían ponerse de acuerdo en qué decir si eran sorprendidos por la policía. Nadie conocía el nombre de nadie, todo eran seudónimos: Pavel, Boris, Alejandro. Un

panadero, un violinista que pedía monedas en los cafés del centro, un pastelero, en aquel cuartucho de una ruinosa quinta junto al río, recibían los informes de cómo avanzaba, invencible, el campo socialista liderado por la Unión Soviética, la patria de los trabajadores, ahora extendida a la mitad de la nueva Europa socialista descrita por Ilya Ehrenburg, el narrador judío soviético favorito del camarada Stalin. Bayonita acusaba de todo al nipo--nazi--fascio--falangismo, un tenebroso personaje multifacético, un pulpo que amenazaba al estado proletario y se extendía por todo el mundo.

—*¿Recuerdas? Era la posguerra, solo a dos años de aprobada la Declaración de los Derechos Humanos, con la guerra fría apenas empezada. Todavía la Unión Soviética disfrutaba de su leyenda ganada a costa de sangre y muerte. José Stalin era uno de los personajes centrales del mundo con sus tesis sobre la inevitabilidad de las guerras entre los países imperialistas traducidas a todos los idiomas por la editorial de lenguas extranjeras de Moscú. La lejanía de lo secreto, lo prohibido, rodeaba a Malenkov, Jruschov, Molotov, Vishinsky, Tito, Gromyko; la primavera ha llegado a Europa, decía Ilya Ehrenburg, el poeta judío favorito del Ejército Rojo; y a las lejanas guerrillas del Viet Minh contra los franceses, o los Mau Mau de Jomo Kenyata contra el colonialismo inglés. En Estados Unidos, los afrodescendientes eran condenados a largas prisiones por cualquier cosa, entre ellas por violación visual, es decir, mirar algo más de unos segundos, aunque sea con el rabillo de ojo, a las mujeres blancas. Eso era una parte normal de la gran democracia del norte. Unos cuantos millones de negros no le hacían más ni menos... Tú estabas en otra. Ni siquiera te enteraste de estos acontecimientos que nos estremecieron y formaron a quienes nos lanzamos a la gran aventura.*

—*No me interesaba. Nada que yo pudiera hacer podía cambiar la vida. Nada. Quería escapar del odio, hacer mi pequeña isla de tranquilidad, encogiéndome de hombros. Y lo conseguí.*

—*No llegaste a conocer las dimensiones del odio. El odio era mutuo. Los crímenes contra el pueblo soviético fueron horriblos. Pero también lo fueron los que cometieron los aliados contra el pueblo alemán. El gran atentado contra la raza humana es cometido en todas las épocas por manadas de místeres Hyde, la parte bestial de los humanos. Recuerda Dresde. Recuerda Hiroshima. Recuerda Nagasaki. Recuerda Kosovo. Recuerda Irak. Recuerda Siria.*

—*¿Pero eso justifica los crímenes? Dijo el fantasma de Li Chong. Y ahora siguen en la misma historia, sangre y más sangre. Y ya no están los Gandhi, sus sombras se borraron. Quedan solo los Bush, los Netanyahu.*

—*Ningún crimen, ni grande ni pequeño puede ser justificable. Dijo desde lejos el fantasma de Samuel, ahora teólogo protestante, soste-*

niendo su armónica. El ser humano es un cautivo y no puede librarse de sí mismo.

En 1952 el general Dwight «Ike» Eisenhower con su Vicepresidente Richard Nixon ganó las elecciones. Joseph Mac Carthy estaba por empezar sus juicios contra los que acusaba de ser traidores a Norteamérica. Pocos meses después Charles Chaplin era prohibido de regresar a los Estados Unidos por el Fiscal General Mc Granery y los diarios publicaban las fotos de los esposos Ethel y Julius Rosenberg llevados a la silla eléctrica en junio de 1953, acusados de entregar el secreto atómico a los comunistas rusos. La persecución contra liberales e izquierdistas empezó en grande en todo el continente.

El 12 de mayo de 1951 se colocaba la primera piedra de la Ciudad Universitaria. Ya se había construido el estadio de la Universidad que recibió el nombre de Estadio Monumental de San Marcos. Era parte de la febril actividad constructora de Manuel Odria y su ministro Juan Mendoza Rodríguez que levantaron, con financiamiento del Fondo de Educación Nacional, las grandes unidades escolares además del Colegio Militar Leoncio Prado; y con el Fondo Nacional de Salud y Bienestar Social, financiaron a la Corporación Nacional de la Vivienda para que edifique Unidades Vecinales mientras crecían los edificios de los ministerios de Hacienda, Educación y Trabajo.

Alta, bella, guapa, largos cabellos negros, ojos zarcos, sonrisa permanente, de familia de millonarios nortños, Ella Dunbar fue la primera mujer que ocupó una cátedra en el Perú, la primera mujer Vocal en la Corte Suprema, la primera mujer directiva en la Sociedad Nacional de Historia. Dedicada como Porras al estudio de los cronistas de la conquista, Ella mantenía un frustrado romance con Andrés Townsend Ezcurra, director de La Tribuna aprista y después exilado en Argentina. Las cartas iban y venían hasta que el periodista optó por otra elección amorosa y entonces Ella se casó con Carlo Radicati di Primeglio, décimo séptimo Conde de Primeglio, historiador y arqueólogo italiano autor de estudios sobre los quipus. El amor de ambos por la Universidad fue tal que cuando hicieron su testamento en 1994, escribieron: *Consideramos que la Universidad Nacional de San Marcos, en la cual hemos servido a lo largo de nuestra vida académica, por sus ancestrales raíces comunales y su autonomía, ofrece las mayores posibilidades para nuestros modestos fines de salvaguardar la obra de nuestras vidas colaborando a la investigación científica.*

La ilegalidad pesaba sobre un gobierno surgido primero en 1948, de un golpe de estado y después en 1950, de una elección con candidato único teniendo preso al opositor general Ernesto Montagne. Intervenida desde 1948 en que un tanque derribó una puerta de la Casona del

Parque Universitario, la de Ciencias, el cogobierno y la plataforma de la reforma universitaria de 1945 hecha bajo los patrones de la revolución universitaria de Córdoba, fueron abolidos y en su lugar primaba la Ley Orgánica de Educación. El Decreto Ley 11049 o Ley de Seguridad Interior ponía a los disidentes a disposición de zonas de guerra y policía bajo el arbitrario criterio de Alejandro Esparza Zañartu, el Director de Gobierno, segundo del ministro Romero Lovo y hombre de confianza de Odría.

Que frente al avance de la delincuencia político-social se hace necesario dotar a la Sociedad de los medios legales indispensables para su defensa y para la de las Instituciones Tutelares del Estado... Cometén delito contra la Seguridad y Tranquilidad Públicas los que con fines políticos o sociales: a) Atemoricen verbalmente, por escrito o por cualquier otro medio, a las personas, amenazándolas en su vida, su libertad o sus intereses materiales o morales de sus padres, cónyuge o hijos; b) Propaguen verbalmente, por escrito o por cualquier otro medio, en el interior o exterior de la República, noticias o informaciones falsas o tendenciosas, destinadas a alterar el orden público o a dañar el prestigio y crédito del país, de sus instituciones, de sus altos funcionarios o de la Hacienda Nacional; c) Fomenten o propaguen, por cualquier medio, individualmente o como miembros de asociaciones, instituciones, grupos o partidos políticos, doctrinas o propósitos que tiendan a alterar o modificar violentamente el orden político o social de la República; d) Se asocien a doctrinas de carácter y tendencia internacionales declaradas como tales por la Ley, y los que propaguen esas doctrinas; e) Reciban subvención o mantengan relaciones con personas, instituciones, partidos políticos o gobiernos extranjeros, con el fin de propagar doctrinas de carácter y tendencia internacional contrarias al régimen democrático o de alterar violentamente el orden público o social de la República. f) Lleven o transporten armas o explosivos, sin permiso de autoridad competente; g) Importen, fabriquen o manden fabricar o importar, adquieran, distribuyan, conserven o comercien armas de fuego, cortantes o contundentes, municiones, explosivos o bombas, o sustancias para su fabricación, sin el permiso correspondiente; h) Formulen o planteen en nombre de las asociaciones, sindicatos o instituciones que representen, peticiones extrañas a sus fines institucionales propios, con propósitos de alterar el orden público; i) Intenten producir, produzcan, estimulen o mantengan huelgas, con violación de las disposiciones legales que las rigen o provoquen estados de agitación en sindicatos o centros de trabajo o de enseñanza con el propósito de ocasionar la ruina de una industria o de alterar el orden público, presionar o intimidar a la autoridad; j) Traten de persuadir o persuadan a las autoridades políticas, miembros de los Institutos Armados, de Policía y del Cuerpo de Investigaciones y Vigilancia a faltar a sus superiores o a sus deberes en general; k) Proporcionen, por cualquier título, locales para la reunión de personas, asociaciones, instituciones o partidos políticos declarados

fuera de ley, o que profesen o propaguen ideas o doctrinas peligrosas o nocivas para el orden político o social de la República; l) Los que, siendo funcionarios públicos llamados a cuidar del orden y de la estabilidad de las instituciones nacionales, permitan por negligencia, alteraciones del orden público. m) Exploten sin el permiso correspondiente, bombardas, cohetones, petardos o cualquiera otra materia explosiva, destinados a alterar o a dar señales para alterar el orden público. n) Hagan propaganda política en dependencias del Estado, centros de trabajo, cuarteles, colegios y centros de enseñanza en general o desmoralicen o perturben la mente de sus dependientes o educandos, sembrando ideas disociadoras o promoviendo sentimientos de odio y de rebeldía al orden y a la autoridad. Será circunstancia agravante de este delito incurrir en él abusando del ejercicio de la función; o) Hagan propaganda a favor de partidos políticos declarados fuera de la Ley y los que, por este medio, injurien o difamen a la autoridad u ofendan la respetabilidad de las instituciones públicas; y p) Efectúen, sin permiso de la Autoridad; manifestaciones públicas. Artículo 2º.- Los culpables de las infracciones previstas en los incisos a) al m), inclusive del artículo anterior, sufrirán, según la gravedad del delito, las penas de expatriación de uno a cinco años, reclusión militar o prisión. A los culpables de los delitos previstos en los incisos n) al p) del mismo artículo, se les aplicará la pena de multa de S/o. 1,000.00 a S/o. 10,000.00. En caso de insolvencia del penado o de su negativa al pago de la multa le será sustituida por prisión de un mes por cada S/o. 1,000.00 de multa o fracción de S/o. 1,000.00. CAPÍTULO II Delitos contra la Organización y Paz Interna de la República Artículo 3º.- Cometén delito contra La Organización y Paz Interna de la República: a) Los que atenten contra la vida del Jefe del Estado o sus Ministros o la vida de sus esposas e hijos, con el fin de alterar el orden público, sustituir al Gobierno, o causar intimidación: b) Los que, con idénticos fines, atenten contra la vida de los miembros de los Institutos Armados, funcionarios públicos, miembros de las Fuerzas de Policía y Cuerpo de Investigaciones o contra la vida de sus cónyuges e hijos; c) Los que asalten en domicilio o en cualquier lugar público o privado a una o varias personas y causen, o pretendan causarles la muerte, lesiones graves o intimidación, con fines políticos y sociales; y los que hagan uso en el mismo caso, de explosivos, armas o elementos de destrucción.

El rector Pedro Dulanto ya era en ese año una sombra. Entraba y salía de la universidad por pasadizos muy discretos que iban a dar a la calle Sandia donde estaba el Gimnasio Universitario, de manera que nadie lo veía. Rector fantasma, universidad controlada.

—Quizá él no tenía la culpa del rol en que lo pusieron los acontecimientos, todo se había desencadenado, ahora resultaba sucesor de

Sánchez y representante de la dictadura en una Universidad intervenida y atemorizada.

—¿O por el contrario, era el intrigante que había preparado todo, el servil dispuesto a cumplir con las tareas sucias, el redactor de la Ley de Seguridad Interior?

Había sido alumno de Luis Miró Quesada de la Guerra, quien fue a su vez catedrático adjunto de pedagogía del gran educador Pedro A. Labarthe desde 1905 en la Facultad de Letras y fue Presidente de la Comisión Organizadora de la Facultad de Educación en 1946. Desde 1939 era diputado por Huallaga, luego por San Martín. Los apristas le increpaban haber encabezado la Unión Parlamentaria contra ellos en el tormentoso Congreso de 1945 – 1948 que acabó en el receso, por el ausentismo de la derecha y los independientes, que decidieron no asistir mientras la mayoría aprista impusiese las barras que aplaudían a sus líderes o abucheaban a los opositores desde las galerías del Congreso, o pusiese en acción a los «búfalos», los hombres de choque que esperaban a sus enemigos para aporrearlos en la calle a la manera de los *fascios de combatimento*, mientras en la Avenida Alfonso Ugarte, enfocado por los reflectores delante de la «Casa del Pueblo», el Compañero Jefe levantaba la mandíbula, entraba en trance cual Mussolini, zapateaba como Hitler o bajaba la voz modulándola para acariciar a una multitud embobada, en orgasmo ante las masas que coreaban su nombre y agitaban pañuelos blancos.

—¡Y no nos provoquen! Clamaba el Jefe agitándose en el escenario. ¡No nos provoquen!

—¡A la boliviana, a la boliviana! Coreaba la multitud.

Meses atrás las turbas pacañas movidas y pagadas por los mineros de la Rosca (oligarquía minera) asaltaron el Palacio de Gobierno y colgaron al Presidente Gualberto Villarroel de uno de los postes de la Plaza Murillo. Se amenazaba a Bustamante con lo mismo.

—¡Haremos chicharrones gigantes con los cadáveres de los barones del algodón y del azúcar!

—¡Chicharrones gigantes! Río Li Chong ¿A quién se le ocurriría esa expresión? ¿a Haya?

—¡Haya o no Haya, Haya será!

—¡Apra sí, Apra sí!

Cuando se produjo el golpe de octubre de 1948, la destitución y el destierro de Luis Alberto Sánchez, Dulanto fue nombrado Rector interino y allí estaba en 1952. Le tocaron las celebraciones del Cuarto Centenario. Fue diligente, culto, eficiente, trajinó, pidió, mendigó. Consiguió la concurrencia de personalidades mundiales a los congresos de Juristas y Peruanistas, inauguró el Estadio de la Universidad, proyectó la Ciudad Universitaria. En abril de 1952 inauguró la imprenta de San Marcos;

Rebeca Carrión Cachot, el sabio ancashino Santiago Antúnez de Mayolo, Alberto Tauro del Pino, Luis E. Valcárcel, Manuel Beltroy y otros profesores, asistieron al acto inaugural.

—El mundo es víctima del poder judío. Los judíos nos dominan desde Wall Street. La Alemania de Hitler fue sacrificada porque se opuso a ese poder secreto al que sirvieron y sirven ustedes los comunistas que siguen a Stalin cuando se alía con el imperialismo norteamericano en la guerra y ahora vuelven a buscar la coexistencia pacífica con los imperialistas norteamericanos, ustedes también son juguetes de Wall Street, el tenebroso poder judío que oprime al mundo.

Era Ortiz Acha. Bajito, esquelético, insignificante, parecido a Goebbels, lo habrían eliminado por debilidad física en la Alemania de Hitler; permanente terno gris, de voz atiplada, hablaba y hablaba sin parar, era una máquina de verter calificativos, de evocar situaciones. El único nazi de San Marcos. Comunismo o nazismo, fascismo o socialismo, enfrentaban a Isaac Humala, solitario comunista en 1951, con Ortiz Acha, antisemita declarado. Todavía había quienes creían en los *Protocolos de los sabios de Sión*, aquel documento en que el nazismo acusaba al sionismo internacional de tener un plan para dominar el mundo.

Los comités por la paz, impulsados por los comunistas para oponerse a la guerra fría a partir de un llamado de Joliot Curie, congregaban a otros estudiantes como Alfredo Abarca, José Luis Calvo o Luis Alberto Peláez. Abarca concurrió a uno de ellos en Brasil y ya no pudo regresar sino clandestinamente al Perú.

—Pero ¿No resultaba contradictorio proclamar la lucha de clases y, al mismo tiempo, pedir la paz entre el poder financiero de Wall Street aliado con la gente de Truman y el poder proletario de Moscú ya en manos de la burocracia del partido?

—Era difícil entenderlo. Los comunistas trataban en realidad de contrarrestar el cerco que los políticos de Washington (Truman, Mac Carthy, etc.,) estrechaban contra ellos, que fueron sus aliados en la guerra. Rusia fue convertida en el Gran Enemigo que podía destruir a los Estados Unidos en cualquier momento. La verdad era que Rusia, empobrecida por la guerra, necesitaba tiempo para la reconstrucción, sobre todo si tenía que hacerla sola, sin ninguna ayuda.

Y aunque parezca mentira, los problemas internacionales eran discutidos con mayor precisión que los nacionales alrededor de la pila de derecho. En el Patio de Letras, Aníbal Quijano discutía con José Carlos Fajardo, años después profesor de universidades norteamericanas, acerca del testamento de Lenin que advertía a sus camaradas sobre los defectos de Stalin, cuya autenticidad era negada por los comunistas. Mientras las discusiones entre Stalin y Trotsky eran citadas al detalle, la

vida del Perú era brumosa, difusa, casi desconocida para gente que, sin embargo, venía de las provincias.

Abarca se refugió en la casita de barro de un pariente en medio de las haciendas de Maranga rodeadas de establos y de vacas. Allí llegaban Bernardo, Juan José Vega, entonces traductor de la Agencia France Presse cuyo jefe era Alberto Brun, un periodista marroquí y Virgilio Roel, recién salido de una larga prisión en la isla. Los tres eran el autoproclamado Comité Local clandestino del Partido Comunista con su mimeógrafo y su periódico que Bernardo imprimía en aquella choza página por página a la luz de un lamparín a kerosene, compaginaba a mano, e ilustraba trazando dibujos con un punzón sobre estenciles de cera. Vega vivía con su madre en un pequeño departamento detrás de la Plaza San Martín.

—Roel era incansable en su labor de organización clandestina y su insistencia en convencer a los demás de sus ideas, recordó Bernardo. Como muchos predicadores y misioneros religiosos, era obsesivo en salvar almas del error. Veía fantasmas, buscaba culpables, imaginaba conspiraciones en contra del partido realizadas en el pasado y el presente por los dirigentes del partido. Toda la culpa, según él, la tenían los viejos, los reformistas, los traidores que se habían entregado al pradismo. Se decidió a capturar mi alma joven y nueva. A mí no me interesaban los detalles complicados del pasado, quería cooperar en la reconstrucción de algo que estaba destruido por la represión.

La historia reciente era de lucha entre grupos e ideologías que se odiaban entre ellos más que contra el enemigo externo.

—*Es el síndrome del renegado, existió en todas las religiones, dijo Li Chong. Asumes tus creencias parciales como una secta y detestas y odias a los disidentes que no están de acuerdo contigo. Y, sin embargo, tú también eres un disidente.*

Bernardo continuó el relato.

—Cuando renunció al Apra en el Frontón y empezaron a enfrentarse el Comando Nacional de Acción y el Comité Revolucionario del 3 de octubre, un aprista leal a Haya lo atacó haciéndole un corte en el rostro que le dejó una cicatriz para toda su vida. Era la marca, una de las sanciones del código de disciplina con las que el partido, el Apra, castigaba a los militantes que traicionaban. *Fe, unión, disciplina y acción* era la norma. En estas circunstancias, Hernán Boggio, Ricardo Tello, Jimmy Newell, Iván García, Hernando Aguirre Gamio y otros estudiantes de ingeniería partícipes del 3 de octubre, organizaron el Congreso Reestructurador del Apra para recuperar las tesis marxistas del partido.

—*Pero en realidad, Haya nunca fue marxista, intervino Samuel. Los disidentes estaban rehaciendo una historia que nunca existió.*

Bernardo dijo.

—A mí me persiguió siempre una pregunta, cuando conocí a Hernando Aguirre Gamio, José Fonkén y otros miembros de ese grupo, cuando pude revisar los documentos mimeografiados de los reestructuradores. ¿Fue posible el Congreso Reestructurador del Apra sin el conocimiento y la autorización de Odría y Esparza Zañartu? Cuando pasaron los años, me di cuenta de que la historia se tragó el espacio sombrío de las relaciones entre Haya y las familias ricas de Lima; y las de sus opositores de izquierda en el partido con los personajes del régimen policial instaurado el 27 de octubre. Las fronteras se borraban en ese espacio de intrigas donde las relaciones familiares también jugaban su rol.

Años cincuenta. Cientos estaban en las cárceles de Trujillo, Arequipa y Cusco, en el Frontón, el Sexto y la Cárcel Central de Lima. Era el país de las contradicciones. Porque Emilio Romero era Ministro de Economía, José María Arguedas era Jefe de la Sección de Folklore, Bellas Artes y Despacho de la Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural, José Sabogal era Director de la Escuela de Bellas Artes y en la Cámara de Senadores, Juan P. Luna, Luciano Castillo y otros representantes hacían una «oposición» a la vez socialista y anti aprista, la leal oposición a Su Majestad el Dictador. El gobierno trataba de arreglar los problemas, se preocupaba por la inversión social, intentaba promover el desarrollo aliándose con las familias más emprendedoras de las clases altas y era objeto de las intrigas de los «barones» del algodón y el azúcar liderados desde *La Prensa* por Pedro Beltrán y un grupo de cachorros del periodismo, algunos de los cuales eran estudiantes de San Marcos.

Dueño de Montalván, el fundo que la recién nacida república peruana regaló a Bernardo O'Higgins cuando tuvo que escapar al Perú perseguido por los conservadores chilenos, capitán político de los latifundistas en la Sociedad Nacional Agraria, educado en la London School of Economics, Beltrán organizó su escuelita de periodismo, reclutó chicos universitarios dispuestos a todo para trepar en el sistema y sacó adelante una imitación criolla del New York Times para competir con el centenario diario de los Miró Quesada. Con sus socios de la Sociedad Nacional Agraria había llevado al poder a Odría y ahora quería los dólares que la minería y el azúcar producían, sin pagar impuestos.

Pero no las tuvo fáciles. Hubo Revolución contra Odría en Arequipa en 1950. Huelga de los estudiantes de derecho del Cusco. Huelga de los trabajadores de Arequipa pidiendo la libertad de Raúl Acosta Salas, Secretario General de la Federación de Trabajadores. Huelga de los trabajadores ferroviarios. Huelga de los mineros de Cerro de Pasco. Agitación entre los yanaconas de la costa. No, no eran fáciles las cosas para Odría. Negociaba, llamaba, ofrecía, amenazaba. A comienzos de 1952 invitó a conversar a los dirigentes de Arequipa sobre la libertad de Raúl

Acosta y consiguió evitar una nueva sublevación del sur. Encarcelaba y deportaba.

Pasadas las celebraciones del cuatricentenario en 1951, los estudiantes de derecho del Cusco protestaron en los primeros meses de 1952 por el alza de matrículas y pidieron la destitución de los profesores que no tenían título. En setiembre los estudiantes de Arequipa exigieron asistencia libre y participación en el Consejo Universitario. El rector respondió recesando la Universidad. El ministro Mendoza Rodríguez solicitó la mediación del rector de la Universidad de Trujillo Julio Chiriboga que viajó a la Ciudad Blanca sin conseguir nada. El 30 de setiembre el Centro Federado de Derecho de San Marcos se solidarizó con los arequipeños. Y luego todos los estudiantes de San Marcos en una asamblea que reunió a quinientos concurrentes, una multitud para la época, se plegaron a la huelga.

—La renuncia de Dulanto es indispensable. Ni un día más con un rector que representa a la dictadura que ha abolido ilegalmente la democracia en nuestro país, que tiene a los partidos democráticos perseguidos, clamaba el aprista Alfredo Rivera haciendo grandes gestos y alargando sus expresiones.

—Dulanto es apenas una parte del problema. El problema es el sistema que la dictadura representa, la explotación del pueblo por los banqueros y los terratenientes. La universidad es solo parte del sistema, no podemos ni debemos aislar el problema universitario del problema del país, reclamaba Luis Alberto Peláez desde la bancada comunista.

—En todo el mundo avanzaba el socialismo, dijo el fantasma de Bernardo. Todo el este de Europa era socialista. Grandes partidos comunistas congregaban masas en Italia, Francia, Brasil. Odría era una anécdota en un mundo que cambiaba.

—Eso era lo que ustedes creían, dijo el fantasma de Li Chong. Eran los mismos, los mismos... Los burócratas se hicieron del poder en Europa del Este y lo usaron para ellos. ¿Qué era ese socialismo sino otra forma de poder sobre los demás?

—No es socialismo lo que hay en Rusia, es dictadura, decían los apristas. Los comunistas quieren convertirnos en colonia de Rusia. Pero ellos ya estaban en esos años al servicio del Departamento de Estado, haciendo la guerra fría. Haya, Figueres, Betancourt, eran los líderes del macartismo en América latina.

—La Unión Soviética es una dictadura sí pero de los trabajadores sobre la burguesía, decían los comunistas.

—Es la dictadura bonapartista y burocrática de Stalin contra los trabajadores, decían los trotsquistas.

—¿Es que hay otra forma de sociedad que no sea la dominación de unos sobre los otros, de los menos sobre los más? Intervino el fantasma de Samuel. Las jerarquías son indispensables para organizar a la raza humana. Aun las manadas tienen su jefe.

—Ese es el problema fundamental Bernardo, y no tiene solución. Dijo Li Chong. Quien dijo que la democracia es una superstición griega tenía razón.

Enfervorizados discursos opuestos, se creían en la Asamblea Francesa de 1879 o en la Comuna de París. Un bloque aprista, un bloque comunista, un bloque de derecha, no había lugar para los neutrales o indecisos en aquellas bancas largas y carpetas de madera gastada ubicadas frente a frente, cara a cara apenas a un par de metros de distancia mientras Bernardo y los recién llegados miraban desde las galerías de arriba sin entender nada. Discursos bien hilados, elocuentes, poblados de citas acerca del irresuelto problema de la relación entre la universidad y las clases explotadas, el sentido de la democracia (¿burguesa?) y el contenido de clase de la dictadura.

Afuera en el patio, vigilaban los matones que nadie se atreva a insultar al compañero Jefe. Venían desde la Casa del Pueblo en Alfonso Ugarte, rostros enrojecidos y oliendo a pisco.

—¿Y qué hacen ustedes aquí? preguntó Bernardo indignado una madrugada. ¿Qué estudian, por qué se meten a la Universidad?

—Qué te pasa cachimbo, con nosotros no te metas. Una nube de aguardiente rodeaba sus rostros enrojecidos por los tragos, sus ojos saltones por la mala noche. Qué andas preguntando. La Universidad es del pueblo, el pueblo somos nosotros.

Aquellos delegados provenían de distintos centros federados: económicas, derecho, letras, ciencias, educación. Ciencias y medicina eran conservadoras o apolíticas con muy bien organizadas minorías comunistas. En derecho y letras, apristas y comunistas disputaban la representación palmo a palmo.

A los apristas les interesaba solo la renuncia de Dulanto. Querían vengarse del ausentismo parlamentario de 1945. Los comunistas sostenían que se trataba de un régimen universitario caduco instituido por la Ley Orgánica de Educación que sustituyó a la Ley 10055 (Estatuto Universitario) aprobada por los propios apristas entre 1945 y 1948 consagrando los principios de la Revolución Universitaria de Córdoba de 1919. José Luis Calvo y Luis Alberto Peláez lideraban a los comunistas.

Frida Manrique y Nadeira Barahona, ambas procedentes del Apra, eran las únicas mujeres comunistas. Trotsquista, Frida era una mulata alegre, femenina, caderas anchas, andar provocativo, historias candentes de noches atrevidas. Comunista, rígida, seria, Nadeira vestía siempre de sastre gris, una sacerdotisa de una religión atea y ortodoxa. Manuel Aguirre Roca era el más notable de los derechistas. Alfredo Rivera lideraba a los apristas. Enrique Chirinos Soto sostenía con su voz grave, tonante y cargada de acento sureño, sus conservadoras ideas socialcristianas como representante de los estudiantes arequipeños. Arequipa, la volcánica tierra de los abogados, hablaba por sus rebuscados giros, sus ademanes precursores de un parlamentarismo decadente.

En el Centro Federado de Letras intervenían Pablo Macera, discípulo de Porras, Julio Cotler y Guillermo Lobatón.

El 12 de octubre, Juan Mendoza Rodríguez se reunió con todos los rectores de las universidades sin lograr solución al conflicto. El 13 de noviembre los estudiantes organizaron una huelga de hambre. En ella participó Guillermo Lobatón. Día tras día, dejaron de comer, echados cuan largos eran, allí arriba, en el entablado segundo piso de la Facultad de Derecho. Alfonso Grados Bertorini, Mario Miglio, Enrique Chirinos Soto, Jorge Moral, Jorge Luis Recavarren, Guido Chirinos Lizares, Arturo Salazar Larraín, Carlos Wiese Thorndike, Miguel Yi Carrillo, periodistas de La Prensa, firmaron una carta de apoyo a los estudiantes y condena a Dulanto que *La Prensa* publicó en primera página. Fue la última estocada.

El 13 de noviembre, luego de presentar su renuncia ante el Decano de Letras Aurelio Miro Quesada, Dulanto se encaminó a la Cámara e hizo una larga y amarga exposición de sus argumentos.

En el segundo piso de la Facultad de Derecho los estudiantes armaron un ataúd de cartón negro con su nombre rodeado por una capilla ardiente y flores funerarias para celebrar su fallecimiento simbólico.

Mientras lo «velaban» en la Universidad, en el Congreso recibió la solidaridad de sus colegas parlamentarios. Estaba agotado, indignado, preso de las circunstancias, atrapado en un túnel donde no se veía salida. Regresó a su domicilio.

Esa madrugada, a los 62 años, se suicidó. Los periódicos dijeron que murió de un ataque al corazón.

—No te dejes impresionar. Era una política de máscaras y disfraces, Bernardo. Una tragicomedia, dijo Li Chong. Imagínate, esbozó su risita filosófica. Suicidado o de un ataque al corazón, Dulanto, el reaccionario, el representante de la dictadura, murió dignamente, en su ley. Chirinos Lizares y los apristas, hicieron del macartismo una profesión bien rentada y en 1963 acabaron aliándose con el mismo Odría al que combatieron. Beltrán, Director de La Prensa, que se decía

defensor de la libertad de información, puso en práctica una persecución permanente y sistemática desde su periódico contra quienes llamaba rojos y conspiraba contra Odría hasta que acabó obligándolo a dejar el poder en 1956. Primero lo puso en el poder y después le hizo la vida imposible hasta sacarlo.

—Odría realizó una de las inversiones sociales más importantes de la historia republicana. El dictador les hizo el favor a los dueños de haciendas de librarlos de la agitación política. Pero tuvo mayor sensibilidad social que todos los gobiernos democráticos que le siguieron.

En las vacaciones sucedió lo de siempre: Seguridad del Estado con sus temidos jefes Chinchá y Rosado, buscó a los líderes en sus cuartos de pensión, los atrapó en las calles, uno por uno, a veces llamándolos por sus seudónimos. Guillermo Lobatón, José Luis Calvo y Luis Alberto Peláez marcharon al exilio en Argentina. Otros muchos fueron al Frontón, la Cárcel Central, el Panóptico o el Sexto, a unirse con Alfredo Tello Salavarría, Carlos Pretell, Armando Villanueva y los cientos de apristas y comunistas que estaban allí desde 1948.

—Nos quedamos solos, Bernardo, en la casa del silencio. Todo era como una larga línea horizontal, como el indicador de la muerte clínica.

Bernardo estaba sentado en una banca de Padre Jerónimo cuando alguien pasó a su lado y le dijo sin mirarlo: «Sígueme, sígueme, no mires a los costados». Siguió los pasos del desconocido unas cuantas cuadras, lejos de la Universidad, hasta que él volvió el rostro. «Te hemos detectado, eres de los nuestros, no me respondas ahora». El acento delataba su procedencia arequipeña. «Solo queremos que leas nuestro periódico». Sacó de una bolsa deshinchada unas hojas mimeografiadas de papel periódico. «Léelo y después destrúyelo». El periódico mimeografiado era «Táctica», un nombre dibujado sobre el estencil. Atacaba a la dictadura de los terratenientes y los militares.

Bernardo se fue enterando de que la misteriosa organización era la que había promovido desde las sombras la huelga universitaria del cincuentaidós. Se llamaba «Cahuide» como el último general inca en resistir. Se fingía estudiar para los exámenes pero, en realidad, se leía y comentaba libros marxistas. Después, pasados los años, iría conociendo los nombres de los conjurados. Edwin Basto, Jorge Rendón, Alberto «Llaque» Alegre, Washington Durand, ayacuchanos, ancashinos, arequipeños, formados en círculos de estudios marxistas organizados por ellos mismos. Se pasaba del libro de Georges Politzer, fundador y líder de la resistencia intelectual contra la ocupación alemana de Francia, el maestro de las escuelas comunistas obreras de París muerto en las celdas de la Gestapo en 1943, al de August Thalheimer fundador del Partido Comu-

nista Alemán junto con Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht. Y luego iban a Engels en su *Origen de la Familia* y su *Dialéctica de la naturaleza*. Primer grado, segundo grado, tercer grado.

—*Ustedes eran ideología y emoción, no razón dijo Li Chong. No me vengas a hablar de marxismo, era la provincia contra la universidad limeña, la pobreza de las pensiones contra la clase media criolla. Todo lo demás era discurso justificador del resentimiento.*

—*Claro que había resentimiento pero era un rechazo contra la discriminación. ¿Qué pretendías? ¿Qué aceptarían?*

—*Yo acepté y no pasó nada. Transcurrí tranquilo por la vida, sin persecuciones ni sustos ni prisiones ni amarguras. Aquí me tienes. ¿Algo, algo cambió? Solo te queda la justificación cristiana de que las acciones tienen valor ético en sí mismas, independientemente de los resultados. Y ahora estamos peor, con guerras, escondites, persecuciones y prisiones.*

—*Era un estudio antiacadémico hecho al costado y contra lo que decían los maestros de cátedra. Les reprochábamos su tolerancia con la dictadura, su indiferencia ante lo que estaba pasando, sobre todo sabiendo que ellos, los moderados profesores de ahora, fueron los izquierdistas del Grupo Rojo Vanguardia de los años treinta, dijo Bernardo.*

—*¿Y qué esperabas? La emoción es emoción, es decir pasajera, hermosa pero transitoria. Si todo fuese romance, no habría mundo. Pasas del rojo al rosado y a veces, al amarillo.*

Bernardo empezó una lectura febril de El Capital, la Historia de la teoría de la plusvalía, los libros de Jorge Amado, los poemas de Nazim Hikmet y Pablo Neruda, los cuentos y novelas de César Vallejo.

Un día, reunidos en el Parque de la Reserva como si estuvieran de paseo, Edwin Basto le tomó el juramento de fidelidad a la organización, se comprometía a mantener en secreto la identidad de los militantes, a luchar por el socialismo, a ser leal al grupo. Se convirtió en el camarada Alayza. Todos eran seudónimos, no se reunían en la Universidad para no ser advertidos por los «soplones» de Esparza que estaban matriculados como estudiantes e informaban todo lo que veían y oían. Iban a los parques, contactaban en las iglesias. Cuando Lea Barba, hija del que había sido gran sindicalista de la jornada de ocho horas y después propietario del Bar Zela y el Negro Negro en la Plaza San Martín, ingresó al grupo, algunas reuniones se realizaban en el sótano del Negro Negro, uno de los centros nocturnos de moda. En la noche centro de diversión para tomar tragos, en el día conspiración para hablar de lo prohibido. Arriba del Negro Negro, en el Bar Zela, hasta la madrugada, tomaban pisco y otros tragos Sérvulo Gutiérrez, pintor y boxeador, Pedro del Pino Fajardo, periodista a sueldo del dictador con tal que ridiculice a Haya

de la Torre, Alfonso Tealdo, el asaltante de Jornada y columnista de La Prensa, José Luján Ripoll poeta y libretista de Radio Central; y otros grandes borrachos de Lima. Cuando se entusiasmaba con sus relatos, Gutiérrez ensayaba de vez en cuando unos ganchos a la mandíbula de Tealdo, que aterrizaba debajo de cualquier mesa noqueado por el pintor que había sido campeón de box en peso ligero. Hasta que Lourdes, la española esposa de Tealdo, se aparecía buscando a su marido a eso de las cuatro de la mañana, le pegaba unos cuantos carterazos al campeón de peso ligero, ponía orden en el bar y depositaba a su marido en cualquier comisaría para que duerma la borrachera hasta el día siguiente en que pasaba a recogerlo.

Meses después, cuando algunos estudiantes de medicina adhirieron a la organización, el Lazareto de Portada de Guía, el Hospital de Leprosos, donde a nadie se le hubiese ocurrido que se producían reuniones comunistas, fue centro de las sesiones e incluso, de los plenarios partidarios en que, ateridos por el frío y la humedad limeña, discutían y discutían hasta la madrugada.

San Marcos se convertía, de universidad de limeños inmigrantes de clase media, en lugar de estudios de provincianos pobres mientras el cerro San Cosme, en las fronteras de Lima, empezaba a llenarse de huancaínos detrás de La Parada.

Los cuartuchos de los alrededores del Parque Universitario, los techos de las casas coloniales o republicanas, estaban poblados de chicos que vivían de los paquetes de pan provinciano, carne seca, maíz tostado y papas que sus familias les enviaban por ómnibus desde sus pueblos. Esos paquetes armados con amor y envueltos en tocuyo cosido a mano con agujas de arriero, complementaban las ralas comidas de las pensiones o los menús del Comedor de Estudiantes, más conocido como «la muerte lenta». Así San Marcos no solo dividía a sus estudiantes entre izquierda y derecha sino entre la criolla clase media y alta limeña que se iba reduciendo hasta la minoría y la ola mestiza y chola que empezaba a llegar del interior.

Cahuide era en realidad una de las organizaciones del Partido Comunista surgidas por iniciativa de sus militantes. En 1948, poco después de la ilegalización del Partido, toda su dirección acabó encarcelada. En setiembre de 1953 el sindicalista cuzqueño Simón Herrera Farfán, fue torturado hasta la muerte para que denuncie a las células y los comités del Partido. Jorge del Prado salió al exilio. César Lévano, estaba en el Frontón. Una Dirección Provisional clandestina siguió operando en Lima, integrada por Omar Zilbert, el fino poeta tacneño, autor de la polquita *Tacna*, el maestro Pablo Marcos y Ernesto Rojas, conocido por su seudónimo *Coronel*, flaco, encorvado, nariz enrojecida por el acné, terno lustroso, había peleado en la guerra civil española, casado con española y ahora residente en Lima sin dejar sus hábitos de sospechar de todo el

mundo y perseguir a los herejes del Partido. Habría sido inquisidor en la época colonial o interrogador de la KGB en un gobierno comunista.

Ciudad hermosa, Tacna
Tierra preciosa, Tacna
Va derramando Tacna
su heroicidad
Y en nuestra historia, Tacna
Brilla tu gloria, Tacna
Como una aurora de alba majestad

Omar leía las noticias en la Radio Central los domingos en la mañana, recibía revistas comunistas de Chile y Argentina que prestaba a Bernardo, redactaba y ponía en orden los avisos comerciales de treinta segundos que Bernardo leía entre disco y disco. Entre aviso y aviso mientras cantaba Jorge Negrete o Carlos Gardel, conversaban sobre el partido y la situación internacional. Y así Bernardo, sin quererlo ni saberlo, resultó teniendo acceso a la dirección clandestina del partido.

Genaro Delgado Brandt, el dueño y promotor de la radio, hijo de un abogado autor del *Manual del litigante*, un manual para pleitear con éxito en el Poder Judicial, logró un gran contrato con la Sidney Ross, la distribuidora norteamericana de jabón de tocador, pasta dental, pastillas contra el dolor de cabeza y otros productos de farmacia menor. Así podía mantenerse la plantilla de treinta mil soles mensuales que alcanzaba para pagar los sueldos de locutores y artistas que leían noticias, daban la hora, presentaban discos de tangos o música tropical y actuaban en radionovelas que monopolizaban la audiencia de Lima.

Radio Central era, en efecto, la emisora más popular y estaba en todas partes.

—Te escuchaba todas las mañanas y por eso me enamoré de ti. Dijo María Luisa, la estudiante sanmarquina. Me encantó tu voz grave, pastosa, tu apariencia inofensiva. Te amé en silencio. Pero fui incapaz de luchar por ti.

—Te escuchaba todas las mañanas y por eso me enamoré de ti. Dijo Lucy, la modelo en la Escuela de Bellas Artes. Fui incapaz de luchar por ti.

—Yo te conocía de sobra para enamorarme de ti. Dijo María Cristina. Flaco, débil, taciturno, no eras mi tipo.

—Te vi y decidí que serías mío aunque no te enamores de mí. Dijo Ana María, la actriz.

Para Bernardo era una triple vida. En las noches y las madrugadas la radio, las orquestas, los artistas, los cantantes, las estrellas, en el día la universidad, en las noches las reuniones secretas de las células del partido, a las que debía asistir con nombre cambiado.

Cahuide se planteó reorganizar el Centro Federado de Letras, reactivar la lucha estudiantil, publicar un periódico sobre la reforma universitaria, organizar una Asociación Cultural y captar más adeptos a través de una Academia gratuita de preparación para el ingreso. En la Academia dictaban clases los chicos que eran las recientes adquisiciones de la organización: Félix Arias Schreiber, Lea Barba, Fernando Fuenzalida, Alberto Cheng, Mario Vargas Llosa y Héctor Martínez, estudiante de etnología que después, convertido en antropólogo, enseñó muchos años en San Marcos.

El periódico del Centro Federado de Letras publicó un solo número en una imprenta del Jirón Puno que todavía usaba tipos antiguos y gastados por el uso que otras imprentas habían desechado y armaba los titulares de los artículos tipo por tipo, en caja, como hacía treinta años cuando no se había inventado el linotipo. Aconsejado por Omar Zilbert, Bernardo escribió el editorial planteando una renovación de los ideales y principios de la Reforma Universitaria de 1919 y resaltando la alianza obrero estudiantil. Qué emoción, era la primera vez que veía sus textos salir de una máquina impresora, con aquel olor a tinta fresca como un pan recién salido del horno.

Pero la tarea más audaz fue salir de la universidad y relacionarse con el movimiento obrero comunista presente entre los choferes, portuarios, textiles, cerveceros y tranviarios. La unidad obrero estudiantil era una de las banderas de la reforma universitaria. Y la ocasión fue la huelga de trabajadores tranviarios encabezada por Federico Iriarte y Antonio Bornaz, militantes del partido.

Cahuide logró también reorganizar el Centro Federado de Letras cuya dirección compartían Félix Arias Schreiber como Secretario del Frente Obrero Estudiantil, Federico Kaufmann Doig como Secretario General y Bernardo como Secretario de Prensa. Por supuesto que Kaufmann, ya por esa época brillante alumno de arqueología, ni se imaginaba que Félix y Bernardo pertenecían a una organización secreta, Cahuide.

El máximo heroísmo de Cahuide, aparte de editar y distribuir *Táctica*, fue organizar la solidaridad estudiantil con los tranviarios, incluida una manifestación en el Patio de Letras de San Marcos, donde hablaron varios representantes del Sindicato y los dirigentes del Centro Federado.

Todo estuvo tranquilo y la huelga terminó con un aumento de salario para los tranviarios. Pero esas vacaciones entre 1953 y 1954, la policía detuvo a la dirección de Cahuide. Jorge Rendón y Washington Durand fueron deportados a la Argentina. Se salvaron algunos militantes de base, que se quedaron para continuar la organización. Alfredo Abarca, perseguido por haber asistido a un Congreso por la Paz en Brasil, estaba en la clandestinidad y vivía en una casucha de las apartadas chacras de San Miguel adonde solo se podía llegar atravesando buen rato terrosos caminos rurales después del último paradero del tranvía a Magdalena.

En junio de 1954 Dwight Eisenhower y su Secretario de Estado John Foster Dulles financiaron a Carlos Castillo Armas para derribar al gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala. Alfonso Barrantes, ya por entonces Presidente de la Federación Universitaria, pronunció desde los balcones de Derecho un discurso de protesta anti imperialista ante un mitin que llenó el patio. En estilo aprista, entonó largas frases sostenidas acusando al imperialismo, a Wall Street.

Ya por esos meses del año cincuentaicuatro los jóvenes se dividieron entre quienes querían aproximarse al Partido Comunista y quienes lo atacaban argumentando que antes, del 39 al 45, se había vendido a Prado y ahora se vendía a la dictadura, a pesar de que casi todos los comunistas estaban presos. Historias acerca del fracaso de la imprenta del partido quebrada por malos manejos, los arreglos bajo cuerda con el primer gobierno de Prado, la extraña deportación de Jorge del Prado en los cincuenta decían que arreglada por lo bajo con el gobierno (pedir la deportación estaba prohibido en el código no escrito de los comunistas y se consideraba un acto de traición), el Congreso de 1948 en que el Comité Departamental de Lima encabezado entre otros por José Carlos, uno de los hijos de Mariátegui, se escindió del Partido, circulaban. Eran historias que los más viejos contaban a los jóvenes. Isaac Humala propalaba todas esas versiones y formó un Comité Reestructurador de auténticos comunistas que acusaba al resto de conciliar con los traidores.

Había que elegir entre los acusadores y los oficialistas. Se dividieron en la célula de Letras.

—Ellos querían disolver el partido. Seguían a Earl Browder, el secretario general del partido comunista norteamericano, amigo de Roosevelt, colaboracionista del imperialismo yanqui. ¿Y ustedes camaradas creen que los imperialistas son democráticos, creen que sin lucha de clases los terratenientes y la burguesía van a ceder sus posiciones? ¡Jamás de los jamases! Decía Soria emocionándose y poniéndose cada vez más rígido mientras argumentaba y miraba a un horizonte invisible.

—Y el partido peruano seguía a Browder. Querían revisar el marxismo como el renegado Kautsky. Llegaron a cambiar el nombre del periódico *Hoz y martillo* por *Democracia y trabajo* dijo Félix Arias con sorna.

A Bernardo le gustaba cada vez menos ese tono fanático, acusador, esa rabia.

Otra vez Li Chong. El pequeño asiático iba recuperando sus recuerdos a la vez que su alerta sentido crítico.

—Sigues sin entender, Bernardo. Lo que pasaba era simple. La célula era el lugar donde ellos daban libertad a sus sentimientos reprimidos. Los temas eran un pretexto para liberarse de los demonios que llevaban adentro. Eran comunistas, pero podían haber sido musulmanes o católicos, o herejes o inquisidores. La fuerza de estas

sociedades marginales reside en su capacidad de buscar culpables, acusar, crucificar o llevar alguien a la hoguera. Cuando Félix Arias exhibía su flacura enfermiza, su hablar irónico, por sus labios hablaba el pariente pobre de una oligarquía venida a menos, la decadencia irremediable de los que debían ceder espacio a los que ya empezaban a poblar los cerros que rodeaban Lima. Era el extremismo de aquellos condenados a desaparecer ante el empuje de los nuevos tiempos.

Bajo la orientación de la célula de Letras, el Centro Federado protestó en 1954 y formó una Comisión para reclamar por la libertad de Rendón, Durand y los presos de Cahuide. La Dirección de Gobierno estaba en la Plaza Italia, a unas pocas cuadras de la Universidad. Fueron Félix Arias, Héctor Martínez, Mario Vargas y Bernardo y pidieron una entrevista con Esparza Zañartu. Tocaron el timbre del portón de la Dirección de Gobierno y se les atendió de inmediato. De buenas a primeras se encontraron sentados en grandes sillones en una enorme habitación del segundo piso. Al fondo estaba el mismísimo Esparza detrás de un escritorio poblado de timbres y papeles, extrañado de que ese grupo de chicos se atreviera a presentarse. Era una ocurrencia tan audaz que decidió dejarlos entrar y llevarles la corriente.

—Señor Director, hemos venido a definir la situación de los estudiantes presos, nuestros compañeros de la Universidad, dijo Félix.

—Aquí el único que define soy yo, respondió Esparza desde detrás de su escritorio.

Tocó uno de los timbres y apareció un ordenanza con un cargamento de papeles.

—¿Y quiénes son esos que ustedes dicen que están presos?

Cuando pronunciaron los nombres Esparza buscó en la pila de papeles llevada por el ordenanza.

—A ver a ver quiénes son pues estos jovencitos.

Eran declaraciones mecanografiadas, lustrosas y enormes fotos en blanco y negro, algunas páginas húmedas carcomidas por el uso.

—A ver a ver señores, ésta debe ser la persona que ustedes definden.

En una de las fotos aparecía alguien inclinado, desenterrando un mimeógrafo de un agujero situado en algo así como un patio interior. Era Jorge Rendón.

—Éste es pues su héroe, dijo Esparza. Yo lo colgaría. Está probado que él es quien imprimía ilegalmente y distribuía propaganda subversiva contra el supremo gobierno.

Callaron asombrados.

En esos días de dictadura poseer un mimeógrafo, un reproductor manual de papeles impresos, o cualquier cosa que signifique propaganda clandestina era un crimen tremendo. Ya leer un periódico clandestino lo era, peor si se trataba de una pequeña imprenta. La idea de la libertad de expresión equivalía a la mismísima revolución abominada y condenable, penada por la Ley de Seguridad Interior.

Entonces gruñó Esparza.

—Señores, la entrevista ha terminado.

Tocó otro timbre y un segundo ordenanza los acompañó a la puerta. Tenían que caminar unos diez pasos entre su gran escritorio barnizado y la puerta de la oficina.

Se incorporó y los acompañó a salir. Y junto a la puerta, les fue dando la mano uno por uno. Cuando llegó a Héctor Martínez, éste ocultó la mano detrás de la espalda para no dársela.

—Éste queda, dijo Esparza, señalándolo.

Y Héctor se quedó preso por no darle la mano al señor Director de Gobierno.

Héctor: ¿Cómo se te podía ocurrir hacer eso? Tu mundo era pétreo como las montañas andinas, no entendías los matices. Sólo luz y sombra. Binómico, sólo uno y dos, sólo sí o no. Una piedra no se inclina, no se genuflexa, solo puede ser partida o desmenuzada. Pero el mundo que tú no aceptabas está lleno de genuflexiones, reverencias, ablandamientos, es un mundo de plastelina. Sin los ablandamientos el mundo no existiría. Por ser duro dentro de lo blando y no blando dentro de lo duro, te quedaste en el calabozo. Ese es el destino de los duros.

Dijo Li Chong:

—¿Quién podría imaginarse hoy día que caminas diez cuadras, tocas un timbre y eres recibido por un Viceministro?

Bernardo comentó.

—Y ese mismo funcionario era también el árbitro de tu vida y tu libertad. De él dependía que te pases años sin límites en una cárcel, que seas colgado y torturado, incluso asesinado en el anónimo o que salgas a la calle libre de culpa. En aquella penumbra los derechos no existían.

En realidad con esa entrevista acabó Cahuide. Rendón, Durand, salieron al exilio. Otros se esfumaron, se fueron a sus casas en las provincias. Cahuide se extinguió pero la organización comunista continuó. La red se había ido tejiendo durante 1954 y 1955 y empezaron a surgir nuevos comités clandestinos con los activistas que no habían sido detenidos y los nuevos que se incorporaban a la organización: Abraham Lama, Mi-

guel Tauro, los hermanos Franco, Zuño Burnstein, Armida Echegoyen, Javier Mariátegui y un grupo en Medicina, más y más gente.

La guerra de Corea terminó, los años de bonanza cuando había plata que gastar acabaron. Acosado por la oligarquía movida por Pedro Beltrán, Odría tuvo que dejar el poder. Los militares arreglaron el repliegue ordenado con las «fuerzas vivas», los «notables», los dueños del Perú, en las conversaciones del convento de Santo Domingo. Habría democracia de nuevo pero controlada directamente por los hacendados y banqueros ante el fracaso del gendarme. Los banqueros Manuel Prado y Hernando de Lavallo serían candidatos a la presidencia, Odría se iba a cambio de que no lo molesten más y su gobierno no sea investigado. Introducido discretamente al Perú, Ramiro Prialé arregló el retorno de los líderes apristas y ofreció los disciplinados votos del pueblo militante a los candidatos de la derecha, ¿quién daba más? Lavallo ofreció tolerancia con el partido pero no se animó a darle libertad total. Más arriesgado, Manuel Prado ofreció la amnistía general. Ganó en el remate y Lavallo se quedó plantado con sus miles de carteles pegados en las calles donde se leía *Lavallo es el hombre*. A las masas apristas se les dijo primero que voten por Lavallo y después, a última hora, que voten por Prado. Ofrecía amnistiarlos, llevarlos al Congreso. *Tú lo conoces, vota por él* fue el lema de Prado. Empezó la convivencia entre Haya de la Torre, Prado, Beltrán y Ravines, el que fue agente de la Comintern y Secretario General del Partido Comunista en los años treinta, que cambió su antiapristismo rentado por los terratenientes, por un obsesivo anticomunismo financiado por la embajada norteamericana. El semanario Vanguardia se dedicó a la acusación constante contra los que Ravines, el exagente de la Comintern, consideraba comunistas.

Y llegó la primavera política. Con la amnistía, se encontraron quienes mantuvieron las organizaciones clandestinas, quienes salían de la cárcel y aquellos que regresaban. Era la democracia. El joven arquitecto Fernando Belaunde presentó su candidatura por fuera del pacto del Convento de Santo Domingo e impuso su inscripción con manifestaciones en las calles para poder competir. Se formó Acción Popular. Se organizaron los partidos demócrata cristiano y social progresista, este último con profesores de San Marcos. Retornaron Jorge del Prado, Jacobo Hurwitz, los estudiantes de la huelga del 52. El Partido Comunista, todavía desde una clandestinidad a medias, propuso a Luciano Castillo como candidato. Otros comunistas, encabezados por Roel, hicieron contacto con los estudiantes de ingeniería alumnos del arquitecto y promovieron a última hora un acuerdo apoyando a Belaunde. Roel iba y venía, frenético. Los socialistas pudieron hacer una que otra manifestación con el partido. Pero el respaldo a Belaunde creció y creció. Finalmente el partido dejó a Castillo en la estacada y se fue con Belaunde tal como el Apra había dejado a Lavallo para irse con Prado. Castillo era socialista, aceptaba entenderse oficialmente con el partido pero no iba a ganar. Belaunde

no reconocía al partido en público, solo sus operadores se entendían en secreto con Lorenzo y podía ganar.

—Sí pues, dijo Li Chong. Roel y algunos de tus camaradas apostaban a ganador aunque éste los ignore en público. Belaunde, la nueva estrella del carnaval electoral, no quería aparecer en relación con los comunistas, y los comunistas que aceptaban ese rol querían ser la sirvienta secreta, la amante impresentable del exitoso, iban por la vía fácil en vez de construir fuerzas propias.

La primavera venía llena de plagas, Bernardo. El circo de los oportunismos, las traiciones y las ilusiones electorales, había empezado y tú no te dabas cuenta. Eras un adolescente intonso, inexperto en las artes del escalamiento. Ellos ya empezaban a escalar aunque más de una vez se cayeron de la escalera.

Cahuide se extinguió. Quienes lo formaban organizaron la fracción comunista que se ligó al partido, y decidieron apartarse de Isaac Humala que siguió por su cuenta con Félix Arias, Soria, Miguel Tauro y su grupo reestructurador. De allí nació la Juventud Comunista y el FER en la legalidad, que en los años que siguieron desplazó al Apra de la dirección del movimiento estudiantil. El FER nació de Cahuide, Cahuide nació de la persecución. Acatar las reglas del partido significaba aceptar que la Juventud no discute, solo obedece porque es un organismo auxiliar del partido. Son los comunistas plenamente militantes quienes pueden decidir y discuten pero eso solo les es permitido en los períodos previos a los congresos. Después, en la vida normal, hay que obedecer las orientaciones de la Dirección.



Los ricos de Lima imitaron a París al final del siglo XIX. Sus cachorros estudiaron en París, caminaron por los Champs Elysées, vivieron y estudiaron en la Francia de Víctor Hugo y Daumier. Lamentaron haber nacido en ese país difícil, de cordilleras e indios. Y en esos valles y desiertos planos, heredando la Lima de Pizarro, le insertaron el Paseo Colón, el otro extremo del Paseo de Aguas. Ya no era el paseo de los virreyes sino el de los herederos de los virreyes. Mármoles importados de Italia, bronce, un pedacito de la Europa ambicionada. Imitaciones de las casas de París, de Venecia, esculturas al medio de la calle. El dormitorio de Fernando quedaba en el segundo piso de una de esas casas de techos altos, escaleras amplias, limpias. Afuera el parque alargado y las estatuas de mármol blanco y lustroso. Colón, las ninfas, los fríos desnudos en la hú-

meda noche limeña, los autos solitarios. Todo brillante por la humedad, el mármol, el asfalto. Bernardo llegó allí, estudiante pobretón, adonde Fernando, a conversar un rato en su dormitorio exclusivo lleno de obras completas de la colección Aguilar empastada en cuero e impresa en papel biblia. Y a veces a tomar el lonche con su padre, un señor chileno restaurador, coleccionista y comerciante de antigüedades que amaba a su hijo y acogía a sus amigos al caer la tarde como en Chile se tomaba el te a las onces. La conversación pasaba con el señor en el amplio comedor del primer piso. Acudían Abraham Lama, Alberto Cheng, Félix Arias y Bernardo. Hugo Neira se aparecía de vez en cuando siempre con la última novedad, el último libro. Y también Genaro Ledesma que estudiaba en Trujillo o Rubén Mullapaza que venía de Arequipa. El grupo era cada vez más grande hasta que un día, reunidos en la playa de Conchán, acordaron formar la Juventud Comunista.

Fernando, niño grande, alto, encorvado, salido de la Inmaculada, lector, atraído por la etnología. Carmela, pequeñita, chinita, de cerquillo y cabellos recortados, firme, independiente, divorciada, madre soltera, no dispuesta a pertenecer a nadie, retadora. Fernando amó sin ser correspondido, rabió, rogó, llegó a intentar el suicidio cuando, según contaba la leyenda, una noche se arrojó por ella a un río helado en Moscú en un Festival de la Juventud.

Bernardo vivía una doble vida política. En la Universidad en relación con la Juventud Comunista. En el trabajo en relación con Omar Zilbert y la dirección clandestina del partido. No se conocían los unos a los otros. Su romance con Ana María iba y venía, zarandeado por los acontecimientos, su vida clandestina en las células y su vacilación ante el amor. Tampoco quería pertenecer a alguien, atarse a una relación eterna, sentía las peticiones de dedicación a otra persona como una agresión. Era acosado día y noche por una mujer que soñaba con estabilizar una relación en términos que estaban muy lejos de sus proyectos de vida. Él defendía su independencia mediante pretextos, dilaciones, postergaciones. Y a la vez se veía a sí mismo como culpable del sufrimiento de otro ser humano, se problematizaba, no sabía cómo manejar situaciones complicadas por los sentimientos, los llantos, las acusaciones de insensibilidad y descuido.

Afrancesado, millonario, miembro de una familia que era un imperio económico, el Banco Popular, las principales inmobiliarias de Lima, una Compañía de Seguros, una fábrica de papel, a Prado le interesaba reinar pero no gobernar. Veía la política cotidiana con lejanía y humor. Había hecho una dictadura civil entre 1939 y 1945 con el Apra y el Partido Comunista ilegalizados. Pero no quiso seguir la corriente de otras familias hispanistas como los Miró Quesada o a intelectuales como José de la Riva Agüero, que simpatizaban con Franco, Mussolini y Hitler. Viró como había hecho Leguía, hacia los Estados Unidos que en 1939 estaban gover-

nados por Franklin Delano Roosevelt. Así, en 1941, Adolfo Hitler, Benito Mussolini y el emperador Hirohito, debieron darse un gran susto con la noticia de la declaratoria de guerra del Perú que rompió con los países del eje nazi fascista, promoviendo el saqueo de las propiedades de los alemanes, la confiscación de los bienes de los japoneses y el envío de inocentes familias japonesas a campos de concentración en los Estados Unidos.

Durante esos años, Prado mantuvo buenas relaciones con el ilegalizado Partido Comunista y sus simpatizantes, relaciones que eran el espejo nacional de la alianza internacional entre los Estados Unidos de Roosevelt y la Unión Soviética de Stalin. El Partido Comunista pudo publicar su semanario *Democracia y Trabajo* dedicado a informar sobre la lucha del país soviético contra la invasión nazi. Personas muy ligadas al Partido Comunista como Jorge Falcón, hermano de César Falcón, el compañero de Mariátegui, hacían en su imprenta *El Cóndor* la revista *Hora del Hombre*, expresión del izquierdismo intelectual, al tiempo que cumplían con los contratos de impresión que recibían del gobierno. Alfredo Mathews, periodista especializado en temas internacionales, llegó a trabajar para la agencia norteamericana de noticias. El romance entre la Rusia de Stalin y los Estados Unidos de Roosevelt crecía con el heroísmo de Stalingrado y el izquierdismo de Henry Wallace, el vicepresidente preparado para suceder a Roosevelt. Funcionarios del gobierno de Prado eran cotizantes del partido.

—Eran los tiempos del odio, Bernardo, dijo Samuel, el de la armónica. El odio de la guerra de clase contra clase, de obreros contra burgueses, de burgueses contra obreros, el odio que arrastró el cadáver de Rosa Luxemburgo, se convirtió en el odio de rusos contra alemanes, de alemanes contra judíos, de capitalistas contra comunistas.

Dijo Nietzsche:

...la profunda, glacial desconfianza que el alemán continúa inspirando también ahora tan pronto como llega al poder representa aún un rebrote de aquel terror inextinguible con que durante siglos Europa contempló el furor de la rubia bestia germánica. (La genealogía de la moral).

Dijo Hitler:

El alemán debe decidirse si quiere ser un soldado libre o un esclavo blanco...no existe ninguna política económica sin espada, ninguna industrialización sin poder...para llegar a ser libre se requiere orgullo, voluntad, terquedad, odio y nuevamente odio. (Discurso del 10 de abril de 1923)

Dijo Ilya Ehrenburg cuando Rusia fue invadida:

Los alemanes no son seres humanos. Desde ahora debemos hacer el más terrible juramento contra el alemán. No hablemos más. No

nos excitemos. Matemos. Si no has matado al menos un alemán por día, has perdido ese día. Si no has matado un alemán con una bala, mávalo con tu bayoneta. Si hay calma en tu parte del frente, si estás esperando luchar, mata un alemán en el intermedio. Si dejas un alemán vivo, el alemán colgará a un ruso y violará a una mujer rusa. Si matas un alemán, mata otro. No hay nada más satisfactorio para nosotros que un montón de cadáveres alemanes. No cuentes días, no cuentes kilómetros, cuenta solo el número de alemanes que has matado. Matar al alemán, es el pedido de tus abuelos. Matar al alemán, es el ruego de tus hijos. Matar al alemán, es el mandato de tu madre. No lo olvides. No dejes de matar.

Desde Yenán, Mao decía:

Hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan pausada y fina, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra.

—*No ser cortés, moderado y magnánimo. Ser duro como el acero. Ser Stalin. Eso querían ustedes, dijo Li Chong.*

—*Odiar, odiar, no transigir. Nada más distante de una posición cristiana que se humilla y amolda al abuso para después triunfar mediante la humildad, dijo Samuel.*

—*Era parte de la situación obligada por la defensa de la Unión Soviética y la lucha antifascista, dijo Bernardo. Para juzgarlos tienen ustedes que ubicarse en lo terrible y trágico que fueron esos años. Aquí en América tuvimos la suerte de no estar en el centro de la conflagración.*

—*Eso podía ser en el frente, lejos, en Europa o en Asia. No se combatía en el Perú. Interrumpió Li Chong.*

—*Pero el odio estaba en las miradas al suelo, en los murmullos, en las acusaciones, en el blanco y negro sin transiciones para mirar el mundo, repuso Bernardo. Las corrientes eran subterráneas, la procesión iba por dentro. Nacía de aquí, no venía de afuera. Algo volcánico determinaba las medias palabras, la facilidad por el insulto y la condena. Todos eran fiscales, todo era rabia. Era otro odio, el odio nuestro. No podías pensar en una revolución sin él.*

—*¿Cómo concilias eso con el oportunismo? Era parte del oportunismo de los comunistas peruanos. Estaban muy lejos del frente. Encontraron en la defensa de la URSS una forma de callar, temerosos del peligro de una nueva persecución como en 1930. Dijo Samuel.*

—Y sin embargo eran capaces de ir a prisión, no claudicar y dedicar su vida a la lejana esperanza en que las cosas cambiarían. Ha pasado antes, millones de veces en el mundo, no es una novedad la capacidad de los seres humanos para sacrificarse por algo inexistente o imposible. Y la coexistencia de esa conducta sublime, romántica, entregada a un ideal lejano y hasta imposible, con el furor, el odio. Es la máxima eclosión de la humanidad. Entendámosla. Argumentó Bernardo.

—Ese es otro problema que no tiene solución, concluyó Li Chong. Ustedes decían que necesitaban del odio para destruir el sistema. ¿Y después? Con el odio no se construye. A no ser que asuman la estrategia cristiana de los primeros tiempos: humillarse para enredar al enemigo. Pero eso necesita siglos y al final tampoco cambia nada.

Desde *El Comercio*, Luis Felipe Angell, con el seudónimo de Sofocleto, escribía demoledores artículos humorísticos contra el presidente Manuel Prado. Ex diplomático, ingenioso, sin mayores límites morales, como Tealdo, como Pedro del Pino, Angell compartía las características de los periodistas del medio, su cinismo profesional, su propensión a la irresponsabilidad y a la venta de su conciencia. Desde Federico More, la genialidad en el periodismo iba de la mano con la venalidad. A tanto la línea era la regla. Ese tipo de profesión venal era antiguo. Las familias de oligarcas necesitaban de los bufones, no solo para divertirse sino para definir sus rencillas.

Retornaron de México los que habían sido poetas del pueblo del Apra, ahora comunistas: Gustavo Valcárcel, Guillermo Carnero Hoke. Gonzalo Rose tenía otra formación que lo llevó directamente a la izquierda. También Genaro Carnero Checa, Jacobo Hurwitz, Moisés Arroyo Posadas, Juan Pablo Chang. Regresaron de Argentina los desterrados Jorge del Prado, César Jiménez Ubillús, Guillermo Mercado, Mario Álvarez, peruanos que fueron expulsados por Perón y lograron asilo en Chile antes de ser devueltos al Perú; y también los líderes de la huelga estudiantil de 1953. Salieron los presos del Frontón y la Penitenciaría: César Lévano, Raúl Acosta y otros. El Comité Central y la Comisión Política que venían desde la clandestinidad nombraron una Comisión Política y un Secretariado y Bernardo asumió la Secretaría Nacional de Prensa. Con César Lévano y Francisco Castillo, antiguo periodista del diario *La Calle* y columnista sobre box que firmaba como *Pancho Zuácate* en los periódicos de los años cuarenta, empezaron a publicar *Unidad*, el que después fue periódico oficial del partido. Lévano sugirió el nombre, imitación de *L'Unitá* italiana. Lo imprimían en la Imprenta Salas, una de las más grandes de Lima, llena de Heidelberg automáticas y máquinas planas, irónicamente ubicada en el sótano del mismo edificio en cuyos pisos superiores estaba la embajada norteamericana. Mientras la embajada tenía sus oficinas a partir del tercer piso para arriba, en el sótano se imprimían los periódicos comunistas.

Bernardo conoció a Lévano en sus años de universitario cuando lo visitaba en su pequeño cuarto del callejón de la calle Mapiri donde vivía con su madre y rumas de libros y periódicos. César era hijo de Delfín Lévano el gran dirigente anarquista, uno de los que consiguieron la jornada de ocho horas. César Lévano aparecía en la vieja oficina de la calle Cueva, junto al paradero de los tranvías a Chorrillos, acompañado de Francisco Pancho Castillo un antiguo cronista deportivo especializado en box. Ambos eran periodistas de gran experiencia. Lévano fue en la práctica con sus ideas y sugerencias, el Director del Periódico, mientras Bernardo se entregaba al diseño y la redacción.

Un día los periódicos publicaron noticias del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS. Stalin había muerto hacía varios años y Nikita Jruschov asumió la Secretaría General. Fusilaron a Lavrenti Beria el Jefe de la KGB. Nikita leyó un informe que revelaba la existencia de un sistema de campos de concentración y denunciaba el rol de la policía política en los procesos de Moscú de los años treinta. De héroe victorioso de la guerra, Stalin pasaba a ser criminal, el mayor de los criminales, equivalente a Hitler.

...Stalin inventó el concepto de «enemigo del pueblo». Este término hizo automáticamente innecesario que los errores ideológicos de los hombres expresados en una controversia se comprobasen; este término hizo posible que se usaran los más crueles métodos de represión, violándose así todas las normas de la legalidad revolucionaria, cada vez que alguien estaba en desacuerdo con Stalin o que se sospechara en él una intención hostil o debido simplemente a que tenía una mala reputación... En general y en realidad, la única prueba de culpabilidad valedera era la confesión y ella se usaba contra todas las normas de la legalidad, por cuanto se ha podido demostrar posteriormente que esas confesiones se obtenían presionando por medios físicos al acusado. Esto condujo a abiertas violaciones de la legalidad revolucionaria, y al hecho de que muchas personas enteramente inocentes, que antes habían defendido la línea del Partido, se transformaran en víctimas... La fórmula «enemigo del pueblo» se creó con el objeto específico de aniquilar físicamente a tales individuos.

—Eso no es cierto, es un documento falsificado, no puede ser verdad. Fue la primera reacción de los comunistas.

—¿Pero acaso no sabían lo de los procesos de Moscú, no leyeron los libros de Arthur Koestler, de Julius Herman Krebs alias Jan Valtin, no oyeron algo acerca del asesinato de Trotsky en México?

—No creíamos, no creíamos. Nos negábamos a creer y a la vez queríamos creer. Eran los tiempos de la fe, eran los tiempos del odio. Si no eres capaz de odiar, no eres capaz de ser. Si no eres capaz de creer no eres capaz de actuar.

—*Se ha dicho tanto sobre eso... Sonrió Li Chong. No repitas esas cosas sabidas, esos discursos gastados. ¿Que necesitaban fe? ¡Claro que necesitaban fe! ¡Vaya si la necesitaban! El problema es por qué. Creer para actuar. No, no me convence. Es el origen de todas las sectas que hubo en el mundo. ¿Eran ustedes una secta más? Probablemente no lo sentían, pero hubieran terminado siéndolo si tenían éxito.*

A medida que pasaban los días las evidencias eran abrumadoras. El proceso de cambios se fue produciendo. Vladislav Gomulka, «el hegemón de Polonia», pasó de la prisión adonde había sido arrojado acusado de ser derechista, a ser Primer Secretario del Partido y Primer Ministro de Polonia después de la revolución de Poznan. Se produjo el deshielo, la desestalinización. En Praga y Berlín se levantó el pueblo contra la burocracia del partido. Los tanques rusos tuvieron que entrar a Praga.

El partido comunista brasileño abrió discusión. Sostuvo que así como el culto a la personalidad debía dejar de existir, tampoco se podía aceptar el culto a un país. El campo socialista debía ser democratizado, no se debía aceptar países líderes.

Viejo comunista cusqueño, Mariano Muñiz vino a Lima a instalar su restaurante en la esquina de Ricardo Palma y Petit Thouars en Miraflores. Allí iba Bernardo en las mañanas, cuando las mesas estaban vacías y todo el barrio se desperezaba. El viejo Mariano sabía toda la historia del Partido desde que los jóvenes cusqueños al finalizar los años veinte, antes que Mariátegui, pintaban los cerros o hacían fogatas con la hoz y el martillo.

—Jorge del Prado, Jorge Acosta, Juan Barrio, fueron las tres jotas que jodieron al Partido, repetía Muñiz.

Juan Barrio, una de las tres jotas según Muñiz, era un comunista elegante. Apurimeño, popular, simpático, hablador, quechua hablante. Raro comunista. Comunista en el mundo, no fuera del mundo. Mundano. Hombre en el mundo. Capaz de montar a caballo para desplazarse por las punas discursando a los campesinos en su idioma, a la vez que comportarse como un gentleman en una reunión diplomática vistiendo casimir inglés. Diputado por el Partido en el 45, estuvo en la formación heroica del comunismo sureño. Fue uno de los que hicieron del sur el fortín del Partido. Debió despertar muchos celos y envidias en un medio de hipócritas puritanos izquierdistas.

En 1935, Eudocio Ravines promovió la «desmariateguización» del Partido con el apoyo de la Tercera Internacional.

—*Es que para la furia clasista de la época, Mariátegui era un intelectual burgués que citaba a Nietzsche y Sorel en vez de citar a Lenin.*

Su lenguaje depurado no encajaba en la ruda cultura proletaria que debía ser promovida para llevar a las masas a la revolución soviética en todas partes. Había que dejarse de sofisticaciones.

—Pero el supuesto furor proletario era en realidad una salida de los complejos sociales que habitaban Lima en los años treinta, la colisión entre limeños y provincianos recién llegados, entre siervos y señores, entre señores de las provincias y limeños, entre hispanófilos criollos que se sentían blancos y mestizos que deseaban ser blancos. Mariátegui despertó admiración pero también resentimiento y envidias. No se entendía su afición por la cultura europea, su refinamiento.

Cuando cesó la línea de clase contra clase y la Unión Soviética fue invadida por las tropas de Hitler en 1941, Ravines ya estaba en Chile organizando el Frente Popular. Los burgueses, los empresarios, ya no eran enemigos de clase, había que entenderse con ellos para formar frentes contra los sectores pro alemanes y fascistas en cada país. En 1942, el Partido que ya tenía buenas relaciones con el Presidente Prado, reunido en su Primer Congreso, expulsó a Ravines, reivindicó a Mariátegui y lo declaró marxista leninista. Curiosa reivindicación, porque el marxismo de Mariátegui era mucho más complejo que el significado de una definición marxista leninista en los años cuarenta. Pero el partido cesó la lucha social porque las huelgas debilitaban el envío de materias primas a los países aliados.

Así pasaron los años de Prado. Terminada la guerra, en 1945, el partido promovió el Frente Democrático Nacional que llevó a la presidencia a José Luis Bustamante. Haya de la Torre se opuso a que los comunistas fuesen aceptados formalmente en el FDN. Todo era hipocresía. Estando en vigencia la Ley 8505 de Emergencia que los prohibía, el Partido Comunista asumió el nombre de Vanguardia Popular y el Partido Aprista, el de Partido del Pueblo. La experiencia fue calamitosa. Los grupos apristas de choque golpeaban a los comunistas en las calles, en los sindicatos. La derecha atacaba a los apristas. En el congreso, los pocos representantes comunistas acabaron aliándose con la derecha y haciendo ausentismo para enfrentar la prepotencia y demagogia de los parlamentarios apristas.

El Tercer Congreso acabó con la separación del Comité Departamental de Lima que acusaba a Jorge Acosta, Jorge del Prado y los líderes del Comité Central de haber colaborado con Prado. Era un ambiente de intransigencia, sospecha, acusaciones mutuas, sesiones interminables de crítica y autocrítica.

—La mediocre realidad de las concesiones, los perdones, las ignorancias del pecado, no encajaban en ese medio de sentimientos reprimidos. ¿Había que conceder, comprender, perdonar? ¿O era necesario

acusar y castigar? Nadie quería ser blando y concesivo, todos se comportaban como fiscales y catones. Pero, ¡ay! la inseparable compañera del puritanismo es la hipocresía. Huir del pecado es imposible, es dejar de ser. Stalin, Robespierre y sus imitadores eran personalidades únicas que acabaron en sangre, represión y auto represión. Aquí tuvimos pálidas imitaciones de ellos.

—Con poder en sus manos habrían hecho lo mismo, dijo el fantasma de Li Chong. Fue mejor que nunca llegaran a tenerlo. Con el Apra pasó lo mismo. Llegó el momento en que la Presidencia de la República ya no le interesó a Haya. Demasiada responsabilidad. Quería mandar desde la calle y el Parlamento, sin asumir las consecuencias de sus decisiones. No hay poder sin culpa, Haya quería poder pero no culpa. Los comunistas no querían ni culpa ni poder.

Se formó nuevamente el Comité Departamental de Lima dirigido por César Jiménez Ubillús recién retornado de su deportación y Justo Franco que salía de la prisión en la isla del Frontón. El departamento alquilado por Luis y Santiago Zapata en Jesús María servía de centro de reunión del Comité. La mamá de Lucho y Santiago cocinaba para todos.

Virgilio Roel, Justo Franco, César Jiménez y otros sostenían que el régimen de Prado expresaba los intereses de «los grandes terratenientes y los grandes banqueros». Los viejos del partido creían que no se podía «meter a todos en un solo saco», el partido debía modular su oposición, buscar la forma de relacionarse con la real vida política.

1958. Dwight Eisenhower, Presidente de los Estados Unidos de América y héroe de la guerra decide mejorar las relaciones con América Latina y envía al vicepresidente Richard Nixon para una gira por Perú, Chile y Venezuela empezando por Lima. A comienzos de ese año una Junta Militar encabezada por Wolfgang Larrazábal había derrocado a uno de los dictadores preferidos de Eisenhower: Marcos Pérez Jiménez, a quien los Estados Unidos le otorgaron la Medalla al Mérito. Estaba fresca la intervención de la CIA en Guatemala contra el gobierno de Jacobo Arbenz bajo la acusación de permitir la presencia del comunismo. Guatemala era una hacienda de la United Fruit y una reforma agraria como la que pretendía Arbenz no se podía consentir aunque fuese sobre tierras abandonadas.

Los ingenieros de minas coordinaban el descontento de las empresas mineras norteamericanas por la baja de los precios del plomo y el zinc. Los dueños de las mineras estaban furiosos contra el Departamento de Comercio que, terminada la guerra de Corea, abrió la venta de las reservas de minerales que los Estados Unidos ya no necesitaban, y causó la baja de los precios. Desde La Prensa, Beltrán clamaba por libertad para

que los exportadores de algodón y azúcar dispongan de sus utilidades y de suficiente moneda extranjera. Pero los jóvenes del partido no estaban dispuestos a entrar en esas sofisticaciones ni a bucear en las contradicciones de las grandes familias. La Prensa de Beltrán editorializaba en defensa del plomo y el zinc peruano que, en realidad, era producido y vendido en el mercado internacional por la Cerro de Pasco Copper Corp. Los comunistas repudiaban a Nixon por ser el brazo derecho de Mac Carthy, el inquisidor del senado norteamericano. Y ahora este Nixon, Vicepresidente de Eisenhower que había sido segundo hombre de Mac Carthy, pretendía visitar la Universidad.

El Comité Departamental de Lima se reunió, las células se agitaron. La Juventud decidió no dejarlo entrar a la Universidad. En el local del Partido Social Progresista de Salazar Bondy y Matos Mar, Bernardo y sus compañeros pintaban carteles, pancartas, toda la batería para la manifestación del día siguiente.

En la madrugada del 8 de mayo de 1958 la Federación Universitaria de San Marcos FUSM, reunida en Asamblea de Delegados, declaró que la presencia del Vicepresidente norteamericano no era grata.

Desde la noche anterior cerraron las puertas de la Universidad asegurándolas con maderas y carpetas. Pintaron los muros con inscripciones de repudio.

A primera hora de la mañana fracasó una reunión en Palacio con los líderes de los partidos políticos. Nixon llegó tarde. Fuertemente resguardado, puso una ofrenda floral en el monumento a San Martín en la Plaza que lleva su nombre. A las once y quince de la mañana estacionado frente a la Universidad y armado de un megáfono, Nixon pedía diálogo a gritos desde su gran Cadillac descubierto.

—*Let me through. Let me go in! I am the Vicepresident of the United States of America!*

—¡Nixon go home! ¡Nixon go home!

Pedía diálogo rodeado de guardaespaldas, policías y fotógrafos. Los silbidos eran ensordecedores y adentro los chicos seguían obstruyendo las puertas con sus cuerpos, resistiendo el empuje de los guardaespaldas. La policía los perseguía en medio de una gran confusión. Trepado sobre una escalera, brocha y pintura en mano, Bernardo hizo exhibición de sus habilidades de pintor: *Nixon go home*, Nixon vete a casa.

—¡A ese, a ese!

De buenas a primeras se vio haciendo zig zag, corriendo delante de la policía por las callejuelas del barrio para no ser capturado.

Nixon tuvo que retroceder y abrirse paso hacia la Universidad Católica donde los estudiantes sí lo recibieron como chicos bien educados.

Mientras tanto, una reunión multitudinaria repletó el patio de Derecho en San Marcos. Habló Alfonso Barrantes. Al terminar el diálogo en el local de la Católica en la Plaza Francia quiso mostrar su dominio de la situación y caminó desde la Plaza Francia por la Calle Amargura hacia la Plaza San Martín para retornar a su hotel, el Bolívar, frente a la embajada norteamericana; pero se volvió a encontrar con la manifestación y debió ingresar corriendo al Bolívar, perseguido por la multitud. Abrumado ante el ridículo diplomático, el enfurecido Prado respondió ordenando el apresamiento de universitarios y trabajadores. Apenas se fue Nixon a Quito vino la redada.

Un grupo de policías secretos esperaron a Bernardo en la puerta de su casa en el centro.

—Bernardo, Bernardo.

—¿Sí? preguntó, distraído y sorprendido.

—Mi jefe quiere hablar contigo.

—¿Y quién es tu jefe?

—El inspector Rosado, solo unos minutos.

—¿Y para qué quiere hablar conmigo?

—Allá te lo dirán.

Todo el mundo adentro, el Chino Chang, Víctor Carrera, Abraham Lama, César Lévano.

Fernando Fuenzalida también fue preso. Su padre le envió agua de colonia a la cárcel.

—Agua de colonia, jabón perfumado, ropa limpia. Qué burgués, qué pituco decía Abraham en la celda aislada de la cárcel mientras Fernando fabulaba, argumentaba, contaba historias de autores inventados para pasar las horas de encierro.

Pasaron semanas, se abrieron juicios. Alfredo Batilana y Ángel Castro Lavarello se batieron defendiendo a los presos legalmente. Obtuvieron libertades provisionales, fianzas.

Las relaciones entre los jóvenes y los viejos del Partido fueron agravándose. Lo de Nixon había sido una acción no consultada con la dirección. La dirección provisional que venía desde la clandestinidad fue desconocida. ¿Quiénes eran esta gente de procedencia aprista para señalarle línea al partido?

Desde *Perú Popular*, periódico editado por Gustavo Valcárcel, empezaron a defender sus tesis. La voz tronante de Gustavo leía poemas revolucionarios en San Marcos uniéndose a los poetas del pueblo retornados.

O poemas de amor a su esposa Violeta.

*Si pájaro de amor de amor moría,
era su amor el ala que volaba,
geografía amorosa la surcaba,
aérea remembranza la envolvía.*

.....

*Domingo tras domingo tu rostro es libertad
yo beso el porvenir en tus mejillas rojas
canto de lleno de amor a los libres del mundo
y me siento feliz como hombre libertado⁵.*

Por las noches, grandes borracheras en que esa misma voz poética entonaba en los bares el Himno del Quinto Regimiento de la guerra civil española.

*Con los cuatro batallones
que a Madrid están defendiendo
se va lo mejor de España,
la flor más roja del pueblo.*

*Con el quinto, quinto, quinto,
con el quinto regimiento,
madre, yo me voy al frente
para las líneas de fuego.*

Los viejos citaron a un Pleno del Comité Central invitando a los integrantes de la vieja guardia que no habían sido elegidos por nadie, solo con el argumento de su rol histórico en el partido: José Luis Sotomayor, Jorge Del Prado, Jacobo Hurwitz, Raúl Acosta, Emiliano Huamantica. Apareció un enviado del Partido Comunista Argentino.

—Ustedes están formando una fracción. Eso no se puede permitir en un partido bolchevique, dijo Sotomayor.

—Ustedes no respetan las tradiciones del partido, la línea que hemos defendido sacrificando nuestra vida y nuestra libertad, dijo Raúl Acosta.

—Los comités que han formado, las reuniones que han realizado no tienen validez, no han sido hechas de acuerdo con los estatutos del partido, dijo Bayona, agitándose.

Lévano argumentaba, Muñiz aludía a la necesidad de mantener una línea radical para abrirse a las masas.

⁵ *Cantos del amor terrestre*, Lima 1957.

Nada qué hacer. Los izquierdistas fueron destituidos y se nombró un Comité Central sin ellos.

Guillermo Mercado, Luis Zapata, Ángel Vargas Vela y otros jóvenes desconocieron esa resolución y formaron un «Comité Leninista». *Perú Popular* pasó a ser el órgano del grupo. «Unidad» ahora quedaba en manos de Jorge del Prado.

Meses después Juan Pablo Chang y Bernardo fueron expulsados.

—Entonces me sentí fuera del mundo, dijo Bernardo, preso de una amargura profunda. El Partido no era el espacio de la hermandad y la legalidad sino el territorio de los ataques mutuos, las hipocresías y las jugarretas. Era el fin de un idilio, el despertar brusco de un sueño, un choque contra la pared.

—¿Y qué pretendías? dijo Li Chong. Nadie sino tú era el culpable. Eras preso de tus fantasías. Los humanos somos humanos en todas partes, también en las organizaciones secretas, los heroísmos están impregnados de miserias ¿dónde reside la frontera entre el yo y el nosotros, el egoísmo y el heroísmo? ¿Y no era que tú también procesabas tus conflictos internos, tus dudas, tu evolución psicológica difícil, a través de lo que creías que era una opción política? ¿Por qué tenías que ser una excepción?

1959. En la madrugada del primero de enero, Fulgencio Batista fuga de La Habana. Los barbudos entran en el paraíso de los gánsteres, el pueblo apresa o pone en fuga a los torturadores, hace añicos los casinos, las sucursales de Las Vegas. Empieza la revolución cubana. Eisenhower no sale de su sorpresa y reacciona como una fiera herida. Aviones norteamericanos incendian los cañaverales. Contrarrevolucionarios combaten en las calles de La Habana. Bombas explotan en almacenes y hoteles. Calles, plazas, suburbios y lugares públicos deben ser vigilados día y noche por los milicianos.

Octubre de 1959. Aviones que partían de Estados Unidos, vuelan sobre el territorio aéreo de La Habana produciendo dos muertos y medio centenar de heridos. Los campos de caña son incendiados por aviones piratas. Al estallar uno de los aparatos y descubrirse su procedencia, el gobierno norteamericano pide disculpas. Pero el Central Azucarero España es bombardeado en febrero de 1960.

4 de marzo de 1960. La CIA hace volar 75 toneladas de municiones y granadas antitanques y antipersonales para fusiles FAL de la Fábrica Nacional de Armas de Bélgica que estaba desembarcando el vapor La Coubre. Cien muertos, cuatrocientos heridos muchos de ellos incapacitados de por vida, 34 cuerpos desintegrados por la explosión.

Mayo de 1960. Las compañías refinadoras se niegan a procesar el petróleo que Cuba compra a la Unión Soviética. La Unión Soviética res-

ponde enviando centenares de naves para mover tres millones seiscientas mil toneladas anuales y mantener funcionando el aparato industrial.

Convocada por el gobierno de Prado, el 22 de agosto de 1960 se inaugura la Séptima Conferencia Interamericana de Cancilleres en San José de Costa Rica. El furioso Secretario de Estado Dean Rusk exige sanciones y condenas pero el canciller peruano habla sin inmutarse.

Estos son... tiempos difíciles en que no se puede hablar ni callar sin peligro. América Latina vive las circunstancias dramáticas del subdesarrollo económico. Los trabajadores de América Latina moran en condiciones infrahumanas y reciben salarios seis veces inferiores a los de los grandes países industrializados. La economía y el bienestar de nuestros pueblos dependen del egoísmo de los grandes consorcios y monopolios mundiales y deberían enfrentarse por una vasta política de promoción y desarrollo y no resolverse con una simple mentalidad bancaria. Hemos formulado reiteradamente nuestra demanda de ayuda financiera y de asistencia técnica, de crédito y de libre comercio pero no de dádivas. Debemos afrontar en esta Conferencia y en la próxima reunión de Bogotá, con voluntad unánime y vigorosa, la lucha a fondo contra los males del subdesarrollo que minan la solidaridad continental.

Pero la base sustantiva de la democracia y de la solidaridad que defiende el sistema interamericano debe ser la libertad entendida como el respeto fundamental a la personalidad y a la dignidad humana, a la tolerancia como suprema virtud democrática, a la proscripción de toda estulticia o forma de persecución de las ideas, ya que la democracia no puede defenderse sino con armas democráticas que son las de la inteligencia y la razón.

Confiamos en que la revolución cubana que ha proclamado principios que significan una honda transformación económica, la mejora de los niveles de vida y una más justa distribución de la riqueza, no se desvíe de su camino original y su destino americano que comparte la mayoría de nuestros pueblos y gobiernos, y los Estados Unidos, que han declarado su voluntad de servir a la paz y al bienestar de los pueblos americanos, hallen una fórmula de entendimiento en que se realice el más amplio ideal de vida de la humanidad, que es el vivir sin temor y se haga prevalecer el espíritu de razón y de conciliación contra toda forma de fanatismo, de miedo y de pasión. Confiamos, como en el Evangelio de San Lucas, en que podamos andar juntos sin represión y que en ese alto plano de amistad podamos convertir los corazones de los rebeldes a la prudencia de los justos, para bien de América y de la Humanidad.

Los cancilleres no se atreven a decir nada contra Estados Unidos, por el contrario increpan a Cuba. Todos los oradores la exhortan a renunciar a la protección soviética, según ellos innecesaria.

Raúl Roa responde a Christian Herter, el Secretario de Estado: *Es el derecho soberano de Cuba elegir a sus amigos...La paz del hemisferio no es amenazada por Rusia sino por Estados Unidos...*

Herter replica: *la intervención de Roa demuestra que el régimen de Castro continuará apoyándose en la ayuda política y militar del bloque chino soviético y que no se someterá a los principios y disciplina del sistema interamericano.*

Principios ¿Qué principios? Disciplina. La de Washington. Suena el *big stick* sobre la mesa. Diecinueve votos contra uno, el de Cuba. Es derrotada la resolución cubana condenando a los Estados Unidos por agresión económica y por ayudar a las incursiones aéreas sobre la isla. Por el contrario, en vez de apoyar al país hermano y víctima, los cancilleres aprueban la Declaración de San José contra la injerencia de la Unión Soviética y la República Popular China en el hemisferio occidental a los pocos minutos del retiro de Raúl Roa y la delegación cubana.

Se condena enérgicamente la intervención o amenaza de intervención, aun cuando sea condicionada, de una potencia extra continental en asuntos de las repúblicas americanas, y declara que la aceptación de una amenaza de intervención extra continental por parte de un Estado americano pone en peligro la solidaridad y la seguridad lo que obliga a la Organización de los Estados Americanos a desaprobársela y rechazarla con igual energía.

Roa:

Ya no creemos en su falsa democracia, asesinos de negros; en su falsa libertad, plantadores de tiranos en nuestro continente; ya no creemos en su hipócrita filosofía que protege a un Franco como a un Trujillo.

El canciller peruano, Raúl Porras Barrenechea, no acepta el lenguaje agresivo de las resoluciones que censuran al régimen cubano. Se encierra en sus habitaciones negándose a firmar. La firma del Perú es puesta por el embajador Juan Bautista de Lavalle, al decir de Leopoldo Aragón en su libro *Por qué y cómo somos satélites de los Estados Unidos*, «un diplomático que tenía toda la pinta física y mental de quien hubiera sido el ujier mayor de la Conferencia de Viena de 1814».

Porras es acusado de ser aprista. Curioso. Porque si bien los apristas apoyaron a los barbudos guerrilleros, se distanciaron rápidamente de Fidel Castro y se unieron a los exilados y auto exilados de Miami. Armando Cruz Cobos, hombre financiado por la CIA, encabezó un asalto contra la embajada cubana en Lima, con el apoyo de La Tribuna, el diario aprista. El Comercio editorializa el 30 de agosto:

...el canciller Porras declaró desde su primer discurso que no creía que la patria de Martí se convirtiera en satélite de pueblo alguno con lo que estaba destruyendo contradictoriamente en buena cuenta la

razón misma de la convocatoria. Sus renuentes expresiones después, los discutibles pretextos de su enfermedad y por último su negativa a firmar hasta las débiles declaraciones contra Cuba de la resolución final, ponen en evidencia que han pesado en él más sus compromisos interesados con la secta aprista que los intereses fundamentales del Perú y la imprescindible solidaridad americana contra la amenaza del totalitarismo comunista.

Porras murió poco tiempo después de renunciar a pedido del gobierno de Prado. Había desobedecido las directivas del Palacio de Torre Tagle, fue destituido.

Desde La Habana, Fidel Castro dice: *el deber de esta hora es prepararse, atrincherarse, armarse hasta los dientes y elevar cada vez más nuestra bandera de Patria o muerte.*

El 2 de setiembre de 1960 La Asamblea de La Habana aprobó, por unanimidad —más de un millón de manos levantadas al cielo, una sexta parte de la población total del país—, la Declaración de los derechos de los pueblos de América, primera «Declaración de la Habana»:

La Asamblea General Nacional del Pueblo reafirma -y está segura de hacerlo como expresión de un criterio común a los pueblos de la América Latina-, que la democracia no es compatible con la oligarquía financiera, con la existencia de la discriminación del negro y los desmanes del Ku-Klux-Klan, con la persecución que privó de sus cargos a científicos como Oppenheimer, que impidió durante años que el mundo escuchara la voz maravillosa de Paul Robeson, preso en su propio país, y que llevó a la muerte, ante la protesta y el espanto del mundo entero y pese a la apelación de gobernantes de diversos países y del Papa Pío XII, a los esposos Rosenberg.

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba expresa la convicción cubana de que la democracia no puede consistir sólo en el ejercicio de un voto electoral que casi siempre es ficticio y está manejado por latifundistas y políticos profesionales, sino en el derecho de los ciudadanos a decidir, como ahora lo hace esta Asamblea del Pueblo, sus propios destinos. La democracia, además, sólo existirá en América Latina cuando los pueblos sean realmente libres para escoger, cuando los humildes no estén reducidos -por el hambre, la desigualdad social, el analfabetismo y los sistemas jurídicos, a la más ominosa impotencia.

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condena, en fin, la explotación del hombre por el hombre, y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista.

En diciembre de 1960 la cuota azucarera cubana en el mercado norteamericano es definitivamente cortada. La Unión Soviética y otros países socialistas firman contratos para vender en toda el área socia-

lista cuatro millones de toneladas, a un precio preferencial de cuatro centavos. El 13 de abril de 1961, terroristas desconocidos incendian los almacenes *El Encanto*, la mayor tienda de departamentos de La Habana. Ese mismo mes se produce la invasión y derrota norteamericana en Playa Girón.

El 13 de marzo de 1961, el Presidente Kennedy habla de la «Alianza para el Progreso». Ese mismo día se produce un ataque pirata a la refinería de Santiago de Cuba, cobrando la vida de uno de sus defensores. Kennedy dice esperar que los pueblos de Cuba y de la República Dominicana pudieran ingresar al seno de las naciones libres.

Al mes se producía Playa Girón.

Pocos días después era asesinado misteriosamente el dictador Trujillo. Ahora se sabe que el atentado fue organizado por la CIA. Trujillo ya era impresentable, agredía a gobiernos protegidos por los Estados Unidos como el de Venezuela, estorbaba en esos momentos de clímax.

Después, se publicó el Libro Blanco norteamericano sobre Cuba. «El régimen revolucionario ha traicionado su propia revolución», decía el Libro Blanco. El régimen de Castro representa un peligro para la auténtica revolución de América...».

Se llama al pueblo de Cuba a la subversión y a la revolución «contra el régimen de Castro».

El 13 de abril, Kennedy afirmaba categóricamente que no invadiría Cuba y que las fuerzas armadas de Estados Unidos no intervendrían nunca en los asuntos internos de Cuba.

Dos días después, aviones desconocidos bombardeaban aeropuertos cubanos y reducían a cenizas la mayoría de su fuerza aérea, remanente de lo que habían dejado los batistianos en su fuga.

Adlai Stevenson, en el Consejo de Seguridad, dijo que eran pilotos cubanos, «descontentos con el régimen de Castro», los que habían cometido tal hecho y afirmó haber conversado con ellos.

El 17 de abril se produce la fracasada invasión de Bahía de Cochinos. El pueblo entero combate. Nueve pilotos cubanos luchan manejando los viejos aparatos. Dos de ellos rinden su vida. Los invasores son derrotados.

II

—Barre, barre.

¿Cuánto mediría? ¿Un metro noventa? ¿Dos metros? El zambo gigantesco, alcanzaba una escoba de paja gastada, mugrienta y húmeda a Bernardo en aquella habitación oscura llamada cuadra bajo el nivel del suelo. Una gran puerta con doble hoja de sólido hierro negro cubría el exterior y no dejaba pasar nada de luz. Muros de piedra cubiertos de lustrosas pátinas grises y negras como el carbón. Sombras y medias luces de las seis de la mañana. Un foco solitario de 100 bujías colgando de un cordón lleno de moscas. Olor a vinagre, a pezuñas, a exhalaciones de cuerpos humanos, respiraciones, sudores. Apiñados en oxidados camarotes o desde el suelo de piedra oscurecida donde habían dormido, unos presos se incorporaban, otros se encogían todavía más con el frío de la mañana y los más se acurrucaban para seguir durmiendo envueltos en sus frazadas a cuadros descoloridas y agujereadas que alguna vez fueron azules o rosadas. La puerta de hierro de la celda de incomunicados bloqueaba la luz exterior, impedía la ventilación y un olor acre a mugre y sudor se acumulaba, unificando el vaho que esos cuerpos exhalaban. Solo se abría con un gran chirrido para dar paso a nuevos presos que, cual jorobado de Notre Dame, Avión recibía de los soldados republicanos sin decir palabra.

Bernardo tomó la escoba y cumplió su tarea, obediente. No era ocasión para observaciones o resistencias. Además ¿dónde iba a barrer si todo el piso estaba ocupado?

Lévano, Bernardo, Lama, Carrera, Juan Pablo Chang y otros estudiantes y obreros llegaron la noche anterior.

—¡Número! Gritó Lévano. ¡Este hombre se está muriendo! A su lado convulsionaba un preso anónimo. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? Avión golpeaba la puerta para que los soldados abran desde afuera. Era el trámite acostumbrado.

Hacía muchos años que la celda de incomunicados era la casa de Avión, aquel negro enorme. Casa y castillo. Lóbrego señorío. Era su propiedad, allí él era la ley y la justicia. Nadie sabía cuándo había llegado a ese agujero ni suponía si saldría alguna vez. En un rincón, un cono invertido de hierro labrado con su caño que alguna vez fue bronce dora-

do, era a la vez fuente de agua para beber y lugar para orinar o defecar delante de todos los presos. Había que hacer pasar con un palo de escoba los excrementos para que entren en el pequeño tubo del pilón de hierro y allí mismo se lavaban los cacharros de latón en que los presos más afortunados comían porque otros lo hacían en periódicos viejos, sucios, amarillentos. Las rugosas piedras de las paredes y el techo estaban ennegrecidos por el humo de las velas y en las juntas asomaban las antenas movedizas de miles de cucarachas que compartían la celda con los reclusos. Se decía que Avión había sido un ladrón famoso, quedó lesionado de la columna vertebral cuando se arrojó de un techo huyendo de sus perseguidores. Inmenso, era impresionante por su talla; pero bastaba darle un pequeño empujón para derrumbarlo cuan largo era. Ya estaba inutilizado, era un fantasma de sí mismo, de lo que fue alguna vez. La celda poblada por unos cien presos que llegaban o salían según la voluntad de alguien, tenía una población flotante y cambiante; el único permanente, eterno, era Avión, que los veía llegar y pasar, ir y venir, aparecer y desaparecer desde su fantasmagórica y filosófica altura. Él hacía su disciplina e imponía su orden. Al comienzo, dormir en el suelo, como recién llegado, sin derecho a nada, huérfano del mundo. Al cabo de unos días, si todo iba bien, un colchón de paja mugroso y lleno de pulgas y chinches podía amortiguar la vida mientras las costillas se acostumbraban a la dureza de la piedra. Después, también con suerte y según la voluntad de Avión, se podía conseguir uno de los camarotes oxidados de una plaza por cuyos tubos circulaban los parásitos. Cucarachas, piojos, chinches y personas constituían la población de la celda, el reino de Avión, monarca de las sombras.

Pasaron los días. La incomunicación terminó. Ahora el juez interrogaba a los detenidos.

—¿Qué motivos lo llevaron a obstaculizar la entrada a la Universidad al Vicepresidente de una nación amiga? preguntó el juez.

—No es una nación amiga, es un país imperialista que ha invadido Guatemala, un país hermano del Perú, argumentaba Lucho Zapata.

—¿Es usted comunista? Preguntó el juez a Víctor Carrera.

—No, yo soy socialista, respondió Víctor.

—Ah, entonces es comunista, dijo el juez. Los comunistas siempre dicen que son socialistas.

Cuando la incomunicación terminaba se podía pasar a una cuadra estable con unos cincuenta presos, donde los ordenados camarotes de dos somieres se miraban en dos filas frente a frente encima de un piso de cemento irregular y lustroso bañado por el creso. Cada cuadra tenía un *capazote* como jefe y allí se podía dormir, escuchar radio o trabajar según sea el caso, mientras duraba el encierro de seis de la tarde a seis de

la mañana. Enjambres de cordones eléctricos rodeaban los catres para dar energía a los receptores de radio que sonaban al mismo tiempo a todo volumen. Cada alojado era un drama, una novela. Alfonso Terrones, un hombrecito delgado, mesero de un chifa, había matado a su amante homosexual del que estaba harto, clavándole un puñal en el vientre y haciéndole el harakiri mientras hacían el amor en un hotelucho de La Parada. Así el éxtasis del orgasmo homosexual acabó con los intestinos regados en el piso; y los gemidos del amor se mezclaron con el desfallecimiento agónico de la muerte. El hombrecito descuartizó el cadáver de quien había sido la pasión de su vida, metió los restos sanguinolentos en una maleta y repartió los pedazos pueblo por pueblo en las paradas de un ómnibus interprovincial. Y allí estaba sonriente, lustrando los costureros de madera que laqueaba para ganarse la vida. Ernesto Soto Coloma, un estudiante de medicina que secuestró al hijo menor de los Graña pidiendo un rescate millonario, también se dedicaba a barnizar y tapizar costureros para venderlos a los presos que los regalarían a sus novias o esposas en las visitas de los domingos. El Colombiano, un *lanza* o carterista que era capaz de saber al tacto cuantos billetes tenían sus víctimas antes de dejarlos sin dinero, llegó una madrugada a la cuadra molido, casi deshecho por los golpes y la tortura.

—Párate a mi lado, decía el colombiano. Yo puedo adivinar cuánto tienes en el bolsillo. Sí, sí, más o menos una libra (un billete de diez soles).

El colombiano era amante de una cantante chilena a la que Bernardo había conocido en la radio. Todavía la recordaba delgada, hermosa en su vestido negro, pegada al micrófono, lánguida, cantando *Vanidad*, la triste canción de Armando González Malbrán:

*Vanidad, por tu culpa he perdido
un amor vanidad,
que no puedo olvidar.*

*Vanidad, con las alas doradas,
yo pensaba retir,
y hoy me pongo a llorar.*

*Vanidad
lo arranqué de mi vida
pero hoy lo volviera a besar*

Afuera era la Pampa. En el gran patio de cemento cuarteado de la Pampa reinaban los capazotes, cada uno dueño de un carretaje. El carretaje era la pequeña comunidad en que los presos se agrupaban para cocinar y comer durante el día, la estructura organizativa celular de esta sociedad gobernada por principios de lealtad basados en la ley de una fuerza que se podía desencadenar con cualquier violación. Casi dos mil presos vivían en este espacio de unos ochenta por cincuenta metros dando vueltas como locos en manicomio o tigres en jaula, o tirados en el

suelo todo el día, cocinando o jugando cartas, haciendo pasar el tiempo hasta el encierro de las seis de la tarde en que los vigilantes contaban a los presos y el nuevo día, una nueva formación y otra cuenta y así jornada tras jornada, almanaque tras almanaque, tiempo tras tiempo, esperando una huidiza libertad. Las carretas eran solo para los que tenían dinero, la clase media de la Pampa. La mayoría, el común, los ladronzuelos haraposos, la gente abandonada y sin esperanza como Lepra, el loco que cazaba ratones para comérselos vivos, la humanidad sobrante, esperaba la paila de las doce del día, cuando los cocineros teñidos por el negro graso del petróleo, una sola cosa, un solo monstruo viscoso de rostros y manos negras con los enormes peroles también negros, viscosos y lustrosos, hacían su ingreso espectacular desde la cocina a la pampa, como un conjunto teatral o un equipo de fútbol que sale al estadio desde los camarines, llevando un sucio cocido donde se mezclaban en una sola masa el arroz de tercera clase lleno de gorgojos, con alguna menestra indefinible, cocida en alcanfor para anular los deseos sexuales de los cautivos. En viejos recipientes oxidados, o en papel periódico amarillento recogido de cualquier piso, los presos recibían el cocido luego de hacer cola bajo el sol en verano o en la tímida llovizna limeña de invierno.

—Bernardo, explicaba el Chalaquito, bien plantado, serio, ancho, pecho hundido, cara cortada por la cicatriz de un gran tajo desde el pabellón de la oreja hasta las comisuras de la boca, ahí en el centro de la Pampa. El mundo no está dividido ni en izquierda y derecha, ni en pobres y ricos ni en buenos y malos como ustedes creen. El mundo está dividido en giles y choros.

El solo hecho de que te vean con Chalaquito te daba inmunidad. Nadie se metía contigo porque Chalaquito era la ley. ¿Por qué Chalaquito se aproximaba a los presos políticos? Porque sentía una espontánea simpatía por ellos. No era un choro común y corriente. Era Chalaquito.

Giles y choros coexistían en la Pampa. Giles eran los presos por honor sexual o por accidente de tránsito o por política. Choros eran los ladrones, asaltantes, lanzas, estafadores, falsificadores, asesinos. Y había campeonatos de fulbito y básquetbol entre giles y choros. Y ajedrez entre giles y choros.

A un costado de la Pampa estaba el casino. Allí se jugaba dados y póker pagando un porcentaje de cada juego a Tatán, el dueño del establecimiento. Famoso por tener un diamante incrustado en uno de sus dientes, peligroso y traicionero, Tatán era uno de los ladrones más conocidos. Atildado, blanquiñoso, este Dunián Dulanto no podía pronunciar las erres, de allí su sobrenombre de Tatán, por Tarzán, el personaje que admiraba cuando era niño y concurría la matinée del domingo al cine de su barrio que pasaba seriales de aventuras en blanco y negro por episodios del uno al seis.

—Beinaido, io queyo que esquibas la histodia de mivida, decía Tatán que soñaba con ser el personaje de alguna radionovela en la radio en que Bernardo trabajaba.

Y en efecto, su vida era novelesca con sus fugas de la prisión, sus robos y asaltos, su sociedad con La Rayo, famosa ladrona de la época. Estaba siempre en las primeras planas de los periódicos por sus robos y peleas. A la vuelta del casino que administraba, Tatán disfrutaba de una gran celda o cuadra para él solo donde vivía con sus dos amantes, dos travestis a quienes se podía ver peinándose y acicalándose en las mañanas frente a los espejos sacados de antiguos roperos.

En ese ambiente los presos políticos eran respetados, por ser la banda más organizada de la prisión según la opinión de la Pampa. En un mundo dividido entre choros y giles, los políticos no eran una clase especial de giles y tampoco una clase especial de choros. Eran «los políticos», simplemente. Los choros estaban divididos por categorías según su antigüedad en el oficio, su valentía en los duelos o su audacia en las operaciones. Capazotes, dueños de los carretajes, jefes de banda, delincuentes famosos, asaltantes profesionales. La palomilla era la masa informe de ladronzuelos sin categoría, despreciados por los choros, el bajo pueblo. Giles eran también los que no se reconocían a sí mismos como choros, los que alegaban ser inocentes, acusados de violación o seducción por sus enamoradas, autores de accidentes de tránsito o delitos y faltas menores. Podías ser gil que tiene conciencia de choro o choro que tiene conciencia de gil. Políticos eran los apristas y comunistas. Uno podía ir donde un preso político y pedirle que le haga una carta para su mujer, o darle un encargo para la calle, o suplicarle un consejo sobre su juicio. Entonces, mejor estar bien con ellos. Mismo mosqueteros la ley era todos para uno, uno para todos. Todo se compartía, penas, problemas, defensa, tareas en la prisión y comida.

En la Pampa, el reino de la libertad, el país de los choros, el rey no era Tatán sino Chalaquito. Él no aceptaba tratos con las autoridades, no tenía ni quería privilegios de arriba. Pocas palabras pero mandaba sin discusión. No se le conocía una sonrisa. Como Tatán, era gran jugador de ajedrez y solía desafiar a los políticos a jugar en tableros múltiples. Crecido como Tatán en los Barrios Altos, su padre fue maestro: tenía dignidad dentro de su condición de ladrón y asaltante. Si algo se le perdía a un político, bastaba una orden breve de Chalaco y lo perdido aparecía de inmediato con las disculpas del caso. Era la bisagra entre la banda de los políticos y el mundo de los choros.

La Aislada estaba en las profundidades del castigo. El sótano del sótano, Allí iban los irreductibles o los locos. Por la Aislada pasaban las alcantarillas de la prisión con su carga de excrementos, insectos, ratas y ratones, una ciudad debajo de la ciudad, un mundo debajo del mundo.

Allí la vida terminaba en las tinieblas permanentes con sus habitantes que no distinguían la luz de la oscuridad, la vida de la muerte.

Un día los vigilantes cortaron la visita de los políticos antes del tiempo establecido. Bernardo, Lucho Zapata y Antonio Bornaz protestaron. Los vigilantes les cayeron a palos. Bernardo fue a dar a la Aislada.

Oscuridad completa. Tuvo que esperar varios minutos para que sus ojos se acostumbren a ese negro profundo. De pronto una voz quejumbrosa:

—¿Quién va? ¿Quién eres? ¿Por qué te trajeron?

Él sabía. Era la voz de Lepra, el habitante eterno y solitario de ese mundo. Se decía que comía ratones ¿De qué otra forma podía conseguir proteínas para no morir de inanición? Y tomaba la indescriptible agua de las alcantarillas. Milagro de supervivencia.

¿Qué se podía responder a esa voz que surgía de las tinieblas?

No había otra, cuando llegaba el sueño era cuestión de acomodarse entre el agua que corría, las paredes en arco medieval, y a dormir sin hacer caso de los movimientos de cuerpos extraños que pasaban por encima del cuerpo en aquellas tinieblas.

Bernardo salió de su primera prisión. Pero el retorno al trabajo en la radio, a la universidad y al grupo que había salido del partido, fue breve. Unas cuantas ediciones de Perú Popular, manifestaciones en la Plaza San Martín y el Jirón de la Unión, y estaba de nuevo en la cárcel. Ya era un conocido de Chíncha y Rosado, los dos jefes de Seguridad del Estado.

Otra vez en la cárcel, esta vez golpeado por los guardias. Los periódicos protestaron. Se estaba golpeando a periodistas. Entonces lo pasaron a la Penitenciaría, el lugar donde estaban los sentenciados a condenas largas, los que ya habían sido condenados.

—Bienvenido Bernardo, dijo Alfredo Tello, sonriente como quien recibe a alguien a quien invitó a cenar.

En la Penitenciaría vivían Alfredo Tello y Héctor Pretell. Acusados de matar a Francisco Graña Garland en enero de 1946 estaban condenados a una prisión de la que ya habían purgado doce años. Nunca hablaron demás, nunca se quejaron. Cuando el partido aprista consiguió la amnistía general en 1956, ellos se quedaron en la prisión. Eran víctimas sacrificadas en los negocios políticos del Jefe, Haya de la Torre, cuya autoridad respetaron discrepando en silencio. Nunca nadie supo quién mató a Graña.

La Penitenciaría era la prisión modelo mandada construir por Ramón Castilla a mediados del siglo XIX, siguiendo los principios de Jeremy Bentham, el humanista inglés que trataba de aliviar las penalidades de los hombres mediante medidas prácticas. Bentham buscó relación con los gobernantes latinoamericanos de principios del siglo XIX, entre

ellos el colombiano Francisco de Paula Santander y el peruano Ramón Castilla. Una enorme área con campo de fútbol, panadería, imprenta y taller de mecánica donde los presos condenados a largas condenas se ganaban la vida. A condena más larga, mayor tranquilidad, mayor pausa, lentitud al caminar y al pensar. Pocas palabras, muchos silencios, tranquila espera viendo caerse las hojas de los almanaques año tras año, perdida toda relación con la vida de afuera, hasta quedar solos, apenas intuyendo las sombras lejanas del resto del mundo. El preso por delito menor cuenta ansioso las horas y los días esperando la libertad. Los condenados a treinta años, penitenciaría o internamiento, debían instalarse, hacer sus vidas adentro, en medio de esos muros de ladrillo donde morirían algún día.

Los pabellones de celdas de ladrillo rojo y rejas de hierro se abrían como una estrella desde un centro o panóptico, según el diseño de Bentham: desde allí los vigilantes vestidos de algodón comando como los soldados norteamericanos de la segunda guerra mundial y armados de negras cachiporras, grilletes y revólveres, podían ver los movimientos de los cautivos. Era también el lugar de las visitas. Dos veces a la semana había una función en el cine donde cada preso tenía una butaca asignada de por vida. Detrás de todos, en lo alto, desde un pequeño balcón, el Director y su esposa, bailarina tropical de un club nocturno de Lima, veían la película junto con todos los presos. Era la época en que el mambo y las rumberas cubanas y mexicanas con sus caderas anchas y movedizas, sus colas de bobos y sus cabezas adornadas con flores, María Antonieta Pons, Anakaona, Betty di Roma, Tongolele, rompían la hipocresía de una sociedad donde todavía las mujeres usaban velo para ir a la iglesia los domingos y vestían luto en semana santa. La señora del Director era una de esas rumberas. La brillantez de la Plaza San Martín con su Hotel Bolívar, su Cine Metro, sus bares, studebaker y cadillacs, contrastaba con el recogimiento de San Pedro y San Agustín y la placidez intelectual —escolar del Parque Universitario desde donde de vez en cuando salían estridentes marchas estudiantiles de protesta como aquella contra Nixon en que Bernardo había participado. El Director de la Penitenciaría, un exAlmirante amigo del régimen, flaco, alto, de gran nariz filuda, armado de espada porque le gustaba la esgrima, caballero andante sin caballo pero con casco y armadura, vivía con su Dulcinea, la bella bailarina bajita de carnes redondas, en su departamento del primer nivel al que se ingresaba desde el espacioso pasadizo de entrada con techo alto y piso de mármol luego de haber ascendido desde el Paseo de la República por unas escaleras de piedra que conducían a una gigantesca reja de bronce dorado. Un lujo para una prisión, fruto de un intento de fundación del Estado allá por 1854 cuando las clases altas limeñas empezaban a disfrutar de la riqueza del guano. En la barbería, un silencioso Mamoru Shimitzu condenado a treinta años por haber matado a su esposa, sus hijos, sus cuñados

y los hijos de sus cuñados, cortaba el pelo y afeitaba a los presos que tenían dinero. Mamoru calló sus motivos hasta su muerte en aquella prisión. ¿Demente criminal? ¿Espía japonés? ¿Encargado de hacer la ejecución por alguna mafia misteriosa? ¿Cómo pudo matar y cargar a los seis cadáveres con su anatomía raquítica? La prisión estaba llena de misterios, de preguntas sin respuesta.

En la que había sido celda de Leguía dormía con los ojos abiertos Alberto Romaña, el criminal que había colgado de cabeza a un trabajador de su hacienda y lo había matado arrojándole cuchillos a cinco metros de distancia. Nunca pudo cerrar los ojos al dormir quizá en castigo por el martirio al que sometió a su trabajador y por el cinismo explícito con el que contaba sus relaciones eróticas con los homosexuales que había en la prisión a quienes, según decía, masturbaba al tiempo de penetrarlos. Allí también había estado Carlos Steer Lafont, el adolescente que mató a los esposos Miró Quesada, a la salida de una iglesia del centro de Lima en 1935. Fue joven y adulto en la Penitenciaría y, cumplida su condena, desapareció. Tampoco se supo nunca el motivo que lo llevó al asesinato.

III

Lima, diciembre de 1961.

El rostro moreno prolongándose en aquellos pómulos que presagiaban los grandes ojos como definidos por un pincel; el pelo largo y negro que, como humedecido en tinta china, seguía dibujándola cuan larga era, amplia sonrisa cómplice, leve delgadez de cuerpo, alegría en la brillante oscuridad de sus ojos, ahí estaba Violeta abriendo la puerta de su departamento de Lince, al fondo de un pasaje de losetas humedecidas por la niebla de la mañana limeña.

—Tengo algo definitivo que contarte. Sí, definitivo. Las palabras finales susurraron en un hálito risueño: pero quiero discreción absoluta, camarada, discreción.

Cerró como escondiéndose de alguien, miró a todos los costados y avanzaron al fondo, hacia el ángulo donde se encontraba la pequeña habitación-escritorio, ahora ella cigarrillo humeante en mano y él detrás, adivinando a través de los vidrios opacos de la casa el bostezo rutinario y gris de aquella mañana en que, mientras otras señoras del barrio estarían yendo al mercado canasta de mimbre en mano, Violeta ignoraba aún si habría para comer ese día.

Ahora detrás del escritorio. Desde la pared del fondo las fotos-íconos de Marx y Lenin, el barbudo y el calvo, el alemán y el asiático, surgían de la media luz para mirar, enigmáticos, en lontananza, un futuro todavía ausente. ¿A dónde miraban? pensó. A su lado, en la misma pared, las letras blancas saltaban del fondo rojinegro de un banderín: *un paso atrás, ni para tomar impulso*. Podía ver los estantes de libros, viejos, nuevos, de todos los tamaños, expandiendo su olor húmedo, saliendo de los estantes, invadiendo los sillones confortables rojo oscuro y un dibujo del rostro de Violeta trazado por Diego Rivera. Gran dibujo, mano maestra, pensó siempre, como estudiante de artes plásticas que era, líneas únicas, firmes, sin dudas ni aproximaciones, como debía ser la conducta política de quien adoptaba una decisión. Recuerdos del exilio en México y Guatemala poblaban las paredes y se esparcían por los estantes. Más banderines y lemas estallaban por todos lados.

Arriba Gustavo golpeteaba la máquina de escribir. Con él habían amanecido en las impresas, deleitándose con el olor de la tinta fresca y

el retumbar de las máquinas planas, mientras abrían los pliegos todavía sin cortar ni compaginar de *Perú Popular*, un periódico radical, cuestionador pero a la vez comunista ortodoxo, que le había costado a Bernardo un par de prisiones en la Cárcel Central y el Panóptico de Lima, por adherirse a las manifestaciones estudiantiles contra el Vicepresidente norteamericano Richard Nixon. Su mirada paseó por esa casa de Violeta y Gustavo que, durante una temporada que empezó con el retorno de la democracia, había sido escuela política, punto de enlace y centro de conspiración para él.

—Pues mira, debes ser una tumba. La noticia relampagueó desde lo profundo de sus ojos y se posó en una sonrisa invitadora. La mano derecha de Violeta avanzó sobre la mesa para sacudir su brazo.

—Al fin. Hay la posibilidad de viajar a Cuba, camarada. Ella se engolosinaba con la novedad.

—¿A Cuba? Bailó su corazón. Cuba era la revolución, el triunfo, la esperanza, aquél horizonte al que quizá miraban los de los retratos, hecho presente, interpelación, exigencia. Por Cuba habría dado la vida.

Ella susurró de nuevo como si la estuvieran vigilando, cuidándose de las sombras: un grupo saldrá en unos días; ¿te incorporas sí o no?

El cigarrillo se consumía y las colillas se amontonaban sobre el cenicero como insectos muertos mientras el olor del café recién servido lo acariciaba.

Movió la cabeza, bajó los ojos.

—Pero tú sabes que ya no estoy en el partido.

—¿Y a quién le importa eso?

Luego de seis años de militancia recién se estaba rehaciendo, como si hubiera sido el romance frustrado de su vida o una larga enfermedad que necesitaba convalecencia.

—No te pregunté si estás o no estás en el partido dijo ella, como ofendida. El asunto es si quieres luchar por tu país o no.

—Sí, lo sé, por supuesto que quiero, dijo mirando al suelo, y las imágenes de la lejana isla se mezclaban en su mente con los rostros, desfiles y banderas de una revolución amada allá lejos y ansiada aquí cerca.

Hacía tiempo que pensaba: ahora tenemos democracia, estamos otra vez en la legalidad, pero la mediocridad nos asfixia, todo es corrupto en el poder y siguen persiguiéndonos como si la dictadura continuase. El pueblo pide, exige, lucha y le responden con golpes, encierros, bombas y balas. ¿Cuántos muertos, cuántos heridos de bala, cuántas prisiones y juicios criminales en cinco años? Poco ha cambiado y, si no habrá nunca paz para los nuestros, mejor es seguir peleando para llegar alguna

vez al gobierno sin hacer concesiones. El poder, todo el poder, esa es la cuestión.

—Pero eso de que no es importante estar o no en el partido ¿lo entienden ellos de verdad? No creo. Insistió en tono ausente.

—No te preocupes por eso ahora. Es un asunto aparte. ¿Qué te puede importar si ahora se te presenta la oportunidad? Aprovechala, no pierdas el tren que pasa por tu lado. Si dudas ahora, puede que nunca vuelva a cruzar por tu camino.

Le alargó un boleto de avión. ¡Tan segura estaba de su aceptación que hasta lo había pedido sin averiguar primero si consentiría o no!

—¿Me permites hablar con otros compañeros de confianza?

—¿Quiénes?

—El Chino, Alfredo Verástegui, Julio, Lobatón.

—Está bien, son buenos chicos—. Casi todos frecuentaban la casa y acompañaban a Gustavo en sus grandes borracheras, cuando cantaban, juntos, a gritos, las canciones de la guerra civil española.

—Podré conseguir pasajes para algunos. Total, también va otra gente que recién conocerás en el viaje, dijo como disculpándose consigo misma.

Y ahora las instrucciones:

—Irás primero a México, allí contactarás con Nacho Magaloni, buen hombre, un millonario mejicano, nuestro amigo del exilio. Los ayudará hasta que tomen un avión para la isla. En La Habana los espera Soto.

—¿Soto?

—Sí Soto, el periodista, él también está con nosotros.

Soto el humorista, uno de los líderes del Frente de Liberación Nacional. Soto concurría también a la casa de Gustavo y lo había pasado bien con frecuencia tomando ron hasta la madrugada en noches de borrachera y canciones.



La luz mortecina del restaurante chino se anunciaba doblando la esquina del cine República, en una sombría calle del centro a la vuelta de la radio. Nadie caminaba por la acera húmeda, de vez en cuando un

auto arrastraba encima del asfalto la luz de unos cuantos postes. Noche solitaria, de domingo quizás.

Ella era apasionada, teatral, dominante, toda nervios, toda alegría y llanto, emoción y sentimiento. Toda humillación cuando era necesario someterse para convencer al hombre que pretendía dominar.

Él dijo:

---Me voy, debo irme.

Tímido, solitario, introverso. Sus personalidades se complementaban o colisionaban cual dinamita según la ocasión.

---Está bien, lo que tú digas. Pero ¿me amas? ¿Me amas? ¿No me vas a abandonar?

En su imaginación temerosa resonaba la letra del tango de Raúl Berón que ambos escuchaban en su viejo tocadiscos:

Hoy una promesa

Mañana una traición

Amores de estudiante

Flores de un día son

---¿Seré flor de un día? Dime ¿seré flor de un día?

Ella habitaba con su madre y su padre adoptivo una pequeña casita de los barrios altos, más allá de las cinco esquinas y terminando el largo y curvo Jirón Huari, allá cerca del cementerio, a cuyas espaldas corría el río. Obreros y ladrones se juntaban compartiendo la vecindad en una paz en que cada uno respetaba el oficio del otro. La radio y la escena practicadas desde la infancia se apoderaron de su ser convirtiéndola en un personaje teatral, melodramático, siempre tenso entre la dominación, la humillación erótica y los celos. Su romance con altibajos con este incomprendible adolescente se alargaba y alargaba, atormentándose, cortándose y reanudándose.

---No, pero debes esperarme.

¿Cómo entenderlo? Lo único posible era una actitud de fe, de creencia obsesiva, cegada por un amor porfiado en que él se convertía en una especie de trofeo huidizo que iba y venía, se acercaba o alejaba en sus dudas y conflictos internos.

---No puedo darte más detalles, tienes que confiar en mí.

Él se había ido haciendo al hábito paranoico de ocultar nombres, olvidar seudónimos, tener tres y cuatro vidas simultáneas, esconder una explicación detrás de otra explicación como en un juego infinito de espejos, condicionar la memoria, dominarla hasta que sea una no memoria. La regla de «nunca más información que la estrictamente necesaria», es-

taba instalada en su personalidad introvertida ahondando lo que ya era profundo desde la infancia.

—¿Puedes morir? preguntó ella, ingenua.

—Puedo morir, dijo él.

—*¿Pero qué era morir? Dijo Li Chong interrumpiendo los recuerdos de Bernardo. Un estado lejano, desconocido, los ecos de un avance masivo de lucha, de vida y agonía en el otro lado del mundo, solo una invocación a los demonios. Nadie en esa época y en ese lugar, allí, en esa ciudad mortecina, trémula, sabía qué era morir en una trinchera, en una montaña, en un holocausto. Las grandes tragedias mundiales estuvieron muy lejos, solo nos llegaban las imágenes de lo heroico, los himnos, los poemas. El lado horroroso de la muerte, los lamentos, la podredumbre, el odio, los bajos instintos, la inhumanidad de lo humano, era ignorado detrás del maquillaje de la fantasía. Solo el hermoso rostro de lo trascendente, no las vísceras sangrantes trabajando en los vientres, produciendo su apestoso estiércol, no la pus de la infección, solo la fiebre que produce el éxtasis y la poesía. Ustedes pensaban: ¡Qué importaba morir si los Tiempos Nuevos avanzaban indetenibles!*

—*Quizá el tiempo nos venza. Dijo Bernardo, pensativo. El tiempo, el amor. Nuevos tiempos venían, todo iba a cambiar, el mundo avanzaba. ¿Qué importaba la muerte entonces? ¿Qué importaba el tiempo? Éramos cientos, seríamos miles, después millones. Alguien tenía que empezar. Éramos la chispa que enciende y se agota en el fuego.*

—*Pero los tiempos no eran nuevos. No hay tiempo nuevo, nunca hubo tiempo nuevo, no hubo tiempo. El Tiempo es un antiguo, decrepito anciano que produce siempre lo mismo, lo mismo. Lo que existe es el presente huidizo que se va apenas nos percatamos de él, porque se transforma en pasado mientras el futuro no es, nunca es.*

Ella se quedó pensando, el rostro rectangular endurecido en el marco de su coposo pelo negro tras el cual asomaban sus aretes de oro, mirando los tabiques marrones y lustrosos del cobertizo privado en que estaban, en ese restaurante dominguero. Nada más triste, solitario, que un domingo en la noche, en Lima. Quería comprender, pero no le interesaban las alucinaciones de Bernardo. Le interesaba él, veía por sus ojos, creía incondicionalmente en lo que él creía. Él era suyo, debía seguir siendo suyo. Todo el mundo era solo eso, lo demás, el segundo plano que se esfumaba y no importaba. Solo él, solo él. Un rojo intenso resaltaba los labios carnosos; el perfume rodeaba su colorido pañuelo de seda y su blanco abrigo coposo y mullido, de cuyas mangas salían unas manos pequeñas y pálidas enjoyadas, moviéndose nerviosas en anillos dorados. Creía en lo que él creía, odiaba lo que él odiaba; cuando preso se peleaba con los carceleros para visitarlo, pero esta vez algo la hacía vacilar.

Pensó y volvió a pensar.

—Te esperaré, siempre te esperaré, respondió mirando al vacío, sabiendo que eso le agradaría a él, como tolerando una aventura cuyos riesgos desconocidos asumía con una mezcla de amor y sumisión, como el precio que había que pagar por el producto ansiado. No podía hacer otra cosa. Lo mejor para conquistarlo, seguirlo aunque fuera en la distancia de la espera.

—¿Y qué pensabas? Se entrometió Samuel, el de la armónica, en los recuerdos de Bernardo. ¿Cómo alguien se podía imaginar la guerra en aquella Lima de los sesenta? ¿Qué era al fin la muerte sino algo extraordinario que rompería quizás algún día no especificado la normalidad mediocre y friolenta de esa niebla limeña?

Su matrimonio rápido fue la culminación de un romance apasionado en el intríngulis de vidas múltiples o el precio que se debía pagar por la ausencia. Ese impulso biológico inconsciente para engendrar que se apodera de aquellos que empiezan a sentir la muerte como posibilidad, sin saberlo, en lo profundo de la subconsciencia.



Juan Pablo aguardaba puntual en esa calle del barrio chino donde vivía. Todo en él era sonriente: la cara redonda, las gruesas gafas, su ancha boca de finos labios, los ojitos traviosos, las mejillas regordetas y sonrosadas. Eran las cinco de la tarde, buscaron la calle Capón y entraron al café chino, filtrándose entre vendedores de suertes, carretas con frutas, mendigos y comerciantes de baratijas. Mesas redondas con patas de madera charolada y tableros de mármol gris, piso de losetas multicolores regadas con aserrín, techos altos perdidos en la semioscuridad, lustrosos mostradores de madera café enseñando las blancas bolas de minpao detrás de los vidrios polvorientos. Ahora estaba el Chino frente a Bernardo, muy formal, bien sentado, con su terno y corbata, detrás de una humeante taza de té jazmín.

—Bernardo, yo prefiero esperar un poco. Este momento puede no repetirse. El Apra Rebelde, los trotsquistas, muchos militantes del Partido Comunista, los social progresistas, confluyen hacia un frente político. La unidad es esencial, podemos trabajar todos juntos. Si me voy, el proceso de unidad podría fracasar.

El Chino andaba promoviendo el APUIR, la alianza de partidos de la izquierda revolucionaria.

Detrás de esa sonrisa estaban dos destierros, varias expulsiones de diversos países extranjeros, no menos de ocho prisiones en el Perú.

Preso a los quince años por la huelga del Guadalupe, expulsado a la Argentina, preso en la Argentina de Perón por comunista, expulsado a México, desterrado a Francia, regresado a México, amigo de los cubanos del 26. Cuando lo invitaron a las reuniones de los cubanos en México previas a la aventura del Gramma, el Chino dijo: *yo no voy, no me interesa, esos son unos revolucionarios de café*. Y después del Moncada y la Sierra Maestra, le mandaron decir: *¿qué te parecen estos revolucionarios de café?*

—Pero eso es política, Chino. Esto son los fierros. Ahora les sirves, después te abandonarán. Vas a perder el tiempo.

Bernardo sabía que el Chino era indispensable para la tarea que él mismo se había propuesto. Pero ¿quién más que él creía de verdad en eso? Nadie como él para ser querido en todas partes, aún en las facciones más encontradas, entre las rivalidades, las desconfianzas, los extremismos, los odios. Nadie con él para arar en el desierto.

—No jodas Chino, vámonos a la isla, estás tratando de ordeñar un riel. Acabarán peleándose una vez más y buscarás otra rueda a la cual dar vueltas. Allá hay una revolución, échate a nadar en la ola.

Bernardo había escalado todas las jerarquías del Partido, desde los círculos marxistas de la universidad hasta el Secretariado y la Comisión Política, y ahora estaban, con el Chino, fuera de la organización desde hacía varios meses. Eran inconformes, subversivos incluso dentro de su propio partido. No estaban dispuestos a transigir con la realidad cotidiana.

—Chino, ámate. Lobatón también irá, siguió porfiando. Luchar por el poder, ésa es la cuestión.

Con Guillermo Lobatón habían formado un círculo para hacer lecturas y ejercicios militares. Bernardo reprodujo el manual del Comandante Bayo en su imprenta y siguieron las lecciones paso por paso. Caminatas nocturnas hacia Ancón por las dunas del norte de Lima. Hacia Matucana por los cerros. El Chino sufría por su corta vista y sus pies planos, sintiendo que la arena del desierto o el pavimento de la carretera atravesaban sus zapatos. Rió nervioso como hacía siempre que discrepaba de alguna propuesta y sus ojitos brillaron mientras esbozaba unas cuantas frases con voz atiplada.

—No, Bernardo. La lucha será todavía muy larga. Siempre nos necesitaremos unos a los otros. Tiempo al tiempo.

Seguía manteniendo la esperanza en que algo nuevo y bueno podía surgir desde esos territorios marginales que ahora Bernardo iba a dejar. No estaba dispuesto a cambiarlo por el aire abierto de las montañas.

Y ahora te quedabas, Chino.

Conversaron de diversos temas para ahuyentar ese sabor a despedida, sabían que a partir de la conversación en aquella sala en penumbra, nada sería igual, no más ser víctimas, no más el Chino tropezando con sus propios anteojos destrozados sobre el pavimento, correr perseguidos por la caballería del gobierno en las calles del centro, asfixiarse con los gases lacrimógenos, no más Bernardo, esperar la invasión de los soplo-nes a tu casa después de cada manifestación callejera. No más víctimas, ahora poner las reglas a los amigos y enemigos.

Ciudad de México, navidad de 1961.

El grupo hacía cola frente al mostrador de Cubana de Aviación. La mayor parte mexicanos y seis peruanos. Más allá, en la ventanilla de Migración, unos policías vestidos de civil examinaban cada pasaporte y miraban a cada viajero. Ternos grises a rayitas, corbatas, pañuelos en el bolsillo izquierdo del saco, ojos achinados, bigotitos, como en las películas policiales, Humphrey Bogart latinos, machazos, con sus cigarrillos humeándoles los ojos entrecerrados y las narices amarillentas. Se daban su tiempo los cabrones. Y finalmente el golpe de gracia: un gran sello rojo rectangular VA PARA CUBA que cubría la página íntegra, era colocado con solemnidad en cada pasaporte. Era una forma de amedrentar a los viajeros, puesto que en algunos países como el Perú estaba prohibido viajar a la isla, y aquel sello rojo era un boleto para la cárcel. Todos los pasajeros de la Cubana iban pasando de uno en uno a una sala especial bajo la mirada de otros policías. Hombrecitos de anteojos, vestimentas modestas, nada de lujo, pobres intelectuales, artistas, políticos, estudiantes, toda esa gente sospechosa. Ya no viajaban los turistas millonarios de otros tiempos. Larga y tediosa espera bajo la mirada policial. Y cuando se oyó el «Cubana de Aviación anuncia la salida de...» empezaron las fotografías. Fotografiados uno por uno al salir hacia el avión. Los mexicanos hacían muecas, le sacaban la lengua al fotógrafo o cubrían su rostro con sus maletines de viaje.

Los peruanos no hacían ningún gesto. Como anunció Violeta, Lobatón, Aláin, Bernardo, Gallegos, Rodríguez, Dagnino y Tello, el grupo de peruanos reclutados por ella y su hermano Guillermo Carnero Hoke, pasaron algunos días en la ciudad de México, hospedados en el hotel de Nacho Magaloni, un amigo millonario que colaboraba así con la operación. Años antes, Willy Carnero y Luis de la Puente intentaron entrar clandestinamente por la frontera con el Ecuador, para iniciar una revolución armada en el Perú y ahora algunos amigos de Willy iban en el grupo.

El Britannia a turbohélice carreteó en la pista y levantó vuelo. Dejaba suelo mexicano y enfilaba hacia el Atlántico, hacia la isla prometida.

Sierra Maestra, Cuba, marzo de 1962.

—Sí pues, recién había llegado a Lima desde mi tierra, apenas salidito del colegio, dijo Toque, acariciando con un trapo verde el cañón de su M1. Pero no me achicaba porque entre esos cuando te ven serrano te pisan.

Toque amaba los uniformes, las armas. Su carabina brillaba de limpia.

La selva del Pico Turquino se poblaba de sonidos de pájaros cada vez que dejaba de contar su historia haciendo pausas para dar tiempo a que ingrese el tropel de recuerdos. Qué diferencia con las desoladas punas de Moho, su tierra, donde ni un solo árbol cubre el horizonte azul y plata encima de la gran bandeja del lago. Inmensidad azul, un solo azul con el cielo, lago y cielo, cielo y lago.

Le sacaba lustre a su M1, la cuidaba como a su hermana, su querida, su hija. El cañón impecable, azulado, ni una pizca de barro o lodo a pesar de la lluvia. Intacto el barniz de la culata. Quería ser soldado. Encontró que se realizaba en el uniforme de entrenamiento, empezaba a ser alguien, al fin era alguien.

—Pero me iba amargando con el tiempo. Más días, más bronca recorriéndole las entrañas. Los de San Marcos decían que había becas para ir a la Universidad en Cuba. Un sueño mi hermano, un sueño: todos los gastos pagados, estudios gratuitos, libros, incluso propinas para los gastos de uno. Y encima, la vida en un país socialista. ¿Qué más se podía pedir? Había que hacer los trámites en la Federación de Estudiantes. Pero yo era serrano, no conocía bien Lima. Esos blanquitos no me daban bola.

—Tu nombre, me pidieron.

—Jorge Toque, respondí.

—¿Toque? se sonrió el huevón. ¿Al toque nomás compañero?

—Sí, Toque, ¿nunca escuchaste ese nombre? Es el nombre de los valientes, le dije porque al toque te puedo sacar la mierda.

Había muchas solicitudes. Tuve que escribir mi autobiografía. Las veían los camaradas, y todos los papeles los reunió la Federación.

De vez en cuando, Toque espantaba los mosquitos que eran atraídos por el sudor de sus espaldas y axilas, ese sudor que empezaba a pesar como hielo y a traspasarlo, porque el descanso en esa marcha al Turquino se iba haciendo molesto, pesado. No descanses, te vas a enfriar. Camina siempre, te vas a acalambrear, decía Manolito, el guajiro guía.

—Y qué te parece compadre, tuvimos que aguantarnos casi un año. La hacían muy larga y los provincianos regresamos amargos a nuestros pueblos creyendo que la FEP nos avisaría la llegada de los pasajes. Yo dije ya no viajo; no sabía que los pendejos habían formado grupos de postulantes en Lima como si fueran células y les avisaban todo. Como soy serrano, no

me hacían caso. Sólo el 31 de marzo, cuando me encontraba pagando los derechos de matrícula en mi universidad, me prestaron el Expreso. Lee, ya se fueron, me dijo un pata; un grupo de peruanos estaban viajando a Arica para tomar el avión a Cuba. Pedí un poco de plata a mi familia para viajar de nuevo a Lima y apenas me acerqué a la Federación me dijeron que habían salido hacía tres días, justo por cuenta de la Federación, qué te parece. Piteé como tren. ¿Por qué no nos habían avisado carajo, por qué? Compadre Toque no te amargues, no seas sonso, todavía puedes alcanzarlos si tienes plata suficiente, me dijo el responsable. Salí zumbando hacia la empresa que viajaba a Tacna. Qué tal concha, me dejaron botado. Allí respiré tranquilo: otros dos provincianos a quienes había visto en la cola de las solicitudes, también estaban comprando pasajes. En el ómnibus mirábamos con desesperación por la ventana, arena y arena, desierto y desierto, pensando en los que ya estarían llegando a Arica, mientras nosotros íbamos como la tortuga, hora tras hora, un día y una noche, sin comer. En Tacna encontramos a tres provincianos más ¿no te dije? Los desgraciados nos habían dejado botados a todos los provincianos, sólo quienes se quedaron en Lima habían agarrado viaje.

Al fin llegamos a Arica, sin plata y hambrientos porque no habíamos tenido ni para comer en el camino. Fuimos al local del Partido.

—Lo siento, camarada ¿qué les pasó? Ustedes llegaron tarde. Los peruanos viajaron ayer.

Era Bazán, delegado de la Federación y miembro del partido comunista. Casi lo ahorcamos. Maldita sea, se habían largado el día anterior. Si nos apurábamos un poquito, los hubiéramos alcanzado. ¿Y ahora? Estábamos hechos, habíamos perdido nuestra oportunidad.

—Mira viejo, el Partido me ha encargado la misión de enviar sólo un grupo, dijo Bazán, todo ceremonioso. El grupo ya viajó y la misión ha terminado para mí. Yo estoy regresando a Lima, nada más tengo que hacer aquí. Ahora, si ustedes quieren, hablen con los camaradas chilenos, quizá quieran ayudarlos, ya es cuestión de ellos, dijo como si los estuviera autorizando.

—Y nos aguantamos quince días más. Buena gente los chilenos, nos trataron como a hijos, nos dieron alojamiento y comida en sus casas y consiguieron sitio para nosotros en el siguiente vuelo. Seguro que no les costó mucho trabajo, porque viajamos en un avión casi vacío, con dos chilenos y tres o cuatro bolivianos. Y al fin llegamos aquí a Manila el veintiuno de abril. Nos llevaron a la calle treinta del Nuevo Vedado en donde se alojaban los sesentaidós becados peruanos, los zambitos regresaban felices luego de una buena gira alrededor de la isla. Me perdí la gira, sólo me tocó el monte.

Nubes de vapor abandonaban el radiador del viejo Ford y se unían a la neblina negruzca que agrisaba las casas y desvanecía en pálidos

colores plomo las puertas marrones, las paredes donde carteles descoloridos se desprendían, arrugados y amarillentos. Por la ancha pista de un cemento también plomizo, unos pocos carros iban y venían en una procesión indiferente. Humedecidas por la llovizna, las aceras brillaban por partes. Los transeúntes se encogían y apresuraban el paso, traspasados por la humedad. El viejo Ford negro, maldita sea, se negaba a marchar una vez más. Era la viva imagen de una ancianidad a la que se le hacían demasiadas exigencias. Llantas desgastadas, en donde ni siquiera se adivinaba las huellas de unas cocadas que alguna vez deberían haber existido. Vidrios rajados, un parabrisas rasgado por una gran línea diagonal, guardafangos abollados por algún antiguo choque y deshilachados tapices interiores de color indefinible, debajo de los cuales se adivinaban ya los resortes que pugnaban por liberarse en una lucha contra la resistencia de la tela a cuadritos que iba cediendo poco a poco atacada por la humedad y la podredumbre.

Abrió el capó, sintió el vapor caliente golpeándole el rostro hasta quemarlo y lanzó al suelo la tapa de latón que rodó hasta la mitad de la vereda. Miró desorientado aquel enredo de cables viejos, de mangueras remendadas por acoplamientos que se vencían, de resortes y pitas. ¿Sería el carburador sucio, los carbones desgastados, las bujías vencidas, el condensador que hacía tiempo no renovaba por falta de dinero o alguna falla más seria dentro de aquél motor quejumbroso que le había sido fiel a través de tantos meses? Muchas veces su ingenio había logrado hacer marchar ese conjunto de fierros semi oxidados para enrumbar por la avenida 28 de Julio, sobrepasar El Porvenir y llegar a La Parada donde lo esperaban sus clientes de taxista. Luego, cubierto de canastas, de costales de yute remendado, poblado de grandes trozos de carne, de atados de verduras, cargado en el techo, en los parachoques traseros, e inclinado hacia la izquierda o hacia la derecha hasta que los estribos casi raspaban el suelo, el vehículo se desplazaba bajando por la Avenida Bolívar hasta la Plaza Manco Cápac, el mercado Modelo, o todavía más allá, pasando la ancha Avenida Brasil de varias pistas, para terminar en Breña o Chacra Colorada. Es negocio, mamá, es negocio. El carro es viejito pero con él podemos parar la olla todos los días. Ya saldrían adelante. Esperó a que el agua saliera turbulenta del radiador mientras se rascaba la cabeza y se limpiaba las manos con un trapo grasoso. Tocó alambres, pulsó cables y miró por todos lados. Aún tenía que ir a la reunión de la célula y volver a cargar el Ford con los volantes y el periódico mimeografiado que los camaradas habían impreso y compaginado durante la noche anterior; y volver a salir para distribuirlo en la avenida Argentina, en el Rímac, en La Victoria y la Universidad. Luis Zapata Bodero, Lucho Zapata, pobre obrero, se dijo a sí mismo, cómo te sacrificas por el Partido, pero no importa, estás fogueado en mil combates contra la miseria. Sonrió. Volvió a ajustar y probar. Caminó unos pasos, abrió la puerta delantera, se ubicó frente al volante y puso el contacto encomendándose,

por si acaso exista, a Dios. Presionó con fuerza el acelerador. Esta vez el carro dio un quejido profundo y arrancó.

Una vez más, la suerte había estado con él. Se puso a tararear la Internacional mientras con una mano guiaba el volante y con la otra, de cuando en cuando, limpiaba el parabrisas empañado por la llovizna persistente, e impulsaba dos veces el freno cada vez que había que disminuir la marcha o sobreparar. ¿Cuándo podría juntar unos soles para arreglar estos malditos frenos que hacían que el carro patine en la pista mojada? ¿Cuándo podría comprar un limpiaparabrisas? Enfiló de bajada hacia la Avenida Bolívar, cruzó Manco Cápac, y luego se dirigió hacia Jesús María, al departamento en que vivía con Delia, su hermano, la mujer de su hermano, su madre y todos los chicos. Pensó en Delia, en esa hermosa mujer que la vida le había dado, esa joya rubia selvática que había conocido en Oxapampa, pueblo maderero de colonos alemanes, donde los muy valientes llegaban en busca de tierra y riqueza. Siempre había tenido que buscarse la vida desde chico para comer cada día sin saber si también lo haría el día siguiente. Se había habituado a ese comienzo y fin cada veinticuatro horas. Así había recorrido el país ejerciendo todos los oficios imaginables hasta que, al fin, en Pucallpa, encontró a Delia. Su belleza rubia lo cautivó. Lo habían enloquecido su cuerpo duro, formado por el trabajo, armonioso, y su dulzura de mujer medio campesina. Ella lo siguió desde entonces a todas partes, contigo pan y cebolla pobre obrero, y a veces sin cebolla ni pan.

Volvió a bombear doblemente el freno y el Ford se detuvo dando un respingo final que parecía ser el fin de sus días. Así es siempre, pensó y se dijo que ya vería después cómo hacer para arrancarlo de nuevo. Subió de unos cuantos trancos las gastadas escaleras de cemento y, en el rellano del tercer piso, dio unos golpes a la puerta. Desde adentro, de la salita que daba a la calle y de los dormitorios, los chicos acudieron en tropel. Repartió abrazos y caricias y contempló una vez más, como todos los días, ese paisaje de paredes mugrientas, cortinas raídas y muebles desvencijados. Penetró en la cocina, miró a la anciana que fregaba unas ollas negras de kerosene en el lavabo y dijo triunfalmente poniendo unas monedas amarillentas sobre el tapete de hule:

—Vieja, hoy día comeremos.

IV

—Antes navegaron los mares buscando climas cálidos y nuevos lugares para su población creciente. Luego traficaron con marfil, con oro, con esclavos, exploraron, hicieron mapas tras mapas. Poco a poco, la riqueza fluyó y se concentró en clanes y familias. Ahora se reparten todo. Dijo Bernardo.

—¿Y qué tenían que ver ustedes con eso? Es la historia de la raza humana, dijo Li Chong. No son individuos, son corrientes. Ustedes estaban aquí en el Perú de los años sesenta. ¿Qué relación podían tener con los errantes del lejano pasado?

—Ellos salieron de África buscando tierras templadas. Se encontraron con los que venían del norte helado buscando alimentos y calor. Dominaron los más fuertes, los más hábiles, los inventores y los asesinos. Aparecieron la injusticia y el crimen. Nosotros estábamos contra la injusticia y el crimen.

—¿Y qué quieres mi estimado ingenuo utópico? Le pedías al mundo que no sea mundo. Los humanos son criminales, héroes y seres sublimes al mismo tiempo. La humanidad ha producido a Jesús y a Hitler, a Gandhi y Nerón.

—Sí pero los hombres de Occidente son capítulo aparte. Ellos inventaron e inventan máquinas de muerte. Su ciencia es la de matar. Irían desde los mosquetes, el fusil Springfield y el Máuser hasta la bomba atómica. No es que ellos sean los únicos. La especie humana es una de las pocas que ocupa su cerebro en inventar cómo matar a sus semejantes. Pero Occidente supera todo lo antes visto con su ciencia de la muerte, con la fría capacidad de aniquilación de millones de semejantes. ¿Qué puede haber en la cabeza de un científico que crea un ingenio mortal para incendiar, aniquilar, volar edificios, dejar carnes sanguinolentas, quebrar huesos? ¿Cómo se puede calificar a quienes decidieron enviar a los niños a las trincheras en 1914? ¿Por qué no fueron ellos a pelear? ¿Cuándo se ha visto a un político, un fabricante de armas o un general en la trinchera? ¿Qué mecanismo diabólico hace que millones marchen, formen, canten himnos al unísono, mueran y obedezcan a unos cuantos sin protestar?

—No todos los humanos son criminales, dijo Samuel. Hubo y hay comunidades pacíficas, ingenuas, infantiles.

—*¿Y de qué sirve? Repuso Bernardo. Están condenados a servir, a ser exterminados o esclavizados.*

—*Pero son los que triunfan al final de cada capítulo. Y después empieza otro. Es la historia del mundo.*

1822. El general San Martín se retira del Perú. Dos años más tarde, la batalla de Ayacucho señalaría la independencia de América del Sur. En el norte, los colonialistas norteamericanos inventan a Liberia para mandar allí a los esclavos libertos a quienes no querían tener en casa, después de la revolución de Toussaint de L'Ouverture en Haití.

Mediados del siglo XIX. La abolición de la esclavitud se ha efectuado formalmente. El tráfico de esclavos ha sido abolido, pero la esclavitud sigue.

Noviembre 1884, febrero 1885. Sudamérica ya no les sirve, se agotó el oro, se agotó la plata. Ahora África es el objetivo. Otto Von Bismarck conduce una Prusia de hierro que ha humillado a Francia. Francia pide arreglo en el reparto del mundo luego de instalarse abusivamente en Túnez. Inglaterra vive la era victoriana. Victoria celebra su proclamación como Emperatriz de la India. Conferencia de Berlín. Victoria se apodera del gobierno de Egipto, el Sudán y el norte de Somalia. Desde Egipto y con los egipcios, los ingleses masacran a los sudaneses. Arrojada de Haití por sus esclavos, Francia se hizo de la costa de Guinea. Leopoldo II de Bélgica, él personalmente, se quedó con el Congo que fue denominado, irónicamente, «Estado Libre». Leopoldo dice que su enviado Henry Morton Stanley ha «descubierto» el río Congo en 1874. Marruecos es «protegido» por Francia y España. Se deja tranquila a Liberia, el invento de los norteamericanos que no querían negros en su país. Lo mismo hace Inglaterra con Sierra Leona. Liberia y Sierra Leona son depósitos de los negros que los blancos ya no quieren. Queda libre Etiopía, la milenaria Abisinia.

Catorce clanes codiciosos llamados casas reales divididas en dos grupos amenazan al mundo desde la pequeña Europa. Por un lado las familias monárquicas de Inglaterra, Alemania, Francia, Portugal, Países Bajos. Por otro lado el resto: los clanes de Austria Hungría, Bélgica, Dinamarca, Italia, España, Rusia, Suecia, Imperio Turco Otomano y los banqueros de Estados Unidos. Ningún pueblo africano estaba representado en los brillantes salones del centro de Europa donde se trazaban líneas rectas para dividir la torta. Mali, Ghana, Marruecos, Somalia, Etiopía, no existen para ellos, son creación de los comerciantes y los reyes. Hacía tiempo que la historia de los pueblos africanos, sus estados, culturas, civilización e imperios, había sido borrada para las mentalidades europeas. Era necesaria una falsa visión de salvajismo que justifique el saqueo ante el mundo. Los territorios de suajilis, tuaregs, etíopes, bantúes, khoisan, bereberes, zulúes, nubios, son divididos para crear los estados artificiales que convienen a los depredadores. Son creados estados subordinados, coloniales. Serían las bases falsas para la independencia que vino en los cincuenta y sesenta.

El pueblo Herero fue exterminado por los alemanes en el África occidental.

Cuando empezó la era del caucho, los africanos fueron obligados a entregar goma so pena de morir. Goma o muerte. Los árboles derramaban su oro líquido, los cuerpos derramaban sangre. Los changadores africanos eran azotados con látigos de piel de hipopótamo que dejaban huellas sanguinolentas en cada azote. Látigos de cuero fresco, retorcidos como sacacorchos y con cantos como el filo de cuchillos. La sangre enrojece la piel, fluye al primer latigazo. A los primeros azotes la víctima ha perdido el conocimiento. No hay que brindarles a los salvajes ningún gesto amistoso. Únicamente el látigo puede civilizar a los negros. No es ningún crimen. Por el contrario, obligarlos a trabajar a ellos que ignoran el trabajo capitalista, es una acción de bien. Los dioses cristianos han cambiado de humor. Antes toleraban la pobreza, ahora, con la reforma protestante, proclaman el trabajo como una virtud. El que no trabaja es un pobre sospechoso, despreciable, indigno. Los métodos a los que se recurre son severos, pero la persuasión no sirve para tratar con los nativos. Los castigos se ejercen también sobre mujeres y niños. Tienen que ser regidos con violencia.

La demanda de goma y marfil enriqueció al rey Leopoldo de Bélgica. Se impuso a los nativos la obligación de entregar cantidades crecientes de goma y marfil. Los que se negaban sufrían el incendio de sus aldeas y sus manos eran cortadas.

Es la nueva conquista del siglo XIX. Peor, más cruel que la del XVI. El exterminio de los indios en los Estados Unidos, de los hotentotes en el África del Sur, de los habitantes de las islas de los mares del sur y de los aborígenes australianos. Exterminad a los salvajes para hacer habitables los países. Las cabezas de los nativos son utilizadas como decoraciones de las casas de los europeos en África. Para conseguir alimentos asesinan a seres humanos desarmados. Matan niños a tiros para quedarse con sus canoas.

En los banquetes brindados por el rey Leopoldo a sus invitados, cada uno de los cuatro rincones de la sala estaba adornado con pirámides de flores desde las cuales salían cuatrocientos colmillos de elefantes.

El arte de matar a distancia se convirtió en una especialidad europea cuando los fusiles fueron inventados. Ya no había necesidad de arriesgar la vida en una lucha cuerpo a cuerpo, como en la edad media y la edad moderna. Bastaba con apuntar a distancia. Con los fusiles fueron exterminados los sudaneses en Omdurman, la batalla decisiva que marcó el dominio de Europa sobre África árabe y negra. Fusiles y artillería, ametralladoras y fusilería, contra las lanzas y viejas armas de fuego de los derviches.

«Nunca más ha de ver el mundo un espectáculo semejante a la batalla de Omdurman», escribió el joven combatiente colonialista Wins-

ton Churchill en su libro *La guerra del Nilo*. «Era el último eslabón en la larga cadena de batallas efectivas, cuya vitalidad y majestuoso esplendor tanto ha hecho para darle brillo a la guerra». «Qué intenso y encantador sentimiento de placer puede inspirar de antemano el ataque a un enemigo» dice Lord Garnet Wolsley⁶ en la guerra contra los ashantis. Le siguió el saqueo de Benin. El hedor de la sangre, las fosas comunes de sepultura, vivos, muertos y moribundos acumulados en montones junto con los ídolos africanos, se convierte en un paisaje frecuente. El rey de Benin es perseguido como un animal salvaje en las selvas mientras sus aldeas eran presa de las llamas encendidas por los ingleses. El rey de Ashante besa las botas de los nuevos señores. La British South Africa Company obligó a los nativos de Zimbabue a reducir sus rebaños de 200,000 a 14,000 animales. Impuso el hambre. Un negro podía ser matado como un perro. Los negros eran perros.

La exportación europea más importante fue la violencia contra los mogules de la India, contra los chinos para imponerles el opio. Los fusiles prusianos fueron experimentados por los alemanes contra los vagogos en el África oriental. Las casas eran incendiadas y los restos destruidos a hachazos. Permanecerían allí mientras quede un solo salvaje vivo.

—*Lo mismo que hicieron los Austrias Habsburgo en América al borrar las identidades de los pueblos nativos para crear virreinos y intendencias. Lo mismo que hicieron los ingleses para crear colonias y estados, dijo Li Chong. No nos estás diciendo nada nuevo. Solo hablas de la crueldad cuantitativa. En los tiempos de la caballería, la crueldad era artesanal. Con la modernidad fue ejecutada en serie. Los humanos produjeron crímenes, sangre y abusos así como producían máquinas y manufacturas.*

La Conferencia de Berlín estableció, no el respeto a la milenaria posesión de los africanos, sino el derecho de los europeos a la explotación económica permanente de territorios que no eran suyos. Los europeos llegaron, «descubrieron», se quedaron con las tierras, depredaron, esclavizaron.

—*No eran los europeos, dijo Li Chong. Eran las élites de los europeos, las familias reales, las burguesías militaristas. Los pueblos de Europa fueron los primeros colonizados por sus reyes, sus nobles, sus burgueses. El pueblo completo creyó, cree, en esa superioridad. Es el viejo tema de la responsabilidad por omisión. No ordenaban pero actuaban, o ignoraban, o se solidarizaban, o aprovechaban las tropelías del imperio. Los hornos crematorios de Buchenwald estaban a la vista de los habitantes de Weimar. Los humos, los olores salían y se expandían. ¿Ignoraban esos rutinarios ciudadanos lo que acontecía al*

6 LINDQVIST Sven. *Exterminad a los salvajes*. Madrid: Turner publicaciones, 2004. Pág.82.

frente de su ciudad? ¿Ignoran los norteamericanos lo que pasó en Hiroshima y Nagasaki? ¿Cuál es el crimen mayor, un horno crematorio o una bomba atómica, una ejecución masiva o la indiferencia, la cobardía ante el dolor de los otros?

El fantasma de Li Chong argumentó. No era cuestión de unos cuantos ricos malos solamente.

Y dijo Samuel, el de la armónica.

—Los pueblos en los que ustedes creían, la gente sencilla a la que ustedes alababan, los proletarios que iban a cambiar el mundo, también siguieron a sus guerreros, comerciantes y misioneros. También creyeron en la superioridad blanca. El marxismo ortodoxo fue parte de ese fenómeno, culminación del positivismo occidental. El marxismo ortodoxo ignoró u ocultó el problema original del que el joven Marx partió: el de la alienación, un problema humano que no tenía nada que ver con el positivismo que los marxistas añadieron después. Los marxistas mutilaron, ignoraron a Marx.

El reparto de Berlín no tomó en cuenta a los pueblos sino se guió por las grandes vías fluviales que usaban los traficantes desde el siglo XVI. La costa mediterránea africana quedó en manos de Francia y el Reino Unido; la costa oriental se dividió entre los alemanes al sur y los británicos al norte. La costa occidental quedó en poder de los belgas, franceses y británicos. Los españoles se hicieron con el Sahara Occidental, los italianos consiguieron Somalia y los portugueses extendieron o afianzaron su control sobre Angola, Cabo Verde, Guinea Bissau, Santo Tomé, Príncipe y Mozambique, mientras los alemanes obtuvieron Namibia. Los buitres pelearon por la presa y hubo frecuentes guerras entre ellos. Los conflictos se agravaron en vez de atenuarse.

—En esos años del siglo XIX, las familias de los criollos latinoamericanos se adueñaron de las tierras de patagones, pehuelches, mapuches, quechuas, charrúas. Ellos fueron peores que Carlos V y Felipe II porque no reconocieron a los reyes indígenas y desconocieron sus comunidades. La guerra del desierto fue declarada por Juan Manuel de Rosas y después por el congreso argentino de Domingo Faustino Sarmiento bajo el lema de «civilización o barbarie». La guerra contra los araucanos o «pacificación de la Araucanía» fue declarada por el gobierno chileno de José Joaquín Pérez Mascayano. Al final del siglo XIX fue realizado el gran despojo contra pueblos anteriormente libres. Desde sus comienzos, el estado fue blanco y enemigo. El Estado nació contra la gente. Dijo Bernardo. Nuestra lucha repararía esa vieja cuenta que estaba sin pagar.

—¿Libres? Dijo Li Chong. También ellos tenían sus caudillos, sus jefes de tribus, sus cipayos, sus dominadores, como los reyes africanos que vendían sus hermanos de sangre a los árabes y portugueses,

como los cipayos de la India, como los nativos que ayudaron a los castellanos en la conquista de América. Como el pueblo que acompaña y aplaude a los dictadores. Era y es la alianza de la plebe con el tirano. Nadie es inocente. El error de ustedes fue dividir el mundo entre justos e injustos, buenos y malos, explotados y explotadores. Hay una complicidad entre el explotado y el explotador. Es un matrimonio, una complementariedad. Ustedes querían romper esa relación y salieron expelidos como un alien, como un cuerpo extraño.

—La historia de los seres humanos es la historia de la dominación de unos por otros, de los más fuertes sobre los más débiles bajo cualquier pretexto y con cualquier doctrina o religión. Es también la historia de la obediencia, de los millones de corderos que aceptan, que trabajan o van a la guerra a morir sin protestar, defendiendo a sus dueños. En la multitud de hormigas ciegas, ustedes eran una minoría, continuó diciendo, tenían que serlo, eran ovejas fuera del rebaño, ni siquiera llegaron a ser lobos salvajes y libres.

Bernardo calló porque su memoria recorrió el cuadro de aquellos tiempos.

África. Selvas vírgenes, extraña fauna, diamantes, oro, marfil, uranio, cobre, petróleo. Tierra de imperios y culturas antiguas. Desde el siglo V, los árabes la penetran desde el norte. Desde el siglo XVI, ingleses y portugueses merodean por sus costas. Reyes africanos traidores venden millones de esclavos para las plantaciones americanas. Fabulosa víctima de sí misma y de los otros, tierra de dolor, muerte y sangre.

Mientras los europeos penetran el África, América Latina compone su mosaico de jóvenes repúblicas donde gobiernan los herederos de los colonialistas castellanos. Pequeñas guerras estallan en la disputa por fronteras. Cada caudillo quiere quedarse con una intendencia, una audiencia, ni siquiera mantienen los virreinos íntegros. Los libertadores han muerto en el abandono, la amargura o el exilio.

Al promediar el siglo XX, sobreponiéndose a la carga de centenarias humillaciones, la milenaria China resurgió en 1949 con sus 450 millones de campesinos convertida en República de la Nueva Democracia. Mao Tse Tung y su Partido Comunista llevaron a cabo una larga marcha histórica hacia el poder socialista desde los días de Sun Yat Sen. La guerra debilitó el control de las potencias coloniales sobre el mundo y eso permitió avanzar a los comunistas con sus ejércitos de pobres. Pero las águilas estaban alertas. En 1946, después de ser ocupada por los militaristas japoneses, Filipinas obtuvo una limitada independencia. Los norteamericanos se apresuraron a reemplazar a los japoneses implantando sus bases militares y siguieron combatiendo a las guerrillas comunistas en la selva. En el Reino Unido, los laboristas de Clement Attlee lograron la mayoría parlamentaria, nacionalizaron las industrias y servicios básicos e instalaron la seguridad social universal. El Congreso Nacional In-

dio (CNI), luchaba por la independencia desde antes de 1934. El Mahatma Gandhi se convirtió en una de las figuras paradigmáticas del mundo hasta que en 1947 India alcanzó la independencia de Inglaterra. Pero Gandhi fue asesinado y con él murió el sueño de una India autónoma y libre. Nehru accedió al poder y asumió la política de no alineamiento con las potencias imperiales. La dinastía Gandhi se apoderó de la India partida en dos por Inglaterra, Divide y reinarás. Los ingleses apoyaron las conspiraciones islámicas y Pakistán se apartó de la India. Años después, en 1971, Bangladesh se apartó del Pakistán.

La mayoría Tai se levantó contra la monarquía en Siam y surgió Tailandia. Conquistaron su independencia Birmania y Ceilán (1948), que adoptó el nombre de Sri Lanka. Liderada por Sukarno, Indonesia se independizó de Holanda en 1949. También se adhirió al no alineamiento. La idea de que surgía un Tercer Mundo, un Tercer Estado global, empezó a extenderse por el planeta.

Era la descolonización.

En muchos países las funciones del Estado colonial pasaron a manos de élites nacionales o partidos populares al terminar la guerra, pero las antiguas metrópolis mantuvieron renovadas formas de subordinación colonial. En Filipinas y Vietnam, una lucha despiadada continuó entre los pueblos liberados, las metrópolis y sus grupos dependientes. En casi toda el Asia, la resistencia antijaponesa fue liderada por las guerrillas comunistas mientras las castas monárquicas simpatizantes de Hitler y Mussolini colaboraban con los militaristas japoneses. Ahora los comunistas empezaron a ser perseguidos por Francia, Inglaterra y los Estados Unidos que subordinaron a las castas colaboracionistas de los militaristas alemanes y japoneses. Solo algunos criminales de guerra fueron ejecutados o condenados. A partir de Núremberg, donde solo se condenó a 25 jefes nazis, el resto de jefes militares y funcionarios del nazismo y de la república de Vichy, pasaron a formar parte de estados reestructurados. Konrad Adenauer lideró una Alemania Federal reconstruida al lado de la derecha global. Gobernados por sus familias dominantes, Japón y Corea del Sur fueron organizados como avanzadas industriales contra la Unión Soviética. El Kuo Min Tang de Chiang Kai Shek invadió la isla de Taiwan, dominó a los taiwaneses nativos e instaló una dictadura militar de partido único con apoyo de Estados Unidos. Otra dictadura familiar de partido único fue sembrada en Corea del Sur.

Obligaron a pelear a los africanos bajo las banderas occidentales imperiales en la segunda guerra de 1939 – 1945. En aquella segunda gran matanza, vistiendo el uniforme que les pusieron sus dominadores, algunos africanos descubrieron que las elites europeas metropolitanas dependían de ellos para su defensa.

1945. Los hombres kenianos del Kikuyu que combatieron en el ejército inglés retornan a Kenia y reclaman las tierras ocupadas por los colo-

nos ingleses. Éstos se aprovecharon de la guerra para quedarse con las tierras de los combatientes.

1948. Jorge Eliécer Gaitán es asesinado en Bogotá. El pueblo incendia el centro de la ciudad. Los liberales son perseguidos por los conservadores. Empieza la matanza de liberales y la primera guerrilla latinoamericana en el Tolima.

Semanas después de un intento revolucionario en la flota del Callao, el Presidente José Luis Bustamante y Rivero es derrocado por un golpe de estado militar en el Perú. También es derrocado Rómulo Gallegos en Venezuela. Rafael González Videla crea campos de concentración para encerrar a sus ex aliados comunistas. Uno de ellos en Pisagua, cerca de Iquique, en medio del desierto, es dirigido por un militar llamado Augusto Pinochet. Empiezan las dictaduras de Pérez Jiménez y Odría. Trujillo, Somoza, son apoyados por Washington. La derecha del Comité Nacional Demócrata impide que Henry Wallace suceda a Roosevelt al desplazarlo de la candidatura del Partido a la Vicepresidencia. Aconsejado y financiado por el banquero William Kemper, Harry Truman se hace cargo de la herencia. Su primer acto fue avalar el Proyecto Manhattan para el bombardeo atómico de Hiroshima y autorizar el lanzamiento de la primera bomba el 6 de agosto de 1945 sobre Hiroshima y una segunda el 9 de agosto sobre Nagasaki. Se crea la CIA y el anticomunismo se convierte en una fiebre que ataca al estado norteamericano.

1951. Mohammed Mossadegh nacionaliza el petróleo iraní. A los dos años, en 1953, es derrocado por un golpe financiado y organizado por la CIA. El Sha Mohammed Reza Pahlevi ocupa el trono con el apoyo de los Estados Unidos.

1952. Revolución boliviana. Los mineros toman La Paz. El ejército es disuelto. Se organizan milicias mineras. El gobierno de Paz Estenssoro y Lechín nacionaliza las minas de estaño de los Aramayo, Patiño y Hoshchild. Se inicia la reforma agraria.

1956. Gamal Abdel Nasser nacionaliza el Canal de Suez. Francia e Inglaterra, las potencias coloniales, tienen que retroceder en su intento de castigar a Nasser. El colonialismo es derrotado. Asoma el mundo árabe. El Medio Oriente se levanta. Se sacude del colonialismo inglés y francés. Los aliados de la guerra empiezan a declinar.

1956. XX Congreso del Partido Comunista de la URSS. En un informe secreto que es filtrado a la prensa occidental, Nikita Jruschov denuncia los crímenes de Stalin.

—Fuimos parte de una corriente histórica aunque no siempre lo sabíamos.

—No creímos el Informe, fue una sorpresa. Pero seguimos siendo leales a la Unión Soviética. Cuando se produjo la revolución húngara y los tanques rusos rodaron por las calles de Budapest, apoyamos a los rusos. Dijo Bernardo.

—*La verdad se ha abierto paso con el curso de los años, continuó. Todo lo que parecía falso era cierto. Todo lo que parecía verdadero era falso. ¿Qué es lo verdadero, qué es lo falso? Hubo autoritarismo y personalismo en el gobierno de Rakosi. Lo pusieron en el poder los tanques rusos, no el pueblo húngaro. ¿Pero a quién apoyaba el pueblo húngaro? ¿No era a los alemanes? Hubo intervención de la CIA en Hungría. Los rusos eran repudiados en Hungría, también era cierto. Nadie era inocente. Eran enredados y antiguos procesos históricos, odios y resentimientos que no conocíamos ni estábamos dispuestos a comprender. Queríamos creer en la revolución y queríamos creer en la Unión Soviética. Lo simple era la fe. La fuerza que nos impulsaba. Necesitábamos colores planos, sin matices.*

—*Pero los matices existieron. Ana Pauker, Josip Tito, Vladislav Gomulka, Palmiro Togliatti, Georgy Lukacs, fueron voces disidentes y distintas en un mundo que se quería homogéneo. Dijo Li Chong.*

—*Estábamos contra lo diverso. Queríamos un ejército político mundial. Jerarquías. Filas de combatientes uniformes. No era tiempo de discutir sino de hacer. La discusión era decadencia. El que piensa pierde. Tienes que cerrar los ojos y atacar. Tienes que ser ciego. La guerra es una máquina donde los operativos se cumplen. Si cada soldado piensa, no hay guerra. Es igual que subir o bajar los escalones. Si te pones a pensar si pisas bien en cada tramo, puedes tropezarte y caer.*

1956. En América Latina cae la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela. Manuel Odría, dictador peruano, convoca a elecciones democráticas. Son amnistiados los presos políticos apristas y comunistas.

En el norte de África, la confrontación entre los occidentales y los nativos árabes, berberiscos y beduinos venía desde la edad media.

El imperio francés se derrumbó y fragmentó. A pesar de las guillotinas portátiles que llevaban las tropas coloniales para decapitar a los rebeldes, Vietnam derrotó al ejército francés. Era el mismo ejército de Vichy, el que venía desde el militarismo que llevó a las dos guerras mundiales, el que acusó a Dreyfus en el siglo XIX y se rindió a los alemanes en el siglo XX. La guerra de independencia de Argelia se desató entre 1954-1962 y la guerra colonial portuguesa en 1961—1975. La insurrección de Camerún fue violentamente reprimida. Guinea decidió su independencia en un referéndum en 1959; dos años más tarde, todas las colonias francesas se independizaron pero el Sahara Occidental quedó bajo la dominación española. Sería invadido por orden del Rey Hassan mientras España transitaba del franquismo a la democracia al final de los setenta.

1952. Primer ataque de los Mau Mau matando a colonos ingleses y sus familias. Es una reacción ciega, implacable, sangrienta. Estado de emergencia en Kenia. Los kenianos acusados de colaborar con los

rebeldes son torturados, sometidos a electro shocks, sus testículos son aplastados y los dedos de manos y pies son arrancados. Muchos son golpeados hasta la muerte por los soldados británicos en centros de interrogación. Uno de ellos se llama Hussein Onyango Obama, acusado de ser insurgente después de haber combatido en la guerra por los ingleses. Sale de una prisión de seis meses para morir, casi castrado, sin poder caminar. Su nieto se llamaría Barack Obama.

Entre 1954 y 1955 más de un millón de kikuyu fueron concentrados en aldeas para que confiesen sus culpas. Son el antecedente de las aldeas estratégicas que el ejército norteamericano instalaría en Vietnam. Cuando el régimen húngaro presentó al Cardenal Mindszenty como un sonámbulo que aceptaba todas las culpas, pocos sabían que los británicos habían experimentado los mismos métodos de lavado de cerebro con los prisioneros alemanes. El mundo condenó los suplicios de los judíos. No sabían que el ejército norteamericano experimentaba con los negros. Los negros eran los judíos de Norteamérica.

—¿Quién es el bueno, quién es el malo? ¿Cómo y a quién aplicar la regla moral cuando la moral no existe? Movi6 la cabeza Li Chong.

1955. Emmett Till, un adolescente negro, es apaleado y asesinado por silbarle a una mujer blanca en una tienda de Chicago. Su madre deja el féretro abierto para que se vean las huellas de la paliza. Cincuenta mil personas acompañan el funeral.

1955. Rosa Parks se niega a levantarse de su asiento en un autobús. No lo cede a un pasajero blanco como era su obligación por ser negra.

El Partido Comunista de Malasia luchó contra los japoneses y luego contra los colonialistas británicos desde 1948 hasta 1960. Conseguida la independencia de Gran Bretaña en 1957, Singapur logró su autonomía en 1959. Papúa-Nueva Guinea, se independizó de Australia recién en 1975.

1954. El orgulloso ejército colonial francés fue derrotado en Dien Bien Phu y Francia debió conceder la independencia a los indochinos; pero los guerrilleros vencedores tuvieron que aceptar los acuerdos de Ginebra que dividieron el país por el paralelo 17. El acuerdo para un país unificado debía ser ratificado en un plebiscito en 1956. Ni los franceses ni los norteamericanos lo quisieron. Ante la negativa a celebrar el referéndum en Vietnam del Sur, y desatada la persecución contra budistas, comunistas y opositores, estalló la guerra civil en 1958.

Bernardo leía estas noticias en la radio y se iba interesando en los cables de la United Press. El espacio internacional del noticiario empezó a extenderse.

Estados Unidos comenzó a intervenir desde 1956 y se empantanó en una represión criminal primero y en una atroz guerra después, a partir de 1964. El napalm y el agente naranja fueron usados sin discrimina-

ción. Hasta que en 1973 sus soldados tuvieron que abandonar velozmente el país. Lo de Bahía de Cochinos había sido una derrota indirecta y pequeña. La de Vietnam fue una retirada en grandes dimensiones.

El heroísmo de los vietnamitas conducidos por Ho Chi Minh movilizó multitudes pacifistas en Europa y Estados Unidos. Su metodología serviría de marco teórico para las primeras guerrillas latinoamericanas. Las guerrillas vietnamitas fueron ejemplo para América Latina.

Laos y Camboya consiguieron su independencia de Francia por los acuerdos de Ginebra. Se estableció un régimen parlamentario en 1946. Los Estados Unidos extendieron la guerra de Vietnam a Camboya que terminaría en el terrible genocidio desarrollado por Pol Pot en 1975.

—¿Y qué? Desde la misma revolución rusa de 1917, el crimen coexistió con la ideología. ¿No fue el proyecto de Pol Pot la culminación extrema de la historia de los proyectos desde Robespierre? ¿No fueron Rakosi de Hungría o Ceaucescu de Rumania la culminación, o degeneración si así lo quieres, del leninismo? El deseo de gobernar el mundo, lograr que los demás sean la reproducción de lo que el proyectista quiere que sean, los colores planos imponiéndose a los matices. Dijo Li Chong.

Corea se independizó de Japón cuando éste perdió la guerra pero Estados Unidos promovió su división en 1950. Las guerrillas de Kim Il Sung fueron detenidas por Mac Arthur. Y Mac Arthur fue detenido por los chinos y por su falta de apoyo político en los Estados Unidos. Guerra por guerra, sangre por sangre, se fueron señalando las fronteras entre los imperios.

—Era la misma política de los poderosos del mundo: la que había dividido India, Bangladesh y Pakistán, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, Corea del Norte y Corea del Sur.

—Pero no era solo eso. También había grupos internos que respaldaban esa división, grupos subordinados a los grandes.

El clima de tensión entre norte y sur precipitó otra guerra que los Estados Unidos perdieron.

Los franceses tuvieron que rendirse en Dien Bien Phu, los norteamericanos pidieron armisticio ante la coalición de chinos y coreanos en los cincuenta. Años después, en los setenta, saldrían corriendo de Vietnam.

El poder tiene sus límites. ¿Dónde están sus límites? En la lucha del pueblo, en el agotamiento del propio poder, en los matices de la realidad. Fue la descolonización africana, el 59 cubano, el 68 parisino, el tránsito al socialismo, acontecimientos que fueron obligando a la destrucción de una parte, solo una parte, de la herencia de la Conferencia de Berlín.

—Sin embargo, después de Vietnam y del mayo francés, después de la descolonización, vino el ajuste de cuentas. Pinochet, Videla, los

coroneles griegos. Dijo Bernardo. Entramos al mundo unipolar dominado por Wall Street mientras la Unión Soviética se congelaba hasta que se desplomó en los noventa. Nadie podía imaginarse eso en los cincuenta. Todavía creíamos en la Unión Soviética, admirábamos Stalgrado, leíamos a Stalin. Dijo Bernardo.

Li Chong interrumpió.

—Pero ustedes sabían, conocían los límites, defectos y peligros del camino que proponían.

—No creíamos en eso de un socialismo sin la Unión Soviética. ¿Lo sabíamos y nos negábamos a ver una realidad compleja? ¿O preferíamos ignorarla? Queríamos tener fe, sin fe la revolución no era posible. El mundo estaba dividido entre fieles e infieles. La fe nos era indispensable, como el oxígeno. Por eso Lucho Zapata les puso a sus hijos Pavel, Ivochka, Natacha. Creía en Madre Coraje, en Cemento, detestaba a Valtin, a Koestler, escritores vendidos al imperialismo. La vida era una novela del realismo socialista.

1958. Huelgas en las minas de la Cerro de Pasco Copper Corp. La Federación Minera negocia de igual a igual con la empresa, a pesar de las amenazas. Las minas son tomadas por los trabajadores incluyendo los exclusivos barrios de los ingenieros norteamericanos. La Cerro es obligada a ceder. Los cerros y arenales de Lima se pueblan de gente del campo. Se espera que ese pueblo pobre de raíz originaria tome la orgullosa capital criolla.

1959. Los comuneros de la sierra central invaden la hacienda Paria, que les pertenecía hasta que los hacendados republicanos se la arrebataron en el siglo XIX.

1959. Violentos incidentes en Casagrande, la hacienda azucarera de los Gildemeister. La policía dispara contra los trabajadores. Cuatro muertos y veintitrés heridos.

1960. Enarbolando sus títulos coloniales, la comunidad de Rancas decide recuperar los pastizales que le pertenecieron bajo el Rey. La república los despojó para entregarlos a la Cerro, que cría miles de ovinos de raza en las frías pampas de Junín. Como en la Inglaterra de Enrique VIII, las ovejas han reemplazado a los hombres. La policía mata a tres comuneros. Las recuperaciones pacíficas se multiplican en los departamentos del centro.

1960. Motín en Chimbote. Los obreros se sublevan contra la siderúrgica SOGESA. El gobierno moviliza a la policía y la armada. Cuatro muertos y quince heridos.

1960. Huelga prolongada en Paramonga, la hacienda e ingenio de la Grace. La policía dispara contra los trabajadores. Tres muertos y dieciséis heridos.

1960. En el sur andino, millares de hambrientos campesinos del altiplano puneño, vistiendo andrajos, repletan el tren Cusco -- Huadquiña huyendo de la sequía y la inanición hacia el paradisíaco valle de La Convención y Lares, donde son contratados como arrendiris para cultivar café, el oro de los años sesenta. Allí el dinero corre como las aguas del Vilcanota y se convierte en cerveza al tiempo que los hambrientos mutan de indios a campesinos y de campesinos a proletarios. Pronto, guiados por obreros cusqueños que también se mudan a los valles tropicales y asesorados por abogados comunistas del Cusco, forman sindicatos, hacen asambleas, exigen mejores salarios. Habitados al antiguo régimen de los indios gratuitos y serviles, los patrones terratenientes no saben qué hacer. El sindicato de Chaupimayo liderado por Hugo Blanco, toma la vanguardia y postula autodefenderse de guardias y hacendados construyendo un poder campesino. La prensa de Lima estalla: ¡hay guerrillas en La Convención! Era falso. Solo eran sindicatos que trataban de repetir la experiencia de la revolución boliviana de 1952. Milicias armadas, autodefensa, poder dual, eran los paradigmas de la época para un sector de la izquierda.

1959: la revolución de los barbudos triunfa en Cuba. Había democracias parlamentarias en Chile, Argentina, Brasil, Perú, Venezuela con partidos mayoritarios amigos de los Estados Unidos. Reinaban la Liberación Nacional de Figueres en Costa Rica, los liberales y conservadores en Colombia, Acción Democrática en Venezuela, demócratas cristianos y socialistas en Chile, el Apra en el Perú. Colombia se desangraba en una guerra civil después de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán. Centroamérica era tierra de dictadores y empresas bananeras.

Desde el Partido Nueva Constitución, Habib Burguiba logró una estrategia negociada por etapas para la independencia de Túnez. Primero el autogobierno, luego una monarquía constitucional y en 1957 la independencia como república. Independencia pero no democracia. Gobernó hasta que murió. Nunca fue acusado de ser dictador porque a las potencias europeas no les convenía que algo se mueva en el mundo árabe.

El reino de Marruecos alcanzó la independencia el 2 de marzo de 1956. La independencia pero no la democracia. El régimen de Hassan mantuvo la opresión sobre las mujeres, los bereberes, saharianos y las gentes del desierto.

Medio millón de argelinos musulmanes y 25.000 soldados franceses perdieron la vida en la guerra de independencia de Argelia entre 1954 y 1962. Entre la OAS y el FLN se respondió terror con terror. Era el pueblo contra los colonialistas. El ejército francés asesorado por la CIA, aplicó el sistema de torturas de los nazis, el mismo que aplicaron los ingleses en Kenia, sería exportado después al Chile de Pinochet, la Argentina de Videla, el Brasil de los militares.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, Jomo Kenyatta en Kenia. Nkwane Nkrumah en Costa de Oro (Ghana), Sedar Senghor en Senegal,

Houphouet Boigny en Costa de Marfil, Julius Nyerere en Tanzania, aparecieron como rostros de una África que despertaba. Eran moderados, hablaban inglés y francés. Eran la elite de la colonia indígena y, como los antiguos curacas americanos, la parte terminal del pulpo colonial.

Li Chong recordó:

—¿Cómo podían hablar de descolonización? Durante la guerra, Verwoerd y Vorster de la Unión Sudafricana y los gobernadores de las colonias francesas reconocieron lealtad al gobierno de Vichy. Los franceses de Vichy y Argelia, los ingleses y holandeses de Sudáfrica, los belgas del Congo, eran tan nazis como los alemanes hitlerianos.

Samuel intervino limpiando su inseparable armónica.

—El nazismo, entendido como racismo y creencia en la superioridad de los blancos fue europeo, no solo alemán; y acompañó a la Ilustración y la Revolución Francesa cuando la ley Chapelier abolió las corporaciones medievales, persiguió a los primeros obreros organizados y cuando Napoleón quiso aplastar en sangre la revolución de los haitianos. El hitlerismo y el fascismo fueron populares y tienen raíces históricas en la modernidad y la democracia. Después la culpa se la echaron a los alemanes.

En Rodhesia del Sur, rica en minerales, los colonos blancos establecieron un régimen de apartheid como el de Sudáfrica. En 1979 fueron desalojados del poder y el territorio alcanzó la independencia con el nombre de Zimbabwe.

No solo era Alemania; el mundo de los ricos era nazi. Es nazi, en el fondo de su subconciencia. La solución final contra los judíos, homosexuales, enfermos mentales, gitanos, anarquistas, socialistas y comunistas en el paroxismo alemán, tuvo antecedentes históricos en las reducciones norteamericanas de indios, en las matanzas masivas de iroqueses, apaches, mohicanos, apalaches y cherokees, las guerras del desierto contra los patagones en Argentina, contra los charrúas en el Uruguay, el exterminio de araucanos y mapuches en Chile, la esclavización de los pueblos amazónicos en la era del caucho, la esclavitud de los trabajadores chinos y polinesios en las Américas. Los crímenes de los militaristas japoneses contra chinos y coreanos eran parte del mismo cuadro. Enardecidos por su voracidad y autoconvencidos de una supuesta superioridad racial, los saqueadores instalaron guetos en Alemania para los judíos, en Estados Unidos para los negros e indios, en Sudáfrica para los negros, indios y mulatos.

Como la historia la hacen los vencedores, se cree que solo los hitlerianos fueron los racistas. Nada más falso. El racismo en sus diversas formas, antisemitismo, creencia en la inferioridad biológica de africanos, indígenas americanos y asiáticos, fue un fenómeno generalizado durante el siglo XIX.

—En el período de la descolonización africana, los colonialistas dijeron que se iban, pero su retirada fue a medias. Y además dejaron miseria, ignorancia, enfermedad, desorden. Dejaron a sus pupilos en el sistema político, pero se quedaron en los bancos, las minas de cobre, en el petróleo, en los tráfico de diamantes, oro y marfil.

—Hubo casos excepcionales, discrepó Bernardo.

—Sí, pero los aplastaron, los eliminaron de manera brutal, dijo Li Chong. Recuerda el caso de Lumumba.

Tras la independencia de la tutela belga, Patrice Émery Lumumba fue nombrado Primer Ministro de la República Democrática del Congo entre junio y septiembre de 1960. Era un colonizado notable. En 1954 recibió su carta «de matriculado», honor concedido por los belgas apenas a doscientos de los trece millones de congolese. Era pues, miembro de una elite. La independencia concedida el 30 de junio de 1960 a los congolese por los herederos de Leopoldo, vino con un perverso regalo: sería dada solo si el Congo aceptaba pagar la deuda externa de Bélgica. La república congolese nació teniendo que devolver un préstamo que jamás aprobó ni recibió.

El Movimiento Nacional Congolés y sus aliados ganaron las elecciones y el 23 de junio de 1960, Lumumba se convirtió en Primer Ministro del Congo independiente. Decretó la africanización del ejército que estaba en manos de los belgas. Entonces Moise Kapenda Tschombe declaró la independencia de la provincia de Katanga, allí donde estaban el cobre y los minerales de las empresas belgas y transnacionales. La joven república quedó sin ingresos y con una inmensa deuda. Lumumba pidió apoyo de la URSS para sobrevivir. La decisión fue tomada como un insulto por las potencias coloniales. Presionado por los colonialistas, en septiembre de 1960, el presidente Joseph Kasa Vubu destituyó a Lumumba y sus ministros. Lumumba se mantuvo en el cargo y el parlamento trató de destituir al presidente sin lograrlo. Lumumba fue puesto bajo arresto domiciliario protegido de los asesinos belgas, mercenarios y colonialistas por tropas de la ONU. Apoyado por el presidente Kasa-Vubu, el coronel Joseph Désiré Mobutu tomó el poder. En diciembre de 1960, Lumumba se escapó de la capital para intentar tomar Stanleyville. Los esbirros de Mobutu le siguieron la pista y la ONU se negó a dar nueva protección al evadido. Dag Hammarskjöld se lavaba las manos.

Se desató la cacería. A la cabeza de un destacamento de sabuesos Frank Carlucci, agente de la CIA, lo persiguió y arrestó mientras pasaba el río Sankuru. Obligado a mantener la cabeza baja, humillado y esposado, fue enviado al campamento militar de Thysville por orden de Mobutu y mostrado a la prensa occidental como un salvaje africano capturado.

El 17 de enero de 1961, Lumumba, Mpolo y Okito fueron conducidos en avión a Elisabethville en Katanga, y ejecutados en presencia de Tshombe, Munongo, Kimba, dirigentes del Estado de Katanga y agentes

de espionaje belgas y norteamericanos. Querían asegurarse de que esté bien muerto. Al día siguiente hicieron desaparecer los restos de las víctimas. Varios seguidores de Lumumba fueron ejecutados en los días que siguieron por militares o mercenarios belgas.

—En Lima, muy lejos del Congo, dijo Bernardo, estos abusos nos hacían hervir la sangre en nuestras venas. Teníamos que hacer algo. África era nueva para nosotros. Apenas si conocíamos su geografía y sus naciones.

Abril de 1961. Playa Girón. Contrarrevolucionarios y mercenarios son derrotados por el ejército rebelde de Fidel Castro. La primera derrota que sufre el imperialismo norteamericano en América Latina.

15 de diciembre 1961. Un grupo trotsquista de combate encabezado por el argentino «Che» Pereyra y el español José Martorell e integrado por José Fonkén y estudiantes de la Universidad de Ingeniería asalta el Banco Popular.

15 de abril de 1962. El mismo grupo asalta el Banco de Crédito tratando de conseguir dinero para ayudar al movimiento de Hugo Blanco en La Convención y Lares.

29 de mayo 1962. A la cabeza de un grupo de escolares de la Gran Unidad San José, el Subteniente de la Guardia Republicana Francisco Vallejo, con el dirigente campesino Humberto Mayta y el sindicalista Jacinto Rentería, toman la ciudad de Jauja, asaltan dos comisarías y el banco Internacional, fugan hacia la selva y llaman a las comunidades indígenas a iniciar una revolución socialista. Vallejo y Mayta mueren en combate con la Guardia de Asalto. El resto son capturados y apresados.

Derrota de los revolucionarios en el Congo. Triunfo revolucionario en Playa Girón. Primer grito revolucionario en Jauja. Y despertar de los afrodescendientes en los Estados Unidos. Todo era parte de una misma onda sísmica. El temor al poder de las potencias imperialistas se resquebrajaba.

Los Estados Unidos ocultaron siempre que mantenían una política de segregación contra los afrodescendientes, aun después de la guerra civil. Los blancos del sur no aceptaron su derrota frente a Lincoln. Iniciaron la «reconstrucción» después de la guerra de secesión. Continuaron persiguiendo, explotando y separando a los negros incluso en el norte, en Nueva York, Boston, Detroit y Chicago.

Estamos en los años sesenta. En el democrático Estados Unidos, blancos y negros son «iguales» según la letra de la Constitución pero están separados y son desiguales en la vida diaria. Los blancos exterminaron a los indios en el siglo XIX. Como no pueden exterminar a los negros, quieren mantenerlos a raya en sus barrios pobres.

Desde 1876, las leyes de Jim Crow establecieron el régimen de «iguales pero separados» entre negros y blancos. Los códigos negros de 1800 y 1866 limitaban los derechos de los negros.

Los asientos de la parte delantera, hasta la mitad de los autobuses, son solo para blancos, los negros eran obligados a sentarse en la parte trasera.

Se prohíbe la entrada de gente de color a restaurantes, parques y hoteles.

El matrimonio, la convivencia o la confraternización entre parejas de distinto color son prohibidos. Los raros matrimonios de blancas con negros o blancos con negras no se atreven a mostrarse juntos. Pueden ser golpeados y hasta linchados.

Los niños negros no pueden matricularse en escuelas para blancos.

Desde el siglo XIX el Ku Klux Klan promueve la supremacía de la raza blanca. Advierte a los «afroamericanos» que deben respetar los derechos de la raza blanca «en cuyo país se les permite vivir». La Legión Negra del Klan (usa uniformes negros) asesina a socialistas y comunistas.

1954. Caso Brown y Board of Education. La Corte Suprema de los Estados Unidos declara inconstitucional la segregación racial en las escuelas.

1960. John Kennedy es elegido Presidente de los Estados Unidos.

La historia de Ruby Bridges. Irónicamente, su nombre era Ruby Bridges que significa puentes, pero se le impedía coexistir con los niños blancos por ser negra. Fue la primera niña que asistió a una escuela para blancos, la de William Frantz, en Nueva Orleans, cuando en 1960 el tribunal federal ordenó a la ciudad acabar con la segregación de sus escuelas públicas. La pequeña tuvo que ser escoltada por alguaciles federales desde su casa hasta la escuela. Una multitud indignada la insultaba a gritos a las puertas de la escuela y Ruby debió asistir a clases sola durante el primer año porque, profundamente ofendidos, los padres se llevaron a sus hijos a otros colegios en señal de protesta.

Los sindicatos más poderosos como el *Brotherhood of Locomotive Firemen and Enginemen*, prohibían expresamente la admisión de negros, mexicanos e indios.

Los sindicatos de la AFL CIO organizaron ramas auxiliares para trabajadores negros, para que no se mezclen con los blancos.

La historia de Rosa Parks. El 1 de diciembre de 1955 Rosa Parks, una mujer negra, se niega a ceder su asiento a un hombre blanco en un autobús y es arrestada porque la ley establece que los negros no pueden ocupar los asientos de los blancos. Martin Luther King y la *National Association for the Advancement of Colored People* declaran que no subirán a ningún autobús mientras se mantenga la discriminación.

Luther King es arrestado. Entonces ningún negro sube a los buses. 40,000 negros prefieren caminar kilómetros antes de aceptar la humillación. La campaña contra la segregación en los buses dura todo el año. El 30 de enero de 1956, las casas de Martin Luther King, Ralph Abernathy y cuatro iglesias son atacadas con bombas incendiarias.

13 de noviembre de 1956. La Corte Suprema de los Estados Unidos declara ilegal la segregación en los autobuses, restaurantes, escuelas y lugares públicos. Pero solo seis niños negros son admitidos en las escuelas blancas en St. Augustine, Florida. Las casas de dos familias de estos niños fueron incendiadas por los segregacionistas blancos. Otras familias son forzadas a marcharse de la región.

1957. Se funda la SCLC (Conferencia Sur de Liderazgo Cristiano), con la presidencia de Martin Luther King.

1961. John Edgar Hoover, Director del FBI durante 48 años, desde 1924 hasta 1972, feroz anticomunista y antisemita, comienza a someter a vigilancia a Martin Luther King. Hoover coexistió con ocho presidentes y fue temido por todos ellos.

En una detención masiva de manifestantes pacíficos se incluye a Luther King. Él rechaza pagar la fianza en tanto la ciudad no haga concesiones a las reclamaciones que habían provocado las manifestaciones.

En julio de 1962 es condenado a 45 días de prisión. Es liberado a los tres días.

Otra vez es arrestado y encarcelado durante dos semanas.

La primavera siguiente, la ciudad de Albany anularía todas sus leyes segregacionistas. En el papel. La realidad es otra cosa.

Agosto 1961. El Che habla en Punta del Este cubierto de lustroso verde olivo usando barbas ralas y fumando habanos en aquél escenario donde se movían incómodos en sus asientos los pulcros y perfumados diplomáticos y técnicos de terno y corbata.

Una nueva etapa comienza en las relaciones de los pueblos de América», dice, y es cierto. Sólo que esa nueva etapa comienza bajo el signo de Cuba, Territorio Libre de América, y esta Conferencia y el trato especial que han tenido las Delegaciones y los créditos que se aprueben, tienen todos el nombre de Cuba, les guste o no les guste a los beneficiarios, porque ha habido un cambio cualitativo en América, como es el que un país se pueda alzar en armas, destruir a un ejército opresor, formar un nuevo ejército popular, plantarse frente al monstruo invencible, esperar el ataque del monstruo y derrotarlo también.

No era el primero en violar las reglas del buen comportamiento. Los barbudos del 26 ya habían escandalizado a Nueva York alojándose en Harlem.

Hacer reforma agraria es hacer justicia, decía el Che.

Los expertos sugieren sustitución de ineficientes latifundios y minifundios por fincas bien equipadas. Nosotros decimos: ¿quieren hacer Reforma Agraria?, tomen la tierra al que tiene mucha y dénsela al que no la tiene. Así se hace Reforma Agraria, lo demás es canto de sirena. La forma de hacerlo: si se entrega un pedazo en parcelas de acuerdo con todas las reglas de la propiedad privada; si se hace en propiedad colectiva; si se hace una mezcla -como tenemos nosotros- eso depende de las peculiaridades de cada pueblo. Pero la Reforma Agraria se hace liquidando los latifundios, no yendo a colonizar allá lejos.

Febrero 1962. Segunda Declaración de La Habana. Se abren las escuelas militares en Cuba para la enseñanza de la técnica guerrillera de combate a los grupos latinoamericanos y africanos que lo soliciten. En realidad ya existían antes. Cientos de jóvenes latinoamericanos empiezan a pasar por esas escuelas. Los grupos de peruanos llegan a la isla.

Mayo 1962. Se sublevan los militares en Carúpano y Puerto Cabello, Venezuela. El MIR y el Partido Comunista son ilegalizados por el gobierno de Rómulo Betancourt.

Setiembre 1962. Un grupo de 40 jóvenes fundan el Ejército de Liberación Nacional en las montañas de Pinar del Río preparando la invasión guerrillera al territorio peruano.

Octubre 1962. Las flotas rusa y norteamericana se acercan. El mundo contiene la respiración esperando el comienzo de la guerra atómica entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Kennedy amenaza con la guerra atómica si la Unión Soviética no retira sus misiles de Cuba. Crisis de los cohetes. Acuerdo de los soviéticos con las Naciones Unidas. Los misiles son retirados de Cuba.

Birmingham no tenía ni policías, ni bomberos, ni tenderos, ni directores ni empleados de banca negros. Los negros solo eran aceptados en las acerías para los peores trabajos manuales que los blancos se negaban a cumplir. Una secretaria negra no podía trabajar para un patrón blanco.

Cuando el pastor Shuttlesworth intentó luchar legalmente para que se desegregasen los parques de la ciudad, la ciudad cerró los parques. Estallaron bombas en la casa de Shuttlesworth y la iglesia donde el pastor predicaba. Shuttlesworth fue detenido en 1962. El pastor pidió la ayuda de Martin Luther King y del SCLC.

2 de mayo 1963. Cientos de estudiantes de todas las edades son arrestados por la policía. Se utiliza perros y chorros de agua a alta presión que pueden romper la ropa o levantar a una niña por encima de un auto. Las cárceles se llenan. Los niños se presentaron cantando para ser arrestados.

11 de mayo de 1963. El Gaston Motel, donde se había alojado poco antes Martin Luther, es dejado en ruinas por una bomba. Otra bomba daña la casa del reverendo Alfred Daniel Williams King, hermano de Martin Luther.

15 de mayo 1963. Javier Heraud es asesinado en Puerto Maldonado.

28 de agosto de 1963. Seis organizaciones por los derechos civiles convocan a la Marcha sobre Washington por el trabajo y la libertad. Más de 250 000 personas se reúnen frente al Capitolio.

15 de setiembre. Un atentado con bomba del Ku Klux Klan contra una iglesia bautista durante el momento de la oración provoca la muerte de cuatro muchachas negras y deja heridos a 22 niños.

22 de noviembre de 1963. Es asesinado el presidente Kennedy. Nunca se supo quién lo asesinó.

Pascua de 1963. Un boicot incita a los jefes de empresas a que abran los empleos de vendedores y otros puestos a las personas de todas las razas, y para que las tiendas dejen de tener cajas de cobro reservadas exclusivamente para los blancos.

Miles de negros y negras hacen sentadas en restaurantes y bibliotecas, arrodillamiento en las iglesias reservadas a los blancos, marchas de protesta pacíficas.

1964. Es derrocado el gobierno democrático de Juan Bosch en República Dominicana. El coronel Francisco Caamaño se levanta defendiendo a Bosch. La OEA acuerda la intervención. Tropas norteamericanas invaden el país defendiendo en la práctica a los militares que buscan imponer un trujillismo sin Trujillo.

1964. Militares brasileños derrocan al gobierno democrático de Joao Goulart. Empieza el largo régimen de la dictadura brasileña.

Mayo y junio de 1964. Una marcha nocturna alrededor del antiguo mercado de esclavos termina con los manifestantes atacados por los segregacionistas blancos y con la detención de cientos de personas. Las prisiones resultan pequeñas, se tiene a los detenidos al aire libre. Algunos manifestantes son arrojados al mar por la policía y por los segregacionistas, y se libran de ahogarse durante un intento de llegar a las playas de *Anastasia Island*, reservadas a los blancos.

Un grupo de manifestantes se lanza a la piscina del motel Monson prohibido a los negros. El propietario del motel vierte ácido muriático para hacer salir a los activistas.

2 de julio de 1964. Se aprueba la Ley de Derechos Civiles.

14 de octubre de 1964, Martin Luther King es galardonado con el Premio Nobel de la Paz.

Diciembre de 1964, Martin Luther y el SCLC unen sus fuerzas otra vez con el Student Nonviolent Coordinating Committee en Selma Alabama. La mitad de los habitantes de la ciudad eran negros, pero solo el 1% de ellos estaban inscritos en los padrones electorales.

Marzo de 1965. Estallan las guerrillas en el Perú en varios frentes. El MIR en el centro y el sur y el ELN en la provincia de La Mar en Ayacucho.

7 de marzo de 1965, «domingo sangriento». Seiscientos defensores de los derechos civiles salen de Selma hacia Montgomery, la capital del estado. Caminan, cuando llega la noche duermen en los campos. En el puente Edmund Pettus, la policía y una muchedumbre de racistas blancos, los rechaza con gases lacrimógenos y a golpe de porras. Es el domingo sangriento. Son veinticinco mil cuando llegan al capitolio de Montgomery, el jueves 25 de marzo. Martin Luther King pronuncia el discurso *How Long, Not Long, cuánto tiempo, no mucho tiempo*. Ese mismo día, la militante blanca de los derechos civiles, Viola Liuzzo, es asesinada por el Ku Klux Klan cuando transportaba a manifestantes en su auto.

1966. El movimiento se extiende hacia el norte. Grandes marchas en Chicago. Son recibidos por muchedumbres que los insultan y les lanzan botellas.

Las guerrillas peruanas han sido debeladas. Mueren cientos de guerrilleros y campesinos en las montañas andinas.

Bombardeos masivos e implacables en Vietnam.

4 de abril de 1967, Martin Luther King pronunció en Nueva York el discurso «Más allá de Vietnam: el momento de romper el silencio». Llama al gobierno estadounidense «el más grande proveedor de violencia en el mundo de hoy».

Time dice al día siguiente: «una calumnia demagógica que parecía un guión de Radio Hanoi». The Washington Post declara que «King ha disminuido su utilidad a su causa, su país, su gente».

Luther King envía una carta al monje budista y pacifista vietnamita Thich Nhat Hanh. Acusa a los Estados Unidos de haber asesinado a un millón de vietnamitas, sobre todo niños. Cuestiona «nuestra alianza con los terratenientes de América Latina» y se pregunta por qué los Estados Unidos reprimían en lugar de apoyar las revoluciones de los «pueblos descalzos y descamisados» del tercer mundo.

8 de octubre de 1967. El Che es asesinado en Bolivia.

King afirma: *Debemos incluir a los amerindios, los puertorriqueños, los mexicanos e, incluso, a los blancos pobres. No deben ser solo las gentes negras, sino todos los pobres.*

Recorre el país para reunir un «ejército multirracial de los pobres», que marcharía sobre Washington e iniciaría una desobediencia civil en

el Capitolio, que duraría hasta que el congreso firmase una *declaración de los derechos humanos del pobre*.

El 3 de abril, en el *Mason Temple* (Church of God in Christ, Inc. - sede mundial), Martin Luther hace el discurso «He estado en la cima de la montaña»:

Algunos han comenzado a [...] hablar de amenazas que se perfilan. ¿Qué es lo que me podría ocurrir por parte de uno de nuestros malvados hermanos blancos? ... Como todo el mundo, a mí me gustaría vivir mucho tiempo. La longevidad es importante, pero eso es algo que ahora no me preocupa. Yo solo quiero cumplir la voluntad de Dios. ¡Y él me ha autorizado a subir a la montaña! Y he mirado en torno a mí y he visto la tierra prometida. Puede que yo no vaya allí con vosotros. Pero quiero que sepáis esta noche que nosotros llegaremos como pueblo a la tierra prometida. Y estoy muy feliz esta noche. No tengo ningún temor. No tengo miedo de ningún hombre. ¡Mis ojos han visto la gloria de la venida del señor!

El 4 de abril de 1968 a las 18 horas y un minuto, fue asesinado en el balcón del *Lorraine Motel* en Memphis Tennessee. Sus últimas palabras en ese balcón fueron dirigidas a Ben Branch, el músico que iba a actuar esa noche:

—Ben, prepárate para tocar *Precious Lord, Take My Hand* (Señor, toma mi mano) en la reunión de esta noche. Tócala de la manera más hermosa.

En 1968 se sublevaron los estudiantes de París, de Berlín, de Berkeley. En octubre, las Fuerzas Armadas peruanas toman el poder para iniciar, bajo la dirección de Juan Velasco Alvarado, un proceso radical de cambios estructurales.

James Earl Ray, un evadido de prisión, fue capturado cuando intentaba salir del Reino Unido con un falso pasaporte canadiense a nombre de Ramón George Sneyd. Extraditado a Tennessee se declaró culpable. Fue condenado a 99 años de prisión pero nunca dijo quién le había encargado matar a King. En 1999, un año después de la muerte de Ray, la viuda de Martin Luther, Coretta Scott King y su familia, ganaron un proceso civil contra Loyd Jowers (propietario de un restaurante no lejos del Motel) y «otros conspiradores». En diciembre de 1993, Jowers reveló detalles de una conspiración que implicaba a la mafia y al gobierno para asesinar a Martin Luther. Jowers relató durante el juicio que recibió 100 000 dólares para organizar el asesinato. El jurado le declaró culpable y dijo que «agentes federales habían estado implicados» en el complot para el asesinato».

Con Martin Luther King el poder asesino de los hitlerianos mundiales aplicó el mismo formato que con Kennedy: matar primero, despistar las investigaciones mediante un falso culpable, dejar todo en el silencio, desaparecer a todos los testigos.

En Sudáfrica, cuando el Partido Nacionalista ganó las elecciones en 1947 en una coalición con el Partido Afrikáans, el gobierno del pastor protestante Daniel Francois Malan segregó a blancos, indios, mulatos y negros. Se reservó distritos exclusivos para blancos, obligando a blancos e indios a emigrar a otros lugares. Playas, autobuses, hospitales, escuelas y bancos en los parques públicos eran exclusivos de los blancos. Los negros debían portar documentos de identidad en todo momento y les estaba prohibido quedarse en algunas ciudades o entrar en ellas sin permiso.

Johannes Gerhardus Strijdom, primer ministro sucesor de Malan, promulgó las siguientes leyes:

Los negros no podían ocupar puestos públicos.

Los negros estaban prohibidos de votar, excepto en organizaciones de negros.

Los negros no podían tener negocios en áreas asignadas a los blancos.

Los negros no podían ejercer las profesiones de los blancos.

Los negros no podían viajar en los autobuses donde iban blancos.

Los negros necesitaban pases especiales para entrar en zonas asignadas para población blanca. Los juzgados, correos y otros edificios públicos, tenían accesos diferentes para blancos y negros.

Las áreas asignadas a los negros en las ciudades no tenían electricidad o agua. Los hospitales para negros estaban mal equipados, faltos de personal y eran muy pocos.

La educación superior era prohibitiva para los negros.

Había salarios mínimos diferentes: 360 rand para los negros y 750 rand para los blancos.

El gobierno creó diez estados autónomos para negros llamados bantustanes. El gobierno decía que los negros no eran ciudadanos de Sudáfrica, sino transeúntes procedentes de los bantustanes.

Tres millones y medio se vieron obligados a desplazarse hacia estos «estados», se les otorgó la nacionalidad de un «Estado» donde nunca habían vivido. La población negra «temporal» debía circular por el territorio de Sudáfrica solamente si tenía pasaportes.

Sesenta mil habitantes de Johannesburgo fueron forzados a ocupar Soweto. En febrero de 1955, los cincuenta mil habitantes negros de Sophiatown fueron evacuados a la fuerza, localizándolos en una zona denominada Meadowlands anexa a Soweto. Sophiatown fue destruida por retroexcavadoras y se construyó una nueva urbanización llamada Triomf para la población blanca.

La población fue clasificada en cuatro grupos. El grupo «de color» lo componían mulatos mezcla de bantúes y koishan con descendientes

de europeos. Se examinaba las encías de las personas para distinguir negros y mulatos.

Los mulatos fueron obligados a reubicarse en zonas asignadas a ellos, abandonando casas y tierras que les habían pertenecido por generaciones. Su derecho al voto les era negado en la misma forma que a los negros. La teoría del apartheid sostenía que los de color eran ciudadanos de Sudáfrica con derechos limitados, mientras que los negros eran ciudadanos de cualquiera de los diez estados autónomos creados para ellos.

El Congreso Nacional Africano (ANC), formado por sudafricanos negros, empezó la desobediencia pública y marchas de protesta.

En 1955 el ANC y el Congreso Indio formaron una coalición para luchar contra la discriminación.

El 21 de marzo de 1960 un grupo se congregó en Sharpeville para protestar contra la exigencia que los negros portaran pases. La policía abrió fuego contra la multitud matando a 69 personas e hiriendo a 186. Todas las víctimas eran negros y a la mayoría se les había disparado por la espalda. El ANC y el ACP fueron ilegalizados.

Las protestas siguieron y en 1963 el primer ministro Hendrik Frensch Verwoerd declaró el estado de emergencia, permitiendo la detención de personas sin orden judicial. Más de 18,000 manifestantes fueron arrestados. En el juicio de Rivonia en junio de 1964 Nelson Mandela y otros siete disidentes políticos fueron condenados por traición y sentenciados a cadena perpetua.

La declaración de Mandela en dicho juicio fue:

He luchado contra la dominación de los blancos y contra la dominación de los negros. He deseado una democracia ideal y una sociedad libre en que todas las personas vivan en armonía y con iguales oportunidades. Es un ideal con el cual quiero vivir y lograr. Pero si fuese necesario, también sería un ideal por el cual estoy dispuesto a morir.

V

Enero 1962. José Fellman Velarde, ministro de Exteriores, Eduardo Arze Quiroga ex canciller y Hernán Siles Suazo declaran que Bolivia es partidaria de sanciones a Cuba si no convoca a elecciones libres. Gobierno democrático de Manuel Prado en el Perú: seis muertos, cincuenta y un heridos en Pomalca, la policía dispara a los cuerpos de trabajadores azucareros en huelga. Rómulo Betancourt ordena disparar contra el pueblo de Caracas: 22 muertos. Gobierno democrático de Paz Estenssoro en Bolivia: un muerto y tres heridos en La Paz. Dean Rusk, el iracundo Secretario de Estado norteamericano, declara al comunismo de Castro incompatible con el sistema interamericano, pide que se excluya a La Habana de la OEA, que se interrumpa el comercio con Cuba, que ponga fin a la agresión política montada contra el hemisferio. Luis Alvarado Garrido, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, pide que el régimen de Castro sea excluido de la OEA.

31 enero 1962. Cuba es expulsada de la OEA por el voto de 14 de sus 21 miembros. La justificación: el marxismo leninismo es incompatible con el sistema interamericano. Pero la carta de la OEA no dice nada sobre el marxismo leninismo. Se abstienen Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Bolivia, México. Estados Unidos premia el voto de República Dominicana y Perú reduciendo las cuotas azucareras de América Latina para dar lugar a sus compras en las Filipinas, el país cuyos puertos ocupan sus barcos para amenazar a China. Los periódicos latinoamericanos se deshacen en lamentaciones. Ni su voto servil les vale de algo. En La Habana se canta:

Con OEA o sin OEA

Ganaremos la pelea

La Habana, enero 1962.

Socarrón, Barbarroja miró al calvo que avanzaba todo solícito a su encuentro. Solo se incorporó algo de su asiento para extenderle la mano. Estaba cansado. Había pasado la noche en vela y todo se le complicaba. No andaba bien de salud, la obesidad lo atacaba y apenas si tenía tiempo para que el médico lo examine mientras hablaba por teléfono y un miliciano le clavaba una inyección de vez en cuando, en pleno trabajo,

cuando ya no daba más. Como todos los otros comandantes, seguía en guerra, como si estuviera en su campamento allá en el monte.

No le gustaba su estatura tan alta, ese cuerpo encorvado por la enorme talla, sobrando de la guayabera transparentada por el sudor. Coño, más alto que Fidel, pensó. Trató de auscultar qué había detrás de esos anteojos gruesos y redondos, resbalando sobre aquella nariz de miope, que trataba de arrugarse para mantenerlos en su sitio mientras el labio superior levantado dejaba ver una fila de dientes amarillados por la nicotina. Sabía que quien tenía al frente era un periodista de éxito, partidario de la revolución, un personaje de primera línea en el Perú. Siempre hay un halo mágico que rodea la profesión del periodismo; y mucho más cuando la información internacional es también un campo de batalla.

— ¿Y, Soto?

Debía portarse cordial con él, como su experiencia de Viceministro se lo aconsejaba; pero también era necesario desconfiar, como se lo enseñaron esos días allí en sus oficinas del Ministerio del Interior o sus noches de vigilia, en cualquiera de las casas secretas de Miramar, El Vedado o Marianao, que usaba para trabajar sin descanso, ayudado por sus hombres, contra toda clase de conspiraciones y atentados. ¿Alguna vez podría dormir tranquilo?

—Ya están aquí comandante, dijo el periodista. Ha llegado el primer grupo y esperamos que sigan arribando los demás en las próximas semanas. Todo se desarrolla como lo habíamos previsto.

— ¿En cuántos habíamos quedado contigo?

—Por lo menos en cien.

El Ministerio del Interior era una vieja casa habanera de dos pisos, altos techos y empinadas e interminables escaleras de mármol opaco, amarillento y desgastado que alguna vez fue blanco, en el mismo centro de la ciudad. En la calle que se alargaba en veredas estrechas y una calzada oscurecida por el petróleo, las guaguas exhalaban un horrible olor a gas que se mezclaba con el sucio pavimento derretido por el calor. La cadencia de las remington repercutía en las oficinas de la entrada haciendo crujir el piso de madera. Adentro, en la segunda planta, al final de un pasillo estrecho y oscuro, se escondía el despacho del Viceministro. En realidad, un ambiente de rutina. Si no fuera porque estas secretarías vestían de verde olivo y tenían un M16 o un Garand a su costado, se diría que uno estaba en alguna oficina pública de cualquier pequeño país de Centroamérica, no en esa isla donde zumbaba la malanga.

—El tiempo corre, comandante. Necesitamos que ustedes nos digan ya ahora cuándo empezará el entrenamiento y qué materias comprenderá. No podemos seguir esperando.

Eso está por definirse, Soto. Y dale con fijarnos condiciones este peruano cabrón, pensó.

Sus ojos verde claro chocaron con los anteojos culo de botella de su interlocutor. Parecían lunas de aumento y detrás de ellas, los ojitos rasgados de Soto se empequeñecían en la desconfianza. Ahora su voz se endulzó.

—Mira chico, queremos darles una buena instrucción a los muchachos. No hay que apurarse, necesitaremos tiempo. Recuerda que hemos pensado desde el comienzo en un grupo grande. El entrenamiento tendrá que ser largo. ¿Cuántos están aquí?

Preguntó por puro gusto, puesto que ya tenía la información proporcionada por el G2. Casi desde el triunfo de la revolución, la policía secreta había sido organizada con rapidez. En realidad no era una policía. Era una logia formada por los excombatientes más probados, mejor preparados y más decididos. Casi todos venían de la sierra, o de los comandos urbanos de la resistencia contra la dictadura; ahora militares en el Ejército Rebelde, vestían verde olivo como integrantes de un régimen castrense regular, pero también podían recorrer las calles o realizar misiones especiales vestidos de civil. No se adaptaban a la nueva situación. Su capacidad para recoger información era impresionante, estaban dispuestos a todo y era insaciable su espíritu de aventura.

Barbarroja hizo un recuento mental recurriendo a su excelente memoria, mientras el calvo no cesaba de hablar: Guillermo Lobatón, sospechoso de trotsquismo, quien había porfiado desde varias embajadas cubanas en Europa para poder entrar a la isla y recién lo conseguía. Mario Ramírez, ex sargento del ejército peruano, ex tanquista, se ganaba la vida como chofer de camión tráiler en su país y no tenía militancia conocida. Aláin Elías, militante de la Juventud Comunista que había llegado por la libre, sin autorización de su partido. Bernardo Rivera, periodista y locutor de radio, expulsado del Partido Comunista por discrepancias con su Dirección. Julio Dagnino, también periodista. Fernando Tello y Benito Gallegos, amigos de Guillermo Carnero Hoke, otro periodista, conspirador y aventurero, quien hacía diez años había intentado penetrar la frontera peruana para armar una revolución contra la dictadura del General Odría. La esposa del mismo Soto, una poeta venezolana, Matilde Mármol, que sostenía un escandaloso romance con el humorista, y su hijo. Vaya grupo. Habría que ver. ¿Qué se podía hacer con ellos? Cientos de jóvenes llegaban a Cuba hablando de revolución, pidiendo entrenamiento militar y hasta solicitando unos cuantos miles de pesos para lanzarse a empresas inverosímiles. En esos años de euforia los pesos se mezclaban con los dólares. Cuba solo era el primer paso, quedaba América Latina. Algunos habían intentado organizar desembarcos en otros países, muriendo, cayendo prisioneros o protagonizando ridícu-

las historietas. Otros desaparecían en los extensos parajes de América, como si se los hubiera tragado la tierra. Otros se quedaban con el dinero y retornaban a la vida normal como si nada hubiera pasado ¿Cuántos agentes le soltaba la CIA entre ellos? Habría que observar, vigilarlos con discreción, aislarlos, tomar todas las precauciones. ¡Pero, coño, tampoco iban a echarlos! Cuando hacían la guerra, también ellos, los del 26, habían sufrido la desconfianza de las organizaciones políticas establecidas. Seguridad no debía ser mezquindad.

—Hay por el momento ocho, pero como le he dicho mi comandante, esperamos por lo menos cien más.

El hombre seguía encorvándose, aún sentado, para reafirmar lo que decía, lanzando hacia adelante rostro, nariz y anteojos, mientras unas gotas de sudor le perlaban la calva en ese calor asfixiante que hacía más molesta su sinusitis agravada por su adicción al tabaco. ¡Era tan caché fumarse un habano así como los comandantes del Ejército Rebelde empezando por el propio Fidel! Así habíamos quedado con ustedes, Comandante. Nuestra organización funciona a las mil maravillas en el Perú. Somos muchos y cada vez más gente se nos une. La revolución es inevitable.

El Frente de Liberación Nacional resultó una sorpresa en el Perú. ¿Quién se podía imaginar que un General retirado, un cura y un humorista podían llenar calles y plazas hablando de nacionalizaciones, anti imperialismo y revolución?

—Nosotros pensamos en una instrucción completa, interrumpió Barbarroja. Habrá manejo de todo tipo de armas americanas, orientación en el terreno, táctica guerrillera, en fin. Se puede llegar incluso hasta que sepan conducir avionetas para transporte encubierto. Todo eso es necesario. Debe ser un grupo grande y hábil. Tenemos la gente y los medios para lograrlo. Claro que eso llevará algo de tiempo.

Ahora el periodista desconfiaba otra vez. ¿No podía ser acaso una celada para mantenerlos en Cuba hasta que otros, sus competidores, sus adversarios, vaya uno a saber quiénes, se le adelantaran en el Perú? ¿No sería una conspiración del partido comunista contra él y su Frente, una traición más?

— ¿Cuánto tiempo, comandante, si me permite?

—Pues no menos de un año y esto...puede ser más.

El zumbido de los ventiladores que poblaban las mesas y los techos de la casa evocaba un coro de abejorros, mientras el de los anteojos empezó a agitarse.

—Pues mire, no estoy de acuerdo con esperar tanto porque la situación en el Perú se precipita. Millares de campesinos toman tierras. El

presidente se tambalea y su democracia representativa se pudre hasta la médula. Las masas claman por otro Fidel. Las manifestaciones de nuestro Frente de Liberación Nacional llenan las plazas de Lima. Las condiciones están dadas. No podemos perder tiempo, comandante. (No pudo evitar pensar: *y el Fidel peruano puedo ser yo*) Créame, la situación es revolucionaria. En circunstancias así, hasta los minutos cuentan. El pueblo sólo espera la señal de combate y nadie más que nosotros, el Frente de Liberación Nacional, puede darla.

Para algo le habían servido sus años en el servicio diplomático y sus noches de bohemia y trago en la iluminada Plaza San Martín. Podía argumentar, no soltar prenda. Decir mentiras era lo de menos, exagerar un poco o bastante, lo importante era convencer.

Barbarroja esbozó una sonrisita ambigua. La agitación del peruano que tenía al frente contrastaba con su propia flema inglesa, extraña en un cubano como él. Tantas veces había escuchado ese discurso a gente que venía de otros países. Si las cosas eran tan urgentes, coño ¿qué hacían esos comemierdas dedicándose a la política, haciendo mítines, organizando partidos y pidiendo ayuda a Cuba para todo? No le gustaba que le enmendaran la plana. Se ajustó el ancho cinturón verde olivo, como queriendo recordarle al calvo que la revolución la habían hecho ellos y que nadie podía darle lecciones sobre eso. Pero calló y volvió al tonito dulzón.

—Soto, chico, debes entender que se puede hacer poco con ocho hombres. Hay que esperar. Además no es nuestra culpa que el desplazamiento de ustedes haya sido tan lento, que recién estén mandando la gente, cuando habían quedado en eso desde el año sesenta. Soto, vete tranquilo, haremos lo que podamos, pero no pierdas la paciencia chico, no pierdas la paciencia. Ahora, recuerda lo que te he dicho, Soto: nadie, absolutamente nadie, debe conocer esta operación. La vida de ustedes está de por medio.

—Todo está previsto, comandante, todo está previsto.

—Así lo esperamos. Hay muchos ojos que nos vigilan. Ya en la Conferencia de Costa Rica, los Estados Unidos nos han denunciado como un país belicoso y conspirador, cuando la bronca la han armado ellos. Tus muchachos deben tener personalidades encubiertas, nadie debe saber a qué han venido ni para qué están aquí. Invéntales un manto, una leyenda, cualquier cosa que explique su presencia ¿me entiendes?

Barbarroja ignoraba que una buena parte del dinero para los pasajes de avión ya había sido gastada en la Lima nocturna y un buen resto quedaba aparentemente perdido en algún hotel de lujo de la ciudad de los virreyes. Semanas después Soto diría a sus amigos que era el único peruano que había estafado a Fidel Castro.

Soto pestañeó.

—Todo está encubierto, comandante.

El periodista-conspirador-líder de masas-humorista-representante del Frente de Liberación Nacional, pasó de la actitud reclamona a la melosidad servil. Pero la cabeza de Barbarroja seguía trabajando. ¡Coño, qué tales complicaciones! Este Soto que no terminaba de traer su gente, y luego vendrían los del partido comunista, y después los del MIR. Con todos se había negociado por separado, ninguno de ellos debería saber lo que el otro hacía o acordaba. Estaban compartimentados, era la regla dorada de la conspiración. Mejor tener varias cartas en el juego por si alguna no funcionaba. Si por lo menos se pudiera formar una buena tropa. Los ventiladores seguían ronroneando como gatos satisfechos mientras dejó caer su corpulencia sobre el sillón giratorio y su dedo índice apretó el timbre autorizando la siguiente entrevista.

Manuel Piñeiro Losada, Comandante del Ejército Rebelde. Frondosa y roja barba. Nació sobre el mostrador del café de sus padres en Matanzas, en medio de un huracán. Subversivo, irreverente, irónico. Todavía era un muchacho cuando su padre lo hizo trabajar como cargador de uno de los camiones de la familia para que aprendiera a mandar a los peones. Había que aprender a ser duro y desconfiado en la Cuba donde todo estaba regido por el dinero. Cuando logró entenderlo, empezó a pelear contra el dinero. Fue joven ortodoxo del partido de Chibás, el hombre que se suicidó en público cuando no pudo demostrar la corrupción evidente que carcomía la república. Los padres lo enviaron a estudiar a la Universidad de Columbia, y allí conoció a un estudiante indio (de la India) exiliado que le hizo conocer el Manifiesto Comunista en un círculo de estudios. Cuando fue elegido presidente de la asociación de estudiantes «latinos» de la universidad, las autoridades de Columbia le pidieron que abandone la Universidad.

En Matanzas ingresó al 26, fue un luchador clandestino, y a mediados de 1957 se unió a la guerrilla de Fidel en la Sierra Maestra. Fue uno de los iniciadores del Segundo Frente Oriental en la Columna 6 Frank País al mando de Raúl.

Centro de todas las conspiraciones que se tejían desde La Habana, debía buscar, conocer y manejar una innumerable cantidad de datos. Era mucho más que una computadora de carne y hueso. Practicaba el análisis de las situaciones y de los problemas que emergían de los datos, o que se mantenían ocultos, trataba de conocer a fondo las diferentes posiciones y las características personales de los portadores, los contextos, el campo en que se daban los eventos y las actuaciones. Humanista, lector, obsesivo al preguntar. Realista en el conocimiento de las gentes, amplio de miras en un medio que tendía

al sectarismo, nunca exento de humor en medio de cualquier solemnidad, enemigo de todo poder en medio del poder, austero, ese era Barbarroja, Piñeiro.

Hotel Riviera, La Habana, Año Nuevo de 1962.

El lobby del Riviera bullía de gente cuando Alain y Bernardo llegaron, algo desorientados, subiendo las amplias escalinatas de la entrada en la noche húmeda, mientras disfrutaban el aire fresco del malecón que barria de cuando en cuando el calor de esa oscuridad sofocante. Era al fin La Habana. La Habana, chico. El viento agitaba de vez en cuando el ternito liviano de Bernardo, comprado para la ocasión. Negros Cadillac en la puerta reflejaban en sus bruñidos capots la entrada luminosa continuando en sus superficies pulidas las estrellas del cielo habanero. Cubita la bella. Territorio libre de América. El gran vestíbulo estallaba también en luces, destacando aquellos bolsillos militares tipo parche que agrandaban las nalgas y los muslos de las mujeres en un matrimonio de guerra y erotismo. Botas, pistolas, compañero por aquí, compañero por allá, voces desafinadas y desafiantes de las cubanas, merienda de negros y murmullo conspirador, insoportables axilas de los rusos y limpiísimas túnicas de los africanos, al mismo tiempo riesgo y frivolidad, figuración y clandestinidad, sorda competencia por quién hablaba más y quién estaba más cerca del nuevo poder revolucionario que daba fama y permitía vivir bien. Dalton, Juliao, Galich, estrellas en la marquesina de ese baile de ilusiones. Discreta pero persistente vigilancia de no sabes quién, y la suave música de Lecuona al fondo, como en las palmeras de la vereda tropical, chico. Decorado salmón y pastel, technicolor, una sirena de bronce al centro del gran vestíbulo, misma comedia musical de Bing Crosby, telón de fondo para esos actores intrusos vestidos de verde olivo, en esa película que había sido y no era, ese perfume dulzón, ese ambiente antes de mafia y ahora de sudor, discursos interminables y pólvora que podía incendiar la pradera en cualquier momento.

—Llegaron a tiempo compañeros, dijo Soto. ¿Todo bien?

—Pues sí, dijo Alain. Aquí estamos. Todo salió como estaba previsto. Llegamos.

—Esta es mi compañera, Matilde. Este es mi hijo político José, presentó Soto y se estrecharon las manos. Ahora, por favor, vayan a la recepción, están esperando por ustedes. Y ni una palabra a nadie sobre por qué están aquí. Ustedes son invitados al tercer aniversario de la revolución y punto.

Mullidas alfombras convertían en silencio el ruido de sus zapatos deslustrados. Dieron sus nombres en la recepción: sí compañero, Rivera, Elías, Lobatón, Dagnino, Ramírez, Tello, Gallegos, sí, sí, compañero, aquí figuran sus nombres. Bienvenidos. Aquí están sus tiquetes para el restaurante, desayuno, almuerzo y cena, éstas son sus llaves. La rubia del mostrador, uniformada con un pulcro gris que reventaban sus senos turgentes, les sonreía desde sus labios carnosos y pintados.

Se dirigieron al ascensor y ya ingresaban cargando sus maletas, cuando se cruzaron con alguien que salía, terno gris oscuro y corbata roja, maletín en una mano y, en la otra, un pañuelo que secaba la frente sudorosa.

—¿Bernardo, Alain, qué sorpresa, cómo están camaradas, qué hacen por aquí? La voz pastosa se arrastró en un dejo serrano entre cordial e hipócrita mientras su boca se estiraba en una sonrisita congelada.

—¡Zas, pensó Bernardo, la cagada!

El del dejo arrastrado y seseoso era Montes, miembro de la Comisión Política del Partido en el Perú, ¡nadie menos que Montes, maldita sea!



Partido Comunista Peruano

(un escudo con la hoz y el martillo y el mapa del Perú al fondo)

La Habana, Cuba, 4 de enero de 1962.

Al compañero Secretario de Organización de las ORI.

Compañero Secretario:

La Comisión Política del Partido Comunista Peruano le presenta una vez más su saludo revolucionario. Esperamos que el tercer aniversario de la revolución cubana, ejemplo de nuestros pueblos, sea seguido por muchos otros aniversarios como parte de la marcha victoriosa e irreversible del campo socialista en el mundo.

En esta oportunidad, querido compañero, lamentamos tener que dirigirnos a usted para expresarle nuestra profunda preocupación al haber detectado la presencia en Cuba de algunos elementos potencialmente peligrosos procedentes de nuestro país. Cumplimos un deber fraternal advir-

tiéndole que la presencia de estos individuos, probablemente debida a un error de organización, podría significar un riesgo para la revolución si es que ellos pretendiesen realizar actividades provocadoras y divisionistas contra la victoriosa revolución cubana, tal como algunos de ellos han querido hacerlo —sin el menor éxito por cierto—, contra la monolítica unidad de nuestro partido en el Perú. Pedimos respetuosamente se coordine con nosotros cualquier ingreso a la isla procedente del Perú, sobre todo si tiene que ver con elementos que han tenido relación con nuestro Partido. Estamos dispuestos a colaborar con ustedes para prevenir estos riesgos, sobre todo en momentos en que la revolución se apresta ya, impulsada por las heroicas masas cubanas y respaldada por todos los pueblos antimperialistas y amantes de la paz, a organizar su partido político de vanguardia: las ORI, las Organizaciones Revolucionarias Integradas, a las que presentamos nuestro saludo revolucionario y fraterno.

Fraternalmente,

*Efraín Montes
Partido Comunista Peruano*

(un sello con la hoz y el martillo y una firma ilegible)⁷

*La ORI, la ORI,
la ORI e la candela,
no le diga ORI,
dígame candela.*

Caderas cimbreantes, rostros morenos, multitud, carnaval santero o santería carnavalesca, marxismo disuelto en la arrechura del trópico. Ven acá compañero, ven acá guapo, sígueme papito, mi amor, mi vida, la ORI e de película.

*Palante, palante,
y al que no le gute,
que tome pulgante.*

Manos en la cintura morena, ritmo, tamboras, nalgas y caderas, negra, negra de mi vida, de aquí pallá, de allá pacá, candela pura, un paso

⁷ Este texto es imaginado. No existió en la realidad.

alante, un paso atrás, palante la serpiente rumbera del socialismo con pachanga, negra que se comba meneando la barriga, de la mano con el son, colmada por el son, menga mengal, oyé rumbá.

Oficina de la Secretaría de Organización de las ORI.

La Habana, enero de 1962.

—Sí, camarada Montes, he leído su carta y agradezco su cooperación. A nosotros los viejos luchadores, experimentados en tantas batallas clandestinas, también deberían tenernos en cuenta. ¿Quiénes son los elementos que Ud. menciona en su carta, camarada?

—Un trosquista, un expulsado de nuestro Partido, un militante sometido a disciplina que ha violado nuestras normas internas y tres personas de antecedentes desconocidos. Con todo respeto por sus decisiones, sólo cumplimos con advertirles, por si acaso.

Aníbal Escalante se mece de cuando en cuando en su sillón giratorio. A sus espaldas, retratos de Fidel y Lenin. Frente a él, una pequeña taza de café y un vaso de agua helada. Y el del terno gris y la corbata roja casi desaparece en el gran sillón de cuero al otro lado del escritorio.

—Lo tendremos en cuenta y agradecemos su cooperación. Usted comprende que ha sido duro para nosotros los del partido, aceptar esta situación en que no tenemos la dirección del proceso revolucionario y debemos tolerar muchas conductas y hechos erróneos en favor de la unidad. La revolución no viene sólo de la sierra, como está de moda decir ahora. Es obra de muchos combatientes compañero, como usted y como yo, de varias generaciones de hombres, ha nacido de los sindicatos azucareros, de la insurrección contra Machado, de las luchas contra la dictadura, de las células clandestinas que nosotros sostuvimos durante toda nuestra vida. Es Mella, Blas Roca, Marinello. La revolución es del pueblo, camarada, del proletariado. Y, por supuesto, también de la guerrilla, del 26 y el Directorio. Pero no sólo de ellos, coño, tienen que reconocernos. El Partido ha luchado desde mucho antes y ahora le corresponde su lugar histórico de vanguardia, no ser un segundón subordinado a cualquier capricho aventurero. Muchos advenedizos creen que por vestir verde olivo ya son revolucionarios y pueden dar órdenes a todo el mundo. Ahora todos son revolucionarios, todos han peleado en la guerrilla. Si lo que dicen fuese cierto, Batista ni siquiera hubiese podido gobernar.

El del terno gris asentía a cada frase. Había pues un hombre austero, un superviviente e incorruptible comunista en ese despelote: desde su alto cargo de la secretaría de organización, Aníbal Escalante, dirigente del Partido Socialista Popular, antiguo Partido Comunista de Cuba,

vigilaba que las ORI fuesen puras, revolucionarias de verdad, marxistas leninistas como debía ser, inmunes al desviacionismo pequeño burgués, a cualquier contagio caudillista o trosquista o izquierdista o reformista o infantilista.

Era duro y amargo Aníbal verte obligado a vencer dentro de ti mismo esa mezcla de envidia por quienes tuvieron éxito, de frustración por el futuro acariciado que ahora era presente para otros y no para tí mismo, carne y sangre de los militantes, letra proletaria de la caña, invasión de tu propio terreno por otros y para otros, hiel que se te pega a la lengua, rol hipócrita que luce cuando debes callar tu verdad. Temor por el populacho, por el caudillo, por la pachanga, amargura en fin que te corroe las entrañas mientras otros festejan, bailan, cantan, hacen el amor y tú debes simular adhesión a ese carnaval. Espíritus que se esfuman detrás de esas legiones de recién llegados. No, el proletariado debía hacer sentir su peso y, dentro del proletariado, los combatientes de vanguardia, los fieles militantes, los que durante años y años habían defendido la patria del socialismo, la organización, la teoría revolucionaria del gran Lenin.⁸

Ministerio del Interior de Cuba.

La Habana, febrero de 1962.

—Hay que esperar Soto, hay que esperar. Las cosas se complicaron, el PC peruano se ha quejado por la presencia de los muchachos, el enredo ha llegado hasta la gente del mismo Escalante y ahora todo está en suspenso. Tampoco es cuestión de hacer intervencionismo en el Perú, ¿me entiendes? No podemos imponer las cosas, tiempo al tiempo, chico, nuestro rol es solo enseñar nuestra experiencia, el resto son cosas que deben resolver ustedes los peruanos.

Otra vez esa flema de Barbarroja mientras las semanas pasan, las antenas se suceden, la gente se aburre, el calor hace las horas más largas.

—Bueno, Comandante ¿Y cuándo regreso por una respuesta?

—Espera tú, espera, nosotros los buscaremos cuando sea necesario y oportuno. Aquí la cosa no es que tú nos busques, nosotros haremos contacto contigo cuando sea el momento. Tranquilo, chico. Insistía Barbarroja.

La costumbre del G2 era mantenerte quieto, a la espera. Podían tocarte la puerta a cualquier hora, cualquier día, incluso de madrugada.

8 Entrevista imaginada

No eras tú quien fijaba las condiciones, el cómo y cuándo no te pertenecía, eran ellos quienes decidían.

La calva le transpiraba y los brazos temblaban de la pura tensión debajo de los vellos abundantes. ¿Qué se creían coño? ¿Que ellos lo definirían todo? La maldita costumbre de los cubanos, clavarte en un lugar y hacer que aguardes hasta que ellos te busquen, no importa qué tiempo pase.

—Comandante, yo quiero que usted comprenda que la gente en el Perú también está esperando, los acontecimientos se precipitan y las elecciones presidenciales ya están a las puertas. Si las elecciones siguen adelante, la gente se ilusionará, habrá expectativas con el nuevo gobierno y entonces tendremos que aplazar todo hasta otra oportunidad.

«Los días pasan y seguimos esperando. Ya no soporto más estas camas tan blandas», dice Gallegos llamado Benito o el Bolche y ahora duerme en el piso del hotel, quejoso de todo, averiguador, antenas siempre erguidas. Flaco, moreno, amistoso, palabreador, voz atiplada. Habitante de los viejos callejones de la calle Sandía en el centro de Lima, especula sobre gentes, actitudes, relaciones. Supone y presume. Si hemos venido para hacer la revolución ¿qué carajo hacemos durmiendo sobre colchones de resortes y con almohadones de plumas, comiendo langosta en el almuerzo y tomando leche todas las mañanas como los maricones?

—El que espera desespera, compañero, argumenta el tanquista y camionero loreetano Mario Ramírez, llamado también «el colorao» o «el paiche».

«Y seguimos pues hueveando compañero», dice Alain, elucubrando todos los días planes milagrosos para tomar el poder en un santiamén. Lobatón, el negro, pasea de arriba abajo en su habitación, memorizando el diccionario quechua de Guardia Mayorga, corre en las mañanas todo el malecón para mantenerse en forma, visita librerías, lee a todas horas. Atlético, todo músculos que se marcan como queriendo reventar su piel colorada, Ramírez corre y salta en las madrugadas para mantenerse en forma. Transpira, se agita, se baña, vuelve a saltar y transpirar. Vuelve al agua, maniático de la limpieza.

La otra noche Benito dijo otro número de habitación en la recepción del hotel, se guió maquinalmente por la llave equivocada y acabó entrando a un cuarto que no era el suyo y estirándose en una cama que tampoco era la suya. Y nadie menos que uno de los miembros de la delegación china lo encontró durmiendo calato, largo y negro, en su propia cama. El chino zumbó hacia la recepción tlatando de pleguntal quién era ese etlaño sujeto ahí aliba, calamba. ¿Era un acto de provocación y hostilidad de los rusos contra su delegación? ¿Cómo dice usted compañero? ¿Adónde cojones se ha metido el intérprete chico? gritaba el recepcionista. Nadie podía entender al chino ahí abajo, mientras arriba el calato

Benito roncaba a pierna negra suelta. Todo el servicio secreto del hotel se movilizó para averiguar quién era ese individuo durmiente que podía ser un terrorista o un agente provocador. Todos sabían cómo detener a un ponebombas en La Habana, pero nadie cómo descubrir qué diablos hacía allí un hombre calato.

El sol se desploma sobre la pasta negra, pestilente y pegajosa de la calle San Rafael, y las guaguas atestadas de pasajeros se agotan en ese humo oscuro del diesel soviético que no le hace a los motores norteamericanos de los buses habaneros. También las horas, los días, las semanas quemán aquí. ¿La izquierda apoyará a Belaunde este año, abandonando su propia candidatura del Frente de Liberación Nacional que Soto y otra gente auspician? ¿Quedarían el general Pando y el cura Bolo abandonados por sus seguidores comunistas que preferirían irse con el arquitecto triunfador a cambio de nada? Y si la izquierda apoya a Belaunde y Belaunde gana, ¿habría una insurrección de la izquierda contra la izquierda? En el mundo de las elecciones nadie está seguro de nada, no hay amistades, todo son traiciones o la sospecha de traiciones. La desconfianza impera. ¿En qué estamos finalmente, Soto? ¿Jugamos a la democracia o a la revolución?

Fascinado por las habaneras, una noche Ramírez se detuvo un momento en un zaguán de la calle Línea, esa gran vía recta y oscura que sube en diagonal desde el malecón hasta La Habana vieja. Más allá están las ruinas de El Encanto, el gran almacén de La Habana incendiado con bombas de fósforo vivo hace pocas semanas. De aquel lujoso edificio de concreto, madera y vidrio, sólo queda ahora un canchón oscuro y terroso, donde aún pueden verse los restos calcinados de la supertienda. El colorao Ramírez apoyó el pie derecho sobre la base de una columna y ató los cordones de sus zapatos. Luego apresuró el paso para alcanzar al resto del grupo que ya avanzaba, transitando debajo del portal. Los frenos de la perseguidora rechinaron y cinco metralletas lo encañonaron contra la pared. Habla cojone, habla, ¿dónde pusite la bomba comemieda, dónde la pusite? Ramírez levantaba las manos temblorosas. Como licenciado del ejército, ex sargento y ex tanquista, sabía que con esos fierros no se juega. Apenas pudo tartamudear: cu-cu-cuál bomba co-compañero, yo-yo soy latinoamericano, yo no soy cu-cubano. El hombre achinado que encabezaba a los de la perseguidora se rascó la cabeza: disculpa chico, disculpa tú, complende, tenemos que etá aleta compañero.

Plaza de la Revolución, La Habana, febrero de 1962.

Ahora, esta masa anónima, esta América de color, sombría, taciturna, que canta en todo el continente con una misma tristeza y desengaño, ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su

propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir. Porque ahora, por los campos y las montañas de América, por las faldas de sus sierras, por sus llanuras y sus selvas, entre la soledad, o en el tráfico de las ciudades, o en las costas de los grandes océanos y ríos, se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar sus derechos casi 500 años burlados por unos y por otros. Ahora, sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia. Ya se les ve por los caminos, un día y otro, a pie, en marchas sin término, de cientos de kilómetros, para llegar hasta los "olimpós" gobernantes a recabar sus derechos. Ya se les ve, armados de piedras, de palos, de machetes, de un lado y otro, cada día, ocupando las tierras, fincando sus garfios en la tierra que les pertenece y defendiéndola con su vida; se les ve llevando sus cartelones, sus banderas, sus consignas, haciéndolas correr en el viento por entre las montañas o a lo largo de los llanos. Y esa ola de estremecido rencor, de justicias reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase, porque esa ola la forman los más, los mayoritarios en todos los aspectos, los que acumulan con su trabajo las riquezas, crean los valores, hacen andar las ruedas de la historia, y que ahora despiertan del largo sueño embrutecedor a que los sometieron.

Porque esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar. El pueblo de América ha echado a andar con sus pasos de gigante.

Plena de sol, la mañana se perdía en miríadas de abejorros, la multitud reverberaba y allá abajo ondulaba la fiesta, el carnaval, el no pensar, la sublime irresponsabilidad. Un millón de personas, miles de banderas, compás de gritos, color de canciones, voces hacia el viento. Esperanzas agitadas de muchedumbre que empezaba a andar presa de un ensueño colectivo. No pensar, sentir. No pensar, actuar. No pensar, morir. Mar multiforme de rostros transformados, nacer de nuevo, voluntad de entrega, de vida y de muerte. *Arriba los pobres del mundo.* Luz, emoción, risas, lágrimas, sólo danza y saltos y abrazos y fulgor y vida y estallido múltiple. Y conflagración. Y cópula y orgasmo con la gran aventura. *De pie los esclavos sin pan.* Sólo emoción, sentimiento y esperanza aquella mañana en La Habana, mientras la voz monocorde y atiplada del líder leía como nunca, rompiendo la costumbre de improvisar horas y horas frente a los micrófonos, elevando el tono y dándole a la ocasión la solemnidad desacostumbrada de un texto discutido antes por muchas personas y que conduciría a un nuevo episodio construyendo algo grande, riesgoso en su gloria continental y planetaria.

Era la Segunda Declaración de La Habana.

La revolución se expandiría por los caminos de América, las llanuras y los Andes. El pueblo había echado a andar. El imperialismo había empezado a morir. *Viva la Internacional*. Ella, la vieja Internacional surgida de los socavones y las fábricas, de los barrios míseros de Londres y Manchester, la Internacional que había regado su sangre en los empedrados de París, la de los rudos obreros de Chicago, la Internacional heroica de las costureras de Nueva York y los fusilados a millares en Shanghai, ese fantasma que había recorrido el mundo hablando decenas de lenguas diferentes, estallando en miles de corazones, muriendo en miles de víctimas, eternamente perseguida y eternamente viva, renacía en multitud de brazos, florecía en miles de manos que se alzaban y juntaban para mecerse al viento como los vientos de los Andes y los trigales de las llanuras, como el ichu cortante de la estepa altiplánica. *Miliciano. Guerrillero. Alfabetizador. Adelante. Adelante la heroica guerrilla*. La gran revolución empezaba, sus columnas verde olivo subirían las montañas, moverían los indios, despertarían a los obreros, remecerían el mundo burgués. Ya brillaba, toda luz bajo aquellos rayos enceguedores, toda sol agitándose en estandartes y banderas, en boinas e insignias, toda esperanza en cantos y consignas. Manos arriba, manos juntas, entrelazadas, ondulantes, vaivén de las manos y los cantos, olas de manos, de multitud de pie, *de pie los esclavos sin pan*.

—Yo no puedo dormir en estos colchones, insistía Benito. Compañero, queremos un lugar menos lujoso. Además ya nos sorprendieron, esto no es para nosotros.

—Pura demagogia Benito, bien que te gusta comer langosta en el Capri con Soto.

Soto, su mujer y su hijo vivían en el Capri. La revolución pagaba todo. Matilde Mármol, la poeta venezolana, seguía su romance con Soto, seducida a la vez por la revolución tropical y la mitomanía de su compañero que no distinguía las fronteras entre la realidad y sus expectativas por el poder revolucionario.

El Deuille era más modesto, más pequeño, más caluroso, menos visto por los extranjeros. Todavía para disimular más, les entregaron los mismos uniformes de los escolares que iban becados de la sierra a La Habana, luego de la campaña de alfabetización: pantalón y camisa grises con filetes color naranja en las mangas cortas, zapatos negros y boinas.

—Somos demasiado grandes para estos uniformes de chibolos, se quejaba Rodríguez, es ridículo. Él hubiera querido vestir el azul de los milicianos o el verde olivo de los soldados rebeldes.

—Vean compañeros, es necesario organizarnos desde ahora aunque seamos un grupo todavía pequeño. La revolución es ante todo organización.

Gran enseñanza. Habló Soto como si estuviera en un mitin. Era el humorista más popular de los periódicos limeños. Sus bromas corrosivas pagadas por Luis Miro Quesada, el patriarca de la oligarquía peruana simpatizante del Caudillo Franco y enemigo de los norteamericanos, deshacían en el ridículo a Manuel Prado, el banquero afrancesado aliado del Apra que toleraba a la International Petroleum Company, ocupante ilegal de los yacimientos petroleros de La Brea y Pariñas. Los dueños de El Comercio odiaban a los apristas desde que Carlos Steer Lafont, un chico aprista, mató a los esposos Miro Quesada, padres de Don Luis, a la salida de misa dominical en la iglesia de San Marcelo en Lima en 1935. No le perdonaban a Manuel Prado haberse aliado con los apristas a cambio de votos. En la columna diaria de Soto en El Comercio, Prado era el innumerable, simplemente Él, el que traía mala suerte siempre, porque los homosexuales traen siempre mala suerte y sobre la familia Prado pendía la imagen pública del homosexualismo de Mariano Ignacio, sobrino del Presidente. Mitómano y amoral, Soto oscilaba entre la broma y la realidad.

—Yo seré el responsable y el único vínculo con los cubanos por razones de seguridad. Debemos ponernos seudónimos de combate para que podamos referirnos unos a otros en presencia de otras personas sin que se conozcan nuestras identidades. Yo me llamaré Bolívar. (¡nadie menos, Soto!) Tú serás Maceo, añadió dirigiéndose al gordo Tello. Y tú Alain te llamarás Agramonte. Y tú Ramírez, serás Martí. Tú Bernardo, serás Calixto García. Y tú, José Pena, dijo mirando al hijo de Matilde, su mujer.

—Vaya seudónimos Soto, éstos son todos héroes de la independencia cubana ¡No eres el Cristo poniendo nombres a sus apóstoles! protestaba Bernardo mientras el colorao Ramírez, ex sargento del ejército no cabía en sí de gusto por llamarse Martí.

—¡Martí! está bien compañero, suena bonito, subrayó el colorao Ramírez.

—Está bien, así será, es cuestión de orden, sentenció el calvo hundido en el insoportable humo de su habano, mientras el disciplinado Lobatón aprobaba sin chistar. Y pasaremos examen médico antes del entrenamiento. En el hospital.

Y allá fueron, al hospital, vestidos de colegiales becados. Sus cuerpos ya adultos reventaban esos uniformes de chiquillos. Y vaya a ver uno la cara que ponía la gente al escuchar que llamaban esos nombres, coño. ¡El compañero Maceo! ¿Está por ahí el compañero Martí? Lo esperan para la radiografía, chico.

—Es como si quisieras pasar de clandestino en Estados Unidos poniéndote Washington, o en Inglaterra Cromwell o en Francia, Robespierre, comentaba Calixto. ¿Hasta cuándo esta comedia?

—Tranquilo, todo sea por la revolución, sentenciaba Lobatón. Lo que le interesaba era el entrenamiento, lo demás eran detalles.

Y todos los miraban, como si la historia entera de Cuba hubiera resucitado en el laboratorio de ese hospital para que les tomaran la tuberculosis, les examinen las muelas o les miren dentro de los pulmones. «Déjate de joder Soto, tú crees que estás viviendo una historieta. Finalmente ¿puedes explicarnos por qué nos llevaron al Riviera nada menos, para que nos descubra Montes?» protestaba Alaín. «Yo no tengo la culpa compañero, ésas son cuestiones de seguridad y problemas que no puedo revelar», respondía misteriosamente Soto, asumiendo su papel de exclusivo contacto y único responsable, sin el cual el grupo no podía existir.

Marzo 1962. Insurrecciones militares en Carúpano y Puerto Cabello. 400 muertos y 700 heridos. Rómulo Betancourt prohíbe las actividades del Partido Comunista y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria MIR en Venezuela. Douglas Bravo y Teodoro Petkoff se alzan en el Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos.

Entre 1958 y 1963, el presidente radical y desarrollista Arturo Frondizi apoyado por el también derrocado Juan Domingo Perón, lleva adelante un acelerado proceso de sustitución de importaciones e industrialización. Durante su gobierno, Argentina se autoabastece de petróleo, impulsa la industria automotriz, metalúrgica, petrolera y petroquímica. Firma acuerdos con la Unión Soviética para la adquisición de equipos petroleros. Cuando Janio Quadros es elegido Presidente de Brasil, se establece una relación tripartita con Ernesto Guevara, ministro de industrias del gobierno revolucionario cubano. Después de la Conferencia de Punta del Este, Guevara es recibido durante tres horas en la residencia presidencial de Los Olivos luego de un viaje sorpresivo y secreto en avioneta para que los militares argentinos no se enteren. Era demasiado para los inquietos y levantiscos militares que hacían pocos años, en 1955, bombardearon Buenos Aires para derrocar a Perón. John William Cooke, el líder de la resistencia peronista y partidario de la insurrección armada, viaja a Cuba en 1960. Después de resistir 23 asonadas militares y tres intentos de golpes de estado, Frondizi es apresado y recluido en la isla Martín García. Se niega a renunciar a la presidencia. Una década después sería asesinado su hermano Silvio Frondizi por la Triple A.

Ricardo Massetti renuncia a la Agencia Prensa Latina a la que fundó, para irse a combatir a Argelia. Con Olo Pantoja, Ulises Rosales del Toro, Abelardo Colomé forman el primer grupo de apoyo en Cuba a iniciativa del Che para instalar un foco guerrillero en Argentina. A los argentinos los sorprende la crisis de octubre y quedan estacionados en Praga. Pasan varios meses de retorno a Argelia para actualizar los vínculos con Ben Bella, Boumediene y los dirigentes argelinos. Retornan a Sudamérica por el Mato Grosso y pasan una estada en La Paz en las

casas de Rodolfo Saldaña y Jorge Vásquez Viaña en El Alto. El grupo penetra a Salta desde Tarija. Esos días el médico radical cordobés Arturo Illía gana las elecciones. Segundo suspende las operaciones pero las reanuda después. Los contactos con la Revista Pasado y Presente se concretan incluyendo Córdoba, Buenos Aires y Mendoza. Los comunistas bolivianos avisan a Rodney Arismendi que habían ayudado al grupo y éste avisó a Vitorio Codovilla. En Salta, la Gendarmería los confunde con contrabandistas. El primer combate se produce con la Gendarmería. La dependencia del exterior para abastecerse de comida, el aislamiento y la falta de apoyo social se convirtieron en una trampa mortal. La Gendarmería los fue deteniendo y el resto murió de hambre. Massetti desapareció.

Decisión, decisión. No vacilación no discusión. Las dudas demás, todos están dispuestos ahora a envolver América en llamas. Terreno fértil. Convicción en la mente, fervor en el corazón, arma al fin en las manos, decisión de morir, mariposa abandonando la arrugada larva, va surgiendo Calixto del cuerpo de Bernardo, de la gente danzando en las calles, del son, de la alegría, de la Internacional tocada por un trompetista negro en cualquier café de La Habana Vieja, en son, en conga, en ritmo, de la Internacional bailada y convertida al sabor del Caribe, suave y flexible como el saxo, hecha morenas sabrosas, mecida en caderas negras, en muslos redondos, en nalgas llenas por las calles de La Habana. Trompeta de Armstrong, voz de Beny Moré, piano de Bola de Nieve. La Habana azul. La Habana mar. La Habana noche. Añil, ultramar, rojos de la eclosión y la esperanza, tonos del cobalto tras del cual se adivinan los montes de la selva lluviosa, transparente gris metálico de las aguas marinas, rojos carmín del sol encendido, violetas en el atardecer del malecón, locura de colores sobre el Riviera, sobre el Capri, la silueta del Foxa recortándose en aquel cielo incendiado, explosión de olas sobre el asfalto, conga viajera por El Prado, amor, amor internacional por San Rafael.

—¿Ustedes son los peruanos? Arriba chico que no vamo, no vamo ya. Empieza la cosa, se acabó el hotel. Mi nombre es Papi.

En el pequeño lobby rosado del Deauville sonreía, extendiendo la mano, ese desconocido vestido de oficial rebelde, lentes ahumados ocultando parte del rostro cuadrado y moreno, con una guagua y dos yipis esperando ahí nomás en la calle, en San Rafael. Y así, de improviso, dejaron la ciudad vieja desde donde habían atisbado una parte de la vida popular de los habaneros. Los yipis enfilaron rápido hacia los barrios residenciales de Marianao, mientras caía la noche y los minutos avanzaban y los recuerdos volaban hacia el cercano Riviera o la lejana Lima donde, en aquel segundo domingo de febrero de 1962, la casona de San Marcos estaría semivacía, la gente se agolparía en los cines del centro luego del baño de playa en La Herradura o Agua Dulce y la vida ignoraba esa guagua que se hundía en la semioscuridad suburbana.

Luego de la Segunda Declaración de La Habana, en realidad una declaración de guerra continental, Escalante seguía perdiendo influencia y poder, los del Veintiséis afirmaban su control sobre todo. Era una decisión tomada en las alturas del poder revolucionario impulsar las guerrillas en América Latina y ya no hubo dudas sobre esos peruanos raros traídos por un humorista popular.

Papi sonreía a veces entre monosílabo y monosílabo. Cuarenta y cinco minutos después, al final de la avenida 21, el romántico nombre Siboney, en rosa y beige pálido, asomó enmarcado en volutas de yeso celeste sobre el pilar encarnado, detrás de un gran árbol y junto a una reja de hierro que rechinaba respondiendo al cambio de luces del yipi, al terminar el camino de tierra guardado por otros frutales coposos. Papi había conducido a gran velocidad hasta las afueras de La Habana llevando al pequeño grupo a la escuela secreta que los esperaba con su vieja casa de ladrillos y su huerta de mangos, aguacates y ciruelos. Vencida al fin, o ignorada la resistencia de los comunistas ortodoxos, la gente del Veintiséis había decidido iniciar el entrenamiento del pequeño grupo de peruanos. En realidad no era ni siquiera toda la gente del Veintiséis; era el círculo de mayor confianza entre los que resistieron a Batista, habían peleado en la Sierra Maestra, bajaron combatiendo a los llanos para tomar La Habana y se habían convertido en una mezcla de aparato de inteligencia, amigos entrañables, discípulos y guardaespaldas de los líderes. Ahora América los esperaba. Los Andes serían la gran sierra maestra de América Latina con sus barbudos y todo. Cuando las guerrillas triunfasen como en la isla, los combinados estatales, los becados alfabetizadores, los comités de defensa y las milicias florecerían por todas partes. Y entonces chico, sería la libertad y la felicidad del pueblo. Era cuestión de decidirse y combatir y si los políticos no se animaban, mucha gente como estos compañeros llegaban a beber la experiencia de la revolución. Nosotros los ayudaremos, los disciplinaremos. No confiamos ni en la teoría ni en los militantes. A demasiados habían conocido en Cuba misma. Siempre llenos de enredos mentales, frases hechas, envidia contra los otros, odios y resentimientos, convirtiendo la revolución en una competencia de a ver quién llega primero. La revolución no podía ser eso. Era acción ahora o nunca, decidirse a luchar sin más problemas ni piruetas. Al imperialismo y la bulguesía hay que zumbale lo fierro. Y se van pal carajo, chico.

Hacia el centro del pequeño círculo de peruanos, todavía con sus maletas en medio de la penumbra, se acercó un hombrecito barrigón, de espaldas anchas y cabeza achatada, jugueteando con su gorro de miliciano, camisa azul desteñido, pantalones verdes.

—Yo me presento, quiero que me conoquen. Soy el compañero Solón el comisario político de aquí que tiene la misión de atendelo y ayudalo en esta cuanta semana que uté van a pasá aquí en la finca y quiero presen-

tale también al compañero Bebo y al compañero Sebastián que é nueto cocinero. Lodó son de completa confianza.

Aparecieron a su lado un zambito flaco y joven vestido de verde olivo y un zambo gordo y viejo, pelos crespos algo grises, pantalones desgastados y alpargatas.

—Yo viviré con uté le aconsejaré con la poca experiencia que tengo, compañero.

Sebastián el cocinero se acercó a Aláin en tono confidencial:

—Oyeme ven acá chico uté son del Perú ahí hay mucho indio y amí me han dicho que eso indio son de película que cuando le entra el demonio no hay quién lo pare en esa montaña grandísima.

Al día siguiente, desde el pupitre de la pequeña aula improvisada bajo un cobertizo frente al claro que era seguido por la huerta de frutales y en lo que seguramente fue el pórtico usado por los antiguos dueños expropiados para gozar de la cálida y húmeda brisa nocturna, volvió a hablar Solón mientras los insectos nocturnos se estrellaban contra las luces mortecinas del porche.

—Compañero, nojotro queremos queuté sepaquesón bienvenío a eta ecuela, polqueta revolución lo recibe con lo brazo abieto. Aquí emo peleao con el ama en la mano y no vamo a da ni un paso atrás pero ni pa tomá impuso ¿sabe? Polque aquí el pueblo le ha dicho bata al imperialismo y a la bulguesía.

Cuba compañero no intelviene en lo puebloelmano de América Latina pero tampoco puenegase a motrá su eemplo. Uté van a seguil un culso de guerra de guerrilla. Pero deben sabel dedel principio que la guerrilla no e faci. Hay que caminá y caminá y comé poco y racioná el agua ahorrá lo tiro y tirale a lo caquito sólo cuando etamo seguro de ganale. Y si le tiran a lo caquito ese, debemoetal preparado para el corre corre asíe la vida del guerrillero avemaría tienes que tirá patín o te pican el culo mielmano. E cosa de cojone chico, la guerra e cosa de cojone. Aquiemotenío mucho apendejado y comemienda que creyeron que lo del caballo era sólo un golpe detado, pero cuando le isimo la refolma agraria y le dimo tierra a to eso guajiro y trabajo a to eso negro que ante andaban con la mano cruzá y cuando nacionalisamo la fábrica de lo yanqui, entonse le zumbaron lo timbale y ¡madre mía! eso bulguese querían comel candela. Lo gusano ahora andan diciendo por ahí que van a echar al caballo polque ello también hicieron la revolución y tiraron tiro y la vedá pero la vedá e que en la guerra eran uno comevaca no dispararon ni un chícharo, chico.

Habló largo, girando entre sus manos la gorra de un azul envejecido e impreciso.

—Y ahora, terminó Solón, me gustaría que se presenten compañero y digan polqué decidieron seguí eteculso.

Cada uno hizo una corta presentación y al final Ramírez levantó la mano pidiendo hablar.

—Yo compañero vengo de Iquitos, nací en la selva de mi país y sé lo que es la explotación porque tuve que recurrirme desde chiquillo. Vine a la isla porque quiero hacer la revolución y ahora tengo la felicidad de estar con ustedes compañeros cubanos y compañeritos peruanos porque decidí agarrar los fierros porque yo he sido soldado y tanquista a mí la disciplina compañeros me la enseñaron en el ejército ahí el cabo me daba de puñetes en el estómago y me gritaba en la cara ¡no me reacciones soldado, no me reacciones! tuve que limpiar letrinas inclinarme tantas veces refregar los pisos con las botas del sargento en mi culo encima de mi cabeza por mis costillas y tenía que callar y mirar de reajo piteando para mis adentros y llorando mi suerte de perro callejero compañeros y ahí supe que para un oficial un soldado solo es un cholo de mierda pero aprendí coño llegué a ser cabo y después sargento y aprendí a manejar mi tanque en los desfiles y las maniobras del desierto a ser primero en los ejercicios de combate sudando y apretando la boca usando todos mis músculos y entonces mi cuerpo se endureció mi alma se endureció no pudieron conmigo compañeros ahora soy libre aquí estoy con ustedes tengo un fusil y puedo hacerles la guerra coserlos a balazos a los burgueses he llegado a la revolución por la vida no por los libros y como aprendí que hay los grandazos y los chicos los dorados y los que no tienen papeo y una sociedad de mierda que sólo merece volarla sé que todo esto debe saltar en pedazos de una vez. Los fierros compañeros son el poder y la lucha armada nos salvará y por eso estoy aquí, he dicho compañeros. Todo temblor, las venas de las sienas le iban sobresaliendo a medida que se excitaba recordando y hablando, estaba más colorado que nunca y los ojos le brillaban llenos de lágrimas.



La puerta de uno de los escondites de Barbarroja chirrió una vez más en la madrugada, esta vez para dar paso al periodista-humorista-conspirador-viajero. Barbarroja no dormía, no había jornada de trabajo para él.

—¿Y cómo te fue en el Perú, Soto? Los ojos verdes de Barbarroja sonreían amistosos al semincorporarse en la cama donde había estado durmiendo a pocos, mientras a su lado, tumbándose en un butacón, cruzaba las piernas el capitán Olo Pantoja, blanquito, regordete, elegante aún en su uniforme verde olivo.

Eran casi las cuatro de la madrugada en esa casa del Vedado, donde Barbarroja se refugiaba para dormir un poco mientras los hombres del

G2 cuidaban su descanso, conversando o tomando café en el resto de las habitaciones.

—Pues muy bien mi Comandante, todo va de acuerdo a lo programado. Nuestra organización clandestina crece sin cesar en el Perú. Nuestra organización legal se afianza en las masas. Le traje unas vistas de las manifestaciones más recientes. Mire. Y extendió las grandes y brillantes fotos sobre la cama.

Casi obligó a los dos cubanos a inclinarse para examinar las cartulinas lustrosas blanquinegras donde miles de pequeñas cabezas asomaban detrás de los enormes carteles del Frente de Liberación Nacional.

—Nuestra gente llena las plazas. Como le dije, es un verdadero aluvión. Si combinamos el apoyo de toda esta gente con la guerrilla, nadie podrá parar el avance del efe ele ene. Por eso vine a decirle que tareas imprescindibles demandan nuevamente mi inmediata presencia en Lima.

—¿Pero cómo chico, piensas regresar otra vez al Perú? Te fuiste, viniste y ahora te vuelves a ir. ¿Ya no harás el entrenamiento que comenzaste? Los muchachos ya empezaron. Barbarroja apenas si miró las fotos y estiró el brazo para depositarlas en desorden sobre su mesa de trabajo, semincorporándose en el lecho.

—Pues la verdad que no, comandante. Mi presencia es indispensable en el Perú. Y siguió con la cháchara sobre las masas imparables.

Vaya, pensó Barbarroja, uno menos. Alguna vez había imaginado, sin dejar de sonreír, que eso del periodista más popular del primer diario conservador del Perú, una especie de *Diario de la Marina* limeño, un general de carrera y un cura párroco de sotana negra alzados en las sierras peruanas podía atraer la atención mundial. Soto, Bolo y Pando. Periodista, cura y general. ¿Qué te parece chico? ¿Por qué no? Sería un hecho inédito, insólito. Soto había empezado el entrenamiento, luego regresó al Perú para retornar nuevamente a Cuba y ahora, cuando esperaba que se reintegre a la escuela, aparecía con otro viaje. ¿Y para eso había exigido tanto el curso lo antes posible? ¿Y los treinta mil dólares de los que no había dado cuenta?

—Está bien Soto. Supongo que lo comunicarás al grupo que trajiste. Ellos ya están en pleno training. No sé cómo les va a caer lo que dices sobre todo si tú habías empezado con ellos, pero ya eso es cuestión de ustedes. Te recomendamos que cuides principalmente la seguridad. La seguridad. Como te dije antes, lo que aquí ocurre, el asunto de las escuelas, no es como para andar difundándolo por todas partes. La vida y la libertad de muchos compañeros, la misma supervivencia de Cuba está de por medio, ¿me comprendes?

—Perfectamente, compañero. Ni una palabra saldrá de mis labios. Ni una palabra.

Se inclinó, alargó la mano vellosa para encontrar la de Barbarroja, hizo una reverencia amistosa y salió encaminándose hacia el auto del G2 que lo esperaba afuera. Pantoja y Piñeiro se miraron.

—Este se apendejó, ya no regresa, dijo Pantoja moviendo la cabeza. ¿Ahora qué haremos? Vino, nos trajo a los peruanos y se larga. El grupo se ha quedado solo.

Pronto tuvieron la noticia. Soto había desaparecido de su hotel y Matilde les dijo que había regresado al Perú.

Las demostraciones callejeras del Frente de Liberación Nacional con su general, su cura y su humorista a la cabeza, eran cada vez más numerosas y entusiastas. La fiesta de las ilusiones, perdón, elecciones. Apra. Acción Popular. Haya de la Torre. Belaunde. Odría. El demagogo. El arquitecto. El general. Luces y discursos.

Nuevamente el Maury, el clásico hotel de la vieja oligarquía limeña. Era el preferido de Soto. Allí podía hartarse de pisco sauers, de whisky, acompañado con los deliciosos bocaditos que preparaban sus amigos de la cocina. Todo el mundo conocía a Soto. Solo era cuestión de firmar y firmar las cuentas. En algún momento pagaría.

Jacqueline, la esposa de Lobatón y Ana María, buscaron a Soto en el Maury para preguntarle qué pasaba en Cuba, por qué sus esposos no respondían las cartas. Francesa, alta, con un precario conocimiento del castellano, Jacqueline Eluau había llegado al Perú siguiendo a Guillermo, el amor de su vida. Francesa y africano, una jugarreta contra el prejuicio racial, la existencia misma de la pareja ya era una insubordinación contra el orden existente. Para Lobatón era *Mon petit lapan bleu, mi conejito azul*. Para Jacqueline, un héroe sudamericano, un Fidel moreno que sería el líder de ese país extraño al que recién llegaba. Se casaron una semana antes del viaje a Cuba. Jacqueline estaba dispuesta a todos los sacrificios, a todos los riesgos. Pero no entendía este país complejo, retorcido de medias tintas y medias verdades.

—¿Has visto a los muchachos? Preguntó Jacqueline con su estilo directo. ¿Dónde están? ¿Por qué nos tienen sin noticias?

—Claro que sí compañera, los he visto.

—Y entonces ¿dónde están? Insistió Jacqueline.

—Están combatiendo en la Sierra Maestra contra los gusanos contrarrevolucionarios. Deben estar orgullosos de ellos.

—¿Pero cómo están de salud? inquirió Ana María.

—No te preocupes. Están muy bien. Los muchachos son muy fuertes.

—¿Y cómo es Cuba? Una mezcla de curiosidad y ansiedad se apoderaba de Ana María.

La mitomanía incansable de Soto se desató una vez más.

—Pues fijate que en la Sierra Maestra y en otros lugares de la selva cubana donde los muchachos están hay grandes insectos y reptiles que los asedian día y noche. Todo tipo de víboras y peces carnívoros. Tigres y leopardos merodean los campamentos guerrilleros donde se combate cuerpo a cuerpo contra el enemigo. A menudo ellos tienen que cruzar ríos caudalosos, trepar montañas. Es una lucha sobrehumana, deben estar alerta siempre, pero ellos ganarán, ayudando a las fuerzas revolucionarias cubanas. No se preocupen, los muchachos son valientes, valientes...

Las dos mujeres sintieron un estremecimiento al imaginarse terribles escenarios, selvas inhóspitas donde, según Soto, sus hombres amados habrían sido enviados. La palabrería de Soto, su imaginación calenturienta, distaba de las promesas de discreción hechas a Barbarroja.

—¿Y cuándo regresan?

—Eso no se pregunta compañera. Sus vidas ya pertenecen a la revolución.

—¿Y tú vas a regresar a Cuba?

—No, yo me quedo aquí, soy indispensable en la lucha política. Por las elecciones o las armas, tomaremos el poder, las masas nos siguen.

La misma mitomanía se desencadenaba sin control en el plano político. Era un hombre atravesado por la irresponsabilidad, la costumbre de vivir una buena vida, educado en la amoralidad del periodismo limeño y enloquecido por su amor a Matilde.



Nombrarse con seudónimos de combate para no ser identificados, cambiar las ropas de becados por atuendo militar de entrenamiento, entregar pasaportes para quedarse sin ningún documento de identidad, someterse a las órdenes de ex guerrilleros que habían hecho la campaña de la Sierra Maestra, cuyos verdaderos nombres también les eran desconocidos. Ya no la ropa de becados, ahora jeans alemanes, zapatos alemanes, dormir en grupo en camas camarote instaladas en los garajes de la finca sin acabados y con rejas en vez de puertas, los mosquitos zumbando toda la noche. A las 5 de la mañana la voz de pito de Benito llamaba rompiendo lo mejor del sueño ¡A forrmarr! mientras golpeaba con la culata de su fusil las puertas de fierro de los dormitorios improvisados. Criado en los callejones del centro de Lima, Benito se complacía molestando al grupo, vengándose de algo que guardaba en el fondo de

sí mismo con su voz chillona que removía tímpanos y entrañas para que estos blanquitos sepan lo que es bueno. Requentábamos a su madre, todavía a oscuras, sólo cinco minutos para vestirse y lavarse. A correr para no ser de los dos últimos de la formación que estarían condenados a lavar los platos y las ollas de todos, todo el día. Darle vueltas a la finca, sacando la lengua, corazón saliéndose del pecho, cuerpo diluyéndose en transpiración en esos treinta grados, tropezar arma en mano durante una hora entre troncos y ramas, caerse y levantarse, bañarse a las seis todos calatos en grupo, diez minutos para bañarte, hacer la limpieza de la finca a las seis y quince rastrillando y barriendo, desayunar a las seis y treinta la avena cocida y el pan de molde que Sebastián ya tenía sobre la mesa común, barras rojo oscuro de dulce de guayaba todos los días, hacer la limpieza, empezar a recibir clases teóricas de armas y explosivos a las siete, almorzar potaje de frejoles negros a las doce entre calor, sudor y moscas, retornar a la una para clases prácticas, estar listo a las dos para escalar paredes, saltar vallas, pasar pista de combate, arrastrarse boca arriba, menearse todo para no arañarse con diez metros cuadrados de alambres de púas encima tuyo, puestos uno junto a otro, formando redes a treinta centímetros de altura. O reptar hasta que los codos te sangren. O subir o bajar casas, pasar cuerdas flojas cargado con fusil, botas y canana aunque te rompas la crisma. Limpiar las armas de entrenamiento a las cuatro hasta que brillen en la revisión so pena de castigo, práctica de explosivos a las cinco lidiando con azufre, clorato de potasio y pólvora, cenar malanga a las seis, lavar el servicio a las siete y reunirse a las ocho de la noche para teoría política hasta las diez. Y luego, todavía hacer dos horas de centinela en la noche, entre mosquitos y grillos, espantando el sueño mientras sonaban a lo lejos las ráfagas de los combates que se libraban en los suburbios de La Habana.

El arma es tu mujer, cuidála, duerme con ella, come con ella, límpiála, lústrala, acaríciala, conócela, ámala, llévala a todas partes, que sea parte de ti mismo. Tú te prolongas en tu arma. Ella es parte de tu cuerpo, parte de tu vida y de tu muerte. Cada semana un sargento, turno todos los días para lavar las ollas y el servicio, cada hombre un nombre falso, un número, una identidad inventada.

Así murió Bernardo seudónimo de militancia en el PC camarada Alayza y nació Calixto, ropa de combate, canana con cien tiros 7.65 al cinto, fusil Garand en mano, mochila a la espalda, pies magullados metidos en duros zapatos alemanes que parecían de madera o fierro. Todos los pasaportes requisados, las cartas prohibidas, toda referencia con el mundo cortada, todo ha terminado para ti, Bernardo, porque ahora eres Calixto. El mundo no existe más. Apenas recuerdos, nostalgias, sueños escondidos, dolor físico que debes soportar, el mundo de hoy no existe, solo el de mañana. Tampoco el pasado porque debes borrarlo, ser otro al tiempo que te encuentras a ti mismo. Sólo el viejo futuro se abre para ti. Buscar tus últimas energías para usarlas en todos aquellos sueños

humanos a los que has renunciado. Ser otro. Olvidar tu humanidad mientras el instructor dispara a unos cuantos centímetros de tu nariz para que aprendas a no reaccionar mientras reptas, a quedarte quieto pues si levantas la cabeza eres hombre muerto. Guerrillero. Adelante. Adelante la heroica guerrilla.



Las clases de arme y desarme y explosivos las hacía Manolo o, como le gustaba le digan, Manuelosky. Llegaba todos los días puntualmente a la escuela en su yipi, vestido con uniforme del ejército rebelde y empezaba a dictar desde detrás de su mesa de profesor, con voz engolada de cantante de ópera, de memoria, todas las piezas de las armas de guerra norteamericanas, una por una, los nombres de sus partes y características incluidas y todas las fórmulas de los explosivos más conocidos, dosis de los ingredientes y proceso de fabricación. Los alumnos anotaban con lápiz en sus cuadernos, los bolígrafos no estaban permitidos, o seguían sus diseños trazados en la pizarra con tizas de colores. Todo ese material debería ser destruido al final del curso. La clase teórica era seguida por prácticas de arme y desarme en el suelo libre de la huerta, la preparación de los explosivos en un laboratorio improvisado en una mesa de la casa y su acción al aire libre en forma de explosiones de prueba. Bombas. Granadas. Cartuchos de dinamita. La pequeña casa temblaba con las detonaciones de Manuelosky. Ven acá chico. Ésta es la A del alfabeto: carbón vegetal, azufre, nitrato de potasio. El más antiguo explosivo, en la Edad Media ya lo conocían. Llenas bien tu lata de leche recortada con la mezcla. Un fulminante, una mecha y ya está. También la dinamita, aserrín más nitroglicerina. O el C3 y el C4 que son plásticos y puedes darles la forma que quieras. O las granadas americanas o checas que siempre debes llevar contigo para las operaciones de combate. Libera el seguro, arrójalas y tírate al suelo. Cuenta hasta diez. Todo es cuestión de disciplina, los cinco sentidos concentrados para que tú mismo no vuelas con todo. Y de vez en cuando sonaban las explosiones de práctica en la gran huerta. O mira esta petaca de fósforo vivo que si la abres no se apaga nunca, con algo como esto los gusanos quemaron El Encanto, la mejor tienda de La Habana. Si fueses un agente de la CIA la tendrías.

Manueloski se había pasado la vida poniendo bombas en La Habana durante los años de la revolución. Conocía todas las armas norteamericanas ligeras y semipesadas, en sus menores detalles. Podía armarlas y desarmarlas con los ojos vendados en dos minutos contados por cronómetro y adiestraba a los alumnos a hacer lo mismo, reconociendo en

grandes depósitos, con tiempo medido por reloj, qué piezas diferentes correspondían a cada arma específica. Este es un retén de FAL, éste es un resorte de Browning, chico, aquél es el disparador de la M2, este pin va con el resorte de la Thompson, allá está el cañón de la M1. Se sabía de memoria todas las fórmulas de explosivos caseros y podía fabricar desde una modesta granada armada en una lata de leche rellena de dinamita con un fulminante en la tapa conectado a una mecha lenta hasta una mina antitanque, bombas sorprendivas o cazabobos o ingeniosos artefactos de efecto retardado en los que se utilizaba azogue, pilas caseras y cables eléctricos para hacer el circuito que desencadena la explosión.

—Pero recuerda chico, con esto no se juega. Esto es lo que hace el enemigo, ustedes deben dedicarse a la sierra, la ciudad es una trampa para los guerrilleros, en ella todo es peligro, engaño y traición. Cuando a ustedes se les ocurra poner una sola bomba en la ciudad al día siguiente estallarán cien y ni sabrán quién las puso, porque lo habrán hecho los mismos casquitos para echarles la culpa a ustedes.

Cara plana, burlón, travieso, hombre de los relojes, el carbón vegetal, la pólvora negra, el aluminio en polvo, el mercurio, el cloruro de potasio y la dinamita, fabricante de bombas, maestro de cómo disparar morteros, relojero de retenes, colimadores, ánimas, seguros, cargadores, resortes, rockets, Manueloski se divertía en las fronteras del buen humor y la locura. De él aprendieron los secretos de los viejos Springfield de la guerra norteamericana de secesión, para saber cómo armar y desarmar sus antiguos cerrojos que resisten a los golpes, la lluvia, el agua y el barro, como tienen que resistir los cuerpos de los hombres en la guerra. Los Máuser de la primera guerra mundial, los Garand de la segunda, las lindas y ligeras carabinas M1 y M2 de la guerra de Corea que no pesaban casi nada, los modernísimos FAL joyas de diseño y equilibrio perfecto y las USI belgas, bellas, negrísimas, las metralletas Thompson, recuerdo de los gánsteres de Chicago, la fea y complicada carabina San Cristóbal, fabricada por el dictador Trujillo, las bazucas de la segunda guerra, los morteros y, en fin, los más modernos fusiles antitanque sin retroceso. Las Browning, fáciles para dar en el blanco, con su trípode plegable y su mirilla circular, las terribles ametralladoras 30, pesadas y espantosamente mortales, revólveres Colt, pistolas semiautomáticas, pistolas automáticas. Hombre y arma, una sola entidad en los ríos y las montañas. Vida y muerte, horizonte de muerte reemplazando a la vida, muerte perpetua reemplazando a los sueños, invadiendo las conciencias con sombría perspectiva, crueldad aplastando a la inocencia. Porque si no chico, te puede pasar lo de ese casquito que iba cantando a voz en cuello por la carretera encima de su camión: Vooolaaree. Ooohh, ohhh. Voollareee o, o, o, ooohhh. Y yo decía detrás de la mata. Ahora sí que vas a volar hijue puta. Pensé en mi gente que ellos perseguían en el monte, pensé en los esbirros que asesinaban a mi gente en La Habana y entonse

apreté hasta el fondo el mango del detonador. Y él voló chico, efectivamente voló por el aire. Y entonces me dije nojotro no debemo se distraído y comemienda como lo caquito.

Papi era corredor de autos y aviador. Aproveccionaba de víveres la escuela llevando semanalmente las latas de carne rusa o los bloques de dulce de guayaba o las latas de jugo de tomate, la dieta diaria cocinada por Sebastián. Y más tarde también lo vieron corriendo el circuito de La Habana en un Porsche gris, mientras miles de espectadores se apretujaban en las estrechas calles del centro de la ciudad vieja para ver el paso raudo de los corredores de autos. A veces sobrevolaba a muy baja altura el campo de entrenamiento y saludaba desde su avioneta. Papi hizo toda la campaña del Che y allí lo habían visto en esas fotos que mostraba orgulloso, encima de un camión forrado de planchas de fierro, un tanque fabricado en los talleres del ejército rebelde, «como ustedes tendrán que hacer cuando entren a Lima», ojos negrísimos, profundos, barbudo rodeado de barbudos, allí estaban todos sentados encima del camión tanque, mirando al fotógrafo, sonrisas erizadas de fusiles.

Hasta aquí los recuerdos de Bernardo-Calixto, entonces entusiasmado por su idea fantástica de promover una revolución en el Perú.

Dijo el fantasma de Bernardo.

—Cincuenta años después, puedo decir que Papi, el capitán José María Martínez Tamayo, nacido en Mayarí en 1936, Holguín, era de los hombres del Che, hizo la guerrilla de la sierra y la invasión, siguió en la clandestinidad dentro de su propio país, participó en la organización de las escuelas, se fue con el Che al Congo, a Bolivia, y murió en la quebrada del Churo. Como Orlando Pantoja Tamayo, Olo Pantoja, nacido en Santiago de Cuba. La entrada triunfal a La Habana no se repitió y enterraron sus cuerpos y almas en aquél lugar de América que en aquellos días ni siquiera avizoraban.



La huerta de la escuela se adornaba de ciruelas, cerezas, paltas, plátanos y el negro Lobatón se empanzaba de mangos los domingos cuando se podía descansar y lavar la ropa. Mangos larguitos, amarillos y dulces, enormes mangos sonrosados, mangos jugosos de todas clases, tamaños, colores y sabores, mejores que la odiosa carne rusa enlatada, rodeada de grasa, que debían comer en la semana. Lobatón era austero como un monje medieval, pero el resto del grupo soñaba con las mujeres. Compañero ¿cuándo saldremos por lo menos a dar un paseo? preguntaba Be-

nito a Papi. Paciencia chico, ya conseguiremos una guagua para darles una vuelta por La Habana cualquiera de estos días, les decían siempre. Pero las semanas pasaban y la guagua no llegaba. La escuela se había convertido en un pequeño mundo con Solón de padre y consejero, Sebastián de cocinero y Bebo como un hermano que se había unido al grupo también en calidad de alumno. Bebo pidió que lo llevaran al Perú terminado el curso, pero no sabían si los cubanos aceptarían esa idea. La finca no tenía vecinos y, en las noches, cuando quedaba algún tiempo, se podía charlar al pie de los árboles y tomar café defendiéndose de los mosquitos. Mosquilandia, le decía Manuelosky. En el día, millares de moscas los perseguían metiéndose en las narices, en las orejas, cayendo en enjambres sobre los alimentos en lo agobiante de aquel calor. Tenían que huir de ellas corriendo a comer en algún rincón, cubriéndose como podían de su asedio. Consiguieron un potente insecticida, lo echaban en gotas al piso y las moscas empezaban a caer como por encanto. Entonces debían barrerlas acumulando con las escobas montañas de bultos negros en los rincones de la casa.

Al fin llegó la guagua y regresaron a ver de nuevo las calles estrechas, las mecedoras en el calor de la tarde, los altos balcones de madera, las mujeres de vestiditos apretados que ellos se querían comer con las ganas sexuales acumuladas en tantos meses. Apenas una vueltita y ya retornaban a la finca, maldita sea, qué poquito que vimos una vueltita más compañero, una vueltita más. Pero la guagüita y su piloto eran implacables. Ya dejaban La Habana y enfilaban otra vez hacia la oscuridad de los suburbios, de nuevo hasta la finca y la nostalgia.

A las ocho de la noche, después de cenar, y vistiendo su uniforme de miliciano, el viejo Solón se ubicaba detrás de la mesa del profesor.

Alguien leía capítulo por capítulo *Los Fundamentos del Socialismo en Cuba*, de Blas Roca, el libro de moda para los cubanos que presumían saber mucho de socialismo y marxismo. Cuando había alguna referencia a la Unión Soviética, Solón interrumpía para reafirmar:

—Ese, compañero egele paí de lo trabajadore, allí no hay corrupción ni puterío ni desocupación ni ladronería ni comemienda.

—Pero compañero comisario, la prostitución es un fenómeno social que existe en todas partes, también hay en Moscú, argüían Lobatón y Pena.

—¿Cómo se te ocurren boberías, que puede haber putas en Moscú? clamaba al cielo, Solón. Ahí no hay pobre, no hay mendigo, no hay miseria. Tampoco hay putas. El puterío y el socialismo son incompatibles, compañero.

Solón tenía rezagos de personalidad guajira. Era militante del Partido Socialista Popular (Comunista), había sido charlista callejero y ven-

dedor de santos en los barrios pobres y propagandista y organizador clandestino, y tenía más devoción por la Unión Soviética que por los santos que vendía.

Cuando se ofrecía el tema, Solón narraba las aventuras de la revolución de la sierra como si las hubiera vivido, agregándoles sabrosos detalles. Pero todos sabían que de La Habana él no había salido nunca.



El grupo disponía de una pequeña radio en la que podían escuchar las noticias al final de la tarde. Eran intensas y venían de Venezuela. La radio anunció el 15 de marzo de 1962 la formación del Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos en las sierras de Falcón. Se alzaban en armas Douglas Bravo con Teodoro Petkoff y otros revolucionarios que formaron las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional FALN lideradas además por Domingo Alberto Rangel, José Manuel “Chema” Saher, Américo Silva y Américo Martín. Decepcionada del camino anticomunista iniciado por Betancourt, dirigido al aislamiento de las fuerzas revolucionarias populares que lucharon contra la dictadura de Pérez Jiménez, la izquierda venezolana activaba intensamente en los medios militares. Un alzamiento de civiles y militares revolucionarios en Carúpano y Puerto Cabello fue vencido el 9 de mayo de 1962. Totalmente alineado contra la izquierda radical, Rómulo Betancourt ordenó el bombardeo de Puerto Cabello causando 400 muertos y 700 heridos. El Partido Comunista de Venezuela y el MIR fueron ilegalizados.

Los antecedentes eran conocidos. En Enero 1959, Fidel visitó Caracas para celebrar la caída del régimen dictatorial de Marcos Pérez Jiménez gracias a un movimiento popular y una sublevación militar encabezada por el Contralmirante Wolfgang Larrazábal. La Junta Revolucionaria convocó a elecciones en las que triunfó Rómulo Betancourt, líder de Acción Democrática. Apenas elegido, abandonó el programa de reformas estructurales que compartía con la izquierda radical, se unió a la guerra fría de Estados Unidos contra la Unión Soviética y lideró, junto con el gobierno de José Figueres en Costa Rica, la oposición a la senda hacia el socialismo que iniciaban los cubanos. Tres activas tendencias disputaban en Centroamérica y el área del Caribe: las criminales y feroces dictaduras de Trujillo y Somoza, los gobiernos anticomunistas de Betancourt y Figueres, y la joven revolución cubana. Llegado al poder John F. Kennedy amplió el bloqueo contra Cuba iniciado por Dwight Eisenhower.

La juventud de Acción Democrática se alejó del partido y formó el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria exigiendo que se lleven a cabo reformas económicas y estructurales profundas y una política exterior

independiente de los Estados Unidos. Se inició un complejo proceso de acciones rurales y urbanas, divisiones y discusiones. Varios sectores, incluido el de Rangel, abandonarían después la lucha armada para participar en los procesos electorales mientras Douglas Bravo continuó con el explícito apoyo de Cuba.



Un día Benito, conocido como el chismoso del grupo, enfermó y fue a dar al hospital. Benito siempre andaba enfermo. Cuando no tenía fiebre, le dolía el estómago. A su regreso pidió una reunión urgente, sin que sepan los cubanos, como si dijéramos clandestinidad dentro de la clandestinidad. Escogieron un domingo, cuando no había clases ni ejercicios, sino solo lavado de ropa y limpieza de armas y se sentaron en círculo al fondo de un cobertizo que se usaba como depósito.

—He visto gente de otros países en el hospital.

—¿Y eso qué?

—Pues que no son simples estudiantes becados, compañero, son como nosotros.

—¿Y cómo somos nosotros? preguntó Alain.

—Están en los fierros pues, como nosotros.

—¿Y de dónde eran? se interesó el colorao Ramírez.

—Y les pregunté de dónde eran pero no me quisieron decir.

—Nos estás hueveando, Benito.

—¿No te das cuenta que hay un sistema de escuelas? No van a tener todo este aparato sólo para nosotros. Deben estar en otras casas, debe haber otras escuelas pues compañero. Estos profes deben ir también a los otros sitios y las guaguas que nos traen las provisiones las llevarán también a otras fincas. ¿Que pregunte? ¿Tas loco? ¿Quieres que me encanen por andar buscando información? Pueden creer que soy agente del enemigo.

—También ví unos patas negros que no hablaban castellano. En cada finca debe haber un grupo como el nuestro y seguro que los profesores rotan durante el día, de finca en finca.

En realidad, el dato de Benito se sumaba a los fugaces encuentros con nicaragüenses y argentinos en el Deauville. Intuían que andaban en lo mismo. Las guerrillas de Douglas Bravo y Teodoro Petkoff acababan de empezar en Venezuela contra el gobierno de Rómulo Betancourt, uno de los enemigos más encarnizados de Cuba en Latinoamérica.

Una noche a las nueve, un médico español, flaco y vestido con el uniforme del ejército rebelde, dictaba la clase de primeros auxilios usando unos grandes carteles que mostraban soldados norteamericanos heridos en la segunda guerra mundial y la guerra de Corea. y cómo hacer vendajes, torniquetes. Soldados yacientes, amputados, sangrantes. Cómo cargar a los heridos bajo el fuego enemigo. La guerra en el más crudo realismo del dolor y la sangre. Todos seguían la exposición pensando en lo que podía pasarles en cualquier momento cuando cualquiera de ellos fuese como el soldado herido de la foto. En eso frenaron de súbito dos yipis que habían entrado por la huerta, justo hasta el lugar donde el médico seguía señalando los cuadros con un puntero y haciendo explicaciones en su castellano castizo; y un hombre alto y corpulento dio unos cuatro trancos y estuvo en un santiamén al lado de los carteles del profesor. Barbudo, grandes botas y un habano en la boca. Detrás de él tomaron posición unos cinco o seis hombres armados. Avanzó su cabeza y su barba hasta bien cerca del cuadro y preguntó, mirando las figuras de los soldados norteamericanos heridos:

—Ven acá ¿y quiénes son estos casquitos?

—Co-comandante, no tenemos todavía otro material didáctico para las clases.

El español, flaco y agringado, tartamudeó para explicar, como un muchacho cogido en falta, por qué debía usar esos carteles norteamericanos en una escuela socialista de guerrillas.

El sorprendente visitante avanzó ahora ocupando el área en la que antes se había movido el profesor. Éste quedó estático a un lado de la figura.

El gran barbudo empezó mirándolos uno a uno como para no olvidar sus rostros y entonces se pusieron de pie como chicos de colegio.

—Y pues ¿cómo están? ¿Los están tratando bien?

Solón no sabía si saludar militarmente o hacer una broma. Detrás de él, el cocinero Sebastián asomaba el rostro zambo para no perderse el espectáculo.

El grupo seguía mudo, siguiendo las botazas que iban y venían delante del cuadro ya olvidado.

Ahí estaba. Nadie menos que él. El gigante invencible. Algo barrigón, con esa nariz de camello. Fidel, nadie menos. Todo cinturón y zapatasos y ese puro en la boca que perfumaba la noche con un aroma de tabaco dulce.

—¿Cómo son los latifundios en la patria de ustedes chico? preguntó rascándose la cabeza.

Pena dijo que los latifundistas tenían armas en sus casas.

—Sí chico, dijo Fidel, ésas serán las armas de ustedes, captúrenlas. Más adelante le quitarán armas al ejército, vayan poco a poco, de lo pequeño a lo grande, una escopeta es muy importante en las manos de un guerrillero, porque éste sabe lo que vale, le ha costado conseguirla, sabe manejarla y tiene convicción suficiente para decidir adónde disparar y porqué. Ustedes deben caminar, siempre caminar, en columnas grandes, no deben preocuparse mucho del armamento, porque las armas las encontrarán en las haciendas como ustedes mismos han dicho o se las quitarán al enemigo, lo primero será su estado físico, deben caminar, siempre caminar para evadir la persecución de los casquitos.

Hablaba y hablaba. Qué fácil era todo. Cómo no nos habíamos dado cuenta antes. Detrás de él sus hombres parecían estatuas.

—¿Cuántos son en total? preguntó de pronto mirando al grupo.

Ellos se miraron unos a otros. No entendían el significado de la pregunta.

—Pues...los que estamos aquí. Se atrevió a decir el antiguo Bernardo que ahora se llamaba Calixto.

—No coño, ustedes son muy pocos. Deben formar un grupo más grande. Chico, un grupo pequeño es insuficiente, dijo mirando a sus hombres. Si ustedes caminan y caminan necesitarán organización, gente, orientación sobre el terreno, especialización. Según nuestra experiencia en la sierra, ciento cincuenta es el número ideal para empezar. Nosotros lo hicimos así. Miró otra vez a su escolta como buscando aprobación y ellos asintieron.

Se calló unos instantes como si se acordara de algo.

—Otros peruanos están por llegar, deberían esperarlos y hacer un solo grupo, entrar armados, haciendo propaganda primero, hablando con los campesinos, evadiendo al ejército. Nada de acciones espectaculares ni prematuras, no dar ninguna información al enemigo al comienzo, ese es el secreto del éxito. Siempre de menos a más.

Entonces confirmaron lo que ya suponían por las versiones de Benito. No sólo había otros latinoamericanos. También existían otros peruanos en el programa.

—Tienen que andarse con cuidado, el país de ustedes es muy grande, no olviden nuestros consejos, caminar, caminar, evadir encuentros. Ya nos veremos más adelante.

Y se fue de pronto, tragado por la penumbra de la huerta, con sus grandes trancos, de sorpresa, tal como había venido.

Día tras día, implacables, pasaron cuatro meses marcados por el calor, el agotamiento, el aislamiento. Ahora había que ascender al Pico Turquino en condiciones de guerrilla.

La pequeña guagua polaca construida para el frío europeo avanzaba a través del vapor que surgía desde las ocho horas de autopista desde La Habana hasta Santiago de Cuba, y de allí a Bayamo y al Caney, en las húmedas estribaciones de la Sierra Maestra. Seguirían las rutas de Fidel y sus compañeros por el monte. Fusil al brazo, canana en la cintura, mochila llena de unas cuantas latas de jugo de tomate, carne rusa, chancaca, sal, una hamaca y un plástico para la lluvia en la espalda, una cantimplora al cinto y los malditos zapatos alemanes que parecían de hierro destrozando los pies. Verde de selva, rojo de barro, el agua que impregnaba el aire. En el Caney, y en un claro entre los árboles, todavía en terreno plano, una casa de un piso rectangular con techos de calamina. El bochorno de la tarde estalló en agua que llovía horizontal, en viento que levantaba los techos, agua y viento que ingresaban por puertas y ventanas.

Manuelito era el guía. Guajiro. Fibroso de cuerpo, colorado de rostro. Les sonreía con aire de superioridad entre amistosa y cachacienta.

Cayó la noche. Entre la lluvia y la oscuridad apareció el camión ruso, gris, cuadrado, tolva cubierta de lona. Acomodaron como pudieron las mochilas repletas. El camión se bamboleaba resbalando en el barro de la sinuosa carretera hasta que ésta acabó. Ahora habría que seguir la senda bajo el monte.

Hacen la senda en fila, muy de madrugada, a veces perdiéndose, trepando y trepando la montaña, arriba Manuelito que caminaba como si tal cosa. Amanecía en gotas de lluvia, en el lejano graznar de pájaros invisibles. ¿Esos montecitos nomás vamos a trepar? había dicho el día anterior, todavía desde la guagua, el colorao Ramírez, cachaciento él, mirando las montañas de la Sierra Maestra. Una raíz aquí, una liana allá, hojas que te enredan, mosquitos que te persiguen, ardor de tu piel, temblor de tus piernas, lento elevarte hacia un verde que se obstruye a sí mismo encima de tu cabeza. Uf, compañero, en el Perú sí que tenemos montañas, no esas cojudezas. Pero en medio de esos árboles, presos de esa naturaleza enrevesada, transpiran como mulos en fila, perseguidos por el calor achicharrante y húmedo, pequeños insectos caminándoles por la piel y explorando las orejas, camisa sumergida en el sudor, ojos cegados por la transpiración, algodón pegado al cuerpo, mochila, fusil y canana como lastre que te pega a la tierra mientras tú quieres subir y volar. Respira profundo Calixto, deja que tu mente sea invadida por la vida, allá en el barrio limeño, en la casa materna, no estás aquí, deja que tu cerebro abandone a tus extremidades, no eres uno, eres dos o tres, que tus piernas hagan el trabajo, que tus brazos se aferren por su cuenta a la agria y cetrina esmeralda de esa escalera tortuosa, es tu cuerpo autónomo, no eres tú el que asciende. Olvida, olvida.

Al caer el día paraban en el rancho de cualquier guajiro. Un techo de palma y cuatro palos y el fogón al aire libre de la loma, allá lejos otras

lomas desdibujándose en el horizonte azul en el fresco suave de la tarde. Cambiaban conservas por yuca y plátanos para preparar una merienda caliente con carne rusa de conserva.

Guajiro de toda la vida, un día una tropa de barbudos desbaratados llegó a su bohío. Les hizo café, habló, le hablaron. A las semanas regresaron. Acabó yéndose con ellos. El jefe era un argentino al que le decían el Che. Manuelito les enseñó los secretos de la sierra, abrió con esa gente las entrañas del monte. Desde el comienzo fue de la vanguardia en esa aventura de la gente libre. Hizo la guerra, aprendió las emboscadas contra los casquitos, hizo la invasión bajo las balas enemigas.

—Chico, cuando ganamo llego a La Habana con mi tropa coño todo nojaplaudían y la jeba esa de la ciudá nobesaban en la calle y nojotro malchábamo parriba y pabajo y en la noche con mi tropa nojíbamo de fieta y todo era una divelsión que le sumban a uno lo cojone. Una jeba me llevó a la montaña rusa del Conailan un domingo y te juro que yo no sabía lo que era el Conailan ese. Y cuando esa cosa del trencito ése empezó a dar vuelta y a subir y bajar, y a bajar y subir y la barriga se me venía a la boca chico y me volvía a bajar ayyy y me volvía a subir ayyy mi madre y olvidé mi jeba coño su madre y la muchacha esa moría de risa mientras yo gritaba sáquenme de aquí coño sáquenme de aquí que me quiero bajal, avemaría sáquenme de aquí. ¡Nnnñõ muchacho! ¡ese trencito e mielta era peor que la guerrilla! Y fijate que yo hice la guerra completa compañero. Y nunca me volvería a subil a una cosa como esa que da vuelta y vuelta.

No le conformaron la capital, las guaguas, el ruido, la gasolina, el aglomerado de gente. Se regresó a los montes donde fue como a un hermano mayor aureolado por la victoria de la sierra. Y se pasaba la vida tomando café tinto a las cuatro de la mañana, subiendo y bajando lomas como un mulo, trabajando como cualquier guajiro y guiando de vez en cuando a esos grupos de muchachos que soñaban con repetir en sus países las historias que él les contaba y que llegaban a su bohío sudorosos y destruidos como alguna vez habían llegado el Che y su tropa desbaratada.

—No te mojes nunca cuando caminas chico, no te enfríes, ¿acaso se baña el mulo? El no se baña y sigue palante. Caminal y caminal y caminal. Sólo en el monte tú sabe lo que vale un vaso de agua. En la ciudad etá to preparaao, to lo compra tú. En el monte, tienes que hacelo y buscadlo. Valoras la vida, chico. Y la vida cueta trabajo, sudó, efuelzo, cansancio. No descanse tú cuando va de caminata. No te bañe en el río. El río e pa lo pescao no pa la gente. No te coma toa tu comía, guada pa mañana, raciónala pedacito por pedacito. No comas mielta chico. No te quejes. Aprende a cocinal, a calgal la olla, a buscal leña, a trael agua aunque sea desde allá lejo cargándola cuesta arriba.

Los mulos no se bañan Manuelito. Subir, subir, con los muslos temblando por una electricidad que estalla en tus rodillas, tu corazón golpeando el pecho, tu cabeza estallando. Bajar, bajar en el barro, caerte, golpearte las costillas, levantarte de nuevo. Caminar con los pies hinchados y ampollados, con los zapatos pegándose a las costras de los dedos y talones, raspándote como impulsos que te laceran a cada paso. Moverte a pesar tuyo, con una inercia superior a tu voluntad. Seguir, seguir. Morirte de sed hasta tomarte tus propios orines. Sentirte rodeado por la melancólica soledad del monte. Tumbarte mientras la humedad del bosque asciende por tus pantalones, las hormigas recorren tu cuerpo y cientos de pequeñas abejas beben la sal de tus espaldas. Levantarte y seguir, hambre que te explora las entrañas y cargar tu mochila, tu canana y tu arma tratando de convencerte de que ellas son parte de tu cuerpo y no instrumentos de tortura. Aprende a convivir con tu sudor y tu mugre. Los mulos no se bañan, Manuelito. Escalón sobre escalón, raíz sobre raíz, arriba, siempre arriba. Y al fin ahí encima de tu cabeza la cumbre, la cumbre, a la que llegas arrastrándote, con el aire cálido golpeándote el rostro, y ahora el mundo a tus pies y el horizonte amplio, inmenso, azul, azul.



5 de julio 1962. Son firmados los acuerdos de Evian después de la batalla de Argel. La independencia de Argelia es reconocida. Quedan atrás las persecuciones y torturas experimentadas por el ejército francés que usa métodos nazis de tratamiento a prisioneros, los mismos que serían usados por la dictadura de Jorge Videla en Argentina. Enviado por Fidel y el Che, organizador de Prensa Latina, Jorge Masetti busca la ayuda de Houari Boumediene, en plena guerra de Argelia. En la Operación Sombra (nombre extraído de la novela Segundo Sombra) con la finalidad de abrir un frente guerrillero en Salta, Masetti, el Comandante Segundo, combate en la batalla final. Todo resulta un fracaso. Su cuerpo desaparece en las sierras de Salta.



Interín de varias semanas en La Habana, después del viaje a la Sierra. Ya no regresaron a la finca Siboney sino a una casa en uno de los barrios residenciales, adaptada para alojamiento de pequeños grupos, cerca del que había sido pocos años antes, el Club de Golf de La Habana.

Un dormitorio adaptado hacía de armería y se usaba el suelo de la parte posterior junto a una pequeña piscina para revisar los conocimientos de arme y desarme esparciendo las piezas de hierro y acero sobre el piso de marmolina. Después de varios meses de encierro en la primera finca pudieron contar al fin con un viejo televisor en el que podían seguir las noticias del mediodía o ver una que otra serie en la noche. O podían sentarse a conversar al final del día respirando el aire fresco de la calle quieta y arbolada. Más cursos de armas, esta vez intensivos. Julio, llamado ahora Sánchez, fue designado para un curso especial de comunicaciones, radioescucha y claves.

El curso de táctica y estrategia estaba a cargo de Angelito. Colorado como una cereza, con una cabeza totalmente calva que era la prolongación roma de su cuerpo pequeño y duro, todo músculo dentro de su brillante gabardina militar de comandante a pesar de sus sesenta años, Francisco Ciutat de Miguel o Pavel Pavlovich Stepanov o Ángel Martínez Riosola, antiguo Teniente Coronel de la República española, coronel del ejército soviético en la segunda guerra, mayor general en Cuba, asesor militar de la Unión Soviética en la Bahía de Cochinos, en las guerras de Argelia y Vietnam, era un teórico de la lucha guerrillera. Un catedrático de guerrillas, lo había denominado Fidel en una ocasión. Argelia, Vietnam, China, eran materia de sus análisis y explicaciones.

Angelito llegaba con su ayudante después de almuerzo, ponía una grabadora portátil de cinta a funcionar sobre uno de los sillones confortables de la sala y fumaba un gran habano, mientras su monótono acento español iba surgiendo de la caja y lo escuchaban sentados, durmiendo a veces, en los otros butacones de aquella casa que había sido de alguna familia rica de La Habana. Llevaba sus charlas grabadas en cinta magnetofónica para no darse el trabajo de repetir lo que seguramente decía también a otros grupos, mientras ellos tomaban notas.

Las narraciones de Angelito explicaban quiénes eran los guerrilleros de la noche en Vietnam, cuando los campesinos hacían operaciones militares en la oscuridad, convirtiéndose en soldados, y volvían a ser campesinos de día. Cómo se habían producido los movimientos revolucionarios en China, Vietnam, Argelia. Cómo era la propaganda armada. Cuáles eran las reglas de oro de la guerrilla. Ante todo, sostenía Angelito, había que ganar superioridad moral mediante el propio comportamiento. No debemos conducirnos ante los campesinos como los ejércitos reaccionarios que violan mujeres, queman casas, matan prisioneros, cometen atrocidades. Los hechos deben establecer las diferencias, no las palabras ni los discursos. La guerrilla gana porque es superior, y es superior porque su conducta lo demuestra. Entonces había que tener mucho cuidado desde el comienzo en cómo visitar y presentarse a los campesinos sin violentar sus costumbres, qué hacer para ir penetrando esa masa desconocida y distinta de hombres y mujeres cuya psicología tenemos que

analizar y comprender, respetando sus derechos, su cultura y su vida. Al comienzo seremos fantasmas que recorreremos parajes desconocidos de noche, siempre de noche, siempre en el monte, hasta que los campesinos hablen de nosotros como el gran ejército de miles de fantasmas y crezca el mito de nuestro poder misterioso surgido de la sombra. Tener claro el nosotros y ellos es la cuestión. Nosotros no somos la revolución, somos apenas la chispa movediza que recorre la paja seca de la pradera inmensa. Después, cuando la pradera se encienda, la guerrilla serán los campesinos porque la revolución no es para nosotros sino para ellos y surge desde el humus social como una flor silvestre. Cuando el ejército revolucionario sean ellos habremos ganado. No somos nosotros, ellos son los actores del drama revolucionario. Pasar del ellos al nosotros, esa es la cuestión: la transferencia del mensaje, la conversión del discurso en acción. Podemos perder para que ellos ganen. Nuestro rol puede ser el de perdedores, para que otros, la gran multitud, obtengan la victoria final. Mientras no sean ellos siempre estaremos en riesgo porque los ejércitos reaccionarios ya saben que si la guerrilla no es aplastada al comienzo, no podrán derrotarla jamás.

VI

Las vacaciones fueron cortas. Pronto, Calixto se encontró bajando de un salto después del comandante Argemiro Escalona y junto con los peruanos de su primer grupo, de uno de los yipis que los llevaron desde La Habana a la nueva escuela. Sánchez fue separado para seguir cursos especializados de comunicación, radio y claves. Pena regresaba con su madre venezolana y no volverían a verlo nunca más. Primero Soto y después Matilde, su gran amor, se esfumaron. El romance con la revolución armada fue pasajero. Quedó probablemente, solo el amor.

La tercera etapa del curso debía cumplirse allí adonde estaban llegando en el yipi, en los bosques de Pinar del Río. Era una vaquería habilitada imitando un campamento guerrillero. Ya estaban enterados de que habían llegado cuarenta peruanos más, becados por el gobierno cubano, y otros tantos militantes del Apra Rebelde. Y, en efecto, estaban allí en la vaquería.

—Compañeros, les presento a un grupo de paisanos de ustedes. Han hecho un primer curso y estamos satisfechos con ellos. Creemos que podrían ayudarnos en el entrenamiento.

Cabeza triangular, bigotes, pocas y rudas palabras, Escalona planteó enseguida que al mando de cada escuadra o grupo de combate estaría uno de los seis «veteranos» a quienes había llevado. Nadie se inmutó y hubo una fría aceptación.

Allí estaban los hombres del Apra Rebelde entre los árboles, tratando de acomodarse a los accidentes del terreno. Casi todos eran desconocidos y deambulaban para instalar sus hamacas, algo desorientados en ese pequeño abrigo de la montaña occidental.

La gente se dispersó y recién entonces Calixto pudo reconocer entre los presentes a Gonzalo Fernández. A los minutos se le presentaron varios cusqueños, entre los cuales notó a los hermanos Darío y Rubén Acurio, Marino y Zenón. Estos le contaron que colaboraban con el Apra Rebelde en el Cusco, activando el movimiento sindical campesino de los valles de La Convención y Lares, donde miles de familias comuneras recuperaban las tierras que las haciendas les habían quitado décadas antes. Marino y Zenón habían sido separados nomás llegando, llevados a la prisión acusados de trotsquistas y sólo habían logrado salir después de muchas explicaciones. Pero otros cusqueños continuaban aislados y sometidos a disciplina por el partido sin saber por qué.

En realidad, Calixto había visto pocas veces a todos ellos y a Fernández, pero conocía a este último porque era mencionado con frecuencia en los periódicos de la izquierda. Hacía diez años, todavía en 1955, vio su nombre en los diarios, unido al de Luis de la Puente y Guillermo Carnero Hoke. Aquellos tres líderes del Apra ilegalizada de entonces, trataban de ingresar clandestinamente por la frontera con el Ecuador para organizar una revolución armada contra la dictadura de Odría, y fueron sorprendidos por la policía política.

Sin pérdida de tiempo, Fernández invitó a Calixto a un aparte y ambos se acomodaron sobre viejos troncos mientras el resto continuaba la interrumpida tarea de colgar sus hamacas entre los árboles.

—Tenemos asuntos muy serios que plantearle compañero, dijo Fernández sin más preámbulos, marcando las eses con su dedo cajamarquino. Tenemos una jerarquía y una disciplina. El mando del grupo lo ejerzo yo y mi segundo es Tomás. Pero aquí pretenden imponernos otra cosa. No podemos aceptar directivas de personas extrañas a nuestra organización ni podemos permitir que otros manden a nuestra gente.

Calixto miró con disimulo las grandes orejas de Fernández que hacían juego con su rostro trapezoidal, su lenguaje romo y sus cejas espesas.

Fernández estaba sorprendido por la abrupta llegada de Escalona con los otros peruanos y no disimulaba su desagrado. Él no esperaba encontrar a este grupo y menos tener que obedecerles con sus hombres, aunque fuese en el entrenamiento.

Para Calixto también era una situación nueva, pero no se hacía problemas y ensayó una explicación.

—Vamos, no te inquietes Gonzalo, dijo conciliador. Esto sólo es una escuela, y lo que he comprendido de lo que dijo Escalona es que mientras dure el entrenamiento, las jerarquías quedan suspendidas. Después, ustedes serán libres de conservar su organización, con sus niveles de mando, o hacer los cambios que encuentren convenientes, igual que nosotros. Todo es provisional. Así hicieron también en nuestro caso. Tuvimos responsables cubanos, pero eso duró sólo el primer ciclo. (Ridículo pensar en mandos cuando ni siquiera sabemos trepar bien una colina, pensó).

—¿Pero quiénes son ustedes pues Calixto? insistió Gonzalo. No sabemos quiénes son, de dónde han aparecido. Nosotros no hemos sido informados de su presencia aquí y menos aún que vengan a mandarnos.

—¿Y qué me dices a mí? se amargó Calixto, encogiéndose de hombros. Pregúntales eso a los cubanos. También nosotros seguimos el curso y si llegamos antes que ustedes, no es nuestra culpa. Además, no jodas Gonzalo, es una ridiculez, sólo les llevamos unos cuantos meses

de adelante. Creo que estás discutiendo antes de tiempo. Todos estamos aquí y aprovechemos el tiempo, no lo perdamos en discusiones que nos pueden complicar la vida.

Para Fernández, el grupo de Calixto era un misterio. ¿Eran comunistas? ¿Con quién estaban? ¿Qué hacían allí ayudando a los cubanos? ¿Por qué habían llegado primero? Todo eran preguntas.

—¿Por qué, si ustedes quieren de verdad hacer la revolución en el Perú, no están en las filas de nuestro partido? Nosotros somos los únicos que planteamos la lucha armada, tenemos gente en todo el Perú dispuesta a tomar las armas, el resto de los partidos solo quieren seguir en lo de siempre. Lucho ha sido muy claro en decirlo y yo estoy aquí como su segundo. Comprenderás que yo tengo una responsabilidad en todo esto y también recibo preguntas de mis compañeros.

Calixto no sabía que en abril el Apra Rebelde había decidido llamarse Movimiento de la Izquierda Revolucionaria MIR. No era un simple cambio de nombre. Era una imitación de la guerrilla venezolana.

—Pues entonces lo mejor es que convoquemos a todos y les informemos ¿te parece?

Entonces ambos plantearon una reunión plena para informar a todos.

Pero cuando vio al gran corro reunido a su alrededor, Calixto se dio cuenta de que había fallado. Ya no se trataba de una asamblea en que estuvieran todos en condiciones de igualdad, sino de su pequeño grupo que debía explicaciones. Y, en efecto, al poco tiempo los apristas ya estaban en rueda inquiriendo con las miradas a ese pequeño grupo que aparecía cada vez más cuestionado.

—No faltaba más, ahora somos nosotros los acusados, dijo el colorao Ramírez a quien habían bastado pocos minutos para cobrar una intensa antipatía por Fernández.

Las preguntas menudearon en el mismo sentido de la primera conversación. ¿Son ustedes comunistas? ¿Son de la Juventud Comunista? ¿Cómo llegaron aquí? Si los comunistas peruanos no son partidarios de la vía de las armas ¿por qué no acatan ustedes la disciplina del Apra Rebelde, que es la única organización que ha planteado la lucha armada en el Perú?

—Nuestro grupo es independiente, trataba de explicar Calixto. No pensamos en grados militares ni nada parecido, por ahora. Creemos que en el Perú debería formarse un frente político de todas las fuerzas de izquierda para apoyar la lucha que debe iniciarse. Naturalmente, en ese frente deberían estar ustedes y también el Partido Comunista, deberíamos estar todos.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué bases y organización van a lograr hacer ese frente que ustedes dicen? interrumpió alguien.

Al escuchar el relato de la conversión de Bernardo en Calixto, Li Chong comentó.

—Tienes que reconocer que tus elucubraciones resultaban fantásticas. Un grupo de ocho tipos desconocidos y de dudosa procedencia como eran ustedes tratando de instruir a otros cuarenta que venían, según decían, enviados por un partido político encuadrado y organizado. No, no era posible. Era para reírse. La verdad, no había respuestas satisfactorias. ¿De qué manera ustedes podían decir que eran una especie de voluntarios individuales desencantados de los partidos, con dudas sobre el comunismo mundial, pero hechizados por la revolución cubana? Esa especie de gente no existía todavía en esos días.

—Es que nuestras dudas eran secretas, confidenciales, no podían expresarse en público ni se podían sostener en una discusión, respondió Bernardo—Calixto. ¿Cómo decir que no teníamos ningún respeto por las jerarquías que no surgen de la acción? ¿Cómo explicar que rechazábamos todo grado formal que, en todo caso, reservábamos para los campesinos con quienes ambicionábamos aliarnos?

—Esa actitud ya existía

Nuestra presencia era indeseable o, por lo menos, inoportuna para un partido político organizado que tenía planes concretos y liderazgo establecido. Y muchos prejuicios contra los comunistas, como herencia de luchas entre los dos partidos, el aprista y el comunista, que habían pasado más de treinta años alimentando sus odios mutuos como Capuletos y Montescos.

—Pues que se vayan pal carajo, dijo Escalona, quien no entendía estas sofisticaciones, rascándose la cabeza. Muchachos, hay otro grupo. Si no tienen inconveniente allá vamos.

Argemiro Escalona era tajante, no le gustaban las filosofías. Era Comandante del Ejército Rebelde, había dirigido la campaña contra la guerrilla contrarrevolucionaria en el Escambray movilizándolo 40 mil soldados y no estaba para discusiones esotéricas.

—Comandante, nosotros tenemos la esperanza de formar un frente político que apoye la lucha armada en el Perú, argumentó Calixto.

—Calixto, mira chico, eso del frente que tú dices, eso lo hicimos nosotros muy fácil mi hermano, pero fue recién cuando ganamos la guerra. Era sencillo, el que tenía los hierros dirigía el frente. Pones una 30 de trípode mirando a quienes deben ser tus aliados y después discutes. No comas mierda Calixto, ustedes tienen que ganarse los hierros primero, hacer como el Che cuando impuso sus puntos de vista al Directorio en

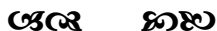
el Escambray después que sus columnas habían invadido el centro del país. ¿Sabes qué hizo? Los desarmó. Hay que tener los hierros primero, no olvides eso. Vamos, vamos.

Al saber que debían irse, Lobatón pidió una reunión sólo con el grupo pequeño y dijo:

—Compañeros, lamento tener que comunicarles que he decidido quedarme con el Apra Rebelde, realmente lo siento porque lo pasé muy bien con ustedes. Pero lo he pensado. Podemos decir muchas cosas de ellos, los del MIR, pero son más, están mejor organizados, tienen gente en el Perú y en Europa. Lo que yo quiero es hacer la revolución y ellos son una mejor garantía. Si seguimos juntos, no sé qué podemos hacer, es más inseguro, no sabemos qué pasará con el grupo, no tenemos contactos, habrá muchas dificultades y quién sabe si llegaremos siquiera a empezar. Discúlpenme, he hablado con Fernández y he decidido quedarme.

Calixto pensó: ¡vaya, este Fernández que defiende tanto las jerarquías y habló contigo sin avisarnos, buena ficha! Pero ¿qué hacer? Nadie pertenece a nadie, no tenemos sogas ni cadenas que nos amarren a nada, salvo a lo que nos comprometimos.

La decisión los sorprendió y entristeció. Habían pasado varios meses padeciendo día y noche los rigores del entrenamiento y ya eran como hermanos. Y pues, ¿qué hacer? Se estrecharon en fuertes abrazos, no había nada más que decir. A los pocos minutos, mientras se alejaban en el jeep, vieron su silueta perderse tras los árboles, cada vez más pequeña, agitando las manos en señal de despedida.



Cuartel de La Cabaña, La Habana, julio de 1962.

—Venacá compañero vamo al hospital debemo hacele un chequeo médico paquetén oca ¿mentinden? dijo el cubano. E la olden.

Desde el comienzo todo había ido mal. Los del partido los fueron a buscar al Cusco para una misión supersecreta, los pusieron en un avión para La Habana vía Curazao, al llegar los cubanos les quitaron los pasaportes y todos sus documentos, perdieron de vista a los compañeros con quienes habían viajado y de quienes no sabían nada y ahora los habían aislado en esa casa apenas llegados a la isla, sin teléfono, sin dinero, sin información, sin conocer la ciudad, prácticamente presos, sin saber cuánto durarían esas extrañas condiciones de aislamiento. ¿Estaban presos? ¿Presos por quién? ¿Qué era de los demás? ¿Esto era el socialismo? La verdad no entendían nada y a veces, de tanto pensar y pensar, suponían que así pues era esa misión supersecreta que les habían anunciado.

El yipi con el cubano al volante corrió desde la casa del Vedado adonde los habían aislado, cogió el malecón, donde las olas expandían su blanca espuma sobre el asfalto y serpenteó, dejando al lado derecho las siluetas de los grandes hoteles. Iban leyendo los carteles: *Revolución es construir, Comandante en jefe ordene. Abajo la bulguesía. Territorio libre de América, ya no Coca Cola, Kolynos, Chiclets Adams, ahora Palante y palante.* Pues sí, estamos en el socialismo. Pero ¿por qué uno no podía bajarse del yipi como cualquier hijo de vecino y tomarse un café en la esquina? Zenón contempló con extrañeza la ruta del yipi y miró sus botas recién lustradas, envidiables botines traídos por él desde el Cusco, desde el Perú vía Curazao, mil veces mejores que esos terribles zapatos alemanes que habían querido darle en el campamento. Que viva el Apra compañeros, nueva doctrina insurge ya, militantes puros y sinceros, prometamos jamás desertar. Militantes del Apra Rebelde, había llegado la hora de los fierros, la hora de hacer la revolución, pero las cosas estaban saliendo al revés. Siguió mirando sus zapatos marrones bien cosidos con refuerzos de jebe y estrías en el fondo para fijarse al terreno. Pero esto no es igual al Cusco, Zenón. Allá el aire oxigenado te limpia los pulmones, el frío te mantiene en forma. Aquí hay calor, humedad, vaho de petróleo, polución en La Habana vieja, pero las mujeres son hermosas, qué mujeres Marino. ¿Hospital por aquí, compañero? ¡Qué raro, nunca habíamos visto por aquí un hospital! Además nosotros no pedimos hospital. Silencio. Ya verá tú chico, ya verá, epera tú compañero. A la izquierda, sobre el mar, el viejo fuerte español, parecido al Real Felipe del Callao, con sus torres, sus muros y troneras sobre el mar, antiguo recuerdo de los godos. ¿Cuántas naves piratas se habrán estrellado contra esos muros de piedra? El castillo del Príncipe, el gran fuerte de La Habana. Más adelante todavía un conjunto de edificios cuadrados y grises. ¡Es una prisión! exclama Zenón todavía incrédulo, no es un hospital. ¿Hemos hecho algo malo? Disculpa compañero, yo sólo cumplóldene. ¿Bajarse a la fuerza? ¿Tirarse del yipi? ¿Y después, qué hacer en un país donde no conoces a nadie? El yipi frena un poco la marcha, vira a la izquierda, baja por la pista auxiliar. Las grandes rejas se abren como las fauces de un monstruo dispuesto a tragarse la presa que había estado esperando. Maldita sea, la verdad es que temblé. Miré a Marino, nos miramos las caras, estábamos lívidos. Nos jodimos Zenón, me dijo, nos jodimos. Compañero, debe ser una confusión, nosotros somos revolucionarios latinoamericanos, somos militantes del Apra Rebelde del Perú, apoyamos a la revolución cubana, estamos dispuestos a morir por ella. Peldona compañero, tú me complende yo sólo cumplóldene, ustedes no están detenidos, solo retenidos. Vaya solo una letra de diferencia de la de a la ere, qué sofisticación ¿Pero de quién son las órdenes? No lo sé, chico, no lo sé. Tú no me pida infolmación que yo no puedo da. Metralletas. Soldados rebeldes. Registros. Desgano. Ven acá, aquí vienen tre alojado má ¿oíte? Compañero, esto es una confusión, es una confusión. El terror se ha apoderado de Marino y Zenón. Somos latinoamericanos. Y eso qué chico. Y eso qué. Nadie etá aquí polque sí,

tú. Rejas tras rejas. Escalinatas de piedra. Rugir de olas que se rompen lejos contra los muros del fuerte español. Las rejas se habían cerrado tras nosotros. ¿Y ahora? No lo podía creer. Anduve por las selvas de La Convención ayudando a los sindicatos campesinos, participé en las invasiones contra las haciendas corriendo debajo de las balas del ejército, pasé día y noche en las asambleas de los trabajadores, ayudamos a construir la gloriosa Federación Campesina ¿para esto? La sal marina se acumulaba en los muros del sótano, la humedad rezumaba por el piso calándonos los huesos. Aquí y en todas partes, socialismo o capitalismo, la prisión es la prisión, dice Zenón, y los guardianes son los guardianes. La misma cojudez. No me jodas, el socialismo será siempre el socialismo, se amarga Marino. El soldado rebelde no nos perdía de vista, ni de día ni de noche. Dime compañero ¿tú estás con la revolución? Yo también estoy con la revolución, pero hablamos en quechua entre nosotros, entre los cusqueños, por si acaso para que tú no nos entiendas. Sabemos de las prisiones porque también hemos estado presos en el Perú. Presos en el Perú, presos en Cuba, qué te parece compañero, sigue jodiendo Zenón. El quechua los hacía todavía más sospechosos ¿de qué? Suenan los disparos a unos doscientos metros, las exclamaciones, las órdenes en el fondo de la noche, con ese siniestro golpeteo de las olas sobre los muros como si te comieran los huesos. ¿Están fusilando? Hemos desaparecido, estamos lejos de nuestras familias, sin visitas, sin correo, no existimos, nos ha tragado el secreto en ese fondo de tinieblas. Día y noche hurgamos en nuestro cerebro. ¿Qué ha pasado? Lo pensé desde el comienzo, mi hipótesis va tomando cuerpo y terminará transformándose en verdad con el tiempo. Nos ha denunciado nuestra propia organización. Hemos sido acusados por ser cusqueños, por ser amigos de Ricardo Napurí, rival de De la Puente en el partido. La lucha por el poder, chico, ya comenzó. Aún no empezamos y ya nos estamos matando. Claro, Napurí es un ex oficial de la aviación que se negó a bombardear a los marineros insurrectos del Callao en la revolución de 1948. Ahora ellos lo acusan de ser agente de la CIA y trotsquista porque llegó a Cuba apenas triunfó la revolución, antes que ellos, y es amigo y discípulo de Silvio Frondizi, intelectual acusado de trotsquismo. Ironías de la historia. El «agente de la CIA» Silvio Frondizi fue capturado doce años después por un grupo de la Triple A y fusilado en un bosque de Ezeiza en setiembre 1974 después que fue asesinado su yerno Luis Mendiburu. Pero estamos en 1962. Muchos le tienen envidia porque es inteligente, hace mucha teoría y ensaya un pensamiento independiente y humanista. Los trujillanos son apristas y creen que todos los cusqueños son comunistas. El mito del Cusco rojo. Cusqueño igual comunista, trujillano igual aprista. En realidad ellos se consideran todavía apristas y creen que nosotros somos comunistas y queremos quitarles el partido. No nos quieren, recelan de nosotros, sólo nos usaron para lograr contacto con los dirigentes campesinos que son nuestros amigos para después decir que nuestro trabajo es el de ellos. Ahora ya no servimos. Hicieron que convocásemos los mítines, tomaron las fotos para la propa-

ganda y ahora somos trastos viejos, estorbos. Usan a Cuba para mantenernos presos, incluso para eliminarnos. Me cago de risa. Acusados por ser comunistas en un país socialista. Vaya, es una broma de mal gusto. Demasiado temprano. Si así es ahora, ¿cómo será si alguna vez tenemos el poder en nuestras manos?

Lima, julio de 1962

Se han realizado las elecciones en junio. Haya, Belaunde, Odría. Al comienzo expectante, la izquierda de Soto, el Frente de Liberación Nacional, ha ido perdiendo terreno frente a los grandes candidatos. Va ganando Haya de la Torre, pero las denuncias de fraude se suceden. Libretas electorales falsas. Mesas que han sumado mal las actas. Muertos que aparecen en los registros electorales para votar por Haya. Todos los días un aviso a página completa en *El Comercio*, el viejo enemigo de los apristas. Los grandes electores, los Miro Quesada y el ejército, no quieren a Haya. Un expediente minucioso de las Fuerzas Armadas señala todas las evidencias de fraude. Manuel Prado, Presidente de la República y banquero aliado de los apristas, se mantiene inmutable. El Jurado Nacional de Elecciones presidido por José Bustamante y Corzo no acepta el pedido de nulidad de las Fuerzas Armadas. Renuncia el ministro de Marina. Por último renuncia todo el Gabinete de ministros. El gobierno de Prado, pensado al comienzo como un período de transición hacia un régimen aprista, parece condenado al hundimiento, huérfano de apoyo popular, con su imagen destruida por periódicos, revistas y televisoras antiapristas. Prado está cansado y no deja de ver las cosas con ácido humor. Detesta ese país al que se ha visto obligado a servir para cuidar los intereses de la familia. Quisiera estar tranquilo en París y no teniendo que lidiar con estos políticos de pacotilla. La suerte está echada, piensa el banquero y Presidente, mientras espera que los militares entren a Palacio cualquier madrugada, para destituirlo y anular las elecciones. Y en efecto, la madrugada del 18 de julio un tanque rompe las puertas de Palacio de Gobierno y un grupo de comandos dirigido por el coronel Gonzalo Briceño ingresa a las oficinas del Presidente. Prado los espera vestido como para una ceremonia. No hace ningún gesto dramático. Sonríe aliviado. Al fin.

Espectacular, vestido de comando como para una exhibición circense, con granadas colgando del pecho y portando una metralleta de asalto, el coronel Briceño ha ingresado a Palacio.

—Adelante coronel, bienvenido, el Palacio es suyo. Buena suerte.

Se levanta de su sillón tallado donde ha estado esperando y abandona esa enorme casa enrejada. Un sainete más se ha consumado. Una

Junta de generales anula las elecciones y se proclama gobierno de todos los peruanos.

Y la vida sigue su curso, el mundo sigue andando.

Sierra de los Órganos, Cuba, agosto de 1962

El yipi se perdió saltando entre los vericuetos de la Sierra de los Órganos, durante un par de horas, y al fin entró en otro campamento improvisado como el anterior. Un recinto de ladrillo tarrajeado con cemento y techado con calaminas debería haber sido un antiguo almacén de abono o productos agrícolas o un establo y granja de cerdos. En los alrededores y dentro del galpón se acomodaban unas cuarenta hamacas verdes y los plásticos del mismo color se extendían por fuera para protegerlas de la lluvia, confundiendo con los árboles. Hacia abajo, en la garganta del tupido monte, se perdía un arroyo saltando y esparciendo su espuma entre piedras y raíces. Sobre unas piedras, la rústica cocina exhibía unas cuantas ollas humeantes y ennegrecidas por la leña. ¡Y ahí estaba Sebastián, el cocinero que los había acompañado en la Finca Siboney, con su mismo pantalón azul ancho y viejo y sus alpargatas, dándole vueltas al cucharón dentro de la olla humeante!

Hubo un nuevo recibimiento. En la aglomeración se reconocieron Alaín con Javier Heraud, Viaña y Pinillos, puesto que eran amigos desde la Universidad de San Marcos, al igual que Calixto con Junco, porque este último había sido corresponsal de la Agencia de noticias Prensa Latina en Lima, luego periodista de la misma Agencia en La Habana y, como él, también alumno de San Marcos.

Viaña y Alaín hicieron un aparte.

—¿Y cómo te enrolaron pues compañero? dijo Alaín, con cachita. Yo te hacía conversando en el Salón Blanco o en el Versalles, a la vuelta de la Universidad o en la Plaza San Martín.

—Pues mira, así es la vida. La verdad es que yo conseguí una beca para estudiar literatura, nos fuimos todo el grupo de becados a Chile, en Arica tomamos el avión, vinimos a La Habana y nos pusieron en un edificio de G y 23 en el Vedado. A los pocos días yo estaba pegando un retrato de Fidel encima de mi cama y qué te crees, siento una manaza pesada en mi hombro, doy la vuelta ¡y era Fidel compadre, el caballo en persona! No lo quería creer.

—Entonces tú venías a estudiar, no a que te pongan una mochila en la espalda.

—Espera, es que todos llegamos más o menos así y todavía no nos conocíamos bien. Entonces me puse nervioso, no sabía qué hacer, llamé a la gente que estaban durmiendo en sus cuartos porque era la hora de la siesta y todos nos reunimos en la sala del departamento que nos habían dado. No había sitio y el caballo llegaba al techo con su cabeza, por eso se sentó en el suelo y sus botazas apenas cabían en esa salita con tanta gente. Muchos nos sentamos también y los que ya no podían se quedaron de pie, apretujados en ese calor del mediodía. Y ahí estaba Fidel en persona que nos miraba y miraba y nadie sabía qué decir. Hasta que el Nipi, ese flaquito que ves ahí, corrió a su cuarto y trajo un poncho y una quena y se lo entregó a Fidel. Fidel lo miró fijo, agarró la quena, le dio vueltas, la miró de arriba abajo, miró a Nipi, quiso tocar algo y no le salía. Entonces atrás sonó la voz de Valientico, que había llegado recomendado por su sindicato de construcción civil:

—Usted sabrá hacer muchas revoluciones pero creo que con eso usted ya no sopla, compañero. Todos se largaron a reír, incluso Fidel.

Entonces Nipi cogió de nuevo la quena y ensayó algunas notas tristes y dulces de su tierra, Ayacucho. Fidel se puso el poncho en ese calor y empezó a hablar.

—¿Y? ¿Ya tienen novia?

—No compañero todavía no, no hemos tenido tiempo, respondieron varios.

—Pues chico, ya habrán visto a las cubanas, son muy lindas. Qué han hecho estos días.

—Hemos paseado por La Habana, compañero.

—Bueno, en unos días más irán a la sierra, para que conozcan dónde fue que luchamos e hicimos la guerra.

Parecía que no se animaba a entrarle al tema. Hasta que se soltó:

—Qué dicen, ¿están dispuestos a hacer la revolución en su país?

Hubo un silencio, nos mirábamos unos a otros y Fidel empezó a darse cuenta de que algo raro pasaba. Fue una sorpresa aplastante compadre. ¿Hacer la revolución en nuestro país? La verdad es que la gente no esperaba esa pregunta. Todos pensaban que habían venido a estudiar ingeniería, medicina, cine, en fin, querían ser becados universitarios en la isla. Nadie suponía siquiera que le hablen de los fierros.

—S...sí compañero, dijeron entonces unos cuántos al unísono, con cierta inseguridad.

De todos modos, el Caballo respondió:

—Pues bien, nosotros los ayudaremos a eso, porque la revolución brinda su ejemplo a los pueblos hermanos de Latinoamérica.

Hubo un largo silencio expectante. Las palabras del caballo habían surtido el efecto de una bomba. Una vocecita se animó a intervenir:

—Pero compañero, la revolución necesitará técnicos y también podemos estudiar para servir mejor a nuestra revolución con nuestros conocimientos.

Fidel se quedó mirándolo, algo sorprendido. Esa observación no entraba en caja.

—Chico, no te preocupes. Lo que ustedes tienen que aprender es hacer la revolución. Los técnicos podemos enviarlos nosotros, podemos ayudarlos también a eso, después que la revolución triunfe en tu país.

Y entonces Fidel se puso a contar sus aventuras, que cómo subían y bajaban el monte en la sierra, que habían sido pocos al comienzo y después muchos, que habían tenido hartos problemas y aprendieron poco a poco todos los trucos de la guerra. Nosotros lo escuchábamos con la boca abierta y la verdad compadre que el entusiasmo fue creciendo en algunos. ¡Ese caballo es un fenómeno! ¡Parecía todo tan fácil, tan convincente, tan atractivo! Ahí detrás del barbudo estaban los hechos, allí en las calles estaba la obra realizada. Pero de todos modos, al comienzo, la vacilación cundió. Algunos se resistieron, pero la mayoría optó por la escuela militar aunque habían venido con otra intención. Aun así, en la marcha por la Sierra Maestra y durante el ascenso al Pico Turquino, otros desistieron, pero siempre la mayoría siguió el entrenamiento. Entonces, fuimos enviados a Villa Úrsula primero. Allí se nos unió Negrón, quien venía de México no sé cómo; y Junco, que trabajaba aquí en La Habana como periodista y después terminamos todos en este campamento. Y aquí nos tienes. Y al último han llegado ustedes.

—O sea compañero que a ustedes los engañaron. Terció Benito que se había ido acercando al grupo. Di la verdad, los invitaron a estudiar y resultó otra cosa.

—No, no es eso exactamente, respondió el cabezón. En realidad un poco más tarde nos enteramos de una historia más complicada. Los cubanos ofrecieron al Partido esas becas para entrenamiento guerrillero, no para estudios profesionales. Al comienzo los pendejos de los camaradas dijeron sí pero después se asustaron y no sabían cómo quitarse el encargo de encima. Y los sabidos, por descuido, indiferencia, o miedo, o por simple desorden, pusieron la selección en manos de la Federación Universitaria de San Marcos y la Juventud Comunista, sin adoptar ningún criterio dirigido a una selección militar ni nada parecido. Todo quedó librado a la suerte y así la cosa cambió compadre: de una selección secreta con fines insurreccionales como debería ser, se transformó en un asunto de estudios profesionales y encima público. Los que no sabían la pendejada eran los cubanos, ni el mismísimo Fidel y claro que tampoco los muchachos.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Tanto es así que, cuando Fidel nos visitó en la residencia de becados de G y 23 y nos habló de la revolución y el entrenamiento, no sabía que para nosotros era una sorpresa, que no causó mucha polvareda porque estábamos en Cuba y porque la gente no quería que los tengan por apendejados. Y aquí estamos compadre, con los fierros. De todas maneras algunos no quisieron venir, pero la mayoría estamos aquí.

—¿Quiénes están?

Desde el lugar donde conversaban echaron una mirada a los demás. Javier Heraud hacía grupo con Marco Olivera, Edgardo Tello y Pedro Morote; eran los poetas. Habían sido, como ellos mismos decían, la vanguardia de la retaguardia en el ascenso al Turquino, porque recién llegaban y, desde luego, una cosa era Miraflores y otra el monte y todos los muchachos habían sufrido los estragos del cambio al trópico y terminaban echando el estómago por la boca. Subiendo recién las estribaciones del pico, apenas empezando, muy atrás del resto de los becados que podían caminar mejor, los poetas cantaban: *somos la vanguardia de laaa retaguaaardía, somos lo más leeento de la reevolucioooón*, mientras se derrumbaban a cada 20 metros de caminata. Estaba Horacio Juárez, a quien decían Nipi, él había llegado desde la comunidad de Chungui y fue el que trajo su quena y su poncho que regaló a Fidel. Nipi quería enseñar quechua al grupo tratando de ponerse serio y respetable pero todo el mundo le hacía cachita. Toque, era un aimara pequeño, que venía desde Moho, un caserío del altiplano. El chino Li había estado en el ejército y era comando y paracaidista. Moisés Valiente, el viejo, era obrero de construcción civil, una especie de padre zumbón para el resto de los muchachos, cuerpo robusto, algo barrigón, cabeza achatada, nariz redonda, colorada y prominente, sabía cocinar, zurcir las medias, lavar la ropa. Pareja y Mamani eran los arequipeños del grupo. Pareja se balanceaba sobre sus grandes pies y hablaba bisbiseando frases bruscas e inconclusas, cachacientas, con inconfundible acento characato, mientras que Mamani, flaco, cara alargada, lector e ilustrado, filosofaba sobre la situación que vivían. Antonio Pacheco era huancavelicano, siempre de buen humor, siempre dispuesto a servir, de origen campesino. Lucio Galván, a quien decían Uverito, y él quería que le llamen Eustaquio, era del pueblo de Chupaca, cerca de Huancayo. Gurrionero, cara de japonés, también apodado Atito por lo pequeño y buen caminante, venía de Chiclayo. Pablo Ricra, llamado el ladroncito, vivía con su familia en Tacora, el gran mercado de pulgas donde se compraba y vendía toda clase de objetos robados en La Parada, la zona del mercado mayorista de Lima. Ricardo Gadea era hermano de Hilda Gadea, la primera esposa del Che y estaba provisionalmente con el grupo esperando unirse a la gente del MIR.

Cuarenta jóvenes, que a los veinte años querían a cambiar su país y transformar el mundo. Vaya ejército. ¿Por qué no? Los ingleses e irlandeses que lucharon en la independencia latinoamericana eran casi niños, San Martín tenía catorce años cuando lo entregaron al ejército español. Chapas, apodos, en vez de nombres de combate. Nipi porque daba clases de quechua y decía constantemente nipipas, nipipas, tratando de hacer memorizar a los demás una expresión quechua. Pepechá porque hablaba demasiado rápido, como las metralletas soviéticas de la marca Pepechard. Pirata porque tenía un párpado caído. Mito porque era callado y no hablaba nunca. Pacharaco porque andaba cantando siempre las cumbias de los pacharacos, los músicos de moda. Elenita porque era chiquito, casi enano y sin embargo caminaba en la vanguardia ganándoles a todos. Atito porque una noche lo sorprendieron masturbándose a escondidas y por eso le pusieron Ateleche, una marca de leche embotellada.

Los que no quisieron responder la invitación al entrenamiento militar quedaron como los «apendejados», los apestados y sometidos a la censura de todos, resistiendo sobre sus personas y nombres una especie de lacra social.

—Y aquí tengo la carta de Chávez, uno de los que no quisieron venir, continuó diciendo el cabezón Viaña, sacando de su bolsillo un papel ajado donde se distinguían apenas unas letras menuditas escritas con tinta azul.

«Villa Úrsula, 18 de julio de 1962. Compañero responsable, empecé leyendo el cabezón. Queridos compañeros de la escuela. Les escribo desde Villa Ursula donde estoy esperando iniciar mis estudios de ciencias, acogiéndome al pedido del compañero Fidel. Como ustedes recordarán, cuando estuvimos en G y 23 él dijo que el entrenamiento es voluntario y quienes queríamos podíamos quedarnos a estudiar. Por eso, espero que esta carta sea bien comprendida y no dé lugar a malos entendidos, ni chismes ni ataques de nadie.

Yo vine a esta querida Cuba Socialista compañeros, para prepararme como profesional y servir a nuestro país, que tanto está necesitando de técnicos con ideas revolucionarias porque allá en el Perú los profesionales salen de la universidad sólo pensando en llenarse de plata y no en servir al pueblo. Sigo con los mismos propósitos de quienes acudimos al llamado de los compañeros cubanos a estudiar y formarnos en nuevas profesiones para beneficio de nuestro amado Perú.

Si me permiten la franqueza compañeros, yo opino que allá todavía no están dadas las condiciones para un alzamiento guerrillero. Antes debemos estar atentos a la conciencia política de nuestro pueblo y más bien debemos colaborar en su avance hacia posiciones revolucionarias. Debemos evitar acciones prematuras.

Además, físicamente no me siento muy bien. Me han visto los doctores en el hospital y padezco del aparato digestivo y la vesícula, he tenido que estar en cama, podría ser un estorbo para ustedes. Amo mucho a mis padres que me esperan en el Perú y no quiero darles un dolor innecesario que ellos no podrían soportar. En estas condiciones no creo ser capaz de luchar y, sobre todo, les soy sincero compañeros, así como estoy tengo mucho miedo de morir. Patria o muerte, venceremos. Chávez.»⁹

—Dice que tiene miedo de morir y termina con patria o muerte venceremos, rió Alain.



¿Qué había pasado para que de pronto decidiera irse a Cuba? Ni él mismo podría explicárselo. Había vagado pateando latas por las calles del barrio y caminaba sin temor por aquellas oscuras callejuelas próximas al hotel San Pablo, junto al cerro, el de las putas más pobres de Lima, donde muy pocos limeños se aventuraban por miedo a los asaltos y los ladrones. Allí se acumulaban cáscaras de plátanos y naranjas, aceite de carros, tierra y barro, en una mezcla mal oliente, un poco más arriba empezaban las casuchas y callejuelas ascendiendo el cerro. Su mundo eran esas calles detrás de la Parada, el punto adonde llegaban todas las madrugadas los camiones cargados de verduras, de papas, de plátanos, desde la sierra y más adentro todavía desde Chanchamayo, la plena selva que él nunca había conocido. O Tacora Motors, la feria cotidiana donde se vendían espejos, limpiaparabrisas, aros, camisetas de motor, parachoques, revistas viejas, discos de gastada bakelita del año de la pera cuyos desteñidos sellos rojos y azules anunciaban viejos tangos y boleros, óperas y zarzuelas, todo aquello que era robado o desechado en Lima, lo podías encontrar allí. Encuentro de mundo y submundo, calles donde vagan los sin esperanza.

—Compadre, no me vengas con cojudezas de pobreza, ésas son huevadas de politiqueros. Yo no me hago problemas con ser pobre, ni siquiera sé lo que es ser pobre. Pero es que, en realidad, no soy pobre. Fíjate, mi hermano consigue buena plata negociando fierros con los buzos que dan vueltas todo el día por Lima recogiendo chatarra. Mi otro hermano tiene una buena farmacia y también gana plata vendiendo las medicinas pastilla por pastilla y no por cajas como hacen las otras farmacias. Yo no soy como ustedes, sé vivir, nunca me moriré de hambre en ningún sitio del mundo. Y todos mis carretas igual, saben trabajar como yo, siempre como el gato caerán de patas en cualquier parte en que los tires.

⁹ Texto imaginado.

—Pero caramba, ladroncito, así es la vida, le decía Javier a Ricra. Ayer nomás vestías uniforme de colegio misio, y ahora estás feliz con tu mochila en la espalda.

—Sí, claro, yo me reía de mí mismo, allí plantado en un aeropuerto que nunca había pisado, con mi terno planchado y la corbata que me ajustaba el cuello, como si fuera a la primera comunión, perdido en Arica y luego en aquel avión cubano donde estaban todos estos patas, soñando con estudiar aquí en Manila, Cubita la bella compadre. Ser ingenieros, médicos, matemáticos, técnicos formados en un país socialista. Qué lindo, no todo el mundo tenía esa suerte. Y eso que yo andaba misio y había tenido que ir en ómnibus desde Lima hasta Arica porque no tenía para el avión. Y eso que en mi casa teníamos que trabajar duro para llenar la olla. Sólo hay una cosa de la que estaba seguro: iba a ser ingeniero, respetable, buen sueldo, buena casa, mujer, carro si se puede.

—Y qué te parece. Ladroncito, apenas llegaste, los visitó Fidel en G y 23 donde estaban todos los peruanos, y tú aceptaste casi sin pensar.

—Sí pues, y cuando me di cuenta hasta me cambiaron el nombre, y ahora soy Lizardo Contreras, para servirlo, ya tengo mi fusil al hombro y una mochila a la espalda. Pero no me han obligado, no, no, no. Lo hice por convicción. Ahora tengo que hacer la revolución en mi país. ¿Hay que saber gobernar? No te preocupes mi hermano, los ingenieros los alquilaremos cuando estemos en el poder. Y si no ganamos a los dos años, tomaré mi ómnibus interprovincial y me regresaré para mi casa, palabra.

—(Pero no, ni creas, no llegué a tomar mi interprovincial. Los soldados me cosieron a balazos y me desbarranqué por una montaña de Tíncoj, tres años después, en diciembre de 1965. Llevaron mi cuerpo destrozado a un cuarto maloliente y allí me tuvieron varios días. Hernán, el pobre obrero al que habían torturado, miró a los ojos de mi cadáver, volteó la cabeza a un lado para no verme más y se puso a llorar, a llorar).



El entrenamiento se repitió con algunas variantes. Nuevamente las clases de geografía militar, los explosivos, la táctica guerrillera, los ejercicios de tiro, las marchas en la noche, las instrucciones sobre cómo cruzar los fuegos para que las emboscadas sean certeras y mortales. Esta vez no había finca sino el gran cobertizo con techo de calamina donde dormía la mayoría en hamacas y había que hacer desplazamientos de noche, como parte del entrenamiento, escondiéndose de los guajiros que vivían en las vaquerías vecinas. Nunca tuvieron contacto con alguno. ¿Qué pensarían? ¿Que eran soldados rebeldes o jóvenes cubanos haciendo entrenamiento militar?

Aparte de las armas y explosivos, también profesores de orientación y estrategia. El profesor de orientación: delgado y joven, algo miope, que les enseñaba a leer cartas militares y calcular escalas y azimuts, a trazar un rumbo y seguirlo a pesar de los accidentes del terreno. Todo era muy bueno en teoría y sobre el mapa, pero una mañana se perdió con el grupo en pleno monte por hacer una clase práctica de puntos de referencia.

Ir y venir por el monte, recibir clases teóricas en ese galpón que parecía una estufa cuando el sol tropical se desplomaba sobre las planchas de calamina, estudiar, cantar, discutir, reírse a costa del prójimo, pelearse a trompadas de vez en cuando, aprender a obedecer, a mandar, a ser como hermanos y camaradas de armas. Valientico el sindicalista de construcción decía que no se debía tener tratos con los politiqueros viejos, sólo intención de acción porque Fidel había dicho que había que hacer la revolución ¡oh, la ingenuidad! fue cobrando forma de tropa armada y vistió verde olivo. Cuarenta adolescentes, cuarenta ilusiones, cuarenta fusiles, cuatrocientas balas, cientos de recuerdos de la infancia, novias reales o inventadas, madres, padres, hermanos allá lejos, adonde ya no se podía escribir ni viajar, pero donde la nostalgia volaba cuando había que hacer de centinela en la oscuridad del bosque o cada vez que se caminaba en silencio larga serpiente en el follaje.

Acordaron organizar el grupo. Se llamaría ELN, Ejército de Liberación Nacional. Habría una dirección provisional, sería sólo el núcleo del gran ejército popular del futuro, que construirían en los Andes y después bajaría, libre y tumultuoso, sublevando al pueblo para hacer la revolución en las ciudades. Junco escribió unas cuartillas proponiendo la estrategia: no combatir todavía al ejército, sólo expulsar a los hacendados y esperar a que los militares salieran en su defensa para recién atacarlos. Actuar en grandes grupos itinerantes desde el comienzo. Caminar y explorar los Andes. Ir organizando un gran ejército campesino, con sus jefes campesinos. Los campesinos debían darse cuenta por ellos mismos quiénes eran los amigos y quiénes los enemigos, decía Junco.



Jorge Bernia. Flaco, voz grave, cara alargada, pecho hundido, personalidad borrosa que parecía desvanecerse en ese ambiente cálido y húmedo. No resistía el calor, la sofocación de esas tardes en que el aire desaparecía, la naturaleza se paralizaba como si el mundo se hubiera detenido y la Tierra dejase de dar vueltas. Encima la clase de explosivos de Manuelosky y la tortura de estar sentado en una de esas butacas de escolar cuando desearías una hamaca o una piscina. Bernia hacía esfuerzos por seguir la voz monótona de Manuelosky haciendo el recuento de las piezas de las armas. Finalmente se rendía al sueño en plena clase.

Manuelosky entonces escogía algunos detonantes de mortero, los ponía debajo del asiento de Bernia mientras éste roncaba y cabeceaba, balanceándose. Cuando Manuelosky encendía sus impulsores, el durmiente saltaba en medio de las explosiones que se sucedían debajo de su asiento.

El mando de cada pelotón se ejercía rotativamente durante el entrenamiento. Un día, un jefe. El jefe o sargento tenía que formar al grupo, cada uno debía “cantar” su número para que lo escuchen todos, cerciorarse de que estaban completos y entonces se nombraban las postas y se distribuía tareas.

Ese día le tocó a Bernia

—¡Números! Reclamó sacando voz de mando desde lo más profundo de sus pulmones. ¡Sus números!

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Cada sujeto en la formación cantó su número.

—¡Siete! ¡Siete!...

La lista se interrumpió.

El jefe—sargento Bernia protestó.

—¡Qué pasa con el número siguiente! ¡Tiene dos horas más de posta esta noche como castigo!

Silencio de la tropa.

Los segundos pasaban. Hasta que colorado a pesar de su color cenizo musitó.

—¡Ay carajo, ese número soy yo!

Pasaron las semanas. En la operación de aproximación a la frontera peruana, cuando el grupo armado navegaba en la oscuridad sobre el río Manuripi, de vez en cuando sonaba el impacto de algo sobre el agua.

—¡Hombre al agua!

Era Bernia que se había quedado dormido en la canoa mientras remaba.

Pasaron los meses y los acontecimientos. Muerto Javier Heraud, aniquilada la guerrilla en 1965, Bernia, que no había ido a combatir, vagaba por las calles de Lima con su pequeña hija, sin hogar, sin casa, sin dinero, sin comer, la razón abandonada, alejada de su conciencia. El mundo se desvaneció para él y él se desvaneció del mundo como una nube que esparce su vapor dejando las sombras vagabundas del hombre y la niña flotando encima de una humanidad de sombras.



Pasaron otros cuatro meses y una nueva etapa terminó. El grupo regresó de nuevo a La Habana y esta vez los alojaron en una gran casa cercana a El Vedado, dotada de jardín y piscina, al lado de los parques del que había sido el club de golf de la ciudad.

Cuando se iba al centro de La Habana se podía gozar unas horas de permiso y aventurarse por la calle Colón, respirando el humo caliente de las guaguas, los zapatos pegándose al asfalto ablandado por el sol. O aventurarse por el Pajarito, donde estaban las trabajadoras sexuales, escoger cuál era la mejor y gozar unos minutos con una cubana por unos pesos. Coño, compañero, no tienes idea, decía Bebo el cubano, no querían ir a las casas de readaptación, los primeros tiempos cuando se nos ocurrió limpiar La Habana de prostitución, perseguimos y apresamos a los chulos, con las mujeres teníamos que ir en camiones y llevarlas a la fuerza pero se escapaban, coño, no entendían, no entendían que podían vivir de otra manera, preferían seguir dedicándose al puterío. O en la calle Colón, se podía subir a los segundos pisos de esas vetustas viviendas de La Habana vieja y sentirse enervado, fuera de sí ante los muslos morenos, las nalgas, las enormes tetas, las delgadísimas cinturas de las negras habaneras. Estas son putas de pobres, chico, no te imaginas cómo era antes cuando los gringos venían en sus avionetas de lujo, cuando se jugaba en los casinos y los dólares circulaban más que la moneda nacional.

Voy en medio de la noche húmeda, caminando con los ojos en el suelo, ella se me acerca y envía hacia mí su voz de terciopelo. Chico, mi amor, ven acá solitario, vamo a darno un palito, chico. ¿Qué tienes, soledad? Siento su brazo sobre el mío y llegamos a la posada con su anuncio de neón azul que zumba sobre la puerta iluminada. Arriba en el cuarto, paseo sobre ella una mirada distraída. Chico, ven acá, qué te pasa, ¿tú no quiere etá conmigo mi amor? Es joven, delgada, el rosado blanquecino de su piel se esfuma en la tenue luz del cuarto. Tú no ere como eso ruso que apetan. ¿De dónde ere? ¿Cómo vinite a dá acá, corazón? La cosa están muy mal, muy mal. Ya no tenemos ni cliente. Sólo eso rusoapestoso. La veo quitarse la falda descolorida, sentarse en el lecho, levantar las piernas para sacarse con suavidad los zapatos limpiísimos pero algo rotos y desgastados, veo deslizarse el pequeño blume hacia abajo, siguiendo la ruta de esos muslos delgados, torneados, tersos. La siento desnuda en la cama, experta, casi artística en su antiguo oficio, amable, delicada, cálida. Penetro su sexo tibio. ¿Te irás de aquí mi amor?, preguntó. Yo me iré, apenas pueda me iré. Tú no conocite La Habana, cómo era de maravillosa. Y qué quiere tú mi amor. La función ha terminado, corazón, y no vamo a otra palte. Aquí sólo se quedan los que le zumba el mate. O lo bobo. ¿Tú también te irás a tu país, corazón?



En octubre de 1962 estalló la crisis de los cohetes. Kennedy había perdido la paciencia. El zapato de Jruschov golpeaba la mesa de oradores en las Naciones Unidas. Las dos bestias se miraban frente a frente, a los ojos, y sus pezuñas sacaban chispas en el planeta. Estados Unidos dio plazo de guerra: si Cuba no retiraba de inmediato los proyectiles de mediano alcance que los soviéticos habían instalado en su territorio, volaría la isla en pedazos con sus seis millones de habitantes. Los cubanos derribaron un avión espía U2, la crisis se puso al rojo vivo y el plazo empezó a correr. FIJA FIDEL LAS CINCO GARANTÍAS CONTRA LA AGRESIÓN A CUBA. ORDENA JRUSCHOV RETIRAR LAS INSTALACIONES DE ARMAS DE DEFENSA ESTRATEGICA EN CUBA. LLEGARA MAÑANA U THANT. Estallaban las primeras planas de los diarios. En las calles, camiones militares llenos de milicianos se desplazaban hacia las trincheras. Sólo mujeres y niños quedaban en la ciudad, todo el resto a las líneas de combate, vigilantes, esperando el ataque en cualquier momento. Pausado, sereno por primera vez, el rostro de Fidel aparecía en las pantallas de televisión. Era el alerta roja, el comandante en jefe ordene. Las horas se hicieron largas, dramáticas. Las cuatrobocas cubanas, en todas las playas y acantilados de la isla, esperaban silenciosas la aparición del invasor apuntando al despejado cielo tropical, mirando ese mar maravilloso que podía convertirse en enemigo de un momento a otro, hurgando en las brumas de los chubascos o recibiendo la espuma de las grandes olas que estallaban en el malecón de La Habana. Habana, hermosa Habana en son de guerra, fusil a fusil, rodeada de milicianos, de combatientes con la respiración contenida. Bases de cohetes, soldados soviéticos, rostros y alma de niños, tragedia atómica. cuerpo nervioso y agazapado, esperando con sus armas inútiles el momento del holocausto atómico.

Se acercaba el fin del curso y el comienzo del retorno. Triste, austera navidad preñada de amenazas de invasión y guerra aquella de 1962. Los cohetes ya habían sido retirados pero quedaban diez mil soldados soviéticos, para mostrar a los norteamericanos que no sería fácil invadirla. Ya no había grandes grupos de bohemios en los cafés de San Rafael, ni cafés ni lugares libres de reunión, pocas tiendas quedaban en el centro alumbradas por luces mortecinas y La Habana, solo en un año, pasó a ser una ciudad tristonra de noche, fantasmagórica, donde una que otra silueta se deslizaba de vez en cuando en silencio por las calles sin iluminación. A los soldados rusos se los veía en las calles, en las casas de las afueras, en los barrios donde las trabajadoras sexuales habaneras todavía ofrecían veinte minutos de amor por cinco pesos. Eran muchachos sonrientes, que en la mayoría de los casos no hablaban ni una palabra de castellano, pero todavía en aquella época,

bastaba la palabra Cuba o la frase Patria o Muerte para hacer amigos o identificar la vida nueva que surgía en la isla lejana. Para ellos Cuba era la esperanza y el mito sabroso, la isla del amor y la esperanza.

Cuando vivían por la Quinta Avenida, pactaron un partido de fútbol con los rusos. Los peruanos ganaron con su juego cortito y pícaro. Todo eran ademanes y señas para comunicarse. Al final del partido, entregaron sus insignias como recuerdo. Los rusos los abrazaban, se reían, se buscaban los bolsillos, no sabían qué entregar. Algunos dieron entonces sus relojes en señal de amistad. No estaba mal intercambiar una insignia de plomo coloreado por un reloj soviético. El pueblo los llamaba y los saludaba en la calle: ¡soviético, soviético!...¡checo, checo! o ¡chino, chino!. ¡Fidel, Jruchó, Etamo con lo dó!

Cuba estaba bloqueada, ya no se podía pensar en regresar al continente por México y Curazao. Todos los vuelos hacia la isla o a partir de ella estaban suspendidos indefinidamente. Sólo era posible el retorno yendo primero a Europa, pero ningún país aceptaba el aterrizaje de la línea comercial cubana ni de ninguna que viniera de La Habana. Sólo se podía usar Praga como puente, para después desde allí, enrumbar a cualquier país europeo y luego de nuevo hacia América Latina.

Hicieron las consultas al gobierno checoslovaco. Los checos respondieron que no querían problemas puesto que mantenían relaciones diplomáticas y comerciales con Bolivia y querían ampliarlas a otros países latinoamericanos. En todo caso podían aceptar un paso rápido y secreto por Praga. Entregarían el operativo a sus organismos de seguridad, pero no querían nada de turismo, nada de residencias prolongadas, sólo permitirían a los grupos las horas suficientes para cambiar de avión, lo que se hiciera después no les interesaba.

El grupo eligió un comando provisional integrado por Alaín, Junco, Negrón y Calixto, para planear las primeras acciones y coordinar con los cubanos.

Pantoja llamó a Calixto y Junco y les comunicó la decisión. El grupo de los becados, ahora llamado ELN, sería el primero en salir de Cuba hacia su país. Los del MIR se quedarían hasta nuevo aviso.

—Chico, con esta decisión les demostramos que ustedes son nuestros muchachos, dijo Pantoja invitando a Calixto y Junco una taza de café en una residencia del Vedado.

Había que distribuirse en pequeños grupos que hicieran rutas diferentes vía Europa. Era dar la vuelta al mundo para regresar al mismo sitio, pero no se podía hacer otra cosa. Fueron repartidos pasaportes falsificados, o cambiados, pertenecientes a otros latinoamericanos que estaban haciendo rutas diferentes. A Calixto le tocó ser Bruno Aréstegui, ciudadano ecuatoriano, 24 años de edad, soltero, nacido en Quito

Ecuador, con visa de turismo en Orly, París, ciudad a la que se le recomendó no ingresar para evitar dificultades. A los otros les tocaron otras nacionalidades: guatemaltecos, argentinos, casi nadie peruano. Todos tenían nombres supuestos e identidades desconocidas que debieron memorizar. Tuvieron que aprender a responder con rapidez a esos nombres ajenos, con los mismos reflejos que suscita el nombre auténtico cuando uno es llamado por un policía o desde un altoparlante. Rutas por París, Roma, hacia Buenos Aires y Río para culminar en La Paz, la última estación del trayecto, fueron planeadas. Se reservaron contraseñas para que los responsables de cada grupo pudieran reconocerse con los hombres de enlace, horas, días de contacto, claves para radioemisiones, para comunicarse con La Habana cuando estuvieran en el monte, todo fue planeado y previsto.

—Chico, como habíamos quedado y como ustedes mismos han decidido, la etapa final la harán en grupo y armados. Nosotros tendremos gente para ayudarlos y prepararemos el terreno antes que ustedes lleguen, continuó diciendo Pantoja. Entrarán clandestinos por la frontera peruana, desde Reyes, en el Beni, hasta las sierras montañosas de Sandía y Carabaya.

Como Calixto sabía que Bruno, un oficial cubano, había estado ya antes en el Perú y regresado a la isla, la propuesta no le cayó de sorpresa.

Año Nuevo 1963. El peligro de guerra atómica ha pasado, al menos por ahora. La muerte se alejó para los otros, nosotros nos acercamos a la muerte, la sentimos hermana nuestra, amiga. Nos aproximamos a ella como posibilidad pero no le damos importancia. Puede suceder, puede pasar. Es una compañera, una sombra que nos acompaña. Horas libres en la noche habanera, esperando el viaje de regreso en cualquier momento, un viaje de retorno que es también una partida. El retorno es el viaje, el punto final abre el primer capítulo. Me eché a caminar con Javier esperando el año nuevo, acariciados por la cálida brisa del mar próximo, libres por ahora en la noche. Músicas, tamboras, aire fresco, noche amiga. Sesentaidós para sesentaitrés, espera hacia las armas, las velamos como los caballeros andantes. ¿Qué hacer en esas calles, huérfanos de familias, de novias, de madres, de amigos? Solo nosotros, compás de espera. Pero la noche tenía cabellos negros, piel morena, son, olvido, alegre, nostálgica tristeza. Espectadores solitarios de un cine en La Habana, justo en Año Nuevo, mientras allá afuera la gente canta, baila. En la pantalla transcurren las coloridas escenas de *Vals para un Millón*, imágenes de mujeres jóvenes, atletas, gimnasia, multitudes lejanas allá en Praga, felicidad maquillada, *mise en scene*, espartaquiadas checas desde el telón luminoso hacia ti; y tu mente viaja a otras imágenes, a otras vidas, familia, hermanos, novia, esposa. Una ciudad gris allá al borde del Pacífico espera tu recuerdo, una soledad entre la alegría del

mundo, aislarse en el mar de los demás, espectador de un universo que seguía andando al otro lado, filme sin sonido, sentimientos sin palabras. Contagiarse de alegría después de las caravanas en las calles, hacer de tripas corazón, seguir, seguir, sumarse a la serpiente de la conga por la Rampa y Radiocentro, entregarse al ritmo frente a las casas de mármol y hierro forjado del Paseo del Prado, mientras el destino corría hacia ti, como las imágenes de la pantalla, como el filme que recuperaba un sonido que ya no era de música sino de guerra, que ya no era tuyo sino de otros, prisionero del tiempo. Desde el tiempo te escribo Javier para que mis palabras naveguen a tu encuentro.

Calixto buscó a Lobatón en la casa del MIR, en las alturas del Vedado. El negro lo recibió con su sonrisa ancha, las manos extendidas, y ese aire de complicidad amistosa en los ojos de mirada franca y directa, el uniforme azul, la camisa jean celeste demasiado chica para él, ajustándole el torso. Detrás de la casita de dos pisos, abajo, más abajo del jardincillo del fondo, podía divisarse, semi ocultos entre los árboles de la colina del frente, a los soldados soviéticos, con sus caras rosadas, vigilando de pie junto a las rampas de cohetes que aún no habían sido retiradas. De vez en cuando, un camión repleto de soldados cubanos o de milicianos pasaba por la calle rumbo a cualquier punto de la playa por donde se esperaba asomase en algún momento el ataque masivo y mortal de los norteamericanos. Había estado preso en el Perú, desterrado en Buenos Aires, en el París de postguerra se había ganado la vida como los estudiantes pobres, recogiendo periódicos viejos, subiendo y bajando las escaleras interminables de las antiguas casas francesas, para reunir unos cuantos francos y comer. Había estado en Alemania del Este estudiando marxismo. No pudo soportar esa vida gris y rígida de la Alemania stalinista de Ulbricht. Regresó a Francia, pero ya era expulsado y dudoso para los comunistas ortodoxos. Contaba que la gente odiaba a Ulbricht, que las películas de la Polonia comunista estaban prohibidas porque no se sujetaban a las exigencias del régimen, para el que Gomulka ya era sospechoso; que la vigilancia y el control le eran insoportables. Cada estudiante extranjero tenía un traductor y asistente a su lado. Te buscaban para ir a clases, te resolvían cualquier problema. Pero ya quiero hacer mis cosas solo, aprender por mi propia experiencia. Si querías leer a Max Weber tenías que pedir autorización especial. Me sentía vigilado puesto que mi asistente sabía todo lo que hacía, día y noche. Pero no se desanimó al conocer ese sistema y, por el contrario, su experiencia lo impulsó a optar por una revolución armada y popular. Regresó al Perú y se puso a entrenar por su cuenta para la guerrilla. Se juntaron entonces con Calixto y Chang, Dagnino, corrector de pruebas y Alfredo, actor de teatro y secretario del Sindicato de Actores. Hacían el camino entre Lima y Chosica y Lima Ancón a pie, apresurando el paso de noche por la carretera o los cerros. Llegaron incluso hasta Matucana siguiendo

las enseñanzas del comandante Bayo, el de las guerrillas españolas en la lucha contra los franquistas, quien decía en su folleto que el guerrillero debía caminar y caminar, día y noche. Luego Lobatón empezó con el quechua, siempre por cuenta propia. Se casó y mantenía una casta y ejemplar fidelidad en ausencia de su Jacqueline. Era de los que jamás iba al Pajarito o a la calle Colón, ni mantenía romance con cubana alguna. Inflexible consigo mismo, futbolista de barrio limeño, ensimismado en un solo objetivo, luchar, hacer, cambiar las cosas, mejorar el mundo, morir si fuese necesario.

Calixto y Lobatón buscaron un timbiriche cualquiera, de los que todavía existían en La Habana, y se sentaron frente a frente, por intermedio la mesa redonda de mármol gris en el salón casi vacío, unos cuantos parroquianos en guayabera pasando el tiempo, vidrieras huérfanas de mercaderías, empañadas por el calor de la mañana.

—Debo hacerte una confesión, violando una regla de seguridad, dijo Calixto. Lo hago porque tú y yo somos amigos. Porque te aprecio y sé que quieres ser de los primeros en regresar al Perú. No será el MIR el primero en volver, Guillermo. Seremos nosotros. Ya está decidido. Saldremos en unos pocos días. Todo está listo. Ustedes tendrán que esperar. Te lo digo porque crees que las cosas son diferentes. Guillermo, piénsalo. Todavía puedes venir con nosotros. Puedo hablar con los compañeros y ellos aceptarán que te reincorpores a nuestro grupo. Hazlo. Todavía estás a tiempo.

El negro calló, sonrió, miró alternativamente la mesa de mármol donde caminaban un par de moscas, y el rostro de Calixto, dio vueltas con la mano a su vaso de cerveza, volvió a mirar la mesa y con los ojos puestos en el vaso, como si quisiera descubrir algo perdido en el fondo del líquido espumoso y amarillento, dijo:

—Mira Cali, las cosas han avanzado demasiado. Yo ya estoy en el MIR. No sabía lo que me dices, pero ya no hay nada que hacer. Estuve en el PC, luego salí del PC, estuve con ustedes, y dejé el grupo porque el MIR es una organización ya formada y una buena vía para hacer la revolución. Si ahora dejo el MIR, sería como estar cambiando de banderas. Sea lo que sea, ya no puedo. Les deseo buena suerte. Espero que nos veamos alguna vez. Te agradezco la intención, pero ya no puedo. Debo quedarme en el MIR.

—Pero en el MIR estarás en un aparato ya formado, con un liderazgo personalista al viejo estilo. Corres el riesgo de ser preso de la vieja política encubierta con un lenguaje nuevo. Mira lo que está pasando con Napurí y sus amigos, para quienes incluso se ha pedido la prisión aquí en La Habana. Tú tienes fama de trotsquista y los acusados de serlo la están pasando muy mal en las filas de gente que no ha dejado de ser aprista y anticomunista, porfió Calixto.

—No me importa, respondió el negro. Me aviento y después veremos. Lo importante es empezar. No hay revolución sin problemas.

Esbozó una sonrisa extraña y amarga. Calixto y el negro sabían que quizá no se volverían a ver jamás, pero ninguno de ellos quiso decirlo. La muerte era una sombra apenas entrevista y supuesta en un futuro que estaba más allá de sus fuerzas describir.

Calixto lo miró y, pasando sobre la mesa, le estrechó ambas manos, sin decir palabra. Alrededor, la gente conversaba. Afuera, unos cuantos peatones circulaban por la calle semi desierta. Todo estaba dicho. Salieron sin pronunciar palabra, transpirando en medio del calor de aquella mañana habanera.

La Habana, diciembre 1962.

Muy tarde la noche, Ulises Estrada Lescaille los llevó al Riviera, a conversar con De la Puente. Alto, intensamente negro, de rostro ovalado y grandes ojos, Ulises era hombre de pocas palabras, silencioso como ídolo de ébano, atrincherado en su uniforme verde olivo, ancho cinturón, pantalones de brillo impecable, pistola al cinto, que lo identificaba como uno de los elementos más importantes de la Seguridad. Los cubanos habían organizado la entrevista, en la esperanza de encontrar un arreglo, alguna forma de coordinación entre los dos grupos.

Aún en clima de guerra, el Riviera vivía una alegría a medias, de madrugada. Amplias alfombras coloridas, espejos, molduras, grandes sillones mullidos, color rosa pálido, amarillo desvaído, luces innumerables en un cielo raso que parecía un espacio tachonado de estrellas en el color pastel. Ascensores, grandes lámparas, curioso rezago de los tiempos norteamericanos. Únicamente los uniformes de los milicianos, los modestos trajes de los alojados, indicaban que el tiempo había cambiado, que ya no había diversión, ni casino, ni dólares, sino discursos, discusiones de política y conspiraciones.

Encontraron a De la Puente en su habitación del hotel, aún somnoliento, colorado, recién despertado a las tres de la mañana, los escasos cabellos sin peinar, apenas arreglado el pijama a rayas. A su lado, en la otra cama, también se despertaba Fernández.

El recibimiento fue frío y las presentaciones, hechas por Ulises, cortas. Semi incorporado en la mullida cama, con la gran lámpara del velador alumbrándole a medias el rostro, De la Puente empezó a hablar.

—Nosotros sólo podemos entendernos con los partidos. Nosotros somos un partido. No sabemos quiénes son ustedes. Apenas un grupo

indefinido. ¿Son ustedes de la Juventud Comunista? Si lo son, es bueno que lo digan de una vez; pero entonces habrá que conversar con el Partido Comunista y no con ustedes. En cambio, nosotros avanzamos en todo el país, creamos células, nuestros militantes aumentan día por día. No podemos depositar confianza en quienes no sabemos qué harán mañana. Nuestras bases abarcan también grupos peruanos de apoyo en el extranjero, que están con la revolución y trabajan con nosotros.

—Tienes una concepción unilateral de las cosas, dijo Junco. Nosotros queremos propiciar un frente de fuerzas. Están ustedes, pero también está el movimiento de Blanco, que no se puede ignorar.

—Sobre Blanco se exagera demasiado, sobre todo aquí, interrumpió De la Puente. La hora de Blanco ya pasó. Los sindicatos de La Convención están en plena derrota. Yo me he quejado de la propaganda que se hace a Blanco en Cuba, sabiendo que es un trotsquista. Hay gente aquí a la que le interesa Blanco. Pero el hecho es que nosotros avanzamos. El último mitin del MIR en Quillabamba ha sido multitudinario. Seguiremos nuestro trabajo de organización. El que quiera hacer la revolución, debe incorporarse al MIR, y empezar por aceptar su dirección. Y eso valdría también para ustedes si se animan.

—Si ustedes merecen ser la dirección, así lo acataremos, pero dejemos eso al tiempo, no exijamos definiciones sobre mandos que todavía no mandan nada, porque todavía no hemos empezado. Nosotros somos un grupo decidido a empezar y nada más. Ni siquiera tenemos comandantes, apenas una dirección provisional, porque la guerra dirá el resto.

—Ya lo he dicho, cortó De la Puente. No aceptamos grupos que no conocemos. Sólo aceptamos conversar con partidos reconocidos, con bases en el país, con una actividad demostrada en los hechos. Ustedes nos hablan de un proyecto, nada más.

La entrevista terminó, aún más fría de lo que había empezado. Silencioso, Ulises movió la cabeza de un lado a otro, y todos se encaminaron al retorno, mientras la música del bar Copa se dejaba escuchar en el lobby.

Li Chong volvió a interrumpir el relato.

—Un momento, un momento. Esa anécdota merece un comentario. Yo intento examinar lo que relatas, objetivamente. Yo creo que De la Puente estaba obsesionado por un deseo de liderazgo. Por más que era un disidente aprista, no podía desprenderse del símbolo de Haya. Haya era su punto de referencia. Y veía en Cuba y en la revolución armada, no solo una ocasión de cambiar el país, sino de proyectarse como el Fidel peruano. Ustedes eran un elemento inesperado para él. Probablemente fue sincero al expresarles que creía o temía que ustedes eran un instrumento del Partido Comunista para hacerle compe-

tencia. Y, en su proyección obsesiva, no estaba dispuesto a permitir la competencia de nadie.

—Perdón, perdón, interrumpió Samuel, el de la armónica. Y en esos años, dentro del mundo de los izquierdistas radicales ¿quién no quería ser un Fidel? Tú Bernardo—Calixto, no querías también ser un Fidel?

—Pues te confieso que sí, respondió el fantasma de Bernardo. Pero yo y otros compañeros no hacíamos de eso cuestión de estado. Si las circunstancias o nuestra propia capacidad, facilitaban nuestro liderazgo, hubiéramos sido felices. Si no era así, estábamos dispuestos a seguir al mejor; y, por supuesto, también a De la Puente.

Samuel, el de la armónica, insistió.

—En realidad, antes que la lucha de ustedes empiece, ya se estaba dando el problema del poder. No era nada nuevo, aunque ustedes no lo sentían así.



De pie delante del amplio escritorio casi inútil en esos tiempos de guerra, el Che miró a Calixto algo retador con sus ojos grandes y cálidos. Todo en ellos sonreía irónicamente. Ancho pero esmirriado, no se podría decir si su apariencia era la de un hombre fuerte o escuálido. Su asma trascendía su amplio pecho hundido, las piernas cortas bien plantadas en el piso.

Tras la puerta, en la antesala del despacho que era a la vez una amplia oficina, los hombres de su escolta vigilaban, daban largos pasos o se sentaban aburridos estirando las piernas más allá de los viejos sillones de cuero negro. Eran las tres de la madrugada, la hora en que desde ese despacho del Ministerio de Industrias que miraba a esa hora una desierta Plaza de la Revolución, el argentino insomne acostumbraba ver los problemas de la insurrección en Latinoamérica, la organización de grupos revolucionarios, el transporte de dinero, armas y documentos. Ahí en esa antesala, los hombres de la vanguardia del Che seguían alzados, aunque fuese dentro de las cuatro paredes de ese inmenso edificio circular. El café cubano pasado gota a gota alternaba con el olor al tabaco de los cigarrros

Apenas segundos después de su breve recibimiento, el Che ya estaba semi incorporado en un gran sillón, cabeza y tórax, ojos grandes y

penetrantes lanzados hacia los recién llegados . A un costado, Barbarroja, el comandante Piñeiro, el hombre que tenía a su cargo los asuntos insurreccionales en América Latina. Al otro costado, Negrón, el otro representante del flamante Ejército de Liberación Nacional, cuyo pomposo nombre no expresaba otra cosa que la inocente voluntad de 40 novatos peruanos.

Antes, el cusqueño Negrón y Calixto habían esperado aquella noche en una de las tantas casas rodeadas de grandes árboles frutales, que fuera de algún millonario fugitivo, y que ahora servía de alojamiento a grupos latinoamericanos cuyos destinos y misiones les eran desconocidos. En el campamento, Pantoja les dijo que hablarían con alguien importante, tenían que esperar sin hacer preguntas inoportunas. No era la época en que se preguntaba por gusto.

Faltando minutos para las tres de la madrugada, sin previo aviso, Ulises Estrada el oficial rebelde de piel de ébano, los había recogido en un jeep (o yipi como le decían en La Habana), para cruzar como un bólide las desiertas calles de la ciudad nocturna. Solo una mano con el carnet del G2 se exhibía al pasar como un celaje al lado de los soñolientos milicianos que hacían la posta nocturna en esas oscuras avenidas de Mariano, aquella madrugada de octubre. Todavía las cuatro bocas soviéticas apuntaban los cielos de La Habana, con sus tiradores dispuestos a dispararle a cualquier elemento desconocido que apareciera en el cielo.

Las presentaciones fueron breves y sin ceremonias. El Che sabía, no necesitaba que le explicaran quiénes eran esos peruanos. Sus hombres lo mantenían informado. Era una reunión de trabajo. Una más.

—Comandante, todo está listo para nuestro viaje, dijo Calixto con nervioso entusiasmo. Se extendió en una larga explicación sobre el territorio peruano, el altiplano del sur y los Andes centrales, la situación social, las luchas sindicales, lo que se podía hacer y cómo se podía empezar.

El Che escuchaba y escuchaba. Piñeiro no intervenía, prefería que los peruanos hablen solos. También le interesaba lo que informaba Calixto.

—Cruzaremos la frontera de Bolivia con el Perú y nos dividiremos en dos columnas. Una marchará hasta Quillabamba para respaldar al movimiento de Hugo Blanco y sus sindicatos de arrendires; y otra irá hasta el centro del país, para hacer contacto con las comunidades campesinas de Junín, que reivindicán las tierras que tiene en su poder la Cerro de Pasco Corporation. Sabemos que en el Perú se da día a día una situación revolucionaria a partir de las luchas de los campesinos por recuperar sus tierras en el sur y el centro. En julio se ha producido un golpe militar, gobiernan los generales y las elecciones han sido anuladas. La democracia ha sido suspendida. Suponemos que todos los partidos están

en oposición al régimen. Queremos ser como la chispa que incendia la pradera. Seremos la vanguardia armada de la clase campesina.

El Che escuchó y escuchó. No se dejó entusiasmar.

—Así que van a hacer la gran marcha, dijo sonriendo, mirando fijamente a Calixto, como único helado comentario que le echó agua fría a la argumentación. No se dejaba sorprender. Y dirigiéndose a Piñeiro preguntó: ¿Quién está ayudando en Bolivia?

Piñeiro, el de la barba roja, no ocultó sus nervios. Como de costumbre el Che era franco y directo, desarmaba. Él, Piñeiro, era un Comandante del Ejército Rebelde, había luchado a las órdenes de Raúl, pero el Che, era el Che. Se sentía responsable de la operación.

—Está ayudando nuestra embajada en La Paz, apoyada por los compañeros del Partido Comunista boliviano, repuso.

El Che pensó un instante, volvió a mirar fijamente con sus grandes ojos a Piñeiro, e insistió:

—No me confío en el PC. ¿Y cómo se comunican con ellos?

Calixto y Negrón se sintieron ausentes. Eran los terceros en disputa. El diálogo se desarrolló en adelante entre el Che y Piñeiro, no más.

—Bueno comandante, por télex y en clave, dijo Piñeiro, todas las precauciones han sido tomadas.

El argentino volvió a sonreír. Empezó a ser duro y cortante.

—Piñeiro, chico, entonces ya lo saben ellos, dijo. Entre líneas el mensaje era. ¿cómo has podido ser tan tonto?

Y dirigiéndose a Negrón y Calixto, comentó:

—Ahora todas las comunicaciones pasan por Nueva York y allí los norteamericanos descifran nuestros mensajes. Por eso ahora, en la crisis de octubre, nuestros contactos con los soviéticos han sido solo por correo personal. Puede ser lento, pero es lo único seguro. Con esos télex y cables, o mensajes cifrados o lo que sea, Ustedes deben suponer que su operación ya está descubierta. Ya lo saben. Lo único que los puede salvar es la rapidez. Entren y salgan de Bolivia lo más rápido que puedan. Vas a estar en territorio minado Calixto, dijo mirándolo a los ojos. Solo faltaba que lo sacuda un poco, pero no lo hizo.

Calixto enmudeció y no supo qué decir. Tenía familiaridad con Fidel o con Barbarroja, pero no con el Che.

—Está bien compañero, lo tendremos en cuenta. Era una respuesta vacía, mecánica. Se le había ido a los talones el entusiasmo de su primera introducción. Carrera de caballo, parada de borrico, pensó. No dijo más.

El Che notó el silencio de los peruanos y comentó.

—Por ejemplo, pueden capturar un avión...Lo toman en el primer aeropuerto que conozcan y se meten con armas y todo. Sería sensacional.

Terminó sonriendo de manera cachacienta y nunca supieron si la suya era una recomendación o una broma. Era octubre de 1962 y las balas sonaban todavía en los barrios y las playas de La Habana.



A los pocos días Junco, Calixto y los demás compañeros recibieron todos sus documentos y pasajes. Fueron a Relaciones Exteriores, donde la gente los miraba con hostilidad, como se hacía con todos los que se iban de La Habana en esos momentos. Habría que pasar por Gander en el Canadá, Praga, Zurich, Roma y de allí hasta Río. Aprendieron bien sus nombres supuestos para no ser sorprendidos. Otros pequeños grupos irían por otras ciudades europeas hacia Buenos Aires, pero siempre pasando por Gander y Praga. No se podía hacer de otra manera. El bloqueo contra Cuba impedía viajar por México o Curazao como se hacía antes de la crisis.

La noche anterior al viaje sonó el teléfono en la casa de Junco. Habló Junco primero y luego tendió el fono a Calixto.

—Calixto, les deseo buen viaje. Cuídense. No olviden nuestras recomendaciones, chico. Hagan grupo grande, caminen siempre, no se dividan. Exploren, no se metan en choques prematuros.

Era la voz de Fidel, una voz de cierto dramatismo y preocupación la que transmitía el hilo telefónico esa madrugada. Ya no la del entusiasmo victorioso e ingenuo que propuso hacer la guerrilla a los chicos de G y 23. Ni la brusquedad entrometida de las noches de Siboney. Ni la alegría de darle vueltas a la sopa de Sebastián, el albañil de la cocina, en los campamentos de Sierra de los Órganos. Era la preocupación afectuosa y solemne del hermano mayor que se sabe a sí mismo en el momento dramático de elegir entre la vida la muerte para otros, tal como era deslizarse al borde del abismo todos los días como parte del juego mortal con el enemigo en esos tiempos. Apenas pasado el peligro de una guerra atómica y ya estaba enviando a un pequeño destacamento hacia la aventura revolucionaria en algún lugar de los Andes, la nueva Sierra Maestra de América Latina. En marcha la guerrilla venezolana y en preparación la guerrilla de Salta, aquí empezaba un nuevo intento. Por allá iba Massetti partiendo del sureste boliviano, por allá iría Calixto, hacia el noroeste de La Paz. Tengan cuidado Calixto, tengan cuidado...

VII

La Paz, algún día de 1962.

Palacio de Gobierno se levanta frente a la Plaza que se despliega hacia arriba en casonas que van trepando los cerros sobre un paisaje de tejados rojos. Detrás, el centro comercial desciende en pendiente pulida y resbalosa poblada de pequeñas tiendas y vidrieras que exhiben los mejores productos importados que llegan a la capital. Casa de recuerdos trágicos la de Murillo, por ella pasaron muchos presidentes, ascendieron y fueron derrocados, los aclamaron o los derribaron, a veces los asesinaron en cruentos golpes de estado. Nadie duró cuando quería reformar algo que perjudique a la Rosca porque cambiar las cosas contra ellos siempre fue arriesgar la vida. Allí en la Plaza Murillo, las masas enfurecidas engañadas y azuzadas por la derecha terrateniente, en julio de 1946, mataron a golpes al mayor Gualberto Villarroel y sus colaboradores Luis Uría de la Oliva, su secretario privado, su edecán Waldo Ballivián, y el periodista Roberto Hinojosa, director del periódico *Cumbre*, arrastraron los cadáveres por el pavimento y los colgaron de los postes de la plaza. Así terminó sus días el hombre que después de dar un golpe de estado contra el General Enrique Peñaranda en 1943, legalizó los sindicatos y abolió el pongaje, la costumbre de explotar el trabajo de los niños siervos en las haciendas, la esclavitud infantil indígena, y el mitaje, la esclavitud de los adultos. Antes, como resultado de las intrigas que se tejieron alrededor de estos salones, se suicidó en agosto de 1939 el Teniente General Germán Busch Becerra, presidente a los 33 años, que recuperó las divisas que producía la gran minería para el estado boliviano. Aquí habitan todavía los fantasmas de Linares, Melgarejo y Belzú; de Hochschild, Patiño y Aramayo, los tres personajes de la célebre «rosca», que se alimentó de las riquezas del país hundiéndolo en la miseria.

Adentro, las escalinatas de piedra ascienden desde los patios de paz bucólica hacia las arquerías del segundo piso.

Por allí subieron Jorge Kolle y Mario Monje, para hablar con el Presidente Víctor Paz Estenssoro. Reinaba el MNR y las relaciones del partido eran buenas con él. Pisos de mármol lustroso y grandes cuadros al óleo de los muchos presidentes anteriores adornaban esa habitación de amplios ventanales por donde entraba el aire cortante de la cordillera.

—Señor Presidente, dijo Kolle, le presentamos los saludos cordiales del Partido Comunista Boliviano y le agradecemos habernos concedido

esta entrevista. Aunque con algunas observaciones críticas, nuestro partido apoya su política en beneficio del pueblo.

Detrás del humo oloroso a tabaco dulce que expelía de vez en cuando, la mirada de Paz iba de la sonrisa de ratón y los dientes superiores algo salidos de Kolle a la morena cara redondeada de Monje esperando que vayan al grano. Le molestaban las ceremonias y sentía cierta superioridad intelectual frente a esos exmaestros vestidos de casimir gris arreglado para la ocasión. Pegó una buena chupada a su pipa para salir del aburrimiento.

—Les agradezco sus conceptos, dijo. Sé que ustedes son nuestros amigos. Trabajamos por el futuro de Bolivia. ¿A qué debo el placer de su visita señores?

—Hemos estado en Cuba y traemos el encargo de transmitirle un saludo personal del Comandante Fidel Castro, dijo Kolle de un solo tirón. Nos expresó que él aprecia la revolución boliviana como un antecedente de la revolución cubana y que admira el rol dirigente que usted jugó en nuestro proceso revolucionario.

Era un flechazo directo al corazón de su vanidad. Paz alzó las pobladas cejas.

—¿Fidel? Nueva chupada a la pipa. Buen tipo. Valiente. Ya quisiera yo hacer lo que él está haciendo en la isla. Pero ustedes saben, aquí no se puede.

—Yo creo que él lo entiende así también, intervino Monje mientras a su lado Kolle se atusaba los bigotitos. No todo se puede hacer de una vez. Pero Bolivia no deja de ser un ejemplo para los cubanos, señor Presidente y eso es un orgullo para nosotros los bolivianos.

—Así lo espero, repuso Paz. Ellos también son un ejemplo para nosotros. ¿Algo más, mis amigos?

—Sí, un obsequio para usted del propio Comandante Castro, dijo Kolle y se incorporó alcanzando una caja aterciopelada.

—Paz tendió las manos, recibió la caja y la abrió. Al fondo brilló el gris acero de una pistola.

—Mire, tiene grabado su nombre con una dedicatoria.

Paz sonrió algo sorprendido y leyó: «A mi dilecto amigo, el Presidente de Bolivia Víctor Paz Estenssoro, líder del pueblo boliviano. Comandante Fidel Castro Ruz».

—Caramba, es un hermoso regalo, dijo. Díganle al Comandante Castro que estoy muy agradecido y guardaré siempre este recuerdo suyo como algo muy especial.

La conversación se hizo entonces más suelta y menos ceremoniosa. Cómo iba la reforma agraria, las dificultades en la nacionalización de las

minas. Ustedes comprenden, todo son problemas, hay que esperar un poco pero seguiremos adelante. Hasta que Kolle aventuró:

—Señor Presidente, queremos aprovechar esta ocasión para confiarle algo. Nuestro Partido mantiene su línea de respaldo a los revolucionarios latinoamericanos. Usted debe estar informado que por Bolivia pasan muchos grupos que quieren hacer en sus países lo que nosotros hicimos en Bolivia: derrocar a las oligarquías que también son enemigas de la revolución boliviana. Los estamos ayudando y quisiéramos contar con su comprensión en esta tarea histórica.

Paz enarcó las cejas de nuevo y pensó una fracción de segundo.

—Pues miren, ustedes me están planteando algo complicado. No es fácil la situación internacional de Bolivia, nos tienen acorralados. Pero mientras no hayan problemas, mejor no enterarme del asunto ¿Estamos? Si ustedes son hábiles yo no me entero. Si fallan, trataré de mirar a otro lado. Pero que no haya problemas, hay muchas manos metidas en Bolivia y muchos ojos mirándonos. Manéjense con cuidado.



Perú, madrugada del 5 de enero 1963. Miles de comunistas e izquierdistas, intelectuales, obreros, campesinos, son trasladados por sorpresa en camiones del ejército y aviones de la Fuerza Aérea desde decenas de ciudades hacia la Colonia Penal El Sepa, en el Alto Urubamba, y arrojados a las profundidades de la selva. Las Fuerzas Armadas que capturaron el poder en julio de 1962 y formaron una Junta de Gobierno, despliegan ahora su capacidad represiva.

Allanados los locales del Movimiento Social Progresista y el Frente de Liberación Nacional, el Sindicato de Construcción Civil, el Partido Comunista. Cortados los teléfonos en todo Lima. Suspendidas las garantías constitucionales en todo el país. Declaración de las Fuerzas Armadas y la Junta Militar de Ricardo Pérez Godoy: se aplasta complot comunista, el gobierno afirma que todo un proceso de agitación y depredaciones debía culminar el día de Túpac Amaru, mediante golpes sorpresivos de pega y corre y guerrillas de montaña. Ochocientos detenidos. Enérgica reclamación diplomática a Bolivia para adoptar las medidas destinadas a impedir que siga sirviendo de base a la subversión en el Perú. Las puertas son derribadas a puntapiés, los hogares son asaltados por el Servicio de Inteligencia. Las imprentas allanadas. En aviones y ómnibus los presos de todo el país son traídos a Lima y después enviados a la selva lejana en la Colonia Penal del Sepa. Las cárceles rebasan presos que ocupan celdas, patios y techos del Cuartel Sexto y la Penitenciaría.

Las «fuerzas vivas», sociedades nacionales agraria, pesquera, minera y petrolera, expresan su adhesión a la Junta por las medidas adoptadas.

La Prensa titula en enero de 1963: *Plan rojo subversivo conectado al exterior denuncia el gobierno*. El Comercio: *Gobierno anuncia haber descubierto plan terrorista*. La Crónica: *Plan comunista orquestado desde Moscú*.

¿Cuál fue el motivo de la redada? ¿Conocía el gobierno peruano lo que se planeaba desde La Paz?

Oriente boliviano, enero de 1963.

El gusano pufaba, animal cansado atravesando el mar de arbustos que se perdía allá lejos, hacia un horizonte de colinas apretadas en árboles. Ocho, nueve, diez vagones de madera, sin cristales en las ventanas, recibiendo vaho caliente de la llanura selvática. Tres, cuatro furgones cerrados por crucetas y un machihembrado de color indefinible. Desde la locomotora, la estela gris azulada llegaba hasta los pasajeros. Si uno se encaramaba haciendo equilibrios circenses en el techo de los vagones, podía respirar por lo menos esa mezcla de aire húmedo y cenizas, y viajar aireándose por el movimiento del tren mientras el humo ahuyentaba los mosquitos.

Abajo la gente se asfixiaba rodando dentro de las cajas de madera, entre los bultos de telas y chucherías. En los vagones de primera, en realidad otros cajones con agujeros en ambos lados, los pasajeros se acurrucaban unos a otros o dormitaban en difíciles posiciones, adormecidos por el golpeteo de la caravana, buscando los huecos que dejaban también allí bultos de todas las formas, calidades, consistencias y colores imaginables. Les esperaban cuatro días de viaje entre Corumbá, Puerto Suárez y Santa Cruz de la Sierra, para luego quizás, seguir una noche más en autobús hasta Cochabamba.

Tuvieron que dormir la noche anterior en los vagones para asegurar asiento, pagando propinas jugosas a los guardianes de la estación de Puerto Suárez. En La Paz encontrarían a los otros compañeros que debían ingresar por rutas diferentes a Bolivia. Acurrucado en una esquina, al final de un vagón de primera iba Nipi, soñando con los cerros pelados y rocosos de su Chungui, tan diferentes a esta pampa llena de mosquitos y pantanos. Había que resignarse Nipi y hacer el trayecto hacia La Paz y luego, con el resto de los compañeros, todos ingresarían al Perú, tal como acordaron en La Habana. Trenes modernos son los que tenemos en el Perú, pensaba Nipi entre cabeceo y cabeceo. Allí un coche de primera, pues es un coche de primera. Ventanas grandes de cristales herméticos, coche restaurante, butacas de cuero, como en el tren entre Arequipa y

Puno, no estas bancas desvencijadas y malolientes. Locomotoras modernas, a petróleo diesel, no esta carcocha que se detiene cada cierto tiempo hasta que los propios pasajeros consigan la leña para seguir caminando. Caramba, realmente ni me lo hubiera imaginado. Qué tal atraso. Y pensar que dicen que éstas eran las tierras del caucho. Del caucho. ¡Puaf! Todo se lo chuparon, se lo divertieron los mestizos bolivianos en los mejores burdeles de América Latina, con putas traídas especialmente de Europa. Todo se lo llevaron los aventureros que llegaron del extranjero. Sólo quedaron las ruinas de las casas, los azulejos traídos alguna vez de Europa, las carreteras invadidas por el monte donde pasearon los Ford solamente por lujo, los nombres de pueblos extraños: Filadelfia, Puerto Rico, San Francisco, Luisiana. Y la pobreza de los peones, sus hijos y sus nietos, que ahora buscan una nueva riqueza para sobrevivir apenas.

La locomotora se balancea de izquierda a derecha y viceversa. Los pasajeros siguen los movimientos como en un barco. De vez en cuando caen las bolsas acomodadas en los portaequipajes que revientan de bultos. El sol y el cielo arden, calcinan. Los chirridos de las ruedas y los rieles destiemplan los dientes. Los mosquitos hacen su banquete con la sangre y el sudor de los pasajeros. En cada parada los vagones son invadidos por miriadas de vendedores de comida y bebidas. Un silbido ronco, los rieles crujen, los vagones se sacuden y el gusano chirriante se pone de nuevo en marcha. 27 horas, 28 poblaciones van pasando

Nipi acurrucó su flacura contra la muchachita que compartía su banco de madera. Japonesa, pensó para sus adentros. Son lindas las japonesas. Pero a mí me gustan más las chinas, ésas que no quieren acostarse con los extranjeros como me contaron en La Habana, camaradas chinas que luchan por su revolución fusil en mano. Hay millones de chinos, demasiados. Y todos son camaradas, siguen a Mao, porque él los guió hacia el socialismo. Si por lo menos pudieran prestarnos unos diez mil chinitos a los peruanos, ganaríamos la revolución en un dos por tres. Sería fácil. Se confundirían con los peruanos como una gota de agua con la otra. Y saben pasar hambre como nosotros. Pero son más disciplinados. ¿Recuerdas Nipi? En Manila los chinos siempre caminaban en grupo y sólo uno hablaba por todo el resto. Nada de discusiones inútiles, de juegos y malacrianzas. El trabajo es el trabajo y la disciplina es la disciplina. Nosotros los de la sierra lo entendemos así, pero los de la costa son demasiado palomillas, demasiado divertidos, y quieren discutirlo todo.

El movimiento del vagón ponía en contacto su cuerpo con el de la japonesita que también dormitaba, agobiada por el calor. Se movía a su costado, hacia adelante y hacia atrás y un perfume se desprendía de su cabellera o de la tela de su vestido que le rozaba de vez en cuando. Nipi sonrió. Se ruborizó, pero se mantuvo en su sitio, dejando que esa piel aterciopelada tan próxima tocara sus muslos. Si él se juntaba más, ella lo tomaría a mal, podría pensar que era un confianzudo. Pero así como

estaba, no podía decirle nada. Total, era ella la que se había arrimado. ¿De dónde sería? ¿Boliviana? Los arbustos continuaban pasando por la ventana como un monótono rollo cinematográfico que invitaba también al sueño. Ahora sí que se parece a mi tierra serrana pensó, mirando ese cielo que se recortaba en un azul plano, intenso, encima de esa naturaleza feroz. A su lado, la japonesita cabeceaba y sus cabellos fueron invadiendo a pocos su hombro anguloso. Se puso a temblar, con un temblor ridículo de emoción, mientras una ola cálida de cariño colmaba sus entrañas. Y caramba, no sabía qué hacer. ¿Le pasaría el brazo por los hombros? Hubiese querido que fuese su enamorada, hermosa japonesita, suave, casi una niña. Miró las pantorrillas torneadas, algo regordetas, los muslos firmes que se adivinaban debajo de la faldita a cuadros celestes. Los dientes empezaron a castañetearle por el temor y la indecisión. Tenía que decidir algo, rápido. El suave perfume de esa mujercita empezaba a enloquecerlo. Entonces lo llenó un sentimiento paternal, como cuando en su casa de Chungui había acunado a sus hermanos menores junto al fogón de leña, calentándose todos para combatir el frío de las punas andinas. Suave, suave, la fue rodeando con el brazo y atrajo hacia sí ese rostro que adivinaba armónico, rosado y regordete, esos hombros redonditos como los muslos que rozaban sus piernas erizándole hasta los escasos vellos de su cara lampiña. Al fin, Nipi, lo hiciste, no protestó.

—Uf, Dios mío, a qué hora llegaremos.

Ella había suspirado en sueños acurrucándose todavía más, como si tal cosa, buscando el ángulo del hombro y el cuello para colocar su cabecita, sus cabellos negros, su perfume barato. El trataba de impedir la transpiración que le invadía por todas partes, intentaba mantener en su lugar el brazo que ya se le adormecía y hormigueaba por el peso de su compañera. Había hablado con ella misma, aceptando ese refugio cálido e inesperado al tiempo que ignoraba al dueño del brazo hormigueante.

De pronto el vagón se detuvo. Las ruedas chirriaron iniciando una corta marcha que acabó en un nuevo frenazo prolongado y quejumbroso. Miró otra vez el panorama. Las mismas selvas bajas, sarmentosas, el mismo verde pálido, indefinido, terroso, el calor sofocante, los mosquitos que invadían el tren detenido zumbándole por el rostro y se posaban en sus mejillas, orejas y narices.

Entonces rápida, ella se incorporó.

—Amor cuida mi paquete, susurró, mi bulto. Señaló un gran costal debajo del banco y le habló como si lo conociera de toda la vida. Por favor, corazón, di que es tuyo, tenlo, cuídalo, yo regreso.

Le había hablado haciéndole un mohín cómplice y entonces vio que aquellos ojos algo rasgados eran castaños y hermosos. Antes que Nipi se repusiera de la sorpresa, y sin que hubiese terminado de ruborizarse de nuevo, todo se convirtió en una rápida y precisa máquina humana.

Los pasajeros que estaban en el techo ingresaron por las ventanas. Las mujeres que habían estado sentadas en los bancos de madera asieron sus bultos y circularon hacia adelante, hacia el otro vagón. Su amada desapareció como por encanto. Toda la masa humana, bultos incluidos, se deslizaba hacia adelante, mientras el tren seguía detenido. Sólo Nipi quedó solitario, en el carro milagrosamente desierto. Por la puerta de atrás, la que daba a otros vagones, entraron tres hombres gordos, uniformados, paño verde, kepís, correaes marrones y lustrosos, mirando a un lado y a otro, mientras avanzaban con parsimonia, ignorando la emigración que los había precedido.

—Sus papeles. ¿Es usted boliviano, amigo?

Nipi sintió una corriente fría recorrerle el cuerpo y trató de no inmudarse. No hizo un solo gesto. Ni muevas las cejas, ni te pongas nervioso, Nipi. Recuerda, por ahora eres un combatiente clandestino. Se incorporó solícito y extendió un gran cartón marrón doblado en dos. Palpó con disimulo sus bolsillos. Los dólares estaban en su sitio.

—Ecuatoriano, dijo sacando fuerzas.

—¿Ah, sí? Tomó el cuadernillo verde. Ajá, París, Roma, Río. ¡Vaya, vaya, vaya quién como usted!. Ha viajado por muchos países amigo. El gordo daba vuelta a las hojas con creciente interés.

¿De quién sería el pasaporte? Se lo habían dado en Manila. Allí estaban además sellos de otras ciudades desconocidas, un nombre, dos apellidos que repetía en la memoria para no equivocarse: Fernández Roldós, Fernández Roldós, Fernández Roldós... Pero estaba su foto, él mismo, con su cara flaca, larga, y sus ojos achinados. Y un sello de agua. Quito, Dirección de Inmigración, 1962. Qué perfección la de los compañeros. Los gordos lo contemplaron socarrones, saltando de su rostro pálido a la cara gris de la foto.

—¿Y qué anda haciendo por aquí?

—Pues... estoy de paseo, conociendo Bolivia señor.

—¿Ah, sí? ¿Y qué lleva ahí? Dijo un gordo mientras el otro continuaba examinando el pasaporte.

Ahora las miradas iban oblicuas, en ángulo hacia los pies de Nipi.

—¿No lleva usted armas? ¿Pistolas, revólveres?

—No señor, sonrió Nipi, haciendo como que lo tomaba a broma. Pues son unas compritas que hice en Corumbá. Voy a Santa Cruz.

—¿A qué va?

—Bueno pues, a pasear.

—¿Turismo?

—Sí, turismo.

—¿Compró bastante, eh amigo? Manos hábiles rebuscaron en el bulto sin ni siquiera pedir permiso.

Ahora los dos gordos rieron.

—Y hasta me parece que compró calzones, medias nylon, ropa de mujer. No creo que usted se vista con eso, amigazo.

Nipi palideció y luego se puso rojo hasta las orejas. Pero respiró aliviado porque la atención había pasado del pasaporte raro y los sellos de ciudades europeas a los calzones de satén.

—Oh, disculpe, el paquete es de mi amiga, que lo ha olvidado por casualidad.

Corrieron varios segundos de silencio embarazoso.

—Bueno, veamos, no perdamos más tiempo, vamos a entendernos. La chica que salió escapando es su amiguita. Usted lleva el paquete y usted paga el paquete, como todo un caballero, qué le parece. Y todos quedamos contentos.

—¿Y cuánto puede ser eso? Bisbiseó Nipi, ya tranquilizado.

—Usted dirá, pero con unos 300 mil podemos quedar arreglados, ¿está bien? Ni usted vio nada, ni nosotros vimos nada. Vea amigo, todos los que viajan aquí son contrabandistas, pasan mercadería del Brasil. A nosotros los aduaneros, el gobierno no nos paga hace muchos meses. ¿De qué vamos a vivir? ¿Del aire? La gente hace una pequeña contribución y todos contentos.

Nipi sacó del bolsillo trasero un fajo de violetas billetes bolivianos. Tuvo miedo al pensar que los policías intuyesen que llevaba demasiado dinero. Contó muy rápido, sin estar seguro de la cantidad, y extendió la mano.

—Muy bien chinito, estamos conformes, sigue tranquilo muchacho. Y cuídate. Y en tono confidencial: todas estas mujeres son putas, viven del contrabando pensando que así algún día dejarán la putería. Pero siempre regresan. ¿Y esa tu amiguita está buena chinito sí? Son cosas de la vida.

Poco a poco, el tren volvía a iniciar su marcha. Los que habían estado en el techo tornaron a subir. Los bultos regresaron a su lugar, mientras los aduaneros caminaban por el andén hacia su caseta. Al fondo vio aproximarse a su amada, puestos en él sus ojitos rasgados.

—Has sido muy bueno conmigo. Dijo poniendo cara de monjita arrepen-tida.

Ahora ya eran amigos de toda la vida.

—¿Cómo te llamas? preguntó Nipi.

—Midori. Midori Niashiro. Yo trabajo de pasadora de mercadería de vez en cuando en este tren, para ganarme unos pesos. Pero vivo en Cochabamba. Si quieres, puedes buscarme en «La Perla Azul». Es fácil llegar, cualquier chofer de Cochabamba te lleva, todos conocen. Es un naiclú muy lindo mi amor, saliendo de Cochabamba nomás está. También bailo allí. ¿Vendrás?



¡Comunidades y ayllus, feudatarios, arrendires y peones, uníos! ¡Que tiemblen los gamonales y terratenientes!. En La Convención y Lares los trabajadores se niegan a aceptar el trabajo semiesclavo, el pongaje. Las banderas peruanas flotan al viento izadas en pértigas, los picos y las lampas son las armas de este ejército pacífico que recupera las tierras exhibiendo sus títulos coloniales. El rey español los ha firmado, los reyes republicanos los niegan, las constituciones criollas los ignoran. Las tierras han sido transferidas a lo largo de los años a las familias criollas, ilegalmente, falsificando escrituras, comprando jueces y escribanos. Es la hora de la recuperación, es el tiempo de la libertad. Sindicatos y federaciones surgen en todos lados.

En 1961 el gobierno de Manuel Prado se ve obligado a declarar abolido el trabajo gratuito. A los pocos meses tiene que instaurar el salario mínimo. Después tiene que cortar los juicios de desahucio.

La oligarquía retrocede, pero reacciona con zarpazos. En 1962 su policía dispara contra los campesinos desarmados en Huarocondo, en Sicuani, en Colca y San Lorenzo. Corre la sangre campesina. Entre noviembre de 1962 y enero de 1963 entran en huelga 35 mil obreros de Pátamo y Pucalá, 4,500 trabajadores de Cayalti, doce mil mineros y metalúrgicos de La Oroya y Cerro de Pasco.



Viejas habitaciones de madera en el segundo piso de una antigua casona de La Paz, servían de sede al Partido Comunista Boliviano. Uno de los hombres paseaba nervioso mientras el otro lo contemplaba impasible, las piernas cruzadas encima de la silla de Viena. Los tablones encogidos por el frío y la falta de grasa, crujían bajo sus pies a esos 3,700 metros de altura. El ambiente helado enrojecía sus manos y rostros, y daba a sus cuerpos también una expresión de encogimiento.

—El Partido está en una encrucijada Inti, dijo Monje, sin sacar las manos enguantadas de los bolsillos de lana, mientras caminaba de arriba abajo. Ahora Pantoja nos ha pedido que apoyemos el paso de un grupo de peruchos al Perú.

—¿Y qué has respondido camarada?

El que preguntó, sentado en la destartada silla, era Guido Peredo, conocido como el Inti. Delgado, blanco, joven, era responsable del Comité Regional de La Paz.

—Y qué iba a hacer. Dije que sí, pero no estoy convencido.

—Pero aquí la revolución se ha detenido, camarada. Ya no va más. En cambio en otros países quizá podría ir adelante.

No le extrañó el comentario. Las relaciones entre Monje y el Inti eran amistosas pero tensas. El Comité de La Paz, integrado por jóvenes, presionaba siempre hacia posiciones más radicales.

—Sí claro, pero esta vez la operación es muy difícil. Quieren que los pasemos por Reyes. Hemos mandado al Camba y Pachi a explorar, pero la zona es terrible, los abismos son inmensos, pueden morirse todos, incluidos los nuestros.

—¿Y entonces qué? ¿Nos quedaremos con los brazos cruzados esperando?

—Es una operación muy arriesgada. Si acaban descubriéndonos tendremos problemas. Un paso en falso puede poner en peligro todo el Partido. Recuerda, tenemos mucho terreno ganado. Lo de Argentina podía pasar, pero el Perú es un país mucho más cercano, lo tenemos en nuestras narices, y cualquier falla puede precipitar las cosas aquí, revivir el anticomunismo del MNR, desencadenar la represión contra nuestros cuadros como en el pasado.

—Pero en el Perú hay una dictadura militar que no le gusta al MNR. Los milicos peruanos han derrocado a Prado y pueden ser también una amenaza para el gobierno boliviano, porque ellos han apoyado siempre a la Falange.

—Sí, pero estos muchachos llegan justo cuando los militares tienen presa a toda la dirección del partido del Perú en mitad de la selva. ¿Qué pasará? Si hay una provocación o un hecho de sangre en la frontera y se descubre que los comunistas estamos de por medio, los camaradas peruanos se pudrirán toda su vida en la cárcel o serán asesinados. No te olvides, ellos son rehenes de los militares. No es casual que hayan detenido mil quinientas personas en el Perú justo en enero, cuando la operación de penetración está a punto de comenzar. No sabemos si los gringos sospechan algo. La gente de la CIA está en plena actividad. ¿No te parece extraño que ese avión de Lloyd se haya caído entre Arica y La

Paz sobre el Tacora, justo cuando venían diplomáticos cubanos con documentos secretos?

Inti Peredo escuchaba impasible mirando al infinito. Hacía tiempo que su vista había dejado de acompañar los ajetreos de su interlocutor por la habitación.

Las aguas detenidas se pudren camarada, y eso está ocurriendo en Bolivia, dijo mirando a la ventana por donde asomaban las casas de la acera opuesta. Conviene que por lo menos hagamos gimnasia. Apoyar esa operación no nos vendría mal después de todo.

Monje continuó hablando como si no hubiera escuchado.

—Es peligroso, Inti. Estamos en un equilibrio difícil.

—Tan difícil que será imposible mantenerlo por más tiempo.

Monje y sus amigos habían combatido junto al MNR contra la Falange, contra la rosca, se batieron a balazos en las calles, en las minas, contra la oposición de derecha, pero también podían dialogar y moverse en varios planos. Era una dimensión de la política que Inti ignoraba.

—Tú sabes que el mundo boliviano está repartido: el campesinado está con Víctor Paz, los mineros con el Partido y la clase media con la Falange. Si se nos ocurriese reclutar campesinos nos correrían a balazos. Pero los del MNR que siguen a Paz o a Siles no pueden entrar a las minas, porque las milicias mineras no se lo permiten. Es una situación de hecho, un pacto tácito y así lo aceptamos. No podemos romper ese pacto sin prever qué vamos a hacer después.

Inti argumentó:

—Pero mientras tanto ¿qué ha pasado con el heroísmo de nuestras mujeres, de nuestros obreros, que enfrentaron sin armas al ejército y fueron capaces de desarmarlo y dispersarlo?

—Ellos tienen organizaciones poderosas, Inti.

—Puede ser, pero ahora los morteros se enmohecen en manos de los campesinos o los usan para pelear por el impuesto a la chicha entre Cliza y Ucureña. ¿Qué fue de los fusiles de los milicianos de La Paz? Duermen bajo sus colchones.

—Sí, es cierto, la revolución no puede expandirse ni profundizarse, pero no es nuestra culpa, nada ganamos reprochándonos. Son los gringos quienes nos tienen agarrados de los huevos.

—Los gringos, siempre los gringos.

—Debemos esperar, Inti. Bolivia no puede refinar su estaño porque los americanos sólo quieren comprarlo en bruto y barato. La reforma agraria no puede ensayar formas colectivas para dar paso al socialismo,

sino solo dividir y distribuir la tierra para crear nuevos mujiks o nuevos kulaks. En una palabra, hemos llegado a un límite y no podemos sobrepasarlo porque nos aplastarían. Tenemos que esperar.

Mario Monje, Secretario General del Partido Comunista de Bolivia, terminó en una confesión de impotencia y desesperanza. Al comienzo el Partido apoyó de muy buen grado a la embajada. La verdad, él les había hablado numerosas veces de la revolución y los cubanos se la tomaron en serio: querían hacer la revolución latinoamericana desde Bolivia. Monje y su amigo Kolle se habían entrevistado con Fidel en 1962 para entregarle una donación de solidaridad a la revolución y fue entonces cuando acordaron con ellos la realización de misiones específicas. Desde ese momento las relaciones habían mejorado con rapidez. Hilario Clau-re, Simón Reyes, Monje y Kolle estaban en el secretariado, pero los dos últimos compartían los secretos más importantes.

Por su parte los jóvenes admiraban y seguían a ciegas a Monje, esperando que los conduzca en algún momento al combate por esa revolución. Después, no había podido impedir que una parte de ellos se sintiesen atraídos por esos agentes secretos como mariposas por la luz. Al poco tiempo, los muchachos ya estaban cooperando con trabajos conspirativos para apoyar el tránsito de guerrilleros hacia Argentina y Paraguay y presionaban para iniciar una insurrección en la misma Bolivia, cosa que la propia gente de la isla desestimaba por el momento. Después de todo, Bolivia tenía una ubicación estratégica como único país sudamericano que mantenía una embajada cubana y era necesario conservar ese punto de apoyo. Eso tenía un costo: no hacer nada revolucionario dentro del país.

—En ese caso ¿para qué sirve una espera que no acaba nunca? porfió Inti. Los políticos se oxidan, se corrompen. Los emenerristas se enriquecen a costa del Estado, sus palabras son huecas, han perdido todo valor, nadie ya les cree. Los mineros más radicales nos sobrepasan, buscan al partido en la dirección de las huelgas y no lo encuentran. Debemos retornar a la historia heroica, por lo menos apoyando revoluciones en otras partes. Y después puede tocarnos el turno a nosotros. Para Paz será una buena lección saber que la revolución no ha terminado.

Peredo se había puesto de pie.

—Cuidado con el MNR. Ellos tienen dos caras. Le dicen al pueblo una cosa, nos dicen a nosotros otra cosa, y negocian a nuestras espaldas con los gringos. La embajada norteamericana manda en Palacio Murillo, ésa sí es una intervención peor. Deja que los peruanos hagan lo suyo y colaboremos con ellos. No puede haber revoluciones aisladas, ya lo estamos viendo en nuestro caso. La revolución tiene que ser continental o no será nada.

Afuera, bajo la ventana de la habitación de adobe y madera, se arrastraban los autobuses cargados de gente, subiendo la empinada ca-

lle empedrada. Satóooo...Satóooo...se escuchaba a veces la voz de los boleteros que pedían un rato a sus choferes para llenar con más pasajeros los viejos carros ya atestados mientras mantenían las manos repletas de pequeños billetes doblados y mugrientos. Un olor picante y metálico se mezclaba con el aire falto de oxígeno.



El flemático y casi cínico fantasma de Li Chong estuvo escuchando la historia narrada hasta ahora como quien ve una película que le resulta interesante aunque ajena.

—La revolución es parte de la locura de ciertas gentes cuando toman conciencia de que viven una situación que no obedece a la razón, reflexionó, hablando con él mismo. El mundo social es irracional. El mundo natural es racional. El estado normal, razonable, es la aceptación de lo irracional del mundo social, la explotación, la guerra, el crimen. Se necesita fuertes impulsos de locura para tratar de cambiar el mundo que acepta la mayoría sumisa, para volver ¡oh, paradoja! a un orden lógico. ¿Era eso lo que ustedes querían? ¿Era eso de verdad posible? Quizá Monje ya no estaba con la locura, sino había llegado a ese apacible estado del alma que denominamos madurez y razón, y que oscila sobre sí misma tratando de adaptarse a las confusas circunstancias de una vida absurda. Monje era un hombre indeciso en una situación nueva. Le faltaba audacia, aventura, coraje, irresponsabilidad. Se veía presionado de todos lados y quería quedar bien con todos.

Dijo Bernardo:

—Como antes Villarroel, como mucho antes Busch, Monje veía tejerse a su entorno, una red de circunstancias que ya no podía controlar. Era el viejo drama de Bolivia que había atenazado tantas veces Palacio Murillo; era también el drama de las limitaciones humanas, que se reproducía en el Partido Comunista. La organización del PC respondía a la línea tradicional de sus similares, quería mantener su presencia junto a un movimiento de masas como el MNR, quería conservar una posición, no arriesgar en el juego. El MNR y el PC ya eran conservadores. Y habitaban un momento en que la obsesión de cambiar el mundo invadía territorios inesperados. Estaba en Argelia, en Vietnam, en China, en el zapato de Jruschov golpeando su mesa en las Naciones Unidas, en los cubanos listos a disparar sus «cuatro-bocas» contra cualquier invasor de la isla.

—Pues bueno, dijo Li Chong. Eran hermosos territorios inconformes donde la locura se defendía frente a las acometidas de la razón,

la madurez y el acomodamiento. Pero era locura y quienes entran en ese territorio deben pagar las consecuencias. No hay locura sin precio. La Unión Soviética, principal punto de referencia de ustedes los comunistas en todos los países, también toleraba y apoyaba revoluciones guerrilleras en Vietnam, en África; y empezaba a hacerlo en América Latina. Pero se escondía y retiraba la mano o enviaba otra gente a las aventuras. Las cosas no eran tan simples, y Bolivia se había transformado en un nudo gordiano. Quizá sin darse cuenta de ello, los cubanos iban a romper ese nudo y pagaron el precio. Y ustedes también.



La Paz despertaba con sus casas tendidas sobre el semicírculo montañoso, cuando Calixto la vio por primera vez desde la ventanilla del ómnibus que lo había llevado de Cochabamba. ¡Qué viaje perro! Toda la noche llovió. El carro se quedó enfangado cerca de la cumbre y hasta tuvo que bajarse y ayudar a empujarlo para salir del atolladero, con ese frío que cortaba las orejas, esa falta de oxígeno que asfixiaba. Claro, el Perú también era así y peores cosas tendrían que pasar en las montañas inmensas de los Andes. Estos también, sábelo Calixto, son los Andes. Un solo país con el Perú. Una sola tierra. Las mismas gentes. Las mismas casas chatas de barro tatuado por el frío, con las tejas bailando su milagroso equilibrio sobre los techos. Las mismas esfinges de piedra y bronce ocultas tras los sombreros arrugados, bajo ponchos y chalinas. Seres aferrados a la cordillera y la miseria, una sola incógnita, un solo tiempo detenido. Seres inescrutables. Niños andrajosos esperando las sobras a la mesa del restaurante o corriendo tras el carro en el altiplano, corriendo atrás y atrás, hasta que alguien les lance un pedazo de pan, corriendo tras la vida que se va y los deja abandonados a ese tiempo sin cambio. Corazones encogidos, caritas sonrientes de los niños. Aquel idioma ininteligible a pesar de tus clases de quechua. Patria mía ¿Patria tuya? ¿Era finalmente tu patria o estabas haciendo un esfuerzo cristiano en este corazón agitado por la altura y apesadumbrado, dolido hasta el llanto por aquella miseria? Estos ponchos habían sido arrojados al suelo, estas manos habían tomado un cuchillo o un fusil, estas mujeres de abultadas polleras habían bailado y orinado encima de los cadáveres de los soldados y los terratenientes. Estos brazos, pues, se habían alzado, la resignación transformada en aterradora explosión. Y luego habían dormido nuevamente. ¿Cuál era el secreto Calixto? ¿Dónde está la fórmula misteriosa para detonar esta fuerza escondida y dirigirla contra quienes queremos, en el momento que determinamos, contra quienes

elegimos, en la forma que decidimos? Miles de indios, pies grandes y fuertes, marchando por los Andes, arrasando latifundios, generando gobiernos, anarquía creadora de su propia ley, infierno y cielo a la vez, incendio generador de su propio amago ¿es ello posible? Subhumanos convertidos en hombres plenos, en seres que hasta ahora no existen ni siquiera en la sociedad que llamamos civilizada. ¿Es posible?

El ómnibus bajaba el cerro sepenteando entre los tejados, con su carga humana semiasfijada por la fatiga de una noche sin oxígeno. Paradero final. Bultos que bajan del techo, tumulto. Calixto caminó en silencio detrás del hombre que mostraba una revista *Time* y *El Diario de La Paz* bajo la axila como se había convenido en la isla. A unos cincuenta metros, veía su espalda inclinándose para subir la cuesta empedrada. Como los camaradas cuando éramos clandestinos en Lima y me guiaban hacia el local de alguna reunión secreta. Bernardo, te necesitamos, el Partido te necesita. Calixto, sígueme aunque no me conozcas, la revolución te necesita. El hombre paró en la esquina de la calle semidesierta, mientras Calixto resoplaba afectado por la altura. El otro esperó paciente que los pocos transeúntes pasaran por su lado. Reanudó la marcha junto con otro hombre que se le había acercado en la esquina, haciendo como que conversaban. Todo seguía de acuerdo a lo previsto. Ahora se despedirán y tendré que seguir al nuevo. Se despidieron. Continuamos, uno detrás de otro. Recuerda, cuando uno camina hacia arriba, hay que respirar con ritmo, uno dos, uno dos. Ahora se metió por un callejón. Calixto lo siguió. Todo bien. Callejón desierto, aclarando como un bosque en la mañana. A la derecha, una puerta entreabierta. Adentro, los dos hombres. Se miraron sin decir palabra. Silencio de espera. Claro, había que sacar la mitad del billete que traía desde la misma Habana. Confrontaron los números. Todo conforme. Tú eres Calixto. Sí. Tú eres Tomás. Bienvenido.

—Calixto, te presento al camarada Tellería, dijo Tomás. Le decimos Manzanita.

A su lado un tipo elegante, coloradito, inclinó la cabecita, solícito.

—Nos espera un trabajo fuerte nomás, dijo Tomás con su acento boliviano. Antes que tú llegaras nos hemos reunido con tus camaradas y los compañeros cubanos. Quizá ya sabes que se cambió la ruta de la operación.

—Con razón cuando llegué a Cochabamba Viaña me dijo: oye ¿qué pasa? ¿Estamos yendo para atrás como el cangrejo? Deberíamos desplazarnos hacia el oeste y nos llevan hacia el este. ¿Así que de verdad estamos yendo como el cangrejo?

—No lo tomes así. Ya no será por el Beni sino por Madre de Dios. Así es mejor para ustedes.

—¿Por Madre de Dios?

El asombro le agrandó los ojos. Madre de Dios evocaba un país lejano, de leyenda, una selva que él conocía sólo por sus lecturas de niño sobre los primeros exploradores y caucheros, un punto remoto en el mapa.

—Por si acaso los compañeros Pantoja y Papi conocen esta decisión y la han aprobado, reafirmó Tomás notando el gesto dubitativo de Calixto.

—Pero perderemos tiempo.

—No te preocupes, el Partido apoya la operación y hemos destacado un grupo para acompañarlos en el trayecto. Parte de vuestra gente ya salió. Dejen que nosotros nos ocupemos del asunto en territorio boliviano. Más allá ya es cuestión de ustedes. El camarada Tellería se encargará de todo lo que es aprovisionamiento.

—Ropa, comida, armas. Falta poco nomás. Ya casi todo está comprado.

Desde su asiento, Manzanita volvió a inclinarse y sonrió.

—Bien. Si Pantoja lo dice...

Calixto pensó en Bruno, el capitán que había ingresado a territorio peruano y a quien había conocido en la casa de La Habana. En Ulises, Pantoja y Papi. Si ellos lo habían decidido, no había nada qué hacer. Esto era una cosa grande y no era el momento de dudas ni preguntas innecesarias.



Cuando se enteró, Pantoja puso el grito en el cielo pero ya no había nada qué hacer. Los políticos coño, siempre los políticos enredando las cosas. En el monte ya los hubiera fusilado por insubordinación, pero aquí él era un consejero y debía actuar de acuerdo a tal estatus. Acarició el pasaporte diplomático que conservaba en el bolsillo interior de su elegante saco, con el que había llegado a La Paz unas semanas antes. Unos centímetros más abajo sentía su nuevecita y brillante pistola browning automática de la que se había provisto antes de venir. Qué poca distancia entre la diplomacia y la guerra, la legalidad y el clandestinaje. ¿La diplomacia o la guerra? La guerra era mejor que la diplomacia, tal como los militares siempre eran mejores que los políticos traidores. Se la habían hecho. No tenía otra cosa que hacer sino comunicar los cambios a La Habana y tirar para adelante.

Estaba en un país extraño, donde la gente se guardaba los sentimientos en el fuero interno, decía sí, y hacía otra cosa. El venía de un país extravertido, alegre, ilusionado con la certeza de una revolución que iba adelante por un camino simple, en que arriesgar la piel era un acto de cotidiana fanfarronería. Se había encontrado con seres tristonos, escondidos dentro de ellos mismos, con personalidades complicadas. Gente que, además, dudaba ante el riesgo, luchaba duro por la vida y cuidaba la propia supervivencia como un bien escaso y valioso.

Y en efecto, la decisión de cambiar el lugar de ingreso obligó a rehacer las rutas, hablar con nueva gente que ayude, reorientar el curso de las armas, movilizar en secreto a los hombres a lo largo de miles de kilómetros. La Paz, Cochabamba, el Chapare, San Francisco, el río Beni, el Mamoré, Trinidad, Riberalta, Guajaramerín, el río Manuripi eran apenas parte de esa ruta interminable que los muchachos deberían hacer en camión, barco y a pie, atravesando por partes los montes pantanosos del oriente boliviano, para navegar decenas de kilómetros hacia el Perú después de virar hacia occidente. La vuelta al mundo en 80 días. La vuelta a Bolivia en cuatro meses. ¿Y? ¿Querían hacer la gran marcha? ¡Pues ahí la tenían! Se necesitaría mucho tiempo y si no iban rápido, alguien acabaría enterándose y entonces todo se iría al diablo.

Los grupos empezaron a llegar a La Paz desde Corumbá, en la frontera con Brasil o de Buenos Aires, fueron acondicionados en casas alquiladas por los cubanos o alojados con diversos pretextos en los hogares de camaradas bolivianos. Los que arribaron primero tuvieron que esperar varias semanas a que la operación de traslado comience, mientras llegaba el resto. Se organizaron en grupos, y sólo los responsables de cada grupo podían salir a la calle, para disminuir el impacto de una presencia demasiado notoria. Los bolivianos les habían conseguido armas con antelación, pudieron comprar ropa adecuada a lo que se venía en el mercado de contrabando y otras tiendas de La Paz, pero la tensión de la clandestinidad aumentaba a medida que se prolongaba un encierro que nadie había esperado. Era muy difícil mantener mucho tiempo a un grupo recluido en una casa sin que se produjesen algunos romances con las hijas de los comunistas, quienes eran atraídas por el halo de misterio de esos visitantes que vestían ropas europeas y tenían destino desconocido; o, en otras ocasiones, se producían conflictos y riñas entre ellos. Calixto, Junco y Negrón trabajaron febrilmente pero el tiempo corría y con él, el riesgo de que un secreto que ya estaba en poder de mucha gente llegase incluso hasta la policía.

Una noche dos de ellos se escaparon de una de las casas de refugio en Cochabamba y fueron apresados cuando deambulaban en la madrugada. A los organizadores no les fue posible hacer nada, sino

apenas averiguar que la policía boliviana los golpeó y los devolvió al Perú creyéndolos inmigrantes ilegales. Desde entonces perdieron todo contacto con ellos.



En esas circunstancias se inició el traslado. Manzanita dirigía el apoyo por parte de los bolivianos. Olo Pantoja hacía lo mismo del lado cubano.

Manzanita era el hombre designado por el secretariado para dirigir la cooperación boliviana. Los cubanos sabían que todo el trabajo conspirativo estaba concentrado en el secretariado y se apoyaba en algunos militantes de la juventud comunista boliviana cuyo número se podía contar con los dedos de la mano. Los Peredo, Ana Urquieta, Loyola Guzmán. Chicos que apenas terminaban su adolescencia, eran quienes empacaban las armas o llevaban mensajes entre las bases secretas; los que amanecían velando en el cuidado del transporte; aquellos que protegían a desconocidos cuyos nombres ignoraban jugándose por ellos la libertad y hasta la vida. Algunos viejos militantes ayudaban cubriendo este trabajo con un velo de protectora complicidad, pues nada era explícito, todo era supuesto y a la vez formalmente ignorado. La gente empezó a desplazarse desde La Paz por grupos, usando diversas vías de comunicación, en principio hacia las cercanías de Riberalta y Guajaramerín, en el ángulo noreste boliviano.



El paiche Ramírez llegó a la hora exacta en un autobús y empezó a dar vueltas a la Plaza Uyuni, más inquieto que de costumbre. Ya debía estar allí el enviado del Partido Comunista Peruano, que había solicitado una entrevista con el ELN a través del partido boliviano. En la escuela de la isla lo habían entrenado para las horas exactas. Forma usual para evitar la vigilancia de los *tiras* (policías secretos) en el trabajo clandestino. Cumplido un tiempo mínimo, dos o tres minutos, bórrate, cualquier presencia rara en la calle por demasiado tiempo llama la atención, no conviene compañero. Llevaba el maletín negro en la mano derecha y el anillo en el meñique izquierdo, las dos señas que le habían indicado portar para ser reconocido por el visitante.

La Plaza Uyuni era redonda y estaba rodeada de casas bajas y chatas. Desde allí descendía, desplegando su ancha pista, la avenida

Saavedra. Hacia arriba subía la cuesta la calle Iturralde, en los barrios residenciales de Miraflores, donde vivía la clase media paceña en sombreadas casas rodeadas de jardines y verjas grises. De noche la plaza tenía poca luz y circulación, y un manto negro cubría su faz desértica, sin vegetación ni edificaciones notables y con grandes áreas semivacias. Un poco más abajo estaba el estadio de fútbol donde las multitudes se reunían los domingos para ver su espectáculo favorito.

A los pocos instantes, el Paiche vio detenerse un taxi y descender un hombre de talla mediana y envejecido terno gris. Es él, pensó, mientras pasaba unos cuatro metros por delante y emprendía el camino hacia arriba por la Iturralde, como si fuera un transeúnte cualquiera. Miró atrás con el rabillo del ojo. En efecto, lo había reconocido y lo seguía. Caminó unos cien metros y entregó la posta a su compañero. Nipi hizo un guiño y dobló la esquina mientras el Paiche seguía de frente. Era lo convenido. El hombre siguió esta vez a Nipi. Si hubiera sido un policía, habría seguido a Ramírez. Nipi apuró el paso y lo condujo hasta la casa.

—Vaya que si se cuidan ustedes, dijo el desconocido resoplando, una vez que estuvo dentro.

—Tenemos que cuidarnos Rubén, dijo Calixto. No esperaba verte aquí. Y extendió la mano. ¿Cómo están en el Perú?

Era Montes. Calixto recordó la vez que se encontraron en La Habana, hacía ya más de un año, cuando fue sorprendido in fraganti en aquél ascensor del Riviera, en un país donde, según el partido, no tenía porqué estar. Recordó el ternito gris lustroso y la corbata roja, los mismos que ahora seguía vistiendo el hombre que tenía al frente. Enviar un mensajero hasta La Paz cuando la policía perseguía a los comunistas en el Perú, demostraba que había una intensa preocupación en Lima.

—Tenemos mucha gente presa en el Sepa y la totalidad del partido ha retornado a la clandestinidad. Pero a pesar de eso quisiéramos mantener comunicación con ustedes.

—¿Tú crees que podrían ayudarnos?

—Por qué no. Podríamos integrar algunos camaradas al grupo.

—Pero en este momento no es más gente lo que necesitamos.

—Si ustedes aceptan nuestra colaboración, nuestros camaradas podrían ser incorporados a la guerrilla para cumplir el papel de comisarios políticos o algo así, insistió.

Sentándose, Calixto y Alain depositaron sobre la mesa sus pistolas recién conseguidas en La Paz, como diciéndole: fijate Montes, ahora nosotros tenemos los fierros.

—Si te entiendo bien, tú propondrías hombres que estén al lado de la dirección, porque ese fue siempre el rol de los comisarios políticos,

interrumpió Alaín. ¿No te parece algo prematuro? ¿Por qué tendrían que estar desde el saque en la dirección?

—Bueno, tenemos gente muy segura, además ellos podrían ejercer nuestra representación y confianza. A cambio de eso, ustedes tendrían una relación directa con nuestra dirección en la clandestinidad. No te olvides que nosotros disponemos de contactos y organización en todo el país y les garantizaríamos apoyo político también en el mundo socialista.

—Nosotros no tenemos comisarios políticos, volvió a interrumpir Alaín, porque no queremos constituir ninguna autoridad que no surja de las mismas acciones y éstas todavía no han comenzado.

Desconfiado, Alaín pensó que el partido, que no había podido impedir su formación en la isla, ahora temía la presencia de este grupo armado por los cubanos. Sabía que el método de los comisarios al que Montes aludía, se había aplicado en la segunda guerra mundial contra los nazifascistas. Los comisarios eran la columna vertebral del Ejército Rojo. Pero aquí, otra era la cuestión.

—Bueno, todo eso podemos verlo más adelante, terció Calixto. ¿Por qué no discutir estos problemas después? Lo que nos interesa ahora es entrar al Perú. Hay todavía mucho tiempo para conversar.

—Ahora no podemos hacer nada. Tendríamos que reajustar nuestra organización primero.

Montes evitaba un tono tajante, no quería quedarse al margen y, a la vez, eludía todo compromiso. Parecía más bien un padre tratando de llamar al orden a sus hijos, pero su argumentación sobre temas que no dominaba sonaba a veces falsa frente a quienes creían saberlo todo sobre guerras y guerrillas. De unos treinta años, de hablar profesoral y formación académica universitaria, era un cuadro intelectual del Partido, que los veía con simpatía aunque sin entusiasmo. No podía ignorar el problema que este grupo paralelo significaba para su Partido. Temía lo que podía pasar y trataba de evitar que los acontecimientos siguiesen un curso peligroso para su organización.

—Entiendo, dijo Calixto.

—Bueno, informaré a nuestra Dirección. Les deseo buena suerte.

Cortó la conversación, se despidió. Todo había quedado igual.



VIII

Los sindicatos de arrendires luchan por su legalización y son un nuevo poder en La Convención y Lares. Hugo Blanco es el Secretario General de la Federación Provincial de La Convención. Cunde la represión. Cientos de campesinos son perseguidos y encarcelados. El Sindicato de Chaupimayo organiza la Brigada Remigio Huamán. Los diarios de la derecha, y especialmente La Prensa de Pedro Beltrán, dicen que hay guerrillas en el Cusco. Las huelgas de los arrendires se extienden por el valle. Hay un clima de violencia. Se forman milicias campesinas. Los sindicatos toman el control de las haciendas. Para la Junta Militar que ha dado el golpe de estado, tomar el control de La Convención y Lares es un asunto de primera prioridad. Hay que poner orden. Una ley de reforma agraria es promulgada y el ejército con su servicio de inteligencia, extiende su presencia, acompañado de funcionarios del Estado que van a aplicar la ley. Los líderes sindicales son perseguidos y apresados. Blanco es capturado en mayo de 1963.



Calixto y el boliviano Alberto Méndez miembro del Partido presentado por Tomás y Manzanita, salieron muy de madrugada de Cochabamba, con un camión cargado de fusiles y municiones. La noche anterior, Calixto y Negrón se la habían pasado en blanco, empacando los fusiles en costales y cosiéndolos en yute para simular una carga comercial de papas. La verdad es que eran unos bultos demasiado rígidos, muy largos y pesados, en que las puntas de los cañones y cerrojos se notaban escandalosamente bajo el yute de los costales. Las cajas cuadradas de munición, también envueltas y cosidas con yute y cáñamo pesaban una barbaridad. Sólo personas de imaginación excesiva podían pensar que esos bultos con toda la apariencia de fusiles eran mercadería normal. Hubo que esconderlos debajo de otras mercaderías. Era un viaje en que el disimulo era sólo un pretexto, porque el juego ya había empezado.

El camión pasó los primeros controles bamboleándose sobre la carretera enlodada por las lluvias del verano, y fue dejando atrás las serranías del valle para subir a la primera cumbre andina. Calixto iba en la tolva, tiritando de frío a pesar de su poncho y de su chullo, quemado

el rostro por el viento cortante de esas punas, que acuchillaba su piel cuarteada, mientras Méndez iba en la caseta. Pasaron la cumbre a unos kilómetros de las lagunas y luego descendieron y descendieron, siguiendo curva tras curva hacia las selvas del Chapare. A su lado, de vez en cuando, el agua se precipitaba en chorros unos cientos de metros hacia abajo, y las primeras luces del alba empezaban a traslucir una vegetación exuberante que se adhería a las pendientes formando paredes de todas las tonalidades verdes, mientras el vaho de la selva iba formando un ambiente cálido y húmedo.

Calixto dormitaba en la tolva acunado por el bamboleo, y cubierto por una lona protectora, mientras Méndez iba en la caseta, conversando con el chofer. Era mejor la tolva, más cómoda y además sin el riesgo de que descubran el acento extranjero.

—Tú irás con las armas. Negrón irá al encuentro de la gente para avisar.

Le había dicho Pantoja en La Paz, y Manzanita había añadido:

—Lo de Reyes ha sido descartado, está quemado. Lo del oriente es más seguro. Allí tenemos bases firmes y camaradas con experiencia. Ellos los ayudarán.

Luego Pantoja extendió un mapa sobre la mesa y dijo:

—Ustedes entrarán por Puerto Maldonado, y luego podrán cumplir sus planes en el Perú.

En su semisueño alterado de vez en cuando por los golpes de la tolva en el camino, Calixto recordó que Pajarito, uno de los cuzqueños del MIR que se incorporaron a la nueva organización después de los líos con Fernández, había viajado por Puno para dirigirse al Cusco y hacer contacto con Hugo Blanco. Si lograba hacerlo y el acuerdo se producía, la guerrilla empalmaría con el movimiento campesino. Con un destacamento armado, los sindicatos de La Convención serían imparables.

De pronto, el camión se detuvo. Incorporándose con dificultad, y sintiendo los estragos de la mala noche, Calixto trepó a la baranda y saltó hacia la carretera barrosa. Había llovido y una gran fila de camiones detenidos estaba delante de ellos. Unos pasos más adelante, reconoció a Méndez con su gorra azul y su bufanda a cuadros, que todavía se encogía de frío a pesar del calor reinante. Los abejorros y mosquitos zumbaban por todos lados y de vez en cuando cruzaban los aires mariposas de alas tornasol. Al lado de los camiones, un restaurante vendía café y galletas a los soñolientos choferes o dueños de carga de los camiones precedentes.

—Esto es Villa Tunari, dijo Méndez, sin más explicaciones.

Calixto avanzó unos cien pasos por el costado de los camiones, y bajó encorvado dejándose llevar por la pendiente, siguiendo los pe-

queños riachuelos que serpenteaban en el afirmado de la carretera. Todavía algo mareado, orinó al borde del camino. Al fondo estaba el río inmenso, silencioso, con una corriente cuyo ruido no llegaba hasta la orilla. A un costado un pequeño cuarto de madera oscura y remojada por la lluvia, con el escudo boliviano. A unos veinte metros sobre el agua, un par de cables de acero formaban una curva semielíptica que atravesaba el río encima de la corriente. Dos grandes ruedas de hierro en cada orilla y una plataforma de madera servían para halar los camiones. Vio que un camión embarcado en la plataforma pasaba encima del río y era depositado en la otra ribera. Hay que ser valiente, pensó, mientras veía que el aparejo regresaba para llevar esta vez a los pasajeros y la carga.

Los carabineros contemplaban con aburrimiento la hilera de carros que iba pasando después de haber esperado su turno. Daban un vistazo a la mercadería, examinaban la documentación de cada camión y otorgaban el paso. Era un asunto de rutina. Pero ¿qué pasaría con la carga del camión de las armas? ¿Cómo reaccionarían cuando vieran esos costales largos y rígidos, esas extrañas cajas de peso inexplicable, surgir del fondo del vehículo que llegaba de Cochabamba?

Alberto se adelantó hacia el grupo de carabineros.

—Jefe, estamos en un problema, dijo. Salimos con retraso de Cochabamba, hemos hecho el camino con lluvia y tenemos una embarcación que nos espera en San Francisco. Si nos demoramos, se va. Llevamos mercadería para Trinidad. ¿Podría permitirnos pasar rápido, sin descargar el camión?

Gordo, mofletudo, el guardia se rascó la cabeza.

—¿Quiere usted matarse, amigo? Los pulgares se hundían entre los correajes y el paño gastado de su uniforme. ¿Qué pasa si su camión se queda en el medio del río? ¿Usted cree que lo vamos a sacar de ahí?

Méndez porfió.

—Mire jefe, soy comerciante de Trinidad y conozco esta ruta. El camión no lleva mucha carga. Yo creo que el cable puede resistir.

—Usted cree. Pucha amigo, usted lo sabe todo.

—Vamos jefe, de usted depende que no nos quedemos varados con la mercadería en San Francisco. Es cuestión de dinero. Si nos demoramos, perderemos muchos pesos y no podemos darnos ese lujo.

El carabinero le echó una mirada retadora mientras los que parecían ser sus subordinados se apartaban para revisar los papeles de otros camiones.

—Y ¿qué lleva usted ahí?

—Telas jefe, sólo telas. Si quiere revise, suba a la tolva. Sólo es una cuestión de apuro...y de pesos pues jefe, dijo recalcando las últimas palabras. Usted sabe, en esta época uno no se puede dar el lujo de perder unos pesos.

El uniformado pensó un instante.

—Bueno, dijo, yo retiro mi responsabilidad. Si su camión se cae del guaro, se cae. Es su culpa. Si se queda atracado le costará una buena multa, pero para mí será una sanción. Y usted comprende, ese riesgo cuesta. Lo otro es que usted espere su turno y haga lo que todos hacen. Carga abajo y ya veremos. ¿Qué dice?

—Créame de veras que se lo agradezco, jefe. Todo saldrá bien. ¿Van bien un millón de pesos?

Un millón de pesos era una pequeña fortuna. El carabinero miró a los costados, hizo un gesto y guardó rápidamente los billetes.

Todos los presentes miraban intrigados aquel camión cuyo dueño prefería irse al fondo del río antes que reacomodar la carga. El cable de acero chirriaba y se arqueaba bajo la succión del peso excesivo. Hizo rauda la parte del descenso, la primera mitad, pero al iniciar la segunda parte del arco, en que debía ascender hacia la orilla opuesta, se plantó. Carajo, las poleas no daban ni para atrás ni para adelante.

—La puta de tu madre, sube, sube. Murmuraba Méndez haciendo fuerza y apretando los labios como si, pujando por su cuenta, pudiera ayudar.

Desde la orilla, los de la polea resoplaban en un esfuerzo supremo, mientras los cables llegaban al máximo de tensión. Los otros camioneros fueron agrupándose y miraban a veces el camión y a veces a Méndez y Calixto.

Al fin, como en un filme de suspenso, el impasse cedió y el viejo camión, llevado por su canastilla, empezó a ascender a pausas hasta tocar, al fin, el otro lado del río. Todos respiraron aliviados, incluidos los gendarmes. Un accidente también los habría comprometido y habría cortado las comunicaciones entre el puerto de San Francisco adonde se dirigían y la región de Cochabamba.

Llegaron a San Francisco, en las selvas del Chapare. Cuatro o cinco ranchos sobre pilotes, suelo barrizo y húmedo, grandes árboles, un alojamiento para viajeros construido también con palos, una cocina a leña, hamacas y mosquiteros. Al frente del terreno descubierto que hacía las veces de calle, otros troncos con techo de palma donde estaba el restaurante con botellas de cerveza, de alcohol, una mesa poblada de moscas y unos cuantos vasos. A unos metros, las aguas barrosas del río se dirigían con paciencia sabe Dios adónde. Al frente, amarrada a la playa, estaba «Angelita», la embarcación que abordarían con su cargamento para ganar mucho más abajo el río Beni y navegar más hacia el Oriente, casi hasta el Brasil. Más allá las mujeres se bañaban en el lodo, vestidas sólo con batitas de color indefinido que dejaban ver las formas redondas

y húmedas de sus cuerpos mestizos, mientras los chicos chapoteaban tirándose de cabeza al río bajo una nube de mosquitos.

Alberto trató los detalles del viaje con Roberto Sarria, el dueño de Angelita. El barco saldría en unos días hacia el destino previsto llevando la carga que habían acumulado cerca de la ensenada barrosa bajo un techo de palmas. Sólo la tripulación indispensable, Sarria y un par de ayudantes, se harían cargo del viaje. Lacónico, Sarria no hizo preguntas. El negocio fue cerrado con una cena compuesta por carne de loro guisada y un poco de arroz semicrudo servido por la dueña del boliche.

A los dos días, el pequeño radio del restaurante empezó a transmitir a toda voz el cotejo entre Brasil y Bolivia que definiría el campeonato sudamericano de fútbol. Pocas veces Bolivia había tenido tal oportunidad, ser campeón sudamericano nada menos. La contienda se jugaba en La Paz. Todo el caserío estaba pendiente de las acciones en que Bolivia podía ganar el título. Sarria y su ayudante, más Alberto y Calixto rodearon la mesa y empezaron a beber mientras la voz de la radio transmitía las incidencias del partido. Conforme pasaban los minutos y la tensión aumentaba, las botellas se acumulaban en las mesas, y los parroquianos hablaban fuerte, discutían y aplaudían. Cuando Bolivia ganó, convirtiéndose en campeón sudamericano, ya Sarria y su segundo estaban borrachos y cabeceaban mientras grandes y chicos saltaban y se abrazaban. Y siguieron así mucho rato más, rindiendo sus cabezas sobre la mesa del restaurante ya desierto, babeando sobre el hule todavía húmedo de cerveza. La noche había invadido el poblado y las siluetas de los árboles ennegrecían recortándose apenas, encima del río también oscuro. Sólo las luces intermitentes de las luciérnagas iban y venían en el monte.

—¡Este es el momento! dijo Méndez.

Alberto y Calixto, casi borrachos también, empezaron a ir y venir en las sombras, a veces resbalando en el barro, cargando los bultos del improvisado depósito al barco, mientras sus acompañantes continuaban su profundo sueño poblado de ronquidos. Los dos se doblaban bajo el peso de los fierros y el agotamiento, pero corrían en la oscuridad, de las casas al barco, del barco a las casas, casi vomitando la cerveza que reventaba sus estómagos, ignorados por los pobladores que también celebraban el campeonato. Al final, terminada su tarea, cayeron también rendidos por la borrachera y el sueño.

—¡Me cago, Méndez! ¿Quién carajo te autorizó a meter la mano en mi barco? Tronó la voz de Sarria al día siguiente mientras sacudía a Méndez para despertarlo.

—¿Y qué querías? ¿Que esperase tus ganas para cargar? Estamos apurados, no podemos esperar a que despiertes de los tragos.

—Mira Méndez, tú sabes cómo soy. Puedo hacer descargar mi barco en este momento y se van a la mierda tú y tu carga. Mira cómo lo dejaste con tu maldito apuro.

La Angelita había quedado muy inclinada y el agua penetraba por un costado de su plataforma.

—Sé comprensivo pues hermano, se amistó Méndez. Eso lo puedes arreglar. Y qué más quieres, te hemos ahorrado el trabajo de la carga.

Sólo faltaba acomodar los bultos para que el barco quedase equilibrado. Así se hizo. No hubo más preguntas. Sarria supuso que algo extraño había de por medio, pero no era costumbre en esa región preguntar demasiado. En su vida había conocido muchos aventureros, contrabandistas, fugitivos políticos, hombres de las más diversas personalidades y sabía que mientras le asegurasen el pago de su trabajo, nada más era necesario para vivir feliz navegando en las anchas aguas de los ríos de la selva, sin otro límite que el cielo, ni más peligros que los rápidos, las cachuelas o los diluvios del oriente.

Así la Angelita empezó su marcha. Era una embarcación chata, de unos 8 metros de largo por cuatro de ancho, una plataforma con una caseta encima. Al centro se quejaba un motor a gasolina y su cadencia lograba que la embarcación se desplace por el medio del río. En el primer piso iba la carga con su peso distribuido. En el segundo que, en realidad, era el techo, se acomodaban los pasajeros, instalando sus hamacas si querían descansar en la noche. Se cocinaba el arroz infaltable en un hornillo de querosene en la misma embarcación y, de vez en cuando, se pescaba un zúngaro o un dorado, o se cazaba cualquier pava de monte que pudiera verse desde la orilla.



Selvas de Guayaramerín, marzo de 1963

Los tábanos y mosquitos zumbaban alrededor de sus torturados cuerpos, se introducían en sus ropas y hundían sus aguijones en sus enrojecidas carnes. Unos diez peruanos, luego de ser llevados en avión desde La Paz, colocados en aquel pantano del lago Victoria por el grupo comunista de Guayaramerín. Gran espejo de agua en plena selva amazónica, el lago estaba rodeado de barrizales, pajonales y pantanos.

Perdidos en algún lugar de ese gran pajonal, los peruanos tuvieron que hacer su campamento. No podían tender hamacas porque no había árboles, ni dormir en el suelo porque alacranes y hormigas pululaban en las pocas partes secas. Ni mosquiteros para protegerse de los bichos voladores ni cobertura para el rigor implacable de los rayos solares. De noche, el frío y el viento extendían su imperio por esa zona deshabitada, descubierta, pero demasiado cercana a dos poblados importantes: casi junto

al Brasil, en el extremo noreste de Bolivia, el río dividía las dos aldeas, Guajará Merín, en el lado brasileño y Guayaramerín en el lado boliviano.

Como acostumbraba hacerlo durante su entrenamiento en la isla ahora lejana, el grupo extendió su sistema de postas para protegerse día y noche, pero las armas que llevaban Calixto y Alberto no habían llegado aún; sólo era posible la fuga en caso de una emergencia. Nadie conocía el terreno. Yucas y plátanos verdes eran aprovisionados por mensajeros a quienes no conocían. Discutieron largamente si era conveniente cocinar en aquella planicie donde se podía ver cualquier fuego o humo a varios kilómetros de distancia. La leña casi no existía y, además, si la encendían, corrían el peligro de prender fuego a todo el pajonal.

Mientras el achicharrante calor los angustiaba y embrutecía en medio de la modorra y el aplastamiento, Atito, Eustaquio, Moisés, Viaña, Toque, Cabrera y los otros fueron tomando conciencia de que estaban abandonados y expuestos al peligro. No obstante, como si cumplieran un ritual, se organizaron para las tareas consabidas. Acarreo de agua, turnos de noche y exploración del terreno inmediato. A la espera de algo que tardaba en llegar, transcurrieron varios días sin otra novedad que los deshidratados, las diarreas y las infecciones provocadas por picaduras de los feroces mosquitos.

Aquél día, como los otros, el sol se desplomaba sofocante sobre el pajonal que parecía arder. Ni una sola nube podía descubrirse en ese cielo de resplandeciente azul.

—¡A tierra todos!

La voz de Pareja apenas precedió unos segundos a las detonaciones que sonaban por todas partes. Al comienzo, todo el mundo se tiró de cabeza a los pajonales, tratando de mimetizarse con la naturaleza y después se desató una fuga general. El grupo se dispersó en un sálvese quien pueda mientras sentían las balas silbar encima de sus cabezas y escuchaban los gritos de los soldados ordenándoles detenerse. Los disparos fueron disminuyendo y sonando cada vez más lejos a medida que los fugitivos se metían en los pantanos, pero la persecución duró algunas horas. Habían perdido todo contacto unos con otros y ahora debían orientarse en ese laberinto de paja y matorrales.



La Angelita enfiló por el Chapare, se alejó de los centros poblados, tomó el medio del río y siguió sus vericuetos de serpiente durante el día y la noche, sin que su motor parase un solo instante. Desde la cubierta

podía observarse la selva inmensa a los costados y, al frente, el amplio horizonte del río. Al fin desembocaron en el río Mamoré, doblemente ancho, menos peligroso, enorme en su majestuosidad de rey de la selva. De vez en cuando, a lo lejos, podía verse Puerto Julio, San Javier, Puerto Leigue o los pequeños caseríos de los indios, que la miraban pasar indiferentes como si fuera parte del paisaje. Todo había que hacerlo en el barco: dormir, soñar, pensar, defecar, comer, soportar la lluvia cuando se desencadenaba alimentando todavía más las aguas ya crecidas.

Al final de varios días de navegación, atracaron en un pequeño puerto. Otro caserío, más chozas de palma sobre pilotes, más lluvia, más barro. También esta vez ellos mismos descargaron los pesados bultos y los dejaron al abrigo del agua. Un viejo campesino, su mujer y su hija, les dieron alojamiento y les buscaron hamaca y mosquiteros. Allí quedó la Angelita. Se hizo el trasbordo a otra embarcación más pequeña que continuaría su marcha por el centro del río hasta dar el encuentro a los otros compañeros.

Sentado, exhausto, con la cara y brazos enrojecidos e hinchados por las picaduras, Atito miró el escarabajo que había descubierto en el fondo del pajonal, cerró los ojos, fue tomando fuerzas y dio un buen mordisco. Estómago y vísceras se le revolviéron en una sola contorsión y escupió entonces presa de un vómito imparable. Llevaba varios días sin comer, caminando como un autómatas y tratando de orientarse en ese lugar endiablado. ¿Maldita sea, allí está el este, pero en qué mierda de lugar está Guayamerín? La culpa la tenían ellos por no haberse provisto ni siquiera de un croquis. ¿Qué sería de los compañeros? Sólo bebía aguas pútridas en ese desierto de pajas filudas, porque el agua de su cantimplora se había agotado hacía tiempo. Pensaba, trataba de recordar los mapas de Bolivia que había visto antes, pero ningún esfuerzo de precisión le traía a la memoria ni siquiera aproximadamente el pueblo de Guayamerín. Además, ¿a qué tanta desesperación? La policía estaría esperándolos en el pueblo para echarles mano.

A un par de kilómetros de distancia, Eustaquio caminaba sin hacerse más problemas. Siguiendo la ruta del este, tendría que llegar necesariamente al Brasil. Sólo la inanición y la insolación lo derrotaban de vez en cuando provocándole mareos y una extrema debilidad que lo obligaban a tenderse en cualquier lugar, permitiendo que cientos de hormigas recorriesen su cuerpo, hasta hundirse en un sueño inquieto, enfiebreado, poblado de parpadeantes imágenes índigovioletas.

Todo el grupo parecía un hormiguero asustado con sus integrantes haciendo círculos, tratando de salir de la seca vegetación. Ni siquiera grandes árboles a los que se pudiera subir para examinar el horizonte y orientarse. Todo pajonal, todo sol que pesaba como una losa, todo mosquitos y hojas cortantes como cuchillos o espinas o barro o pantanos. Primera experiencia del correcorre ¿eh Solón? Pues aquí nos tienes en pleno correcorre, con el enemigo atrás atrás, un enemigo que no es nuestro ene-

migo, un país que no es nuestro país, unos amigos que más nos valiera no tenerlos, quizá empezando la revolución no sabemos dónde en un terreno que no conocemos y en una ocasión que ni siquiera habíamos imaginado.



La embarcación, ahora con motor fuera de borda, continuó su curso por el Mamoré varios días más, hasta desembocar en el río Guaporé. Esta vez había que cuidarse de las cachuelas y encostar de vez en cuando para descansar y preparar alimentos. Llegar a la orilla era una verdadera tortura, porque había que soportar las nubes de mosquitos que infestaban los bordes pantanosos, entrar en el barro, despejar los arbustos espinosos machete en mano y arriesgar el peligro de ser atacado por las serpientes que solían habitarlo. Pero nada sucedió. Algunas veces visitaron las viviendas de los indios. Ubicadas junto al río, hechas también de troncos y palma, allí se encontraban con mujeres pálidas y esperpénticas, todas piel y huesos, con niños desnudos y barrigones. Mugrientas, las viejas túnicas de las mujeres se les pegaban al cuerpo como una carcomida piel en desecho, testimonio del paso gris de un tiempo sin término. Esqueléticos y también silenciosos, aquellos seres morían de a pocos en el abandono, en ausencia de los hombres, que seguramente exploraban muy lejos la selva en busca de algo que comer. Había que proveerlos de abrigo para las noches frías de la selva y de medicinas para las tersianas que los consumían. Pero nada era efectivo ni duradero, sino apenas la justificación personal para aliviar la conciencia de ser impotentes frente a la desgracia y la lenta muerte a la que estaban condenados.

Más allá, en Guayaramerín, el pueblo boliviano, el capitán cubano Olo Pantoja, el comerciante Soria y el médico Febres se reunían en sesión secreta. La casa del médico estaba en la calle principal del pueblo, de madera con sus ventanas de persianas para favorecer la circulación del aire y su pequeño porche con barandas también de madera, para conversar en las noches o en los días de extremo calor. Las noticias de la balacera estremecieron al pueblo y Pantoja había viajado apresuradamente a Guayaramerín para obtener información y ayudar. El médico era un hombre cuidadoso, decidido, flaco y pequeño, respetado en el pueblo, pero conocido por su militancia comunista. Soria era un comerciante, también comunista, dueño de una embarcación denominada con ostentación, «Patricio Lumumba».

—La situación es grave compañero, dijo el médico sin más rodeos. Todo el mundo habla de lo mismo. A los muchachos los corretearon a balazos.

—Coño ¿Y qué pasó?

—La guarnición boliviana de Guayaramerín detectó el campamento sin que nos demos cuenta y empezó la persecución contra ellos creyendo que eran guerrilleros falangistas. Varios lograron cruzar la frontera y se han refugiado en el Brasil.

—Hablaemos con el partido brasileño para que los ayuden.

—Y tengo a un par aquí, escondidos en mi casa, porque pudieron llegar de noche, hasta ahora no sé cómo. Uno está en poder de la policía porque, por equivocación, tocó justo la puerta del cuartel. Aquí los camaradas estamos indignados. La gente de La Paz no nos avisó este envío y en el apuro tuvimos que prepararles cualquier cosa. Nosotros estamos dispuestos a ayudar, pero no a cometer estupideces.

Olo Pantoja lo miró sin dejar de sonreír. El olor de su habano poblaba la pequeña habitación y la luz del lamparín de petróleo dejaba ver las grandes manchas de sudor de sus axilas.

—Sí, entiendo compañero, dijo. Y agradecemos su cooperación. Usted debe comprender que para nosotros los cubanos, estos detalles son difíciles de manejar. Es el partido boliviano quien asume la responsabilidad de ayudar a los peruanos.

—Pero el partido boliviano no es sólo la dirección de La Paz. Debieron consultar. Hemos tenido que destacar al Camba y al Pachi, que tienen mucha experiencia en el monte, para que los ubiquen y ayuden. Todos estos incidentes han quemado la operación. La policía no puede probarnos nada, pero todo el mundo supone que estamos implicados en el asunto.

—Ya no se puede dar marcha atrás, dijo Pantoja. Sentimos que no les hayan avisado, pero hemos traído dinero suficiente para continuar la operación. Apenas lleguen las armas, las embarcaciones pueden zarpar. Sólo quedan unos cuantos días hasta el Perú. Le ruego que continúe colaborando con nosotros.

—Espero que no pase nada, dijo Febres. Usted sabe, los orientales somos decididos y estamos con la revolución. No es la primera vez que andamos en éstas. Pero nos gustan las cosas claras y seguras. De nuestra parte haremos todo lo posible por ayudar a esos muchachos porque ya estamos, como quien dice, sobre el caballo. Vamos a ponerles gente nuestra. Pero las cosas debieron hacerse de otro modo.



El barco donde viajaban Méndez, Calixto y las armas atracó en un lugar cercano a Guayaramerín, luego de haber recorrido unos 700 kilómetros, y encostó en una pequeña entrada del río. Habían llegado a la

segunda estación del viaje. Allí los esperaban en un claro del monte, los compañeros de la guerrilla, ya organizados en campamento. De nuevo menudearon las bromas y los abrazos. Los incidentes de Guayaramerín habían sido superados con la ayuda de Pantoja y los bolivianos, pero las noticias no eran buenas. Finalmente, todos habían sido liberados. Pero esa presencia era un dato muy importante para la policía boliviana o para la policía internacional si les estaba siguiendo los pasos. Sólo quedaba esperar los acontecimientos y continuar la operación.

Ahora había que atravesar otra vez la selva, desde las cercanías de Guayaramerín, tratando de ganar el río Orthon y luego navegar por el Manuripi hasta el Perú. Pero eso significaba caminar unos 60 kilómetros de monte y cruzar el río Yata, famoso por las pirañas que lo infestaban.

El resto de la travesía sería hecho en dos embarcaciones. La más grande y moderna, era una lancha de motor de color blanco, casi nueva, con una caseta que permitía acomodar pasajeros en su interior. Casi un yate de lujo en aquellas lejanías. Irónicamente para una embarcación destinada a un viaje clandestino, su nombre era Patricio Lumumba. Su propietario era Roberto Soria. Había una embarcación menor, una lancha con motor fuera de borda que serviría para cargar los bultos y llevar algunos compañeros.

Ya no había nada que hacer sino fiarse de las orientaciones de los bolivianos. Estaban en un terreno desconocido, en un país desconocido, a merced de personas en las que confiaban sólo por motivos políticos, por una suposición de lealtad, pero no por una experiencia de trabajo conjunto. Manzanita y Alberto iban y venían disponiendo pequeños detalles, ellos tenían la comunicación con La Paz donde, por otro lado, los peruanos ya no disponían de ningún contacto propio.

—Carajo, ahora sí que estamos en sus manos, protestaba Pareja, haciéndose eco de los sentimientos del grupo que empezaba a odiar los modales de importancia de Manzanita.

Alberto y Soria les presentaron a Camba y Pachi, dos campesinos comunistas que serían sus guías desde aquel momento. Camba, llamado también el Ñato Méndez, era achinado, de estatura mediana, siempre sonriente, cobrizo y recio. Su rostro achatado de rasgos indígenas irradiaba sinceridad. Pachi era delgado pero igualmente musculoso, diestro como su compañero para las peripecias del monte. Amable y comunicativo, a diferencia de las cortas palabras de Camba. Ambos habían pasado su vida en aquellos montes y habían llegado a ser comunistas ayudando a los fugitivos políticos que solían llegar por el Oriente en las épocas de persecución, las más frecuentes en Bolivia.

Pachi, Camba y el comité se reunieron. La tarea consistía en atravesar los 60 kilómetros de monte, hasta alcanzar el pequeño puerto de San Fernando, que estaba ya sobre el río Manuripi. Mientras ellos camina-

ban, la carga iría en los barcos y daría la vuelta por el río Guaporé para darles alcance en el puerto, donde embarcarían de nuevo. De allí irían de frente por el Manuripi, hacia el este, casi hasta la frontera con el Perú.

Al día siguiente la caravana se puso en marcha. La ruta no era fácil. Había que cruzar arroyuelos, arroyos, pequeños pantanos y seguir las sendas, muchas veces obstruidas por el tiempo, de los shiringueros. Era la primera caminata de la guerrilla, aunque todavía en un país extraño y aún muy lejos de la patria. La amistad con Camba y Pachi, hecha de solidaridad diaria, de espíritu animoso frente a las dificultades del camino, empezó a construirse. Por partes, era una selva casi virgen, carente de posibilidades de alimentación. De día se podía transitar por ella. De noche, acostumbraron acampar en la forma que habían aprendido, con hamacas pendientes de los árboles y un plástico verde que los mimetice con el follaje y los ponga a cubierto de la lluvia.

Al fin llegaron a las inmediaciones de San Fernando que, en realidad, era una sola casa con una pequeña guarnición de carabineros. Hicieron alto a pocos kilómetros, y Camba se encargó de hacerse presente a los guardias. El plan era bastante simple. Camba los abordaría, llevaría trago, los distraería hasta emborracharlos mientras, en la noche, pocos metros más allá, el destacamento se embarcaría protegido por las sombras. Remarían contra la corriente y más adelante esperarían a que Camba les de alcance.

Camba llegó, saludó a los guardias a quienes conocía de mucho tiempo por sus correrías selváticas y el encuentro fue motivo para pasar la velada consumiendo el abundante licor de caña que se había preocupado de llevar consigo. Trago, naipes, dados, conversación, noticias, recuerdos, y el trabajo estaba hecho. El ambiente se animó, cayeron la noche y las sombras mientras la vigilancia se abandonaba y los guerrilleros se lanzaban al agua en busca del barco que los esperaba a poca distancia. El abordaje fue cuidadoso, amortiguado por los ruidos de la selva y rápido. Sólo la gran experiencia de Pachi pudo conseguir remar contra una corriente tan fuerte y sin hacer mayor ruido. Remaron casi a ciegas buena parte de la noche, mientras más de uno cabeceaba con riesgo de caer al agua. A las pocas horas encostaron a la espera de Camba. El trayecto por tierra firme no era mejor que por el agua. Había que arriesgarse por el monte, pasar algunos acantilados enredados por la espesura y maltratarse el cuerpo con ortigas y plantas espinosas. Pero Camba parecía ser capaz de eso y mucho más.

Mucho más allá arriesgaron encender el motor, y surcaron las aguas del Manuripi con la confianza de expertos navegantes. Todavía tuvieron que pasar de noche y en silencio por el centro del río y, remando otra vez contra la corriente, el cuartel de Puerto Rico, donde más gendarmes dormitaban su aburrimiento en medio de la selva.

Al día siguiente, pasado el mediodía, Camba, que sintonizaba distraídamente la radio, llamó a varios peruanos.

—¡Escuchen esto! dijo alarmado.

—Los tenemos, los tenemos, pedimos instrucciones. Cambio.

Un concierto de silbidos e interferencias impedía escuchar la respuesta.

—¿Qué hacemos? Cambio. ¿Qué hacemos?

Alguien se comunicaba con el cuartel de su comando desde alguna embarcación desconocida. Los estaban siguiendo. La conversación era nerviosa e intensa. ¿Quién los había descubierto? ¿La gente de Puerto Rico, los gendarmes de San Fernando habían simulado ser engañados por Camba?

La radio se interrumpía por momentos y no podían saber si la estación madre estaba en Puerto Rico, en algún otro lugar de la selva o...en la misma La Paz. Sus posibilidades de escape eran remotas. Encostar y descargar les hubiera llevado mucho tiempo para salvar armas y vituallas. Seguir por el río con carga y contra la corriente los ponía a merced de cualquier otra embarcación más pequeña, liviana y rápida. ¿Cómo combatir contra soldados que no eran los de su patria o iniciar escaramuzas que desviaban el objetivo central de su misión que era ingresar al Perú?

—Regresen a su base. Cambio. Regresen a su base.

Al fin, la estación de comando ordenó regresar. Todos respiraron aliviados al saber que el peligro había pasado. Pero a la alegría inicial siguió una cavilación aún mayor. ¿Por qué se había impartido esa orden? ¿Era temor de los soldados de enfrentarse a una fuerza mayor y desconocida, desaliento ante la inutilidad de una persecución por el río en condiciones quién sabe desventajosas para los perseguidores o un permiso deliberado de continuar por parte de alguien que ya sabía quiénes eran y qué objetivos perseguían?

La navegación continuó varios días más. La Patricio Lumumba y su lancha auxiliar remontaron esta vez sin mayores problemas las aguas color chocolate del Manuripi y los días se hicieron monótonos. Viera, el piloto experimentado, eludía los obstáculos, sabía de antemano que había troncos debajo de la superficie, derivaba la embarcación hacia las corrientes menos resistentes y peligrosas. Javier escribía su diario. La tripulación se turnaba en la vigilancia noche y día, en el cuidado de la embarcación, la cocina y los bultos. Sólo estaba permitida una que otra arma corta. Se consumía agua del río y faríña en abundancia para mitigar el hambre. Y unos grandes quesos duros y salados que Manzanita había conseguido quién sabe dónde. ¿En qué lugar habían encontrado

esos quesos si por allí no había vacas? Parecían ser una mezcla de harina, tierra y sal. El hambre se agudizó, pues las provisiones no eran suficientes para varias decenas de pasajeros. Hubo que racionarlas y la gente empezó a sentir los estragos de las privaciones. El queso, la fariña, la deshidratación y las aguas del río, llenas de parásitos, que no había ocasión de hervir para ahorrar combustible y tiempo, aumentaron los estragos. Verdaderos tacos de madera se apelmazaban en el recto de varios compañeros.

—¡Mamá, mamacita, no puedo cagar! Lloraba el Paiche pujando agarrado a un tronco. Más allá, metidos entre los árboles, otros intentaban defecar sin éxito. Nada, no salía nada y los estómagos se hinchaban, y se sacudían por los retortijones.

Un súbito choque de la embarcación sonó como un latigazo, vació una enorme olla de sopa hirviendo sobre los pies de Calixto. Dolor, quemazón, fiebre en las extremidades. Ni modo. Habría que caminar por la selva con los pies dañados por grandes ampollas.

—¡Vamos, un voluntario que dé su cuchara! Gritó Aláin que estaba de turno.

—¡Huevones egoístas! ¿Tienen asco las señoritas? Asomé Valientico cuchara en mano, demostrando su generosidad. Tendría que comer con ella después de la operación de limpieza de rectos.

—Puja, desgraciado. Decía Aláin. Y nada.

Aún las lavativas, administradas entre las burlas del resto eran insuficientes. Hubo que encostar nuevamente, acampar y esperar a que los estómagos funcionaran y a que cada quien resuelva su problema a su modo. Calixto no hubiera podido imaginarse nunca que defecar podía significar dolores comparables a los del parto. Hubo que optar en algunos casos por la cooperación y la ayuda mutua y las cucharas de algunos sirvieron para extraer directamente del ano de los otros, aquellas piezas de carpintería atracadas en los intestinos rectos.



Finalmente, la Lumumba y su compañera llegaron al último punto de su destino: el fundo San Silvestre de los hermanos Murakami. Los Murakami vivían a unos 100 kilómetros de la frontera peruana, aislados del mundo, dueños y señores de un gran pedazo de selva y de varias vidas. Comercaban con todo. Eran acopiadores de castaña y shirin-

ga, contrabandistas de armas y entraban en toda suerte de negocios, incluidos los políticos. Alfonso, el mayor, era falangista y opositor al movimientismo. Miguel, el menor, era movimientista, pero se entendía con su hermano. Todo podía ir bien con ellos mientras hubiese negocios buenos de por medio. Las tierras de San Silvestre, como casi todo en esa región, no tenían límites conocidos. Estaban surcadas por veredas de shiringa y castaña. Los viejos troncos de shiringa seguían goteando su savia en esas selvas trajinadas por los caucheros del siglo pasado. Aquella época, de la que restaban las grandes estradas y los nombres extranjeros de las poblaciones, había dejado una tradición de aventura, explotación inhumana y sangre que aún se mantenía vigente, porque las únicas leyes eran el dinero y las armas. Con la castaña era igual. Los castaños, altísimos y nobles árboles, de largos troncos rectos que se elevaban hasta el cielo, arriba, muy arriba, producían sus frutos que parecían bolas de hierro. Al madurar, las bolas caen al suelo y se pudren entre los arbustos, las hojas húmedas y el follaje. Hay que recorrer el monte recogiendo los frutos, partíolos con filudos machetes y amontonar las almendras que tienen en su interior para que sequen a lo largo de varios meses en medio del monte. Esta recolección era la tarea anual de hombres que recorrían kilómetros de selva, dueños de su soledad, su hambre y miseria. El patrón daba algunos alimentos para varios meses a cada castañero y su familia. La familia quedaba en el rancho mientras el castañero salía de tarea por días y semanas enteras. Estaban conociendo la selva verdadera, una tierra pobre y mucho más si es una selva plana y de árboles altos. No había aves que cazar y era necesario recorrer horas y a veces días para encontrar agua. Un desierto verde. Los conocedores se las ingenian para cortar raíces, derribar flores silvestres y sorber a duras penas aguas pútridas y llenas de gusanos. El castañero, como el shiringuero, depende totalmente del patrón. Este da la comida, mantiene a su familia, le consigue un lugar para vivir y le compra a un precio mínimo las castañas que recolecta, siempre tan bajo que no pueda sobrepasar sus deudas. Él es dueño de la tierra, de los árboles, los frutos y, por último de su mujer e hijos. Traicionar al patrón cuesta la vida y hay que cuidarse mucho, puesto que nada vale un hombre anónimo para los hombres del patrón.

Miguel Murakami salió al pequeño puerto a darles la bienvenida. Con él, muy ufano, estaba Manzanita, recién llegado en otra embarcación, con las últimas directivas de La Paz. Agotados por el largo viaje, los guerrilleros ganaron la orilla para estirar las piernas y fueron descargando poco a poco. Se ubicó un campamento a pocos minutos del fundo, dentro del monte. El gran bosque seco, de copas altas y pocos arbustos, llamaba a la tranquilidad y el descanso.

Amable anfitrión, Murakami invitó un buen desayuno a Soria, Manzanita y algunos peruanos. Huevos fritos, pan, cacao, verdaderos lujos para esos lugares, y la infaltable farinilla servida con arroz en una especie

de guiso jugoso, amarillento y picante. Había que considerar cómo irían las cosas de ahora en adelante. Murakami era hombre de frases cortas y directas. Bajo de estatura, siempre sonriente, no era sin embargo afable, sino que su sonrisa parecía expresar más bien un rictus extraño. Como todos los hombres de la selva, su flacura no revelaba debilidad sino adaptación a un clima húmedo y caluroso en que movilizarse a pie largas distancias formaba parte de la vida diaria. Sin embargo, un buen caballo estaba también entre los lujos del anfitrión.

Mientras se comía, se fue directo al grano.

—Ustedes pueden sentirse seguros aquí, dijo Murakami. Conozco a mi gente y no se atreverán a delatarlos. Pero no es recomendable que se queden demasiado. Tómense sólo el tiempo necesario para partir. Nunca se sabe.

—Hay un problema, terció Manzanita. Traigo directivas concretas del secretariado de La Paz.

—¿Ah, sí, Manzanita? preguntó Junco, algo cachaciento como siempre.

—Camarada, me encargan decirles que nosotros los bolivianos sólo llegaremos hasta aquí. La solidaridad de nuestro partido ya se ha demostrado en exceso. Cualquier incidente cerca de la frontera comprometería los intereses concretos del partido en el país y su misma legalidad. Eso significa, dijo dirigiéndose a Calixto, Junco y los otros peruanos, que a partir de este punto, ustedes tendrán que encaminarse a territorio peruano solos.

Junco saltó de su asiento.

—No te entiendo, Manzanita, dijo. ¿Lo que estás diciendo es que ustedes nos abandonan a estas alturas de la operación?

—No he dicho eso, replicó Manzanita algo nervioso. Sólo estoy comunicando una directiva del partido.

Se miraron estupefactos. Estaba sobrentendido que los bolivianos acompañarían el contingente hasta la misma frontera y que sus guías lo conducirían por lo menos cerca de Puerto Maldonado. Las palabras de Manzanita echaban por tierra todas las suposiciones.

—Aclaremos, intervino Calixto tratando de introducir tranquilidad en la reunión. ¿Lo que tú quieres decir es que incluso Camba y Pachi regresarán con ustedes desde este punto?

—Eso mismo, aseguró ya con firmeza Manzanita, aprovechando el respiro.

—¿Y las embarcaciones?

—También. Todos debemos regresar a Riberalta y de ahí reportarnos a La Paz para informar. Para nosotros, la operación ha terminado.

Murakami sonreía con su sonrisa inexpresiva. Junco, Negrón, Aláin y Calixto se miraban, todavía sin comprender. Pero las cosas estaban claras. La dichosa dirección de La Paz los dejaba abandonados en el atoladero.

Eran cuarenta hombres armados. Bastaba una orden y aquellos funcionarios políticos hubieran tenido que regresar por sus propios medios a su lugar de origen dejando a la guerrilla dueña de la situación. Pero casi todos tenían una ciega confianza en los cubanos a quienes suponían todavía adoptando decisiones; no querían arriesgar un encuentro frontal con el Partido Comunista que poseía todos los secretos de la operación; no querían convertir una sublevación contra el sistema en una sublevación contra los aliados de los cubanos. De manera que maldijeron para sus adentros a Manzanita y sus compañeros y empezaron a pensar en cómo adecuarse a la nueva realidad.

—Me parece una decisión criminal, dijo Camba abordando a Manzanita después de la reunión. ¿No se tomaron la molestia de consultar con nosotros los guías? Al fin y al cabo somos quienes sudamos y arriesgamos el pellejo.

—Tienes que comprenderlo Camba, argumentó Manzanita. Hay cosas que no te puedo informar. No conviene que ustedes continúen. Yo te comprendo, les has agarrado cariño a los muchachos y por eso protestas. Pero recuerda que el amiguismo es reñido con la disciplina. Hay un acuerdo de la dirección y tiene que cumplirse.

—Sí, pero esos acuerdos son tomados a miles de kilómetros de aquí. Los camaradas de La Paz ni siquiera conocen estos lugares, hablan de peligros imaginarios pero ignoran los peligros reales. Esos muchachos pueden caer en una trampa y ser liquidados en su totalidad. No conocen la región ni el terreno. No saben dónde ir.

—Mira Camba, ese no es problema tuyo. Aquí hay cosas con las que nunca estuvimos de acuerdo y que no te podemos decir. El partido adoptó una decisión y tiene que cumplirse. O dejas de ser miembro del partido. Escoge.

Había militado desde su misma infancia. El partido había marcado su vida aventurera desde que era un niño que llevaba mensajes en su pequeña balsa y cuando era un joven dedicado como tantos a la recolección de shiringa primero, y luego a la libertad de pescar, cazar y ganarse la vida como un hombre solitario cuya única familia, una gran familia, eran los hombres y mujeres del partido, en Riberalta, Trinidad, Guayaramerín y los poblados de la selva. Camba inclinó la cabeza y dijo por todo comentario:

—Está bien, son unas mierdas. Pero de ustedes será la responsabilidad.

Mientras tanto la noticia se expandía entre los guerrilleros. Junco, Alaín y Calixto, empezaron a negociar con Murakami. Él ofrecía algo de carne seca para provisiones y tenía a Pelagio, un trabajador peruano que conocía el camino hasta Puerto Maldonado y podía hacer de guía improvisado. Era cuestión de algunos miles de pesos y todo estaría en orden. No se podía perder demasiado tiempo cerca de un lugar tan ubicable como San Silvestre. Convinieron en retirarse algunos kilómetros y discutir con tranquilidad dentro del monte.

Y así la guerrilla empezó de nuevo a andar. Camba y Pachi lloraron al despedirse, suponiendo que quizás no se volverían a ver jamás con los peruanos. Manzanita desapareció. Murakami se retiró al río a pescar desentendiéndose del asunto. Pelagio, el nuevo guía, luego de largas tratativas, aceptó unirse al grupo y conducirlo hasta el Perú por diez mil soles. Era un hombre pequeño, temeroso y escuálido aunque, como todos los del lugar, hábil para las tareas del monte. Las cargas se distribuyeron. Se dejó enterrado el exceso de peso, prefiriendo siempre las armas y municiones. Cada quien preparó y engrasó su arma. Había de todo en el equipo. Viejos fusiles mauser de cerrojo, subametralladoras Pistand que habían fabricado los checoslovacos durante la primera guerra mundial y que en Bolivia eran conocidas como las *pipiripipi* por el ruido que hacían sus ráfagas. Una que otra carabina y una ametralladora 30 que Javier cargó cerrando la retaguardia y haciendo exhibición de su fortaleza física.

La guerrilla marchó en hilera, con varios metros de separación entre hombre y hombre, como era lo acostumbrado, removiendo las lianas y el follaje de aquel bosque, siguiendo por sendas invisibles para el ojo inexperto. La gente caminaba silenciosa y pensativa. Las cosas no iban bien. Durante el viaje, se había extremado el nerviosismo en el grupo. A la incertidumbre y el cansancio físico y psicológico se unía la tensión interna.

Al día siguiente llegaron a un arroyuelo en cuyas orillas crecían varios árboles de limas. Fue bautizado como Las Limas y allí, en un lugar despejado, se acordó acampar y sesionar.

La sesión no fue fácil. Haciendo un gran ruedo en un claro del monte, mientras unos cuantos vigilaban a unos metros de distancia, el grupo fue informado de los acontecimientos y de la precariedad en que se encontraban en cuanto a seguridad e información. El informe corrió a cargo de Calixto mientras todos escuchaban en silencio. Había una desaprobación resignada. Se acordó que el Comité establecería un plan alternativo para entrar al país. Javier tomaba nota, era el secretario de la guerrilla y seguía obediente el dictado de Junco.

Terminados los incidentes del día, todos preparaban sus hamacas para pasar la noche. Se volvieron a distribuir centinelas, ubicación para cada uno de los grupos. Se buscó un lugar seguro para hacer fuego y

preparar algo de agua caliente. Como siempre, Valiente fue el más solícito con la olla y las pocas provisiones. Todas las cosas de comer correspondientes al día fueron distribuidas con precisión de cirujano.

El Comité integrado por Alain, Negrón, Junco y Calixto se reunió para considerar el ingreso. Alain empezó:

—No hay seguridad para el ingreso del grupo. Si seguimos así entraremos a ciegas. No sabemos qué nos puede esperar al otro lado de la frontera. Deberíamos enviar un pequeño destacamento de exploración, mientras el grueso espera cerca de la frontera, pero del lado boliviano.

—Yo creo lo mismo, dijo Negrón. Además la gente podría descansar un poco del trajín que ha tenido hasta aquí. El camino ha sido demasiado largo y se necesita algo de reposo. Un pequeño grupo podría ir hasta el lado peruano con el guía que nos ha dado Murakami. El resto esperaría en el lado boliviano.

Calixto asintió. En su cabeza estaban los incidentes de hacía apenas un año. Se decía que dos columnas paraguayas habían sido liquidadas por el ejército de Stroessner al tratar de ingresar a su país. Lo menos que podían hacer era evitar la repetición de una tragedia semejante.

—Pero las cosas son algo más complicadas, dijo sin embargo. Se trata de llegar por lo menos hasta Quincemil. Nada ganamos quedándonos en Puerto Maldonado o Madre de Dios. Nos aislarían y la guerrilla no tendría ninguna resonancia. Madre de Dios es el departamento más apartado del país, sus selvas casi no tienen población. ¿Con quién haríamos la revolución, con los indios selváticos?

—El ciego Guevara tiene amigos de confianza en el Cusco, dijo Junco. Él podría llegar hasta el Cusco o cerca y contratar un camión. Si logramos pasar el Ñapari por lo menos, podemos llegar en camión hasta cerca de Quillabamba. Después veremos.

Se acordó entonces la operación.

—No podemos tomar un avión, pero sí podemos conseguir camiones, dijo Alain.

—Yo puedo manejar. Dijo el colorao Ramírez, acordándose de los días en que conducía un tráiler en las carreteras de la costa.

—Bueno, y yo también, dijo Javier. Yo puedo manejar.

—Yo me ofrezco, dijo Junco.

—Sencillo, ustedes esperan aquí, nosotros conseguimos los camiones. Tenemos a Pelagio, tenemos todo. Solo es cuestión de caminar.

En esa parte de la selva, el bosque se levantaba hacia los aires húmedos con sus árboles de 15 o más metros de altura. La siringa y la cas-

taña lo hacían caminable, habitado por grandes monos negros y pavas de monte. En algunas partes, los senderos dejados por los siringueros años atrás, se multiplicaban. De vez en cuando, se encontraban montañas acumuladas de castañas, dejadas por los recolectores. Colchones de hojas secas se extendían a lo largo de kilómetros, cual mullida alfombra. O también enormes pantanos. Curiosa paradoja, no había agua, solo sequía o barro, calor húmedo o alimañas. Rodeado de agua, uno podía morir de sed.

—Tú te adelantarás, le dijo Calixto al ciego Guevara. Llegarás hasta Puerto Maldonado. Le compraremos una canoa a Murakami.

Le dio al ciego una bolsa llena de billetes. Una broma. ¿Serían aceptados los billetes bolivianos en el Perú?

—Yo llevaré al resto del grupo caminando, se animó a decir el pequeño Pelagio.

Otra vez andar y andar, atravesando ese bosque de altos árboles sin obstáculos, sin enredaderas. Los grandes árboles matan a los pequeños habitantes vegetales. Las maderas duras de la lupuna, la reina del bosque, atraen las brújulas como un imán.

Mochilas que pesan más cada metro avanzado, humedad de botas que se hunden en el follaje mojado, nubes de mosquitos que se adhieren a cada hombre, pensamientos sumergidos en cada mundo interno. Mientras el sudor baña las espaldas, corre por los cuellos, baja dentro de los pantalones, arde en las ingles, la nostalgia pesa en las conciencias. En el gran silencio de la selva, el graznido espasmódico de los pájaros suena como reloj en noche lejana. Zumban los tábanos rivalizando con los mosquitos en persecución del grupo. Cada dos horas derrumbarse bajo el cansancio sin decir palabra, porque cada sílaba es un esfuerzo más, apenas sentados con las mochilas de respaldo y listos a reincorporarse a la primera orden para reiniciar ese camino que nunca termina. Beber de la cantimplora sólo un sorbo, apenas humedecer los labios y nunca agotarla porque quién sabe cuál será el siguiente arroyo. Cada uno presa de sus preocupaciones, nostalgia que vuela a la ciudad, amigos vueltos sombras, todo convertido en pasado.

Dos días más y la guerrilla se detuvo en un lugar escondido del monte. Era el instante de la despedida. El pequeño grupo partió, aligerado de carga, y se perdió entre los árboles hacia la frontera peruana mientras la mayoría quedaba en el campamento.



16 de mayo, 1963.

—¡Compañeros, han matado a Javier, han matado a Javier!

La voz de Eustaquio congregó al grupo. Todos se reunieron alrededor del enorme radio de ocho bandas en onda corta que cargaba amorosamente de la misma manera que Javier cargaba la 30.

«Estimados oyentes. La voz engolada y lejana de Juan Ramírez Lazo se escuchaba apenas, confundida con la estática de la atmósfera en el receptor de ocho bandas. Ramírez Lazo era el locutor que leía los diarios a las siete de la mañana en Radio Victoria. Tenemos noticias extrañas y trágicas esta mañana para ustedes. Proceden de Puerto Maldonado, en Madre de Dios. Un despacho urgente de nuestro corresponsal señala que un grupo de sediciosos se habría enfrentado a tiros en la noche de ayer con una patrulla de la Guardia Republicana. En el enfrentamiento habrían muerto un sargento republicano y uno de los subversivos».

«Fuentes policiales informaron también que el guerrillero muerto respondía al nombre de Javier Heraud. El otro guerrillero está gravemente herido y se llamaría Alain Elías. Ambos con un grupo de rojos fuertemente armados procedentes de Bolivia intentaban penetrar al país para fomentar levantamientos campesinos y saqueos de propiedades privadas, siendo sorprendidos por las fuerzas del orden».

Una granada lanzada en medio de la guerrilla no hubiera causado mayor conmoción. Todos luchaban por acercarse olvidándose del orden y las reglas de seguridad. La trasmisión no se recibía con claridad, pero los datos eran muy concretos. Las señas eran demasiado precisas, no podía ser una noticia inventada.

Siguió el silencio. Los rostros inamovibles, rígidos, ocultando el dolor, las lágrimas interiores. Luego la discusión.

—Debemos esperar la confirmación. Dijo Calixto. Puede ser una noticia falsa.

—Estás loco, dijo Viaña, cómo va a ser una noticia falsa. ¿Y de dónde sacaron los nombres?

—Opino que deberíamos entrar de una vez, dijo Eustaquio. Hay que salvar a los compañeros.

—Opino que debemos estudiar mejor el asunto, dijo Negrón. No nos dejemos llevar por la desesperación. Así volem, ya no llegaríamos a tiempo. Estamos muy distantes de la frontera y mucho más distantes de Puerto Maldonado. Muy lejos, muy lejos. ¿Cuántos días nos costará llegar?

—Este es un terrible momento compañeros, dijo Cúyac. La vida de cinco contra la vida de cuarenta. La seguridad o la muerte. Ir hacia nues-

tro destino, hacer de valientes, acabar de una vez aunque arriesguemos la desaparición de todos, qué bonito. Frenar, pensar, ser cobardes una vez y salvar al resto. Pesemos nuestra responsabilidad.

—Siempre filósofo Cúyac, dijo Pareja. Déjate de poesías. Tenemos armas suficientes. Podemos entrar y capturar el pueblo, en resto son cojudeces. Son nuestros compañeros, huevón. No podemos abandonarlos.

—¿Ah sí? ¿Y cómo llegamos al pueblo? Preguntó Cúyac. Además están heridos.

—¿Y qué importa eso? Se amargó Pareja. La guerra ya empezó. Ya estamos en guerra. Hay que arriesgar.

—Si están presos los matarán apenas nos perciban, dijo Negrón. Como no tenemos guía ni carta y llegaremos a ciegas, puede ser una catástrofe para ellos y nosotros. Nosotros, sin quererlo, seríamos su sentencia de muerte.

—Puede también ser un corralito, una trampa del ejército. ¿No creen que nos estarán esperando al otro lado? Sonó una voz.

—No, dijo Calixto, hay que rehacer toda la operación. Compañeros, empecemos de nuevo. Si seguimos, acabaremos liquidando el grupo. Si Javier ha muerto, no resucitará porque nosotros entremos. Volvamos al comienzo, rehagamos todo.

Viaña se apartó del grupo para llorar en silencio, a escondidas. Sentía en el alma la muerte de Javier. La mayor parte calló su opinión esperando qué decía el resto mientras la procesión iba por dentro de los sentimientos y las conciencias. Era la injusticia de lo inesperado, la muerte llegando antes de tiempo.

Desde las sombras de los fantasmas, Li Chong sonrió.

—Eran inocentes, bisoños, inútiles, lo más alejado de un guerrero. No eran guerreros, eran niños. Todavía eras nadie Calixto y ya te enfrentabas a una decisión mortal. ¿El honor, la solidaridad por tus compañeros acompañada de una muerte probable y tonta? ¿O la cobardía de retirarte para salvar al resto? ¿Abandonar a los que ya habían caído o salvar a los vivos? Terrible dilema pero no era nada nuevo. ¿No te enseñaron que la guerra no es solo matar sino abandonar al compañero, verlo agonizar a tu lado, mientras te retuerces en tu impotencia y sigues avanzando o retirándote? Cientos de ejércitos se han visto en una alternativa similar. Es el frío balance de la realidad, cuando el honor de los caballeros es destruido por las cifras de muertos y vivos. Sumo tantos, resto tantos. Quiénes son, no me importa. Lo que es importante no es ni siquiera el resultado sino salvar la posibilidad de tenerlo.

Como si tal cosa, lustrando su armónica y sin dirigirse a nadie, el fantasma de Samuel comentó como hablando consigo mismo.

—250,000 murieron en Varsovia mientras el Ejército Rojo esperaba al otro lado del Vístula. Ustedes eran una anécdota, una broma de la historia. ¿Cuántos niños, adolescentes como ustedes, murieron en el desembarco de Normandía?

VI

Se dividieron en dos grupos. El grupo de los treinta navegaría en la canoa guiado por Pachi. No había más lugar en esa embarcación larga, que no estaba hecha para tanta gente. ¿Qué hacer con el resto? El grupo pequeño de los diez, que resultaba sobrante porque no había forma de que entre en una embarcación ya sobrepoblada, buscaría una forma de salir de la situación adaptándose a la vida en el Oriente. No se podía hacer otra cosa, camuflarse, tratar de salir hacia Riberalta de cualquier forma para encontrar al resto del contingente.

Una vez que decidieron rehacer la operación el grupo más grande, con Camba y Pachi, se embarcó en la vieja canoa vendida por Murakami para navegar el camino de retorno río abajo, con la esperanza de llegar a las cercanías de Riberalta. El otro grupo, más pequeño, debía caminar por la selva hasta alcanzar el río Tahuamanu y tratar de embarcarse con el mismo destino donde se reunirían con los otros compañeros.

Los diez, el grupo chico, con Calixto y Cúyac al frente, caminaron unos tres días por grandes sendas de viejos caucheros en medio de una selva poblada por árboles altos y más o menos dispersos. Un camino hermoso, casi un paseo sobre un terreno plano, cubierto de hojas secas y orquestado por el sonido de los pájaros. Todo era bello, tranquilo, aireado, excepto que no había comida. Ya desfallecidos de hambre llegaron a un pequeño grupo de casas junto al río y negociaron con una mujer algo de yuca y arroz. Después se enteraron de que era el puerto de Buenos Aires.

En lo mejor de la comida, una embarcación llena de soldados asomó súbitamente al embarcadero. Todos los uniformados rodearon el rancho.

Calixto adoptó con rapidez una actitud digna y deferente, como si fuera un visitante de esos parajes.

—Teniente, dijo, déjeme explicarle. Somos un grupo de peruanos que venimos huyendo de la dictadura militar del Perú. Nuestra intención es pedir asilo en territorio boliviano.

—¿Ah sí? Eso lo explicará Ud. en el cuartel, dijo. El regordete cubierto de un uniforme verde botella, sonrió incrédulo. Tienen que acompañarnos y mejor si no hacen resistencia.

—No se mueva, continuó. Registró sus bolsillos y le quitó un par de cajas de fósforos que Calixto guardaba en la camisa.

Los llevó en lancha a un fuerte rodeado por una empalizada. El cobertizo que pasaba por oficina estaba empapelado con brillantes figuras de un maquillado presidente Mao en papel couché, colorinches usados sólo para cubrir las cucarachas que asomaban sus antenas desde los resquicios de las paredes de caña de ese cuartelito en el mero medio de la selva. No sabían si estaban alojados o presos.

—Por favor teniente, necesito cigarros y esos fósforos, no puedo dejar de fumar. Si insiste en tenernos presos a pesar de que no hemos cometido ningún delito, ya pues acepto pero déjenos fumar, necesitamos fumar, no sea mala gente.

—Devuélvamelas pues teniente, usted es buena gente, no tiene nada contra nosotros, nosotros no estamos peleando contra ustedes, rogó Calixto. Y mire que usted mismo me ha dicho que hace cuatro meses no recibe sueldo.

—Caramba que si tienes el vicio. Pero por lo menos pagarán ustedes la gasolina del bote.

—Mire, teniente, usted que no recibe sueldo hace cuatro meses ¿qué le parecen diez mil soles para una buena fiesta?

Pagó diez mil soles. Era plata, bastante plata para el teniente Antezana.

En un paquete, el teniente tenía sus cosas y, entre ellas, el dinero. No era una fortuna, pero sí un premio tentador para quien tenía que esperar meses a que le envíen su sueldo desde La Paz.

Lo que el teniente no sabía era que detrás de las coberturas de las cajas de fósforos estaban los microfilmes con claves de radio que debían servirles para comunicarse con La Habana una vez que estuvieran en el Perú.

Buenos Aires agrupaba unas cuantas casas de troncos y palma junto al río y cerca del fuerte. Apenas se enteraron de que habían apresado a unos desconocidos hambrientos que venían fugando del Perú, las mujeres del pueblo se conmovieron y les hicieron llegar arroz, pescado, yuca y plátanos todos los días.

Y de allí, del fuerte de Buenos Aires, los llevaron en camión al cuartel de Cobija.

Cuartel de Cobija, mayo de 1963.

Ahora eres prisionero del ejército boliviano, nada menos. En todo caso había sido un cambio en la rutina del cuartel, motivado por estos aventureros que se obstinaban en decir que eran perseguidos por la dictadura militar peruana: dormir, pensar, comer, defecar afuera, a la orilla del río, con los glúteos torturados por los mosquitos y un soldado detrás apuntándole a uno a la cabeza con un gran rifle de la primera guerra mundial. Soldado, amigo, colla picado por los mosquitos, con los pulmones agujereados en las minas, ¿por qué carajo tienes que apuntarme el culo?

Los cuatro uniformados lo miraban desde el otro lado de la escuálida mesa de madera. Techo altísimo, un foco esmirriado y solitario colgando de un largo cordón de luz, paredes grises por la mugre. Apenas tuvo tiempo de verlos.

«¡Entra rápido, carajo!» las palabras le saltaron al rostro. Apenas pudo evitar eruirse hirviéndole la sangre, pero una lluvia de golpes le cayó encima. Golpeaban en todas partes, la cabeza, las canillas, los testículos, las orejas. Sin embargo, no sintió dolor, sino mil pedazos de luz estallando en sus ojos. Gritó. No por el dolor que no sentía, sino de protesta, tratando de librarse de las esposas, de cabecear y dar patadas, él también, contra las sombras de los agresores que se escudaban en el reflector. Se retorció, saltó, se revolcó en el suelo apisonado, llenándose de tierra, sintió el sudor en la espalda y el barro en la boca, entre sus dientes y lengua. Volvió a saltar y revolcarse, escuchando lejos los golpes y las interjecciones. Perdió la noción del tiempo. Pensó en Puerto Maldonado, el río, los árboles, en Javier, los disparos en la jungla, la muerte. Pensó en morir quizá, en las ratas corriendo cabeza abajo por el techo del cuartel de Porvenir, en las ratas dándole vueltas al cuerpo agotado por la fiebre, allá en Filadelfia, donde los habían capturado. Pensó en los compañeros. Los golpes le resonaban en todas partes, lejanos ya, apenas latidos en un cuerpo insensible que parecía no pertenecerle. Se sintió alzado en vilo y sentado en una silla de madera. Descansó, sintió el impacto de un chorro de agua fría en la cara. Los oídos zumbaban como un diapasón. Curioso. Se acordó de su padre que afinaba el violín con el diapasón, mientras los hilillos de agua mezclados con un líquido tibio se deslizaban por cuello, pecho y espalda. Pero el diapasón se mezclaba a lo lejos con oraciones y letanías y con el violín de su padre, con el arco yendo y viniendo, produciendo sonidos hermosos, obedeciendo a dedos fuertes, maestros, ágiles. ¿Eran letanías? Su mente olvidó todo y se concentró en ese lejano sonido que se acercaba a veces traspasando las paredes de adobe, tratando de adivinar los versos repetidos en la noche por algún grupo devoto del pueblo, o alejándose, cubierto por el sonido agudo del diapasón. Le pareció ridículo estar recibiendo una golpiza mientras a lo lejos un coro monótono de voces rezaba y rezaba.

Poco a poco las sombras fueron aclarándose mientras el dolor penetraba sus oídos y sus retinas registraban círculos concéntricos enrojecidos, luminosos, que nacían y se expandían para después volver a encogerse. Al centro, un hombre bajito, colorado y gordo, vestido con uniforme verde caña, lo miraba con odio. Al costado un uniforme beige, pulcro, estrellas en los hombros, sedosidad, brillantez, distinto a ese mundo cobrizo. Su mirada descubrió entre círculos rojos, azules y violetas, los botones dorados, la gorra impecable puesta sobre la mesa. Otro uniforme también beige, también botones y estrellas, hileras de colores en el pecho, sobre los bolsillos. Otras camisas sucias y remangadas dejaban ver manchas oscuras y húmedas, brazos gruesos, regordetes, cobrizos. Sintió otra vez el peso de todas las miradas y se acomodó, los brazos atrás, rígidos por las esposas que le atormentaban las muñecas, las manos ateridas, hinchadas por el golpeteo de la sangre, tensando sus muslos que empezaban recién a sentir dolor mientras una corriente eléctrica le recorría la columna vertebral y los oídos continuaban zumbando.

—Vas a hablar, te vamos a hacer hervir. ¿Tú eres el jefe?

—No sé de qué me hablan, yo soy un perseguido político, musitó.

Casi no había terminado la frase. Otra vez fue lanzado al suelo, mientras los oídos volvían a estallar en un diapason renovado.

—¿Quién es el capitán Tamayo? ¿Quién es Pantoja? ¿Son éstos?

Detrás de la mesa, el gordo enarbolaba grandes fotografías de Papi y Pantoja.

Reunió fuerzas, se sintió aliviado y sereno.

—Soy aprista en el Perú, me persiguen en mi país, he venido a pedir asilo.

Se sintió lanzado al suelo, otra vez el sudor en la espalda y el barro en la boca, entre sus dientes y lengua. Volvió a saltar y revolcarse, otra vez los golpes y las interjecciones.

—Cabrón, mejor que aceptes nomás, carajo, porque lo sabemos todo.

Perdió la noción del tiempo. Se hizo un ovillo. ¿Eran los mismos hombres que lo golpeaban o había otros? se preguntó mientras sentía las puntas de las botas romperle las costillas. Los sonidos le llegaban apagados, acolchados, ecos últimos de una lejanía ignorada. Entonces sí que sintió dolor. Dolor agudo.

—¡Me están torturando, soy un asilado político!

Gritó y volvió a gritar. ¿De dónde sacaba fuerzas?

Era la costumbre de las cárceles de Lima. Gritar, gritar fuerte para que los otros presos hagan escándalo golpeando las ollas, tirando los catres contra los barrotes, quemando los colchones, volar la prisión en

alaridos y tumulto. Sólo entonces los golpes paran. Quizá los compañeros harían lo mismo, tal como habían acordado hacer si se presentaba el caso. Recordó los sótanos de la cárcel de Lima donde aprendió esas tretas, los desagües abiertos con su cargamento de mierda en la oscuridad de piedra, bajo tierra, los presos de la celda aislada buscándose en las tinieblas, hurgando algún eco amigo para sus voces desesperadas. No hubo reacción y los golpes cesaron como habían empezado.

Ahora sintió a lo lejos el chirrido de los grillos. Las letanías también pararon. Supuso que el pueblo estaría alarmado por el griterío en el cuartel. Otra vez la silla, de nuevo acomodarse con el dolor viajando por su columna vertebral, los hombros, los huesos, todo su cuerpo un guiñapo. ¿Era un guiñapo como alguna vez había leído en las novelas? No. Pienso, luego existo. Pensaba, estaba sereno, todavía podía ver a esos cuatro hombres que seguían mirándolo bajo la luz del foco solitario que ahora le perforaba las neuronas. Piensas, luego existes. Mientras pensara, viviría. De nuevo los nombres de Tamayo, Pantoja lanzados a su rostro.

PRESENCIA

La Paz, 20 de mayo de 1963

ROJOS ACTUARON EN FRONTERA DE BOLIVIA Y PERU

Diez castristas peruanos han sido detenidos en Cobija. Así lo informó el Ministro de Gobierno.

«El Ministro de Gobierno informó ayer al Presidente de la República sobre el apresamiento de diez extranjeros castristas en la localidad de Filadelfia, ubicada a 30 kms. de Cobija, capital del departamento de Pando. Dijo el Ministro Arze Murillo que el Prefecto de Cobija le envió un mensaje por un avión LAB en el que le comunicaba el apresamiento de diez elementos castristas de nacionalidad peruana. En esferas del gobierno se afirmó que es probable que estos elementos sean los que estuvieron vinculados a los últimos hechos de sangre en la frontera boliviano peruana. Durante los últimos días, al decir de nuestros informantes, se han adoptado medidas de seguridad en la frontera con Brasil, donde no solamente hay numerosos agitadores extremistas del Perú sino que éstos llevan consigo gran cantidad de armamento.

Al mismo tiempo se dijo que el gobierno peruano desbarató un plan subversivo comunista en la frontera boliviano peruana al capturar en su territorio a comunistas peruanos que tenían la misión de formar grupos activos de guerrilleros desde la frontera con Bolivia hasta el valle de La Convención en el Cusco. La prensa limeña informa ampliamente sobre la captura de comunistas adocotrados en Cuba que intentaron tomar la ciudad de Puerto Maldonado y convertirla en fortín de guerrilleros debido a la situación geográfica de la ciudad selvática aislada por falta de vías de comunicación».

Río Manuripi, mayo de 1963.

—¡Tronco, carajo!

En la proa la voz de Toque, un susurro mezclado con el rumor del agua, voz convertida en sombra apenas, sombra fundida con otras tantas sombras sobre el río, juguetes de la corriente casi, mientras Nipi, Viaña, Negrón, repetían el murmullo cual anillos sonoros de una fantasmagórica serpiente, para que Camba allá en la popa pueda hacer círculos agitados con el remo a cada aviso para evadir cada obstáculo. Murakami les había vendido su vieja canoa donde el grupo casi se hundía, ese tronco antiguo de tablas hinchadas por años de humedad, sobre el que trataban de evadir una trampa invisible. Y ahora deshacían el camino andado con tanto trabajo deslizándose sobre el mismo Manuripi en la dirección contraria a la que navegaron antes con Sarria.

—Total, antes íbamos contra la corriente y ahora empezamos a ir a favor de la corriente. Adaptémonos a la realidad muchachos. Dijo filosóficamente Pachi.

Por el mismo Manuripi en las oscuridades de noche tras noche, bajo la lluvia, en medio de la niebla, o bajo las estrellas, iban siempre tratando de alcanzar la lejana Riberalta, al punto de encuentro donde debía esperarlos el Camba con alimentos y vituallas. Eran demasiados esos dieciocho hombres para embarcación tan pequeña, pero iban tan flacos que quizá el peso se les iba en pellejo y aire o en seca esponja como la madera balsa. Y quizá por eso se mantenían de milagro encima del agua, fantasmas flotantes en la bruma selvática, ante cuyo paso los indios cazadores abrían los ojos como platos. Los ojos de lince de Toque ardían por el sueño y el cansancio y eran tan fosforescentes como las luciérnagas que chocaban contra sus narices. Al centro, Rives y Atito

empuñaban los remos, con los pies hinchados como tuberosas raíces que absorben el agua, mientras subía hasta sus rostros el vaho de las aguas terrosas, formando un solo sistema de circulación con la humedad del fondo. Los otros dormitaban en cuclillas tratando de mantener el equilibrio de la embarcación, porque una sola cabeceada de sueño podía enviarlos al fondo del río y nadie podría haberlos salvado en esa negrura. Cada cierto tiempo había que turnarse y cambiar de lugar para no terminar de rendirse al sueño mientras la canoa iba bamboleándose, bamboleándose, aguas abajo.

La época de lluvias estaba terminando, bajaba el nivel del río y había que tener mucho cuidado con las ramas que navegaban a escondidas debajo del agua o con los troncos que se atravesaban de vez en cuando en el camino. O con las imprevistas cachuelas que se formaban en los recodos serpenteantes del río, haciéndolo encabritado y tumultuoso como un caballo chúcaro.

Entonces Pachi tomaba el comando de la operación. Camba y Pachi, torturados por un remordimiento que no les correspondía, habían aceptado ayudarlos y correr su misma suerte. Era tonto arriesgarse a morir para tratar de salvar a estos novatos, crearse problemas con la gente de La Paz. Pero Pachi era camba y como tal, se tenía por valiente y aventurero. Gran parte de su vida la había pasado gobernando canoas, remo en mano, en ríos, arroyos y riachuelos, o buscando comida, amor o trabajo en la selva.

Bordeando la madrugada, antes que las primeras claridades descubran al grupo, había que aproximarse a la orilla. El descanso diurno debía realizarse en un lugar despejado, oculto y accesible, donde la tierra firme estuviera cerca y había que ser muy hábil entonces para adivinar todavía en medio de la noche cuál era el lugar más adecuado. No era bueno aventurarse por los laberínticos túneles verdes poblados de caimanes ni desafiar a las serpientes que se camuflaban en el paisaje. Había que atravesar nubes invisibles de fieros mosquitos resistiendo sus urticantes picaduras, imposible defenderse de esos innúmeros agujones que atravesaban las telas podridas por la lluvia y el sudor. Luego, una vez escondida la canoa, internarse algo en el monte virgen. No usar el machete para no dejar huellas y buscar algún sitio donde amarrar hamacas para que un grupo durmiese durante el día mientras otro grupo vigilaba, intentaba cazar alguna tortuga o hacer alguna pesca. Antes marcha esperanzada y ahora procesión famélica, eran un lejano fantasma de sus propias ilusiones.

EL COMERCIO

Lima, 17 de mayo de 1963

Violencia en Puerto Maldonado

DOS MUERTOS DEJÓ REFRIEGA ENTRE POLICIA Y COMUNISTAS

Tres heridos. Choque ocurrió en un hotel.—Una de las víctimas es un Sargento GC.

«Puerto Maldonado, mayo 15 (Corresponsal). En un choque entre la Guardia Republicana y elementos comunistas, resultaron muertos un sargento y un faccioso y heridos dos guardias y un comunista.

El incidente se produjo anoche a las 7 cuando un oficial y cinco guardias de la Republicana pidieron su identificación a un grupo de sospechosos que acababan de ingresar al bar del Hotel Chávez.

El sargento de la Guardia Republicana muerto por los extremistas se llamaba Aquilino Cam Jara.

El pedido de identificación del grupo que integraban 7 individuos fue respondido con insolencia para evadir la situación. La policía, al advertir la maniobra, les ordenó seguir a la comisaría. Uno de ellos se retrasó, fingió la caída del bulto de ropas que llevaba y en rápida acción extrajo un arma automática con la que disparó sobre los policías.

Los policías abrieron fuego contra los facciosos matando a uno e hiriendo a otro. El resto consiguió internarse en la maleza.

Tras intensa persecución fueron recapturados tres, pero no ha sido posible conocer su identificación. El coronel GC Arturo Zapata quien se hallaba de inspección en este departamento ha asumido el control del mismo. Se ha bloqueado los puntos de posible salida para impedir que puedan escapar los extremistas.

Ha trascendido que el grupo de forajidos procede de San Juan de Aposento, fundo ganadero a orillas del río Manuripi, en la frontera con Bolivia».



Cuartel de Cobija, mayo de 1963.

Ahora un cuarto más limpio, otra vez una mesa de madera sin cepillar en el rincón iluminado, donde también un foco solitario expandía una luz mortecina que no llegaba a todo el cuarto. De espaldas o sobre el vientre, de costado, todo es dolor, sólo dolor. Miró las moscas recorrer el viejo cordón gris, entre la mugre del foco y el techo más bien lejano y semioscuro, las manchas celestes de alguna pintura antigua, y fijó sus ojos en los pulcros botones dorados, el brillante kaki de la camisa de mangas cortas, las banderitas sobre el bolsillo del pecho.

—Señor, ¿para qué arma tanto escándalo?

La voz amable, cuidadosa, precisa, cortante. Comprendió que habían parado la golpiza para no alarmar a los pobladores de Cobija que rezaban la novena en la iglesia, justo detrás del cuartel.

—Lo sabemos todo. Ustedes tratan de burlarse de nosotros. Nosotros no torturamos a nadie, somos militares. Ustedes no son perseguidos políticos, son guerrilleros y están aquí por encargo de los cubanos. Lo sabemos todo. ¿Para qué se toman el trabajo de contarnos un cuento que no creemos? Dentro de poco los llevarán a La Paz y será peor.

—¿A La Paz?

Pensó en esas calles pedregosas, ascendentes, y se miró los harapos, los pies todavía hinchados que reventaban sus negros zapatos de sirin-ga.

—A La Paz. Y le aseguro que allí la pasarán mal. Allí tendrán que hablar. O los harán hervir.

El militar tenía maneras cuidadas, un gentleman. Curioso ¿en Bolivia donde la mayor parte de los oficiales tienen rasgos y acento andino? ¿Era realmente boliviano? A su costado, un paso detrás, otro oficial similar, observaba sin hablar.



—¡Un dos, un dos!

Por los intersticios del gran portón, mirando hacia afuera desde el cuarto de encierro, los presos podían ver a los soldaditos aprendiendo a bailar sobre el cuadrado terroso, rodeado de muros altos de adobe blanqueados con cal. La multitud pueblerina rodeaba el patio apoyándose

en los muros, parados o sentados sobre el piso de tierra. Una banda de músicos gordos, vestidos de verde paño militar, absurdamente grueso en ese calor apabullante, cobrizos y sudorosos, le hacían la guerra a un vals vienés. Y en el centro, 40 ó 50 parejas de soldados, uniformes de paño verde, gruesos zapatos marrones, pantalones bombachos y bandas también de paño verde de rodilla para abajo, bailaban con pasos torpes en parejas de hombres, ese ritmo difícil, extraño y acompasado, los brazos rodeando las cinturas inexistentes, las piernas subiendo y bajando en movimientos conjuntos.

Era domingo en el cuartel de Cobija, junto al Brasil, en el ángulo oeste más apartado de Bolivia. Soldados collas en una tierra cambia, anchas espaldas y grandes barrigas en una tierra de flacuchentos, de gentes ágiles y palúdicas. En el monte, piernas desnudas hinchadas, enrojecidas, llagadas por los mosquitos. Eran collas que apenas resistían la selva, haciendo su servicio militar.

Diversión de fin de semana allí, en el cuartel de Cobija, bajo las miradas diáfanas de las muchachitas domingueras, apenas estrenada la pubertad, las falditas cortas recién lavadas en el río y secadas al sol, primoroso algodón colorido encima de los muslos tersos, infantiles, delgados tejidos que transparentaban los cuerpecitos magros y desnudos, las caderas jóvenes y estrechas, los sexos tibiecitos apenas cubiertos por precarios calzones, los pezones apuntando detrás del percal. En el centro saltaban los amplios pulmones, contruidos para respirar el aire enrarecido de las alturas. Paño verde caña como el de los soldaditos que Calixto conoció en su infancia, apelmazados en el tren de la sierra que los llevaba a morir en la lejana frontera con Colombia, en una guerra que nadie comprendía.

El camión descubierto los llevaba ahora al aeropuerto atravesando las calles del pueblo. La gente que protestó para impedir que los torturasen aquella noche de la golpiza del cuartel, se aglomeraba ahora en los balcones y en las aceras, para ver el espectáculo.

—¡Contra el piso malditos, nadie alce la cabeza! Tronaron los soldados.

De bruces contra las tablas ennegrecidas del camión, probando el sabor aceitoso de la madera, presentían las calles del pueblo, la gente asomada a las ventanas para mirar estupefacta, a veces para aplaudirlos.

Y ahora un rígido coronel norteamericano mirándolos sin la sonrisa de una hostess. El avión militar a hélice dejaba cada vez más abajo la alfombra de árboles del departamento de Pando para ascender todo crujiendo y quejidos hasta la cordillera, de nuevo hasta la puna helada. Meses de marcha heroica para regresar en un par de horas de vuelo cherche.

Entonces revolcarse con el vómito de altura mientras el avioncito subía y bajaba como un ascensor de juguete haciendo cabriolas sobre la cordillera.

—Ahora no ser valientes, carajo. Dijo el gringo en su castellano machucado.

PRESENCIA

La Paz, lunes 3 de junio de 1963

AYER LLEGARON ONCE CASTRISTAS PERUANOS

DETENIDOS EN COBIJA.FUERON SOMETIDOS A INTERROGATORIO.

«Ayer a las 14 horas arribaron a esta ciudad once castristas peruanos que fueron detenidos en Filadelfia, Cobija, el jueves de la semana pasada por el Prefecto de aquel departamento Ernesto Nishikawa. El mayor Juan Pepla, oficial mayor de seguridad pública del Ministerio de Gobierno, tuvo a su cargo el traslado de estos elementos en un avión de la Fuerza Aérea.

La llegada de estos elementos se produjo en la reserva más absoluta. Inmediatamente desde el aeropuerto militar fueron trasladados a las oficinas de seguridad política donde fueron sometidos a intensos interrogatorios».

Control Político de La Paz, junio de 1963.

—«Pollerita colorá, pollerita colorá...»

Bum, bum, bum. Un bulto rodaba golpeándose contra las escaleras de piedra del control político. Los ayes de arriba apenas eran audibles abajo porque un tocadiscos sonaba a toda voz la cumbia de moda. Una radio trasmitía órdenes intermitentes de una voz aguardientosa que desde dónde diablos sería respondida. De vez en cuando un tropel de pasos se precipitaba por las escaleras hacia las toyotas en que los agentes salían a capturar algún nido falangista, a patear revolucionariamente algún enemigo del nacionalismo.

Los ayes continuaban apagándose arriba.

—«*El carretero tiene un querer...y a su querencia quiere volver...*»

Y ahora la voz llena de Gladys Moreno mezclándose con las palabras de la estática: Cobra a Lince. Cobra a Lince. Si mi teniente, comprendido. Era control político. Al fondo, en un rincón de la pequeñísima celda, un papel masticado en pedacitos: «caudillo de mi antorcha/incendiando horizontes/ yo traigo de la historia/un nuevo amanecer/esta camisa blanca/color de tres estrellas/es un reto en la guerra/y es orden en la paz/Bolivia vigilante está en mi cartuchera/en fusil flamante/y en mi rebelde acción». El himno de la Falange que algún preso desesperado por el susto había querido eliminar masticándolo, mezclando la antorcha con su saliva, tragándose su rebelde acción. Nada en la celda solitaria, sino el hielo que penetraba las carnes y los huesos, las paredes limpias, blancas, los recuerdos, el olor y la memoria de cientos de presos que pasaron por allí antes que Calixto se echase en posición fetal contra un rincón, tratando de dormir para olvidar el frío cortante, de olvidar la sangre lejana de Puerto Maldonado que aún lo torturaba, de inventar qué diría ahora a los soplones de la revolución nacionalista. Nada sino los escalofríos del terror, las salivas asustadas, los papeles deshechos, los triturados espíritus.

Calixto recordó entre sueño y sueño que Control Político, la policía del MNR, fue formada desde la revolución de 1952, apenas los mineros y el pueblo de La Paz tomaron el Palacio para echar a la rosca, el gobierno oligárquico de los Patiño, Aramayo y Hoschild. Miles de obreros murieron en esa revolución para llevar al poder al MNR, nacionalizar las minas y decretar la reforma agraria. El nuevo gobierno, aplaudido por los obreros, combatido por la reacción latinoamericana, cantado por los poetas, esperanza de los pobres de Latinoamérica, organizó a sus milicianos para defenderse de la oposición derechista de la Falange. Gente pobre de los barrios de La Paz cuyas casas de adobe se licuaban y hundían en el barro en la época de lluvias, o que dormitaban su miseria en la época seca, jóvenes que siguieron encandilados al MNR formando parte de sus masas populares, fueron encargados de la policía política. Paulatinamente, los leales ciento por ciento fueron convirtiéndose en nada más que policías encargados de la represión. Y allí estaba ahora, en un cuartucho del caserón de Yanacocha y Potosí, a cuatrocientos metros de la Plaza Murillo, en esa vieja casa por cuyas aceras los opositores al MNR no pasaban sin sentir escalofríos, porque allí la verdad temblaba hasta convertirse en mentira, la mentira era desmenuzada y hervida hasta convertirse de nuevo en verdad.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Fernando Rodríguez.

—¿Crees que somos pelotudos? ¿Cuál es el número de tu libreta electoral en el Perú?

—Dos, siete, cero, cuatro, cinco, nueve, ocho, cero.

El jovencito elegante y blancón al otro lado de la Underwood. Cigarrillos importados, fino casimir inglés a cuadritos, pañuelito blanco asomando coquetón por el bolsillo superior del saco nuevecito y sin arrugas. Se diría salido de una comedia británica en technicolor.

—Otra vez. Repite el número de tu libreta electoral en el Perú.

—Dos, siete, cero, cuatro, cinco, nueve, ocho, cero.

No se equivocó porque había memorizado el número falso por si alguna vez se presentaba esta ocasión.

—¿Qué hacías correteando por la selva? ¿Dónde están los otros?

Junto al inglesito-boliviano, un cholo cara de piedra golpea las teclas redondas y gastadas de la Underwood imprimiendo la manifestación policial con una cinta rojinegra descolorida en un papel andrajoso. Los prisioneros tiritan de frío en esa piedra helada, apenas cubiertos con jirones de tela podrida por el monte, semidesnudos, semidescalzos.

—¿Político? ¿Y a qué partido perteneces? Sigue la voz cachacienta del elegante Ramos golpeteando como los dedos del cholo cara de piedra.

Diez presos en diez celdas diferentes. Buen botín. Pero ¿dónde están los otros? ¿Qué decir ahora? Ni ellos lo sabían. Benito, Atito, Manrique, Cúyac, Fortunato, Macedo, Nipi, aislados uno de otro y prohibidos de hablarse, sólo se miraban a ocultas cuando los guardias les permitían ir al baño común una vez al día para orinar y defecar. Sólo podían hacer gestos rápidos cuando escapaban a la mirada hostil de los vigilantes, en el cuarto húmedo y oscuro que hacía de letrina y fuente de agua. Desde el fuerte de Porvenir habían quedado en dar una sola versión: eran-estudiantes-apristas-perseguidos—por-la-dictadura-militar-que-había-derrocado-al-gobierno-constitucional-de-Prado-en-julio-de-1962. Tuvieron-que-salir-fugando-por-la-selva-a-raíz-del-golpe-militar. Pedían-asilo. La ruta había sido larga, es cierto, pero no habían tenido otra alternativa. En camión, claro, en camión desde el Cusco hasta Quincemil, en camión hasta Puerto Maldonado, cruzando el Iñapari. Luego a pie, claro, a pie, por Puerto Heath, en plena selva, hasta Chivé, cruzando el Manuripi, hasta Filadelfia donde los encontraron los soldados bolivianos. Sí señor, se acogían a las leyes internacionales. Pedían asilo. Todos habían dado la misma versión con nombres falsos y números de identidad inventados.

—Supongamos, lo que dices es cierto. Pues bien. ¿Y a qué hora salió el camión de Quincemil?

La pregunta sonó cachacienta. De espaldas a él, mirando hacia la calle en la elegante oficina del segundo piso, vistiendo también finísimo terno de casimir inglés, humo de habano lanzado hacia el techo como

quien no quiere la cosa, estaba Pancho Lluch. Español republicano, combatiente de la guerra civil, capitán del Servicio de Inteligencia Militar de la República Española y luego, según decían, ascendido al grado de coronel, marido de Rosa Lema, una belicosa diputada del MNR que había perseguido por las calles de La Paz, pistola en mano, al Alcalde Centellas, y amenazaba terminar a tiros con los representantes parlamentarios de la oposición, allí estaba Lluch, ahora consejero del control político e interrogador de presos.

—No eludas la pregunta. A-qué-hora-salió-el-camión.

Antiguo militante del Partido Comunista Español en la guerra civil, había organizado la policía política para sus amigos del MNR. Era la inteligencia detrás de San Román, el Jefe del Control Político. ¿A qué hora salió el camión? La pregunta era clave y decisiva para demostrar que los presos mentían porque todos habían sostenido lo mismo, que eran perseguidos políticos de la dictadura militar peruana y habían salido fugando por la selva, pero a nadie se le ocurrió ponerse de acuerdo en la hora de salida del maldito camión que, según sostuvieron contra todos los indicios, los llevó de Quincemil a Puerto Maldonado.

El café, hecho subir hasta ese escritorio del segundo piso por orden de Lluch, humeaba cálido como esperando la respuesta.

—Sí, claro, te golpearon en Cobija, fue el mayor Pepla, ese tipo es del ejército, pero aquí es otra cosa, aquí tenemos métodos científicos.

La claridad de la oficina, la comodidad de los sillones de cuero, todo transparentaba el confort, la seguridad del poder, todo contradecía los ayes, los golpes en la escalera, el tocadiscos a todo meter, las carreras estrepitosas en la noche, las interjecciones, los gritos, en ese mismo edificio. Y allí estaba Lluch, experiencia de la vida, escepticismo, goce de los años resignados a la maldad de los hombres, cazurrería, conveniencia, convivencia con el mundo que ya no se puede cambiar.

—Son ustedes unos pelotudos muchacho. A qué afanarse más. Para qué luchar, morir, sacrificar la mujer, los hijos, dime ¿por qué debe cambiar todo ah? Ustedes son inteligentes, podrán también ser alguien, gozar el poder a su tiempo.

Silencio por respuesta.

—Al final, no necesitamos que digas la verdad, muchacho. La sabemos. Castro los ha metido en un lío. Los sacrificaron. Ya sabes que cosieron a balazos a un poeta de tu grupo en medio del Madre de Dios. ¡Qué locura! ¿Quiénes se creyeron ustedes, los campeones del mundo? Hemos enviado sus fichas al Perú. Ellos nos dirán quiénes son ustedes.

—No sé de qué me habla. Nosotros decimos la verdad.

—Si dieron nombres falsos la pasarán muy mal. Ustedes creen que

todavía alguien piensa de veras en la revolución. La revolución no existe en ninguna parte del mundo. Es un estúpido sueño de locos. Lo que existe es la política. Y en la política ganan los más hábiles. Aprende esto muchacho. Si siguen esto morirán, porque los sueños ya no tienen lugar en el mundo de los vivos.

El olor del grueso cigarro de piel achocolatada en las manos pecosas de Lluch evoca la lejana Cuba. Café oscuro, sabroso, humeante, en vajilla de loza fina. Bandeja de plata. Grandes ventanas. Harapos del prisionero sobre el oscuro cuero del sillón. Calefacción en la sala alfombrada.

—La maniobra que hicieron regresando les salvó la vida. El sitio de ustedes debería ser el cementerio. ¿Dónde están los otros? Si siguen el juego morirán tarde o temprano.

El sermón continúa.

—¿Es que son idiotas para no comprenderlo todavía? Los movimientos de ustedes eran seguidos al milímetro. El Che Guevara está detrás de todo esto. Sabemos que su gente anda por aquí tratando de armar líos en el Perú, Paraguay y Argentina.

—No sabemos nada, nosotros venimos del Perú.

—Diles a tus socios que no los perdemos de vista. Nosotros jugamos a este lado del tablero. Al otro lado están los que ya tú sabes. Ustedes son apenas los peones.



Monje y Pantoja negociaron con Paz. Paz consintió en ignorar el asunto de los peruanos. Total, si los militares del Perú permitían que la Falange complote desde Arequipa contra su gobierno, no le interesaba a él cuidarles las espaldas. Ignorar los ajetreos conspirativos de Pantoja era tomarse la revancha contra quienes auspiciaban en el Perú un retorno de la rosca a Bolivia.

Pero la embajada norteamericana, en constante vinculación con la gente de Paz, también estaba enterada de los acontecimientos. El gobierno del MNR se entendía bien con todos —y desde luego también con los norteamericanos—, porque estaba políticamente solo en esta parte de Sudamérica. Los norteamericanos sabían que Pantoja y Tamayo, hombres del Che, preparaban algo que ansiaban descubrir.

La Paz era un centro internacional de confabulaciones. Total, un centro de conspiración puede ser también un centro de información, útil en esa guerra silenciosa. El gobierno norteamericano toleraba a los bolivianos su negligencia ante las maniobras que los cubanos hacían desde

su país. A su vez, usando esa tolerancia, los bolivianos podían permitir a los cubanos cierta libertad de movimientos en su apoyo a paraguayos, argentinos y peruanos.



Luego a contar horas, minutos, días, noches, pasear los ojos por los muros y dentro del alma. A explorarse a sí mismo, Calixto. Tiempo de sobra Cúyac para hacer vigilia por los seres queridos, para imaginar que en este momento Lucía está saliendo al trabajo con su trajecito apretado, su rostro moreno, sus piernas largas, duras y suaves, para resistir, maldita sea, la tortura de pensar en su sexo pequeño y húmedo evocando su sonrisa de hojas frescas, de parques, de calles estrechas paseadas bajo la llovizna, para recorrer en sueños las anchas calles grises hundiéndonos, Calixto, en la bruma y el silencio. La nostalgia por la vida que podría tener, el retorno al mundo que podría realizar. Amor saboreado Atito bajo los árboles y los pájaros, manos entrelazadas junto al mar, rostros que podrían ser felices bañados por las gotas de las olas, junto a la noche, junto al cielo.

Afuera se atropellan otra vez las carreras en el patio de piedra. Nuevos gritos, órdenes que suben y bajan. Doce del día, de pronto las puertas de los calabozos se abren. Los presos pestañean, los ojos heridos por la súbita exposición a la luz. Los agentes se apelotonan en los balcones, las metralletas se alistan como para un combate. Al centro, siempre arriba, sonríe un hombrecillo rechoncho y cobrizo, labios gruesos bajo las mejillas ennegrecidas por el frío, pelo cortito, terno gris oscuro a rayitas blancas, manos también rechonchas apoyándose sobre el barandal.

Ramos ordena, apura.

—Suban, suban rápido. Es el general San Román, quiere hablar con ustedes.

San Román. Sólo al oír ese nombre mucha gente tiembla en Bolivia. Perseguido en su juventud por los gobiernos oligárquicos, estuvo en los campos de concentración de la rosca, muriéndose de frío y de hambre con los emenerristas. También fue golpeado y torturado a su tiempo, la puerta de su casa echada abajo a patadas, sus colchones abiertos a cuchilladas, su hogar invadido a golpes y culatazos en la oscuridad de la noche. Veía los cadáveres agolpados en los camiones, las piernas rígidas colgando fuera de las tolvas, la sangre goteando entre las ruedas, los obreros caer de espaldas bajo la metralla, los muros ceder y deshacerse a cañonazos, los hombres harapientos correr con la locura de las cucarachas. Siempre les dijo a sus compañeros: si llegamos al poder, denme

la policía política. Y ahora persigue a quienes antes lo persiguieron, hace temblar a quienes antes lo hicieron temblar. Que la tortilla se vuelva. Cobra a Lince. Lince a Cobra. Es la ley de la política porque es la ley de la vida. Unos están arriba, otros abajo.

Los que ahora están abajo, mañana pueden estar arriba. San Román era todo miel, todo sonrisa y brazos abiertos.

—¿Muchachos peruanos, no? Valientes muchachos. Van a salir en libertad. En este momento. Han tenido suerte, ya teníamos los jeeps preparados para llevarlos a Desaguadero y entregarlos al Perú. Pero hemos cambiado de idea. Se quedarán ustedes aquí.

—¿Quiere decir que nos dan asilo político, general?

—Nadie ha hablado de asilo político. No tenemos ningún documento de identidad de ustedes. ¿Acaso quisieron decirnos quiénes son? Simplemente se quedan en Bolivia. Es una orden presidencial. Y ándense con mucho cuidado. Prohibido salir de La Paz. Deberán reportarse cada semana para que sepamos dónde están. Queremos tenerlos siempre a la vista. Y ahora rápido, rápido, quítense de aquí antes que cambiemos de idea.

Los portones abiertos para la salida. Respirar profundo, alegría de ver la gente caminar por la calle, contemplar la rutina de la vida ciudadana, mirar las tiendas abiertas, las muchachas paseando al sol por las calles empedradas. Pero cómo saber si están en una nueva trampa tendida por los cazadores invisibles de este juego de gato y ratón.

Trinidad, junio de 1963.

Con llagas purulentas floreciendo en pies y manos como temprano efecto de la lepra selvática llamada uta, los esqueléticos fantasmas de la canoa han logrado terminar su viaje secreto. Han pasado por el fuerte de Puerto Rico y por los puestos de vigilancia a lo largo del Manuripi, eludieron los ojos y oídos de alguien que los vigila desde las sombras de la política. Han caminado doscientos kilómetros en medio del monte, entre las cercanías de Riberalta y Trinidad. Hay que viajar ahora a La Paz y recomenzar el juego. «Pues sí camarada, aquí estamos como fantasmas regresados de la eternidad, enterrada nuestra inocencia en el monte». No te aceptamos Partido, te necesitamos. Te aborrecemos Partido, pero no podemos prescindir de ti. Ahora sabemos que los dirigentes del PC, los cubanos, la embajada, el gobierno de Paz, el control político, los nor-

teamericanos, los agentes de la policía peruana, son jugadores de varios juegos simultáneos. Nosotros estamos en uno, y ése no ha terminado.

Calixto se reunió con los cubanos. La Habana decidió continuar. El apoyo al grupo peruano seguiría, ahora respetando sus decisiones. Los peruanos planeaban su ingreso por sí mismos, sin intervención de nadie, ni bolivianos ni cubanos.

Perú, julio 1963

Elecciones generales, triunfo del Arquitecto. La Junta Militar dejaba el poder, los militares organizaban una retirada ordenada. La democracia empezaba a reinar. La reforma agraria había sido prometida, se esperaba la nacionalización del petróleo, las multitudes llenaban las calles. Apra. Acción Popular. *Sólo el Aprismo salvará al Perú. La conquista del Perú por los peruanos. El Perú construye. Redención para los pueblos olvidados. Picos y palas para la revolución sin balas.* Fiesta de consignas, juegos de palabras, hipnosis de masas. Lemas coreados por millares de voces. Luces, reflectores sobre los rostros, gesticulaciones de los grandes demagogos estallando en las plazas. Abrazos, sonrisas. Plaza San Martín. Campo de Marte. Manos levantadas buscando atrapar las promesas que el viento se lleva. Bandadas de pañuelos blancos alumbrando las noches. Niños en brazos de los candidatos. Oh gloria suprema de los aplausos rítmicos, de los nombres repetidos en coro. Oh heroísmo de las tribunas, delectación indescriptible, ser enfocado por las cámaras de televisión. Dinero. Carteles. Colores. Gorritas. Banderines. Tú me conoces. Vota por mí. Yo te ofrezco la olla llena, el trabajo, la salud, la felicidad. Te representaré peruano, hablaré, gritaré, me quejaré, golpearé la mesa por ti. Señor candidato, doctor, nosotros apoyamos a la democracia. Pero no olvide que necesitamos seguridad para nuestras inversiones. Sí señor. Confianza, todo es cuestión de confianza. Ilusiones distribuidas a millones de campesinos ansiosos de tierra como antes se repartían espejos y piedrecitas de colores a los indios, libertad ofrecida a los poetas, justicia prometida a los pobres, paz, seguridad ofrecida a los millonarios. Entendimientos. Enjuagues. Traiciones. Drama en las calles, hambre en los hogares, diversión en los salones. Felicidad de los votos, opio de inúmeros fulanos, tranquilidad del sistema, ¡oh democracia, te bendigo!

La Paz, agosto de 1963

El comité de dirección se reconstituyó eligiendo a Calixto y Negrón y volvió a consultar al grupo qué se podía hacer.

Reunión en una casa de La Paz.

—Podemos usar los caminos de los contrabandistas por Desaguadero y Puerto Acosta, dijo Negrón.

Negrón era cusqueño, y estaba habituado a los caminos andinos. Se unió al grupo desde La Habana, adonde llegó procedente de México. Hablaba fluidamente un quechua de pronunciación explosiva o un castellano ceremonioso en el que distinguía las eses y las zetas, tal como hacían sus paisanos del Cusco.

—La frontera es muy extensa, continuó. En grupos pasaríamos poco a poco sin despertar sospechas. Las armas pueden ir en acémilas por otras rutas usando también diferentes senderos en el altiplano. Necesitaremos explorar primero. Los que podemos movilizarlos sin problemas lo haremos. Los enfermos podrán seguir su tratamiento mientras tanto.

Todos estaban enfermos con las piernas, los pies y las narices ulceradas. Enormes heridas redondas, como lagos de sangre, eran los estigmas de quienes pasaron por territorios asolados por la mosca blanca trasmisora de la leishmania, conocida como uta en esas regiones. Quienes padecían uta terminaban perdiendo narices y cuerdas vocales como los leprosos porque la uta es prima de la lepra.

—¿Ah sí? ¿Tan rápido? Razonas como un autómata.

Era la voz de Viaña.

—Antes hay que discutir, dijo. Hay que hacer el balance. Javier está muerto. De Alaín, la radio dice que está moribundo. Junco, el colorao, Cabrera, han sido capturados. Al ciego Guevara lo agarraron con toda la plata. Peor no pudo ser. Además, tú sabes que hubo elecciones en el Perú, los presos políticos han sido liberados. Hay un clima de entusiasmo por Fernando Belaunde, el candidato triunfador. Hay parlamento, diputados y senadores elegidos, hay esperanza en la democracia después de una dictadura militar. ¿Crees que las condiciones son iguales que antes? Hay una situación nueva. Yo planteo discutir primero y no repetir una aventura como la que acabamos de tener.

Viaña se hizo famoso por lo porfiado y terco. No contaba con las simpatías del grupo porque también era conocido porque violaba la disciplina.

Negrón se incorporó en su colchón, sobre su catre desvencijado.

Humo de cigarros fumados con nerviosismo subía hasta el techo de la habitación semioscura formando arriba una nube negruzca que se movía siempre, transparentada por la luz mortecina del cuarto.

Viaña esperó satisfecho el resultado de su intervención. Hasta ese momento, nadie se había atrevido a discutir el acierto de continuar. Cabeza grande y achatada, sujetaba todo a largos análisis políticos, cuan-

do muchos pensaban solo en el factor militar. Había participado en las primeras manifestaciones de solidaridad con Cuba, organizadas por los estudiantes de la Universidad Católica de Lima. Blanquitos, de buenas familias ¿qué podían encontrar de atractivo en esa revuelta de barbudos comunistas que le estaba quitando la propiedad a decenas de respetables apellidos en la isla y fusilaba a centenares de personas en el paredón?

Escapó de la escuela de becados en La Habana para unirse al resto de peruanos en la finca de Villa Úrsula. Siempre fue porfiado, conflictivo. Cerca del lago Victoria se perdió haciendo de centinela y toda la guerrilla tuvo que dedicarse a buscarlo durante varias horas en el pajonal pantanoso.

Todos se miraron entre sí mientras Viaña despedía bocanadas de humo mirando las manchas de humedad de la pared.

—Y no crean que yo soy el único que piensa así, dijo removiendo todavía más la herida. Hay otros compañeros que piensan como yo. No se animan a hablar. Temen ser traidores, apendejados. Hablen pues compañeros. ¿Qué hacer entre la misión y la duda? Hay que hablar, decir las cosas.

—Está el compromiso. Nos hemos comprometido a organizar una revolución por el camino guerrillero. Para lo que tú quieres, para hablar, argumentar, discutir, hay bastantes partidos en el Perú. No es la hora de las palabras. Es ahora o nunca. No puedes mirar ya hacia atrás.

—¿Comprometidos con quién? porfió Viaña. ¿Con los cubanos? Ellos quieren aplicar en todas partes lo que les salió bien en su país. El Perú es otra cosa, otro cuento, otra gente. ¿Con el Partido boliviano? ¿Les pasaremos la factura de seis meses perdidos en la selva, de la vida malograda para siempre de nuestros compañeros en Puerto Maldonado, el apresamiento de Junco, Alain y el grupo que ahora está encarcelado en Arequipa?

—Solo persistiendo podemos aprender pues cabezón, dijo Negrón ensayando una respuesta afectuosa. Fracasamos una vez, salvamos el grupo, ahora tenemos una nueva oportunidad. La oportunidad de hacer las cosas a nuestra manera. Tenemos una misión que cumplir. Haremos las cosas con nuestro propio criterio. Ahora la victoria o el fracaso dependen de nosotros. De nadie más.

—Entonces iremos a mi comunidad, dijo Nipi. Chungui. La guerrilla será el destacamento armado de la comunidad. Mis hermanos comuneros nos recibirán.

Nipi era el flaco que le regaló una quena a Fidel en la primera reunión, aquella de G y 23 en La Habana, cuando Fidel no pudo obtener ningún sonido del instrumento andino.

—La democracia es una ilusión, pero en estos momentos es la ilusión de millones de personas. ¿Iremos contra millones de personas? Porfió Viaña.

—Del Perú ha llegado César Sotomayor, argumentó Negrón. El Partido ha cambiado de dirección, piden disculpas por lo ocurrido y quieren contacto con nosotros. También ha venido Tomás, del MIR. Trae libretas electorales en blanco, que ellos compraron en el norte del Perú, como una señal de amistad, para que las usemos para entrar al país. Aquí en Bolivia los Peredo, los Moreyra, los Urquieta, los Vargas Machicado darán sus casas para escondernos, nos alimentarán y cooperarán con nosotros. Tenemos condiciones favorables. Ya no podemos esperar.

—Ya no debemos esperar, repitió Toque, como en un eco. Si no quieres, no vayas, nadie te obliga.

Era otro andino. Pequeño, de pocas palabras, decidido a ser soldado revolucionario. Nacido en Moho, en medio de la frontera entre Bolivia y Perú, hablaba el aimara como lengua materna. Moho era tierra de contrabandistas que ignoraban en los hechos la frontera. Para ellos, Bolivia y Perú eran el mismo territorio aimara por el que circulaban como pez en el agua.

—Suficiente con los que cayeron en Puerto Maldonado, con los que nos jodimos navegando en una retirada de la que podíamos no haber salido vivos. Ya no hay lugar para los métodos que propiciamos antes, compañeros. Insistió Viaña.

Calixto porfió.

—No podemos dar marcha atrás ahora. Significaría deshacer el grupo, dispersarnos, reconocer que la lucha era inútil. Y ni siquiera hemos empezado.

—Hay que discutir en una asamblea, propuso el cabezón.

—¿En dónde crees que estás, en la legalidad universitaria para hacer asambleas? dijo Sánchez.

—Que cada quien decida. Como en la isla del Gallo. El que quiere va al Perú organizado, disciplinado. El que no, se queda y ya verá lo que hace. Pero nadie sale de Bolivia hasta que el grupo militar haya entrado, concluyó Calixto.

—*¿O sea que decidiste sin tener en cuenta la realidad que te rodeaba? Río Li Chong.*

—*No me interesaba la realidad, me interesaban mis objetivos. Al luchar por mis objetivos podía cambiar la realidad. La guerrilla estremecería al país, aguaría la fiesta de los políticos para recordarle a la gente tareas indispensables. Despejaríamos el humo de las ilu-*

siones para volver a la dureza de lo que había que hacer: acabar con los terratenientes, devolverles sus tierras a las comunidades. Así de simple.

—¿Así de simple? Volvió a reír Li Chong. Ustedes se inventaban una realidad que no existía. Las comunidades también apoyaban al arquitecto que había recorrido el país pueblo por pueblo.

—Esa era la ilusión que era necesario despejar.

—La ilusión era la de ustedes.



En una casa de las afueras de La Paz, hacia el valle de Calacoto, allí donde el clima se hacía templado, soleado y cálido, sentado en un gran sillón y de buen humor, Pantoja dijo:

—Cuba mantiene su confianza en ustedes, compañeros. Apoyaremos el plan que acuerden para entrar al Perú. Ustedes son nuestros muchachos.

Pero las microscópicas leishmanias inoculadas por la manta blanca, el pequeñísimo mosquito que puebla en nubes de millones las riberas del Manuripi, circulaban ya por el tejido linfático de los que regresaron, haciendo una evolución similar a la lepra y la sífilis. Era la leishmania, el botón de Oriente. Médicos amigos explicaron el proceso de la enfermedad: las larvas buscan salir a la superficie a través de la piel, formando volcanes de sangre y pus que no cierran nunca, sino crecen y crecen formando gruesas costras que flotan en otros tantos agujeros carnosos. Las narices se enrojecen e hinchan, sangran las fosas nasales. Las piernas y pies se llenan de úlceras, estigmas de la selva que se niegan a desaparecer. Los cuerpos fatigados por largas privaciones no habían podido resistir la invasión de la leishmania.

—Pantoja, ellos sabían a qué sitio nos mandaban, sabían que esas selvas estaban infestadas de uta. ¿Por qué no nos dijeron nada?

—No es hora de pedir cuentas, ahora hay que tirar palante chico, dijo Pantoja, tirar palante.

El tártaro hemético, antimonio que provoca vómito, era inyectado lentamente en las venas de los enfermos para matar las larvas que poblaban su sangre. Lentamente, centímetro a centímetro, las enfermeras

del hospital de La Paz ordenadas por los médicos del partido, iban midiendo el líquido tóxico a medida que los pacientes se retorcían por el vómito y devolvían hasta el último residuo de sus entrañas. El antimonio se acumula en las articulaciones, hincha el hígado, se vuelve dolor insoportable en hombros, codos y rodillas provocando la inmovilidad de los cuerpos. Te vuelves un hombre de metal. El antimonio se impregna en tu saliva, se aglomera en tu sangre, se acumula en tus articulaciones.

La guerrilla decidió trabajar para ganarse la vida. Atito y un grupo de compañeros abrieron una vidriería cerca del mercado negro. Otros ayudaron en la pequeña empresa de contabilidad de la familia Moreyra. Roberto Moreyra fue capturado, torturado y asesinado años después.

Calixto y Edgardo Tello adaptaron *Lolita* de Vladimir Nabokov, novedad de aquellos días, a la radio Illimani. Fue un éxito de sintonía.

La radio Illimani era la emisora oficial del estado boliviano. Allí era productor el periodista Antonio Peredo, el hermano mayor de Guido "Inti" Peredo, sobreviviente de la guerrilla del Che.



Setiembre 1963. Arturo Frondizi es derrocado en Argentina. Presionado por el sectarismo que se ha apoderado de la revolución, Jorge Ricardo Masetti abandona Prensa Latina, entra en Argelia, hace contacto con Boumediene y retorna a su país de origen. En Orán y Emboruzú, límite entre la provincia de Salta y Bolivia, empieza la operación Segundo Sombra, 30 guerrilleros bisoños forman el Ejército Guerrillero del Pueblo. Masetti es el Comandante Segundo. Como Segundo Sombra, espera que en algún momento el Primero sea el Che. Dicta un código de conducta, copiado de los argelinos. Pena de muerte por homosexualidad, por traición, por violación de mujeres del pueblo, por robo de alimentos. Gobierna Argentina el médico radical Arturo Illía.

Casi diez años antes Juan Domingo Perón ha sido derrocado mediante un sangriento golpe militar en setiembre de 1955. Un nuevo golpe de estado encabezado por José María Guido derrocó al presidente Arturo Frondizi en 1962. Unas elecciones restringidas, con el peronismo ilegalizado y el presidente Frondizi preso, dieron como resultado el ascenso de Arturo Illía al poder en 1963. Illía es un hombre honesto, pero es un preso en la Casa Rosada. Los militares preparan su propia revolución, a su manera, encabezada por el General Juan Carlos Onganía. Un año después las universidades serían cerradas, bibliotecas y laboratorios destruidos, profesores presos o exilados. En estas condiciones políticas, la

guerrilla preparada desde Bolivia como el ELN peruano, fue un fracaso, fue asfixiada por las circunstancias, aislada de todo contacto con la población, víctima de su propia inexperiencia. Masetti desapareció, tragado por la selva y el tiempo. La operación Segundo Sombra, apoyada por el mismo equipo cubano de hombres del G2 fue el capítulo precedente a la operación Puerto Maldonado del flamante ELN peruano.



Cochabamba, setiembre de 1963.

Pon tu cabeza en mis pechos. Eres un pequeño hijo, yo también pequeña, ven. La vida ha creado este instante para nosotros. Cierra los ojos, échate aquí, pega el calor de mi cuerpo al calor de tu alma, olvida el día que vives, el tiempo que mueres. Déjame evocar los circos andarines con sus payasos cubiertos de polvo viajero, sus leones desdentados rugir debajo de las carpas terrosas de mi pueblo, oh taquiraris de Santa Cruz, guirnaldas, carnaval cuando no tenía que trabajar en los trenes para ganarme la vida, oh lluvia, carretas, bueyes moviéndose entre troncos y barro, entre vida y esperanza. Esa apariencia tuya desamparada remueve mi alma, agita mis entrañas, humedece mi sexo. No quiero esperar a los parroquianos, no quiero oler más su aliento de alcohol barato, no quiero este destino, a ti te espero, corazón encogido, música de mi tierra, rockola de «La Perla Azul» que amo y odio. Eres tú cuando tengo que bailar y bailar y atraerlos a cualquier cuarto del segundo piso y dar placer para que la casa gane y yo me destrozo y allá abajo sigue sonando y sonando la rockola con su música encerrada, recordándome que yo también lo estoy y que hay aire libre y tierra húmeda allá afuera y que mi pasado existe y que algún día viajaré en el tren hacia la libertad con mi propio capital y no tenga que entregarme a los aduaneros para que dejen pasar la mercadería de otra gente y sea libre y feliz. Poner mi casa, tener mi marido, criar mis hijos, ser una señora, olvidar. El mundo nace y muere con nosotras, esclavas en «La perla azul». Desde las cinco de la mañana esclava de tí, tuya siempre de tí. Hasta las cinco de la mañana juguete de los otros, giramos como el dinero del oriente fluye hacia la caja a través de nuestros cuerpos. ¿Qué sería de Cochabamba sin nuestro rímel, nuestras piernas, nuestras medias nylon? Desde las cinco de la mañana somos libres, pero ya no hay luces, la ilusión desaparece y queda solo pobreza, solo barro, solo velas y lamparines, baño común y lluvia y lodo. Pero libres y dueñas.

Pero nuestro corazón sigue suave y blando como el del león desdentado del circo polvoriento de mi infancia.

Control Político de La Paz, julio de 1963.

De nuevo Control Político. Otra vez la celda de piedra, el tocadiscos a toda voz, los pasos atropellados en la noche.

—Ven acá peruano. Queremos verte mejor.

Apresado de nuevo, Calixto fue obligado a caminar alrededor del patio. Arriba en las arquerías, los hombres aprenden de memoria ese cuerpo flaco, macilento, amenazado por la desnutrición, carcomido por la uta.

—Camina peruano, miren esa cara. ¿Podrían reconocerlo en cualquier lado? no lo olviden.

Más tarde se abrió de golpe la puerta de la celda. Ramos, nadie menos que Ramos, el boliviano-inglesito.

—Aquí no estás detenido ahora, sólo estás depositado. Debemos enviar todos tus datos a los colegas peruanos. Ellos no te identifican todavía. ¿Quién diablos eres finalmente?

Rostro afeitado, sonrosado, pelo cortado con esmero. Leve perfume de marca extranjera. Ramos, el segundo de Lluch, tercer hombre del control político. Apenas 35 años de bienestar, buena vida, ni siquiera una detención en su pasado, nada de heroísmo ni locura.

—Mira peruano, aquí las cosas van mal. ¿Sabes manejar armas?

—Puede ser pero ¿a qué viene eso?

—No vale la pena que te ocultes la verdad. Nosotros sabemos quiénes son ustedes, por eso escucha lo que te voy a decir. Aquí estamos con inamovilidad, al borde de un golpe de estado. El Presidente se tambalea. El general Barrientos no ha aceptado la candidatura que apoya el Presidente, dice que él, Barrientos, debe ser el candidato del MNR.

Los hombros de Calixto se alzaron displicentes.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? ¿Quién es el general Barrientos?

—El que reorganizó el ejército y fue el hombre del partido en las fuerzas armadas reorganizadas. Ahora resulta que quiere ser el amo de Bolivia sometiendo al partido. Todos estamos amenazados, incluso ustedes. Si él gana, nos barrerán a todos. Si hay golpe, tendremos que de-

fendernos con nuestras propias armas. Tendrás que participar aunque estés preso, hermanito. Así nomás es Bolivia. Si te sueltan después de este chequeo, desaparece lo más rápido que puedas.

Un año después, Paz Estenssoro cayó. El general Barrientos se convirtió en el nuevo amo. Una noche, el flaco Gallegos encontró a Ramos en la Plaza San Martín de Lima. El antiguo preso y el antiguo carcelero se reconocieron. Después de saludos y comentarios, Ramos le dijo a Gallegos.

—Estoy sin un peso, flaco. ¿Me podrías prestar algo de plata para conseguir un hotel por lo menos por esta noche?



Minas de Siglo XX, setiembre de 1963.

Un pequeño puente de madera sucio de barro sobre un riachuelo escuálido de aguas de gris metálico, gastado por mil pisadas anchas, apenas diez metros de puente por donde circulaban hombres cansados y mujeres de polleras descoloridas por el tiempo, separaba el pueblo de Llallagua de las minas de Siglo XX. Por allí caminó Calixto como un minero más, respirando aquel aire enrarecido que penetraba hasta sus entrañas, y dejaba que su silbido entre por sus orejas congeladas. Cuatro mil metros de altitud en que el viajero fatigado busca el oxígeno escaso, olor a metales, orines, excrementos, fango podrido. Estás en el techo de Sudamérica Calixto, los vientos cortan la plataforma de la puna, silbando como cuchillos lanzados sobre las mejillas ennegrecidas de la gente. Siglo XX. Heroico símbolo de los mineros bolivianos, tierra antigua de explotación y de sangre, de rabia y masacres, mito viviente de la revolución obrera, tierra de la dinamita, fusiles en manos proletarias apuntando siempre hacia La Paz, hacia el gobierno que no se pudo conquistar y quedó resguardado por San Román y Lluch. Hasta aquí no alcanzarían las largas manos del control político, ni las de la policía boliviana en un eventual golpe de estado, porque las milicias sindicales estaban armadas y el campamento minero era un territorio libre de policía o ejército. El Partido influye en el sindicato, trabaja para que no muera la esperanza, organiza las huelgas, habla desde la radio sobre una insurrección que algún día llegará. Algún día. Pero, por ahora, sólo están los largos hangares, las hileras de cuartuchos con techos de calamina a dos aguas siguiendo las ondulaciones de los cerros. Un cuarto, una familia. Por lo menos cien familias, una pileta de agua helada, letrinas comunes. Allá lejos, en el cerro, se defecaba sobre zanjas de cemento debajo de las cuales corrían las rápidas aguas

del río llevando su carga de excrementos. Cine para dos mil personas, donde todas las noches uno se podía evadir de la miseria cotidiana viendo pasar rápidas sombras en una pantalla poblada de remiendos, mientras chicos llenos de mocos orinaban y defecaban en los pasadizos oscuros. Frío cortante, apabullante. Críos corriendo entre los asientos. Viejos, casi despegados carteles advirtiendo no cagarse ni orinar en la sala. Aquí estás a salvo, Calixto.

La Paz, noviembre de 1963.

Había que tratar con los mineros amigos la compra de armas, mientras Negrón, Nipi, Toque y otros compañeros de origen campesino, examinaban el paso por el lago, por Moho, Conima, o las inmediaciones a Desaguadero. En las sombras del zoológico de La Paz, rodeados por monos que los miraban con curiosidad, entrevistaron a Zenón Barrientos, el diputado campesino del MNR, quien les consiguió unos cuantos fusiles y pidió incorporarse a la guerrilla. Se negociaron precios de viejas armas capturadas a los cuarteles en la revolución del 52 que ahora dormían inútiles bajo los catres desvencijados de la gente pobre, botín de una guerra inconclusa. Cúyac consiguió pistolas. Un fusil, diez mil pesos. Una pipiripipí, quince mil pesos. Sandóval Morón, el caudillo que mandaba en las regiones orientales, dueño de tierras y del gran comercio, regalará la pipiripipí, viejas metralletas Pistand, con que los checos pelearon en la primera guerra mundial y los mineros se batieron en las calles de La Paz durante la revolución de 1952, arrebatándolas a los soldaditos. La famosa ametralladora checa ZB-26 del período pre-Segunda Guerra Mundial. «Yo disparaba y disparaba con los ojos cerrados, decía el soldadito, pero ellos trepaban y trepaban, por centenares, por miles, no les importaba morir. ¿Hasta cuándo pues iba a seguir matando gente? Después ya no pude más, solté mi fusil y corrí, me desvestí, dejé el uniforme para que no me reconozcan, me colé a cualquier casa e imploré perdón de rodillas. No me maten papacitos, por favor no me maten. Ellos entraron al cuartel y cargaron con todas las armas. ¿Para qué lo hicieron? Ahora todo está peor que antes». Negrón compró botas, impermeables, cantimploras y bayonetas en el mercado negro, la empinada y serpenteante calle que asciende hasta la avenida Buenos Aires, donde ex mineros y desocupados venden ropa brasileña, frutas chilenas, fósforos peruanos y desechos norteamericanos de la guerra de Corea. Paquetes de pistolas y de balas. Revólveres brasileños salidos de quién sabe dónde. Documentos. Todo es negociable. Todo se puede comprar y vender mientras la próxima revolución llega, mientras la antigua revolución languidece y muere. Si quieres, puedes ser boliviano auténtico por 700 mil pesos, desde tu partida

de nacimiento hasta tu pasaporte, todo legal, nada falsificado, todo dado por el gobierno. La revolución es también un deporte, el tráfico es una forma de ganarse la vida. La misma revolución también es una forma de ganarse la vida mientras la verdadera vida se abre paso, una ocupación dentro de la desocupación, una forma de comer todos los días.



Toque miró a todos lados en el mercado de La Paz. Bajito, cobrizo, de andar agobiado por la carga de la altura, pantalón raído, ojotas de llanta coloreadas de lodo, Toquecillo era un indio más entre cientos de indios que se movían como hormigas, subiendo y bajando bultos, embarcando camiones, tomando bebidas humeantes en las esquinas, comprando y vendiendo, transportando mercancías, carnes, legumbres, baratijas. Toque Apaza, aimara entre los aimaras. Toque, en aimara, significa hacia. Apaza, el que lleva. Antiquísimos apellidos cuyo origen evocaba el remoto pasado. El que va hacia, Toque Apaza, ese eres tú, ésa es tu misión. ¿Hacia dónde vas, Toque Apaza?

Se filtró a la tolva del camión entre polleras, macizas caderas de señoras gordas, corderitos con los pies amarrados, cajones de escandalosas gallinas, borrachos que hedían a chicha y aguardiente de caña, montones de lana, piezas de carne seca y salada y a punta de codazos pudo encontrar un rincón dónde sentarse, bien arriba, entre ese montón de seres humanos que se movía cual una masa viva tratando de adaptar su forma colectiva a las barandas del camión. Abajo, la multitud continuaba su trajín de madrugada, yendo y viniendo por las calles pobladas de vendedores, enfangadas por la lluvia y por mil líquidos inverosímiles, entre las casas chatas de las que colgaban letreros descoloridos por los años.

Ya estaba allí echado sobre su costal lleno de fusiles, cuando un cabo al subir a la tolva le dijo:

—Arrímate cholo de mierda, deja pues sitio a la gente.

—Si señor.

Se hizo a un lado y pensó para sus adentros palpando los fusiles del costal:

—Si supieras con quién vas y sobre qué vas, huevón.

El camión echó a andar al fin, quejándose como nave a punto de zozobrar. Allí adentro iban las armas con destino a Puerto Acosta, último punto boliviano antes de la frontera, de donde una partida de llamas debía conducir las de noche por las punas hasta Moho, el primer pueblo

peruano. Polvorienta, la carretera se extendía por los cerros poblados de un pasto ralo, amarillento y puntiagudo. De vez en cuando, al fondo, las casuchas de los pastores animaban un paisaje monótono y triste. El cielo de azul intenso, sin una nube, se extendía sobre sus cabezas. Techo del mundo, el altiplano andino era una tierra de frío y desolación, de miseria y de muerte, camino interminable de los indios, pasto insuficiente de un ganado famélico, tierra pobre, de gente hambrienta. En Puerto Acosta, bordeando el lago, Toque hizo los últimos arreglos. Descargar los costales, acarrearlos hasta un galpón alquilado a un comerciante, conseguir llamas para pasar la frontera, arreglar todos los aperos, camuflar, desatar, atar. Pasó toda la noche yendo y viniendo, descansó en el día, helándose en el frío cortante de la puna o quemándose en las horas de sol ardiente sin nubes.

Cuando se encaminaba a buscar almuerzo en el mercado, un carabnero se le interpuso.

—Tus papeles, cholo.

Toque alargó el carnet con su foto y un buen sello conseguido del mismísimo Jurado de Elecciones.

Pero el guardia insistió.

—¿Y tu libreta militar?

Nada qué hacer. Pues no la tenía.

—No me digas que no has hecho servicio militar, cholo.

—Sí hice, pero perdí mi libreta, jefe.

Ya no había nada qué hacer. Si insistía, le preguntarían más detalles. Tembló. Era mejor ser dócil mientras las armas estuviesen seguras en el corralón.

Y fue a dar a la comisaría, siguiendo al guardia que lo conducía como un trofeo de combate.

Lo obligaban a barrer los cuartos, los patios y lustrarles las botas. Toque hacía todo, solícito y paciente.

Le costó varios días ganarse la confianza de los guardias para no solo barrer el cuartel y lustrarles las botas sino hacerles los mandados. Al primer encargo, ya no regresó y corrió a su improvisado depósito de armas. Allí estaba todo intacto. Y al caer la noche salió rumbo al Perú, poncho, chullo y ojotas, solitario arriero de una piara de llamas cargadas de fierro y plomo.

Orientándose por las estrellas y las sombras de los cerros, caminó excitado por la aventura y el retorno a la tierra. Recordó Conima, su pueblo y el de toda su familia, las parcelas de los suyos junto al lago, los ojos de agua que regaban sus surcos escasos de este mundo de aquí, el Akapacha que decían sus padres. Contempló inmenso, encima de él, el

Alaxpacha, el mundo sideral interminable, con sus miríadas de pequeños puntos luminosos y parpadeantes.

De pronto, a lo lejos, distinguiéndose apenas en las sombras del horizonte, divisó varios hombres armados y montados. Lo habían visto y ya hacían señas hacia él indicándole con sus linternas que se detenga. Era una patrulla fronteriza. No había nada que hacer sino esperar tranquilo mientras empuñaba con doble fuerza la metralleta bajo el poncho.

Le alumbraron el rostro directo a los ojos.

---¿Qué haces cholo a estas horas? ¿Vas de turista? Sonó el acento limeño del teniente.

---Nada patrón, nada patrón, estos bultitos son para mi casa.

Sonrió el teniente a las sombras de los otros guardias.

---Eres muy afanoso. ¿Y dónde está tu casa?

---Yo soy de Moho, patrón.

---Estás bien cojudo si crees que te vas a burlar de nosotros.

No se bajó del caballo. Lo aproximó e intentó golpearlo con la culata del fusil para hacerlo caer mientras los guardias tomaban posiciones alrededor del jefe.

Toque se tiró de espaldas para eludir el golpe y disparó desde el suelo. Las ráfagas tronaron haciendo eco en los cerros lejanos. Había disparado al aire pero ya el grupo, con su teniente a la cabeza, volvía grupas en fuga desordenada.

Envalentonado, guareciéndose detrás de algunas piedras, hizo todavía algunos disparos y cambió los cargadores por si acaso. Pero ya las sombras se perdían, empequeñeciéndose a lo lejos.

IX

Chapi, Perú, 1963

Cuidadasas y sabias, conocedoras de aquellos caminos empinados y tortuosos, las patas del caballo se asentaban, una primero, la otra después, al comienzo tanteando, luego afirmándose, una y otra vez, y otra más, en puntos de apoyo conocidos por él desde un tiempo que se esfumaba en su memoria. Nervios y mirada se iban concentrando en un solo esfuerzo de atención orientada hacia sus músculos que transparentaban abrillantados bajo el sudor, aflorando a la lustrosa pelambre marrón. Aquí un pedruzco, allá la raíz de un molle, más allá un montón de arena floja que se desmoronaba a su paso pero era apenas suficiente para sostener su peso y el de su amo. Abajo, siempre ir hacia abajo durante horas, desapareciendo a veces detrás de las matas, siguiendo las eses y zetas de un camino que no conocía las líneas horizontales sino solo este constante subir y bajar. La cola del animal trataba de espantar de vez en cuando, en un esfuerzo inútil, su propia extenuación y la magia diabólica del calor, los aguijones y el sonido zumbante que venía a ellos desde los arbustos espinosos del camino.

Allá, mucho más al fondo, la serpiente plateada del río Pampas, uno de los límites de la hacienda Chapi. Algarrobos, espinos, arenas, pedrerío, tunales, la imagen misma de la aridez y la soledad en esta parte del río que se iba empequeñeciendo en lo profundo del callejón. Cierta, al otro lado de estas montañas, en la otra frontera de la hacienda, el río Apurímac, estaba la riqueza del gran fundo, su vegetación húmeda cerca de la selva, sus naranjales en los climas templados, el café y el cacao entre los árboles inmensos, la papa y el ganado en las alturas. Miguel Bermúdez lo sabía, puesto que guardaba en su memoria todos los resquicios de la propiedad de Gonzalo, su tío adoptivo, y tenía también estas riquezas como suyas.

Enjuto, huraño, la mirada huidiza, los músculos tensos, el andar encorvado, cabellos negros e hirsutos, labios delgados de sonrisa congelada, gruesas y pesadas manos. Desde el rostro cetrino y comido por las viruelas, esos ojillos rasgados metidos en el fondo de dos líneas profundas que casi se juntaban al comienzo de la nariz, dejaban ver unas pupilas desvaídas que a veces relampagueaban alertas y desconfiadas. Cada trabajo rudo estaba grabado en su piel. Su vida salvaje había

sido formada en aquella hacienda que se extendía por cerros y bosques, desde el río Apurímac, frente al Cusco, hasta las violentas pendientes del Pampas, dando cara al departamento de Apurímac. Chapi había crecido abarcando bosques, punas, playas de arena blanquecina junto al río torrentoso, pedreríos, pequeños valles, cacaotales, pobres pastos de ichu donde los colonos criaban flaquísimos carneros, caseríos de seres macilentos cuyos harapos poblados de piojos se exhibían al sol en las quebradas o se ocultaban bajo los ponchos en las punas, en fin, Chapi era el mundo, el paisaje total, los sueños, el pasado y el futuro, la vida y la muerte.

Decía el tío Gonzalo que Chapi era la presencia de los blancos, el símbolo de su dominación desde la colonia, la frontera con los campos, esos aborígenes salvajes de la selva, al mismo tiempo centro y defensa de la civilización y la peruanidad en la región. Pero en realidad el tío Gonzalo y todos los Bermúdez, sus tíos adoptivos, eran nuevos en esos parajes y no tenían abolengo ni pergaminos. Recién llegados hacía unas décadas desde Lima, colonizadores y modernizadores al comienzo, habían luchado contra la naturaleza tratando de romper la rutina secular de esas gentes a las que doblegaron aunque acabaron asimilando la mentalidad de sus vecinos, los Valer, los Morote, los Trelles y otros hacendados antiguos a quienes en el fondo detestaban.

Bueno era vagar, abandonarse al caballo y dejar que lo guíe sabiendo que hacía siempre el mismo camino, dejándolo a uno pensar y pensar, aunque a veces los espinos le arañasen la rigidez del rostro. A diferencia de su civilizado tío Gonzalo, quien había llegado a ser alto jefe del ejército, el sobrino, criado por caridad, casi no conocía Ayacucho, ni siquiera San Miguel, la capital de la provincia. Prefería estar solo, en la casa hacienda que su tío Gonzalo había edificado a lo largo de los años tratando de reproducir en aquellos apartados lugares las comodidades de la ciudad moderna.

Duro también para el amor, Miguel prefería a los complicados requiebros o la dulzura de la seducción, el asalto a las mujeres de la hacienda en los campos, en el camino o en la misma casa, el forcejeo y finalmente la rendición, el placer macho de la victoria, para luego retornar a sus labores de amo de indios o a la soledad sin término de su cuartucho de madera en la casa hacienda y luego el silencio, la demostración mil veces repetida de ser el dueño de todo aquello, el mutismo que imponía su dominio indiscutido hasta el nuevo asalto, la nueva victoria y el placer renovado. Triste vivir entre esos cerros mudos, atisbando el rumor eterno del río, mirando desde niño esa corriente que bajaba y bajaba al fondo del cañón perdiéndose a lo lejos, detrás de las montañas, triste no tener mujer, ver la noche borroneando siluetas grises meterte a tu cuarto del segundo piso mientras la luz del lamparín se apaga Miguel junto con tu conciencia del mundo. Entonces caminar

suave, ser una sombra más entregándose a las sombras, deslizarse hasta las habitaciones de las mujeres dormidas, venas de fantasma dilatadas por el deseo, ubicar su aliento en la negrura, olfatear su agrio humor cálido, henchirse en sangre palpitante bajo la piel, buscar ávido los muslos morenos y duros debajo de sus polleras, ascender hasta el sexo húmedo, oprimir con toda la mano ansiosa sus grandes senos redondos y escucharlas quejarse en humillada protesta o pasiva aceptación, coito entre amo y sierva, entre madre e hijo acaso, retorno al origen, confrontación con las propias raíces, búsqueda incestuosa de la propia madre. Lejanos eran ya los días en que corría por los cerros, uno más de esos cholos que despreciaba y cuyos rasgos también descubría ¡ay! en su propio rostro reflejado en el espejo.

Miró lejos el río y atisbó la imagen remota. Hacía diez años Teresa había ascendido aquel mismo camino que él ahora bajaba despreocupado.

—¿Usted es el señor Miguel Bermúdez? La hembra lo examinó de arriba abajo y él sintió vergüenza como si estuviera desnudo. Pensó en sus pantalones viejos, su camisa sucia, sus zapatos anchos y rotos.

—Seguramente su tío Gonzalo le avisó nuestra llegada, señor Bermúdez. Hablamos con él hace varias semanas. Venimos por ayuda porque estamos en una misión de exploración científica.

Percibió al francés a su lado. Sudorosa, insegura en su caballo, ella examinaba con aprensión desfallecida ese paisaje áspero, pero no perdía su aplomo cuando le dirigía esas vocales que salían nítidas, hechas música de sus labios redondeados. Piel tersa, fruto apetecible del clima suave de Lima, sin la dureza que el trabajo producía desde muy jóvenes en las mujeres de su región inhóspita.

—Tratamos de encontrar un curso navegable entre este lugar y el resto del Apurímac. Así demostraríamos que el origen del gran río Amazonas está en el nevado de Huacra, cerca de estas alturas, dijo el francés más tarde, mientras la cena invitada por Miguel reparaba las fatigas del ascenso.

—Pues sí, podríamos conseguir balsas. Quizá podrían navegar desde aquí mismo, puede ser probable. Había dicho él, mirando de soslayo los ojos negros de la mestiza, cuya atracción no podía resistir.

Se dedicó a preparar el apoyo de la hacienda a la expedición del profesor francés. Nunca fue más solícito. Corrió, subió y bajó. Buscó peones en las alturas. Hizo cortar troncos. Consiguió sogas, movió a su gente. El geógrafo trajo un bote de goma, ellos harían una balsa de madera para acompañarlos hasta donde empiezan los rápidos. Había que conseguir mulas para llevar víveres y machetes y abrirse paso por el monte.

Día tras día, Teresa fue despertando su ser durante los preparativos de la expedición. La quiso y la odió, igual a él, pero superior a él, amo

de indias y de indios, de abuelas y nietos, hombres y mujeres, pampas y montañas, pero mendigo, menesteroso de amor frente a Teresa, atada a ese franchute despreciable por una aventura absurda, pero independiente en su hablar y hacer como no había visto ninguna mujer en su vida. Teresa, llenando la casa de perfume. Junto a él, pero lejana; a su alcance, pero quizás del otro. Cuánto la amó en silencio esos días, cuánto la temió con la timidez huidiza de un animal del desierto. Tortura presentirla dormir y respirar esas noches, adivinar cómo hundía su cuerpo deseado en sus propios colchones, cómo abrigaba esa suavidad lánguida de sus carnes con sus mismas frazadas. Martirizado por un peso invisible que lo bloqueaba para hacer lo que siempre había hecho, ¿qué le pasaba ahora? Se encogía ante la indiferente superioridad de esta mujer y, sin embargo, ella ya era la única mujer de su vida.

—Hagan como el geólogo Tito Beron que pasó antes por aquí y se quedó varios meses, insistió. El descendió el río con tres balsas, desde Mandor, donde yo propongo que ustedes se embarquen. El río es tan calmo después de Mandor que, hace dos años, se posó un hidroavión. Incluso se ha pensado hacer un servicio aéreo desde allí.

Consiguió bestias para que, conducidas por su mayordomo, pudieran descender por los senderos que iban en vértigo hacia el río. El franchute pasaría navegando solo por el primer rápido, mientras la bella Teresa lo haría caminando por las quebradas de la orilla. No se podía ver el resto del curso y el extranjero no sabía que después de un breve descanso del agua, otros rápidos y remolinos se precipitaban desde las alturas hacia la selva.

Solicito, los condujo hasta el comienzo del viaje.

—Este rápido es algo más fuerte de lo que vi anteriormente, dijo el francés, dudando.

—Es el último rápido. Después, puede seguir con toda tranquilidad.

Se despidieron y él regresó a la casa hacienda, a esperar los acontecimientos. El tío estaba en Lima, no regresaría en varios meses.

Pero esa tarde, un peón llegó corriendo con el trágico aviso. Por alguna razón desconocida, ambos, el explorador y Teresa, se embarcaron en el bote de goma que se dio vuelta al recorrer los primeros quinientos metros. El geógrafo se había salvado y Teresa había desaparecido.

Fugó a las alturas para pensar. No sabía si ocultarse y reconocer su crimen o regresar y enfrentar la situación. Al fin retornó a la casa. Y después no sabía cómo librarse de ese gringo que protestaba, rabiaba, se mesaba los cabellos, lo acusaba de haber cometido un asesinato. Tuvo que soportarlo a pesar de que los celos, el dolor, la sorpresa de la pérdida, la sensación de su propia estupidez al no haber previsto esta posibilidad, le retorcían las entrañas. Pero nada podía probarse. Él no había

estado en los acontecimientos, ni siquiera había visto ese hermoso cuerpo semidesnudo, destrozado por las peñas y tragado por la corriente.

El tiempo fue borrando los recuerdos, todo fue asumiendo un medio tono uniforme, formando capa tras capa esa pátina de tiempo. Los años apaciguaron a los jueces, desanimaron a los investigadores, mientras el río tornaba en plata cada invierno y en sepia cada verano. Lejana la capital de provincia, más lejana la capital del Perú, espectro él en esos zaguanes semioscuros, aparición solitaria en esos precipicios bordeados de montañas donde el recuerdo de la mestiza habitaba como una visión de erotismo y muerte. Teresa lo seguía desnudando en sus sueños desamparados y él se convertía de perseguidor en perseguido, de violador en castrado y creía tenerla con él cada vez que sentía gemir debajo suyo a una mujer, cuando lo tangible se le escapaba y se convertía en humo.

El aire hacía que el caballo levante la cabeza, dilatadas las narices en el placer de la brisa que venía del fondo del paisaje. Las primeras vegetaciones anunciaban que el río estaba cerca. De vez en cuando un riachuelo atravesaba el sendero formando rincones abrigados y umbrosos por donde jinete y caballo volteaban en ángulo, para salir de nuevo a la desolación de las partes áridas. Desde las noticias sobre la organización de sindicatos al frente, en el Cusco, su vida había cambiado. En Oronjoy, el pueblo que le proporcionaba mano de obra, los Huamán incitaban a los indios para que no trabajen la hacienda. No habría entonces quién levante la cosecha de papas, quién cuide los naranjales y cacaoales. Querían criar cada vez más carneros junto a sus cabañas y le mentían al patrón diciéndole que tenían menos. Se entendían por lo bajo con los comerciantes que caminaban por los aledaños, recolectando ganado y engañándolos con mentiras y promesas de dinero. Chungui empezaba a discutir por límites con Chapi. Siempre independientes y diferenciándose de los campesinos de hacienda hasta en la vestimenta, los chunguinos eran ahora más orgullosos que nunca, más aborrecibles que nunca. Los campesinos de las haciendas vecinas querían organizarse también en sindicatos. Los políticos llegaban hasta Andahuaylas desde la lejana capital, prometiendo a los indios que esas tierras serían suyas, a pesar que después buscaban a los hacendados para entenderse con ellos. Su mundo de la infancia era removido por una fuerza desconocida y quizá ahora, como el caballo que lo guiaba, él debía cuidar bien dónde plantaba los pasos. Por lo menos, eso le decía el tío Gonzalo, pero él sentía que si se inclinase, dejaría de ser Miguel Bermúdez.

—Chapi debe ser defendido. Nos ha costado nuestro trabajo, sin nosotros sería selva inútil y malas yerbas. Nosotros hicimos producir estas tierras, les sacamos los frutos que nunca dieron, hicimos valer lo que antes nada valía. Y ahora que la tierra produce nos la quieren quitar. Estamos rodeados de enemigos. ¡Cuidado con esos indios taimados y traidores, sanguinarios cuando se sublevan. Solo entienden la fuerza, el

látigo, seamos fuertes. Si cedemos algo acabaremos entregándolo todo.

Ahora iba directo hacia el río. Muy atrás, en las alturas las casas, aquí sólo se llegaba para pescar, golpeando unos contra otros los pedrones de las orillas o para buscar los vados que conducirían después hacia las sendas que terminaban en Uripa, Talavera o el mismo Andahuaylas, pero ese camino era también largo y penoso. Al frente, cascajo quemante, rocas y tunales. Abajo, el verde refrescante de los árboles, el agua discurriendo entre los naranjales, las rocas metálicas lustradas por las caricias del agua azulada, la playa de arena blanquísima prometiendo descanso y frescura al viajero agotado.

Miguel sobreparó. A unos trescientos metros, algo se movía en el maizal a la orilla de un riachuelo que se perdía entre los algarrobos. Ató su caballo y caminó encorvándose entre las plantas. Pollera sobre las rodillas, pies polvorientos en la corriente de agua, ojotas a un lado en señal de plácido abandono, negrísimo manantial de abundante pelo negro sobre los hombros como Teresa, él adivinó sus pechos redondos como Teresa, gozó con la vista la suave curva de los muslos asomando debajo de sus polleras levantadas, deseó el sexo oscuro, húmedo, profundo, quizás virgen. Despertó con las narices anhelantes, con Teresa allí rediviva, salida de sus recuerdos y hecha carne palpitante. Todo furor él, ella terror, todo él rayo fulminante, bestia que sólo volvería a pensar cuando el acto terminase, toda llanto y reproche la hembra indefensa, la piel morena de Teresa, los ojos enrojecidos por lágrimas inconsolables, india y mestiza a la vez, sierva y Teresa, al mismo tiempo altivez y humillación, tragedia y gozo. Y luego de nuevo la realidad, el camino, las piedras, la soledad, el río zigzagueante de su rumor eterno, el retorno al desamparo de la bestia satisfecha.



Los vio de pie, silenciosos, sombreros en las manos, mirando desde la puerta del patio a la ventana de su cuarto y no lo podía creer. Toribio, el mayordomo, le había dicho temeroso que los de Oronjoy venían a quejarse porque había abusado de la hija del presidente de la comunidad.

Fuete en la mano nervuda y machete al cinto por si acaso, bajó las escaleras y atravesó el patio.

—Ahora somos comunidad y queremos respeto don Miguel, no más abuso.

Miró la hilera de hombres frente a él.

—¿Y quiénes son ustedes para decirme qué debo hacer? Yo no hice nada, no he salido de aquí.

Ellos repitieron:

—Somos la comunidad de Oronjoy. Usted abusó de ella.

—¿Cuál comunidad? ¿De dónde han sacado ustedes que son comunidad cuando siempre han trabajado para la hacienda? Ustedes son nuestros colonos, trabajadores de la hacienda, ustedes no son comunidad. Oronjoy no está reconocida por nadie, no existe, sólo existe en las cabezas de ustedes.

Agregó como en ajena letanía.

—Yo no hice nada. ¿Entienden? No hice nada.

—Oronjoy existe patrón, existía antes de la hacienda y seguirá existiendo aunque usted no quiera. No tiene derecho a abusarnos, los tiempos han cambiado.

—Les ordeno que regresen ahora mismo a su pueblo. Se acabó. ¿Oyeron carajo? Se acabó. ¡Basta de cojudeces! ¡Fuera!

Igual furor que aquél desatado al revolcarse entre las piernas de las cholos, igual excitación que cuando colgaba a los castigados atando sus brazos a las ramas de los árboles, fue creciendo desde sus venas y le trepó a los ojos.

Pero los indios terminaron la frase que habían empezado, pronunciando las palabras como aprendidas de memoria, una tras otra, a pie firme.

—El tiempo cambió, don Miguel. En nombre de nuestra comunidad exigimos reparación por la ofensa.

Bólido acelerado por la furia, lanzó su cuerpo contra el autor del discurso. Se estrelló. El indio parecía una sola piedra con el piso. En los tiempos de antes, se habría puesto de rodillas aterrado, pidiendo perdón. El antiguo sirviente era ahora piedra y músculo, rabia contra rabia. Entonces, brazo y látigo fueron serpiente enloquecida en coletazos. Esperaba que se rindieran al fin como las hembras en los zaguanes, pero las entrañas se le helaron. Tampoco se movieron.

Derrotado el látigo, ahora fulguró el machete, ciego de acero y movimiento, luz mortal brillando al sol de ese mediodía y solo despertó con el cuerpo sangrante del indio, el cuello cortado como los corderos que sus hombres acostumbraban sacrificar para las fiestas, tumbado en el centro del patio mientras el pavor espantaba la servidumbre, la comisión, los pájaros, el viento.

Los nervios se le aflojaron ante la vista de aquel cuerpo florecido en sangre, pero sus músculos no se movieron.

Minutos que parecieron horas de silencio, sólo el rumor del río al fondo, hasta que sus siervos se acostumbraron al espanto.

—Teodoro, levanta ese cuerpo, haz que se lo lleven.

—Si patrón.

El fantasma de Teresa lo habitó de nuevo. También esta vez el resultado era sorprendente. Quería atemorizarlos, humillarlos como siempre y ahora los fugitivos estaban en las alturas y ese río de sangre ahí interpe-lándolo desde el piso de cemento.



Cerca de Oronjoy las mujeres le salieron al paso. Protestó, pateó, gritó «soy su patrón carajo ya verán conmigo se arrepentirán» pero el tumulto de manos, de polleras, de uñas que se le incrustaban en las carnes lo venció al fin.

Lorenza Balboa capitaneó el grupo de mujeres que lo esperaron al costado del camino para apresarlo y luego las mujeres fueron seguidas por los niños y detrás marcharon los maridos y todo el pueblo de Oronjoy. El universo humano de Chapi se había puesto en movimiento, como también se movían Cusco, Junín, Andahuaylas, el mundo indio que parecía desprezarse sus brazos poderosos. Bermúdez fue amarrado a su propio caballo y transportado por las hembras a las que había humillado y violado a lo largo de tantos meses y años. Sufrió la vergüenza de la derrota y la exhibición del paseo ridículo por cerros, quebradas y punas y la humillación del ingreso a San Miguel y fue entonces trofeo de una guerra que había empezado mucho antes que él y que no sabía cuándo terminaría porque así como los hacendados necesitaban de los indios como fuerza de trabajo, los indios eran incapaces de gobernarse sin los hacendados. Eso pasaría, él despertaría de ese mal sueño, sólo podían de vez en cuando dar rienda suelta a sus instintos salvajes, pensaba, a su resentimiento contra la civilización que nunca entenderían.



«Chungui ocho de enero de milnovecientosesentaitrés Señor subprefecto de la provincia de San Miguel. *Me es grato dirigirle la presente para poner en su conocimiento la circunstancia tan delicada llegada a mi despacho como sigue: maltratos a una mujer casada llamada Catalina Orihuela de Ccorayhua la que atestigua oportunamente tan igual que todos los quejosos mencionados a continuación: Daniel Orihuela sobre la muerte de su caballo Gabino Huamán sobre la muerte de un caballo igualmente Julián Huamán sobre la muerte de un hombre cuyo reclamo presenta su viuda llamada Angelina Cuya ultraje sexual en agravio de una mujer casada llamada Lorenza Balboa de Huamán maltratos en contra de don Pablo Orihuela Oscco apropiación ilícita de los animales de propiedad de don Federico Díaz una vaca preñada tres caballos dos toros tres vacas machorras una yegua dieciocho carneros y un chanco apropiación ilícita de los animales de propiedad de don Crispín Ccorayhua cinco vacas y dos vaquillas haciéndose trabajar en seis semanas pagando veinte soles por ello José Urbano calumnia de haber robado un toro haciéndose pagar por ello cuatro meses y dos semanas pagándose treinta soles Daniel Orihuela manifiesta ser víctima de un arranche de una vaca preñada obligándome a trabajar seis meses y dos semanas en forma gratuita Ismael Huamán quien declara ser víctima de arranche de un toro con pago de cuarenta soles con su compadre llamado Ernestino Vargas y uso sexual con su mujer Mercedes Pacheco de Huamán el mismo agrega ser testigo principal de dos violaciones en contra de dos señoras Rosa Santa Cruz de Sánchez y la señora Evarista Díaz de Ccose Faustino Curi manifiesta que su sobrina experimentaba actos sexuales de Miguel Bermúdez León Human se queja dijo sobre desalojamiento de propiedades múltiples de mi padre haciéndome trabajar hace trece años pagándome a su antojo unas sumas míseras Felipe Chacas declara que trabajó tres meses gratuito Lucio Talaverano declara que ha maltratado malamente haciéndome trabajar constantemente día y noche sin salario Sebastián Quispe declara que ha trabajado cinco meses sin jornal recibiendo maltratos Daniel Munarriz declara que ha trabajado día y noche sin jornal Modesto Huamán declara sobre maltratos malamente haciéndome fuerza voluntad y poniéndome grillos de acero Ramón Cusi declara por apropiación ilícita de dos toros sin pago alguno y a veces abusar sexual de su familia Pablo Orihuela Díaz declara de una apropiación de una vaca y a veces constantemente violar a su mujer casada Emilio Contreras declara sobre una violación sexual de una hija menor y más de su esposa Angélica Cuya declara que su esposo estrangulado bárbaramente sin compasión alguna cortó cuello Señor Subprefecto aún quedan asuntos de menor cuantía las que la enumeración serían muy prolongadas Dios guarde a Usted gobernador accidental»¹⁰.*



10 Documento auténtico

«Señor Prefecto: No pues, estos indígenas han aprendido demasiado de los tinterillos. Presentaron una queja ante el juez criminal por violación, robo y homicidio pero usted sabe que todo son calumnias yo soy un Bermúdez no me voy a ensuciar con mujeres que no son de mi condición yo respeto las leyes y trabajo por mi Patria mi tío es un mayor del ejército y ha prestado servicios invalorable a la Nación todo este agravio estas calumnias son acciones de agitadores que hace tiempo merodean nuestra hacienda ya nadie quiere trabajar todos piensan solamente en robar usted sabe que los ciudadanos peruanos que vivimos en esa lejanía para hacer producir la tierra somos en realidad servidores de la Patria nos sacrificamos por los demás si nosotros no estuviésemos donde estamos esas tierras no rendirían nada porque a los indios no les interesa producir sino pasar el tiempo sembrar solo lo que ellos pueden consumir para no morir de hambre son ociosos señor Prefecto son un lastre para nuestra Nación mi familia ha llevado el progreso a Chapi ha introducido el cultivo del café y el comercio del cacao haciendo de esos pagos una avanzada de la Civilización ¿qué más se nos puede pedir? lo que pasa es que todos estos que ni siquiera saben en qué país viven quieren solo comer y dormir hasta su muerte llenarse de hijos y de piojos yo he tenido que defenderme lo reconozco pero si no lo hubiera hecho habría sido asesinado en el tumulto porque como usted sabe en Chapi no hay policía que guarde el orden que tenemos que cuidarlo nosotros los hacendados por tanto señor Prefecto exijo garantías y reparación por los perjuicios inferidos contra mis propiedades dañadas por los robos de estos indios y en favor de mi libertad individual amenazada».

302 303

«En nombre de la Nación yo Subprefecto de San Miguel ordeno que el señor Miguel Bermúdez vecino de esa localidad propietario de la hacienda Chapi sea inmediatamente liberado sus captores quedarán en prisión para las investigaciones consiguientes por delitos contra el patrimonio calumnia y contra la libertad individual. Firma y sello. Subprefecto de San Miguel. Otrosí: se ordena el traslado de los inculpados a la jurisdicción del Honorable Fiscal de Turno del Tribunal Correccional de Ayacucho para el proceso penal con el atestado correspondiente».

304 305

Reunidos en asamblea de domingo y haciendo un gran círculo en la plaza del caserío, los comuneros de Oronjoy escucharon la lectura de la carta de Emeterio y Bernardino Huamán, hecha por un alumno destacado de la escuela.

«Cárcel de Huanta seis de abril de 1965. Queridos hermanos: Esperamos que al recibo de la presente todos ustedes gocen de libertad, estén tranquilos y tengan buena salud. Nosotros seguimos aquí presos cumpliendo la injusta sentencia de dos años de prisión que nos han impuesto los viejos del Tribunal Correccional de Ayacucho diciendo que hemos sido cabecillas y agitadores por el delito de habernos sublevado contra los abusos de los Bermúdez, enemigos jurados de nuestra comunidad. Hermanos, sabemos que los Bermúdez siguen robando nuestros ganados y violando nuestras mujeres, porque ahora se sienten todavía más apoyados que antes. Miguel Bermúdez sigue siendo un animal feroz como el puma sanguinario. Les pedimos que lean esta carta en sesión comunal, que la escuchen nuestras mujeres y nuestros niños. No todo está perdido hermanos. Nosotros podemos estar en la cárcel por una injusticia de los amigos de los Bermúdez, pero nuestra comunidad es más fuerte que ellos y vencerá. Manténganse siempre unidos. Soportaremos las desgracias sabiendo que mientras seamos unidos venceremos. Los Bermúdez tienen amigos poderosos pero nosotros los campesinos también tenemos amigos en todas partes. Somos la mayoría del Perú, los hacendados no podrían comer sin nuestro trabajo ni sus casas ni sus familias podrían existir sin el esfuerzo de nuestros brazos. Ya no es como antes, ahora nuestros hermanos se sublevan en todas partes, luchan por la justicia. Así ha pasado en el Cusco, en Ongoy, en Junín, en Casagrande y Chepén. Hay que mantenerse firmes y unidos hermanos. Nosotros cumpliremos nuestra condena y regresaremos a la comunidad y esperamos encontrarlos siempre en pie de lucha. Ellos podrán hacer lo que quieran pero nuestra comunidad será libre. Algún día hermanos. Hasta siempre, hermanos. Emeterio y Bernardino Huamán».

Chungui, Perú, 1963.

—Diecisiete juicios. Nada menos que diecisiete juicios. ¿Cómo puede hacer este hombre para inventar diecisiete motivos, pagar a diecisiete jueces, hacer diecisiete recursos? Vean, hermanos. El viejo Arce nos enjuicia por calumnia, abuso de autoridad, falsificación de documentos, delito contra la seguridad del Estado, usurpación de tierras, invasión, robo de ganado, violación sexual contra su hija, difamación, allanamiento de domicilio, lesiones, intento de homicidio. Diecisiete juicios. Todos

los hechos son inventados. Y lo peor es que los jueces le dan la razón. Acaba de ganar el juicio de tierras.

Paseó la mirada sobre ese conjunto de cabezas.

—Dice que debemos irnos y ya hay orden de desalojo. Hasta ahora hemos vendido carneros, hemos hecho cuotas para pagar a los tinterillos, hemos creído en la ley, hemos soportado, hemos rogado, nos hemos quejado. ¿Seguiremos soportando hermanos?

La voz de Edwin García, amigo y compañero de escuela de Nipi, tronó en la Plaza de Chungui.

—¡Manan! ¡Nooo!

Un no rotundo, pronunciado por hombres y mujeres rebotaba contra las paredes del local comunal. Manos levantadas, puños amenazadores, la fiera dormida de Chungui, la bestia colectiva, empezaba a despertar. No. Los tiempos de Rosendo Maqui, de Atusparia, de los indios buenos, habían terminado. Eran los tiempos de Uchcu Pedro, el chancador de huesos, del que bebía la sangre en los cráneos de sus enemigos. La comunidad no se rendiría.

Edwin García se veía transportado a una especie de éxtasis. Quizá muy lejanos antepasados habían sido indios, pero él era colorado, tenía cabellos hirsutos y castaños. Hijo de los dueños de Sojos, un pequeño fundo en las pendientes del Pampas, era también comunero de Chungui. Y encima elegido por la comunidad y aceptado por el gobierno. Era blanco, era un joven decente. Podía ser gobernador. Pero se había puesto de parte de la comunidad. Y eso le daba la satisfacción de ser admirado y aplaudido como el líder blanco de un mundo indio en proceso de transformación. Porque los chunguinos eran orgullosos, libres, comerciantes, colonizadores, innovadores. ¿A quién se le podía ocurrir meterse con ellos? Solo al viejo Arce.

—¿Seguiremos soportando hermanos?

—¡Manan! había dicho la gente.

Manan, señor. Había dicho Gualberto Berrocal, el personero de la comunidad. Manan, decía el Presidente. Manan. Si los guardias vienen con los jueces, ya no será como antes. Resistiremos, mistis, resistiremos carajo.



Espectral, costal de huesos en una bolsa de pellejo. Mirada oblicua perdiéndose en su propia avaricia. Constante, pertinaz. Amarillento

como esos papeles apergaminados por los años. Rezago de los siglos, susceptible, paranoico, avaro, caprichoso, malévolos, mezquinos y retorcidos como los algarrobos que el tiempo arruga, el viejo Arce. Enemigo a muerte de Chungui, esa comunidad que mantuvo su libertad a través de cientos de años, desde el mismo comienzo del tiempo. Cuando todavía no había escuela y los chunguinos no sabían leer, Chungui peleó con Chapi y Ninabamba, resistió orgullosa las pretensiones de los hacendados, hizo juicio tras juicio y los chunguinos subían y bajaban los pedreños llevando sus recursos enrollados hasta la capital del departamento. Rollos de papel atados con hilos de colores para poder reconocerlos, incapaces todavía de descifrar esos caracteres ininteligibles que preparaba el tinterillo. El azul para el juez. El rojo para el prefecto. El verde para la guardia civil. Señor Juez. Señor Presidente de la Corte. Muy señor Nuestro. Señor Diputado. Señor Presidente. Cuotas para pagar a los tinterillos. Carneros para el señor juez. Pachamancas para el señor diputado. Palabra tras palabra, letra tras letra, dificultosa expresión de su angustia colectiva. Escribanías. Juzgados. Largas esperas en las escaleras de esa lejana casa de piedra de la Plaza de Ayacucho. Año tras año, tiempo tras tiempo. Comisiones. Fortunas entregadas de a pocos como tributo para subsistir. Oh, felicidad, la república peruana les permitía a ellos, indígenas, vivir en su amoroso seno, toleraba que fueran peruanos, que construyan pues su escuela y paguen su maestro. Oh, Dios, te agradecemos ser peruanos, vivir encaramados en estas alturas, arrojados en estas selvas que nosotros abrimos con nuestros propios brazos, te agradecemos permitirnos morir en estas montañas, abrir nuestras tumbas, ser humildes, elegir nuestras autoridades y resolver nuestros problemas para que el Estado misti no se moleste en gastar en nosotros. Pero te rogamos nos libres del viejo Arce que quiere quedarse con nuestras tierras, que falsifica escrituras para hacer un nuevo latifundio sobre nuestras chacras, nuestros pastos y casas. Te pedimos Señor nos libres del viejo Arce, porque parece eterno, inextinguible como los demonios del infierno.

La hilera de policías a caballo daba vuelta a la cumbre dirigiéndose a Chungui. Los mensajeros que la comunidad había instalado en la cordillera dieron la noticia.

--Hermanos, son por lo menos unos cincuenta hombres a caballo. Y bien armados.

Posiblemente la guardia de asalto. A la cabeza el capitán, el juez, el secretario y el viejo Arce con su aliento aguardientoso. Qué poder el de este viejo. En otras partes había sido así. Los comuneros eran desalojados a balazos. Así fue ahí nomás a unas horas de camino en Ongoy, apenas reinstalada la democracia, donde mataron a varios. Ahora querían hacer lo mismo en Chungui.

La campana sonó como llamando a combate.

La noche anterior nadie durmió. Ahora, al promediar la mañana, los comuneros salían de sus casas. Gualberto Berrocal, el personero, portaba su vara, símbolo de autoridad, que lo investía de un aspecto respetable y digno, complementando su poncho color caoba y sus ojotas de badana que él mismo acostumbraba fabricarse. Pero no había garrotes ni fusiles, sólo manos y brazos desarmados.

Aguardaron con los labios apretados que la caravana se aproximara y entre a la plaza del pueblo. Los guardias desmontaron y formaron. El capitán, blanco, joven, elegante a pesar del largo recorrido, esperó a que el juez abra la boca.

—Señores, vengo a hacer cumplir una orden judicial. Estamos en un país respetuoso de la ley, y la ley debe ser obedecida. Esperamos su colaboración. El señor Juan Arce Tello ha obtenido sentencia favorable a la demanda de que sus derechos de propietario sobre el fundo de Calamarca, que la comunidad alegaba pertenecerle, sean respetados. Todas las instancias han sido agotadas. Las inspecciones oculares ya han sido realizadas. Vengo, en nombre de la ley, a instalar al señor Arce en la propiedad de la cual nunca debió ser desalojado.

Hombres, mujeres y niños ponían toda su atención para escuchar esa voz que a cada frase se perdía en el aire del cerro. Multitud atenta, silenciosa, decenas de ojos y oídos.

—Señor Juez, dijo Gualberto apoyándose en su vara con las manos juntas. El señor Arce nunca vivió en ese fundo. Las inspecciones oculares fueron fraguadas. La comunidad vive en estas tierras desde hace siglos, tiene títulos coloniales que los señores jueces no quieren reconocer. No permitiremos a gente extraña apoderarse de las tierras que nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos.

—Cuida tus palabras Berrocal, dijo el juez. Tú también eres una autoridad y no puedes desconocer los fallos judiciales. Mi única misión es hacer cumplir una sentencia, no vengo a discutir algo que ya se ha debatido hasta la saciedad. Ustedes han usado todas las instancias. Sólo les queda acatar la orden judicial. De lo contrario, se encargará de hacerlo la fuerza pública que me acompaña

—La fuerza pública sabe que no puede enfrentarse a cientos de comuneros señor juez, terció Edwin. Es absurdo que traten de instalar por la fuerza en terrenos que nunca fueron suyos a una persona que es odiada por este pueblo. ¿Qué harán? ¿Matarnos a todos? Ya no estamos en el siglo pasado.

Los comuneros, que habían permanecido a unos cincuenta pasos de distancia, fueron cerrando el cerco y se aproximaron para escuchar cómo discutía el pequeño grupo de autoridades del gobierno y de la co-

munidad. Más atrás, y también organizadas en grupo, observaban las mujeres. Un instante de silencio se expandió en la plaza, mientras el jefe miraba a los guardias y éstos concentraban sus miradas en el jefe, esperando la primera orden de ataque.

—Sus palabras son las de un agitador, García, dijo el juez. Lo conozco. ¿Qué hace metido en esta comunidad? Usted como gobernador debería ser el primero en hacer cumplir la ley y explicársela a estos hombres ignorantes. Le responsabilizo de cualquier incidente lamentable que pueda ocurrir. La autoridad judicial no debe ser resistida.

El corro se abrió de nuevo y ahora comuneros y guardias se miraban frente a frente, como en un desafío. Antes que Edwin pudiera articular una palabra de respuesta, el juez se dirigió al capitán.

—Capitán, en nombre de la ley, le ordeno conducir con apoyo de la fuerza pública, al señor Arce aquí presente al terreno de su propiedad y desalojar a quienes estuvieran ocupándolo arbitrariamente.

En ese instante, los comuneros se movieron como en un acto ensayado e interpusieron sus cuerpos entre el capitán, el juez, el secretario y la tropa. Se armó un pequeño tumulto y el capitán forcejeaba para desasirse mientras gritaba:

—¡No disparen, no disparen, ordeno que no disparen!

Los guardias vacilaron. Todos hablaban a una sola voz. El joven capitán fue desarmado y su pistola brillaba en las manos de Edwin.

—Vamos a entendernos capitán, dijo Edwin. No puede ordenar usted una masacre. Esta es una absurda injusticia y usted también lo sabe. Los guardias deben retirarse y nadie les hará daño.

La adrenalina invadió el cuerpo del capitán amarillando su rostro, mientras las manos y los labios le temblaban.

—Esto no quedará así, García. No quiero ensuciarme con la sangre de gente inocente e ignorante. Pero usted sabe lo que está haciendo. Usted la pagará.

—Nadie les hará daño, capitán. Le repito, deben retirarse en orden. Lo demás, lo que quiera, lo discutiremos en Ayacucho.

El grupo de hombres armados volvió las espaldas y cabalgó iniciando el ascenso de la cumbre. Detrás iban, cabizbajos, el juez, el secretario y el viejo Arce. Chungui había vencido una vez más.

Horacio silbaba entre dientes ascendiendo la cumbre con pasos rápidos. Las peñas formaban una escalera oscura encima de su cabeza y se prolongaban esfumándose hasta ser cubiertas por la neblina que subía junto con él mientras la tarde caía. A pesar del esfuerzo, no transpiraba. El sudor no le mojaba la piel en esas ascensiones interminables a las que estaba habituado desde niño, cuando tenía que ir a la escuela de la comunidad desde su casa o debía llevar los animales de la familia a pastar en las alturas. Recién cuando Horacio era adolescente, su padre logró prosperar en el comercio de café y cacao de la selva y pudo construir nada menos que una nueva casa de adobe, dos pisos en la plaza de Chungui, en el centro mismo de la comunidad. Amaba esos cuartos tibios donde crecieron sus hermanos menores y a los que llegaba para abrigarse junto al fogón familiar mientras afuera todo eran tinieblas y sólo hacía su música el viento de la puna. Ahora ya no se trataba de pastar carneros o de ir a la escuela. Delante de él iban las mulas y todavía más adelante, encabezando el cortejo, el caballo que pudo conseguir luego de mucha búsqueda. Él mismo preparó los aperos, ajustado los cinchos, asegurado que todo estuviese en orden y bien fijo, sin peligro de ladearse o caerse. Su sombrero y poncho estaban húmedos por la llovizna, pero ya llegaría antes que anochezca, luego de pasar la cumbre de Sacharaccay, por la que había caminado tantas veces, ida y vuelta, con su padre y solo, en aquellas montañas donde decían que los fantasmas acosaban a los viajeros, como la mala suerte sigue a los hombres desgraciados.

Al fin la cumbre y luego el desfiladero, el camino que se alargaba subiendo y bajando, hilo cosido al costado de los cerros, mientras las nubes continuaban ascendiendo desde los puquiales o de los pequeños lagos en el centro de las hondonadas altoandinas. Al fondo, después de varias horas, Retama, su destino. La feria a la que acudían todas las semanas los comerciantes de Tambo, de Ayacucho, hasta de Lima, a cambiar telas, velas, azúcar, pan y sal por cacao y café. Se alegró al ver por fin aquel grupo de carpas y tienduchas de madera donde ya empezaban a brillar los lamparines a kerosene. Los cerros seguían más allá, convertidos en sombras mudas, porque Retama también estaba en las alturas. Pero era el último punto de la carretera, el tramo postrero y todavía sin asfaltar al que ésta había llegado.

Por esa misma carretera había llegado Tico apenas algunas horas antes desde Ayacucho. Era un hombre hecho en la Parada de Lima. Comerció con fierros viejos, libros de desecho, papeles, ropa, discos de bakelita, linternas, pilas, fósforos, con todo aquello que se podía comprar y vender en Tacora, el gran centro de encuentro de ladrones y compradores de cosas usadas o con todo lo que se podía llevar a las provincias

para vender en las ferias que, como la de Retama, iban penetrando poco a poco, desde Lima, el mundo andino.

El olor cálido del carnero cocido subía desde los platos de sopa humeante, junto al lamparín donde se estrellaban de cuando en cuando las mariposas nocturnas. Un poco más allá, perdida entre las siluetas de los camiones, la camioneta de Tico reventaba de mercadería.

—No hubo novedad, todo está conforme. Aseguró Tico. Ahí están los fierros, compadre.

Un sueño corto, alimentado por el cansancio del camino. Luego a trabajar rápido y en silencio, sumergidos en las tinieblas. Muy de madrugada, aquellos misteriosos costales se transformaron en bultos acomodados sobre las mulas que Horacio había llevado. Finalmente la despedida, y a rehacer el camino en el retorno.

El acarreo era perfecto y Horacio no tardó en silbar de nuevo mientras caminaba por las cumbres de Sacharajay.



Otra vez el Chino. Otra vez la calle Capón en el centro de Lima.

—Chino, te mandan saludos.

El Chino enseñó los dientes con su risita conocida.

—Bernardo, al fin llegaste.

—Ya no soy Bernardo. Llámame Calixto. Traemos fierros, apoyo, todo para alzarnos.

—Aguanta, aguanta, para con tu entusiasmo. ¿Estás seguro?

—Segurísimo. Vengo de parte de ellos. Habla con los compañeros.

—Hablaré con Lucho, Guillermo y los otros.

El Chino se incorporó a la organización. Se unieron también Lucho Zapata, a quien llamaban ahora Hernán o el pobre obrero; y Guillermo Mercado, quien tomó el nombre de Rosendo, el personaje central de la novela de Ciro Alegría *El mundo es ancho y ajeno*. El Chino insistía en ir a la guerrilla, pero lo obligaron a quedarse para que dirija la organización urbana. No era un hombre adecuado para la dureza del monte. Miope, de pies planos, gordo, el Chino tenía todo en contra para una guerrilla. Pero todo a favor para el trabajo clandestino y para el enlace internacional.

Los que llegaban de Bolivia se dedicaron a explorar el terreno. Recorrieron Paucartambo, La Convención, Vilcabamba, cruzaron el río Apurímac, caminaron por Chapi y Chungui, donde Horacio seguía preparando sus contactos en la comunidad, anduvieron por Machente hasta la misma Huancavelica, cruzaron el Pampas y el Apurímac de ida y regreso. Creían que podían vencer todas las montañas y cruzar todos los ríos. Las armas pasaban de a pocos por la frontera, simuladas como mercadería en las bodegas de los ómnibus, acomodadas como cargamento en filas de llamas, en el fondo de las balsas de totora del lago, escondidas como objetos de culto en la procesión de la virgen de Copacabana. Era un trabajo de hormiga en que cada quien elegía su identidad. Eran ingenieros, comerciantes, estudiantes, campesinos, contrabandistas según la necesidad y la ocasión. Dependía del aspecto físico, aptitudes, en fin, de la vocación de cada uno, era casi una diversión. A través de Oruro, La Paz, Huancané, Desaguadero, Puno, Juliaca, Abancay, Andahuaylas, Ayacucho, fue armándose la cadena de suministros.

Compraron una Land Rover y le pintaron el símbolo de una compañía minera. Vistieron de kaki y botas e iban disfrazados de ingenieros de minas con los revólveres y las metralletas debajo de los asientos. No podían negarse a llevar a policías por la carretera, como era costumbre. Charlaban con ellos sobre la provincia, el clima, las familias más importantes y lo mal que estaban las cosas, mientras las armas viajaban bajo las posaderas de los guardias.

En Lima, Calixto y Aláin fueron al Instituto Geográfico Militar.

—Coronel, queremos hacer un denuncia minero y necesitamos fotos aéreas de la provincia de La Mar, dijo Aláin explicando la solicitud que hicieron días antes. Una carta muy formal pidiendo información para iniciar un denuncia minero.

Como hijo de un aviador que había sido héroe peruano en la guerra contra el Ecuador, Aláin sabía dónde se podía conseguir aerofotos militares.

—¿La Mar? La Mar...déjeme ver. No, no tenemos nada armado todavía, solo hay fotos de los vuelos hasta las cercanías sin procesar, pero éstos todavía no han llegado a esa provincia, dijo el coronel.

El amable hombre de uniforme azul y adornos dorados en las hombreras que estaba frente a ellos, les había dado sin saberlo una información valiosa. Si los militares no tenían todavía fotos aéreas, les sería muy difícil identificar objetivos en caso de búsqueda desde el aire cuando la guerrilla esté en Chungui y Chapi porque las circunstancias de guerra les impedirían continuar el trabajo.

Azulejos en los patios y escaleras, vitrales en los ventanales. Orden y limpieza característica de los conventos y los cuarteles. El olor de la

madera húmeda se mezclaba con las emanaciones de los fijadores fotográficos.

Afuera, en una bocacalle de la elegante Avenida Arequipa, brillaban los Buick, los Chevrolet, los Cadillac. Junto a una acera esperaba, gozando de la sombra de coposos árboles, Sandra la salvaje, como le decían a la Land Rover, que hacía milagros con su círculo pintado: Compañía Minera Andina S.A.

—Nosotros podríamos ayudarlos identificando lugares, aunque sea en las zonas próximas, hasta donde hayan llegado no importa coronel, dijo Calixto solícito.

Y se pasaron quince días, trabajando con los aviadores las fotocartas que necesitaban para reconocer las proximidades de la futura zona guerrillera. Sabían que quizá algunos de esos pilotos tendrían que sobrevolar la zona para perseguirlos cuando ellos estuvieran bajo los árboles o entre las peñoleras que las fotos mostraban.

—Muy bien ingenieros, sigan adelante, hay que producir para desarrollar el país, dijo el coronel al despedirlos cuando finalizó el trabajo.

—Sí coronel. Minería es riqueza.

Averiguaron que no estaban levantadas aún cartas militares de la zona. Tampoco existía cuartel militar en Ayacucho. La región no era objeto de represión generalizada como en los valles de La Convención y Lares y no existía allí, como en esos lugares, una red de confidentes de las fuerzas represivas. Las haciendas ayacuchanas mantenían virgen su estructura semifeudal, mientras la protesta contra los abusos y el temor a continuar siendo despojados por los terratenientes, se expandía en el ambiente campesino.

Se hicieron entonces de muchos amigos y colaboradores. Gente de los pueblos que guardaban las armas como si fueran preciosos recuerdos de familia. Aquel viejito de Andahuaylas ayudaba con su esposa e hijos, dándoles alojamiento y comida, conservando esos cajones misteriosos porque cuando joven él también había querido hacer una revolución. La señora del mercado comunicaba los movimientos de los policías. La red empezó a funcionar.

7 de Febrero 1964. En una manifestación en la Plaza San Martín de Lima, Luis de la Puente Uceda anuncia que el MIR se alzarán en armas.

Mientras haya injusticia, delincuencia, fuerzas armadas que masacran al pueblo, ricos que lo tienen todo y pobres que no tienen nada: la revolución se justifica...Las elecciones se han convertido en danzas de millones y de mentiras, de falsas promesas y de dádivas. El voto universal es voto discriminado ya que la mayoría de nuestro pueblo no vota por el delito de no saber leer ni escribir. El Parlamento se

ha convertido en un nido de reaccionarios, de oligarcas, de sirvientes de los más negros intereses de la oligarquía y del imperialismo. El camino de la revolución es el único campo que queda a nuestro pueblo. Reconozcamos que nuestros hermanos campesinos, explotados y preteridos por siglos, están diciéndonos la gran verdad de nuestro tiempo, están en marcha. Van anunciando el inicio de la gesta que culminará con el descenso multitudinario de nuestro pueblo victorioso por las escalas milenarias de los Andes.

Si la gente del MIR abría las acciones, el tiempo de preparación del ELN se acortaría. Las exploraciones de la cadena andina entre La Mar y Junín ya no podrían realizarse. Las coordinaciones de los distintos grupos establecidos en Cusco, Juliaca, Andahuaylas y Lima tendrían que ser revisadas. Reconocer el terreno, los caminos, los senderos montañosos era crucialmente importante. Calixto fue informando e informándose de lo que iban reconociendo Pachequín en el Mantaro, Atito en Paucartambo, Negrón en Vilcabamba, Toque en la frontera, Valiente en Tambo. Todo debía ser replanteado.



Sojos, 1964.

—La situación sigue difícil Horacio, la comunidad sigue en alerta y los terratenientes de Chapi se arman contra los sindicatos del Cusco, dijo Edwin.

El agua corría entre los naranjales de Sojos. Entre los cerros pelados y rocosos, poblados de ardiente cascajo, estaba ese oasis sombreado por decenas de árboles atestados de redondos frutos brillantes, pequeño paraíso contradictorio con esa región calcinada por el implacable sol de los cañones andinos. Al borde del arroyo, se habían reencontrado Horacio y Edwin.

—¿Y qué es del viejo Arce? preguntó Horacio.

—Las maniobras del viejo Arce fracasaron, pero sigue la presión sobre la comunidad. Yo estoy prácticamente fugado, con orden de captura por haber desarmado al capitán, la gente está envalentonada. Quieren que la comunidad sea respetada de una vez por todas.

Sojos era el fundo de la madre de Edwin, cuya mayor riqueza era ese naranjal. En la cumbre, algunos carneros completaban la fortuna de la familia. Pequeños propietarios de la sierra, la madre y el tío eran vecinos, con sus casas rústicas que se descolgaban en la pendiente del cerro. Te-

nían colonos: Gualberto Berrocal, Juan Morales, Nemesio Junco, Pedrito Ailluque, todos vivían en chozas construidas por ellos mismos, en parcelas cedidas por los patrones a cambio de cuidarles las tierras y criar su ganado. La patrona vivía en Ayacucho y había que enviar papas, ocas, naranjas, aves y uno que otro carnerito a su casa.

—¿Y Chapi?

—Chapi sigue siendo una amenaza para la comunidad. Los Bermúdez lo vigilan todo y quieren impedir la sindicalización de sus colonos. Temen los sindicatos del Cusco como al diablo.

—¿Y tú qué dices?

—Ya lo pensé, me voy con ustedes.

Eran compañeros desde el colegio donde estudiaron juntos y conocían todas esas peñolerías. No sería nada difícil ubicar un grupo y empezar a operar poco a poco. Además, sería una defensa para la comunidad en caso de algún nuevo ataque del viejo Arce y los guardias.

—Desde luego, siempre que tú estés de por medio, agregó Edwin. A mí me admiran después de los incidentes de la plaza de Chungui donde desarmamos al oficial; y a ti te quieren, porque eres uno de ellos. Eres un hijo de la comunidad que ha viajado lejos y ha regresado, a diferencia de otros que se van y no vuelven más. Tú eres el orgullo de la comunidad y te prestarán siempre oídos, a pesar de que eres joven. A mí me hacen caso desde lo del guardia.

Enseguida Edwin ensayó una descripción de las posibilidades de cooperación del resto de los comuneros.

—El personero está con nosotros. El Alcalde más bien duda, es un dos caras. Pero Pánfilo Cuadros y otros que viven en las alturas pueden colaborar. De aquí, de Sojos, tengo comprometidos a Nemesio y su mujer, a Juan Morales, Pedrito, Berrocal. Todos ellos pueden darles alimento. Las armas las esconderemos en depósitos bien camuflados mientras los compañeros llegan. Tú no tendrás dificultades para conseguir colaboradores en Chungui.

—Yo he pensado lo mismo Edwin, dijo Horacio. Todo va bien. Tú serás bien recibido. Conoces mucho estos lugares y su gente, más que yo, porque tú has estado más tiempo aquí.

Universidad de Huamanga, noviembre 1964.

Detrás de unas gruesas gafas de carey, los ojos de Álvaro miraron interrogadores a Calixto. Al fondo, recortándose sobre el cielo ayacuchano,

los edificios de la ciudad universitaria exhibían sus ladrillos rojos sobre el campus semidesértico. Ayacucho era así. Desierto de polvo blanquecino, rocas volcánicas, sed, sol, cielo azul, casas serranas de adobe y teja, enlucidas con barro y pintadas con cal mezclada a la leche gomosa de los cactus que abundaban en esas pampas escuálidas. Iglesias, conventos. Sombras de beatas acudiendo a las primeras misas de las cinco de la mañana. Pueblo dormido de hacendados, donde la única animación provenía de los tinterillos que se emborrachaban en las chicherías de la plaza al tiempo que atendían a sus clientes. La Universidad había revolucionado esa tranquilidad. Decenas de profesores jóvenes llegaron de Lima y otras ciudades. Cientos de estudiantes huancaínos, arequipeños y hasta limeños y norteños dieron vida a la plaza y habitaron las pensiones. Nuevas ideas sociales circularon por el pueblo escandalizando a las familias decentes.

Y ahora allí, esos pabellones de ladrillos y moderno cemento armado eran el símbolo de la nueva época divisándose a lo lejos, detrás de la cabeza de Álvaro.

—Queremos la cooperación de ustedes Álvaro, dijo Calixto terminando un discurso explicativo sobre su presencia en Ayacucho. La época de la revolución ha empezado.

La conversación se desarrollaba en el estadio de la Universidad. Abimael Guzmán, llamado Álvaro en la clandestinidad del Partido, era el responsable de Ayacucho. Su organización local, el Comité Departamental, había roto con la dirección política de Lima, adoptando las tesis chinas. En la vida universitaria, el profesor Guzmán introducía a sus alumnos en los misterios del materialismo dialéctico, versión Mao. En el Partido, el camarada Álvaro lideraba a los militantes llevándolos a las posiciones más radicales. Ambos eran una misma persona, una sola rigidez austera, pretenciosa, metódica.

Álvaro siguió escrutando a Calixto.

—No estamos de acuerdo con las precipitaciones, dijo.

Pensó un instante.

—Pero también estamos enterados de que los revisionistas los traicionaron. La traición es consustancial a los revisionistas, es parte de su naturaleza política. El error de ustedes fue meterse con ellos. Ustedes fueron bisonos, ingenuos. Hay que esperar.

—¿Pero nos apoyarán o no?

—Éste no es el momento de la acción. Hay que hacer las cosas bien.

Pensó unos instantes.

—Pero tampoco pensamos que la revolución sea propiedad del Partido.

—Si quieren empezar, háganlo. Nosotros no estamos en condición de apoyarlos por ahora. Más adelante veremos.

Y se levantó dando a entender que la entrevista había terminado. Sonrió apenas.

—Que tengan buena suerte, dijo. Y tendió la mano a Calixto.



En la esquina de las avenidas Wilson y Venezuela, en una oficina protegida por el aire acondicionado del caluroso verano limeño, el asesor político de la embajada redacta un mensaje confidencial para Washington.

CIA FOIA BROWSE DOCUMENT IN FULL
CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY
INTELLIGENCE INFORMATION CABLE
COUNTRY : PERU / CHINA
DATE OF INFO : 8 FEBRUARY 1964
EO 12958 3.4 (b) (1) 25 YEARS
(C)

SUBJECT : DECISION OF THE MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIO TO BEGIN PREPARATIONS FOR REVOLUTION

CLASIFICACION: CONFIDENTIAL

THERE WAS A CONFERENCE OF NATIONAL LEADERS OF THE MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIO MIR AT A SECRET MEETING PLACE IN THE RIMAC DISTRICT OF LIMA ON 8 FEBRUARY 1964. THE CONFERENCE WAS LED BY LUIS DE LA PUENTE UCEDA AND THE FOLLOWING DECISIONS WAS TAKEN.

A. THE MIR NOT HOLD A NATIONAL CONGRESS

B. THE MIR MEMBERSHIP WILL BE INSTRUCTED BY THE THREE REGIONAL CHIEFS TO PREPARE FOR ARMED REVOLUTION IMMEDIATELY

C. THE MIR HAS ARMS IN COLOMBIA, BRAZIL, ARGENTINA, CHILE AND ECUADOR, AND THESE ARMS WILL NOW BE BROUGHT

INTO PERU. THERE ARE 17,000 DOLLARS WORTH OF ARMS IN CHILE, 20,000 DOLLARS WORTH IN BRAZIL AND 7,000 DOLLARS WORTH IN ARGENTINA.

1. DE LA PUENTE SAID THAT THE MIR HAS THE EQUIVALENT OF 80 MILLIONS SOLES (3 MILLION DOLLARS) IN SWISS BANKS. THIS MONEY WAS CONTRIBUTED BY CHINA. THE MIR MAINTAINS CONTACT WITH CHINA THROUGH CHINESE EMBASSIES AND REPRESENTATIVES IN LONDON, BERN, STOCKHOLM, AND BRUSSELS. THERE ARE 600,000 DOLLARS AT MIR DISPOSAL IN PARIS. CHINA HAS PROMISED TO CONTRIBUTE 50 MILLIONS DOLLARS FOR THE REVOLUTION IF NECESSARY.
2. A MIR MEMBER NAMED CANDELARIO MEJIA LAREDO ALSO KNOWN AS GORDY, WHO LIVES AT CALLE LA MERCED 203 CHICLAYO HAS 2,500 STICKS OF DYNAMITE HIDDEN AT A CAMP NEAR CHICLAYO. ALSO HIDDEN THERE ARE FIVE CARBINES AND FOUR REVOLVERS. MAXIMO VELANDO IN THE CENTRAL REGION HAS THREE CARBINES, CALIBRE 44, FIVE REVOLVERS CALIBRE 38, TWO PISTOLS, AND THE MACHINE GUN.
3. MERCEDES MORALES, WHO WAS ONE OF THE MIR MEMBERS ARRESTED IN JANUARY, HAS LEFT FOR PARIS AND WILL TRAVEL TO CHINA.
4. COMMENT: DE LA PUENTE MADE A FIERY SPEECH AT A RALLY IN THE PLAZA SAN MARTIN AT EVENING OF 7 FEBRUARY. HE EXHORTED THE CROWD, WHICH WAS ENTHUSIASTIC, TO TAKE ARMS AND REVOLT. THE RALLY WAS SPONSORED BY THE MIR, THE FRENTE DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIO, THE PRO CHINA FACTION O THE PARTIDO COMUNISTA PERUANO, THE FRENTE DE LIBERACION NACIONAL, AND SAN MARCOS UNIVERSITY STUDENTS¹¹.

Conseguir información es bastante fácil. Los peruanos hablan bastante, se ufanan, exageran compiten entre ellos para agrandar las cosas. Desde la guerra mundial, las relaciones entre las marinas norteamericana y peruana han sido excelentes. Se trataba de vigilar las costas y prevenir cualquier ataque u observación de submarinos japoneses. Después, cuando Japón y Alemania fueron ocupados por tropas norteamericanas, las relaciones entre la recién formada CIA y los exnazis refugiados en América Latina y el Perú, empezaron y se estrecharon. Muchos ojos, mu-

11 Documento desclasificado citado por el profesor Silvio Rendón.

chos oídos vigilaban los movimientos de los grupos de izquierda radical que hablaban mucho de armarse y sublevarse.



La Plaza de Chungui reposaba en un amplio rellano de la cuesta que baja desde las cumbres de Sacharaccay hacia las quebradas orientales y que luego descenderá hacia las selvas del Apurímac. Pero esas regiones están muy lejos del pueblo andino, a varios días de descenso agotador. Aquí, en la Plaza, se estaba más cerca de las cumbres heladas, donde el agudo viento silba cortante o ruge enfurecido. Solo había que caminar hacia abajo, desde las cuchillas que a veces se coronan de hielo y nieve, rodear los puquiales y seguir los arroyuelos de plata helada que culebrean en las hondonadas o duermen como brillantes estrellas en la esponja verde del puquial. Unas horas descendiendo y allí estaba ese cuadrado terroso rodeado de casas de barro marrón coronadas de tejas, paja o calaminas cuyo brillo metálico reflejaba el azul del cielo iluminado por un sol afilado por el gélido viento de la cordillera. Era la plaza. A un lado la iglesia, al frente la escuela. Al otro lado el local comunal. En el otro extremo, la casa de Horacio. Los Juárez pues, eran importantes y Horacio era uno de los hijos engreídos de la comunidad, en quien ésta había puesto sus esperanzas. Él había terminado el colegio. Él había salido fuera del país. Él conocía otros horizontes y lucharía para que la comunidad sea respetada.

El segundo piso de la casa de Horacio era en realidad un altillo con piso de oscuros tablones que rechinaban reseco por el frío. Esa semana la comunidad estaba movilizada. Temía que retorne la policía, cuyos destacamentos habían sido vistos por las alturas, y que el viejo Arce insistiera en su intención de ocupar terrenos que no eran suyos. Los centinelas de la comunidad vigilaban los caminos. Los comuneros vivían día y noche en el local comunal que se había convertido en una colmena donde se opinaba, se debatía, partían y llegaban mensajes. Horacio y Calixto habían tenido que burlar la vigilancia de los comuneros y ahora Calixto dormía, comía, orinaba y defecaba en el altillo para que nadie de afuera vea algo extraño, mientras llegaban las voces mediadas por el viento de la cordillera.



Los chicos dormían, único bulto informe de múltiples respiraciones que se movía de vez en cuando en aquel cuarto oscuro de paredes de

adobe para protegerse del helado ambiente de la madrugada cusqueña. Ivochka, Seriozha, el más pequeño, Pável, Hernán.

Todos dormían Lucho Zapata, menos Delia y tú.

—Delia, llegaron los compañeros. Es la hora.

Delia calló. Su rosado rostro pecoso quemado por los Andes y ajado por la miseria, fue invadido por una onda de tristeza que la penumbra ocultó. Su mente hizo un rápido resumen. Le siguió desde la selva hacia la capital. Lo acompañó en Lima, en el partido. Allí en el Cusco pasó día por día alimentando a los chicos, cocinando miseria en la cocina de kerosene de la casa, lavando la cada vez más desgastada ropa de todos, pero también ayudando al sindicato, marchando con las manifestaciones, cocinando en las ollas comunes de las huelgas, gritando consignas por las calles. Como en Lima, cuando apresaron a Hernán por lo de Nixon y gritaba por su libertad enfrentándose a la policía. Pero siempre por él y junto a él. Ahora llegaba el momento que tenía que producirse y del que habían hablado, la culminación de un largo proceso de acontecimientos y definiciones. Lanzados a lo que tenía que venir. El viaje hacia Lima. El sindicato. El partido. La ruptura con los dirigentes. Cusco. El sindicato de Cachimayo. Los compañeros. Y ahora el momento de la separación.

Se incorporó, lo abrazó y en ese abrazo silencioso, mudo, estaba todo el pasado de ambos que ahora se partía en dos.

—No. No los despiertes. Ellos sabrán después por qué me fui.

Abrió la puerta. Cerró suave para no despertar a los chicos. No hubo adiós, no era necesario.

Anduviste por los pueblos de la selva haciendo cualquier cosa Lucho Zapata para ganarte la vida, diste vueltas a la sierra de plaza en plaza de toros divirtiendo a los que botaban en la fiesta toda su plata del año, creíste Hernán en el Partido. Vendiste por unos soles el viejo carro de Lima y ahora estabas en el Cusco metido en ese cuartocho con Delia y los chicos. Zapata el novillero, el chofer de taxi, el pobre obrero, el dirigente sindical, Hernán el camarada, organizaste sindicatos, hiciste que te sigan los obreros de Cachimayo, viviste sin descanso y sin descanso soñaste. Y nada de eso era la revolución todavía. Ha llegado Hernán, tu hora, la hora definitiva.

Una última mirada a ese pequeño hogar en penumbra mientras el pasado desfila por sus sendas interiores y se diluye en sus venas. No dijiste nada, Delia, cuando la puerta se abrió y volvió a cerrarse dejando entrar el viento gélido que subía desde la plaza hasta el cuarto, al tiempo que la sombra de Hernán se borraba en más sombra. Sólo intuiste

el cuerpo de él alejándose, confundiéndose con la noche que también te invadía.



Chinchibamba, marzo de 1965.

—Estos son los mismos endiablados infiernos, dijo Cúyac, muslos acalambrados, espalda magullada por arma y mochila.

Vueltas y vueltas, abajo y abajo. Troncos y lianas retorciéndose como culebras, escalón tras escalón.

—Se necesita zancos para bajar por estas piedras tan altas.

El grupo bajaba y bajaba adentrándose en las selvas de Chungui. Una interminable escalera de piedra iba dando vueltas desde las alturas de la puna, hacia alguna profundidad desconocida, allá al fondo.

—Nos trajiste a tu tierra, pero no nos dijiste cómo era. Protestó Hernán, el pobre obrero, ya incorporado a la guerrilla. No había recibido entrenamiento militar pero estaba dispuesto a pasar por todas las penalidades con buen humor. Igual hacía Guillermo Mercado, a quien le pusieron el sobrenombre de “el viejo”.

—Si lo sé antes no vengo. ¿O quieres desarmarnos antes que los tiros empiecen? Dijo Pareja. Era alto, fornido, cabeza triangular y ojos achinados. Su estatura le causaba problemas porque iba chocando con las ramas de los árboles.

Y Horacio adelante, silbando entre dientes, sin siquiera transpirar, como si tal cosa.

—Este parece un venado, carajo. Pero nosotros no somos ni siquiera caballos, compadre. Se lamentaba Ricra, el ladroncito. El monte no era como la Parada, el gran mercado de Lima, donde vivía un mundo urbano, distinto.

—Las lomas de Manila no tienen nada qué ver con esto, nada qué ver. Aquí Manuelito por ejemplo, palabra que se raja. Aquí hay culebras, arañas, mosquitos y no se llega nunca adonde uno quiere en estos cerros.

—Avancen, cabrones. ¿No querían guerrilla? Ahí tienen guerrilla. Guapeaba Toque. Sus piernas eran cortas, pero tenía una gran habilidad para bajar saltando sin tropezarse.

El grupo seguía, de día y de noche, bajando mil, dos mil, tres mil metros desde las alturas de Chungui, donde estaban las casas de los comuneros y el ganado, hasta Chinchibamba, la pampa de los chunchos, donde unos cuantos comuneros colonizaban la selva para sacar café, maíz y cacao. La selva, tierra prometida, el gran sueño del Perú. Se decía que era el paraíso interminable donde se podía cultivar todo, maíz, café, arroz, cacao. No era cierto, pero los necesitados de tierras avanzaban hacia la selva guiados por el mito. Allí vivían antes los asháninkas, llamados campos y los mestizos los expulsaron más adentro para talar la selva por pedazos, sembrar yuca para comer y cultivar cafetales para comerciar. De abajo se elevaba un vaho húmedo.

Al fin Chinchibamba. Unas cuantas casas, techos de palma, pequeñas canchas de ganado aparecían entre las copas de los árboles. Y al fin, un terreno plano donde las casas con techos de palma sin paredes y construidas encima de pilotes estaban distribuidas en orden.

—Esperemos unas horas. Entraremos a oscuras para que nadie nos vea, recomendó Negrón.

—Hay que instalarse en el monte, dijo Horacio. Después, poco a poco, buscaremos a los amigos. Mucho cuidado, no toda la gente es de fiar.

La guerrilla acampó. Lo de siempre. Buscar árboles que te cubran, atar tu hamaca de manera que se confunda con el follaje, poner un plástico verde encima para cubrirte de la lluvia, limpiar tu arma. Los árboles son tu cobertura, tu casa. Tu arma es tu compañera, tu mujer.

—Así que al fin llegamos. Estos montes sí que son buenos. Tendrán que ser magos para vernos. Y además hay agua por todas partes, comentaba Toque sacándole lustre a su fusil.

Se tendieron las hamacas. Los plásticos verdes se confundían con los árboles. A veinte pasos de distancia, nadie diría que allí había un grupo de veinte hombres armados.



—Bueno pues, está bien, hermanos. Los alimentaremos.

Era Gualberto Berrocal, personero de la comunidad. En el Perú de los sesenta, las comunidades libres tenían sus autoridades tradiciona-

les que venían desde la colonia. Un jefe o varayoj (el que porta la vara, símbolo de poder), un personero que representaba la comunidad ante el Estado y un gobernador que era el representante del Presidente del Perú ante la comunidad.

Berrocal, el personero, masticaba un trozo de caña de azúcar que acababa de cortar con su machete y lo escupía a un costado. Frente a él, sobre unos troncos, Horacio y Cúyac.

Miró a Horacio.

—A ti te conocemos Horacio, eres de los nuestros. Te vimos desde chiquito y te criamos. Eres pues la esperanza de la comunidad. Conocemos también a tu familia. Todos los Juárez son buenos.

Miró a Cúyac.

—Porque confiamos en él, confiamos en ustedes. Nuestra vida es pobre y triste aquí hermano, en estas soledades. Ustedes pueden enseñarnos, somos todavía muy ignorantes, no hemos recorrido el mundo como Horacio.

—Sí, Gualberto, dijo Cúyac.

Y ensayó el discurso conocido. La explotación, el socialismo, todas esas cosas. Cúyac era periodista, poeta, publicista. Estaba sumergido en otro mundo. ¿Cómo llegar al fondo de su interlocutor, qué había detrás de ese rostro inmutable?

—A eso hemos venido, continuó. Nuestro país tiene que cambiar, hermano. Los gamonales deben irse. Tenemos que construir el socialismo, que es la patria de los pobres. Un sistema nuevo donde los campesinos sean respetados, donde las comunidades gobiernen.

Unos instantes de silencio. Ni la brisa soplaba en ese mediodía asfixiante de la selva.

Berrocal miró al suelo, pensó.

—Estamos de acuerdo. Los chunguinos somos libres pero estamos amenazados por las haciendas y por los codiciosos tinterillos que, como el viejo Arce, quieren ser hacendados. Malas personas. Además, tenemos a nuestros hermanos campesinos cautivos de otras haciendas donde tienen que trabajar gratis, sus mujeres deben servir en las casas de los patrones, sus hijos crecen como pongos. No vamos a aceptar ya más, los tiempos cambiaron. Dime hermano, si somos amigos, compañeros, podemos decirnos la verdad. Por Ayacucho y Andahuaylas pasó el Arquitecto Belaunde. Dijo que es amigo de los campesinos, que es de nosotros. Ahora él es presidente. ¿No serán ustedes gente de Belaunde? A mí me han dicho que a ustedes los ha enviado Belaunde. ¿Ustedes son el ejército de Belaunde, cierto?

Se desconcertó Cúyac. ¿Cuál era la lógica del personero de la comunidad que se había enfrentado al viejo Arce y a los policías, junto con Edwin García? ¿Cómo explicar las sofisticaciones y matices del régimen político?

—Belaunde es un rico y es el Presidente de los ricos. Nosotros queremos luchar por los pobres. Belaunde no lucha por los pobres sino contra los pobres. No es de nosotros Gualberto, es enemigo.

Gualberto se rascó la cabeza dudoso. Pensó unos segundos.

—Si no es así ¿Por qué pues hablan ustedes tanto de reforma agraria? Yo lo escuché a Belaunde cuando vino a Andahuaylas ahí fuimos todos los comuneros y él también hablaba de reforma agraria como tú.

Ahora el que se rascaba los pelos zambitos era Cúyac. El sudor oscurecía su camisa azul y la unificaba con su piel morena. No sabía qué decir.

—No hermano, los ricos también hablan de reforma agraria para engañar a los pobres, sobre todo a los campesinos. Belaunde está en el poder hace dos años y no ha decretado la reforma agraria sino un remedo de reforma, una reforma mentirosa ¿comprendes? Pero en realidad, como tú mismo ves, los gamonales siguen reinando como antes. Si no es así, dime ¿Acaso han hecho algo contra el viejo Arce? ¿Acaso no siguen presos los hermanos Huamán, que se sublevaron contra los Carrillo en Oronjoy? Tenemos que echar a los gamonales y para eso ustedes ya no deben confiar en nadie, tiene que haber un ejército de campesinos porque, hasta ahora, sólo existe el ejército de los ricos.

—Será pues, hermano. Ustedes tienen armas, bonitas armas, escopetas y fusiles tienen. Ustedes pueden matar al viejo Arce. Hay que matar al viejo Arce, hermanito. Si ustedes son de parte nuestra, desaparezcanlo, córtenle cuello más que sea. Ese maldito no merece vivir.

—Eso es cierto, Gualberto. Ese hombre es malo pero es un viejo decrepito.

—Y eso qué tiene. Mejor que muera como las culebras.

—Si lo matamos, será un abuso, porque él está desarmado y es débil, apenas si puede caminar; y nosotros somos jóvenes y estamos armados.

—Si por él fuera, a todos nos mataría. Es un intrigante, él nos puede dividir, la comunidad no es tan unida como parece. Hay gente cobarde que si se entera que ustedes están aquí temblará de miedo. Hay gente mala, que estará en contra. Y el viejo Arce los puede usar para vengarse de nosotros. Mejor hermano, ya, de una vez.

—La revolución no la hacemos para matar así nomás. Es la comunidad la que tiene que organizarse y nosotros los acompañaremos con

nuestras armas hasta que ustedes aprendan y hagan su ejército. Para eso hemos venido. Pero ahora matar a ese viejo...nos acusarían también de abusivos. Amenazarlo sí podemos, si quieres.

—No...Entonces no te entiendo. Ese nos seguirá haciendo perjuicio hasta que se muera. Es una culebra venenosa. Hay que aplastarle la cabeza cuanto antes. Si no lo hacemos ahorita él lo hará con nosotros. De una vez, compañero, de una vez.

La conversación había llegado a un punto muerto. Los tres hombres miraron al suelo como si allí, en alguna de esas hierbas perdidas, estuviese la solución.

—Gualberto, tú y yo nos hemos conocido desde cuando yo era niño, sabes que mi corazón no tiene escondidos, intervino Horacio. Lo que te dice Cúyac es cierto. Suponte que vamos a la casa del viejo, lo tomamos de sorpresa, lo matamos, arrojamos su cadáver para que lo coman los perros. ¿Qué pasará? Queda como víctima. ¿Y nosotros? Haremos lo mismo que los ricos, seremos como ellos fueron en Ongoy donde sus policías mataron a mujeres, viejos y niños. Aquí se trata de hacer otra cosa, tenemos que ser distintos, el socialismo tiene que ser diferente. Al viejo Arce lo amenazaremos, ahí está. Si trae sus guardias ahí actuaremos porque entonces estaremos de igual a igual. Otra forma no conviene, Gualberto. Nosotros mismos podemos acostumbrarnos al abuso, no está bueno. La revolución es justicia pero también es respeto por la vida de la gente.

—No, dijo Gualberto, señalando el fusil de Horacio. Eso es respeto, solo eso. Y encogiéndose de hombros: pero qué voy a hacer hermano, así será pues, sabes más que yo.

Pero no estaba convencido.

—Ustedes querían formar un gran ejército campesino para que tome el poder después de una guerra larga. Los campesinos querían justicia inmediata. Ustedes tenían tiempo para pensar en el largo plazo. Los campesinos no podían darse esos lujos, querían justicia ahora y a su manera. No había punto de encuentro entre la necesidad de una justicia inmediata y la construcción de una potencia militar campesina en el largo plazo. Comentó Li Chong.

—La muerte aquí y ahora ¿y después? Dijo Bernardo.

—Era obvio ¿Cómo no lo entendían? Intervino Samuel. Una desaparición inmediata de los enemigos no garantizaba un poder nuevo en el largo plazo. Mientras la primera era una necesidad del pueblo, el segundo requería un esfuerzo intelectual y de conciencia. La conciencia te da una visión estratégica. Y cuando la adquieres, la violencia, la muerte, deja de ser indispensable.



Discurso de Luis de la Puente en la Plaza San Martín.

Febrero 7, 1964.

Ha pasado la hora de la economía capitalista perfeccionadora de la explotación del hombre por el hombre. La burguesía peruana llega tarde a la historia. Ella no es dueña ni de su propio mercado. Tan solo las masas que no tienen interés en seguir manteniendo ningún régimen de explotación serán capaces de enfrentarse a la oligarquía y al imperialismo hasta las últimas consecuencias. Esta es la hora de los pueblos. Esta es la hora de iniciar el camino hacia el socialismo.
(De la Puente)

Marzo 1965. Luis de la Puente forma el campamento Illarek Chaska en Mesa Pelada.

Mayo 1965. Frente Túpac Amaru en Concepción, Junín, al mando de Guillermo Lobatón y Máximo Velando.

9 de junio 1965. Un grupo desconocido asalta la mina Santa Rosa, en la carretera entre Concepción y Satipo. El ministro de gobierno comandante Miguel Rotalde declara: «en el Perú no hay guerrilleros, lo que hay son delincuentes peligrosos y bandas de abigeos que están siendo perseguidos por la policía». La Sociedad Ganadera del Centro colabora estrechamente con la Guardia Civil.

1 de agosto 1965. Inauguración del Décimo Plenario del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Aprista Peruano. Dice Víctor Raúl Haya de la Torre:

...los apristas de todas las edades y condiciones deben respaldar a las Fuerzas Armadas para defender la integridad y soberanía de la república amenazada por la agresión intervencionista de Rusia, China y Cuba...esos países comunistas se han valido de delincuentes mercenarios y malos hijos del Perú para ensangrentar nuestro suelo en una lucha fratricida cuyo objetivo es entregarnos al esclavizador imperialismo comunista.

3 de agosto 1965. Murieron doce extremistas en choque con ejército en Púcuta, también mueren soldados. El Comercio inicia una colecta nacional en favor de los soldados caídos. Rafael Aspíllaga Ánderson, dueño de la hacienda Cayaltí es el primero, pone cincuenta mil soles. Siguen Augusto Costa Élice, de la Sociedad Nacional Agraria, Monseñor Eduardo Pícher Peña, representante de Su Eminencia el Cardenal Juan Landázuri Ricketts, el General Germán Pagador Blondet en representación de las Fuerzas Armadas, Enrique García Sayán por la Cruz Roja, Jorge Ferrand por la Sociedad Nacional de Industrias, Alberto Brazzini por la Sociedad Nacional de Minería y Petróleo, Guillermo Picasso por los co-

merciantes de CONACO, Santiago Castellano por la Asociación Automotriz, Lionel Derteano por la Cámara de Comercio de Lima, Juan Manuel Peña Prado por la Asociación de Aseguradores, fuerzas del comercio y de la producción. El joven ministro de Agricultura Javier Silva Ruete, dice: *la iniciativa de El Comercio es digna de aplauso ya que va en favor de los que han brindado su vida en defensa de la sociedad y del orden constituido.*

13 de agosto. Bombardeo durante cuatro horas por escuadrillas de aviones Canberra a una enorme área comprendida entre Pucutá, Rosariopampa, Ajospampa y el río Sonomoro, Satipo, río Perené y Puerto Ocopa, regando napalm y lanzando bombas de 250 kilos. Cerca de cien muertos. En Huancayo el padre de Froilán Herrera dijo ayer que su hijo y otros catorce guerrilleros fueron fusilados por un pelotón del ejército (La Prensa).

El presidente Belaunde ordenó personalmente a la Fuerza Aérea bombardear las aldeas de tres de los cuatro clanes de los Mayoruna (Matsés) etnias del río Yaquerana. En esa época el cuarto clan estaba viviendo a lo largo de la frontera con el territorio brasileño. El bombardeo de los indefensos hombres Matsés, mujeres y niños fue presentado por la prensa nacional como un acto de heroísmo de los pilotos de la Fuerza Aérea luchando contra brutales salvajes que se oponían al progreso del país. La verdad detrás de la propaganda de los medios era que los indios Mayoruna estaban en el camino de unas pocas compañías transnacionales madereras. En 1970 mi esposa Linda Ayre y yo viajamos al territorio Mayoruna y entrevistamos a los sobrevivientes del bombardeo. Una anciana que podía hablar algo de castellano, nos dio detalles del ataque de la Fuerza Aérea Peruana. La gente Mayoruna ha desarrollado técnicas de sobrevivencia que incluían enseñar a los perros a no ladrar cuando se les ordenaba, cultivar pequeñas áreas con cultivos diversificados en diferentes lugares escondidos de la selva húmeda y establecer períodos cortos de horticultura itinerante para evitar ser detectados por los mestizos peruanos. La anciana no pudo evitar ser irónica contándonos que la mayor parte de las bombas de fragmentación explotaban en las copas de los árboles y no en el suelo de la floresta. En mi breve investigación pude determinar, contrariamente a la opinión de los misioneros evangélicos del Instituto Lingüístico de Verano que pretendían cristianizarlos, que los Matsés Mayoruna no eran un grupo aislado de indios no contactados sino un grupo indígena que había escapado de la opresión colonial española y buscó refugio en lo más profundo de la región amazónica oriental del Perú en el siglo XVII atravesando más de 800 kilómetros desde su territorio original en el Bajo Huallaga. Mi denuncia no mereció ninguna respuesta ni explicación del gobierno del Presidente Belaunde y tampoco los Matsés Mayoruna recibieron ninguna disculpa oficial.

El 9 de octubre de 1968 la revolución militar expropió y nacionalizó los campos petroleros, equipo e instalaciones de la International Petroleum Company, una subsidiaria de la Standard Oil de New Jersey. Un tiempo después, se hizo de conocimiento público que la IPC había ayudado a la Fuerza Aérea Peruana a desarrollar un tipo de bombas napalm que fueron usadas contra los Matsés Mayoruna y las insurgentes guerrillas socialistas del Ejército de Liberación Nacional y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

14 de agosto. Período ordinario de sesiones del Parlamento. Julio de la Piedra, dueño de la hacienda Pomalca, Andrés Townsend Ezcurra, Luis Alberto Sánchez y Manuel Danmert Muelle de Acción Popular, presentan un proyecto de ley reformando disposiciones del código civil y código de procedimientos penales declarando delitos de traición a la patria y de servicio a una potencia extranjera.

Constituyen actos de traición a la Patria y servicio a las armas de potencia extranjera los delitos penados cuando ellos se cometen por peruanos para alterar por la violencia o por medio de guerrillas el orden constitucional, político y democrático de la República para imponer el sistema totalitario comunista. Las penas serán de declaración de sentencia de pérdida de la nacionalidad y la de prisión o penitenciaría no menor de cinco años, internamiento o muerte.

La pena de muerte se aprueba con las únicas abstenciones de los diputados Mario Villarán y Fernando Manrique. Gobierno y oposición quieren ver muertos a los guerrilleros cuanto antes. Se aprueba por unanimidad en la Cámara de Diputados autorizar al Ejecutivo para un crédito extraordinario de 200 millones de soles. El Presidente Belaunde promulga la ley de pena de muerte el 21 de agosto. El ministro de Justicia Carlos Fernández Sessarego dice: *para ciertos delitos estoy de acuerdo con la pena de muerte.*

En Vietnam William Westmoreland puso en marcha el Programa Big Belly. Los B52 lanzaron 10 000 kg de bombas sobre territorio vietnamita, 300 bombardeos por mes. al tiempo que desplazaban 200,000 soldados en tierra.

Esos días, aviones de la Fuerza Aérea Peruana hacen lo mismo sobre las serranías del centro. La gasolina gelatinosa llamada napalm es probada en el Perú con ayuda de la International Petroleum Company.

Mientras tanto, el Plan Camelot llevado a cabo para medir la capacidad de subversión interna de los chilenos, empieza a ser aplicado en el Perú por el ejército norteamericano. Antropólogos son contratados en secreto, 140 sociólogos trabajan para los Estados Unidos en Chile, Co-

* Stéfano Varese. «*Witness to Sovereignty: Revisiting te Latin American Indigeous People's Ethnopolitical Movement*»

lombia, Perú, Paraguay, Bolivia y Venezuela. Una relación estrecha entre antropología y contrasubversión empieza a aparecer. Gregorio Selser lo llamó «el lado humanizado del monstruo norteño». Gerard Colby dijo en *La conquista de la Amazonía*:

...el éxito en tareas como el equipamiento y entrenamiento de las fuerzas indígenas para una misión de seguridad interna, la acción cívica, la guerra psicológica, o la acción de contrainsurgencia depende de una comprensión profunda de la estructura social indígena, de la precisión con que los cambios dentro de la cultura indígena, particularmente los cambios violentos, se hayan previsto, y los efectos de los distintos cursos de acción a disposición de los organismos militares y de otro tipo de gobierno sobre el proceso de cambio indígena.

Mayo, 1966.

Han pasado varios meses desde la derrota de la guerrilla. Todavía herido por la leishmaniasis, Bernardo, antes Calixto, habita, solitario e incomunicado, la fría carceleta de la Prefectura de Lima conocida como San Quintín. Diez metros de cemento con diez celdas, todo para él. Un verdadero lujo. Pero solo, solitario. Afuera se discute qué hacer con él. Una ley aprobada por el congreso democrático ordena la pena de muerte para los que se alzaron en armas.

En esta refrigeradora de cemento gris, construida en la época del gobierno fascista de Benavides, uno se puede pelar de frío en invierno. Cada dos horas chirrían las puertas exteriores de hierro, los guardias armados abren los cerrojos de su gélido calabozo para comprobar si el preso sigue allí. Uno de los absurdos de ese mundo de rejas y cadenas. ¿Adónde podría irse este hombre si no puede caminar por la leishmania y tiene permanentemente un soldado y un oficial, ambos armados de sendos fusiles, a la vista?

Un día, un prisionero desconocido es introducido en la carceleta. Al fin alguien con quien conversar. Alto, atlético, el recién llegado tiene un inconfundible acento francés...¿o alemán? Se presenta:

—¿Cómo te llamas?

—Llámame Pierre.

Breve silencio y la pregunta de siempre.

—¿Por qué te trajeron?

El francés o alemán saca de su desgastada casaca de cuero marrón que alguna vez fue elegante, una vieja pipa. La mira, la limpia y va colocando el tabaco mientras habla a Bernardo, antiguo Calixto, como si se dirigiera a sí mismo.

—No sé, no sé. Estoy destruido, arruinado. Asaltaron mi empresa de publicidad y mi casa, me dejaron sin documentos. Me trajeron aquí sin explicaciones. No sé por qué estoy, no hice nada y resulta que ahora no soy nadie e ignoro qué pasará conmigo.

Un sentimiento de fría desesperación, de profunda preocupación, ganaba su rostro de vez en cuando y rebasaba su acento extranjero. ¿Fingía?

Pasan las horas, los días, las semanas. Cada dos horas de cada día, de día y de noche, suenan las llaves de las rejas y los guardias entran para comprobar si los reclusos están donde deben estar. La rutina de la prisión te hunde en ti mismo, deshace los recelos. Lo humano se va imponiendo, necesitas hablar, el diálogo es cada vez más fluido entre ambos prisioneros. Lo único que se puede hacer es gastar palabras y palabras y hacer transcurrir el tiempo; o dormir y dormir. La confianza se fue incrementando, los recelos se diluyeron.

Bernardo repetía la pregunta. ¿Pero por qué te trajeron? Tiene que haber alguna razón. Podrías presentar un hábeas corpus.

—¿Y cómo? ¿Con qué abogado? ¿Con qué documentos? No soy nadie ahora, no existo. Pueden matarme si quieren y nadie se enterará. Se llevaron todo. Ellos tienen que haber sido.

—¿Quiénes son ellos?

—La gente de Schwend. Federico Schwend. Cuando vine de Alemania años después de la guerra, él me alojó en su casa de Santa Clara. Llegó aquí antes que yo. Hizo muchas relaciones entre la gente de arriba. Puede parecer increíble pero el sentimiento pro alemán y simpatizante del Führer era y es muy fuerte entre la gente de plata y los jefes del ejército aquí en el Perú. Schwend me encargó el manejo de una agencia de publicidad. Hasta que nos peleamos. Yo no soportaba su actitud cínica en todo. Y además, ya tú sabes, el caso de Ingrid creó en la casa un clima de extrema tensión. (Irma, la hija de Schwend, fue complicada en el extraño asesinato de un diplomático en los años sesenta).

—Bueno pues, acabamos peleándonos. No es fácil pelear con Schwend, es violento y vengativo. Es peligroso, altamente peligroso. Hizo que sus esquirols y matones me quiten todo. Y encima consiguió que me pongan contigo que te pueden condenar a muerte. En la misma celda, como si yo fuera un condenado a la silla eléctrica.

La de siempre, pensó Bernardo, me pusieron un agente para que suelte la lengua.

—¿Tú sabes quién soy yo?

—Y cómo no voy a saber. Si Schwend y Campos Montoya, el Jefe de la Policía de Investigaciones, los seguían a ustedes. Cuando llegué fu-

gando de Europa, Schwend me escondió en la finca El Carmen, su casa. Una inmensa casa en Chaclacayo, cuidada por cercos eléctricos y perros. Me hizo trabajar para él. Es un hombre importante, acostumbrado al dinero. Lo estiman, tiene mucha experiencia.

—Él sabía por dónde andaba De la Puente, hay un teléfono directo entre su oficina y la de Campos Montoya. Ustedes los del ELN fueron una sorpresa porque eran un grupo más pequeño pero igual fueron unos tontos. No sabían con quién se metían.

—Ustedes cometieron el error de no hablar con el Coronel Gonzalo Briceño, él los hubiera comprendido, los militares le dieron el golpe a Prado en 1962 contra la opinión de la embajada norteamericana que hizo todo lo posible para evitarlo porque Prado era su hombre de confianza. Tampoco los militares están ahora de acuerdo con Belaunde, fueron a combatirlos a ustedes por disciplina, con ellos hubiera sido otra cosa. Briceño fue el que asaltó Palacio al mando de una división blindada y tomó Palacio. El levantamiento de ustedes fue inoportuno y absurdo, les faltó información, entregaron sus vidas ingenuamente. Y ellos lo sabían todo. Es una generación nueva de oficiales, formados en las ideas del desarrollo y la modernización.

—Pero siguen siendo anticomunistas.

—Y qué quieres, rió. Ellos quieren hacer cambios para evitar el comunismo. Cambiar algo para que nada cambie. Pero ese algo es cada vez más radical. Mi impresión es que aquí en el Perú las grandes familias han perdido el apoyo de los militares.

—¿Eres alemán?

—No hay Alemania, Alemania no existe.

—¿Eres nacional socialista?

—Soy nacional socialista, es decir socialista como tú. El judaísmo internacional nos ha calumniado mucho, a ustedes y nosotros. El judaísmo fue y es nuestro verdadero enemigo.

—¿Y qué opinas de la Unión Soviética?

—La única diferencia entre el nacional socialismo y el comunismo ruso es que en Moscú hace más frío que en Berlín.

Mientras Schwend era gerente de la Volkswagen en Lima, Adolf Eichmann, el que fue secretario de la conferencia de Wansee donde se decidió la solución final judía, secuestrado y condenado a muerte por un corte israelí en 1961, trabajaba como empleado de la Mercedes Benz en Argentina. Y Klaus Barbie, alias Altman, vivía tranquilamente en Bolivia. Con Schwend y otros alemanes, hacían una red vinculada a los gobiernos militares.

Años después de esta conversación realizada en 1966, en enero de 1972, Klaus Barbie, jefe de la Gestapo en Lyon, estuvo en Lima con el nombre de Klaus Altman, visitando a Schwend. Fue descubierto por Alberto Brun, jefe de la Agencia France Presse en Lima, a su vez, probablemente, hombre de la inteligencia francesa. De tez morena y castellano perfecto, conocedor de la Cuba de Batista, y de Venezuela, periodista y fotógrafo, Brun era marroquí y desde los cincuenta, cuando organizó la agencia en Lima después de la guerra, contrató para trabajar con él a Juan José Vega, Alfredo Torero, Juan Pablo Chang, Juan Larco y César Lévano, todos jóvenes comunistas. En 1967, cuando Regis Debray fue apresado en Bolivia, Brun, en una avioneta, fue el hombre que lo rescató por encargo del gobierno francés cuando fue amnistiado en 1970 por el gobierno de Juan José Torres.

Li Chong comentó:

—No te olvides que en la guerra él, Schwend, participó en la inundación de Inglaterra con libras esterlinas falsas impresas en Alemania. Bajo la dirección de Reinhard Heydrich y Heinrich Himmler y Bernhard Krüger y 140 prisioneros judíos se produjo 400.000 libras esterlinas por mes durante los cuatro años de guerra. Los billetes falsos fueron introducidos en Turquía, España, Suecia y Suiza.

Dos hechos se desprenden de tus recuerdos. Primero, los norteamericanos y el ejército peruano conocían la presencia y los planes de ustedes. Segundo, los nazis refugiados en Perú y Bolivia, colaboraron activamente averiguando lo que pasaba, incluida la presencia de los hombres del Che. Y esto sucedía en 1965, muchos meses antes del arribo de éste al oriente boliviano.



La guerrilla empezó a recorrer toda la zona, de día y de noche. Había que orientarse, dominar puntos de referencia, establecer refugios, hacer amigos, conocer los problemas sociales de la región. Triángulo encerrado por dos grandes cañones geográficos, en cuyo fondo se deslizaban los ríos Pampas y Apurímac, en los mismos orígenes del río Amazonas. Tierra escarpada, de pendientes vertiginosas, de ascensos y descensos violentos, de diferencias entre selvas y punas, entre bosques y desiertos. Aprendieron a vivir como las vizcachas, metidos en los huecos de

las alturas. Caminaron por los bosques de las selvas altas nunca antes pisadas por los humanos, mientras las tropas de monos los seguían sorprendidos deslizándose en la misma dirección que ellos, arrojándoles ramitas desde las copas de los árboles. Treparon de piedra en piedra por los riachuelos de la selva buscando la indispensable piedra de sal. Escalaron las paredes de monte virgen tratando de encontrar zonas de refugio a las que nadie pudiera llegar, las ciudades antiguas de los jesuitas que la selva se había tragado, con sus campanas de oro y sus tesoros. Fueron y volvieron, hechizados por esa belleza aplastante, por esa exuberancia que sobrepasaba la imaginación. Detallaron la vida de Chapi, Ninabamba y las otras haciendas y las descubrieron en toda su pobreza y atraso. Hicieron amigos en Ancco, la comunidad vecina a Chungui, en Sojos, Oronjoy, en Chinchibamba. Aprendieron a diferenciar esos rostros que antes les parecían todos iguales, cubiertos por la indiferencia y la mugre. Se emborracharon con chajta, el endiablado veneno de caña que los indios toman en las grandes celebraciones. Aprendieron el arte de acullicar, chacchando coca a las diez de la mañana, cuando el trabajo se suspende para descansar y conversar, se intercambia las hojas y se las deposita en el interior de la boca para después masticarlas mezclándolas con cal. Supieron cómo se corta leña, se busca agua, se hace habitables los lugares más escondidos e inverosímiles. Se llenaron de barro en las torrentosas sendas selváticas, de piojos durmiendo en los pellejos de carnero, arañaron la tierra, se tropezaron y golpearon y aprendieron a querer su país, a sentir recién porqué estaban allí, tan lejos de su hábitat, pero tan cerca de sus mismas entrañas, raíces y pasado.



El capitán miró incrédulo al hombrecillo que se inclinaba ahí delante de su escritorio. Papeles sobre la mesa, un tintero de vidrio, papel secante de un rosa pálido manchado de azul montado sobre un pequeño cilindro de madera, una pluma de acero con mango de madera desgastada como en los tiempos de ñangué.

—¿Guerrilleros? ¿Has dicho guerrilleros?

—Sí papay. Hace tiempo que andan por todos lados, como por su casa.

Florentino Arce en persona. La verdad es que empezaba a cansarse de este viejo intrigante que andaba repartiendo chismes y haciéndole perder el tiempo. ¿Sería cierto?

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Y cuántos son?

—No sabemos, papay. Deben ser muchos. Sólo caminan de noche. Puede ser un ejército. Hemos visto muchas huellas muy grandes en el camino. Ellos no se muestran así nomás, sólo de a pocos salen. Andan metidos por el monte.

—¿Y están armados?

—Tienen escopetas y fusiles. Deben tener muy buenas armas, nuevecitas. Estamos preocupados por nuestras casas y nuestros ganados mi capitán. No tenemos pues defensa. Pedimos protección a la autoridad.

—¿Tienen contactos en la comunidad?

—Sí, claro. El Edwin García los ha llevado.

El capitán se quedó pensativo. Sólo habían pasado pocos meses después de su incidente con Edwin García, quien nunca más había aparecido. El país estaba agitado, se hablaba de guerrillas, de revoluciones. ¿Sería gente de Edwin? ¿Por qué ese Edwin García se había metido a la comunidad a intervenir en un lío que no era suyo? Su madre era una señora decente, respetada en la ciudad. ¿Estaría diciendo la verdad el viejo Arce? Las cosas se ponían de cabeza, ya no se podía entender a la gente. Los hacendados pedían protección a la policía pero los hijos de los hacendados querían hacer la revolución contra sus padres. No querían sus mismas fortunas. ¿Estaba diciendo este hombre la verdad? Todo era un desbarajuste. Y las fuerzas armadas en el medio de ese mundo complicado y desconocido.

—¿Has visto al Edwin García?

—Hace tiempo que no lo veo papay. Pero todos dicen que él anda en esto.

—Anda tranquilo hijo. Averiguaremos. No pierdas contacto con nosotros y comunícanos cualquier novedad. Yo, por mi parte, informaré a mis superiores.

El viejecillo inclinó la cabeza agradecido, haciendo girar el sombrero mugriento que tenía en las manos. Dio media vuelta después de hacer una nueva reverencia y salió de la oficina con pasos silenciosos y rápidos. Pues bien mi capitán, así nomás son las cosas. Hace unos meses estuve en Chungui y tuviste que salir con el rabo entre las piernas. Y ahora ha llegado la hora de pasarle la factura al Edwin García ese.

X

Coronel Faustino Aguilar, experto en inteligencia. Cursos en la Escuela de las Américas. Su general jefe le dijo: me traes la cabeza de ese Calixto, lo quiero vivo o muerto. No le quedó otra que golpear los talones, llevarse la mano a la sien, ponerse rígido como un cadáver y decir el con-sabido sí mi general. Miles de soldaditos andinos colmaban las sierras de Junín, llenaban los trenes, abarrotaban los cuarteles. Los Canberra de la FAP sobrevolaban la selva. Poco faltaba para que los mismísimos buques de la escuadra sean transportados a los ríos de la cordillera para acabar pronto con esos comunistas. ¡Queremos sus cabezas! ¡Vivos o muertos! Lo que el ejército esperaba desde 1963 cuando capturó en una sola operación a cientos de comunistas para enviarlos al Sepa mientras los guerrilleros del ELN se aproximaban desde Bolivia, se confirmaba ahora. Había una forma rápida y práctica de acabar con ellos. Los norte-americanos lo estaban haciendo en Vietnam: regar napalm por todas partes. Napalm. Esa gasolina gelatinosa que hacía arder todo, casas, animales y gente. Las empresas acudieron presurosas al llamado de los militares. Los industriales, los comerciantes, dieron dinero. El Instituto Lingüístico de Verano prestó sus avionetas. La International Petroleum Company puso a sus técnicos a fabricar la gelatina incendiaria. Adaptados por el ingenio criollo regaban con napalm nacional las tierras de los ashánikas; o transportaban a los prisioneros como carga humana para soltarlos desde el espacio sobre la inmensa alfombra verde. Eran los vuelos de la muerte. Ahora le tocaba a Ayacucho. Ese Calixto. Recuerda: vivo o muerto.

—Señores, me he tomado la libertad de hacerlos citar para conversar con ustedes. Permítanme que me presente. Yo soy el coronel del ejército Faustino Aguilar para servirlos. Estoy aquí a sus órdenes en Ayacucho porque mis jefes han sido informados de la presencia de guerrilleros subversivos en esta región y eso preocupa a nuestro Comando y al Supremo Gobierno, que trabajan sin descanso para garantizar la seguridad de los ciudadanos de nuestra república, esta república que es de nosotros los militares y de ustedes como ciudadanos de nuestro querido Perú que ahora es atacado por potencias extranjeras. Nosotros estamos cumpliendo con nuestro deber, espero que ustedes cumplan con el suyo.

(Los miré, pensó Faustino. Ahí estaban todos, bien sentados en sus sillas rectas, sus sombras arrimándose contra las heladas paredes de cal, formalitos como chicos de escuela).

—No sé si ustedes calibran la gravedad de la situación, caballeros. No se trata de una agitación cualquiera, como tuvimos antes en los valles del Cusco, de donde vengo, sino de algo mucho más serio esta vez: estamos frente al intento de algunas potencias extranjeras para promover acciones revolucionarias con la finalidad de crear desorden y ponernos bajo la dominación del comunismo internacional. Nuestras Fuerzas Armadas harán todo lo posible por acabar con estos focos de intervención foránea y, sin duda, los eliminaremos pronto, como hicimos con los agitadores comunistas de La Convención y Lares en 1963. Pero necesitamos la cooperación de todos los peruanos patriotas, civiles o uniformados. De usted, Capitán Reyes, como jefe de línea de la Guardia Civil. Y de ustedes señores, como personas decentes, propietarios de la región, miembros de las fuerzas vivas y principales interesados en que no prosperen estas maniobras contra el orden de la República.

(Reyes inclinó la cabeza y vi sus manos dándole vueltas a la gorra de policía. Algunos carraspearon y se movieron para acomodarse mejor en sus sillas. Uno de ellos levantó la mano pidiendo permiso para hablar y se puso de pie).

—Señor Coronel, si me permite, déjeme agradecer su amable invitación a la que hemos acudido presurosos y reciba usted los cordiales saludos respetuosos de todos nosotros. Somos en realidad señor, modestia aparte, usted lo ha dicho, las fuerzas vivas de este departamento. En efecto, como usted dice mi coronel, hace tiempo que están sucediendo cosas que no se debía haber permitido desde que empezaron. Lo hemos advertido hasta el cansancio, hemos informado, nos hemos quejado y nunca nos han hecho caso en Lima señor. Y por eso nos felicitamos porque Ud. ha venido para ayudarnos. Para algunos señores de la capital parece que no fuéramos peruanos porque vivimos aquí en las provincias. Los agitadores siguen viniendo del Cusco, penetran en nuestras haciendas, violando el domicilio e instigando a nuestros colonos para que, en su ingenuidad, cometan actos de rebeldía. Inducen a nuestra gente a no trabajar y propalan ideologías extranjeras de odio y divisionismo entre peruanos. ¿Adónde vamos a ir así señor? El gobierno anterior al señor Belaunde a quien apoyamos, también instigó a la gente humilde para que ataquen las haciendas y dieron una ley de reforma agraria contra nosotros. Como le digo, hemos denunciado esto muchas veces a Lima, pero nunca nos han hecho caso, siempre nos han respondido señor con el silencio. Estamos indefensos, sin protección de la fuerza pública, temiendo por nuestras vidas y propiedades. En Chapi que, como usted posiblemente sepa mi Coronel, es la hacienda de mi familia, hemos tenido que enfrentarnos a los colonos de Oronjoy, que quieren convertirse en comunidad, alegando títulos que no tienen ningún valor y pretenden arrebatar nos tierras que nos pertenecen señor desde hace muchos años, porque nosotros las hemos comprado legalmente con nuestro dinero y

las hemos hecho producir para bien de nuestra Patria. Sabemos también que los indios de Chungui son cómplices de este asunto y respaldan las conspiraciones de los hermanos Huamán y otros agitadores comunistas contra nuestras propiedades.

—Pero, si me permite señor, allí se ha actuado, los Huamán están presos y sometidos a la justicia, interrumpí.

(Me amargué. Ahí estaban otra vez estos parásitos de dos caras siempre quejándose de todo con su lenguaje hipócrita, sólo hablando de sus tierras, sus vacas y sus indios, pidiendo más prisiones y balas para su gente. Ven la Patria a través de sus chacras y nada más. Quizás si no fuera por ellos nuestra Patria sería mejor, estaríamos más tranquilos y yo no estaría aquí sacrificándome en vez de estar con mi mujer en Lima, con mis hijos o sirviendo a mi país como corresponde a un militar y no haciendo de policía para estos cabrones).

—Los Huamán están presos mi coronel, es cierto lo que Ud. dice. Al fin la justicia se impuso, pero ellos tienen cómplices en su pueblo, los comunistas del Cusco y de Lima los apoyan y la perturbación continúa. Por otra parte, en Sojos el Edwin García les da alojamiento a los guerrilleros y socapa al Nemesio Junco, que es su propio colono y también un mal elemento que quiere formar sindicatos para tomar las haciendas, como ya hicieron los agitadores en La Convención y Lares. Esperamos señor Coronel que usted tome pues las medidas del caso, tenemos depositada nuestra confianza y nuestra seguridad en usted y aplaudimos la decisión de nuestro Supremo Gobierno de haber hecho intervenir al ejército en este asunto.

(Lo vi sentarse, satisfecho de su rollo y mirar a su alrededor buscando aprobación).

—Está bien, agradezco sus palabras señor...

—Bermúdez. Miguel Bermúdez, mi coronel.

—Agradezco sus palabras, señor Bermúdez, y espero que ustedes colaboren. Necesitamos sobre todo información, mucha información y precisaremos también facilidades de alojamiento y alimentación para nuestros hombres cuando sea necesario. Espero que ustedes sepan contribuir, porque se trata de sus propiedades que el gobierno y el ejército garantizarán con su presencia.

(Claro, tú eres el famoso Bermúdez, yo te conozco. He visto el expediente de los campesinos de Chapi. Tienes 64 cargos por robo de ganado y violación de mujeres. Si no fuera porque ahora te necesito, estarías hablando conmigo rejas de por medio).

—Desde luego, mi coronel. Cuente con nosotros, estaremos a sus órdenes para todo lo que requieran. No tienen más que pedir, señor.

(Y les di la mano a esos hijos de puta. Ese Bermúdez, ladrón de vacas y violador de mujeres casadas. El Rodríguez, vetusto carcamán, sólo le interesa que sus indios le trabajen gratis. La Gutiérrez, llena de arrugas, sus cholos tendrán que llevarle comida todas las semanas a su casa de Ayacucho hasta que se muera de vieja. Rodrigo Morote, el pen-dejo todavía tiene pongos en su fundo. Hasta ese tinterillo del viejo Arce, dándoselas de patrón. Aquí todo es explotación y atraso. No les interesa la Patria, sólo funciona su avaricia. Y ahora quieren que les saquemos las papas del fuego).

Sojos, abril 1965

—Cali, este es Nemesio Junco el balsero. Su oficio es pasar a los viajeros de una a otra banda del río.

Primero la mano del viejo se adelantó hacia Calixto afianzando su mirada escrutadora. Le hizo una pequeña reverencia y luego levantó la mano otra vez hasta la altura de la sien, como cuando se saluda al patrón. Estaban junto a una casucha de paredes de barro y techo de paja, en un pequeño rellano del cerro, todavía agitados por la hora de ascenso a pie desde Sojos.

—Nemesio, él es Calixto, el jefe de nuestros compañeros, dijo Edwin. Ambos, Calixto y Nemesio, trataron de leer más adentro de sus miradas.

—¿Cómo estás compañero? dijo Nemesio. Era delgado, enjuto, pero sus movimientos eran rápidos como los de un joven.

Entraron a la casa precedidos por él. Un solo cuarto semioscuro, unas cuantas piedras planas para asiento y la esposa de Nemesio se acercó limpiándose las manos con la pollera y pasándoselas por la frente.

—Adelante hermanitos, siéntense papacitos.

Les sirvió unas calabazas cortadas por la mitad, llenas de sabrosas papas sancochadas.

—Nemesio, Edwin debe haberte explicado por qué estamos aquí, empezó Calixto, mientras Nemesio asentía con la cabeza.

—Sí, dijo Nemesio. El Edwin ya me ha contado todo. Ya sé, compañero. Aquí me tienen pues para lo que necesiten. Conozco estos cerros, estas punas, el Edwin sabe. Y si vienen, cuando quieran podemos conseguir papitas para que coman. Pobres compañeros, no estarán acostumbrados a estas pobrezaas.

Sus hijos ya se habían ido lejos y vivía con su mujer en la soledad de la bajada al río y la vejez próxima. Nunca salió de la hacienda, no conocía

ni siquiera el pueblo de San Miguel y mucho menos Ayacucho, la capital del departamento. Sólo el fundo de Edwin, esos peñascos y la tierra de arriba que arañaba para alimentarse. Y trabajar gratis toda su vida para que le permitan tener una choza y unas cuantas cabras en ese pedazo de pendiente pelada, árboles inexistentes y pasto escaso. En el único ambiente de paja y barro, dormía con su mujer y tenía el fogón donde todas las madrugadas hervía la olla de barro de la casa con una pequeña parte de las papas que guardaba para comer todo el año.

—Gracias Nemesio, se emocionó Calixto. Lo tendremos en cuenta. Es asombroso que te unas a nosotros así tan rápido. ¿Estás seguro de tu decisión? Vamos a correr algunos peligros.

—Sí, compañero, afirmó Nemesio, estoy seguro. Yo sé que hay sindicatos en la otra banda porque los viajeros me cuentan que los hermanos se mueven, la paciencia se nos ha terminado. El Edwin sabe todo lo que he sufrido porque hablé con los otros colonos para hacer un sindicato igual como éstos que hay al otro lado.

—Es cierto, dijo Edwin, mi tío lo castigó injustamente, yo nunca estuve de acuerdo.

—El tío del Edwin nos obligó a ir a su casa a mí y a mi señora y allí al frente me dio azote delante de mis hermanos. Todos me miraban mudos, nadie pues se atrevió a decir nada. Yo también cerré mi boca y apreté mis dientes, el único que gritaba era el patrón. Me aguanté los chicotazos aunque sangraba, pero más me dolía la vergüenza de ser castigado a mi edad delante de los muchachos. Me regresé para mi casa bien azotado pues compañero. Mi boca siguió sonriendo al patrón y mi mano derecha continuó tocando mi sombrero para saludar y mi cuerpo se inclina, pero no he olvidado. Estoy con ustedes porque debemos cambiar todo esto, hermano.

Anduve con él por los cerros, me enseñó los caminos de la puna, ubicamos los arroyos que proveían agua pura, seguimos las rutas que conducían al río y establecimos los vados para pasarlo. Fue guía y balsero de la guerrilla hasta que una ráfaga de plomo al borde del río, esfumó su nombre y su figura recia y enjuta. Nunca te olvidaré, Nemesio. Tu sombra nos acompaña, alberga a todos los seres anónimos que la historia olvida. Ingenuidad popular, pureza de espíritu, calidad humana.



—¿Por qué los dejé, por qué los dejé? Hasta ahora el remordimiento me castañetea los dientes. Caramba, si hubiera seguido con ellos, quizá

nada de lo que pasó hubiera pasado. Pero, pensándolo bien, posiblemente los cuervos también habrían comido mis carnes podridas en medio del monte si me quedaba con ellos.

(Es Nipi, el chico flaco de la quena que no pudo tocar Fidel, el de las canciones andinas silbadas mientras sube y baja las montañas, Nipi, el de las mulas cargadas de armamentos, Nipi, el de los romances en el tren de Corumbá a Santa Cruz).

Acordamos ver bien todas las posibilidades para empezar las acciones. Cali dijo que Negrón caminaría hasta el Cusco para tratar de hacer contacto con De la Puente, que ya estaba en Mesa Pelada. La guerrilla continuaría construyendo su red de apoyo. Por nuestra parte, ubicaríamos el objetivo inicial para que nuestra primera operación tuviera un impacto simbólico en el Perú y desorientara al enemigo alejándolo de nuestra zona de refugio.

Así salimos de la zona, con acuerdo de la guerrilla, con el viejo Rosendo y Cúyac, como personas cualesquiera, sólo con pistolas en los costalillos. Cali y yo iríamos hasta Sinto en Huancavelica mientras que Rosendo y Cúyac se quedarían en Uripa para comprar más provisiones y nos encontraríamos para regresar todos juntos.

Caminamos los cuatro desde Sojos hasta Occobamba y allí nos alojamos en una pensión y pedimos de comer. Aprovechamos para comer bien, como durante tanto tiempo no lo hacíamos y nos quedamos a dormir. Yo quería dormir hasta la mañana siguiente, pero el Cali, siempre tan rígido y disciplinado, siempre tan cumplido, me despertó a las tres de la mañana.

—Vamos Nipi, vamos, es hora de salir. Dijo, todavía a oscuras, levantándose de su cama en el cuarto donde los cuatro dormíamos desde las diez de la noche con las mismas ropas sudadas y sucias del camino.

Habíamos pagado al dueño del hotelito la noche anterior y salimos cuando todo el pueblo dormía. No se veía nada porque no había luz eléctrica. Y echamos a andar rápido a tuestas para la cumbre, hacia Andahuaylas. Qué bien hicimos, porque los guardias salieron a las cinco de la mañana a perseguirnos en caballos. El dueño de la pensión les había pasado el dato, pero se jodieron porque no nos alcanzaron. Además se morían de miedo y sólo hicieron el teatro de la persecución, para regresar a su puesto y hacer el parte a sus superiores. Las cosas no estaban como para jugarse el pellejo. Y nosotros seguimos.

Bajamos hasta Uripa, allí dejamos a Rosendo y Cúyac, agarramos un ómnibus en la carretera y viajamos hasta Ayacucho como dos comerciantes con sus bultitos. La verdad es que la pasamos muy bien. Tomamos un auto colectivo en Ayacucho de los que iban a Lima y nos fuimos por toda la carretera por el Mantaro, Anco, y nos bajamos en La

Mejorada. Agarramos el tren, fuimos a Huancavelica, seguimos a Castrovirreyna que ya está al comienzo de la bajada a la costa y nos alojamos en un hotelito. Todo estaba lleno de soldados, pero nosotros caminamos hasta Sinto. Dimos toda la vuelta a la hacienda, examinando por dónde podíamos asaltarla. Sinto era la hacienda de Manchego Muñoz. Cali decía que era un símbolo del latifundismo, porque Manchego había sido terrateniente por muchos años y era el eterno diputado de la provincia bajo todos los gobiernos. Ahí los campesinos eran obligados a trabajar gratis y encima la hacienda tenía su propia cárcel para sus castigos. En el pasado, Manchego se las había ingeniado para que le hagan a su hacienda un ferrocarril que iba desde Huancayo hasta Huancavelica, y ahí terminaba. Ese fue el tren en que nos fuimos. Reconocimos la hacienda, la caminamos bien y regresamos en camión como si tal cosa, primero a Castrovirreyna y luego a Huancavelica. Nos alojamos con gran concha en el hotel principal, el que está en la misma plaza de armas, comimos, dormimos y salimos a caminar por la plaza, haciendo tiempo hasta que salga el tren de regreso.

Cuando estábamos paseando, nos para un oficial.

—Sus documentos, dijo.

Casi me orino del susto. Pero Cali replicó:

—Aquí los tiene, oficial. Y este es mi carnet de trabajo, soy periodista, por si acaso.

—¿Periodista?

—Sí, soy Hernán Rivera, periodista de la agencia ANSA. Y mostró sus documentos falsificados, libreta electoral y carnet de la agencia, que le habían conseguido unos amigos periodistas hacía bastante tiempo.

Yo mientras tanto, seguro que me ponía pálido y de todos los colores. El oficial no se convencía:

—¿Y cómo me prueba usted que estos documentos no son falsificados?

Entonces Cali se amargó y dijo:

—Muy simple, vamos a su cuartel y llame por teléfono a Lima, pero usted sabe que no debe obstaculizar la libertad de información.

Se jugaba el todo por el todo. Como él es bien hablado y blancón, el oficial lo miró largo rato y le devolvió los documentos. Pero todavía insistía:

—¿Y el señor? dijo señalándome.

Entonces Cali, con una raza que yo no sé de dónde le había salido, le dijo:

—El señor es un agricultor, que me está ayudando como guía para conocer la región porque yo no conozco.

—Si señor, yo tengo mi chacra por aquí nomás cerca, apoyé.

El oficial no dijo más, nos miró todavía dudando y se despidió. Si se le hubiera ocurrido revisarnos, nos habría encontrado las pistolas y ahí no más se armaba la bronca, porque había soldados por todas partes.

Entonces dijimos basta ya de bromas y nos fuimos a esperar el tren. Los vagones estaban llenos de soldaditos, porque nosotros no sabíamos que Huancavelica era una de las bases de operaciones del ejército contra la guerrilla de Lobatón y nos retiramos como si tal cosa. Pero yo estaba asustado. Cali dijo que lo de Sinto ya no se podía hacer.

Nos bajamos de nuevo en la Mejorada y esperamos un camión que nos lleve. Íbamos conversando en la caseta con el camionero. Como soy de Huanta y tengo el acento de la zona, no sospechó nada.

Nos bajamos en Huanta, y yo le digo a Cali:

—Tú sigue hasta Uripa que yo te alcanzo.

En Uripa nos esperaban Cúyac y Rosendo para regresar a la zona. Le rogué, le dije que tenía que ver a mis hermanos, que me permitiera pasar en casa sólo unas horitas nomás, que yo lo alcanzaba.

Se puso serio y me dijo:

—Mira Nipi, hay mucha vigilancia, puedes caer preso y si caes preso eres hombre muerto. Y tú eres un elemento clave para nosotros porque conoces la zona, la gente y sabes quechua. Tú eres nuestro enlace con la comunidad.

Pero él tenía un corazón blando de león desdentado como habría dicho Midori y finalmente me permitió. Yo me fui a mi casa, juro que no tenía la intención de quedarme sino sólo unos minutos, pero encontré a Lindaaura. Para qué, yo la quería mucho a la Lindaaura, la conocía desde el colegio, me soñaba con ella cuando estaba en la isla. Lo peor es que antes, cuando recién estábamos reconociendo la zona, también había aprovechado para hacerle un reconocimiento a su cuerpecito y la había llenado, pero sin intención. Nosotros hacíamos el amor y yo la cuidaba mucho porque no quería embarazarla, pero no sé qué pasó, qué me pasó si sólo apenas le había metido la puntita y la llené no me podía imaginar. Y la pobre esperaba un chamaquito mío. Me lloró, se arrodilló, me suplicó.

—No me abandones Horacio, no me abandones, me dijo.

Yo también me puse a llorar porque no sabía qué sería de ella si yo regresaba con los compañeros.

—No tendré ni qué comer y mi familia ya no me querrá nunca más y no tendré dónde vivir y me moriré de hambre y tu hijo también se morirá de hambre, padre inhumano.

Y ya la habían botado porque estaba viviendo con mis hermanos. ¿Qué iba a hacer? Hay que ponerse en mi situación. Nos echamos a dormir cansados de lamentarnos, volvimos a hacer el amor, a pesar que ella tenía una barriga de siete meses y sin sentirlo se me pasaron las horas.

Cuando me di cuenta, pensé en Cali y los compañeros que me estarían esperando. Me remordía mi conciencia, sentía una amargura que me hacía doler la cabeza, no tenía ni ganas de comer. Yo había sugerido la zona, yo les había presentado al Edwin, yo conocía a la gente. Claro, ellos ya habían explorado el terreno y podían pasárselas sin mí pero, de todas maneras, no sería lo mismo. Y se fueron las horas una tras otra, hasta que me dije que ya era imposible que me siguieran esperando, porque nosotros teníamos la norma de que los contactos quedan deshechos a los minutos para evitar cualquier acción de la poli.

—Ya se habrán ido, pensé, y yo soy el culpable. Yo, por mi maldita afición a la Lindaura, por haberme metido en este lío de faldas.

¿Qué podría hacer ahora? Los compañeros me recriminarían y me castigarían por haber desobedecido las órdenes de la guerrilla. Pensé y pensé y mientras tanto, ya a la mañana siguiente, la Lindaura me rogaba y me rogaba; o sino, se ponía delante de mí con su mirada triste de carnerito como diciéndome mira padre desnaturalizado, vas a dejar abandonados a tu mujer y a tu hijo. Hasta que al final dije al diablo. Al diablo la guerrilla y la revolución, carajo primero es la vida. Agarré a la Lindaura y nos vinimos para el Agustino. Pero tuve que vivir escondido, porque después de lo que pasó en Chapi y se armó el escándalo, los periódicos publicaron mi nombre como si fuera el jefe de la guerrilla. Entonces me fui para Satipo, a la selva, pero adonde no había guerrillas ni soldados ni nada. Nos fuimos con mi primo a trabajar en la madera. Y ya no supe nada más de ellos. Pero ahora, después que han pasado tantos años, todavía pienso en los compañeros, tan buenos, en los que murieron sobre todo y que quizá si yo los hubiera acompañado otra habría sido su suerte.



Pasaron semanas, meses. La red de colaboradores estaba extendida desde los pueblos de entrada y salida hasta los caseríos de la puna y las chozas de la selva. Los depósitos de armas y víveres estaban ubicados en lugares estratégicos. Aunque invisible, la presencia de la guerrilla era un hecho para todos los comuneros quienes, como dijo Berrocal,

empezaban a dividirse entre los que apoyaban y los que rechazaban esa presencia. Pero nada era público, todo eran rumores que circulaban entre las personas de mucha confianza bajo un pesado silencio. Cualquier persona extraña que hubiese pasado de viaje por esos parajes no habría observado nada anormal.

Reunión de los líderes de la comunidad. Presidente, Personero, Gobernador, Alcalde.

—¿Y ahora qué hacemos? El Horacio no ha regresado y tenemos a los hermanos en el monte. ¿Hasta cuándo podremos alimentarlos? Los militares de Ayacucho se van a enterar y nos van a echar la culpa.

—Pues cumplamos el compromiso, dijo Berrocal. Ya les dijimos que sí, es cuestión de esperar, hablemos con ellos.

—No, demasiado riesgo. Hablar con ellos es difícil, te van a convencer hermano. Antes que los militares se enteren, mejor que se lo digamos nosotros a los militares: aquí tenemos a los guerrilleros.

—Entonces serías un traidor, protestó Berrocal. Los estarías delatando.

—¿Y tú no crees hermano que los militares ya saben? Todo se sabe, alguien de la comunidad puede haberles dicho.

—Propongo que conversemos con ellos. Pero bajo nuestras condiciones.

Personero, Alcalde, gobernador. Opiniones distintas, temor, desconfianza. No sabían qué hacer. El peso de la presencia de la guerrilla era demasiado para ellos. Temblaban ante la responsabilidad.

Cúyac y Calixto llegaron a la casa de Berrocal como de costumbre. Esta vez se encontraron con una guardia campesina, armada con palos y machetes.

—Hermanos, queremos conversar con ustedes. Ya no está el Horacio, tampoco el Edwin, no pueden seguir más aquí, tenemos que informar a Huamanga de su presencia. Su presencia nos compromete.

Cúyac pensó un rato y dijo.

—Entiendo, hermanos. Pero lo que ustedes quieren hacer será peor. Los militares no les van a creer y a nosotros nos van a apresar. Total, ustedes perderán y nosotros también. Nosotros les dijimos ¿recuerdas? que nuestra presencia aquí es temporal. Seguiremos caminando hacia otras comunidades, esa es nuestra vida. Gracias por la hospitalidad que nos dieron, gracias por su ayuda, pero seguiremos nuestro camino y confiamos en contar con ustedes como hermanos.

Asintieron, pero la guardia campesina se mantuvo. Los campesinos no parecían convencidos. Cúyac y Calixto no quisieron hacer uso de sus pistolas, hubiera sido señalar una ruptura. Y se quedaron, custodiados por la guardia de la comunidad. ¿Estaban presos? ¿Eran rehenes? Una curiosa situación indefinida.

Al día siguiente, una comisión de la comunidad se presentó para acompañarlos a la salida. Caminaron por los cerros, sin hacer resistencia, hasta que, en un recodo del camino, un grupo de la guerrilla apareció de súbito y los liberó. La guardia corrió, Cúyac y Calixto quedaron libres.

Estaba a la vista. La comunidad se había dividido. No había tiempo para más. Era hora de irse.

Los campesinos de base, los que vivían en las quebradas y peñolerías, empezaron a informarles que Chapi se armaba. Los Bermúdez, tío y sobrino, se negaban a seguir el ejemplo de otros hacendados que huyeron a Ayacucho o Lima para evitar cualquier problema. Una presión cada vez mayor por actuar se apoderó del grupo. Irse de Chungui significaba empezar a actuar.

Toque dijo:

—¿Hasta cuándo vamos a seguir caminando, subiendo y bajando montañas, sin objeto inmediato? Ya basta de caminar y caminar, necesitamos acción.

—Es bien claro que caminar y caminar tiene un objetivo, recordó Calixto, no lo hacemos por gusto. Todos debemos dominar el terreno. Debemos igualar el grupo en entrenamiento.

—Eso será para ti, compañero, porfió Toque. Yo me aburro, mi arma se oxida. Yo ya sé caminar mejor que todos ustedes.

La carabina de Toque era la mejor mantenida del grupo. Brillaba como recién salida de la fábrica.

—Necesitamos acción, acción armada. Si no hicimos nada contra el viejo Arce, por lo menos actuemos contra los Carrillo en Chapi. Son una amenaza permanente para Chungui, tienen comunidades cautivas y pongaje. ¿Qué esperamos?

—¿Qué esperamos? Repitió Calixto. Establecer contacto con los campesinos de Chapi, todavía no lo tenemos. No todo es militarismo, Toque.

—Pero ese contacto lo haremos cuando hayamos expulsado a los gamonales de Chapi, cuando los hermanos campesinos cautivos sean libres. Volvió a porfiar Toque.

Como gatos en la noche corrieron, viéndose apenas unos a otros, nerviosos. Todo penumbra, el cielo bajo y encapotado, sus sombras saltando de un lado a otro lado, confundidos con la oscuridad, orientándose, mirando a todos lados en los amplios patios de la casa hacienda.

Cúyac tomó con firmeza su M2 y entrecerró los ojos tratando de ver de dónde salían los tiros que silbaban encima de su cabeza. Toque se abalanzó por el pasadizo de la parte trasera, penetró por una pequeña puerta y subió a saltos las escaleras de cemento. Atito siguió a Toque, cruzando la carabina sobre su pecho. Más disparos repercutieron en los patios haciendo polvo los bordes del muro de piedra. Una sombra cruzó el pasadizo de atrás. Otra sombra surgió del fondo y disparó una metralleta. La primera sombra cayó al suelo como plomo, haciendo un ruido sordo. Afuera, Cúyac descubrió al fin de dónde venían los disparos, esperó un intervalo mientras Rosendo lo cubría, atravesó corriendo en zig zag el patio delantero, tiró sobre la cerradura, pateó una de las puertas y entró disparando. Arriba, Toque subió corriendo las escaleras que conducían al segundo piso e hizo lo propio. Tras él, entraron Atito y Hernán.

—Mira lo que me has hecho, dijo Bermúdez, chorreando sangre del vientre y herido de muerte, mientras caía al piso, desvanecido.

Toque de pie, las piernas abiertas, sosteniendo su humeante metralleta, contempló inexpresivo cómo la vida se le iba a Bermúdez. Más atrás, Atito miró el rostro intensamente pálido de Hernán, que encendía un cigarrillo con las manos temblorosas. Atito tomó su pistola, la acercó al corazón de Bermúdez y disparó. Se oyó un retumbar en sordina, casi imperceptible y Bermúdez aflojó todos sus miembros, fulminado.

Abajo, Gonzalo agonizaba también herido de muerte por Cúyac. Amanecía. Sonó la campana de la casa hacienda y muchas siluetas borrosas empezaron a moverse dudando, avanzando a pocos hacia el patio. Ponchos. Ojotas. Los rostros viéndose apenas bajo los sombreros arrugados como en un teatro de sombras. Como si estuvieran contagiados por la escena y acudiesen para cumplir una cita preestablecida, los guerrilleros también se agruparon silenciosos, frente a los hombres emponchados.

Edgardo tomó la palabra con su quechua ayacuchano.

—Compañeros. Hermanos. El abuso ha terminado. Los Bermúdez eran asesinos, ladrones, violadores de mujeres indefensas. Miguel degolló a Demetrio Canchari, hermano de ustedes, sí o no hermanos.

—¡Sí, papay! afirmó en coro el grupo.

—Ahora los dos están muertos. Ha llegado la justicia revolucionaria. Nosotros somos hermanos de ustedes y estamos luchando por el socialismo y el comunismo. Escuchen hermanos, nuestra organización se llama Ejército de Liberación Nacional. Acabaremos con la explotación y

con todas las haciendas y los gamonales y el abuso. ¡No habrá más trabajo gratis! ¡No más gamonalismo! ¡No más violaciones de sus mujeres, hermanos! ¡Viva el socialismo! ¡Viva el comunismo!

—¡Comunismo, comunismo! respondieron todos.

Un agudo lamento se oyó en el fondo. Dos mujeres de largas trenzas y polleras oscuras inclinaban sollozantes encima del cadáver de un muchacho tendido en el suelo, de bruces, con los brazos abiertos, sus rostros congestionados por la sorpresa y el dolor, ajenas al tañir de la campana, a los gritos y el trajín, abandonadas a sí mismas en una única lamentación prolongada. Cúyac se aproximó vacilante hacia aquellas siluetas agónicas, las tocó con temor y ensayó explicarles algo con palabras torpes y entrecortadas. Las siluetas continuaron dando gritos agudos, en un extenso y persistente sollozo. Las dos primeras muertes de explotadores costaban la primera muerte inocente. No estaba previsto, no lo quería entender, no lo aceptaba. El grupo más grande se deshizo. Los guerrilleros se repartieron en las habitaciones y empezaron a sacar papeles al patio. Eran las cuentas de la hacienda. Hicieron un gran montón y le prendieron fuego. Varias mujeres empezaron a preparar comida en la cocina. Atito y Pareja entraron en el almacén, sacaron piedras de sal, panes de chancaca y telas, y empezaron a repartirlos, llenando de objetos las manos callosas que se estiraban hacia ellos en un corro que iba estrechándose hasta tocarlos.

—Toma pero escóndelo, ahora vendrán los soldados, cuando venga el ejército huye, escápate a las alturas bien lejos hermanito, no te quedas aquí.

—Gracias, gracias papayyy, gracias papacito.

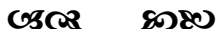
Puestos en el suelo los pedazos de tela vieja, los trozos de sal rojiza, los bloques de chocolate, los brazos se levantaban en un ángulo tembloroso e imperfecto, como presos escuálidos saliendo de un campo de concentración, posaban las manos en la frente como si quisieran persig-narse o hacían girar a pocos, sombreros mugrientos y arrugados.

Detrás de la casa, en el pasadizo fatídico, Cúyac insistía en consolar a las mujeres que seguían llorando junto al cadáver de un adolescente, casi un niño. No sabía quechua. ¿Cómo explicarles que había sido una muerte casual, que lo lamentaban? ¿Y aun si supiera el idioma de esa gente a la que había querido liberar, de qué hubiera servido? La extinción imprevista, no querida, lo empezaba a cubrir con su sombra maligna. Las abrazó, les dio dinero, lloró junto a ellas un buen rato, mientras nadie se acordaba de Gonzalo Bermúdez que también agonizaba. Todo era inútil, ya estaba hecho, Cúyac el que ama, era ahora el Cúyac que lloraba en sus adentros ante lo irreparable. Estatua de piernas abiertas, Pareja miraba inmóvil a unos cuantos metros con la metralleta causante de la muerte en sus manos, sin acertar qué hacer. ¿Quién había

querido ese fallecimiento inútil? ¿Era acaso la primera de una cadena de muertes que les esperaba hasta un triunfo que aún parecía tan lejano? ¿Cuántos miles de muertes inútiles faltaban todavía antes de ese triunfo? Pareja bajaba los ojos, culpable de haber disparado contra una sombra que había salido corriendo contra él y que quizá hubiera podido matarlo pero que era solo un inocente. Vida por vida, la ley de la guerra. Pieza por pieza, peón por peón en este tablero en que la piedad no era posible, en que incluso bajar los ojos con la tristeza insondable de una culpa recóndita, estaba fuera de lugar.

—Recuerda Pareja, el que pestaña pierde, dijo Toque, consolándolo. Podrías haber sido tú quien ahora estaba sobre el piso.

De bruces, manos extendidas como queriendo abrazar el cemento bañado con tu propia sangre sorpresiva.



Gamo en la oscuridad salió corriendo Teodoro. Nadie lo había visto y ya muy abajo, desbarrancándose hacia el río, sintió los disparos que hacían eco en las peñoleras. Saltando de piedra en piedra, enésima exhalación sobre el camino que se conocía de memoria, todavía llegó hasta sus oídos el tañido de la campana que había escuchado desde niño en la casa del patrón, mientras volaba hacia el pueblo. Una angustia lo torturaba: ¿por qué no habían ladrado los perros? ¿Quiénes eran estos hombres misteriosos de quienes sus patrones hablaban con rencor, alistándose para recibirlos cualquier noche a balazos para defender la casa hacienda? Sólo alguna fuerza desconocida, superior a él mismo y a todos podía haber logrado que los fieles perros, tan fieles como los indios cercanos, los compadres y ahijados de don Gonzalo Bermúdez, no diesen la alarma. Desde hacía tiempo corrían muchas voces en la región. Cosas extrañas estaban pasando, Teodoro. Rebeliones, sindicatos, indios chúcaros que se resistían a los señores, un ejército misterioso, invisible, que sólo caminaba de noche, huellas de pisadas extrañas en los caminos por los que antes sólo pisaban ojotas o cascos de caballos y mulos. Las bocas de la gente callaban, sus ojos miraban a otra parte, cuando esas huellas eran vistas en un camino cualquiera. Y ahora que éstos habían llegado sólo quedaba correr, huir, alcanzar el pueblo, ir incluso hasta Huanta o Ayacucho para pedir protección porque los desconocidos podían haber matado al patrón. Don Miguel era terrible y había que tenerle miedo, pero don Gonzalo era bueno y se

entendía bien con él y su familia. Era el momento de mostrar su lealtad y gratitud, aunque eso le costara la vida.



Soportando sus armas como si fuesen cruces, algunos cojeando, empezaron a dar vueltas por el patio. Registrar las habitaciones, tratar de hacer diálogo con aquellos hombres que veían por primera vez, salvar una invisible distancia, hacer hablar aquella mudez, convertir en palabras aquellos monosílabos, disolver ese hielo de siglos, ese mirar a los lados, ese refugiarse en el sí papay, sí hermanito.

Toque pintó la pared con una brocha y un tarro de pintura que encontró tirados en el piso del almacén. «El ELN actúa». Repasó bien el acento en la u. «Viva la lucha armada». Era un mensaje dirigido a los policías que llegarían bajando las laderas en bestias arrebatadas en cualquier corral, aterrados ante la posibilidad de la muerte, más que una consigna para los campesinos que ahora corrían hacia las alturas como liberándose de un peso no previsto. Recorrieron la casa. Era la primera casa hacienda que tomaban por la fuerza. Cuartos viejos, sucios. Colchones en el piso. ¿Dónde se iba la riqueza que los Bermúdez extraían de sus tierras? ¿Dónde quedaban los beneficios del café, del cacao, el ganado, los naranjales? Sólo pobreza, abandono, suciedad, polvo acumulado por la desidia, cuadernos amarillentos, pornografías viejas donde rollizas mujeres desnudas enseñaban los glúteos o los sexos, peinadas a la garzón encima de sus rostros alemanes, franceses, mostrando sus cuerpos gorditos, redondos, puro marfil bajo la luz de fotógrafo de trípode, detrás telones pintados con árboles, ventanas o paisajes de mentirillas, mundo de soledad y de morbo, deseo de tener lo inasible, de alejarse de estos cerros inhóspitos, de estas selvas extrañas, de estos seres incomprensibles.

Estaban hambrientos. Las mujeres cocinaron como siempre, serviles con los nuevos amos, como si nada hubiera pasado, llenándose el rostro de ceniza, moviendo aquellas grandes ollas negras que habían servido también para preparar los alimentos de los que ahora yacían muertos apenas a unos metros de distancia, tras aquellas puertas que se habían abierto tantas veces para dejar salir la voz de mando del patrón o se habían cerrado capturándolas en la oscuridad para un gozo sexual rutinario y obligado. ¿Somos finalmente libertadores o patroncitos nuevos? pensó Cúyac. Comieron satisfaciendo el hambre de varias semanas, adaptándose también a un mundo en que la piedad parecía, abrumada

por el silencio de los rostros inexpresivos. Limpiaron todas las huellas y se retiraron en columna, despidiéndose de los campesinos.

Una vez más:

—Vete. No esperes a los soldados. Es peligroso. Te torturarán y te pueden matar. Piérdete, piérdete en las alturas.

—Ya nos veremos. Nunca digas que nos viste. Tú no sabes nada.

—Llévate lo que puedas pero no lo tengas en tu casa.

—Adiós amigo.

—Adiós compañero. Adiós hermano.

—Recuerda, somos hermanos.

—Sí papay. Sí hermanito. Sí papay.

Cusco, 1965.

Durante semanas, meses, no llegaron noticias tuyas. Yo caminaba sonámbula por las calles del Cusco, de noche trancaba las puertas de nuestra casa esperando que los soplones echen la puerta abajo como tantas otras veces cuando dirigías la huelga de Cachimayo. Me pasaba la noche entera aguardando el día, daba explicaciones vagas a los chicos, buscaba a los compañeros, pero nadie sabía de ti. Sabía, Hernán, que todo lo que te rodeaba contenía la muerte. Meses enteros sin encontrar nada de ti, reviviendo tu rostro, tus manos, extrayendo tu imagen del aire y del tiempo. Todo había adquirido otro contenido. Tú estabas acosado por el peligro, yo estaba rodeada por el temor y la angustia. Vigilaba la puerta de calle, corría en el día esperando que fueras tú, perseguía tu sombra y tu recuerdo. Y no saber que la muerte ya te había atrapado y no estar junto a ti y ser lejana e impotente y apenas ser un llanto más, una angustia más. Nunca me entregaron tu partida de defunción. Sólo encontré miradas furtivas, rostros indiferentes, medias palabras ante mis preguntas insistentes, vacío interminable ante mi desesperación, te podía haber llevado el viento, podías haberte ido al extranjero. Me encontré cogida entre la lealtad y el terror, entre la frustración y la esperanza. ¡Qué aspecto tendría con mi rostro desfigurado, con mis ojos bien abiertos buscándote en los rincones de todas las prisiones! Cómo estarías tú, cómo habrías estado luchando con la selva y con la muerte. Me detengo allí como ante un abismo y mi mente se niega a seguir adelante y por eso siempre pensaré que estás vivo, que existes en algún lugar del mundo, que los años pasados desaparecen,

que todo fue diferente, que no habían ni las balas, ni el ejército, ni los compañeros y que es posible regresar. Regresar porque el mundo que podíamos construir lo entregamos por el mundo de los otros. Hernán, nuestras lágrimas se llenarán de verdad, el mundo de los otros será también el nuestro, comeremos, vestiremos a nuestros hijos. Haremos el amor. El amor nos pertenece. El amor siempre será nuestro. Tenía miedo. Tenía odio. Ahora sólo tengo amor no recuperado, un recuerdo, una esperanza.

Selvas del río Apurímac, octubre 1965.

—Ahora sí que nada nos detendrá. Los campos están definidos. La lucha ha empezado y los cojudos vacilantes tendrán que asumir las consecuencias.

Toque caminaba lleno de dignidad, esperando el primer momento de reposo para limpiar su M1 y dejarla brillando como sólo él sabía hacerlo para envidia de la guerrilla. Atito y Cúyac iban adelante como de costumbre, guiándola por los recodos arbolados que asomaban al Apurímac. Había que ganar la selva lo más rápido, antes que el ejército llegase. Guillermo Mercado, el viejo, también llamado Rosendo, caminaba mirando al suelo y meditaba en su suerte, desde ahora ligada para siempre a este grupo al que se había unido junto con Hernán, llamado el pobre obrero, después de una larga militancia cada vez más radical poblada de prisiones y destierros. Todos iban pensativos, ganados por las impresiones del asalto, agotados por la caminata de la noche anterior y los acontecimientos de la madrugada.

La luz caía en las cumbres de los cerros con ese intento mortecino que va convirtiendo las figuras en sombras, que borra los límites de las cosas agrisándolo todo. Todo parece moverse arriba con el silbar del viento y el viaje de las nubes no se sabe adónde. La columna interminable, armas listas para cualquier emergencia, desvanecía sus siluetas en el cielo apagado de la tarde, mojada por la llovizna que caía allá arriba. Qué sensación de poder sobre el mundo, qué seguridad en el dominio de las personas y las cosas allí donde el horizonte se extendía a uno y otro lado de la estrecha senda de piedras lustrosas y negras y empezaban a formarse los hilillos brillantes que muchos kilómetros más abajo serían serpientes plateadas y finalmente, más abajo todavía, lentos monstruos de agua oscura y barrosa. La guerrilla, otra larga serpiente bajando ahora por los puquiales, pisaba el musgo lustroso, caminando, saltando, bordeando las pendientes hasta divisar allá abajo, al fondo de la quebrada, rodeada de un verde de cañas, los techos de

teja roja de la casa hacienda. Tapias, riachuelos, cañaverales verdes y amarillos, color sepia oscuro de tierra rica, fértil y cálida, allá al fondo, la casa hacienda.

De los caseríos, desde las mismas punas, de las casas que bordeaban las quebradas, de los papales de tierra negra que caían a lo largo de pendientes laterales, de todas partes, empezó a bajar la gente. Desgranado racimo que iba convergiendo, juntándose en múltiples radios hasta llegar al centro del círculo, previendo el objetivo de la guerrilla. Santa Margarita era una hacienda rica, fabricante de alcohol y mantequilla. De sus cañaverales junto al río, allí donde el calor de la quebrada era insostenible y el rumor del agua se mezclaba al zumbido de los mosquitos, los indios cortaban la caña que era triturada en viejos trapiches a mano, tronco junto a tronco, con grandes cruces clavadas en ambos costados, en las que dos hombres, uno a cada extremo, debían accionar, con pies y manos, en dirección contraria uno respecto del otro. Era la técnica colonial para extraer el jugo de la caña que daría lugar al alcohol, delicia embrutecedora de los indios, veneno para hígados y cerebros, pero gran negocio para los hacendados.

Así había sido a través de los años cuando Santa Margarita, siempre a buen precio, proveía con aguardiente las fiestas patronales de la provincia, las tienduchas de las comunidades, los caseríos, los estómagos insaciables de hombres y mujeres que hacían del alcohol remedio a sus frustraciones y tristezas, razón de su alegría en carnaval, culto a los santos patronos, pretexto para armarse de valor y decir la verdad o para pelear hasta ver la sangre del enemigo frente a sí.

La columna bajó, seguida por un gentío, hasta llegar a la casa. Nadie había allí. Adobe, grandes portones de una madera antigua como el tiempo. Cadenas, candados, olor a viejo y guardado. Los hacendados habían huido. La columna se hizo un grupo y la gente la rodeó como esperando órdenes. Edgardo habló de nuevo. Repitió el discurso de Chapi tratando, sin conseguirlo, de ponerle nuevos ingredientes.

—Arí, arí, sí papay.

Otra vez la gente asentía maquinalmente. Otra vez los guerrilleros empezaron a dar órdenes. Se formaron grupos. Los portones fueron abiertos por la fuerza, las cerraduras forzadas, el caserón, como sorprendido, abrió sus puertas y la multitud entró al patio. El almacén fue distribuido entre las familias. No se tocó el alcohol. Regalarlo hubiera sido precipitar una catástrofe en aquellos estómagos y mentes anhelantes de trago, hubiese sido injustificado porque no había motivo religioso de por medio, ni cumpleaños, ni boda. Sólo estaba la visita de ese extraño ejército que decía ser de los pobres. Echarlo al piso hubiera significado un sacrificio incomprensible para hombres habituados a rendirle culto. En silencio, las mujeres prepararon comida asumiendo su

rol servil. Las carnes secas fueron consumidas y todo se hizo como siguiendo algún mecanismo preestablecido. Los hombres comieron, riendo y dudando al comienzo ante aquella dieta de carne a la que no estaban acostumbrados y conversaron en rueda, mientras las mujeres hacían lo mismo mirándolos desde buena distancia, sentadas en sus polleras cual estatuas cobrizas de pedestal redondo y oscuro.

—Come, hermanito, come. Cuando estemos en el poder esta hacienda será de ustedes.

—Arí papay.

—Cómo te trataban los hacendados, hermanito?

—Mal, papay. No nos pagan nuestro trabajo, abusan nomás de nosotros.

—Hay que expulsar a los explotadores, a los patrones.

—Sí papay.

—Come hermanito, come.

—Sí papay.

¿Por qué los obligaban a comer ahora si ellos estaban habituados a hacerlo en sus casas a las cinco de la mañana y a las cuatro de la tarde, cuando sólo hierva una olla llena de papas en el rincón más caliente de la choza?

—Yo sé, yo sé. Ustedes son de nuestra parte, son de nosotros dijo alguien como enterándose de un secreto.



Había sido fácil llevarse el Volkswagen, fácil saltar la cerradura, luego un corte en los cables de contacto, un enlace directo y ya está. Huevo. Ahora probarían oscurecer por lo menos una parte de Lima, como había acordado la organización. 15 bombas deberían estallar aquel 15 de mayo de 1965 para recordar a esos cabrones de los burgueses que hacían dos años de la muerte del poeta en Puerto Maldonado. Benito, Pena, Carmen y Rosaura treparon la estrecha carretera a Huinco, metidos en el escabajo robado. En la maleta, los cartuchos de dinamita. En el hueco del asiento trasero, la mecha y los fulminantes. Pena había pasado una temporada en Venezuela con las FALN y presumía de conocer mucho de explosivos. Benito también sabía lo suyo, aprendido en la escuela de la

isla. Rosaura era su hermana, reclutada para aquella aventura. Carmen se había afiliado al ELN recién y ésta sería su prueba de fuego. Arriba del cerro pedregoso, con el rumor del río muy al fondo, se detuvieron junto a la torre. Benito Gallegos agrupó los cartuchos y colocó los fulminantes, mientras Pena ubicaba los parantes estratégicos para hacer caer la torre eléctrica, que se erguía como un gigante encima de sus cabezas. Más lejos, las mujeres observaban todos los movimientos del camino. Con ademanes de experto, Pena iba presionando los fulminantes eléctricos con los dientes, para ajustarlos a las mechas. Una agrupación de fulminantes y cartuchos haría una buena explosión en cadena. Tendieron la mecha por el suelo, hasta el borde del camino y Pena se colocó al cabo de la mecha, mientras Benito hacía los últimos arreglos. Benito terminó de acomodar los cartuchos y se encaminó hacia donde estaba Pena, cuando sonó la explosión. Se sintió lanzado varios metros y creyó que la cabeza le estallaba. Pena se ajustaba el estómago doblándose con desesperación. Más arriba Carmen, al ver los cuerpos lanzados como bultos sobre el pedrerío, urgió a Rosaura.

—¡Vámonos, vámonos, éstos ya están muertos, tenemos que escapar antes que puedan capturarnos!

—¡No, carajo, es mi hermano, es mi hermano!

Rosaura se aferró al timón y trabó los pies de Carmen impidiendo que pusiera el auto en marcha.

Las dos mujeres forcejearon, mientras Pena se levantaba tocándose el cuerpo y sacudiendo sus ropas polvorientas. Estaba pues, vivo. Miró hacia Benito que aún semiconsciente tenía el oído sangrante y lo arrastró hacia las mujeres que, temblando, abrían las puertas del carro.

—Rápido, hay que borrar las huellas, dijo, pretendiendo regresar a la torre que lucía tan erguida como siempre.

Reuniendo fuerzas, Benito lo sujetó del brazo.

—¡Huevón, te vas a matar, deja eso ya, dejarás todavía más huellas!

Carmen cogió el volante, arregló sus cabellos rubios y emprendió la marcha hacia abajo teniendo a su lado a Pena, mientras atrás Benito, aún aturdido, era abrazado por su hermana. Dos parejas en plan de romance, pensaron los guardias del camión cuando se cruzaron con el Volkswagen mientras ascendían por el camino hacia las torres.

En la Universidad empezaron a surgir grupos de propaganda sobre la guerrilla. Abundaron las publicaciones. *Territorio encendido* fue el periódico que informaba (o al menos pretendía hacerlo) sobre lo que estaba pasando.

César Calvo publicó un reportaje sobre Calixto y su grupo en la Revista Gestos. Las fotos eran auténticas, fueron tomadas en marzo de

1965, antes de las acciones, pero el texto obedecía a la fértil imaginación del poeta, que se incorporó a la militancia en el ELN.



Así pues hermanito nos jodieron en Puerto Maldonado mataron a Javier metieron preso al ciego Guevara capturaron a todos me acusaron de la muerte del guardia cuando fueron ellos quienes nos persiguieron a balazos le dieron a Javier en el río casi matan a Alain entonces me interné en la selva y me agarraron coño calato y comido por los mosquitos cuando casi llego por el camino hasta Bolivia por Aposento me chupé dos almanaques en cana y tuvieron que soltarme al final pero no sabes carajo lo que es eso no tener esperanza de salida chico sentir que tus días se acabaron que todo puede pasar contigo dentro de esos cochinos muros que nunca saldrás morirte de arrechura mi hermano no tener mujer meses y meses soñar con ellas día y noche mientras no sabes qué hacer con tu parazón conocer la miseria de los desgraciados que te abandonan pero salí al fin con los compañeros con libertad provisional y dime ¿qué podía hacer con esa libertad que me habían dado sólo provisional como una limosna hasta que se realizara el juicio y después? ¿Y después? Los compañeros ya estaban alzados peleando y yo hubiera querido estar con ellos pero los tiras me conocían estaba fichado y recontraquemado y entonces mi hermano volví a mis explosivos a mi aluminio en polvo chico a mi pólvora negra mi clorato de potasio mis mechas lentas mis fulminantes coño mi hermano había de todo, todo lo habían conseguido en Bolivia pues como te cuento seguimos la guerra acá en la ciudad pues compañero entonces me dije mejor es actuar uno solo más seguridad compañerito y entonces me separé de todos para estar más seguro y me borré del mapa entonces armé unas cuantas bombas en mi cuarto dormía encima de las mechas la dinamita y los fulminantes hice como yo sabía hacer un buen niple papel encerado adentro para que la cosa no estalle antes de hora bien taponado compadre con dinamita su salida para el fulminante apretar el fulminante a la mecha ya sabes tienes que hacerlo con las muelas no te pasa nada chico y si te pasa pues vuelas hermano ni lo sientes sólo que todo vuela contigo mecha larga calculando el tiempo eso para empezar tú sabes hermano que yo puedo hacer cositas mejores bombas de reloj bombas de plástico las cazabobos con mercurio una pila de radio y dos buenos contactos para que hagan cortocircuito si alguien las mueve no vayas a creer que soy un comemierda sino que eso era sólo para empezar y más adelante iría aplicando las otras técnicas.

Y me fui pues al Crillón con mi paquete tenía que vestir bien tiza porque todos los que van ahí son pitucos chucha su madre entré los porteros comemierdas ni me miraron de lo bacán que estaba con la pepa que se maneja éste tu compadre colorao mi hermano había bastante gente en el lobby eran las siete de la noche me di unas vueltas mirando las vitrinas llenas de joyas concha su madre todo lo que el pueblo no puede tener para que estos gocen en el bar estaban las mujeres blancas ricas las chiquitas rubiecitas tomando sus coctelitos mientras afuera estaban los cholos pidiendo limosna ni tienes idea lo que me indignan esta indiferencia de los burgueses cabrones por la miseria del pueblo no les importa hermano lo ven todo muy natural carajo como si ellos no tuvieran la culpa con su explotación y su ociosidad de la desgracia de la gente por eso yo les digo a los compañeros no sean huevones no hay que tener compasión con ellos hermano ojalá todos se murieran los burgueses son una raza maldita que debe extinguirse de la humanidad no han hecho otra cosa que abuso y explotación nada más.

Pues te decía que me di mis vueltas tranquilo y fui saliendo pero en el camino me senté un ratito como quien se amarra el cordón del zapato en uno de los sillones del lobby encendí tranquilo mi cigarro deposité mi paquete en el piso prendí la mecha con la colilla franco compadre salí como si tal cosa caminando mientras la mecha corría yo había calculado un minuto para que me diera tiempo de alcanzar la calle antes del corre corre pero el concha su madre del mozo se dio cuenta el desgraciado pasaba de casualidad yendo hacia el bar si no pasa por ahí la bomba explota el arrastrado ni te imaginas corrió levantó la bomba y la sacó como un loco a la calle la tiró a media pista y allí explotó yo vi desde la esquina la gente salió disparada para todos lados creyendo que habían muertos y heridos porque el ruido había sido del carajo pero no pasó nada hermano no pasó nada después de todo yo pensé que no estaba mal así lo que nos interesaba no era que muera gente sino que haya ruido bastante ruido para que el pueblo se entere de que los muchachos están en el monte y cierto los tombos se pusieron que les zumbaba la malanga empezaron a meter presa a la gente a pedir documentos cerraron la pista y yo tranquilo bien a la corbata con mi terno cabritilla y mis zapatitos bien lustrados me di varias vueltas para despistar y me fui al Club Nacional tú sabes compadre ése el que está ahí en la Plaza San Martín donde no dejan entrar a nadie sino a los platudos que están inscritos había la fiesta de las quinceañeras donde los burgueses presentan a sus hijitas para la sociedad grandes autos puro cádillac hermano las chiquillas bajaban de los carros negros chillantes todas de blanco conejitas del brazo de sus papacitos todos los balcones estaban cuajaditos de luces y de gente todos empolvados y perfumados como maricones los hijos de puta la gente se amontonaba para ver pero la policía no dejaba pasar a nadie imagínate con lo del Crillón estaban con todos los muñecos y yo todavía tenía mi otro paquete al costado del Club había un mitin de los demócratas

cristianos que se oponían a la fiesta tocando su bombo y era un relajo el bombo la música de la orquesta las luces los tombos la gente y yo ya tú sabes hermanón tranquilo di mis vueltitas como mirón para hacer un reconocimiento previo del terreno toda la gente estaba hacia el portal hacia Belén por donde llegaban las muchachitas en sus carrazos y allí estaba también el mitin y yo me fui para la Colmena donde había menos gente y estaba casi desierto me arrimé a un poste un ratito y allí puse mi regalito hermano lo encendí la mecha lenta empezó a hacer zzzz zzzz y crucé la pista para mirar a veinte metros estaban los tombos en el cruce de Colmena con la Plaza y ni se daban cuenta y el tránsito estaba cortado por la fiesta cuando en eso concha su madre se fue acercando una viejita al poste puta hermano no te imaginas lo que he sentido en esos momentos se me helaron los huevos ¡Mamacita, mamacita, vete, por favor! ¡Diosito, que se vaya! decía para mis adentros y ahí estaba la viejita que se iba y se quedaba hasta que seguro escuchó mis ruegos por telepatía y avanzó unos pasitos hacia la Plaza cuando en eso bummm explotó la bomba era un bombón hermano coño mi hermano un ruido del carajo de nuevo se armó un relajo de película porque las muchachitas que estaban llegando ya no querían bajar y pataleaban de nervios los del mitin les faltó culo pa' correr y la gente también corría para todos lados la policía empezó a meter palo a todo el mundo y se les aguó la fiesta compadre yo me cagaba de la risa dando mis vueltas por la Plaza y me comí un buen lomo saltado ahí nomás en la Colmena Izquierda para celebrarlo y así chico eran nuestras primeras acciones compañero empezamos a hacer temblar a los burgueses porque otras catorce bombas pusimos también en otros catorce lugares de Lima había que recordar la muerte de Javier actuar compañero había que actuar lo demás son cojudeces.



—Hemos asaltado Chapi, los Bermúdez han sido eliminados, los hacendados están en plena fuga, por todas partes los campesinos están dispuestos a invadir las haciendas y seguir nuestras orientaciones, tenemos amigos, somos los dueños de la provincia, nadie nos para.

Desde su menuda estatura habló Toque, entusiasmado. Estaba feliz luego del asalto a Chapi.

—¿Qué esperamos pues Cali? preguntó retador. Deberíamos ya de una vez buscarlos y darles un buen golpe a los guardias. Eso afianzaría nuestro prestigio, nuestro poder.

Calixto calló mientras intervenía Cúyac.

—Pero no sabemos por dónde entrarán los guardias, Toque. Estamos recién al comienzo.

Sus ojos seguían las manos de Toque, que limpiaban con un trapo el brillante cañón de la M1 que él conservaba siempre chillando. Lo limpias tanto chato, que se te va a gastar, pensó.

—Deberíamos andarnos con tino, dijo Calixto. Necesitamos más información. La comunicación con Ayacucho y Uripa ha cesado. Todavía no sabemos nada de Negrón. Lo enviamos a contactar con De la Puente y hasta ahora no regresa. Nipi se quedó en Huanta. Edwin tampoco ha regresado. En la práctica estamos aislados.

—Pero si seguimos esperando ellos tendrán la iniciativa, dijo Atito.

—No, porfió Cúyac, recuerden que el mayor tiempo que pasa la guerrilla es sin combatir. No podemos estar echando bala todos los días. Debemos esperar el momento más adecuado para dar golpes imprevistos con seguridad.

El grupo discutía en una pendiente boscosa, junto a un arroyo que se perdía al fondo sumergiéndose entre las piedras donde unos minutos antes, Atito había cazado una pequeña cascabel cuyo cuero colorido pendía de una rama cualquiera. Arriba, en las copas de los árboles, unas cuantas ardillas jugueteaban sin sorprenderse por los intrusos. Sólo se oían las voces de los hombres, el rumor del arroyo y de las hojas que se mecían en lo alto con la brisa de la mañana.

—Todavía somos un grupo demasiado pequeño. Para tener éxito en una acción militar necesitamos más gente, debemos asegurar superioridad numérica.

Las manos de Toque no cesaban de juguetear con el trapo. No estaba convencido. Quería acción. Ser militar era el sueño de su vida.

—Ustedes no saben más que esperar y esperar, cuando los minutos corren contra nosotros. No sabemos...imitó en falsete la voz de Cúyac. Cómo no vamos a saber por dónde entrarán, dijo en voz alta. Tienen que hacerlo por Sojos ¿por dónde sino lo iban a hacer? En toda la subida de Sojos tenemos amigos. Los tombos estarán indefensos al pasar el río. Nos bastará ubicarnos en la cuesta y los cazaremos como palomitas. Para eso no necesitamos mayor información.

—¿Y por qué crees que la gente estaría dispuesta a ayudarnos? ¿Sólo porque son nuestros amigos?

—No entenderán una operación de ese tipo. Puede que no nos ayuden y si lo hacen, será sin convicción, sabiendo que el pleito no es de ellos.

—No es lo mismo que con los gamonales. Incluso, ya tú ves, lo de Gonzalo no cayó muy bien. En eso también debemos tener cuidado. No vayamos más allá del nivel de conciencia de la gente.

Esta vez habló Edgardo

—¿Qué quieren decir ustedes, que ellos no saben que los militares son sus enemigos? Por supuesto que lo saben, compadres. Las voces de que el ejército persigue a los sindicatos de La Convención han llegado también aquí. Los Huamán son verdaderos líderes de Oronjoy, siguen presos en Huanta, y envían cartas todos los meses a su comunidad. La gente lo sabe, Calixto. Hemos trabajado con campesinos en Pomacocha, con el Partido, allí hicimos prácticamente una zona liberada y con nuestra dirección logramos que ellos tomen y administren la hacienda.

La voz de Edgardo terciando en apoyo de Toque sonaba rotunda, convincente. Su camisa celeste verdosa, sucia por la humedad de las caminatas, se confundía con el monte.

—¿Y tú qué crees, qué pasará con la gente que nos ayude en esa emboscada que dices? Los perseguirán como a perros rabiosos, los torturarán y matarán, quemarán sus casas y violarán a sus mujeres. ¿Eso quieres?

Había hablado Pareja. Todo su cuerpo se balanceaba de izquierda a derecha como un péndulo. Los pies separados cubiertos por botas semipodridas y abiertas en las suelas, las manos juntas sobre el cañón de la Pistand, el pie izquierdo temblaba como en un tic nervioso. Los ojos se entrecerraban en un brusco temblor de cólera. Pareja era arequipeño, bromista, alto, grandes pies, las piernas torcidas como los vaqueros. Las aletas de la nariz cobriza y aguileña se dilataban uniéndose a su temblor nervioso.

—Lo de Pomacocha fue un juego de universitarios, continuó. Fue fácil porque era una hacienda de monjas y la iglesia cedió a la ocupación. Se fueron. Los campesinos siguieron la corriente de los politiqueros. En cambio aquí nos estamos jugando el pellejo y el de la gente que nos ayuda. Una acción precipitada puede costarnos la vida de la guerrilla. La revolución va a ser larga, de años. Los campesinos todavía no están claros, no podemos engañarnos. Mientras tanto tenemos que eludir al ejército. Nuestra lucha sigue siendo contra los hacendados, el asunto no es matar y matar tombos.

—Uy, no la hagas larga. Exclamó Hugo. Si no tomamos el poder en dos años, tomo mi interprovincial y me regreso a Lima.

—O sea que volvemos a lo mismo, insistió Edgardo en la discusión con Pareja. Tú dices que los campesinos deben convencerse de que los militares son sus enemigos. ¿Cómo lo van a saber? Cuando los maten, los asesinen, cuando violen a sus mujeres y quemen sus casas. Tú dices que quieres cuidarlos, pero en realidad esperas que los persigan y asesinen. Yo digo que no hay revolución sin sangre y que hay que empezar de una vez. El que se mete a estas cosas, sabe lo que va a pasar.

—Ellos son personas compadre, no son piezas de un juego que no es el suyo. Ellos no conocen a los militares, porque los milicos nunca anduvieron por aquí. ¿Qué quieres? ¿Que los reclutemos o los obliguemos a pelear como hacían los gamonales para las montoneras? Estamos haciendo su guerra, no la nuestra.

—Entonces estás hablando de otra cosa, no de una guerra. Si nos paramos en escrúpulos nos van a liquidar. Más adelante, cuando tengamos el poder, todo el poder, podremos darnos el lujo de ser condescendientes, piadosos como tú. Mientras tanto, o los matamos o nos matan.

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer en este momento es engrosar la guerrilla, terció finalmente Calixto. Hay compañeros campesinos que ya podrían ser incorporados. Nemesio, Pedrito Alluque, los Valencia, en fin, podemos hacer nuestro primer reclutamiento. Y después veremos.

Ayacucho, octubre de 1965

—O los matamos o nos matan.

Se paseó nervioso, fumando mientras pensaba y miraba de vez en cuando, de reojo, los croquis extendidos sobre su mesa de trabajo, los informes acumulados en una pila de papeles encima de su escritorio, que ni siquiera había tenido tiempo de leer. Todo eran órdenes, requerimientos, indicaciones. Sellos de secreto, reservado, confidencial, jerarquía de palabras cuyo significado había aprendido muy bien en su vida de oficial. La presión superior lo hacía trabajar como una máquina, como sólo él sabía hacerlo, noche y día, sin importarle horarios de trabajo, domingos, sábados o feriados. No se podía esperar. Los grupos de la inteligencia militar enviados por él empezaban a deslizarse por Talavera, Uripa, Occobamba, hacia el río Pampas. Sabrían comportarse, eran sus hombres de confianza. Las versiones acerca de un grupo subversivo en Ayacucho habían tomado de sorpresa al Cuartel General del Ejército. Era un enviado especial, estaba orgulloso de ser un oficial de élite, primer puesto de su promoción, cursos de especialización en el extranjero, ascensos rápidos, también con los primeros puestos. Estaba en una misión que lo atraía profesionalmente. No se esperaba, Aguilar, una cosa parecida en esa zona, donde ni siquiera había cuartel. En 1963 se había producido un enfrentamiento entre campesinos comuneros y pequeños propietarios en Ongoy, con un saldo de 15 muertos. Pero era un hecho aislado en esta tierra atrasada, de gamonales ociosos y parasitarios, que no podía compararse a la agitación comunista del Cusco, donde los sin-

dicatos involucraban a miles de trabajadores bajo la dirección de los comunistas, donde las haciendas se desmenuzaron bajo el peso de las invasiones. Sí, un gran problema social, el pueblo se levantaba, el país se movía. Y cómo no iba a ser así, después de todo. Había que aceptar que la miseria de estos indios era muy grande, tan grande como su ignorancia. Caldo de cultivo para la subversión, flanco débil de la nación frente a cualquier potencia extranjera. La guerra con Chile la perdimos porque tuvimos una clase rica acostumbrada a vivir como en la colonia, y un pueblo explotado e ignorante. ¿Cuándo seremos país? Lo de Chapi era demasiado evidente. Hombres bien armados, con entrenamiento militar, que abrían un nuevo frente sumándose a los otros ya existentes en la sierra. Había que estudiar la zona, recolectar información. Pero el gobierno pagaba su descuido, su indiferencia por estos parajes olvidados. ¿Se imagina comandante? No hay cuartel en la capital de la provincia, ni siquiera en la capital del departamento. No hay cartas geográficas y menos cartas militares de la región. Todo es pobreza y atraso. Nadie se ha preocupado de construir una red de información como tuvimos que hacerlo en La Convención donde andaba Hugo Blanco y ahora está De la Puente. El terreno es desconocido para nosotros. Los helicópteros no pueden aterrizar por lo escarpado de la región y es peligroso volar sobre los desfiladeros por la falta de colchón de aire. No hay pistas de aterrizaje por ningún lado. Hay que planificar todo el operativo. Y encima, están las guerrillas de La Puente, Lobatón y Velando, también causando problemas en otros puntos del territorio nacional. Es cuestión de armar una red de inteligencia entre los pobladores de la región y detectar quiénes son esos desconocidos, comparar las descripciones obtenidas con las identificaciones de los agitadores comunistas, sobre todo aquéllos que han desaparecido del Perú y han viajado a Cuba en diferentes épocas, porque no tenemos duda: las acciones pueden ser parte de un plan subversivo de mayor envergadura. Sin embargo, como siempre, las indecisiones de los políticos son una rémora. El Presidente no quiere admitir que hay guerrillas en su gobierno, como si su administración fuese algo excepcional. Está, como la mayoría de los políticos, interesado sólo en su propia imagen. «No existen guerrillas porque en una democracia no pueden haber guerrillas». Y los tiene ahí paseándose como los ratones bajo las narices de las viejas. Y si las cosas se pusieran difíciles, nos pasará todo el paquete a nosotros, a los militares, cuando las acciones sociales de reforma se han paralizado en La Convención y nuestra acción cívica no recibe el respaldo presupuestal suficiente.

Empezó armando su rompecabezas. Caminaba vestido de civil para no llamar la atención. Carnet en la mano extendida, porte militar que contrastaba con los anteojos inevitables para su ligera miopía, cabello cortito como todos los soldados, todas las puertas se le abrían, como impulsadas por un resorte. Entrevistas con el Prefecto, el Alcalde, con los notables de los pueblos. Información general sobre la zona. Indaga-

ción esporádica sobre las autoridades comunales. Recordaba sus cursos de Panamá, sus lecturas sobre las guerrillas de Indochina, Indonesia, Filipinas y Argelia. ¿Por qué Ayacucho, donde no había ni rastros de un trabajo político previo? ¿Por qué La Mar, donde el campesinado no había dado los mismos problemas que en el Cusco? Era una guerra irregular, sin cuartel. Le enseñaron que las leyes internacionales de la guerra no podían funcionar contra un enemigo que podía ser despiadado y sorpresivo, que actuaba desde las sombras de la noche y oculto en los montes. Dictó órdenes precisas a sus hombres, casi un manual operativo. Acudir a todos los medios en los interrogatorios. Infiltrarse en la región, no presentar combate. Extraer información de todos los prisioneros, pero no dejarlos vivos, Aguilar, no dejarlos vivos. Liquidarlos en secreto, el ejército protegería a los combatientes contraguerrilleros de cualquier represalia. Guerrilla contra guerrilla era la cosa, su misma medicina. O los matamos o nos matan, Faustino. Más adelante habrá que ver qué se hace, qué se recomienda a la superioridad, porque estos muchachos tratan de usar una situación que es injusta e insostenible para estos campesinos. Pero eso será después. Falta todavía obtener toda la información y después vendría la invasión, el cerco, el peine de la zona para liquidar hasta el último vestigio de subversión. Pero eso será cuestión que decidan el Cuartel General y la IV Región Militar, no es tu problema Aguilar.

LA PRENSA

Lima, 3 de julio de 1965

GOBIERNO ENCARGA A FFAA EXTERMINIO DE GUERRILLAS COMUNISTAS FIRME RESPALDO DE FUERZAS VIVAS

Bajo la presidencia del Arquitecto Belaúnde se reunió ayer el Consejo de Ministros para recibir los alarmantes informes procedentes de Runatullo, Mesa Pelada, La Mar y otros remotos lugares asolados por guerrillas extremistas, donde han sido asesinados propietarios de haciendas y han muerto numerosos soldados en defensa del orden.

Se supo que el gobierno ha accedido al fin al reclamo de la ciudadanía, encargando al Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas la represión y liquidación de los guerrilleros rojos.

Se acordó además que el Banco Central de Reserva emitirá bonos por 200 millones de soles con el fin de proporcionar fondos que permitan la mayor eficacia y rapidez en la acción del Ejército y las fuerzas auxiliares.

Mientras tanto, en medios de la Sociedad Nacional Agraria, trascendió que el primer millón será comprado personalmente por don Pedro Beltrán Espantoso, Presidente de dicha entidad que representa a los propietarios de tierras del país. Don Mariano Ignacio Prado comprará 42 millones, a nombre del Banco Popular. La Sociedad Nacional de Minería y Petróleo, institución que agrupa a la Cerro de Pasco Copper Corporation, la International Petroleum Company y otras importantes empresas norteamericanas que cooperan con el desarrollo económico del Perú, contribuirán con 41 millones. El Banco de Crédito a su vez, respaldará el Fondo con 20 millones de soles.

Trascendió también que la suma reunida será entregada en ceremonia pública al Ministro de Hacienda Don Sandro Mariátegui, para evidenciar así el firme respaldo de las fuerzas vivas al régimen constitucional, ahora que éste ha decidido finalmente luchar contra la subversión comunista que ha venido asolando a nuestra Patria.



Oronjoy, noviembre 1965

La columna subió y subió hasta las piedras negras de las alturas. Aves dominando el espacio inmenso de los Andes, fantasmas emponchados en la neblina persistente de aquellos lugares donde sólo el cóndor llegaba, las botas hollaban la piedra resbalosa de las alturas, las escaleras naturales adonde sólo apus residían, el musgo corto, pequeño, rígido como alambre, húmedo, verde intenso, la tierra apretada y virgen. Tres o cuatro metros entre hombre y hombre, interminable serpiente de los Andes. Había que ganar la cumbre y luego avanzar varias horas a lo largo de la cuchilla misma de las montañas, subir y bajar siguiendo ese lomo que se extendía mucho más allá, a lo lejos, cortado por las nubes, azotado por los vientos, bañado por la llovizna de las alturas, ocultado de las miradas enemigas y de la aviación por su corona blanca de vapor de agua que todos los días subía desde el fondo del valle. Manos en las armas, la procesión guerrillera se descolgó hacia Oronjoy, la comunidad

amiga que los había apoyado desde el primer momento, donde habían nacido Saturnino y Emeterio Huamán.

Esta vez contra su costumbre llegaron de día a la plaza. Encima de una pequeña ondulación del cerro, muy cerca de las alturas, se extendían los corrales, rodeados de piedras puestas una encima de otra, sin argamasa ni apoyo alguno. Las canchas estaban vacías esperando el ganado que más tarde traerían los niños desde la cumbre. Las casas, también de piedra, apenas alineadas, seguían las ondulaciones del terreno hacia abajo. Otra pequeña cancha rodeada también de un muro de piedra, hacía de local comunal. Al mismo centro del pueblo estaba el único edificio de adobe, la escuela, construida por la comunidad unos años antes, venciendo la cerrada oposición de los Bermúdez.

Los hombres se esparcieron por el pueblo sin entrar a ninguna casa. Era su costumbre visitar de día solo a los campesinos que podían ser confidentes del ejército, para ponerlos en difícil situación. Eso hicieron esta vez cuando asomaron a la puerta de Silvino Quispe, uno de los que viajó a Huanta para denunciarlos.

El rostro de Silvino asomó sonriente desde la penumbra, recortándose en la oscuridad del fondo. Su boca desdentada se expandió en un ademán solícito y sus ojos no miraron sin temor las metralletas que asomaban debajo de los ponchos de Rosendo y Calixto. ¿Qué hay Silvino? Los tres hombres se pararon a la puerta en conversación animada, mientras el resto tomaba posiciones en los puntos estratégicos del caserío. Otro grupo inspeccionaba la escuela y el local comunal, como quien no quiere la cosa. Silvino invitó huevos y papas fritas a los dos hombres, en plato de loza. Un lujo donde las gallinas eran muy escasas y sólo se usaba comer en calabazas. Verdadero manjar, servido además en forma inusual. Calixto y Rosendo comieron ávidamente, esta vez sentados encima de los troncos que Silvino tenía dentro de su casa, casi junto a la puerta. Atrás, en el fondo del cuartucho que era toda la vivienda, su mujer vigilaba sentada la olla de barro que, llena de papas, hervía encima del fogón de leña. El humo llenaba la vivienda haciendo lagrimear los ojos, pero dejaba expandirse un calor agradable, anestesiador. Todo era paz, calidez, humanidad, encima de aquellos pellejos de carnero que cubrían los troncos donde estaban sentados moviendo sus cucharas mientras hablaban.

El ensueño fue interrumpido por Toque y Atito.

—¡Calixto, Rosendo, vengan!

Unos cuantos hombres de la guerrilla se agrupaban en la puerta de la escuela. Adentro, todo era desorden. Restos de comida, mantas, latas abiertas y vacías de conserva. Allí había estado un destacamento del ejército. Calixto y Rosendo regresaron donde Quispe.

—¿Por qué no nos dijiste que el ejército ha estado aquí?

—No sabía hermanito, te juro por mi madre que no sabía. Nosotros pensamos que era gente de ustedes, porque vestían igual, también tenían ataditos y cantimploras y algunos cargaban ponchos y armas como ustedes. ¿Cómo pues íbamos a saber?

—¿Cuántos eran?

—Unos diez o doce, no más hermanito. Comieron aquí, se alojaron en la escuela. Preguntaron por los compañeros dice, después se fueron. Nos trataron bien, pagaron lo que consumieron. Fue un buen negocio para la tienda pues hermanito.

Justo a mitad del camino, cerca de la cumbre, en la subida a Pacayccasa, estaba la casa de Julio Oscco. Si uno iba de subida, llegaba allí con la lengua afuera, el corazón a punto de estallar en el prolongado esfuerzo del ascenso. Y ésta como otras veces, los hombres llegaban cansados, entrada la noche a la casa de Julio, a tomar una sopa caliente de papas, sentarse unos minutos a conversar, disfrutar del calor de la choza y preguntar por novedades. Cómo estás Julio. Cómo estás compañero. Cómo estás hermano. Los hombres se miraban en silencio, fijaban los ojos en el suelo mientras comían y decían, como se estilaba con los campesinos, frases cortas, en una austeridad de lenguaje que reflejaba lo riguroso de sus vidas. Julio vivía en las alturas y su casa, aislada en el camino a la cumbre era también expresión de su personalidad solitaria. Arañaba las papas en una pared del cerro, como esas aves que se aferran con las garras a la verticalidad del muro y tenía unos cuantos carneros arriba, muy arriba, donde las piedras se topaban con el cielo en medio del silbar del viento. A Julio le divertía esta soledad, se sentía libre y resguardado lejos del patrón, sólo le faltaba ponerse a volar por los andes.

—Hermano, el otro día estuvieron aquí los compañeros.

—¿Compañeros? ¿Qué compañeros, Julio?

—Pues no sé. Venían bien cansados, así como ustedes, con sus bultitos.

—No puede ser, hermano, sólo hemos venido nosotros, el resto del grupo anda por otros lados lejos, es imposible que hayan estado aquí. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Pues sí hermanito, te digo la verdad. Incluso se molestaron conmigo y me obligaron a prestarles mi mulo que tengo en las alturas. Eran unos compañeros bien recios, bien amargos, uno de ellos me dio unas cuantas patadas.

—Caray Julio ¿Qué estás diciendo? Nosotros no pateamos a los campesinos, somos hermanos de ustedes. Tú sabes que nunca les pedimos nada sino algo de papitas. Seríamos incapaces de pedir tu mulo y encima patearte hasta llevarte a la cumbre. No puede ser.

—Pues así fue hermano, yo pensé qué compañeros tan recios son éstos y tuve que ayudarles.

—Es el ejército, Julio, tienes que aprender a distinguir.



Los soldados derribaron a golpes el portón de la casa de los Juárez, excavaron febrilmente en todas las habitaciones, desmenuzaron los viejos colchones del entresuelo, se comieron las papas del almacén y patearon a los hermanos menores de Homero.

—¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde, carajo?

—No lo sé, no lo sé, lloraba Homero. Ha desaparecido, no lo sé. Nunca vi armas, no sé lo que son las armas.

Los soldados circulaban aplastados por la altura y la falta de oxígeno en esas lomas pobladas solamente por el silbido del viento y el ichu, donde el frío cortaba las manos y los rostros. Sus uniformes camuflados, a grandes manchas verdes y marrones, parecían ridículos sobre el color pardo monótono de la puna. Costeños, obligados a calzar pesadas botas y cargar armamento y vituallas, se morían de soroche a 4,000 metros de altura, y tiritaban dentro de las carpas cuando la tempestad azotaba por la noche la montaña de Toxamarca. Era la mayor avanzada del ejército en la exploración de esos lugares donde nunca había llegado antes la bota militar. Dentro de una de las carpas, amordazados y con las manos atadas, de bruces contra el suelo húmedo, Edwin y Homero se miraban confusos. Homero había sido capturado en el colegio de Chungui, por ser hermano de Nipi y se le acusaba por haber ayudado en el transporte de armas. Edwin fue apresado en Huanta, caminando por la calle como cualquier ciudadano pacífico. ¿Por qué precisamente él, que había enfrentado a la policía en Chungui, que tenía orden de captura hacia muchos meses, que había alojado a los guerrilleros en su fundo, optó casi por entregarse? Ahora lo lamentaba en el alma, mientras contemplaba al pequeño Homero, atado y amordazado, hecho un ovillo por el frío, aún con su uniforme de colegial. Había fallado, había sido débil y ahora lo pagaría con su vida, sin haber hecho nada notable.

La tienda se abrió de súbito y sólo tuvo tiempo para ver unas enormes botas que se aproximaban a su cabeza. Puesto de cara contra las piedras, fue nuevamente atado y amordazado, pero esta vez, además, una venda cubrió sus ojos. Sintió que la misma operación la hacían con

Homero. Pobre chico, tuvo tiempo para pensar. No se dijo ni una palabra. Fueron alzados en vilo y empujados tropezándose entre las piedras. Afuera, sólo las interjecciones y el frío siempre el frío cortante que te calaba hasta los huesos. Más empujones, voces de mando y, al final, se sintió atado de espaldas a las piedras. Oyó órdenes de agrupamiento. Estuvo en el ejército y sabía qué significaba reunir un pelotón. Es el fin, pensó. Pensó en la mujer que había dejado en Sojos, en su madre, en sus hijos. A su lado, Homero sollozaba, solo, sin la menor esperanza de salvación. Sintió las órdenes de formación, el golpe unísono de los cerrojos, el encaramiento de las armas mientras las piernas se le aflojaban y todo su ser era un solo temblor espasmódico, incontrolable. De una vez, ya, de una vez, rogó pidiendo al cielo que los segundos se acorten. Los disparos retumbaron en las punas y su eco restalló expandiéndose por las montañas. Cayó, vomitando el miedo, preguntándose porqué demonios vivía aún, sin poder ni siquiera mirar su propio cuerpo. Sólo el estallido de las carcajadas, nuevas interjecciones y golpes renovados ahora por todas partes.

—Hijo de puta. Por ahora ha sido de mentira. Maricón. Eso te pasará si no hablas. Con que ya puedes ir desembuchando.

Después de varias horas, el ensayo se repitió una vez más. Homero se limitaba a llorar. Yo no sé nada señor, pueden matarme, pero yo no sé nada. A lo lejos descubrió la silueta de Pánfilo Cuadros que era sacado a golpes de otra carpa.



Ya se había avanzado bastante cuando cayó Edwin García en tus manos. Fue, Faustino, una captura providencial. Claro, hubo que presionarlo algo, aplicar con él los métodos que sólo eran conocidos por las tropas de élite. Interrogatorio de estudio. Encerrarlo varias semanas, observar su carácter, sus debilidades, buscar el flanco por el cual se podía atacar con mayor eficacia esa personalidad temerosa y débil.

—Habla, es mejor para ti Edwin, no seas tonto, el heroísmo no existe, nadie resiste a la tortura. Recuerda, en cualquier momento podemos tener a tu mujer con nosotros. ¿Te gustaría sentirla gritar ahí nomás en el cuarto del lado? Vamos, dinos ¿Quiénes son? ¿Cuántos son?

La luz tenue en ese cuartucho, en algún pueblo de la provincia de Huanta, iluminaba el rostro desencajado del prisionero. Nuevos golpes aplicados por un hombre experto, la técnica del dolor, el ablandamiento

físico del cautivo en apoyo de su quiebra psicológica, la fijación de su soledad indefensa, juguete a merced de sus captores.

—Edwin, no nos obligues a hacer esto. Si nos dices todo, si colaboras con nosotros, serás libre. Piensa en tu mujer y tus hijos. Piensa en tu madre. ¿Qué armas tienen? ¿Qué te dijeron? ¿De dónde vienen?

El látigo y la zanahoria, el premio y el castigo, la promesa del respeto a la vida o la muerte en un sótano cualquiera, con tu humanidad desarmada por los golpes y tu conciencia aplastada por el remordimiento.

—Inexplicable, Edwin ¿cómo tú, propietario, joven, con todo un futuro por delante, te has prestado a colaborar con esos individuos fuera de la ley que estaban dispuestos a quitarte tu fundo y los bienes de tu propia madre?

—Has sido nada menos que gobernador de la comunidad y has conocido personalmente a todo el grupo, los has tenido alojados en tu propio fundo, no nos vas a engañar.

Hubo que interrogarlo en San Miguel, en Huanta, en el Cusco, de cuartel en cuartel. Realmente, había cosas que no le entraban en la cabeza.

—Sí, los conozco, paren ya, los conozco, pero no sé sus nombres.

—Dinos aunque sea los seudónimos y te dejamos tranquilo.

—Calixto, Raúl Cali, Moisés Valiente, Jorge, el armero.

—Sigue. Sigue.

—Paúl Conti, el ladrón. Atito. Capa. Hernán, el pobre obrero. Eduardo Cuya.

—Reconócelos en las fotos ¿Son éstos? ¿Quiénes colaboran, quiénes?

Pudo tenerlo prisionero, hacerlo hablar, domesticarlo. Fue un éxito profesional. Incluso lo convirtió en guía para que les enseñe el camino hasta los primeros refugios guerrilleros. Era una tarea sucia pero era también, vamos, su deber militar. Destruir primero al prisionero, física y moralmente, ponerlo frente a la muerte y luego prometerle la vida a cambio de información. Es curioso Aguilar, cómo nos aferramos a la vida, cómo nos arrastramos para poder estar en este mundo unos cochinos años más. Este muchacho García ha sufrido lo suyo, nos ha guiado por estas endiabladas montañas. Claro, sólo encontraron unas pocas armas y algo de munición; pero lo más importante, lo más valioso, ya lo tenía en la mano. Las descripciones, el número de cuántos eran, los sobrenombres, los nombres de algunos colaboradores. Empezó a tener simpatía a ese muchacho agringado, temeroso, quebrado por la tortura, por la falta de sueño, por el terror a la muerte, convertido en un guiñapo después de tantos golpes.

—Verás Edwin, sólo te pedimos un último favor. Tienes que guiarnos a Sojos, necesitamos encontrar esas armas que dices. Es lo último, después quedarás libre.



Homero pasó muchos días en ese campamento hasta que lo obligaron a cargar unas mulas con destino a Retama, acompañando a una columna de soldados. Se transformó poco a poco en sirviente de la tropa haciendo de muchacho de los mandados, hasta que al fin lo llevaron a San Miguel. Nunca más supo de Edwin, a quien dejó todavía en ese campamento donde sintió tres veces la muerte asomarse a su cuerpo.

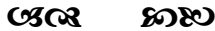
—Coronel, si me permite quiero hablar con usted. Usted sabe que nada me une a esta gente y que incluso Edwin García tiene una cuenta pendiente conmigo por lo de la asonada de Chungui en que logró desarmarme apoyado por una poblada. Yo, por serenidad, y para evitar hechos de sangre que habrían comprometido a mi institución, no respondí aquella vez ni caí en su provocación. Pero mire mi coronel, yo sé que usted lo tiene preso. Me lo ha dicho su madre. Es una buena señora que ha venido a llorarme a mi oficina. Como le digo nada me une a él, por si acaso. Sólo pienso en su señora madre. Y pienso también en la mía. Usted sabe mi coronel, usted me comprende. Nosotros, usted y yo, somos militares y somos hombres. Claro, yo estoy en la guardia civil, pero al final, todos somos militares, usted y yo. Pues bien, si me permite decirle mi coronel, yo supongo que lo están interrogando. Y, bueno, usted me comprende, hay métodos especiales que pueden estarle aplicando. En resumen mi coronel, quiero ir al grano. A su señora madre le preocupa su vida, ¿me comprende? Que esté preso ese cabrón, santo y bueno, finalmente se la merece. Pero no vaya a ser que... Usted me comprende mi coronel. Y disculpe la impertinencia.

—Vaya sin cuidado, capitán Reyes. Nada le va a pasar a ese García. Sí, claro, lo estamos interrogando como tiene que ser. Usted es militar como yo y sabe que necesitamos información, pero eso es para usted nomás. No se lo vaya a decir a la señora esa. Su cabeza capitán está de por medio. Es un secreto de guerra. Yo no me puedo andar con blanduras, capitán. Usted, como yo, sabe que los militares no podemos ser unas madres, sino el personal civil se nos trepa encima. Pero no se preocupe, nada le pasará al sujeto ese. Tranquilice a esa señora como si fuera cosa suya, pero su deber es no darle ninguna información adicional. Ninguna. ¿Estamos claros?

Pero no se le podía dejar vivir. Si viviese nos denunciaría, desprestigaría al ejército y usaría la democracia en su favor para pedir reparación.

Días más tarde, Aguilar escuchó su propia voz decir maquinal:

—Elimine al prisionero, es una orden de la superioridad. Y ya lo sabe, es un operativo de extremo secreto, su cabeza de por medio. El cadáver debe desaparecer. Usted no lo vio, yo no lo vi, nadie lo conoce, nunca estuvo aquí.



Rápido, eficiente, formado para marchar hacia su objetivo como un pequeño tractor, Aguilar fue atando cabos. Estableció comunicación permanente, secreta, con la guardia civil de Ayacucho, a través de sus propios hombres. No se podía confiar de los guardias civiles. Eran flojos, lentos, no tenían entrenamiento militar y menos educación para la inteligencia, pero tenían la obligación de pasarle cualquier dato sospechoso, o de transferirle a cualquier prisionero importante. Igual hizo con el Departamento de Seguridad del Estado. Sus hombres hablaron con las autoridades de Chungui, que llegaron a denunciar la presencia de elementos extraños en su comunidad. Lograron una descripción detallada de los individuos que los comuneros pudieron ver. Levantaron un croquis de toda la provincia, con designación de los fundos que habían sido atacados o visitados por los guerrilleros. Establecieron quiénes podían ser los amigos o colaboradores de los subversivos en cada lugar. Costó muchas semanas hacerlo, amenazas a los débiles, prisiones cortas, dinero a los confidentes, torturas de vez en cuando a los recalcitrantes. Pero valió la pena.

—Porque entonces nosotros, que defendemos el orden y la propiedad de su propia familia, resultaríamos siendo los criminales. Hay cosas que no se puede explicar a la opinión pública ni al gobierno. Los políticos siempre quieren la mesa servida, todo bueno, han negado que hay guerrillas y ahora quieren que desaparezcan sin que corra la sangre, como si los guerrilleros no disparasen también y como si las balas corriesen en una sola dirección. Y la ciudadanía no entiende. Pero la guerra es así. Si no la haces, te la hacen. El deber es primero. Hay que ensuciarse las manos Aguilar, como los médicos para curar a los enfermos. Quien tiene cargos de conciencia, pierde. O los matas o te matan. Matar o vivir, ésa es la cuestión.

Y casi lamentó el fusilamiento y entierro clandestino de Edwin García en una remota quebrada de Sojos.

XI

Golpe de xilófono y empieza el «jingle»:/No se olvide/ Mejor/Mejora/ Mejoral/Péinese usted con Glostora/con Glostora y nada más/glostorando su cabello/bien peinado quedará/ Termina el «jingle» y se mezcla con una cortina de fondo con la marcha de la marina de los Estados Unidos/ LOCUTOR (CON VOZ SOLEMNE Y ENGOLADA): Amigos oyentes escuchen, escuchen la noticia con la que abrimos nuestro informativo de esta mañana: ha muerto el bandolero extremista Luis de la Puente en Mesa Pedada. El guerrillero comunista de la Puente fue sorprendido en Aymabamba, un apartado paraje de las selvas del Cusco, cuando intentaba fugar de las fuerzas del orden/cortina de fondo que va bajando hasta desaparecer y mezclarse con el himno de las Américas/ PAUSA DEL LOCUTOR PARA TOMAR AIRE Y AHORA EL COMENTARIO: Es lamentable amigos oyentes, así acaban estas aventuras promovidas por las potencias comunistas enemigas de nuestro país. El subversivo ha perecido junto con gran parte de su guerrilla, según informa nuestro corresponsal en el Cusco/ SIGUEN DETALLES, NUEVA CORTINA MUSICAL/ Felicitamos a nuestros valientes soldados. Esta nueva derrota de los guerrilleros enemigos del orden y la propiedad, se suma a la muerte de Guillermo Lobatón en el Obentení y la captura de Máximo Velando en Puerto Bermúdez hace pocas semanas, como informamos oportunamente, y demuestra que los bandoleros comunistas armados por Cuba y China tienen sus días contados y nuestra Patria está a salvo una vez más del peligro rojo gracias al heroísmo de nuestras Fuerzas Armadas a las que rendimos nuestro homenaje.

El receptor portátil de ocho bandas a pilas era el único vínculo entre los alzados y el mundo urbano. La estática dejaba oír apenas la voz lejana del locutor, allá en Lima, leyendo los diarios de la mañana entre avisos y avisos y entonando, con solemnidad engolada, las noticias de primera plana.

¿Pura desinformación del enemigo? Ese tipo de noticias, con frecuencia falsas, eran parte de la guerra. Pero ¿y si era cierto? No tenían cómo confirmarlo. Si el ejército había terminado con el MIR, podían estar viniendo sobre ellos.

Hernán se levantó de mala gana y empezó a desarmar la hama-ca en que durmió solo dos horas, después de caminar toda la noche. Más abajo, Atito hacía lo mismo, mientras Pareja regresaba abriéndose

paso entre los árboles luego de haber cumplido su turno de centinela. Estaban en Tincoj, las lomas que miran al río Apurímac. Al fondo de esos abismos verdes, el gran reptil marrón discurría buscando las inmensidades de la selva. Era época de lluvias y aguas crecidas, cuando el cielo se desploma en chubascos y las corrientes de líquido crecen y se hinchan, precipitándose pendiente abajo y los troncos respiran humedad y el colchón de hojas del suelo se vuelve un colchón de agua.

El grupo se desperezaba en un solo bostezo, destemplados los músculos, el frío congelando su sangre. Arriba, en la casa, otro grupo preparaba agua caliente para salir de ese marasmo.

Calixto los convocó.

—Es conveniente cambiar a la otra orilla del Apurímac, porque el ejército podría buscarnos en este lado. Si logramos pasar el río los dejaremos tirando cintura.

—Habrà que construir una balsa para pasar de noche. Dijo Hernán.

—Yo puedo construir la balsa, compañero. Alzó la mano Nemesio Junco, el balseiro. Es fácil, podemos juntar buenos troncos ahí abajo, también hay cahuilla, tenemos todo.

—¿Lo harás, Nemesio?

El viejo indio asintió contento, una sola pieza de bronce oscuro sobre esas ojotas macizas.

—Una vez que estemos al frente podremos tomar Osambre y liberar a los campas, dijo Pareja.

—Pobres campitas, comentó Nemesio. Los viajeros me han dicho que ese desgraciado del Verge los tiene como esclavos.

Cúyac intervino.

—Cali, como hay que reforzar la guerrilla podemos dividirnos en tres grupos. Yo puedo ir a Chinchibamba a recoger los compañeros que prometieron unirse a nosotros. Otros construirían la balsa. Tú y Edgardo deberían observar la otra banda. El resto que espere aquí porque bien se merecen un descanso.

Calixto aceptó y miró a Edgardo de soslayo. Edgardo se unió al grupo cuando estaban en Sojos, el fundo de Edwin García. Amigo de infancia de Edwin, era maestro rural y profesor de la escuela primaria de aplicación de la Universidad de Ayacucho. Era admirador de Abimael Guzmán, y activo militante del Partido Comunista de Ayacucho. No le tenían mucha confianza y el conjunto lo observaba día y noche sin que él se dé cuenta.

Cuando el grupo estuvo de acuerdo, Calixto y Edgardo partieron cargando sus carabinas, caminaron unos treinta minutos y subieron hasta la cima del montículo para observar con prismáticos a Osambre, la hacienda donde el yugoeslavo Verge tenía concentrados en campamentos a varios cientos de indios campas, separando los hombres de las mujeres, según él a la manera bíblica, bajo la vigilancia de su gente de confianza. Su mujer, una india campá también, estaba condenada por la uta que le carcomía el rostro y las extremidades. Desde la segunda guerra mundial, Verge vivía allí, refugiado sabe Dios de qué persecuciones, dueño absoluto de un reino de trabajo forzado creado por él, donde cualquier intento de fuga se pagaba con la muerte. Hubo denuncias contra sus crímenes, pero cuando la policía llegaba a su fundo no podía identificarlo porque se mimetizaba en el conjunto de campas vistiendo túnica como ellos, tal como hacía cada vez que pasaba gente extraña. En las primeras exploraciones un año antes, Julio Dagnino y Andrés Mamani habían pasado por el fundo disfrazados de comerciantes viajeros y pudieron conocer a su mujer mientras seguramente él los observaba desde algún lugar escondido.

La vida era una rutina aburridora, la atmósfera pesaba gris y húmeda, nada se movía como si el mundo fuese un solo plomo. En la casa, empezaron a preparar sus bultos para que cada quien inicie el desplazamiento convenido.

Por el monte caminaban, uno detrás de otro, Hugo el ladroncito, Cúyac el poeta y Rosendo el viejo. La senda fácil corría paralela a uno de los afluentes del gran río, unos doscientos metros de altura sobre la corriente de agua. Sólo bordear un largo trecho de lomas por el sendero cómodo y estarían en Chinchibamba, bajo esos ranchos amables rodeados de platanales, con sus barbacoas invitando al sueño. Rosendo, cojeabas algo. No te sentaba bien esa vida tan dura, pero apretabas los labios y ocultabas tu malestar, los pómulos amarillentos salientes por el hambre, los labios perdidos en una línea delgada, las canas precoces cayéndote encima de la frente trapezoidal ampliada por la calvicie, puro orgullo de no parecer un hombre débil ante esos muchachos que se reían de tu presunta vejez prematura. Como de costumbre Cúyac adelante, pasos largos y firmes, encorvado como ave que avizora el horizonte, la M1 atravesada sobre la espalda oscurecida por el sudor, el pelo cortito y crespo brillante de transpiración. Advertir a los amigos que el ejército se aproximaba aunque ellos no lo sabían a ciencia cierta, decirles que huyan a las alturas o se incorporen a la guerrilla, llamarlos a salvarse hermanos antes que el enemigo nos destruya. El camino se abría por partes, bordeando el costado del cerro cubierto de vegetación. Hicieron muchas veces esta senda que llevaba desde las selvas de Chapi a Chinchibamba, donde de vez en cuando asomaba allá a lo lejos una choza de palma rodeada por pequeños platanales, una calamina brillando con

luz azulada, una columna de humo elevándose hacia el cielo. Hollada por las primeras heridas de la colonización, aquí se tendía el manto verde que mostraba a veces la presencia del hombre, al fondo las infinitas montañas vírgenes.

La ráfaga partió el aire en dos y Cúyac se desplomó de bruces. Rosendo y Hugo saltaron hacia el monte y dispararon al mismo tiempo. Cayó un soldado herido de muerte. Hugo perdió pie y desapareció en la profundidad de la pendiente. Las balas cruzaban enloquecidas de todos lados encima de los dos cadáveres, sin que nadie supiera de dónde venían, mientras Rosendo y la columna de soldados, se cubrían dentro de la selva. Cercado entre el camino y la pendiente, Rosendo trató de escapar haciendo disparos intermitentes para ahorrar munición y Hugo hizo lo mismo detrás. Toda fantasmas la espesura, ráfagas de muerte desde cualquier lado, la cesación de tu vida acechando cada movimiento, cada respiración. No te muevas, sé inerte, hazte tronco, hoja, piérdete en el aire, esfúmate, desaparece, espera. No tiembles. Vete con el viento. No te mueras, vive. Piensa. Recuerda, romper el contacto, disparar sólo tiro por tiro, ahorrar munición, escapar a saltos, desaparecer en el monte sin perder la organización, de eso depende tu vida. Pero no era fácil romper el contacto. Jauría persiguiendo su presa, cincuenta hombres se lanzaron tras ellos disparando sin cesar. Nadie supo nunca quién había muerto primero, quién había trastabillado, quién se arrastró mal herido por el monte, quién sintió irsele la vida respirando a pocos, de bruces sobre las hojas y las hormigas como un tronco más, caído a través de la selva. Nadie supo si los moribundos pensaron en la familia o los compañeros, si se quejaron de angustia o lloraron la amargura del abandono. Solo el silencio delató sus municiones agotadas, su impotencia para seguir disparando mientras la muerte se acercaba.



En la casa, Paulino lloró de dolor implorando perdón cuando le clavaron la bayoneta en la garganta, mientras su mujer y sus hijos huían despavoridos. Sí, papay. Ya no, por favor, ya no papay. Paulino corría sangrando, dando tumbos, cayendo y levantándose delante de la tropa, en dirección de la choza donde estaban los guerrilleros. Al verlos llegar, Valiente se lanzó resbalando cuesta abajo, las balas rociándole encima de la cabeza, mientras el bulto que cargaba a la espalda se iba deshaciendo detrás de él. Pareja se echó a disparar como un loco contra la mancha de soldados. Hernán rodó monte abajo sintiendo que su cabeza daba tumbos contra los troncos.

Calixto y Edgardo retornaron como a las cinco de la tarde. Todo quieto, tranquilo, sólo esos loros armando escándalo regresaban a sus nidos. Entraron a la casa, no había nadie y afuera se escuchaba el zumbido intermitente de los insectos. Al fondo, al rincón, una olla de barro llena de excremento humano saltó a sus ojos como un relámpago indicando que ese alguien no era ni guerrillero ni campesino. Entre los soldados, era un signo supersticioso defecar en las ollas del enemigo para proteger la vida. Corrieron a esconderse en el monte. Oscurecía y empezó a llover. Exploraron la oscuridad traspasados por el agua, haciendo círculos en la selva. Abajo, regadas en la pendiente, estaban las cosas de Valiente y sus huellas abrían un camino resbalado en el barro rojo. Siguieron arrastrándose y haciendo círculos, hasta dormirse en el agotamiento.

—¡Hermanito, Hermanito, han matado a los compañeros, se lo han llevado al Paulino! les dijo al día siguiente su mujer, hundiéndose en sollozos interminables.

Corrieron de nuevo al monte. Arriba merodeaban los buitres. Buscaron, buscaron febrilmente todo el día, hasta que al final, fuera del camino, rodeado por los zumbidos de moscas azules, descubrieron de bruces el cadáver de Cúyac, atravesado por la metralla, con el rostro contra el suelo, vistiendo aquella camisa de camuflaje que compró en el mercado negro de La Paz. No pensé, lo juro, no me emocioné, ni siquiera el miedo me hizo temblar. Simplemente comprobé un hecho. Ahora que han pasado tantos años digo: ¿cómo ello fue posible? ¿Qué extraña amalgama se había endurecido dentro de mí haciéndome resistente a las impresiones de la muerte? La indiferencia protegía, como una gruesa cáscara, mi propio dolor. La muerte ya no me sorprendía, era igual que esa vida transcurriendo en la selva, igual que esa paz, ese silencio, ese rumor lejano del río que continuaba su curso como si nada hubiera sucedido.

Se habían llevado su arma, pero estaba intacto el cuerpo allí, de bruces, de espaldas a mis ojos. En el bolsillo de la camisa, junto al corazón, un pequeño libro con los manuscritos filosóficos de Marx, que yo también había leído, estaba atravesado por una bala. Lo abrí: «El combate o la muerte, la lucha sanguinaria o la nada. De esta manera se halla invenciblemente planteada la cuestión». Lo puse en el bolsillo de mi camisa. Una parte de él quedaba atada a la vida que seguía.

—Calixto, eres bueno para sufrir, dijo Edgardo.

Arrastramos el cuerpo y lo enterramos a flor de tierra ayudados sólo por nuestras manos y bayonetas. Las montañas de Tincoj acogieron su cadáver sepultado a medias y la lluvia lavó, persistente, la sangre derramada, reemplazando las lágrimas que no podíamos verter. Su vocación era amar y escribir poemas. Quería ser libre, componer versos, leer a Saint John Perse, a Joyce o Eliot, mientras amaba o se dejaba amar por una dulce compañera que él mismo rodeaba con su imaginación.

Descubridor de imprevistas realidades poéticas, explorador, enfermero improvisado, maestro de campesinos, soñador, caminante, todo bueno, todo amor, Cúyac, el que ama, el nombre que él escogió acabó siendo finalmente el resumen de su vida.

En semicírculo silencioso junto al río, hombres y mujeres dirigían sus ojos hacia un solo lugar. De vez en cuando una mujer arriesgaba un sollozo a media voz mientras sus pechos subían y bajaban en agitación acompasada que, a veces, aceleraba su frecuencia. Detrás del corro, una hilera de hombres con uniformes de grandes manchas verdes y marrones dirigía sus armas al círculo aterrorizado. Notable la diferencia entre los hombres armados, corpulentos, alta estatura, equipados con ropa de combate y metralletas negras, y los del corro, bajos, ropas delgadas, ennegrecidas o agrisadas por el uso, pobladas de remiendos de colores indefinibles homogenizados por el tiempo. Serios y mudos, algunos niños descalzos miraban fascinados la escena pegándose a las polleras de sus madres.

Al centro, otros cuatro soldados armados oprimían a un hombre contra el suelo. Tenía las manos aseguradas a la espalda por grillettes, pero no en la posición natural. El brazo izquierdo estaba fijo en ángulo detrás de la espalda, mientras el derecho se levantaba sobre el hombro y caía también hacia la espalda en una torsión difícil que le hacía inclinar la cabeza hacia un costado. El hombre tenía puesta una especie de capucha. Los soldados le ataron los tobillos con una gruesa sogá y la amarraron con varios nudos. Todos vestían igual y no se podía distinguir a los que mandaban, sino por el rol que asumían de vez en cuando dentro del grupo. Cuando terminaron su tarea, dos soldados levantaron al hombre del suelo y se metieron a la corriente de agua cargándolo como si se tratase de un bulto rígido. El agua estalló en sus botas haciéndolas brillar y humedeció incluso sus pantalones, ennegreciéndolos en grandes manchas. Entonces el tercer hombre se adelantó y sumergió la cabeza encapuchada en el agua, manteniéndola así varios segundos, hasta que el cuerpo amarrado empezó a violentarse en convulsiones.

—Vas a hablar desgraciado. ¿Cuántos eran? ¿Por dónde fueron?

Cortante como chuchillo resonó la voz del cuarto hombre. Algunas mujeres del grupo levantaron sus voces en un largo lamento pero callaron después. El corro se agitó, pero los soldados armados lo mantuvieron a raya a empujones y golpes de culata. Los del río volvieron a introducir a su prisionero en el agua y repitieron la operación una vez más.

—Miren bien, recuerden hijos de puta, cabrones, indios de mierda malditos, eso espera a los que colaboran con los guerrilleros.

Esta vez el que mandaba a los del río se dirigía al grupo de campesinos sin compadecerse de sus rostros aterrados. No se podía ver los

rasgos de su cara embadurnada de betún protegida por la sombra de su gorra y visera. La operación fue repetida varias veces. El grupo no podía escuchar las palabras del amarrado, sino solamente sus gemidos, cuyo sonido llegaba hasta ellos atenuado por la capucha y el ruido del río. Nunca supieron qué dijo el encapuchado. Sólo pudieron ver que era arrastrado hacia una casa donde se arremolinaban otros soldados. Nadie pudo recordar tampoco cuánto duró aquél interrogatorio público, porque el terror les había impedido calcular el tiempo. Chinchibamba nunca había visto una escena así, fantasmagórica, con esos hombres-máquinas de muerte. Siempre, desde el comienzo del tiempo, habían sido comuneros libres, sin otro límite en ese lugar que la inmensidad de la selva o las alturas de la puna, sin más fronteras que el vuelo de su propia orgullosa voluntad. Nunca habían visto tantos seres armados, tan amenazadores, crueles, sobrehumanos e inhumanos a la vez, hombres y bestias, hombres—bestias, azote despiadado de alguna fuerza extraña y lejana, castigo por culpas tal vez cometidas, venganza terrible de los tiempos que nunca terminaba.



Bajos, juntos, entrelazados a veces, los árboles los rodeaban como una envolvente capa protectora. La floresta era hermana de la noche, testigo mudo de la persecución y de la fuga. Calixto iba detrás, a gatas, tratando de no perder de vista la difícil sombra de su compañero, apenas entrevista en la oscuridad cerrada. La loma se extendía interminable delante de ellos, en una pendiente vertiginosa. De vez en cuando escuchaban quietos, las voces de los soldados. Voces anónimas, desprendidas de cuerpos invisibles, ignorantes de la cercanía de otros seres, otras sombras. Allí estaban pues, olor cálido adivinándose en las tinieblas como peligro palpitante de muerte.

Mientras los soldados descansaban, ellos avanzaban en sentido contrario, casi rozando sus cuerpos en su marcha a través de la oscuridad. De noche caminata, de día descanso, el tiempo transcurrió como un suspenso extremo. Había que cruzar arroyos, cubrirse precariamente de la lluvia incansable en aquellas noches de enero, seguir y seguir con una constancia que sería premiada algún día con el ansiado refugio.

Al final, luego de quince noches de camino, llegaron al refugio. Perdido entre las montañas, aquél pequeño punto escondido debajo de las copas de los árboles guardaba algo de alimento. Quedaba detrás de

una loma de Chinchibamba y lo señalaron varios meses antes, como un punto al que se podía recurrir cuando la guerrilla se encontrase en apuros. A él se llegaba bordeando las pendientes, caminando con gran dificultad por la parte media de aquellas paredes a las que se aferraban altos árboles. Enterrados en el refugio había carne seca, chancaca y sal en buena cantidad. Un pequeño manantial que después desaparecía entre las piedras y las raíces, aseguraba constante provisión de agua.

Edgardo y Calixto llegaron hambrientos y agotados por la caminata. Era la navidad de 1965; el resto del grupo, como ellos, estaría fugitivo en algún lugar de esos extensos parajes.

—Esperemos aquí dijo Edgardo; ellos deben venir. Comeremos algo y descansaremos.

Presurosos aunque vencidos por el agotamiento, no tardaron en ubicar el lugar del entierro. Bajo un colchón de hojas húmedas, fueron escarbando poco a poco la tierra con sus bayonetas. Les costó horas remover esa tierra húmeda, arañando y arañando, rompiendo con sus manos sangrantes las raíces que se habían formado en el lugar.

—Esto es como si escarbáramos en nuestros recuerdos. Dijo Calixto, cubriéndose manos y rostro con ese barro espeso y negro que le llenaba los labios y terminaba llegando hasta sus entrañas con su sabor salobre.

A unos dos metros de profundidad estaba el tesoro. Unos costales de yute, plásticos, carne seca, y hasta algunas latas de leche condensada. Todo un festín. Como no se podía hacer fuego, devoraron su ración semicruda.

—Apenas podamos deberíamos buscar a los comuneros, dijo Calixto. Ellos deben tener noticias de lo que ha pasado.

A lo lejos, el ruido de un hacha partiendo leña delataba presencia humana. ¿Serían campesinos o gente del ejército? La incógnita permanecía en sus mentes cuando dormían por turnos.

Fueron horas largas y tristes. Silenciosos hasta la hostilidad mutua, ambos pensaban en la suerte de los demás, en el súbito e imprevisto curso que tomaron los acontecimientos y en lo que era posible y aconsejable hacer en tales circunstancias.

Al amanecer, se deslizaron por el bosque. Había que hacerlo con lentitud, borrando una a una las huellas de cada paso, pero retrocediendo cada cierto tiempo para fijar en la memoria los puntos de referencia que harían posible el camino de regreso hasta el refugio. De nuevo la caminata duró casi todo el día. Cerca de los caseríos de Chinchibamba, los dos fugitivos se escondieron esperando la noche. La lluvia se desató otra vez y los hizo refugiarse cubriéndose a duras

penas con sus plásticos. Habría que esperar así toda la noche, encogidos por el frío y la humedad, para buscar a los campesinos que habían conocido algunos meses antes.

Las primeras luces de un nuevo día se filtraban por los árboles cuando bajaron hacia el poblado. Chinchibamba era un amplio claro, una pequeña planicie rodeada de lomas y monte, en la cual se esparcían unas cuantas casas hechas de troncos con techos de palma. Plantas de plátano y pequeños yucales rodeaban las casas y más allá, en las laderas, se guarecían los cafetos bajo la sombra de los árboles.

Así conocieron Chinchibamba en el pasado, cuando la visitaban con la guerrilla. Pero ahora las casas estaban en el suelo, destruidas, rodeadas de amplios espacios quemados. Nada recordaba la Chinchibamba de otros tiempos, aquel paraje selvático lleno de paz, donde encontraron amigos y colaboradores. Ahora había un pesado silencio y una atmósfera extraña.

Tuvieron que esperar de nuevo a que pase el día.

Avanzaron poco a poco, tratando de confundirse con cada arbusto. La vegetación protegía las sendas que, cual rectas y planas calles de una ciudad, llegaban a las chozas. Por allí se podía caminar cómodamente, pero la muerte podía acechar cada paso.

Al fin llegaron a la casa de Domingo Valencia. Unos troncos blanquecinos tirados en el suelo, muchas cosas en desorden y en un ángulo al fondo, el propio Domingo encendía el fuego. Era casi el atardecer y bandadas de loros atronaban el espacio con sus chillidos, volando encima del caserío.

Domingo era joven, flaco y enjuto pero a la vez duro y fibroso. Sobrino de los Plasencia, había crecido bajo su protección durante su difícil infancia de huérfano. Siempre había mirado a los guerrilleros de lejos, sin comprometerse, pero con callado respeto. Aquella tarde estaba solo. Su delgada figura se inclinaba sobre los leños, cuando dio un salto al percatarse de la presencia de Calixto y Edgardo.

—¡Papay, vete, vete papay, te van a matar!, gimió.

Muchos, muchos soldados. Invadieron el pueblo, apresaron a los tíos y a varios campesinos más. Nadie pudo escapar. Los metían de cabeza en el río hasta ahogarlos para que dijeran dónde estaban los guerrilleros. Miraban, hasta olían el suelo, examinaban todas las cosas, una por una. Si había huellas de zapatos, se metían a la chacra y buscaban. O quemaban toda la chacra. A veces se confundían con sus propias huellas. Después se llevaron a los presos y nadie sabía nada más. Toda la gente huyó. Las casas de los colaboradores de la guerrilla fueron quemadas. Todo fue rápido, fulminante. También los soldados parecían asustados y querían terminar todo de una vez. El huracán había pasado, y ahora sólo quedaban las ruinas de Chinchibamba.

—Por eso hermanito, papay, debes irte. Mira Calixto lo que nos has traído. Yo no te conozco. ¡Vete, vete, papay! ¡Vete de una vez! ¡Ya no quiero verte!



Hernán corrió, corrió sin ver los árboles que se le cruzaban en el camino, las lianas que se le adherían al cuello, sin sentir sus propios pies enredándose entre las raíces y los arbustos. Corrió desalado hacia abajo, siempre hacia abajo, sintiendo atrás la percusión de los disparos y encima el silbido del plomo. Inclino instintivamente su cuerpo doblando la cintura hasta tocar casi el suelo con la cabeza y las manos. Hizo una carrera de zigzag como en las películas, mientras las voces y las interjecciones le seguían desde allá arriba. Nunca en su vida habría pensado correr así, tan rápido. No paró hasta sentirse fuera del alcance de las voces y se dio cuenta, sorprendido, que ya no tenía balas encima y las voces habían desaparecido. Recién entonces se percató de que estaba solo. Trató de orientarse en ese enredo de barro, ramas y árboles, apenas si podía ver a un metro de distancia, donde uno tenía que hacer equilibrios para mantenerse de pie por lo violento de la pendiente. Estoy bajando a los infiernos, dijo para sí. Ensayó quedarse quieto un buen rato, esperando algún sonido humano y familiar. Pero todo había cesado como por encanto, las carreras, los carajos, las balas, las voces mismas de los seres humanos. Sólo la selva, la selva infinita, le respondía con sus graznidos cadenciosos, el ulular de algo o alguien a lo lejos o el zumbido más cercano de los insectos. Volvió sobre sus propios pasos, pero apenas pudo llegar hasta un lugar en que todo desaparecía y aparentaba perderse. ¿Qué había pasado? ¿Por qué una fuga tan precipitada no dejó ninguna huella en el monte? Una oleada de pánico le subió desde las entrañas haciéndole pensar por primera vez que estaba perdido, sin brújula, sin orientación posible, mientras la noche y la lluvia caían sobre su cabeza, aumentando esa terrible sensación de soledad irreparable que invadía todo su cuerpo. Se encogió asustado y dejó que el agua, al deslizarse sobre su piel, le haga sus propios arroyuelos, ríos y canales, hasta empapararlo por completo. Se acurrucó junto a un árbol, contando minuto a minuto la noche interminable.

—Soy mi propio fantasma, pensó para sí, examinándose sin mochila, sin plástico, con las botas ya podridas por las caminatas anteriores.

Sólo quedaba esperar al día siguiente. Cuando apenas se vislumbraba esa luz azulada que sólo puede verse en la selva al amanecer, ensayó subir a un árbol para tener una visión de su ubicación. Sólo el gran

manto verde, moteado por millones de copas de árboles, se extendía a su vista, como un mapa irónico que se negaba a ser leído. Era igual que nada y era más lamentable el trabajo que le había costado subir arañándose y desgarrándose aún más las ropas ya podridas. ¿Gritar? Podía ser escuchado por los soldados. Pero ¿qué fue de ellos? Sonámbulo esperando que la suerte lo guiase hacia algún lugar conocido, ansiando encontrarse de pronto con algo o alguien que le permitiese ubicarse o quizá con los compañeros. Volvió sobre sus pasos y empezó el ascenso dificultoso buscando la cumbre de aquel cerro sin fin. ¿Habría cumbre acaso? Caminó y caminó, indagando sendas que no aparecían, árboles conocidos que se le escapaban, señales que se esfumaban, escalando desfalleciente aquellas raíces que se retorcían en el cerro como garras de un ave inmensa. Siempre fui un aventurero, pensó. Recordó sus días de dirigente sindical, cuando sublevaba a los obreros de Cachimayo contra los patrones italianos. ¿Cómo es posible señor que no haya botas ni máscaras de seguridad? ¿Cuándo pagarán a los trabajadores sus horas extras? ¿Cuándo entenderán ustedes los capitalistas que su destino está marcado por la extinción y que más les vale respetar a los proletarios organizados? Se rió de sí mismo. Esas eran cojudeces. Proletarios del mundo, uníos. Proletario, hermano, el mundo será nuestro. Y ya no habrá miseria Lucho Zapata. Y Delia y nuestros hijos tendrán pan todos los días. Y ya no estaré marcado por los patrones, condenado a la desocupación. Y ya no tendré que salir todos los días a buscar qué comer para los chicos. Recordó sus viajes a provincias como torero de plazas pobres, donde los indios borrachos protestaban o lo aplaudían mientras él encaraba a la bestia ajustado en su traje de luces. Señor, lo siento, pedí el almuerzo, me lo comí, pero no tenía con qué pagar. ¿Qué va a hacer usted? Yo no soy un ladrón, sólo soy un hombre que no tiene trabajo y quiere comer. O sus días en el partido, su encuentro con esa teoría y esa doctrina que abrazó como una verdadera fe religiosa, a la que se entregaron él y toda su familia, buscando una salvación eterna en este mundo, para todos, inclusive para los pecadores. Así se templó el acero, en mil combates. Ahora sí que soy un pobre obrero perdido pensó, volviendo a reirse de sí mismo. ¿Cuántos días pasaron? Nunca lo supo. Perdió la cuenta de los días, de las noches, del frío y del hambre. Perdió la razón, hablando en voz alta consigo mismo, dialogando a solas, Lucho y Hernán, Hernán y Lucho, comido por las hormigas y los mosquitos, lacerada la piel y debilitada el alma.

Se despidieron de Domingo y dejaron aquella casa en ruinas sin cruzar palabra. Apresurados, emprendieron el camino de regreso. Había que ganar el monte antes que alguien pudiera verlos. Aquella noche llovió una vez más y no pudieron avanzar dentro de la selva. Tuvieron que conformarse con sentarse, a unos cinco metros de distancia uno de otro, debajo de los árboles más grandes, para cubrirse del agua que circulaba a chorros incontenibles por sus cabellos, debajo de sus camisas y pan-

talones. La negrura era impenetrable. Cada uno estaba sumido en sus cavilaciones, en cucullas, la cabeza inclinada encima de las rodillas, cubierto por su plástico verde, dormitando a ratos y sintiendo que el tiempo pasaba al ritmo de las gotas que sonaban intermitentes sobre las hojas.

Al fin la lluvia fue cesando a pausas, como una máquina que se apaga poco a poco por ausencia de energía. Traspasados por el frío, vieron filtrarse las primeras luces de la madrugada a través de los árboles. Se levantaron y estiraron sus miembros entumecidos. Ya se podía regresar al refugio y era bueno porque los enormes colchones de hojas húmedas no imprimirían sus huellas. Todo era agua en aquel bosque después de una noche de lluvia: el suelo, los troncos de los árboles, las innumerables enredaderas que crecían alrededor de los árboles, las maderas podridas que cruzaban el camino a cada paso.

Retornaron al refugio. Quizás en el pasado aquella pequeña ondulación de la pendiente fue un curso de agua. Ahora formaba una hendidura vertical que corría de arriba hacia abajo y era menos empinada que todo el resto de aquel cerro. Los cotomonos hacían resonar en los montes las bolas de cartilago de sus cuellos haciendo un ruido estremecedor de fieras poderosas.

—¿Hasta cuándo seguiremos esta espera? preguntó Edgardo.

—Hasta que regresen, dijo Calixto. Coño, alguien tiene que regresar. Tengamos siempre esperanza en el retorno.

Empezaron a construir un pequeño techo para protegerse mejor de la lluvia. Era una ocupación llena de dificultades, pero servía por lo menos para pasarlo algo mejor y llenar las horas muertas. Había que cortar troncos altos y delgados para los parantes, acarrearlos a través del monte y luego atarlos con las largas lianas que colgaban de los árboles. Las lianas eran tan resistentes como una buena sogá y sirvieron a su objetivo. Colocados los parantes y los numerosos travesaños que soportarían el techo, se dieron a la tarea de buscar palmeras salvajes. Partidas sus hojas a todo lo largo y ubicadas una sobre otra a la manera de peines superpuestos, formaban una excelente cobertura contra la lluvia, como en los chacos campesinos. Edificada debajo de altos árboles, la improvisada casa no podía ser vista desde el aire o los montes del frente.

—Sabes hacerlo, observó Calixto. Estoy admirado de tu habilidad.

—Aprendí de niño, dijo Edgardo. En esa época construí mi casa con mis padres.

Hubo que dedicar varios días a borrar con cuidado escrupuloso las huellas dejadas en los alrededores por el trabajo de acarreo de troncos y corte de lianas. Debían evitar cualquier vestigio de presencia humana que pudiese dar la pista al enemigo.

—Ahora no debemos ser gente. Sólo somos fantasmas, dijo Edgardo.

En los días siguientes la vida fue un poco mejor. Incluso algunas noches, protegidos por el techo de palma, podían darse el lujo de encender unas cuantas brasas y calentar algo de agua para tomarla con piedra de sal o chancaca disuelta. Debían hacerlo con mucho cuidado porque un fuego demasiado fuerte podía ser visto a través del techo a varios kilómetros de distancia. De día era imposible hacer fuego, porque el humo hubiera delatado su presencia.

Como resuenan una tras otra las gotas de un grifo descuidado en una casa vacía fueron pasando los días. Lejos, de vez en cuando, alguien daba hachazos y cantaba viejas rancheras cuyo eco era absorbido por el distante follaje.

Guadalajara en un llano

Mejico en una laguna...

Irónica alegría la de ese hombre que alternaba los versos cantados a voz en cuello con los rítmicos golpes sobre un tronco lejano.

Me he de coomer esa tunaa

Aunque me pique la mano...

A lo lejos, algún grupo de soldados preparaba el rancho. Abajo, en las noches, una que otra sachavaca desbrozaba el monte; o, en las tardes, los loros y cotomonos armaban escándalos tumultuosos. Edgardo y Calixto racionaron estrictamente las provisiones, siempre esperando que los compañeros llegaran y esmeraron las condiciones del depósito de alimentos para evitar que fueran saqueados por los animales del monte. Empezaron a sentir una sorda competencia con las hormigas, las abejas salvajes, los ratones de monte y toda clase de animales invisibles a quienes escuchaban de noche pero no podían ver por falta de luz y fuego.

—¿Y hasta cuándo esperaremos? volvió a preguntar Edgardo.

—Hasta que aparezcan, coño. Se amargó Calixto.

—Ellos también son fantasmas como nosotros, repuso Edgardo.

Recién empezaron a conocerse. Edgardo narró su infancia campesina, cuando debía caminar varios kilómetros por encargo de sus padres, llevando bien acomodadas en sus pequeñas manos, protegidas por hojas verdes, las brasas que servirían para que sus hermanos que hacían pastar los carneros de la familia pudieran hacer fuego en la puna; cuando debía subir y bajar los cerros para llegar a la escuela de la comunidad. Luego el colegio secundario en Ayacucho, la Universidad, y su vida de maestro en el colegio primario que ésta auspiciaba. Sus correrías en Pomacocha, donde el partido había dominado varios años, su admiración por Álvaro, el jefe del partido en Ayacucho.

—Álvaro es profesor de filosofía en la Universidad. En realidad yo me hice marxista escuchando las clases de César Guardia Mayorga, pero él no estaba sino en actividad intelectual. Fue Álvaro quien me introdujo al Partido. Bajo su dirección volví a caminar por las comunidades como cuando era niño, pero esta vez haciendo trabajo político.

Calixto recordó su conversación con Abimael Guzmán, aquella soledad tarde en el estadio de la Universidad de Huamanga. Aquel aire de maduro profesor provinciano, esa mirada de introvertida superioridad.

—Así fue como me enteré de la presencia de ustedes y no paré hasta dar con el grupo, continuó Edgardo. Él, Álvaro, es un dirigente bolchevique de verdad y está de acuerdo con la lucha armada.

—¿Y qué opinas de nosotros?

—Ustedes son pequeños burgueses, parecen cristianos. La guerra no puede ser buena, es mala. Ellos o nosotros. Los burgueses o el pueblo. Vida o muerte. Debemos hacer la guerra de verdad, Calixto. No debemos tener compasión con el ejército ni con los ricos, ni con los pobres que no colaboran y traicionan. No se debe dejar que los indiferentes sigan viviendo como antes. Cuando estás en guerra es la guerra. Tienes que cambiarles la vida, hacérsela difícil.

—Si hemos cometido errores, no están entre ellos los escrúpulos.

—No. Los soplones, los ricos, los militares, tienen que ser eliminados para que la revolución triunfe. Ser duro como el acero es la cuestión. Deja que el odio circule por tus venas. Sin odio, sin sangre la revolución es imposible.

—Pero el acero también es flexible y el odio no construye.

—No, lo de ustedes no es flexibilidad sino blandura. Blandura de burgueses. Sólo una gran dureza puede asegurar la victoria, cualquier victoria. Mata unos cuantos y se cagarán de miedo.

—¿Y los campesinos? También ellos se cagarán de miedo.

—Si esperas a que decidan incorporarse a la guerra te morirás de viejo. Esos son atrasados, conservadores, calculadores, tienen tiempos lentos, miradas cortas. Cada campesino debe dar sus hijos a la revolución, porque la revolución beneficiará a la comunidad. Todos los ejércitos lo hacen. Deben ser reclutados a la fuerza, deben reconocer dónde está la fuerza y obedecerla. ¿Por qué si el ejército de los explotadores obliga al servicio militar, el ejército de los pobres no puede reclutarlos si la lucha será para ellos, para el pueblo?

—¿Y la convicción, saber por qué se hacen las cosas dónde queda? No podemos compararnos con los ejércitos regulares, ni practicar su mismo desprecio por la voluntad del pueblo.

—No, el amor no debe estar divorciado del temor. Ellos deben temernos. En una mano el pan, en otra el látigo. No es nuestra culpa, nosotros no hicimos el sistema al que ellos están acostumbrados. Están hechos a la autoridad, no a pensar por sí mismos. Deben entender que somos nosotros quienes tenemos fuerza y autoridad. Somos el germen de la dictadura del proletariado. Entonces nos obedecerán. Mientras tanto harán lo que les digan los que sí ejercen la fuerza y propalan el terror.

Un día Edgardo dijo:

—Es necesario que pensemos cómo salir de aquí. Si queremos seguir con vida, no podemos aproximarnos más a la gente de Chinchibamba. Las provisiones acabarán por agotarse.

—Tienes razón. Han pasado treinta días. Es imposible que el resto no haya podido llegar aquí en ese tiempo.

—Y bueno, pues aceptemos la verdad y acabemos con las esperanzas.

—Está bien, iremos. Pero con una condición. Lo haremos juntos y tú no te comunicarás con nadie que no sea de nuestra organización.

Acordaron regresar a Ayacucho. Allí podrían retomar contacto con la organización, reaprovisionarse y rehacer el grupo con nuevos compañeros. Era probable que otros integrantes de la guerrilla trataran de hacer lo mismo y quizás entonces podrían ubicarlos.



Atontado, desfalleciente, la visión apareció ante sus ojos golpeándole la vista como una maravillosa aparición. El rumor del agua, cantarina como música de dioses, la tierra negra, fértil, plana al fin, las plantas verdes, domesticadas, alineadas en surcos, qué diferencia con el monte desordenado, inhóspito, salvaje. Luz, sequedad, sol, abrigo al fin en la choza que asomaba su techo de palma a dos aguas entre los platanales. Grandes cabezas de plátanos, ahitos de madurez, venciendo con su peso los troncos húmedos, madurez y dulzura para saciar el hambre de semanas. Salió de la selva como un espectro de otro mundo regresando a la vida y extendió sus brazos temblorosos por la debilidad para tomar la primera fruta amarilla que caía hacia él, cuando sintió en la espalda el inconfundible contacto penetrante, metálico, y en la garganta la punta del cuchillo ingresar a sus carnes. Se sintió de bruces en el suelo barroso, mientras el peso del cañón continuaba doblando sus costillas. Todo fue después penumbra, sólo dolor expandiéndose por sus entra-

ñas, recorriendo sus músculos y tendones, estallando reflejos rojizos en su cerebro. Se hizo la noche en su conciencia y sólo despertó para ver a medias, siempre en el gris oscilante, semiconsciente de un escenario fantasmal, los uniformes, los trajines, para escuchar las preguntas: ¿cuántos son? ¿hacia dónde han ido? ¿Quiénes son? La penumbra no le permitía saber si había muerto o seguía vivo, si estaba en un cuartel, un campamento, una cabaña o una sala de interrogatorio. Recordó el Sepa, la aislada, el Sexto, la Carceleta de Lima, los soplones, siempre preguntando, golpeando, haciéndolo saltar a espasmos como un juguete que había perdido toda voluntad propia. Se asombró de los nombres familiares que ellos convocaban, de escuchar su propio nombre repetido por una y otra voz. Se aterró al enterarse de que el grupo era conocido hasta por los seudónimos. Se sintió indefenso en manos de otros, propiedad de otros, juguete de un destino que había llegado a su final tal vez. ¿Tal vez? Una ligera esperanza le asomó por la conciencia, la esperanza de sobrevivir, de escapar a ésta también pobre obrero, fogueado en mil combates. A empujones, siempre en la penumbra, brazos atrás, caminando casi en el aire, fue impulsado a lo largo de un callejón. Allí, en un rincón, las linternas iluminaron pedazos humanos. Manos, piernas, un torso desnudo, comido, desgarrado. Un rostro mirándolo, sanguinolento, desde la sombra. ¿Eras tú, Hugo, eras tú? Se echó a llorar desconsolado, interminable.

Poco a poco, día tras día, el mundo se le fue aclarando. Nombre completo: Luis Zapata Boderó. El golpeteo de la máquina de escribir que había escuchado tantas veces en los interrogatorios, el sonido de una máquina como ésa, que él mismo había usado tantas veces para picar en esténcil el periódico del partido, se mezclaba con el sonido de las hélices de los helicópteros afuera. Hacía calor, mucho calor, un calor húmedo, pegajoso. ¿Era pues la selva? Militancia. Progresista. Ambos, el que estaba detrás de la máquina y él, sonrieron amargamente, conscientes de la mentira, de lo que en realidad significaba esa palabra. Fue encontrado en un remoto paraje de las selvas de Texebamba, portando armas, en actitud de desertión. Natural de Lima. Señales conocidas. Una mancha rojiza en el rostro, junto al ojo izquierdo. Conocido agitador comunista. Alias. Pobre obrero. De pronto, la puerta se abrió dejando entrar una bocanada de aire húmedo. Hernán miró cansado el ademán decidido, el porte militar del que ahora tenía al frente en uniforme de combate.

—¿Así que tú habías sido el famoso Zapata Boderó?

El hombre arrastró la silla y luego tomó asiento con las piernas abiertas, las botas enredándose en las patas metálicas, los codos sobre la mesa, adelantando hacia él la expresión fija. Hernán no contestó y trató de sostener esa mirada a pesar de su cansancio.

—Zapata, ustedes están locos ¿qué pueden ganar con esto? El tono ahora entre familiar, paternal y retador, invitándolo a la respuesta.

Hernán sacó del fondo de sí mismo el poco humor que le quedaba.

—Pues la revolución nada menos, dijo.

—¡La revolución! No hay revolución, Zapata. Ustedes están perdidos. Los aplastaremos y no quedará uno. ¿Para qué este sacrificio?

—Surgirán otros, musitó. Es sólo el primer día.

—Siempre lo mismo. Tú sabes que trabajas para una potencia extranjera. Que ustedes usan los problemas sociales como pretexto de agitación para entregarnos a Rusia.

—Nosotros queremos resolver los problemas sociales por la única vía posible, las armas. Todo lo demás está agotado.

—Lucho, tú has sido dirigente sindical. Has tratado de levantar a los obreros de Cachimayo. Pero también sabes que ellos no querían otra cosa que salarios más altos para comer mejor. No querían la revolución. La revolución sólo está en tu cabeza. Los problemas hay que resolverlos, pero de otra manera, no sacrificando gente, no suicidándose como ustedes.

—Eso es lo que tú piensas. Nosotros creemos que estamos abriendo un camino.

Aguilar sonrió irónicamente y movió la cabeza de un lado a otro.

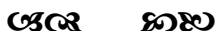
—No. Están perdidos, Zapata, están perdidos.

Entregó un sobre cerrado al hombre de la máquina. Se levantó mirando al vacío. Había querido conocerlo. No se explicaba todavía cómo era posible tal insensatez, esta porfía rayana en lo estúpido. Enfrentar con unos cuantos fusiles, con unas decenas de jóvenes a tropas bien armadas y entrenadas, querer triunfar desde lo profundo de la selva sobre todo un ejército. Y sin embargo, empezaba a dudar. ¿Por qué? Buscó en lo profundo de su conciencia. Los gamonales no le gustaban. Tampoco le atraía el comunismo ni la entrega fanática de esta gente. Pero ellos querían cambiar las cosas y era cierto que las cosas no cambiaban. No agregó una palabra. Salió, cerrando la puerta tras de sí.

El expediente estaba concluido. ¿Cuántas veces había visto lo mismo? Firme aquí. Huellas digitales. Esta vez no lo esperaba Delia afuera, con su rostro rubio asomándose por entre las rejas para verlo salir. El hombre de la máquina ni lo miró siquiera. Dobló el papel en tres y lo metió en otro sobre más grande con un gran sello: SECRETO. La puerta se abrió, dejando paso a una luz brillante, resplandeciente. Es el sol, pensó. La sombra de otro hombre uniformado, joven, asomó por el rectángulo de luz. El de la máquina entregó el sobre al recién llegado sin decir una palabra. Como en

una ceremonia, el sobre volvió a ser abierto. Ridícula burocracia, se dijo para sus adentros. Ambos lo miraron, inexpresivos. El de la puerta hizo un gesto invitándolo a salir. Afuera, junto a la zanja que apenas percibió, junto a los helicópteros, teniendo como marco la hilera de árboles del fondo, una fila de hombres armados esperaba. Lo llevaron como en una triste procesión. Irónico, se dijo para sí: ahora haré lo de las películas, pensaré en mi vida, en todo aquello que vi, toqué, sentí, aquello por lo cual luché y que termina ahora. En Delia, en el Partido, en los compañeros, en la lucha que apenas comienza y que, sin duda, seguirá. Caminó erguido, todo lo que podía, aunque era imposible evitar aquel violento temblor de sus manos, ese rictus de amargura y terror que le asomaba por los labios. Ahora se plantó firme, levantó el puño derecho, como había aprendido a hacerlo tantas veces en las manifestaciones, en los actos callejeros.

Los disparos resonaron en la atmósfera espantando a las aves de la selva.



Enterraron sus fusiles, las municiones y las provisiones que aún quedaban en el refugio. Guardaron para sí sus ropas en harapos podridos de un color que se mimetizaba, como ellos mismos, con ese ambiente pardo y verduzco, de musgo y penumbra.

Al fin encontraron el punto inicial de la subida y empezaron el ascenso acompañando el camino por fuera, como habían hecho desde los acontecimientos de Tincoj. Siguieron el gran zigzag que se escondía entre los montes y se prolongaba hasta las alturas, trepando por los escalones que se afianzaban sobre raíces retorcidas como garras y el barro encarnado de la selva. Torrente a veces, lodo ligoso otras, el camino se abría y cerraba, se adelgazaba y retorció. Había que ingeniárselas para seguir la ruta por el monte o, si no había más remedio, ingresar con todo cuidado a la senda, siempre listos para ocultarse ante cualquier ruido, sombra.

A medida que ascendían día tras día sobre aquella senda que los campesinos llamaban «de las siete vueltas», los árboles se hacían más bajos, arrugados y enroscados sobre ellos mismos y un aire cortante enfriaba sus narices y orejas anunciando las alturas de la puna, mientras su estómagos eran torturados por la falta de comida caliente. Poco a poco, aunque rendidos por el cansancio, fueron escalando peñoleras negras, pulidas y lustrosas, hasta llegar al abra que puso ante sus ojos el cañón del Torobamba.

Al fin amanecieron a la felicidad del oxígeno amplísimo de las alturas, con el frío cercenándoles las entrañas. Ahora sólo había que bajar

en zigzag, durante varias horas, hasta llegar al río. Vadeándolo podrían pasar a la ribera opuesta y tendrían que ascender de nuevo para encaminarse hacia el oeste y enfilarse hacia la ruta de Ayacucho.

Bajaron por la quebrada quemante del Torobamba donde todo era calor, sol, arena, mosquitos y arbustos espinosos que crecían como podían, contrayendo sus raíces para aferrarse a las tierras calcinadas. Calixto se arrastraba debido a las llagas de sus piernas comidas por la uta.

Al caer el sol llegaron a la parte baja. Sobrecogedor, el río retumbaba hecho barro, piedras y troncos de árboles que avanzaban en medio de rugidos profundos y siniestros. A sus espaldas el inmenso macizo y al frente la corriente poderosa, sin más salida que avanzar o retornar por el camino ya hecho, buscaron refugio debajo de unos cuantos árboles, esperando que anochezca para buscar un vado.

—¡Mira atrás!, exclamó Edgardo de pronto, y empujó a Calixto al fondo de unos arbustos espinosos, mientras él también se ocultaba convirtiéndose en un ovillo de color indefinible.

Lejos, un grupo de hombres bajaba por el camino en fila india.

—Son militares, dijo Calixto con un estremecimiento, entrecerrando los ojos para distinguir sus pantalones azules y camisetas blancas.

Toxamarca, enero 1966.

Pareja caminó y caminó chocándose contra las ramas que se le atravesaban a cada momento. De vez en cuando saltaba de dolor al topar con los palos de chonta cubiertos de púas. ¡Maldita sea! Ahora nos hemos dispersado. Será un problema del carajo volver a reunirnos. Parecía un tractor atravesando la selva, defendiéndose de vez en cuando con el cañón de su Pistan. No hay otra alternativa que subir a la cumbre del cerro, pensó. Después veremos. Sus botas hollaban el barro, tropezaban en los troncos caídos, se hundían en los huecos del monte. A veces, todo él resbalaba y retrocedía lo avanzado. Subir y subir, ése es el secreto. Llegar arriba y orientarse, como hacíamos en las lomas de Manila. No ir nunca por el camino. Mierda, si hubiéramos seguido esta regla no estaríamos así ahora. De vez en cuando hacía un alto y ensayaba masticar algunas hojas o comer los hongos de abanico que bordeaban los troncos de algunos árboles. Arriba, siempre arriba, Pareja. Hasta que el cerro se termine. A veces tenía que dar un largo rodeo porque la mañana se hacía impenetrable. O buscar un sitio propicio donde tender su hamaca y dormir un poco. Transcurrieron las horas, los días. El cerro no terminaba, pero percibió que la naturaleza iba cambiando. Sí, iba cambiando. Los árboles estaban menos cubiertos de vegetación, sus troncos más oscuros, casi negros, el aire era menos cálido. ¡Estaba pues

en el buen camino! Durmió, durmió agotado, temblando de frío. Duerme ahora, más arriba ya no podrás dormir porque puedes congelarte. Arriba Pareja, siempre arriba.

Casi desvariaba cuando llegó a las estribaciones de la puna. Fue mirando cómo, a su paso, los árboles se empequeñecían, las plantas se acortaban, se iban abriendo los senderos, iba apareciendo el ichu. Se apresuró, aunque sin saber adónde debía dirigirse. No había nadie. Soledad. Inmensa tristeza de la puna. No hay nadie, Pareja, puedes caminar libre, sin temor, camina que llegarás a algún lado. Vio carneros a lo lejos. Se metió en las peñolerías. Esperó a que anoheciera y caminó otra vez. Había consumido sus reservas y sólo tomaba el agua de los arroyuelos que encontraba a su paso. Enloquecía con los dolores de estómago y los ojos se le nublaban en un vértigo que lo hacía trastabillar y caer. Fue reconociendo los parajes. En la etapa de exploración había caminado mucho esta zona ¿Era la misma? Si lo era, estaría cerca la casa de Cristóbal Huamán, su amigo, amigo de la guerrilla, campesino que vivía allí, aislado en esas alturas, cuidando sus carneros. Continuó caminando con la obsesión de la casa. Sí, era el camino.

Los perros armaron escándalo precediéndolo, mientras de tropezón en tropezón, se aproximó al corral y se derrumbó sin haber llegado ni siquiera a cincuenta metros de la casa de piedras, achatada, oscura como una cueva y de cuyo techo de paja salía una columna de humo. Sólo vio apenas la silueta de Cristóbal que corría hacia él recortándose sobre el enceguecedor sol de la tarde. Pareja levantó su propia corpulencia como pudo y caminó con él hacia la casa. Respiró de nuevo aquel calor hogareño, sintió de cerca ese olor de la olla repleta de papas sobre el fogón de leña. Se dejó caer sobre el tronco, estiró sus piernas y apoyó sus espaldas contra el muro de piedra.

Cristóbal lo abrazó. Casi no cruzaron palabra. Pareja comió vorazmente aquel montón de papas, sin cuidarse de quitarles las cáscaras, tomó esa agua caliente, casi quemándose, sintiendo que recorría sus entrañas expandiendo la vida. Sintió los pasos de Cristóbal, lo vio ir y venir acarreando los palos, contempló desde detrás de sus párpados que se entrecerraban su sombra alargándose hasta desaparecer. Durmió sobre ese suelo de barro, sin siquiera acomodarse sobre un pellejo.

Durmió. La negrura de un sueño pesado como el tiempo se abatió sobre él.

Los vio entrar a la casa, derribar la puerta de palos. Un ruido de fierros, de armas. Trató de alcanzar su Pistand en el momento en que una lluvia de balas lo hizo saltar por los aires.



—¡Sígueme!, exclamó Edgardo, mientras se arrojaba al agua turbia y empezaba a dar tumbos golpeado por la corriente, tratando de pasar al otro lado antes que la hilera de hombres se aproximase.

Calixto trató de hacer lo mismo que Edgardo, pero sus pies llagados lo traicionaron. Lo intentó otra vez. Y una vez más. La columna ya estaba a unos trescientos metros. Pero los hombres pasaron hacia el sur sin divisar esos dos bultos que, a la distancia, se escabullían debajo de los macizos espinosos.

Era imposible para él cruzar el río por ese lugar y en tales condiciones. Optó por penetrar en lo más tupido de aquel monte lleno de púas, mientras miraba cómo Edgardo atravesaba el río tropezando, cayendo y golpeándose contra las piedras. Desde la otra orilla, todavía se arriesgaba a hacerle señas indicándole que se verían en la cumbre.

La luz tenue de la tarde borraba los contornos de las cosas y las distancias, tanto como había esfumado la figura de Edgardo gesticulando al otro lado del río. No se podía correr riesgos y Calixto debió esperar la noche para explorar esa orilla desconocida. No era fácil hacerlo. Una planicie arenosa de unos 500 metros se extendía entre la montaña y el río, siguiendo su curso serpenteante y acortándose a veces hasta convertirse en un callejón encerrado en altísimas paredes naturales. Entre arenas y piedras crecían cientos de arbustos espinosos. Arriba, en lo alto, el cielo estrellado contemplaba el espectáculo de ese silencio imponente roto sólo por el torrente del río.

Avanzar sin machete en ese bosque poblado de pequeños puñales era casi imposible, pero había que hacerlo. Toda la noche Calixto anduvo sudoroso, a ciegas, buscando con desesperación un vado para cruzar el río, sin conseguirlo. Al amanecer, buscó refugio en las peñoleras.

Estar solo le causaba una extraña sensación de alivio. Las esperanzas de encontrar a Edgardo en la cumbre del frente eran pocas y, sin embargo, en su alma se producía un vacío: tendría que recomenzar y si no moría o era capturado, un nuevo capítulo podría abrirse en su vida. El hambre le atenazaba. Subió a las laderas y recogió algunas tunas que crecían abundantes en ese callejón desértico.

Transcurrieron así unos cuatro días en que buscó la forma de cruzar a la otra orilla. Arriba, un helicóptero escudriñaba presencia humana. Calixto caminó hacia la parte más empinada del cañón y se ocultó debajo de los algarrobos que crecían cerca de la orilla de la corriente, junto con otros matorrales. Al cuarto día, a la vuelta de un recodo, avistó un precario puente de palos que unía dos grandes peñas cortadas a pico.

Atravesó el puente y pronto estuvo al otro lado para iniciar el ascenso a la siguiente montaña. Una vegetación más amable poblaba el cerro y el camino era más fácil. Parecía también más transitado. Había menos

espinos, aunque la abundancia de tunales permitía alimentarse con relativa comodidad. Siguiendo su norma de muchos meses caminó solo de noche, mientras de día se ocultaba para descansar. Pudo subir hasta una primera altura en que una amplia puna se extendió ante su vista. Orientándose por su brújula tomó el rumbo del oeste. Eran noches de luna espléndida, pero la luz lunar era engañosa: hacía ver como grandes hondonadas los que, en realidad, eran pequeños desniveles del terreno; o, a la inversa, los huecos parecían pequeños accidentes. Ello le causaba frecuentes caídas y tropezones.

Era el mes de carnaval. Escondido en las breñas escuchaba a veces pasar uno que otro grupo canturreando por el camino.

Grupos de seis, siete, a veces más campesinos bajaban el cerro tropezándose, sin por eso perder el dominio de sus botellas de aguardiente.

bandera de los solteros

cuidado con las ofensas

Voces ondulantes, que se acercaban o alejaban con el viento, alargando los agudos.

mucha broma no me gusta

Cantando en los carnavales

Risas, quenás, grititos atiplados. Sí, el mundo seguía los vericuetos que trazaban esos pies descendiendo de las alturas bajo los efectos del trago, esas polleras que brillaban en el camino, esas botellas de aguardiente sujetadas por callosas manos, mientras los compañeros morían bajo las balas del enemigo. ¿Tendrías finalmente razón, Edgardo? No, no hay que dejarlos vivir esa vida estúpida, acomodaticia, hecha al molde del sistema. ¿Había que interrumpir, aunque fuese por la violencia, esas músicas, esa alegría indiferente, para que ellos tampoco puedan vivir en paz?

Al final de aquella altiplanicie, encontró un camino que corría paralelo a las cumbres, bajando en suave pendiente. Era una senda ancha y tomó por ella caminando siempre en la oscuridad. Meses y meses de caminatas nocturnas lo habían acostumbrado a la noche. Pero su vista no estaba mejor y, sobre todo cuando no había luna, una ruta desconocida se le hacía muy difícil. Siguió caminando a ciegas y a medida que bajaba y la vegetación empezaba a abundar, las tinieblas se cerraban mientras seguía la senda maquinalmente.

De pronto chocó con una tapia. Por instinto saltó hacia atrás y buscó refugio fuera del camino, buscando la altura de la loma. Las primeras luces del día apuntaban ya. Cerca, a unos dos o tres kilómetros de distancia, pudo divisar un pequeño caserío con sus casas de adobe, sus corrales y sus techos de teja roja, siguiendo las sinuosidades de los cerros. Tunales, algunos frutales, maíz y más lejos el camino continuaba descendiendo hacia el oeste. En dirección contraria y en el extremo

opuesto, grandes cerros abrigaban el pueblo y lo protegían de los vientos, los cerros de donde venía.

Siguió subiendo y buscó un buen escondite tras grandes piedras y árboles para pasar el día. El hambre de semanas continuaba atenazando sus entrañas y dejó pasar el tiempo, como tenía costumbre mientras dormitaba y pensaba. Lavó en una gélida torrencera sus pies heridos y adoloridos. Detrás de los árboles pudo divisar a lo lejos una anciana que pastaba unos carneros.

Esperó impaciente el atardecer mientras hacía planes para bordear el pueblo y seguir camino adelante. Y en efecto, apenas empezaron a aparecer las primeras sombras de la noche, se alistó para continuar y se lanzó hacia abajo. Hasta que llegase cerca del pueblo ya habría anochecido y, además, tendría que pasar bastante lejos para que los perros no ladren.

No habían transcurrido ni treinta minutos cuando un desconocido le salió al paso.

Sierra de Chilcas, febrero de 1966.

Calixto echó mano a la pistola mientras sobreparaba sin saber qué hacer.

—No tenga miedo, soy amigo, dijo el desconocido.

No era un indio, sino más bien un mestizo. De mediana estatura, robusto y de cara ancha, el color rosado vencia algo lo cetrino de su rostro. Pantalón, camisa y sombrero, hacían notar un hombre acostumbrado a viajar por las serranías. Sonreía mientras miraba alternativamente a la pistola y el rostro de Calixto.

—Venga, no tenga miedo, repitió. Sus amigos están bien. Un ejército de guerrilleros ha pasado hacia el Cusco.

—¿Y quién es usted? Preguntó Calixto cortante, a buena distancia y sin soltar la mano de la pistola.

—Un amigo, porfió él. Un amigo de ustedes. Venga a mi casa y se lo explicaré.

Calixto pensó. Si me niego, puede dar la voz y estaré perdido. Si voy con él puedo tenerlo de rehén y ver cómo escapar. Una idea absurda, puesto que era más seguro no soltar prenda. Pero la situación era curiosa. No podía fugar, puesto que el desconocido podría dar voces y todo el pueblo lo perseguiría entonces. Seguirlo podía significar la muerte,

ya que quizá otros estarían esperándolo. Tampoco había mucho tiempo para calcular. Optó por decir:

—Está bien. Pero camine delante. Si grita o corre, es usted hombre muerto.

El hombre se encogió de hombros. Sin decir palabra, dio media vuelta y echó a andar. Calixto lo siguió con dificultad mirando los pies del desconocido, las piedras del sendero y los alrededores. A los pocos minutos salieron del camino y se dirigieron hacia una casa bastante apartada del caserío pero igual a las demás. Las tapias, el corral, los adobes, las tejas. En la puerta del corral, los miraba la viejita de los carneros.

Tampoco el interior se diferenciaba de otras casas serranas. Suelo de tierra apisonada, cuarto sin ventanas, una vieja mesa de tablas y unos bancos largos, también de madera. Detrás, el humo y el olor a leña delataban la cocina.

La paz hogareña tranquilizó a Calixto. Había visto la casa desde el camino y no había nadie afuera. Era imposible que se tratase de una emboscada. Respiró aliviado.

—Siéntese, yo soy un amigo, cantaleteó el dueño de casa. A mí me gusta investigar y sé que sus compañeros están bien. ¿Cómo hizo usted para llegar hasta aquí? Se le ve muy mal y enfermo.

—Primero dígame quién es usted. Dijo Calixto.

—Primero coma, dijo él.

Mientras pronunciaba esa frase, apareció en la puerta la viejita de los carneros con un par de calabazas llenas de humeante caldo de papas y las puso sobre la mesa cuidando de no mirarle a los ojos.

Calixto saboreó la delicia de esas papas que flotaban en un poco de agua hervida, su primera sopa caliente en muchos meses.

Mientras apuraba una cucharada tras otra, su huésped subió al entarimado y apareció con unas viejas revistas soviéticas. Calixto las reconoció al instante. «Cultura soviética» se publicaba en México, en los años de la segunda guerra mundial. Había formado parte de sus lecturas juveniles. Ajadas, amarillentas por el tiempo, ¿qué hacían en ese apartado lugar de la cordillera?

—Mire, dijo el hombre, yo leo esto. Simpatizo con ustedes. Me llamo Benito Cruz. Trabajé hace muchos años de panadero en La Oroya y llegué a ser dirigente del sindicato. Mi madre lo vio en la altura y vino a avisarme. Salí, lo vi a lo lejos y comprendí que era uno de ustedes, aunque me parecía difícil que pudiesen llegar hasta aquí. Está usted en lugar seguro. Chilcas está a cinco horas de camino, allí hay un puesto policial, pero si usted se queda en mi casa nadie le delatará. Créame, estoy dispuesto a ayudarle.

—Necesito llegar a Ayacucho, dijo Calixto. Indíqueme cuál es el camino.

—No solo eso, dijo Benito. Yo puedo llevarle. No podrá llegar solo. Además, dijo mirándole los pies, así no podrá caminar. Debe descansar, tomar fuerzas unos cuantos días. Vivo con mi madre, mi mujer y mi hermano. Confíe en nosotros. Le ayudaremos. Pero espere. Ayacucho está a cuatro días de aquí.

Calixto decidió esperar. Benito lo acomodó en el falso techo, junto con las papas y la carne seca del almacén. Unos cuantos pellejos viejos de carnero, una frazada, y el lecho estuvo preparado. No debería salir de allí por ningún motivo, salvo en la noche para hacer sus necesidades. La familia Cruz le preparó comida todos los días, de vez en cuando le alcanzó algunos duraznos del valle, siempre por intermedio de Benito y pudo lavar y descansar algo sus heridas. Era mes de carnavales y, a lo lejos, se escuchaban la música, los cantos de la gente, el tarareo en quechua de las mujeres, las comparsas de borrachos que deberían estar recorriendo los caminos bailando y tomando trago. El mundo seguía su marcha, imperturbable e indiferente a la suerte de quienes querían cambiarlo. Uno que otro día, los familiares de Benito llegaban a visitarlo y él escuchaba sus conversaciones, casi sentía el calor de sus cuerpos a unos cuantos metros de distancia debajo suyo. O sonaba la guitarra de Benito Cruz con la voz triste del huayno ayacuchano:

*deja que cante el silencio del alma
deja que calle el torrente del río
que el corazón quiere hablarte
muy quedo al oído.*

Pasaron un par de semanas y Calixto lucía bastante recuperado. Un día Benito se apareció en el falso techo llevando unos pantalones viejos, una camisa y un sombrero.

—Ponte esto, le dijo. Ya es tiempo de irnos. Mañana en la madrugada podremos salir para Ayacucho.

Unas tijeras sirvieron la víspera del viaje para recortar sus crecidos cabellos y su barba y bigotes. Casi a medianoche, para ganar la altura antes que alguien del pueblo los viera, los dos emprendieron el viaje, provistos de maíz tostado y algo de carne seca para el camino y cargando cada quien sus «quepis» a la espalda, a la usanza de los viajeros del lugar. La piel de Calixto quemada por el frío, el bulto a la espalda y el sombrero, podían convertirlo en un primo de Benito que regresaba a la ciudad luego de las fiestas de carnavales. Ahora podrían arriesgar ir por el camino, aunque siempre con cierto cuidado. Benito conocía bien la ruta y confiaba en que podrían evitar encuentros peligrosos.

En efecto, la ruta fue tranquila, aunque agotadora para Calixto, que siempre sufría la dureza de la caminata en sus pies lacerados. Había que

seguir hacia el oeste, subiendo y bajando cuestras cada vez más áridas y desérticas a medida que se acercaban a Ayacucho. El paisaje empezaba a tornarse blanquecino, todo era roca volcánica y un polvillo también blancuzco parecía flotar en esa inmensidad desértica donde la única protección para el deslumbrante sol eran unos cuantos árboles bajitos y espinosos, desperdigados en la llanura ondulante. Los tábanos, grandes moscas provistas de aguijón, seguían a los viajeros, posándose en sus espaldas bañadas por el sudor, zumbando en sus orejas o clavando sus pequeñas lancetas en sus brazos, manos y narices.

Al promediar el camino pudieron hacer un alto y pasar la noche en una casa chata y de grandes portales, aparentemente abandonada, donde durmieron en el suelo, protegidos por el techo de la vieja arquería. Había allí otros viajeros y unas cuantas mulas y caballos. La conversación con ellos fue formal e intrascendente: el clima, el carnaval, el estado del camino.

La madrugada siguiente, se despidieron de sus compañeros de reposo que debían pasar allí un día más y siguieron hacia Ayacucho. Era ya la segunda mitad del trayecto, aunque la planicie no tenía mayores variaciones. Al atardecer del tercer día, cuando la noche empezaba a entrar, vieron por primera vez el lejano resplandor de la ciudad. Caminaron más rápido, cruzando los arroyos a oscuras, tropezándose con piedras y arbustos, vencidos por la atracción de aquellas luces titilantes que parecían cada vez más próximas.

No fue difícil llegar. Al poner los pies sobre el piso afirmado de la primera calle, Benito dijo:

—Aquí me quedo. Cumplí con traerte. Pasaré unos días y retornaré a mi casa. Cuidate. Que la suerte te acompañe siempre.

Un fuerte abrazo y unas palabras emocionadas de agradecimiento y despedida, sellaron aquella amistad surgida en el momento menos esperado, que ahora desaparecía como había venido, para perderse en el tiempo.

Quillabamba, febrero de 1966.

Miró con desprecio la ruma de papeles. Lo hartaban estos informes donde se detallaba las operaciones de ese año, las delaciones, las traiciones, las muertes. No, estos muchachos enloquecidos, ilusionados por la ambición de gloria, angustiados por la situación del país, no eran los despiadados criminales que él había visto descritos en los manuales. ¿Dónde, de qué lado estaba definitivamente el crimen? ¿Quiénes eran finalmente los traidores a la patria? Contribuyó a liquidarlos y recibiría

por eso felicitaciones del alto mando. Vio a los prisioneros retorcerse de dolor en la tortura, aplicó la academia sobre cómo destruir una personalidad, cómo quebrar un hombre y le dio resultado. Pero también escuchó el llanto de los campesinos, los alaridos de las mujeres que veían quemarse sus casas, la asfixia de los sumergidos en el río para que delaten a sus parientes, sus compadres y amigos. Se miró las manos como si estuvieran tintas en sangre. Esto no era la guerra en que los ejércitos se enfrentan desplegando sus armas a la luz del cielo, en que rivaliza la brillantez de la estrategia de los generales y los soldados hacen un esfuerzo colectivo y heroico bajo el mando de sus oficiales. Esto era un asesinato premeditado y sistemático contra los propios nacionales. Todos los muertos eran peruanos, blancos, mestizos e indios. Quizá las potencias extranjeras estaban detrás de esto, quizás estaba Cuba, pero a él también lo habían entrenado los norteamericanos en Panamá. Entonces, las potencias extranjeras intervenían de ambos lados. Y de ambos lados también había peruanos peleando como robots. Carajo, finalmente, para qué valía hacer todo esto, para qué se ensuciaban sus manos de sangre si estos miserables terratenientes seguirían haciendo lo mismo de antes. Volvió a leer los informes que él suscribía, donde estaba su firma y sello, y que contradecían la verdad: Jorge Toque Apaza, muerto en combate; Luis Hernán Zapata Boderó, en combate; Juan Morales, en combate; Nemesio Junco, en combate; Pedro Jaway Junco, en combate; Carlos Edwin García Miranda, en combate; Constantino Valencia, en combate; Celestino Valencia, en combate; Gualberto Berrocal, en combate; Abel Ccayanchira, en combate; Alejandro Gómez Condori, en combate; Julio Oscco, en combate; Alejandro Acuña, en combate; Víctor Serrano, en combate; Hilario Jaicuri Caballero, en combate; Máximo Jaicuri Morales, en combate; Gregorio Palomino, en combate; Víctor Livio Valencia, en combate. Sonrió amargamente. Ahora puedes irte a casa Faustino Aguilar, la función ha terminado. Enviar el informe secreto para que lo suscriba el General Edgardo Mercado Jarrín. Para qué, para quién hemos ganado.

Ayacucho, febrero de 1966.

—Y por ahora Calixto ha terminado, vuelvo a ser Bernardo, se dijo, arreglándose como podía la camisa y el pantalón.

Se encaminó hacia el centro, cuidando no ser seguido. Ayacucho era una ciudad de pocos transeúntes, de calles anchas y luces escasas y tenues en la noche. Bernardo no dudó y se dirigió al domicilio de Ramiro Benites, un profesor universitario amigo de la organización quien, sin duda, sabría buscarle el contacto que necesitaba con el resto de compañeros de

Ayacucho o Lima. Era una gran casona de un piso, en el centro de la ciudad, frente al local de la Policía de Investigaciones. El portón de entrada, como en otras casas del lugar, conducía a un corto pasadizo y luego a un patio de piedra. La vivienda daba al patio, y Bernardo tocó la puerta.

Adentro se encendió la luz, la puerta se entreabrió, y el propio Ramiro asomó el rostro, tratando de distinguir en la oscuridad del patio quién llamaba en aquellas horas de la noche.

Bernardo ingresó sin esperar la invitación del dueño de casa. Ramiro era un hombre grueso, de rostro cetrino, picado por las viruelas. Abogado y profesor universitario, pasó varios años en Huancayo y desde entonces mantuvo constantes relaciones con la organización. Estaba enterado de algunos movimientos de los compañeros, los ayudó a buscar casas de refugio y, de vez en cuando, guardó algunas armas. Sus ojos se abrieron por el asombro.

—¿Qué haces aquí? dijo nervioso. ¡Todo el país te busca!

Dio una mirada en redondo a la sala, donde los confortables estaban pulcramente colocados en torno a una mesa de madera tallada. Se encaminó hacia un ángulo, levantó una revista de una mesita auxiliar, bajo una lámpara de pie que culminaba en una gran pantalla de tela y se la entregó a Bernardo sin siquiera invitarlo a tomar asiento.

Bernardo reconoció su propio rostro sonriente en un ángulo de la portada en colores. En el centro una hermosa mujer cruzaba las piernas desnudas y le dirigía una mirada insinuante: Midori Miashiro. Abajo, un gran titular: el hombre más buscado del país.

Hojeó sin decir palabra. Había varias páginas dedicadas a la guerrilla. Fotos tomadas en Tirapampa en medio de la vegetación, con los rostros cortados por triángulos negros. Una foto de él mismo con anteojos, uniforme comando y una carabina de mira telescópica. Un largo reportaje a él y a la guerrilla. Sin duda el reportaje era ficticio pero las fotos eran auténticas: las tomaron por si alguna vez necesitaban algo de publicidad. Quien decidió la publicación pensaba ayudar creyendo que la guerrilla se encontraba en plena acción y no dispersa y perseguida como acontecía en la realidad. Era un flaco favor porque ahora la policía conocería su identidad y sería sencillo capturarlo.

Esta vez tomó asiento anonadado y miró a Ramiro como pidiéndole disculpas.

—Bueno, no hay nada qué hacer, dijo. El hecho es que estoy aquí.

Narró los acontecimientos de Tincoj, la huida por el monte, la espera de los compañeros y el regreso a Ayacucho cuidándose de contar el encuentro con Benito.

—Tienes que ayudarme, terminó. Necesito llegar a Lima o hacer contacto con los compañeros en Ayacucho.

Benites miró al vacío.

—Ya no hay nadie aquí en Ayacucho, musitó como hablando consigo mismo. Todos se fueron, hay mucha policía, muchos soldados, todo es un despelote. Hace mucho tiempo que no me visitan, quizá porque piensan que puedo estar vigilado. Yo sigo dando mis clases en la Universidad como si nada hubiera pasado. Podría darte un boleto de Faucett que tenía guardado, si quieres, porque debía ir para Lima la próxima semana. Sólo que tendrías que ir al aeropuerto...Puedo darte también algo de dinero. En fin, tú verás...Pero mejor duerme algo, ya veremos mañana. Acomódate aquí mismo. Yo estoy adentro con mi mujer. Puedes usar el sofá si quieres.

Se incorporó, encaminó sus pasos hacia el interior y desapareció por la puerta de la salita, sin decir una palabra más. Bernardo puso sus polvorientos zapatos de plástico sobre el piso, apagó la luz, se echó sobre el sillón cuan largo era, poniendo los pies descalzos y heridos encima de los brazos acolchados y trató de dormir. Las manos hinchadas por la caminata le pesaban más de lo soportable pero, aun así, un fuerte sopor cayó sobre él.

No habrían pasado ni diez minutos cuando sintió un golpe de luz en los ojos. Benites había vuelto a entrar y le palmeaba los hombros para despertarlo.

—Bernardo, le dijo, mi mujer se ha puesto muy nerviosa. Perdóname, pero creo que es mejor que te vayas esta misma noche. Podrías tomar un ómnibus para Huancayo o Lima. Te daré algo de dinero. Yo tengo aquí doscientos cincuenta soles. Aprovecha antes que amanezca. En la mañana te vería mucha gente. Que tengas buena suerte.

No había lugar para réplica.

—Está bien, de todos modos gracias por el dinero, contestó tratando de sonreír.

Estiró la mano, tomó los tres viejos billetes que Benites le alcanzaba y se puso nuevamente los zapatos, sintiendo un dolor agudo en los pies que le reventaban por la hinchazón. Se inclinó, acomodó su bulto y se encasquetó el sombrero que le había regalado Benito Cruz. Se encaminó hacia la salida, levantando la mano derecha en un adiós resignado, mientras Benites entreabría la puerta dejando entrar una corriente de aire frío.

Cuando la puerta tornó a cerrarse tras él, tuvo que esperar unos segundos para que el resplandor de la luz eléctrica que todavía palpitaba en sus ojos, desapareciera y le permitiera ver el entorno. Sintió el sonido de sus pisadas vacilantes repercutiendo en el silencioso patio de piedra. Llegó hasta el portón de la calle. El frío de la madrugada empezaba a cortarle la espalda y entonces caminó más de prisa por la ancha calle sin transeúntes, llevando su atado en la mano.

La calle 28 de Julio tenía un solo foco de luz mortecina por cuadra, alumbrando apenas desde los cables que atravesaban la mitad de la pista. Si se caminaba derecho por ella se podía pasar por un costado del mercado, se llegaba a la Alameda y luego al río, cuyas peñoleras podían ser un buen refugio mientras pensaba qué hacer. Una que otra iglesia iba quedando atrás, visitada por las sombras de las beatas que empezaban a subir las escalinatas de los atrios para esperar la primera misa de las cinco. Él había hecho muchas veces el mismo camino, cuando se alojaba en un cuarto a la vuelta de la Plaza de Armas y por eso anduvo medio adormilado, sin pensar mucho en la ruta que seguían sus pasos.

Pudo en efecto llegar a la Alameda y continuar bien hasta arriba del río para rendirse al fin por el cansancio, bajo las últimas estrellas que aún titilaban a esas horas de la madrugada.

¿Y bien, la guerrilla había terminado?

Podía ahora ser cualquier persona, uno de esos transeúntes que había visto en la Alameda meses atrás, podía abrazar y besar a una mujer en el parque, hacer el amor con ella junto a los árboles, tocarla, imaginarla con las manos, ser suyo, pasear por los patios de Bellas Artes, pintar, leer y soñar porque la vida, Calixto, seguía siendo siempre igual mientras nosotros queríamos cambiar el mundo y porque también el mundo era bello y hermoso aunque nosotros quisiéramos cambiarlo y porque quizá el mundo podía ser nuestro aunque lo sintiéramos lejano y ajeno. Ceder pues a la tentación, realizar sueños posibles, cotidianos, uno más entre muchos, uno en la multitud, realizado en el anonimato feliz de innúmeros fulanos, protegido en la manada, hijo pródigo, oveja perdida devuelta al seguro rebaño, abrigado por el calor de los muchos cuerpos débiles, resignado entre los resignados, buscando una felicidad modesta, segar Calixto tu pobre conciencia, ser Bernardo, plenamente, gozosamente Bernardo. Y yo pensaba en Javier, en Cúyac, en una dulce muchacha palpitando debajo de mí sobre el césped mojado por el invierno de Lima, junto al mar con el rostro bañado por las olas, allá, junto a las viejas casas de madera de La Punta, en los parques y las calles, en las hojas doradas de los árboles, en las luces, los dulces, los cafés humeantes, los platos llenos de sopa, el agua fluyendo por las cañerías, la vida fluyendo por las calles, en esa milagrosa existencia mediocre que ahora retornaba.

Dejó pasar el tiempo, sabiendo que no había otra alternativa que viajar de alguna manera a Lima. No había contacto posible en Ayacucho y buscarlo hubiera sido peligroso en su situación y en una ciudad tan pequeña. Lima era preferible, puesto que allí encontraría a los compañeros que suponía en la ciudad. En todo caso, había más posibilidades de esconderse y resguardarse de la búsqueda policial. Los doscientos cincuenta soles podían alcanzarle para comprar un pasaje en ETASA, la empresa que viajaba entre Ayacucho y Lima; y aún podía quedarle dinero para comer.

Al atardecer atravesó de nuevo la ciudad. Llegó a los alrededores del mercado y compró un boleto para Lima dando el nombre de su libreta electoral falsificada. Todo era normal, rutinario, no había controles especiales. El muchacho mestizo de los boletos ni siquiera lo miró y anotó su nombre supuesto con una letra ilegible, sobre un papel arrugado y sucio, donde estaban alineados los rectángulos que representaban los asientos del bus. Se felicitó, aliviado. Era preferible hacerlo así. La otra opción era salir a la carretera y esperar a que el ómnibus pare en el control policial de salida para abordarlo. Mucha gente lo hacía, pero era arriesgarse a ser reconocido por algún policía o correr el peligro de ser detenido al subir. Paradójicamente, era más seguro pasar el control como un pasajero más, bien sentado al fondo del vehículo, confundido entre los otros pasajeros y los bultos.

El ómnibus de ETASA empezó su camino cuando anocheecía ganando el borde del río. La carretera seguía el curso del Mantaro. Había que pasar Anco y La Mejorada y al amanecer estaría en Huancayo. De noche, los pasajeros dormían, vencidos por la oscuridad del ómnibus, el mareo que suscitaban las curvas y el aire pesado que había en el interior del vehículo, que se mezclaba con el polvo del camino. Bien resguardado debajo de su sombrero, Bernardo era una sombra entre muchas otras en aquel ómnibus atestado. El ómnibus se detuvo unas cuatro veces en el trayecto y subieron parejas de guardias alumbrando con sus linternas los rostros de los pasajeros desde la puerta delantera. Pedían documentos a quienes les parecían sospechosos. Bernardo contenía la respiración y cabeceaba, fingiendo estar rendido por el sueño, hasta que los visitantes se iban y el vehículo seguía su ruta por la polvorienta carretera.

La carretera serrana era el tramo más riesgoso del camino pero todavía faltaba Huancayo, ciudad poblada por multitud de comerciantes, nudo de tránsito entre la selva y la costa. En Huancayo era domingo, día de feria. Abandonó el polvoriento autobús y se mezcló entre la multitud que iba y venía entre callejuelas formadas por cientos de mesas, toldos y pequeñas casuchas de madera donde se exhibían alimentos, ollas de barro, adornos de platería, objetos de plástico, tejidos, carnes y todo tipo de artículos. Era fácil confundirse entre estos hombres y mujeres que circulaban apretándose y pisando el suelo barroso por la lluvia de la madrugada. Camuflado con su pantalón desteñido y su sombrero de paño, Calixto era un elemento más en aquella masa móvil de polleras, sombreros, toldos, carretas, camiones y costales. El mundo pues, seguía andando, indiferente a los acontecimientos de la sierra, ignorante de los muertos, los torturados, los pueblos quemados y los perseguidos. Una vez más sintió esa sensación de abandono, de aislamiento ante esta indiferencia colectiva. Al promediar la mañana se encaminó a la plaza, donde varios automóviles esperaban viajeros para Lima. ¡Lima, Lima! Las voces de los choferes rivalizaban pidiendo pasajeros. Cuidándose siempre de ver si alguien lo seguía, abrió la puerta delantera del primer

auto y se sentó sin decir palabra. El auto fue llenándose de pasajeros que emprendían el viaje a la capital. Cuando estuvo lleno, el viejo Ford de los años cincuenta, cargado de bultos en la maletera, enfiló por la autopista como un ancho barco. El luminoso valle del Mantaro, amplia pampa cubierta de trigales, arroyuelos, casas de adobe y teja, fue quedando atrás. Atrás quedaba también, por el momento, el recuerdo de aquellos meses trágicos, la memoria de los compañeros, la esperanza en un proyecto que había quedado interrumpido. En Lima tendría que buscar a la organización, informar lo que pasó, tratar de rehacer el camino andado.

Luego de serpentear por las alturas de Ticlio y los asientos mineros de La Oroya y Morococha, el auto bajó hacia la costa, mientras el clima se iba haciendo más y más cálido. Era febrero, y el verano limeño se hacía notar en el calor de la noche, a medida que las poblaciones iban apareciendo con más frecuencia al borde de la pista.

Con sus cinco pasajeros en el interior el ancho Ford de ocho cilindros paró en una estación de servicio a unos 20 kilómetros de Lima. Los pasajeros se encaminaron a un restaurante y empezaron a comer mientras el chofer se aprovisionaba de gasolina y lavaba el polvo del camino. Ya era de noche y Bernardo aprovechó la parada para desaparecer en la oscuridad y cambiar de vehículo una vez más. Caminó algunos kilómetros al borde de la carretera pavimentada, cegado a veces por las luces de los vehículos que venían en dirección contraria. Llegó a Vitarte, el poblado más grande antes de Lima y rodeó en la oscuridad el puesto de control donde tres guardias dormitaban el aburrimiento de esa noche de domingo. Caminó hasta cerca de la plaza del pueblo. Un microbús semivacío con unos cuantos pasajeros soñolientos se acercó lentamente. Lo abordó y fue mirando pasar por la ventana las siluetas y las primeras luces de Lima. El cerro de San Cosme seguía allí con su pirámide de casuchas. La Parada. Pensó en Tico y en el Ladrón, cuyo cuerpo estaría ahora destrozado en algún lugar de la selva. La Avenida Grau, ancha, de doble pista. Caminó hacia la puerta delantera y bajó del autobús. Nadie lo seguía. Al llegar a la ciudad podría confundirse con miles de limeños y estaría salvado.

Al fin la capital. Caminó durante algunas horas por las calles, algo desorientado, retomando gozoso el contacto con la ciudad que dejó de ver por dos años. Experimentó la misma sensación que tuvo al regresar al Perú desde Cuba y Bolivia, cuando ingresó por la frontera siguiendo el camino de los contrabandistas y fue reconociendo las casas familiares, la luz, el mismo aire y el cielo, las voces de las gentes, ese amado acento serrano que hacía tantos meses no escuchaba. Sí pues, Lima estaba ahí, incambiada, en el mismo sitio, con sus perros callejeros y sus mendigos, sus casas chatas, sus gentes silenciosas y esa humedad que su cuerpo reconocía y que ahora le invadía los pulmones y le adormecía los poros.

Domingo en la tarde. En muchas casas los hombres estarían bebiendo con sus familias y amigos devorando los rezagos del almuerzo. Otros despertarán de la siesta, se estirarán, empezarán a afeitarse mirándose al espejo, preguntándose qué película verán esa tarde. Los enamorados estarán encontrándose en cualquier parque para la cita de amor semanal. Desde los barrios, la gente citadina se ha puesto en marcha y va poblando las calles todavía desiertas del centro, donde la gente ya se agolpa en las entradas de los cines bajo las luminosas marquesinas. Los burdeles de los suburbios estarían abriéndose para los primeros clientes de la noche.

¿Qué hacer? Si pasaba la noche en la calle podía abordarlo algún policía. No era recomendable tampoco alojarse en un hotel; y, por otro lado, no contaba con dinero suficiente para ello. Lima no era Ayacucho para retirarse a los cerros y esconderse allí durante el día. Al no haber encontrado ningún integrante de la organización en Ayacucho, tenía perdido el contacto y no conocía ninguna base donde recurrir.

Las horas transcurrieron. Aquella luz descolorida se filtraba entre la niebla, esfumándose en un color blancuzco azotado por una llovizna rápida y oblicua. Desvaída mancha, ese foco sostenido por un cable esmirriado, se balanceaba a través de la calle desierta. Detrás, el cielo se hundía en grandes lagunas oscuras, se alejaba sin estrellas encima de las casas chatas, seguía el fondo de las sombras de alambrados y contorneaba las siluetas de viejas buhardillas de madera, que asomaban a las cornisas de sucias casas chatas y grises. Allí los postes se levantaban inútiles, castrados, culminando en espirales que sostenían bulbos rotos o apagados. En algún sitio lejano un tocadiscos hacía sonar la cumbia de moda, cuyos ecos amortiguaba la humedad de la madrugada. La constante llovizna bañaba y bañaba casas, aceras y árboles, hasta confundirlos en un solo conjunto brillante, oscuro, metálico.

Encaminó sus pasos a su antigua casa de Miraflores donde estaría Ana María. Dio varias vueltas a la manzana para asegurarse de que no tenía vigilancia. Nadie en la calle desierta. Nadie en la entrada a la pequeña quinta, al final de un callejón. Era fácil detectar cualquier presencia extraña un domingo por la noche en una Lima sin tránsito y un barrio alejado del centro.

Cojeaba arrastrando los pies, por efecto de sus heridas y por aquel cansancio que transparentaba su figura oscilante. Vestía un pantalón marrón raído, manchado de barro, levantado con una o dos vueltas en los botapiés, notablemente más ancho que la flacura de su cuerpo. La suela descosida y abierta de uno de sus zapatos rozaba el piso, rechinando de vez en cuando contra el cemento de la acera. Un sombrero de paño plomizo que trataba de mantener en su sitio con nerviosos movimientos de la mano derecha, lo protegía en algo del agua que goteaba de los arbustos o de los techos. De su mano izquierda colgaba una sucia bolsa de tela de algodón.

Allí, en su antigua casa, estaban Ana María y su segunda hija. Salió de inmediato y buscó a Mario, un amigo de hacía diez años con quien compartió en el pasado la célula del partido en Miraflores. A unos trescientos metros, la casa de Mario, un antiguo rancho miraflorentino, fue base del partido en el sur de Lima. Mario sugirió un departamento cercano ocupado por otra persona, pero Bernardo rechazó la sugerencia. Buscaron y buscaron en la madrugada, posibilidades de alojamiento. Llamado por Ana María, Ricardo Tello se unió al grupo. Sugirieron la casa de Lorenzo. Más y más nombres inesperados se sumaron a la operación improvisada en medio del temor y la tensión.

Tres de la mañana. Lince. Al fin, sobre la acera izquierda que terminaba de voltear, la calle se abría en un callejón con un cuadrado de tierra al centro. Quizá en otro tiempo ese pedazo de tierra había sido un jardín. Las rectangulares ventanas metálicas se enfrentaban a un muro de cemento escarchado en esa otra quinta limeña.

Se apoyó contra la pared inmediata a la puerta e inclinó la cabeza en actitud dubitativa. Abajo, en el suelo, el costalillo se humedecía en un charco de agua mientras, a lo lejos, el ronquido de algún auto surgía de la oscuridad, cruzaba la atmósfera y desaparecía en la penumbra.

Tocó la puerta con los nudillos, despacio, tímido, y esperó unos instantes antes de repetir la operación. Estuvo así un rato, apoyándose unas veces de espaldas contra el muro o dando pequeños pasos para cambiar de posición.

Al fin la puerta se entreabrió y una luz iluminó una de las ventanas brillando en los anteojos del otro hombre, que lo examinó desde su baja estatura, pestañeando con mirada de miope tras los lentes de carey. Llevaba chancletas, un pijama arrugado a rayas y tenía una textura ancha y encorvada.

El sonido de la cumbia surgió de nuevo, muy a lo lejos.

—Supongo que quieres refugio, dijo.

Sombra de sí mismo, entró sacándose el sombrero, mientras su silueta desaparecía en el muro del frente, tras la puerta que se entornaba a sus espaldas. El sonido de fondo se atenuó y solo quedó la cadencia perdiéndose lejos, lejos, como en un sueño. Mario, Ricardo, los demás, asintieron y se retiraron. Solo quedó Ana María acompañándolo.

—Sí viejo, te pido refugio, repitió como un eco, como una rendición.

—Bernardo, eres un hombre buscado, casi un hombre muerto. Pero no es el momento de discutirlo. Aquí estarás seguro. Nadie sospechará que estás aquí. ¿Te han visto?

—Espero que no. He cambiado vehículos, he tocado puertas de amigos. Muy pocos saben que estoy aquí. Lorenzo, sólo quiero tu casa por un tiempo corto, no me conviene andar dando vueltas por la calle a estas

horas. Más tarde vendrán los compañeros a buscarme y todo cambiará, ellos deben tener algún refugio seguro.

El del pijama no respondió. Entró por algunos segundos y no tardó en retornar con una mujer que ordenaba sus cabellos lacios y negros y cerraba con manos rápidas su salto de cama.

—Carajo, Bernardo, tu rostro ha estado en todos los periódicos, dijo ella.

El reconoció a Rosa, la mujer de Lorenzo, se sintió culpable y bajó los ojos sin responder aquel reproche. Se sentaron como tres fantasmas en esa habitación de paredes desérticas, sintiendo el frío de la madrugada en sus espaldas. La mujer volvió a entrar y regresó a los pocos minutos con algo de café humeante, mientras el de la casa interrogaba a Bernardo con los ojos.

—Debo reconstruirlo todo, Lorenzo. Buscaré contacto con el Chino Chang, con la organización. Es cuestión de volver a empezar. Estamos solo al final de un episodio. Este puede ser apenas el primer día.

Li Chong había escuchado todo el largo relato de la aventura, ya estaban al final.

—Cediste a la tentación de la ciudad, cometiste el error de los que quieren reincorporarse a un mundo al que ya no pertenecen. Ya no estabas en el mundo del rebaño ¿A qué regresar? Cuando te fuiste al monte tomaste una decisión. El regreso, la vacilación, significaba la muerte. En realidad tu destino era morir y no fuiste leal a tu destino.

Samuel añadió con su filosofía cristiana.

—La ciudad es la trampa mortal de los guerrilleros. Sucumbes a tus sentimientos, al calor hogareño, al amor de los seres cercanos. El amor gana terreno, te envuelve con sus caricias cálidas. Es la blandura, el pecado. La lejanía del monte te ubica físicamente fuera del sistema, la ciudad te acerca, a veces te reincorpora al sistema. Tú te habías ido al desierto como los profetas. Fuiste débil. El retorno era la muerte.

—Y entonces caes preso, te estrellas contra la lámpara o mueres como los insectos atraídos por la luz. Concluyó Li Chong.

Aún soñoliento, con los párpados pesándole sobre los ojos, recién sintió el agotamiento de la conversación. Miró la colilla del cigarrillo que su interlocutor terminaba de consumir. Uno más en aquel pequeño montón oscuro de cenizas acumulado durante las horas de charla.

—Debes descansar, Bernardo. Debes descansar primero. Podrás darte un tiempo, pensar.

A su lado, Ana María apretaba su mano izquierda, sudorosa, nerviosa. Había llevado a la pequeña hija de ambos, que dormía en la habi-

tación contigua. Todo parecía arreglarse ahora. El retorno del hogar, la paz. Quizá la seguridad de la organización, que no tardaría en aparecer. Y después recapitular, recomenzar. Todo demasiado blando, demasiado muelle.

Bernardo miró una vez más al dueño de casa, sin ánimo ya de continuar la conversación.

Rosa, la esposa de Lorenzo, entró para llevarse las tazas y limpiar el hule de la pequeña mesa. Todo pues, había terminado. Bernardo sintió que el frío de la madrugada le traspasaba, aunque la habitación cerrada conservaba el humor cálido que despidieron sus cuerpos durante esas largas horas. Estaba al fin en un refugio. En efecto, sería cuestión de reposar y pensar, mientras se buscaba contacto con los compañeros.

—Dentro de algunas horas vendrán a buscarme Lorenzo, insistió como un eco de las palabras con que la conversación había comenzado. Te agradezco el refugio, el hospedaje, el café y esta charla de madrugada. Por favor, déjame descansar unos minutos.

Pasó al dormitorio donde Rosa tenía preparados un pijama prestado y ropa de cama. Se quedó profundamente dormido.

Ocho de la mañana. Julio, miembro de la organización, tocó la puerta.

—Sé que aquí está Calixto, le dijo a Lorenzo. Vengo a llevármelo.

—Está durmiendo, está agotado, regresa. Dijo Lorenzo.

Julio no insistió.

Tres de la tarde. Llamaron a la puerta varias veces. Bernardo se encaminó al fondo buscando una vía al exterior. Recordó sus primeras detenciones, cuando buscaba la salida en el pequeño departamento de la familia. Los golpes seguían resonando en el zaguán. Con las manos aún crispadas y sin saber qué hacer, Rosa se dirigió hacia la puerta como una autómatas y descorrió el cerrojo.

Bernardo buscó inútilmente un escape. Al fondo sólo se veía un cuadrado de tierra donde crecía una planta de plátano. Pero ya en el pasadizo, a sólo dos metros de distancia, un hombre de terno gris le encañonaba con una pistola y, detrás de él, otros varios hombres de pie hacían grupo en la sala del departamento.

—¡Bernardo, no muevas ni una sola pestaña! La casa está rodeada. Tengo a mi gente hasta en el techo. Si haces algo eres hombre muerto.

Distinguió la silueta de Francisco Pancho Rosado, mismo ropero de tres cuerpos y su risita gélida. El mismo policía alto y rechoncho, de rostro plano, ojos achinados y piel blanquecina, el Rosado que lo capturó al menos unas cuatro veces en su vida de activista político. Recordada-

ba incluso cuando, en compañía de Mario Chinchá, otro famoso policía político, los persiguió en auto a él y otros estudiantes, desde el Parque Universitario hasta Lince, casi cinco kilómetros de la ciudad. Aquella fue una buena carrera como en las películas, pensó.

Se acercó hacia donde estaban los hombres. Miró a Lorenzo que se apoyaba en una mesa con los ojos puestos en el suelo.

—Él no tiene la culpa de nada, él es un viejo amigo, sólo me alojó. No lo mezcles en esto, dijo Bernardo.

Rosado siguió sonriendo con su mueca congelada.

—¡Vamos!, dijo con un ademán de la cabeza.

—Por lo menos permitirás que me cambie. Insistió Bernardo.

—Acompáñelo. Ordenó Rosado, dirigiéndose al mismo hombre que continuaba encañonando a Bernardo.

En el cuarto de baño, Bernardo empezó a sacarse el pijama y ponerse un pantalón, mientras el hombre no dejaba de encañonarlo. Al pasar al lado del dormitorio pudo ver que Ana María trataba de distraer a la pequeña que se había despertado, dándole vueltas en un triciclo, simulando ser indiferente a lo que acontecía. Vueltas y más vueltas, situación absurda. Trató de dirigir la mirada a otro lado, como si así las borrara del mundo poniéndolas fuera de peligro.

—¿Cómo pudieron ubicarme?, preguntó.

—Mira cómo son las cosas compadre, dijo el otro, cachaciento. No veníamos a buscarte a ti sino a Licurgo Pinto.

Licurgo Pinto, Presidente de la Federación Universitaria era perseguido por el gobierno.

—Tú que recién llegas, y nosotros que te ampayamos. No pensábamos llevarnos este jamón.

Salieron y, lenta comitiva, todos se dirigieron a la puerta. Caminaron unos veinte metros afuera, siguieron por el pasadizo de la quinta hacia la calle. Subieron a Bernardo al asiento trasero de una camioneta, con un policía a cada costado. Adelante, el chofer y Rosado. Por la vereda aparecieron varios hombres más y subieron a otros autos. Aclaraba y sintió otra vez que un frío intenso le calaba los huesos.

Los vehículos enrumbaron por la Petit Thouars siguiendo el camino inverso al que él había hecho a pie horas antes. Unos pocos peatones volvían la cabeza al ver pasar la fila de autos policiales. Conocía el camino. Petit Thouars, después vendría la avenida Wilson, avenida España y luego la Prefectura. Las rejas se abrieron como si obedeciesen a un mandato automático y vio aparecer al frente ese patio exterior, las vere-

das, las escaleras, ese conjunto de cubos grises al que había ingresado tantas veces.

—¿Pero cómo supieron que yo estaba ahí? Insistió.

El policía del costado hizo una mueca mirándolo fijamente.

—Así es la vida Bernardo. Estuvimos detrás tuyo mucho tiempo. Aparecías y te nos perdías. Esos idiotas de los bolivianos mandaron tu foto pero no tus huellas digitales y no estábamos seguros de tu identificación cuando te agarraron allá en La Paz. Después te nos volviste a perder. Ahora buscábamos a otra persona, no a ti, ya sabes, a Licurgo Pinto. Recibimos el run run.

Siguió sonriendo para subrayar la frase y miró al frente, dando la explicación por concluida.

Desde el asiento delantero, Rosado no lo perdía de vista y seguía vuelto hacia Bernardo, mirándolo con sus ojitos achinados.

Tu relato termina con varias incógnitas, dijo Li Chong. Hay varias preguntas sin respuesta, y se puede formular varias hipótesis.

—*¿Te delató Lorenzo a la policía mientras tú dormías aquella mañana en su casa? Hipótesis primera. Mientras tú duermes, Lorenzo concurre al Ministerio de Gobierno y le dice al ministro que te tiene en su casa. Él estaba en relación con Acción Popular desde las elecciones de 1956. El Ministro de Gobierno en 1966 era Javier Alva Orlandini, amigo de Francisco Miro Quesada Ministro de Educación, a su vez amigo de Lorenzo. Rosa, la esposa de Lorenzo, era asesora del Canal oficial de Televisión. Lorenzo se sentía, como siempre, dueño de tus decisiones. Sabía que si tú te reincorporabas a tu grupo el régimen al que estaba vinculado tendría más problemas y tú podrías morir. Según él, al entregarte, estaba defendiendo al gobierno y salvándote a ti. Se veía a sí mismo como un salvador, no como un delator.*

—*Segunda hipótesis. Tu caso se convirtió en un acontecimiento a partir del cual, las distintas facciones de la izquierda podían obtener provecho. Tú dejaste de ser el personaje principal apenas fuiste detenido. Ya no estabas en la sierra, allá lejos, donde era difícil utilizarte. Ahora eras una pieza más en el juego. El Partido Comunista veía a Lorenzo como un enemigo, quería liquidarlo y aprovechó la oportunidad de tu detención para marcarlo como delator. Era la época en que resultaba muy fácil señalar a la gente como traidores, trotsquistas, agentes de la CIA, etc.*

—*Tú no importabas, dijo Samuel, lo que importaba era liquidar a Lorenzo. A ti te hacían grandes demostraciones de solidaridad señalando, de paso, o dando a entender, que eras del PC. Así se limpiaban su leyenda de organización conservadora y contraria a la lucha ar-*

mada. Borraban su conducta traidora con ustedes en Bolivia y con el grupo de Masetti en Salta. Mataban muchos pájaros de un tiro.

—¿Por qué dices traidores? Discutió Li Chong. Los PCs del Perú y Bolivia no sabían cómo manejar la situación simplemente. Apoyaban sinceramente a Cuba y no se atrevían a decir que las acciones guerrilleras eran torpes y prematuras. Además también jugaba el oportunismo de siempre. Querían estar bien con todos. No estaban convencidos, no querían arriesgar, era demasiado para ellos. Perecieron moralmente en un doble y triple juego.

—¿Por qué Lorenzo impidió que el contacto de la organización de Bernardo lo despierte a las ocho de la mañana? Volvió a intervenir Samuel sin responder a Li Chong. Eso va en favor de la primera hipótesis, la delación.

—Tercera hipótesis. ¿Detectó algún policía tus movimientos, Bernardo, cuando llegaste a tu casa en la madrugada del lunes? Dijo Li Chong.

—Podría ser. Pero en ese caso ¿por qué la policía esperó varias horas y no tomó antes la casa por asalto o por qué no me detuvo en la misma madrugada? Dijo Bernardo. ¿O se trató de una casualidad como explicaron Chíncha y Rosado? La hipótesis más ingenua, puede ser la más probable.

—Entonces las incógnitas abren esta historia y la dejan inconclusa. No hay fin, porque el mundo siguió marchando. Es una historia que no tiene final.

—¿Y si era así para qué nos convocaste? Dijo Li Chong

Respondió el fantasma de Bernardo.

—Porque nuestra historia de bisoños no cerró, abrió. Los llamé a ustedes porque los fantasmas de mis compañeros siguen observando la marcha del mundo. Reclaman que no nos olvidemos de que las tareas de construir una sociedad libre están pendientes. Por eso esta historia no tiene fin, es una historia abierta.

—Tu resumen no es bueno. Dijo Li Chong. Diles a tus compañeros que la pobreza ahora es violenta, la crueldad no tiene límites, la suciedad nos rodea, la corrupción nos carcome a los de arriba y los de abajo. Hubo 60,000 víctimas en diez años de terrorismo de estado y terrorismo falsamente revolucionario. Grandes, terribles crímenes fueron cometidos en nombre de la revolución y fue ensuciado por todas las formas de oportunismo y ensangrentado por el terrorismo, el nombre de José Carlos Mariátegui. La tortura está establecida en sus formas más sádicas y crueles. Cuerpos torturados, descuartizados, mujeres a las que se penetra la vagina con palos de escoba, violaciones colectivas por la

vagina y el ano contra mujeres prisioneras e indefensas. Fosas comunes y secretas dispersas en todo el territorio nacional guardan los restos de miles de peruanos y peruanas que fueron torturados y eliminados. Somos un cementerio lleno de cadáveres de cuerpos e ideales. Y la cobardía del país. Nadie ha pedido que se abran los archivos de los servicios de inteligencia, los cursos en que se enseñó y enseña a torturar y asesinar. El sistema sacó las garras, cuando se vio amenazado y volverá a clavarlas en quien se atreva a intentarlo de nuevo. Como Weimar frente a Buchenwald, allí donde los correctos alemanes no sentían los humos de los hornos que cremaban a los condenados por el sistema hitleriano, la gente mira a otro lado, no quiere saber, nadie quiere remover la verdad. El país está invadido y ocupado por miles de marines norteamericanos. Este Perú vendido a las empresas de la dictadura económica mundial, es el primer productor de cocaína en el mundo. La verdad es enemiga, se la teme, se la elude. Somos esclavos de un sistema injusto, devorador de humanos y de almas. La gente elige la basura, su conciencia ingiere excrementos todos los días. No valió la pena que ustedes se metieran. Debieron dejar hacer, dejar pasar.

—Siempre pesimista, dijo María Cristina. Ahora no hay la servidumbre de antes. La gente lucha por su propia vida, sale adelante. No necesita salvadores, ni guerrillas, ni héroes como ustedes. La verdad no conviene a nadie. Es mejor olvidar y empezar de nuevo. Ellos, la gente simple, son los héroes cotidianos. Ustedes los héroes, los díscolos, están demás. Insisten en recordar lo que la gente quiere olvidar.

—Espera, espera, ten paciencia, dijo Samuel. Pasarán décadas para que esto cambie...y siga siendo igual. Es la eterna historia del mundo, desde la creación. El paraíso no existe, fue una invención de Dios, una ilusión que solo Adán creyó. Lo que hagas, aun con el máximo esfuerzo y sacrificio, siempre será apenas una fracción de lo que hay que hacer. Pero tu acto tiene valor en sí, independientemente de los resultados. No son los resultados, es el acto mismo el que vale.

Sacó su armónica del bolsillo, la lustró lentamente, y se puso a soplar las notas de una melodía nostálgica que se alargaban, iban y venían, se alejaban y acercaban con tristeza y resignación.

—Los personajes del último acto harán que la justicia y la verdad surjan de las sombras. Esta historia no ha terminado...pensó porfiadamente Bernardo. No se animó a decirlo en voz alta, solo pensó. Y decidió escribir estas páginas que han quedado inconclusas y abiertas.

FIN

Registro fotografico



Días de colegio. Cuarto año de secundaria en el Colegio Nacional Pedro A. Labarthe de La Victoria . Héctor Béjar es el primer alumno de la segunda fila, empezando por la izquierda.



Días de radio. Junta Directiva del Sindicato de Locutores. De izquierda a derecha: Alberto Casanova, David Odria, Héctor Béjar, Pepe Argüelles, Fernando Farrés.



Días de radio. Personal de Radio Libertad. Al fondo, al centro, el poeta José Luján Ripoll. En la primera fila a la derecha, Carlos Gassols.



Días de radio. Famosos locutores de la época. Primero de la izquierda, César Augusto Huerta, crítico de cine en el programa Microcine radial de Radio Central.. Cuarto desde la izquierda, Eduardo Navarro, lector de El reporter Esso en Radio América. Penúltimo desde la izquierda, Manuel Traverso, locutor de Radio América.



Días de periodismo. Héctor Béjar y Antonio Bornaz, dirigente tranviario, en Machu Picchu, en ocasión del Primer Congreso Nacional de Periodistas, año 1956.



Días de lucha política. Luis Zapata Boderó, Héctor Béjar, Antonio Bornaz (dirigente del Sindicato de Trabajadores Tranviarios).

Los becados en 1962



En el círculo blanco Lucio Galván, muerto con el Che en Ñancahuazú en 1967 a su lado a la derecha Fortunato Silva Sánchez, asesinado y desaparecido en Lima en 1965. En el ángulo inferior derecho: Hugo Ricra, muerto en acción de combate en diciembre de 1965 en Tincoj, Ayacucho.



Ana María Miranda (esposa de Héctor Béjar en 1970) Héctor Béjar y Violeta Carnero Hoke. Héctor sale amnistiado de Lurigancho. Navidad de 1970.



Delegación de la Escuela Nacional de Bellas Artes al Congreso de Estudiantes de Trujillo. Héctor Béjar segundo de la izquierda. Penúltimo de izquierda a derecha el ahora gran pintor peruano Arturo Kubota.



- 1.- General Augusto C. Sandino
- 2.- Ediban Pavletich

A Hector Béjar, quien también supo
ver claro que la única poesía que entien-
den los vjeros, es la musical poesía
de la sustralla

E. Pavletich

Lima-69.-



Hijas e hijos de los presos políticos Guillermo Lobatón, Máximo Velando y Héctor Béjar en una fiesta de Navidad.



Luis de la Puente, su esposa, Paul Escobar. De la Puente y Escobar murieron combatiendo en las guerrillas del MIR, Mesa Pelada, setiembre 1965



*Guillermo Lobatón Milla
asesinado siendo coman-
dante del MIR, en las sel-
vas del Obenteni, setiem-
bre 1965.*

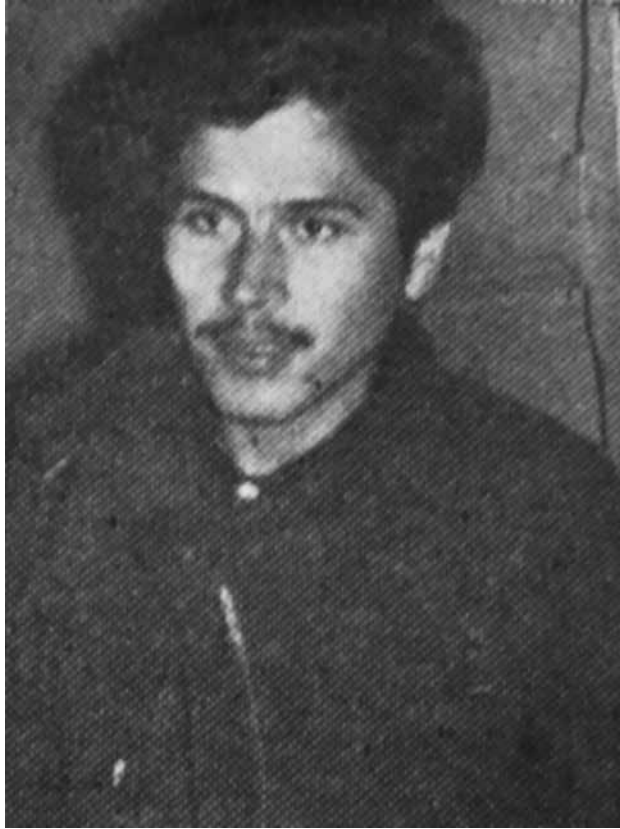
*Capitán del Ejército Rebelde Orlando "Olo" Pantoja Tama-
yo. Huérfano, trabajó desde
los 11 años. Desde los 19 años
formó parte del Movimiento 26
de Julio. Triunfante la Revolu-
ción, dirigió los destacamen-
tos de Guardafronteras que se
enfrentaban a las incursiones
provocadoras de la CIA en las
costas cubanas. Coordinó la lle-
gada de los guerrilleros perua-
nos desde Cuba hasta Bolivia,
por diferentes rutas, a fines de
1962 y comienzos de 1963. .
Falleció combatiendo bajo las
órdenes del Che en Bolivia.*



*Edgardo Tello muerto en combate
en diciembre de 1965*



Dámaso José Lescaille Tabares, Ulises. Periodista y escritor, licenciado en ciencias sociales. Uno de los fundadores del G2 (Servicio de Inteligencia) de la Revolución Cubana. Fue organizador de la entrevista entre Luis de la Puente, Gonzalo Fernández Gasco y responsables del ELN peruano, uno de ellos Héctor Béjar, desarrollada en octubre de 1962. Entrenó a Tamara Bunke guerrillera alemana que murió en la guerrilla del Che. Luchó en la guerra por la independencia de Guinea Bissao. En 1975 llegó a ser el segundo de Manuel Piñero, "Barbarroja". Fue embajador en Jamaica, Yemén Democrático, Mauritania, la República Saharaui y Argelia. Falleció en enero de 2014.



Pablo Manrique, "el viejo"



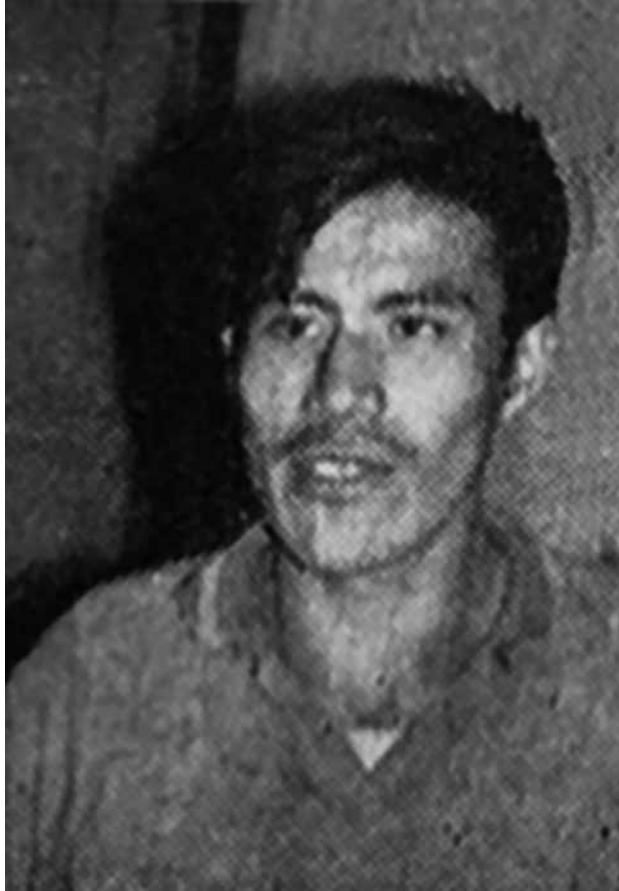
Fortunato Silva Sánchez, Asesinado por la policía en una base clandestina del ELN, Lima, 1966



José Bernabé Gurrionero Castro "Atito" Muerto en diciembre de 1965 en las selvas de Tincoj



José Pareja. Asesinado cerca de Chungui, en diciembre de 1965



Horacio Juárez "Nipi". Comunero de Chingui, llevó a los guerrilleros del ELN a su comunidad.



*Jorge Toque Apaza Muerto en combate cerca de Tíncoj
en diciembre de 1965*



PUBLICACIÓN APARECIDA EN EL DIARIO "PRESENCIA" DE LA PAZ. "GUERRILLEROS PERUANOS.- De izquierda a derecha arriba: Manuel Concha Suarez, Roger Lujan Mantilla, Carlos Bedoya Linares, Miguel Mendieta Morcira y Diego Salas Ferreiros. Abajo de izquierda a derecha: José Fernández Gonzales, Benito Guzmán Paredes, Maximiliano Mendoza Zapata, Fernando Rivera Rodriguez, Pablo Maré y Juan Asca di Natale". Aparecen los guerrilleros con los nombres cambiados (los que dieron al Control Político Boliviano en 1963). El último de la segunda fila (a la derecha) era probablemente un agente policial peruano.



Luis Zapata Bodero, trabajador de construcción civil, guerrillero del ELN, asesinado en diciembre de 1965



Guerrilleros del ELN en las selvas de Chungui, julio 1965



Guillermo Mercado León. Muerto en combate el 17 de diciembre de 1965.



Hermes Agapito Valiente Granados, Moisés Valiente. Trabajador de construcción civil, muerto en combate en las selvas de Tíncoj, La Mar, Ayacucho, diciembre de 1965



Javier Heraud. Asesinado en el río Madre de Dios, 15 de mayo 1963.



Miembros de la guerrilla del ELN fotografiados en 1963, en La Paz, Bolivia. De izquierda a derecha: Pareja, Manrique, Héctor Béjar, Fortunato Silva, Máximo Núñez. En cuclillas: Horacio Juárez, Toque, Gurrionero.



César Calvo. Miembro del ELN en clandestinidad.



Alejandro Tamashiro, militante del ELN en clandestinidad



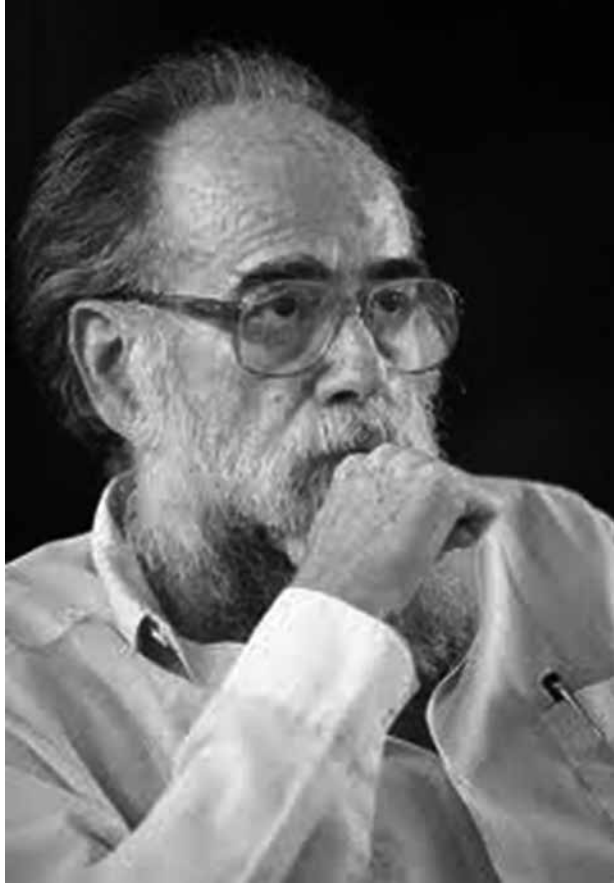
Capitán del Ejército Rebelde René Martínez Tamayo integrante de la vanguardia de la guerrilla del Che. Instructor del ELN en 1962 Muerto en combate junto al Che en Bolivia en 1967.



Lucio Edilberto Galván Hidalgo integrante del ELN peruano. Muerto en combate en Cajones, en la confluencia de los ríos Grande y Mizque, Bolivia, el 12 de octubre de 1967, combatiendo dentro de la guerrilla del Che.



Juan Pablo Chang y Ernesto Che Guevara, junto con otros guerrilleros cubanos en las selvas de Bolivia.



Manuel Piñero Losada. Desde su oficina en el Palacio de la Revolución, muy cerca de la de Fidel Castro, Barbarroja coordinó durante tres décadas, los movimientos armados revolucionarios en América Latina. Murió accidentalmente el 11 de marzo de 1998.



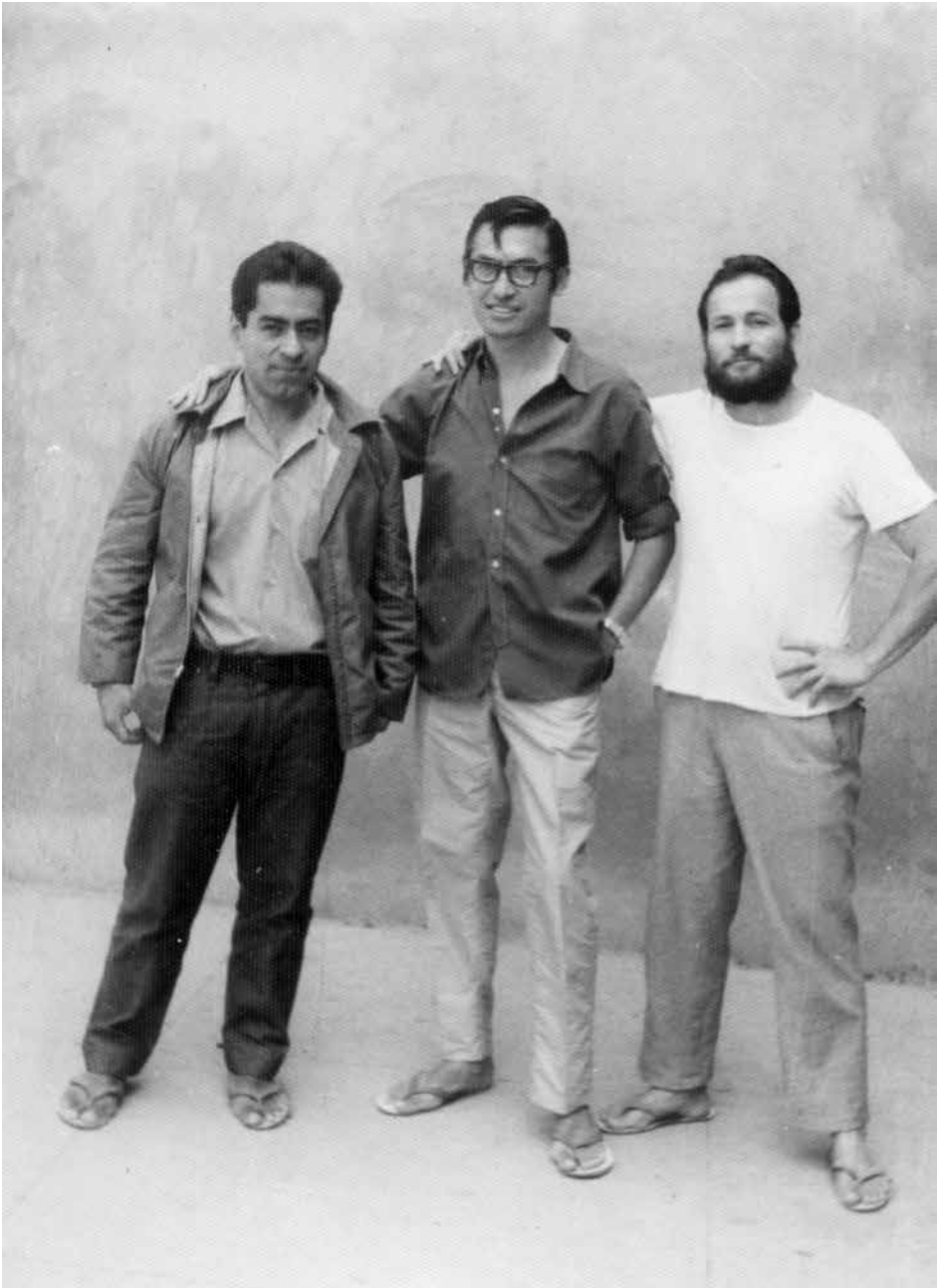
Amnistiados por el gobierno del General Velasco, los presos políticos abrazan a sus familiares saliendo del Penal de Lurigancho en la Navidad de 1970



Los prisioneros salen amnistiados por el gobierno de Velasco en la navidad de 1970. En la foto Gerardo Benavides y Pedro Candela.



Francisco Ciudad de Miguel, “Angelito”, o Pavel Pavlovich Stepanov, o Ángel Martínez Riosola, profesor de teoría guerrillera del ELN peruano, saluda a Fidel Castro en La Habana, 1962. Combatió en la guerra civil española, fue Teniente Coronel del Ejército Rojo en la segunda guerra mundial. Al mando de las tropas soviéticas participó en la toma de Praga. Fue asesor militar del Ejército de Liberación Nacional de Argelia y de las fuerzas de Ngo Guyen Giap en Vietnam. Llegó a Cuba como asesor militar enviado por la Unión Soviética. Murió el 30 de noviembre de 1986 en Cuba. Fue inhumado como un héroe de la Revolución. Sus restos están en el panteón de las Fuerzas Armadas.



Héctor Béjar (centro), Elio Portocarrero del MIR (izquierda) y Mario Rodríguez del grupo de Javier Heraud en Puerto Maldonado (derecha), presos en Lurigancho, 15 de mayo de 1970.



Haydée Santamaría y Anita, la hija de Héctor Béjar en Cuba 1965 (mientras se desarrollaba el movimiento guerrillero en el Perú).



Haydée Santamaría y Héctor Béjar en Cuba 1971, después de que éste fue amnistiado.



De izquierda a derecha parados: Eleodoro Vargas Vicuña, Cesar Calvo, Francisco Bendezú, Ana María Miranda, Héctor Béjar, Alberto Hidalgo, Gonzalo Rose, Teresa del Valle (esposa de Alejandro Romualdo), Arturo Corcuera, Alejandro Romualdo. En la fila de abajo: Gustavo Valcárcel (hijo) Violeta Carnero Hoke y Gustavo Valcárcel.



Los becados que no murieron en la guerrilla y se mantuvieron en el ELN veinte años después de 1965. Aproximadamente 1985. El quinto de la segunda fila es Alfredo Verástegui. Secretario General del Sindicato de Actores, Alfredo formó parte del grupo inicial de entrenamiento guerrillero todavía en Lima, al lado de Juan Pablo Chang, Guillermo Lobatón, Julio Dagnino y Héctor Béjar.

...no tengas pena, que no es de pobres
la pena, el sollozar junto a su tumba;
remiéndate, recuerda,
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.
Ya va a venir el día, ponte el alma.

César Vallejo.

